

37.03:2(866)

C 9.21

LA EDUCACIÓN CRISTIANA

DE LA

JUVENTUD

POR

Cornelio Crespo Toral

CANÓNICO DE LA IGLESIA METROPOLITANA DE QUITO

Adolescentes vel a pueritia ad christianos mores christianamque sapientiam informari, non modo Ecclesiae, sed etiam reipublicae hodie tanti interest, ut pluris interesse non possit.

Formar á la juventud, desde la más tierna infancia, en las costumbres y en la sabiduría cristiana, es un asunto que interesa hoy día, más que ningún otro, no sólo á la Iglesia sino también al Estado. Encíc. Quod multum, de S. S. León XIII, á los obispos de Hungría.

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

Nº 1503 AÑO 1988

SANTIAGO DE CHILE

PRECIO

DONACION

IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, 46

1900000202-E

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el depósito exigido por la ley.

INFORME

Ilmo. y Rmo. Señor:

Como V. Sría. Illma. y Rvdma. tuvo á bien ordenarlo, he leído detenidamente el libro intitulado LA EDUCACIÓN CRISTIANA DE LA JUVENTUD, escrito por Don Cornelio Crespo y Toral, Canónigo Doctoral de la Iglesia Metropolitana de Quito; y, muy lejos de hallar en él nada opuesto á las enseñanzas de la Iglesia Católica, abrigo la convicción de que estas páginas, fruto de las vigili-
as de un sabio y virtuoso sacerdote que ha empleado largos años de su vida en la instrucción de la juventud, constituyen el estudio más interesante y comprensivo en su género y vienen á llenar un vacío que vivamente se hacía sentir. Porque, si hay obras análogas, algunas de ellas magistrales, son demasiado extensas, exclusivas á veces de una ú otra materia relativa á su objeto y casi siempre escritas en un lenguaje que no se halla al alcance de la generalidad de los lectores. Se necesitaba, pues, una obra que comprendiera, en ordenado conjunto, todo lo concerniente á ese interesante fin, consultando, al mismo tiempo, la concisión, la claridad y lo fácil y grato de las formas; y, á mi juicio, el libro que he examinado deja esta necesidad plenamente satisfecha. Abraza las materias de la educación é instrucción con un plan perfectamente concebido, que le permite diluci-

1509-188

dar todos los puntos culminantes y problemas que con ellas se relacionan, y ello en una forma tal, que concepciones de suyo abstractas se hacen accesibles á toda clase de inteligencias.

Y hay otra circunstancia que todavía recomienda el libro del Señor Crespo y Toral. Los razonamientos con que el autor expone sus doctrinas son rigurosamente lógicos; ilustran y convencen. Pero ha querido apoyarlos en autoridades recogidas con talento y buen gusto. Su libro se presenta así enriquecido con citas numerosas de la Sagrada Escritura, de las obras de los Padres de la Iglesia y de autores contemporáneos de reconocida competencia.

Un libro de tales condiciones tiene derecho á que se le acoja con interés y agradecimiento. Sus páginas ofrecen á los padres de familia y á los maestros de la juventud la noción clara de la importancia y de la responsabilidad de sus deberes, así como de los poderosos medios que ha puesto Dios en sus manos para llenarlos cumplidamente. La juventud, á su vez, encontrará allí una voz amiga que le señale hermosos ideales á que consagrar sus esfuerzos y el aliento de que necesita para no desmayar en las labores del aprendizaje intelectual ni en la adquisición de la virtud.

Dios guarde á V. Sría. Illma y Rvdma.

Santiago, 21 de Abril de 1901.

ALEJANDRO LARRAÍN

ARZOBISPADO
DE
SANTIAGO DE CHILE

"Santiago, 27 de Abril de 1901.—Visto el informe del Revisor nombrado, Pdo Don Alejandro Larraín, se concede la licencia necesaria para la impresión y publicación de la obra intitulada LA EDUCACIÓN CRISTIANA DE LA JUVENTUD, escrita por el Pdo. Don Cornelio Crespo Toral. Tómesese razón.

EL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

Claro,
Secretario.

GOBIERNO ECLESIASTICO
DE LA
ARQUIDIOCESIS

Quito, á 20 de Octubre de 1900.

Habiéndonos informado el Sr. Arcediano de nuestra iglesia Metropolitana de Quito. Dr. D. Juan de Dios Campuzano, que ha revisado con proligidad el manuscrito sobre *Educación cristiana de la juventud*, compuesto por el Sr. Canónigo doctoral de la misma iglesia, Dr. D. Cornelio Crespo T. y que la doctrina en él contenida

está en todo conforme á la enseñanza católica y apoyada, además, en la de autores distinguidos y netamente ortodoxos, aprobamos por nuestra parte dicho manuscrito, permitimos su impresión y recomendamos como muy útil su lectura á cuantos se interesan en la formación cristiana de la juventud estudiosa.

✠ PEDRO RAFAEL,
Arzobispo de Quito.

Carlos María de la Torre,
Secretario.



ÍNDICE



INFORME Y LICENCIAS

PRÓLOGO

Pág. 5

INTRODUCCIÓN

Pág. 19

- 1.º Varias épocas de la vida humana.—2.º Importancia de la edad juvenil.—3.º Sus cualidades y defectos.—4.º División de la presente obra y fin que se propone.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Pág. 27

Principios fundamentales de la educación

- 1.º Qué es la educación.—2.º Necesidad de educar bien á la juventud.—3.º Fin é ideal de la educación.

—4.º Diferencia que existe entre la educación y la instrucción.—5.º Facultades en cuya dirección y desarrollo se ocupa aquélla principalmente.

CAPÍTULO SEGUNDO

Pág. 47

Principios fundamentales de la educación

- 1.º La familia y su organización.—2.º A los padres de familia y á la Iglesia corresponde la misión de educar.—3.º Educación primera ó propiamente doméstica.—4.º Educación secundaria ó pública.—5.º Educación última ó social.—6.º Peligros de la edad juvenil y manera con que deben conducirse los padres en esa época difícil.—7.º Deberes del joven en la educación.

CAPÍTULO TERCERO

Pág. 94

Principios fundamentales de la educación

- 1.º La educación antigua y la moderna: sus diferencias.—2.º Derechos del Estado en la educación.—3.º Refutación de la teoría del Estado docente.—4.º Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública.—5.º Obligación que tienen los padres de confiar sus hijos á buenos maestros.—6.º Dotes que éstos deben tener.

CAPÍTULO CUARTO

Pág. 114

Principios fundamentales de la educación

- 1.º La religión y la virtud son el fundamento de la educación secundaria. — 2.º Males de la escuela laica, ó sea de la educación sin Dios. — 3.º Importancia social de la educación. — 4.º La higiene en la educación.

CAPÍTULO QUINTO

Pág. 130

El trabajo

- 1.º El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento. — 2.º Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo, en el orden material y moral. — 3.º Móvil y fin del trabajo. — 4.º Orden y método que requiere. — 5.º Superioridad del trabajo intelectual sobre el material y de unos estudios sobre otros. — 6.º Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas. — 7.º Preferencia del siglo XIX por las ciencias naturales y experimentales. — 8.º Reacción que se nota últimamente en favor de aquéllas. — 9.º Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.

CAPÍTULO SEXTO

Pág. 158

La Moral y el Progreso

- 1.º Qué es la moral: ella tiene su origen en Dios, quien confió su depósito á la Iglesia.—2.º En qué consisten la civilización y el progreso: ellos son inseparables de la religión cristiana.—3.º Moral independiente ó racionalista.—4.º La moral cristiana es el principal estímulo del trabajo y, por lo tanto, de la educación.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Pág. 178

El carácter

- 1.º Necesidad del carácter.—2.º En qué consiste éste.—3.º El carácter es inseparable de la virtud y del valor.—4.º Qué es el valor y cómo se divide.—5.º Paralelo entre el valor militar y el cívico.—6.º Manera de obtener el último.—7.º Males que produce en nuestros días la falta de carácter, y causas que lo originan.—8.º Sin infundir carácter es imposible regenerar á los pueblos ni educar debidamente á la juventud.

CAPÍTULO OCTAVO

Pág. 191

El estímulo y la gloria

- 1.º La juventud en la vida de acción.—2.º El estímulo y el amor á la gloria.—3.º Obligación de re-

ferir los actos á Dios.—4.º Lucha por las nobles causas.—5.º La Religión y la Patria.—6.º El patriotismo es virtud cristiana. — 7.º El apostolado laico.—8.º Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla: noción de ella y de su misión en el mundo.—9.º Beneficios que la Iglesia ha hecho en todas partes.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO NOVENO

Pág. 217

Los conocimientos humanos

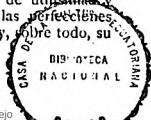
- 1.º Variedad de los conocimientos humanos y enlace que tienen entre sí.—2.º Armonía entre la ciencia y la fe.—3.º Tendencia de nuestro siglo á desligar aquélla de ésta y á secularizar la ciencia.—4.º La doctrina católica, lejos de oponerse á ninguna de las ciencias, las protege y procura su desarrollo y perfeccionamiento.—5.º Servicios que las ciencias deben á la Iglesia.

CAPÍTULO DÉCIMO

Pág. 228

Estudios religiosos. La Biblia

- 1.º Importancia de los estudios religiosos, para el gobierno de la vida y la adquisición de utilísimas y altas verdades.—2.º Vislúmbranse las perfecciones de Dios en cada una de sus obras, y, sobre todo, su



sabiduría en las verdades que nos ha revelado.—3.º Éstas se encuentran contenidas principalmente en la Biblia, que se ocupa en cuanto se refiere al origen y fin inmortal del hombre, y al glorioso destino de los pueblos.—4.º La Biblia, fuente de sabiduría, de belleza, de poesía y de consuelo.—5.º Poesía mística: su hermosura y superioridad sobre las demás.—6.º Los Santos han sido poetas.—7.º Místicos españoles: juicio de Menéndez y Pelayo acerca de algunos de ellos.—8.º En la Biblia y en el trato con Dios se han inspirado los mejores poetas y artistas.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Pág. 249

La Biblia. (Continuación)

- 1.º Paralelo entre la poesía bíblica y la profana, entre la hebrea y la griega.—2.º La Biblia y la ciencia: acuerdo que existe entre las dos.—3.º Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la revelación, la que nos es moralmente necesaria, en nuestro estado actual, para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales del orden natural.—4.º La Biblia no es un libro especialmente científico.—5.º Cuál debe ser la actitud de la ciencia con respecto á la Biblia.—6.º Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre.—7.º Conveniencia de promover entre los católicos la lectura frecuente de la Biblia.—8.º Juicio de varios escritores acerca de la Sagrada Escritura.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Pág. 288

Los Santos Padres, los apologistas y los oradores sagrados

- 1.º Utilidad del estudio de las obras de los Santos Padres, para el mejor conocimiento de la Religión, de la Santa Escritura y aun de varios ramos del saber humano.—2.º Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los Santos Padres.—3.º Los Apologistas: servicios que han prestado á la Iglesia y á las ciencias con sus escritos.—4.º Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos.—5.º Males y bienes que ha causado la oratoria.—6.º Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana.—7.º Móviles de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido.—8.º Juicio del P. Didón sobre la predicción de N. S. Jesucristo.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Pág. 308

Las ciencias

- 1.º Variedad de las ciencias y su clasificación.—2.º Importancia de las ciencias, en general, y de las puramente racionales ó filosóficas, en especial.—3.º Desarrollo sorprendente de las ciencias físicas y naturales en el presente siglo.—4.º Los inventos modernos.—5.º Dios y la naturaleza.—6.º La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el pro-

greso material.—7.º Acusaciones infundadas que se hacen á la Iglesia como á enemiga del adelanto científico y material.—8.º Sabios cristianos.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Pág. 343

La Filosofía

- 1.º Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo.—2.º La filosofía y la teología, ó mejor dicho, la razón y la fe constituyen la fuente de todos los conocimientos humanos: auxilio que se prestan entre sí y subordinación de la primera á la segunda.—3.º Impotencia relativa de la filosofía. —4.º Daños que ha causado la filosofía desligada de la fe ú opuesta á ella.—5.º La filosofía pagana y la cristiana: breve paralelo entre las dos.—6.º La filosofía escolástica y sus servicios.—7.º Sto. Tomás de Aquino.—8.º León XIII, restaurador de la filosofía tomista.—9.º Carácter de la filosofía en el siglo XIX: errores dominantes en ella.—10. Método para estudiar con provecho la filosofía.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

Pág. 304

La Historia

- 1.º Qué es la historia y utilidad de su estudio.—2.º Lugar preferente que ocupa entre los conocimientos humanos.—3.º Cualidades intrínsecas de la historia: 1.ª verdad; 2.ª imparcialidad y sinceridad; 3.ª amor

á la moral y á la virtud.—4.º Fin de la historia.—5.º Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia: sistemas panteísta, fatalista y escéptico. Sistema católico.—6.º La humanidad en la historia ha de ser considerada como una sola familia, si bien decalda por el pecado original.—7.º Necesidad de espíritu filosófico en la historia.—8.º Historia profana y eclesiástica: importancia de la última.—9.º Ataques dirigidos á la Iglesia católica por ciertos historiadores.—10. Palabras de León XIII acerca de la historia.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

Pág. 429

El arte y la belleza

- 1.º Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo.—2.º Verdad, bondad y belleza. Relaciones que tienen entre sí.—3.º Definición de la belleza, dada por San Agustín y Sto. Tomás de Aquino.—4.º Diferencia que hay entre la belleza y la bondad.—5.º Resumen de la doctrina de dichos autores acerca de la belleza: teoría del segundo sobre el arte.—6.º La belleza es objetiva: qué se entiende por *expresión*.—7.º Diversos grados y órdenes en la belleza.—8.º Dios es la fuente y origen de toda belleza.—9.º Naturaleza y constitutivos de la belleza: seres en que ésta brilla principalmente.—10. El simbolismo en el arte.—11. Misión del arte y vocación del artista.—12. El ideal en el arte.—13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉPTIMO

Pág. 462

El arte y el cristianismo

- 1.º El arte cristiano y el arte pagano.—2.º Superioridad del primero sobre el segundo.—3.º Influjo benéfico del cristianismo en el arte.—4.º Jesucristo, centro perenne del arte.—5.º Belleza del hombre, de la virtud y de la santidad: influjo de ésta sobre el cuerpo.—6.º La belleza sensible es peligrosa á veces al hombre, en su estado actual.—7.º El arte debe acercarnos á Dios.—8.º Causas de la decadencia artística.—9.º Teoría absurda de la escuela *realista* y males que causa.—10. Sólo el cristianismo puede restaurar el arte.

CAPÍTULO DÉCIMOOCCTAVO

Pág. 485

El arte y la moral

- 1.º El hombre, en el ejercicio de su actividad, debe tener en cuenta el fin último.—2.º Relaciones entre el arte y la moral: diferencia que existe entre los dos y subordinación de aquél á ésta.—3.º Doctrina de Sto. Tomás relativa al arte y la moral, y á la bondad ó malicia de las obras artísticas.—4.º Teoría del *arte por el arte*.—5.º ¿Puede haber conflicto entre el arte y la moral, y en caso afirmativo, cuál debe prevalecer?—6.º ¿Puede ser bello un objeto inmoral y producir en el alma emoción estética?

CAPÍTULO DÉCIMONONO

Pág. 501

♦ La Literatura

- 1.º Importancia y ventaja de los estudios literarios.—
- 2.º Utilidad de las reglas.—3.º ¿Qué es el arte literario?—4.º Jerarquía de las facultades humanas.—
- 5.º Daños que causa á la literatura el predominio de la imaginación y la sensibilidad.—6.º Afición, en nuestros días, á la literatura ligera y malsana.—7.º Influencia benéfica ó nociva de la literatura en la sociedad.—8.º Relaciones entre la literatura y la moral: auxilio que ésta suele prestar á aquélla.—9.º La iglesia católica y las letras.—10. Deberes literarios de los cristianos.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Pág. 520

Resumen y conclusión

- 1.º Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos.—2.º Triste situación de la ciencia desligada de la fe.—3.º Utilidad de los estudios religiosos.—4.º Necesidad de cumplir la misión señalada por Dios á cada uno.—5.º Misión del joven cristiano en el mundo.—6.º Fin que Dios se ha propuesto al distribuir desigualmente las dotes naturales: vocación del genio y del talento.—7.º Un modelo de joven ilustrado y creyente.—8.º Excelencia

del carácter y del trabajo, que fueron utilizados por la Iglesia en la conversión de los bárbaros. —9.º O educación cristiana ó impía. —10.º Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.

ERRATAS PRINCIPALES

Pág. 657





PRÓLOGO.

Hace algún tiempo publiqué, en una revista de Cuenca (1) (Ecuador), varios artículos acerca de la educación cristiana de la juventud.

La corta vida que tuvo esa importante revista me obligó á suspender dicho trabajo, casi en su comienzo; pero, estimulado por personas respetables y persuadido de que una *pie*dra más, por tosca que sea, sirve de algo en el vasto y hermoso edificio que los obreros intelectuales levantan diariamente en honor de la ciencia, resolví proseguir y terminar la labor principiada,

(1) «La Unión Literaria».

en cuanto me lo permitieran mis escasas fuerzas.

En todo tiempo, pero sobre todo en el actual, la educación de la juventud ha sido reputada como cosa de vital importancia para los pueblos, cuyo porvenir está íntimamente ligado con la buena ó mala formación del hombre en su edad primera. Por esto la Iglesia católica, que cuida con maternal solicitud de los intereses individuales y sociales, se preocupa vivamente con esta cuestión; y, por medio de sus sabias enseñanzas, de la propaganda de la prensa y del ministerio sacerdotal, difunde por todas partes la luz de la ciencia cristiana é inculca las sanas costumbres, que constituyen el fundamento de la buena educación.

Varios son los métodos, más ó menos en voga en nuestros días, que se emplean en la enseñanza; tales son: el *concéntrico*, el *simultáneo*, el *mutuo*, el *auditivo*, etc.; pero ni ellos tienen importancia y bondad *absolutas*, ni se refieren al *fondo* del asunto, sino más bien á la *manera* ó *forma* de instruir al niño. Con todos ellos puede la juventud recibir educación conveniente ó perjudicial; así que son meros auxiliares de esta última.

Como la educación se propone formar por completo al hombre, no puede prescindir del orden moral ni de su fin supremo;

por lo que la Iglesia, como única depositaria de las verdades reveladas y seguro guía del hombre en la consecución de dicho fin, tiene necesariamente que intervenir en la educación. Con su certísima y admirable doctrina ilumina el entendimiento y le auxilia muchísimo en su noble labor de conseguir la verdad: también fortalece la voluntad y la estimula poderosamente en su laudable anhelo de practicar el bien. Excluir á la Iglesia de la ardua labor de formar al joven equivale á privarlo de su principal apoyo y á entregarlo maniatado al vaivén de los caprichos y aun de las pasiones humanas.

Es innegable que sólo en la enseñanza católica encuentran solución acertada las cuestiones más trascendentales, relativas al origen, destino y prosperidad de los hombres y de los pueblos; y como la educación es una de ellas, debe ésta inspirarse en los principios de eterna verdad y aceptar el magisterio de la Iglesia.

Sabido es que el clero secular y muchos institutos religiosos se dedican á la utilísima labor de la enseñanza, á fin de formar generaciones ilustradas y virtuosas, y de contribuir eficazmente al progreso humano.

El racionalismo ha declarado en nuestros días guerra tenaz á la Iglesia católica, hasta el extremo de excluirla de los estableci-

mientos de educación, para arrancar la fe del corazón de la juventud: á tan pernicioso sistema se da el nombre de *instrucción laica*. «Es evidente,» dice Benoit, «que el blanco principal del racionalismo es la *enseñanza laica*. Con ella triunfa efectivamente la razón, y se enseña á las nuevas generaciones el racionalismo como se enseñó el Evangelio á nuestros padres. Si el racionalismo quiere el *monopolio universitario*, la *enseñanza obligatoria y gratuita*, es principalmente con el fin de obtener que los niños reciban la enseñanza laica.» (1)

Para impedir tan grave mal, no cesa la Iglesia de advertir á los padres de familia y á los jefes de los Estados, sobre todo por boca de los Sumos Pontífices, el inmenso daño que causa á la sociedad doméstica y civil la educación irreligiosa é indiferente. Pío IX decía en una de sus más célebres Encíclicas: «Los impíos se empeñan muchísimo en eliminar enteramente de la educación la doctrina é influjo saludables de la Iglesia católica, así como en inficionar y corromper miserablemente las almas tiernas y flexibles de los jóvenes, con toda clase de errores y de vicios. Porque, en efecto, cuantos tratan de perturbar la Iglesia y el

(1) La ciudad anti-cristiana en el siglo XIX.

Estado, de destruir el buen orden de la sociedad y de aniquilar todo derecho divino y humano, han dirigido siempre los esfuerzos de su maldad contra la inexperta juventud, á fin de engañarla y depravarla, y han puesto todo su empeño en corromperla." (1)

El sapientísimo León XIII, desde los primeros días de su glorioso Pontificado, ha proseguido la noble tarea de sus predecesores y recomendado con toda eficacia la formación cristiana de la juventud. "Es menester absolutamente," dice á los obispos de Francia, "que los padres católicos cuiden de que sus hijos aprendan los preceptos de la religión, desde el momento en que su inteligencia comienza á abrirse á la verdad, y que nada contrario á la integridad de la fe y de la moral encuentren en la escuela." (2)

Y en la Encíclica á los obispos de Hungría, añade: "Se desean y reclaman de todas partes las escuelas llamadas *laicas o neutras*, con el fin de que los alumnos crezcan en una completa ignorancia de las cosas santas y sin el menor cuidado de la religión. Siendo este mal más lato y mayor que los remedios empleados para contrarrestarlo, vése surgir una generación indiferente hacia los

(1) Encíclica *Quanta cura*.

(2) Encíccl. *Nobilissima Galorum gens*.

bienes del alma, ignorante de la religión y á menudo impla... No ceseis de advertir á los padres de familia que no permitan á sus hijos frecuentar las escuelas en que corre peligro la fe cristiana; procurad también que no falten escuelas recomendables por la excelencia de la educación y la probidad de los maestros, y que éstas dependan de vuestra autoridad y se hallen bajo la vigilancia del clero. Queremos que esto se realice, no sólo en las escuelas elementales, sino también en aquéllas en que se estudian las bellas letras y las altas ciencias." (1)

Muchos libros importantes se han publicado acerca de la educación cristiana de la juventud y del método que ha de emplearse para el provechoso cultivo de los varios ramos del saber humano. Sobre todo Fénélon, Mgr. Dupanloup, Lacordaire, el P. Riess, Mgr. Baunard, Monfat, Charpentier, Goudé, Hernández, etc. han escrito magistralmente sobre esta materia; pero, como sus obras no se han popularizado bastante y la doctrina de otros autores que tratan de un modo incidental del mismo tema está diseminada en no pocos libros, juzgo que será un tanto útil reunir en un volumen las enseñanzas de la sana filosofía y en especial

(1) Encíclica. *Quod multum*.

las de la Iglesia católica, en lo tocante á la formación intelectual y moral de la juventud.

Tal es el fin del presente libro, en el que nada nuevo encontrarán las personas ilustradas; pero cuya lectura puede aprovechar algo á los padres de familia (siquiera para recordarles los deberes que les impone la educación de sus hijos) y también á los jóvenes que, mediante el cultivo de sus facultades, aspiran á cumplir su hermosa misión en el mundo.

En vez de mis humildes conceptos, consigno de preferencia los de autores distinguidos, cuya doctrina me limito á transcribir varias veces, no por el deseo de manifestar erudición, sino con el fin de dar mayor peso y autoridad á lo que digo.

Para inculcar más algunas verdades de suma importancia, acumulo citas de escritores de mérito, tanto para dilucidar mejor la cuestión en que me ocupo, como para mostrar la uniformidad de sus pareceres.

Así mismo, por la conexión que tienen entre sí algunas materias, trato de ellas en diversos capítulos, y repito, tal cual vez, aunque en forma distinta, los mismos conceptos.

He dividido en dos partes la presente obra. En los cuatro primeros capítulos de

la *Primera parte* expongo la doctrina, ó mejor dicho, los principios fundamentales de la educación cristiana, designo á quienes corresponde el *derecho* de formar al niño é indico los medios que han de emplear para el cumplido desempeño de labor tan difícil. En los capítulos siguientes trato del amor al trabajo, del carácter y del estímulo, cualidades utilísimas con que la buena educación adorna al hombre desde la primera edad, á fin de promover el mejor desenvolvimiento de sus facultades y el uso conveniente de ellas. Hablo también de la moral, que es la *base* de la educación, y del progreso, íntimamente ligado con aquélla, y á cuya consecución dirigen sus esfuerzos, con febril entusiasmo, los individuos y los pueblos, siempre deseosos de gozar en mayor escala de sus benéficos resultados.

En la *Segunda parte* me ocupo en las materias ó estudios á que de preferencia ha de dedicarse el joven, en el orden y método que debe observar en ellos y en la noble misión que tiene el joven cristiano en el mundo. Hablo con alguna detención de la Biblia y de la ciencia sagrada, de la filosofía y del arte, por ser ellas el *blanco* á que principalmente se dirigen hoy los ataques de la impiedad y del naturalismo, tan difundidos por desgracia en nuestro días.

No me he propuesto escribir un tratado didáctico sobre educación, ni menos dilucidar cuanto con ella se relaciona; pues tema tan vasto exigirla la publicación de muchos volúmenes. Mi intento es exponer, con la brevedad posible, la doctrina más segura sobre algunos puntos fundamentales relativos á la educación, así como sobre otros que á ésta se refieren. Cuanto digo va apoyado en la doctrina de los autores que he podido consultar y en la experiencia adquirida con el trato y dirección de la juventud estudiosa.

La edad juvenil está llena de peligros é incertidumbres, á tal punto que el Sabio asegura en el libro de los Proverbios, *que ignora por completo el proceder del hombre en la mocedad* (1); y, sin embargo, de esta época de la vida depende en gran parte la felicidad ó desgracia del hombre, en el tiempo y en la eternidad. Por lo mismo, prestan un beneficio inapreciable á la sociedad eclesiástica y civil los que se dedican á la enseñanza y dirección cristiana de la juventud, que constituye el elemento vital de los pueblos.

Hoy, que se difunden por todas partes

(1) *Penitus ignoro... viam viri in addescentia.* (Prov. XXX, 19.)

doctrinas perniciosas que se proponen *des-cristianizar* la educación, es de suma importancia *pregonar* muy en alto los derechos de Dios en la escuela y manifestar que, sin instrucción religiosa y sin el freno de la virtud, no puede la juventud cumplir su glorioso destino, ni precaverse de los peligros que la rodean, ni adquirir sanas costumbres, ni triunfar en las luchas de la vida, ni prepararse para el buen desempeño de los cargos que luego se le confiarán.

La formación de la juventud es una *arma* muy peligrosa en manos del poder civil. Cuando la maneja debidamente y en la esfera que le corresponde, hace mucho bien á la sociedad; pero cuando la usa mal y ataca ó desconoce derechos ajenos, causa terribles daños á la familia cristiana y á la Iglesia misma.

Y que el Estado moderno tiende á adueñarse por completo de la formación del niño y á considerarla como un asunto de su exclusiva competencia, dependiente en todo de la administración pública, lo manifiestan las teorías que hoy se sostienen sobre el *monopolio* del Estado en la enseñanza elemental y superior, sobre la instrucción primaria obligatoria, sobre el derecho que se concede á él solo de establecer centros docentes, de intervenir en el régimen escolar y hasta en

la aceptación ó rechazo de la enseñanza moral y religiosa. Estas funestas teorías, que en muchos pueblos han pasado al terreno de los hechos, son el origen de la formación deficiente y aun mala de la juventud, como también de la violación de los sagrados derechos que competen á la Iglesia y á los padres de familia en la educación de sus hijos.

Por eso, en este escrito, procuro deslindar las atribuciones del Estado de las de la familia cristiana y de la Iglesia, en lo que mira á la educación, á fin de que aquél se ciña á lo que le corresponde y cuide de coadyuvar la acción de las dos últimas en su noble anhelo de formar al joven.

En estos tiempos de incredulidad y decadencia moral, conviene también recordar á cuantos se ocupan en enseñar y dirigir á la juventud, que ejercen un *ministerio* alto y muy difícil, que impone arduos deberes, exige asidua consagración y produce grave responsabilidad ante Dios y los hombres. Al desinterés, á la caridad, al heroísmo, fuente de acciones recomendables y generosas, se van sustituyendo en nuestros días el egoísmo, que ahoga todo sentimiento cristiano; el amor al placer, que enerva el espíritu, y la codicia, que inhabilita al hombre para las obras buenas. El positivismo, ó

mejor dicho *mercantilismo*, ha invadido el vasto campo de la actividad humana, y aun á la hermosa labor de la educación se dedican muchos únicamente por lucro y la miran como una especie de *granjería*. Palpando estamos los desastrosos resultados de tales extravíos y el descenso moral que han producido en los pueblos.

Necesario es, por lo mismo, enaltecer á la virtud y á la ciencia, medios eficaces de perfeccionar y engrandecer á los hombres y á las naciones. Y, como la educación tiene por fin hacer al hombre virtuoso é instruido, su influencia es muy grande en la sociedad doméstica y civil.

Ajeno á toda pretensión literaria y deseoso sólo de difundir los sanos principios, hoy bastante olvidados, en lo tocante á la formación cristiana de la juventud, he emprendido este trabajo, en el que consigno el modo de pensar de algunos escritores notables y mis reflexiones personales, maduradas en el retiro y la meditación. Indudablemente hay muchos vacíos en el presente escrito, originados de la deficiencia de mis conocimientos y de mi poca salud, que me impide trabajar con la asiduidad y energía que deseara.

¡Plegue á Dios, cuyo poder transforma un grano de mostaza en árbol frondoso, bendecir este humilde trabajo, dirigido á pro-

mover, en la medida de mis débiles fuerzas, la gloria divina y el bien de la juventud estudiosa, á cuya dirección he consagrado los mejores años de mi vida!

CORNELIO CRESPO TORAL.





LA EDUCACIÓN CRISTIANA DE LA JUVENTUD

INTRODUCCIÓN

1.º Varias épocas de la vida humana.—2.º Importancia de la edad juvenil.—3.º Sus cualidades y defectos.—4.º División de la presente obra y fin que se propone.

I. Varias épocas de la vida humana.—Varias son la épocas de la humana existencia, cada una de las que tiene su fisonomía especial é importancia relativa. La primera y más encantadora de ellas es la niñez, en que el hombre ignora la fatídica ciencia del mal y no mira el mundo sino al través de un delicioso ensueño, toma de la vida sólo las flores y se aduerme tranquilo en el regazo materno. El alma del niño, pura como la luz de los cielos, es morada de Dios y asiento de la inocencia: en el mirar dulce y apacible, revela el niño que su corazón no experimenta aun luchas, y en la serenidad de la frente, en la gra-

ciosa sonrisa de los labios, muestra la virginidad del albedrío, sin el presentimiento del dolor y de la duda, esfinges que aguardan al hombre cuando despierta al conocimiento y á la posesión de su libertad.

«La niñez es un renacimiento del hombre, la primavera de la vida, la humanidad que revive, consolando y regocijando á la humanidad que muere,» dice un ameno escritor de nuestros días. «El niño es la inocencia... Su alma es enteramente blanca... y á nuestras almas manchadas, esa alma pura nos trae á la memoria la hora deliciosa en que nosotros también ignorábamos el mal, en que nuestros corazones, limpios como el agua de los grandes lagos, desconocían el rugido de la borrasca. El niño es la sencillez confiada y tranquila, y le amamos como un antiguo recuerdo, nosotros á quienes las experiencias de la vida han conducido á todas las desconfianzas, y que no damos un paso sin ponernos en guardia contra las sorpresas, las asechanzas y las traiciones. El niño es la esperanza, y la esperanza es la última tabla á que se aferran nuestras almas en el naufragio de las felicidades de este mundo. Todo eso, todos esos pensamientos, todos esos contrastes flotan en nuestro espíritu á la vista del niño, y nos producen una impresión vaga, misteriosa y dulce que nos encanta.» (1).

Mas, las horas envidiables de la infancia pasan pronto; y al clarear el alba de la razón, siente el hombre la primera acometida de las pasiones, y aparece á sus ojos el vasto horizonte del mundo

(1) VÍCTOR VAN TRICHT.—*Los niños de la calle*.

con sus seducciones y halagos. "Para el agua que corre y para el hombre que pasa, sólo hay un lugar y un momento de pureza absoluta: el manantial y la infancia. Así como el río corre y oculta en el fango de su lecho inmundicias y cadáveres, también el alma, aun entre los menos culpables, está llena de vergonzosos secretos." (1)

Después de la niñez viene la juventud, tiempo de formación, de osadía é incertidumbres, en que el hombre ansía la gloria, sueña en el porvenir, se lanza en pos de lo desconocido y se conmueve á impulso de afectos y deseos encontrados. Sin conciencia muchas veces del movimiento, se agita siempre, impresionado por la oculta energía del afecto y á la eléctrica corriente de sus amados ideales. "La juventud es la expectativa de la felicidad, y de la felicidad absoluta, completa, absurda... Mañana (piensa el joven en sus adentros) estallará la guerra en que llegaré á ser el héroe ecuestre y victorioso á quien de rodillas presentarán las llaves de la ciudad... Mañana imaginaré el plan y escribiré los primeros versos del poema ó del drama que debe hacerme inmortal. ¡Amor, gloria, genio! aquel que no os ha soñado, ¿qué digo? ardiente y locamente esperado, ¿puede pretender que ha sido joven?" (2)

A la juventud sigue la edad viril, en que el hombre, sosegadas las pasiones y en pleno desarrollo físico é intelectual, piensa con madurez, trabaja con ahinco, se esfuerza en cumplir la mi-

(1) FRANCISCO COPÉE.—*La bonne souffrance*.

(2) Id. id.

sión á que se cree llamado y entra de lleno en las faenas de la vida. En esta edad, "reconoce la mediocridad de la vida, se da cuenta de que sólo es bueno lo honesto, que todo goce va seguido de amargura y de hastío, que el objeto (el ideal) retrocede sin cesar ante el esfuerzo... Sin embargo, la vida, le parece aun sabrosa, pero como una fruta calentada por el sol de septiembre. Está perdido, y para siempre, ese frescor del alma que hace las sensaciones comparables con las cerezas arrancadas de la rama y comidas bajo el árbol, muy de mañana, cuando todavía están empapadas en el rocío de la noche. Por momentos se subleva, se indigna el hombre de que el poder de la esperanza y de la ilusión se hayan debilitado tan pronto; y como para consolarlo, por un instante, á cada nueva primavera, penetra en él un poco de juventud, por accesos inesperados por repentinas bocanadas." (1)

Llega, en fin, la ancianidad, fría y desconfiada, en la que palpa el hombre la nada y la vanidad de cuanto existe, y juzga de las cosas con criterio, si bien imparcial, un tanto pesimista. A la par que el cuerpo decae y se acerca al sepulcro, también el alma pliega las alas y pierde el vigor primitivo, inclinándose del todo hacia el ocaso.

2. Importancia de la edad juvenil — Entre todas las edades de la vida, ninguna ejerce influencia tan decisiva en la suerte del hombre como la juvenil: en ella, en efecto, se adquieren los hábitos, se forma el carácter y se prepara el porvenir. Por esto, la sabiduría divina dice con profunda

(1) FRANCISCO COPÉE.—*La bonne souffrance*.

verdad: *Lo que el hombre no juntó en su juventud, tampoco lo ha de hallar en su vejez.* (1)

La juventud es tiempo de transición; y de la buena ó mala senda que recorra, depende la felicidad ó ruina del hombre: casi todos los hechos grandiosos y las revoluciones devastadoras nacieron al calor de cabezas escolares y al fuego de la juventud.

3. Cualidades y defectos de la juventud.— La edad juvenil tiene, como las demás, cualidades y nobles aspiraciones, así como defectos y malos instintos. El joven es generoso, intrépido ante los peligros, desinteresado, amante de la gloria y de las empresas heroicas; pero también es falto de prudencia y de madurez, inconstante para la práctica del bien é inclinado á los goces sensibles. Por tanto, necesita el hombre preferente cuidado en esta época de su vida, en que soplan vientos contrarios, y caen sobre el barco olas que le hacen vacilar.

"Hay una edad en la vida", dice Mgr. Dupanloup, "á la que un antiguo atribuía las propiedades del fuego; porque, á semejanza de este elemento, se halla sin cesar en actividad y no conoce reposo; una edad en que se piensa sin regla y se reflexiona sin aplomo, en que la imaginación ardiente y las pasiones excitadas parece que reclaman el derecho de decidir por sí solas todos los destinos del porvenir.

"En esa edad temible, las pasiones, despertándose de súbito en el corazón de la juventud,

(1) *Quae in juventute tua non congregasti quomodo in senectute tua invenies?* (Eccli XXV, 5).

amenazan levantar esas fieras tempestades que agitan profundamente y á veces destruyen para siempre la virtud, mientras que, por su lado, el mundo nada descuida para tener siempre tendidas sus redes al joven inexperto, para inspirarle amor á los placeres y excitar en su alma las más peligrosas inclinaciones." (1)

4. División de la presente obrita y fin que se propone.—Mi intención, en este escrito, es suministrar algunas reflexiones serias á los padres de familia, sobre quienes pesa el deber de educar á sus hijos, como también estimular al cumplimiento de su misión á la juventud que, por su talento y otras prendas está llamada á ocupar alto puesto en la sociedad. Para que ella se ponga en condiciones de llenar su noble destino, debe ser educada con esmero, debe amar el trabajo, tener carácter, patrocinar las nobles causas, dedicarse á ocupaciones y estudios provechosos. De éstos y otros importantes asuntos trataré en el presente opúsculo.

Es obra de conveniencia y necesidad dirigir la palabra á las turbas entusiastas y soñadoras que llenan los colegios é invaden la plaza pública pidiendo el primer puesto en los comicios y en las asambleas, y constituyen la actividad social, el elemento enérgico sobre el que la enseñanza y la palabra influyen eficazmente mediante la dirección y el consejo. La mejor disposición, la más favorable en la juventud para poder encaminarla y reducirla á los términos de la moderación y el sacrificio de sus apetitos, es su misma violencia y

(1) *El matrimonio cristiano.*

arrogante energía; condiciones preciosas, para que una educación discreta imprima en la materia dócil, el sello de la verdadera grandeza, que conduce á la honradez, á la gloria, al heroísmo, al progreso, en fin, y al desarrollo armónico de las facultades humanas.

— — —



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Principios fundamentales de la educación

1. Qué es la educación.—2. Necesidad de educar bien á la juventud.—3. Fin é ideal de la educación.—4. Diferencia que existe entre la educación y la instrucción —5. Facultades en cuya dirección y desarrollo se ocupa aquélla principalmente.

1. Qué es la educación.— "La educación es el sistema ó método que se emplea para desarrollar las facultades de un joven, conforme á ciertos principios, y dando á aquellas facultades una dirección fija y habitual." (1) "Educar es cultivar, desenvolver, ejercitar, pulir y fortalecer todas las facultades físicas, intelectuales, morales y religio-

(1) SERRANO.—*Diccionario universal*.

sas que constituyen en el niño la naturaleza y dignidad humanas; dar á estas facultades su perfecta integridad; comunicarles la plenitud de su poder y de su acción; formar, por este medio, al hombre y prepararle para servir á su patria en las varias funciones sociales que tenga después que desempeñar.

«Conforme á un pensamiento más alto, educar es asegurar la consecución de la vida eterna, elevando la presente.» (1)

2. Necesidad de educar bien á la juventud. —Dios ha señalado á los seres un fin conforme á su naturaleza y les ha concedido las dotes necesarias para conseguirlo. Como la juventud es época de formación, débense desarrollar durante ella los preciosos germenos depositados por Dios en el alma, para que produzcan frutos sazonados. Esta es la labor de la educación.

A causa de la culpa original, quedó decaída la naturaleza humana; por lo que necesita el hombre de guía diestro y experimentado para preservarse del error y del vicio, para descubrir y conocer los secretos de la ciencia, para acostumbrarse, sobre todo, á caminar por la ardua senda del deber. Y todo esto se ha de obtener en los días de la juventud, en que el alma recibe con más docilidad el buen ejemplo que atrae, la enseñanza que ilustra y la virtud que santifica. Si, por desgracia, la ignorancia y la corrupción se adueñan del hombre en la edad juvenil, se ha perdido éste quizá para siempre, ya que *la senda por la cual comenzó á andar el hombre desde el principio, esa*

(1) MGR. DUPASLOIR.—*De l'éducation.*

misma seguirá cuando viejo (1). El hombre continúa generalmente siendo lo que fué al dejar los bancos de la escuela. Un poeta pagano dijo: *el ánfora conserva largo tiempo el olor del perfume de que estuvo primero impregnada* (2). La educación comunica, pues, al hombre una *segunda naturaleza*, cuyo influjo experimentará en toda su vida.

3. **Fin é ideal de la educación.**—La educación se propone el perfeccionamiento del hombre, en cuanto lo permite su naturaleza decaída y limitada, mediante el desarrollo armónico de sus facultades físicas, intelectuales y morales, facultades que, según dice Mgr. Dupanloup «constituyen la nobleza y dignidad del hombre. La educación tiene por fin cultivar, pulir, fortalecer y despertar cuanto hay de maravilloso en ese abismo que se llama corazón humano.» (3) Ilustrar el entendimiento con la verdad, dirigir la voluntad hacia el bien, dejar patentes los *lineamientos divinos*, impresos en el alma; «emancipar, en una palabra, al hombre de la servidumbre del mal, hacerle útil á sus semejantes y querido por Dios, centro de toda felicidad, tal es el fin de la educación.» (4) Ella comprende todo el hombre y se empeña en contrarrestar las tres clases de debilidad que, al decir del P. Didón, padece aquél, especialmente en la edad de las luchas, á saber: «la ignorancia, que

(1) *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* (Prov. XII-6.)

(2) *Quo semel imbuta fuerit recens, testa diu servabit.*

(3) *Cartas sobre educación intelectual.*

(4) MAURICIO MAROCCO.—*La femme ennoblie par l'Evangile.*

es la debilidad de la razón; los malos instintos que son la debilidad de la voluntad; la carencia de todo, que es la debilidad del cuerpo.» (1)

Varias clases de vida, ó mejor dicho de manifestaciones de vida, hay en el hombre, á saber: la vida física ó animal, la vida intelectual y la moral; pues el hombre consta de alma y cuerpo, y tiene, además, un fin muy noble que conseguir. La educación debe, por tanto, mantener y acrecentar esta triple vida, teniendo en cuenta la importancia de cada una de ellas. Lo primero que ha de procurar es el vigor físico del hombre, por medio del ejercicio, de una alimentación sobria y conveniente y de las prescripciones de la higiene, siendo esta educación también la primera que recibe el niño, quién hasta cierta edad es inhábil para toda labor intelectual y moral. Pero luego que la luz de la razón empiece á iluminar su alma y que tenga conciencia de sus actos, urge cultivar sus facultades y depositar pronto la simiente del bien en su corazón, para contrarrestar los gérmenes del mal.

Para medir la importancia de esta última labor, conviene recordar que el hombre es rey de la creación por su inteligencia y voluntad, de las que carecen los seres insensibles é irracionales; que Dios le ha prescrito una ley moral á que debe sujetarse, y que, en el ejercicio de sus facultades, no ha de contrariar el fin último que Dios le ha señalado. El hombre es responsable de sus actos, y no debe, durante la presente vida, prescindir del orden sobrenatural; tiene una alma in-

(1) *Jesuschrist.*

mortal que, después de corta peregrinación en el mundo, recibirá premio ó castigo eterno según sus obras.

De esto se deduce que los intereses morales y eternos del hombre deben ser atendidos de preferencia por los que tienen la misión de educarlo, y en seguida los temporales. La educación será, pues, completa cuando en la formación del niño se procura subordinar el cuerpo al alma, y el alma á Dios; ó, lo que es lo mismo, cuando en la adquisición de los bienes se da preferencia á los eternos sobre los transitorios.

Esta doctrina, tan conforme á la dignidad humana y á la recta razón, es desechada ó cuando menos olvidada por muchísimas personas, que anteponen la vida física á la intelectual y moral; por lo que, falseada la educación en su base, no es raro que la niñez se pervierta y ambicione sólo los goces de los sentidos, ó á lo sumo los de la inteligencia, sin que apetezca los del orden moral y sobrenatural.

"Educar á un niño", dice el P. Víctor Van Tricht, "es formarle conforme al deber; es enseñarle á vencer las pasiones y la voluntad propia, á dominar y ahogar el egoísmo, á sacrificarse y consagrarse al bien. Es arrancar una á una del fondo de su corazón todas las raíces inmundas que nuestra decaída naturaleza y las tradiciones acumuladas por la sangre hacen brotar en él, vivaces y avasalladoras; es sembrar en su alma el precioso grano de la virtud, grano tan fino y tan raro, que es el único que hace á los hombres grandes y dignos.

"No basta para formar al niño y educarle, lle-

narle la memoria con preceptos religiosos y morales, como se la llena con las reglas de la gramática ó las fórmulas del interés simple y compuesto. No basta clasificar las virtudes en su mente, como se clasifican en ella las familias de insectos y mamíferos.

"No pasando esta cultura intelectual más allá del entendimiento, es totalmente vana. Para formar al niño, es preciso penetrar más adentro: en el fondo de su corazón hay que plantar la virtud; su voluntad hay que sujetarla al deber, poniéndola bajo el yugo de la justicia y la disciplina. Esta es la obra de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes; es la obra maestra, la obra única. (1)

"La educación cristiana extiende su influjo á toda el alma del niño... Enriquecer la memoria, adornar y excitar la imaginación, rectificar la sensibilidad, disciplinar todas las facultades bajo la regla de la razón; enseñar al alma á conocerse á sí misma, á los hombres que le rodean y á los que le han precedido, á sorprender los secretos de la naturaleza y á adivinar sus leyes; acostumar al espíritu á encontrar la verdad inmutable bajo la corteza fugitiva de las cosas, y al corazón á gustar la virtud, á despecho de los sentidos y mediante fuertes sacrificios; mantener al alma en ese estado tan admirablemente descrito por S. Agustín, cuando, libre de toda mancha y corrupción, conserva el señorío de sí misma: ¡qué misión tan hermosa la de la educación! Por esto, decía

(1) *Los chicos de la calle.*

S. Juan Crisóstomo, que no hay cosa más grande como el gobernar el espíritu de los adolescentes y formarlos para la ciencia de la vida... La educación cristiana es la única que da á las facultades toda su fuerza de expansión y el grado más alto y relativamente posible de perfeccionamiento.... (1)

La educación es para el hombre á modo de segunda vida, por cuanto desenvuelve y perfecciona las dotes que recibe al venir al mundo, y le hace apto para cumplir la misión que Dios le señalara.

Nuestro Señor Jesucristo, que es el modelo que debe el hombre tener á la vista para imitarlo, es también el tipo ideal de la educación; y por esto la Iglesia, que está encargada de la formación moral de la gran familia cristiana, procura que sus miembros sean una copia fiel de nuestro Señor y que estén como *vaciados* en el molde divino, á fin de que *Cristo se forme enteramente en sus almas*, según la expresiva frase de S. Pablo. (2) Ella, como es justo y natural, inculca á sus hijos el deber de preferir en la educación los intereses religiosos y eternos á los terrenos y transitorios, en cumplimiento de esta máxima evangélica. *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Ó ¿con qué la rescatará una vez perdida?* (3)

El ideal de la educación es, por tanto, imitar á Dios, acercársele, unírsele, mediante el ejercicio

(1) MONFAT.—*Principes de l'éducation*.

(2) GALAT.—IV-19.

(3) MATH.—XVI-26.



de las virtudes y la posesión de la verdad; mantener, viva é inalterable en el alma, como se acaba de decir, la imagen divina impresa por Dios en ella. Para esto es preciso ahogar los afectos desordenados, apartar la vista de las bajas regiones de la morada terrestre y elevarla al cielo, que es la patria de la eterna dicha; dedicarse, en fin, constantemente á la práctica de las buenas obras. La educación aspira nada menos, que á poner en práctica, en la medida de la capacidad humana, el precepto de Jesucristo, que nos manda *ser perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto* (1); precepto grandioso, que manifiesta cuán incesantemente debe el hombre trabajar en su perfeccionamiento intelectual y moral, aun cuando no pueda obtenerlo por completo en esta vida, á causa de la limitación de sus facultades y del atractivo que siente hacia el mal.

4. Diferencia que existe entre la educación y la instrucción.—Como la educación abraza todo el hombre, y éste consta de alma y cuerpo, debe aquélla procurar el desarrollo y perfeccionamiento de entrambos, respetando la jerarquía de las facultades humanas y la subordinación de la materia al espíritu.

Ahora bien, el hombre es superior á los demás seres del mundo visible, por su inteligencia y voluntad, como también por el fin altísimo á que Dios le ha destinado. Por tanto, la educación no ha de prescindir, en ninguna manera, de dicho fin, ni ha de contrariar las leyes que regulan las

(1) *Estote... perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est.* (MATH. V, 48).

relaciones entre el alma y el cuerpo, relaciones fundadas en la natural dependencia de éste hacia aquélla. De este modo, libre el alma de las trabas de la materia, gobierna la actividad humana, cuidando de someter las pasiones desapoderadas al imperio de la razón, y la voluntad á las leyes de la moral.

La educación comprende dos cosas: la *instrucción* del entendimiento y la *disciplina* de la voluntad. La primera se propone cultivar la inteligencia y la segunda formar el corazón. El objeto propio de la una es la adquisición de la verdad; el de la otra la práctica del bien y la represión de los malos instintos. Dedúcese de esto que la educación ha de procurar, ante todo, acostumbrar al hombre al ejercicio del bien, ó sea de la virtud, sin descuidar por esto el cultivo de sus facultades intelectuales y sensitivas. El ideal en este punto es unir la bondad moral con el aprendizaje científico, y hermanar la virtud con la ciencia. Un hombre será tanto mejor educado, cuanto posea mayor caudal de conocimientos y tenga mayor energía para cumplir sus deberes religiosos y morales. Se puede aplicar á la educación aquel conocido axioma: *anima sana in corpore sano*. Sanidad de alma, robustez de cuerpo, equilibrio en las facultades, orden, armonía en las acciones de la vida, son indudablemente indispensables en un buen sistema de educación.

«La educación, considerada en sí misma como una función de la actividad humana, se halla dividida en dos partes», observa el P. Florián Riess: «una de ellas es la *enseñanza*, que dice relación al conocimiento, y otra la *disciplina*, que se refiere

á la voluntad. Con la palabra *enseñar*, expresamos la transmisión ordenada de conocimientos que en sí mismos se ligan y encadenan en algún todo. Con la frase *disciplina*, queremos decir que la potencia motriz del hombre ha de estar sujeta á las leyes de la razón y á las prescripciones divinas, sin cuya observancia es imposible el perfeccionamiento humano y por lo mismo la educación.» (1) Como muy bien se ha dicho, la instrucción y la disciplina son como dos hermanas que, cuando proceden de acuerdo, perfeccionan el ser humano: la una disipa las tinieblas de la mente, la otra fecundiza para el bien los sentimientos del corazón: instruir es poco, disciplinar, educar es todo. Un hombre instruido, pero indisciplinado, llega á ser un monstruo, como se ven muchos en la historia: un hombre educado, aunque tenga muy escasa instrucción, será ciudadano útil que honrará el arado en los campos paternos, ó probo artesano que hará feliz su hogar, ó cubrirá de gloria las banderas nacionales; porque es una verdad inconcusa, que toda ciencia es vana si no se posee la ciencia de la bondad, como escribía Montaigne.

Por desgracia, los que prescinden del fin último del hombre y se preocupan solo con los intereses efímeros de la presente vida, atienden de preferencia á la instrucción con menoscabo y aun olvido de lo que constituye la disciplina, ó sea la educación propiamente dicha. Mucho vuelo han tomado en nuestros días las ciencias; se han multiplicado los inventos é introducido nuevos

(1) *La escuela cristiana.*

métodos en la enseñanza; pero poco ó ningún empeño se nota en inculcar en el corazón del joven las reglas de la moral, en acostumbrarlo á la difícil ciencia del vencimiento, en formarlo, en una palabra, honrado y virtuoso. Marcado interés hay por cuanto mira al progreso material, al adelanto de la industria, al regalo y comodidades de la vida; mas en cambio van cayendo en desuso las leyes de la moral, el espíritu de abnegación y de sacrificio, tan fecundo en acciones generosas y heroicas. Los hombres, lejos de obedecer el precepto evangélico, de *buscar primero el reino de Dios y su justicia, para que todo lo demás lo obtengan por añadidura* (1), andan afanosos en pos de placeres vedados, del lujo y de las riquezas, haciendo caso omiso de los intereses eternos del alma.

La instrucción sin moralidad, ó sea la ciencia sin virtud, es arma nociva que causa inmensos daños; es á modo de espada en manos de un loco; por lo que es mejor, según dice el admirable libro de la Imitación de Cristo, *el humilde labriego que sirve á Dios, que el soberbio filósofo que, olvidado del conocimiento de sí mismo, considera el curso de los astros* (2). Si se apartaran los hombres del temor de Dios, *que es el principio de la sabiduría* (3); si no amaran y practicaran la virtud, desaparecería del mundo cuanto de noble, de grande y heroico existe en él, y se convertiría

(1) *Quærite primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.* (MATTH VI, 33.)

(2) *Lib. I, Cap. 2.*

(3) *Initium sapientiæ timor Domini.* (ECCLI, I, 16.)

en un campo de ruinas y desolación, realizándose aquel famoso dicho de Hobbes, de que el estado natural de la humanidad es la guerra de todos contra todos.

"Se cuenta con la instrucción para resolver las dificultades del porvenir", dice Mr. Prins, que no puede contarse entre los católicos. "Cierto que la corriente que arrastra á los gobiernos hacia la instrucción, es un honor para nuestro siglo: creo, sin embargo, que la instrucción, lejos de calmar el mal, no hará más que agravarlo. El ignorante se resigna á una situación dada, é inclina la cabeza ante el destino: el hombre instruído se revela; quiere una posición; se le ha enseñado que tiene derechos *imprescriptibles* y que es *igual* á los hombres más poderosos. Pero mientras su imaginación y sus aspiraciones le transportan á las más altas cimas, la realidad le encadena al suelo, agriado, desesperado, indignado de los contrastes permanentes entre la teoría y la realidad." (1)

"El hombre es un ser esencialmente educable," dice Mgr. de la Boullerie. "La educación es la primera necesidad de su naturaleza, que es desde luego el punto de partida de toda educación." (2) Pero hay que considerar dicha naturaleza tal cual se halla después de la primitiva caída: esto es, desviada de su rectitud primera, propensa al mal y rehacia para el bien, á fin de que la educación contribuya á vigorizar al hombre en el orden mo-

(1) *La Démocratie et le Régimen parlementaire*. Cita del señor RODRÍGUEZ DE CEPEDA, en su obra de *Derecho Natural*.

(2) *Discours sur la bonne et la mauvaise éducation*.

ral y á hacerle triunfar de sus perversos instintos.

El grande error propalado, en especial desde el siglo XVIII en materia de educación, es negar que la naturaleza humana quedó viciada por el pecado; afirmar que ella, aun en la actualidad, es esencialmente recta y que la educación ha de seguir todas las inclinaciones de aquélla, desarrollarlas y favorecerlas. Por eso, los partidarios de tan pernicioso sistema se preocupan mucho con la instrucción, y poco ó nada con la formación moral del joven, á quien pretenden libertar ante todo del *yugo religioso*, ya que éste condena el mal y refrena vigorosamente las inclinaciones depravadas del corazón.

Tal sistema es perjudicial á la instrucción misma de la juventud; por que, como dice el autor antes citado, "bajo el punto de vista literario, como bajo el punto de vista moral, la buena y completa educación es únicamente aquélla en que entra como elemento indispensable la obediencia á la ley divina... La perfecta cultura del espíritu es cualidad exclusiva de la buena educación, según lo comprueba la experiencia de los siglos. El espíritu del siglo de Luis XIV ha sido más grande que el nuestro, por cuanto el corazón de aquel siglo era más cristiano. Entre Athalia y los dramas detestables de nuestros días, hay la infinita distancia del cristianismo á la impiedad." (1)

5. Facultades en cuya dirección y desarrollo se ocupa principalmente la educación.—Las facultades principales del hombre son la inteligencia, cuyo objeto es la verdad, y la voluntad, cuyo

(1) *Discours sur la bonne et la mauvaise éducation.*

objeto es el bien. La educación debe desarrollar simultáneamente ambas facultades, procurando que la primera se instruya, no sólo en las verdades del orden natural sino en las del sobrenatural, y que la segunda busque los verdaderos bienes, en especial á Dios, que es el Bien sumo. La educación sería, pues, incompleta, si atendiera á una de dichas facultades con menoscabo de la otra. Si la ciencia ilustra y cultiva el entendimiento, la moral embellece y fortifica la voluntad; mas entre los extravíos de ésta y los de aquél, son de peores consecuencias los del corazón, ya que la perversidad es más perjudicial que la ignorancia. Cicerón, con ser pagano, afirma que la honradez sin instrucción es preferible á la instrucción sin honradez, y la experiencia diaria comprueba que la mayor parte de las desgracias que agobian al linaje humano son debidas al desenfreno de la voluntad.

Aun cuando la inteligencia y la voluntad son las más nobles entre todas las facultades humanas, la educación no debe prescindir de la memoria, de la sensibilidad y de las otras facultades sensitivas, que sirven á aquéllas de auxiliares poderosos y desempeñan importante papel en no pocas funciones intelectuales. Como el hombre consta de alma y cuerpo, íntimamente unidos, que ejercen entre sí mutuo influjo, hasta el punto de haber facultades sólo propias del compuesto humano, la educación sería trunca si descuidase algunas de ellas. A pesar de la fuerza que en sí tiene la voluntad, si se encuentra sola y aislada, no podría desplegar toda su actividad, ni luchar contra las tendencias animales, ni menos triunfar de ellas, sino

vienen en su auxilio «recursos extraños. Entre otros, Mr. Ribot ha demostrado; por ejemplo, que «cuando la sensibilidad está profundamente herida; cuando la idea permanece seca y fría; cuando á la sensación no sigue la satisfacción correspondiente, todo ser racional se halla incapacitado hasta para el ligero movimiento que exige estampar una firma.» (1) «¿Quién no se ha encontrado en un estado análogo, al despertar de una noche agitada y de insuficiente descanso?» observa Mr. Payot. «Sumidos en un profundo entorpecimiento, aunque con la inteligencia bastante clara, comprendemos lo que debiéramos hacer; pero sentimos al propio tiempo cuán escasa es por sí misma la fuerza de las ideas» (2). Esto prueba la fuerza del sentimiento, capaz de trastornar los estados sicológicos, al parecer más independientes de él, como lo nota el mismo autor.

La experiencia comprueba el creciente desarrollo de nuestras facultades, siempre que se las ejercite con método; se impida lo que puede enervarlas ó extraviarlas; siempre que, en una palabra, se las *eduque*. La memoria, auxiliar importantísimo de la inteligencia, á la que proporciona abundantes materiales; la imaginación que suministra á aquélla los fantasmas y representaciones de los objetos exteriores; los sentidos externos que nos ponen en contacto con el mundo visible y sirven al entendimiento de base para que, mediante el poder de *abstraer* y de *generalizar* que posee, forme las ideas universales: todas estas facultades

(1) *Maladies de la volonté.*

(2) *Educación de la voluntad.*

exigen adecuada y asidua dirección, para ser convenientemente empleadas.

No entra en la índole de este trabajo, señalar reglas para el buen ejercicio de todas las facultades humanas. Basta lo antes dicho, y el sentar, por ahora, como principio fundamental que, para la debida formación intelectual y moral del niño, se ha de procurar el desarrollo armónico y ordenado de sus facultades, de modo que las inferiores sirvan á las superiores y no predominen sobre ellas.

La inteligencia y la voluntad han de ser especialmente educadas con esmero. El hábito de meditar con atención y de reflexionar á menudo, el orden y enlace en la adquisición de los conocimientos, la rectitud y claridad en el raciocinio, el amor sobre todo á la verdad, son indispensables para el desenvolvimiento de la inteligencia y el buen éxito del trabajo intelectual.

Pero la voluntad principalmente ha de ser atendida en la educación; porque es *la potencia motriz* del hombre, y en consecuencia, la reguladora de su actividad. Como ya lo he dicho, hay en nuestros tiempos una tendencia marcada á cuidar de la cultura del entendimiento haciendo caso omiso de la formación de la voluntad, siendo así que, con razón se afirma, que *la voluntad es el hombre*.

«El origen de todos los males de la civilización actual, es el olvido casi completo de cuanto concierne á la educación y enseñanza de la voluntad», dice un escritor de nuestros días. «En los dominios del Estado moderno y en los de la familia, todos los terrenos se labran y preparan

para el cultivo de la inteligencia, ninguno para la cultura de la voluntad; y ¿quién se atreverá á negarlo? De estas dos facultades superiores del espíritu, nada vale la primera sin la segunda; inútil es pensar sin hacer. Aun puede decirse de los hombres sabios y de las naciones inteligentes, pero sin voluntad, que son perjudiciales para la república... Hora es ya de acudir al remedio de tan grave mal. Importa hacer *hombres* antes que *sabios*. He aquí el más trascendental de los fines humanos.» (1)

Para educar bien á la voluntad, hay que tener en cuenta el predominio de la parte afectiva de nuestra naturaleza en la vida psicológica. Una voluntad durable, enérgica, capaz de firmes resoluciones, debe vivir mantenida á su vez por sentimientos enérgicos, y si no constantes, por lo menos frecuentemente excitados. «Una intensa sensibilidad», dice Mill, «es el instrumento y la condición que permite ejercer sobre uno mismo un poderoso imperio; pero necesita cultivarse para este fin. Cuando ha recibido esta preparación, no forma solamente héroes impulsivos, sino héroes voluntarios. La historia y la experiencia prueban, cómo los caracteres más apasionados ofrecen el máximo de constancia y rectitud en su sentimiento.» (2)

Y cuán difícil es gobernar los afectos del alma, excitarlos ó moderarlos, según convenga. Las pasiones, como es sabido, constituyen uno de los

(1) ANTÓN Y FERNÁNDEZ.—*Prólogo de la traducción del libro de Payot.*

(2) *Assujettissements des femmes.* Cita de Payot.

auxiliares más poderosos de nuestra actividad; y, según sean bien ó mal dirigidas, dan origen á acciones laudables ó perversas. Y como el hombre experimenta en sí tendencias opuestas, es muy difícil que proceda siempre con rectitud y gobierne debidamente sus afectos que tanto influyen en la voluntad.

Prescindiendo de otros medios, tales como las tendencias naturales, las primeras impresiones recibidas, los hábitos contraídos, el medio ambiente en que se vive, etc., todo lo que influye grandemente en nuestras potencias afectivas y en el gobierno mismo de la voluntad, es indudable que la moral, la justicia, el deber son medios más eficaces de guiar rectamente á aquélla. Y si cada facultad se aquieta y perfecciona con la consecución del objeto que le es propio; y si el de la voluntad es el bien, es innegable que, cuanto propenda á hacerlo conocer y practicar, debe intervenir en la dirección de la voluntad.

Ahora bien, existe una institución directamente fundada por Dios para enseñar los principios de la moral y promover, mediante su observancia, la práctica de las buenas acciones; esta institución es la Iglesia católica, cuya misión es hacer virtuosos á los hombres en esta vida, para salvarlos en la otra; «ella estudia á la voluntad en su propia naturaleza, la disciplina y cultiva como una fuerza dirigida á su fin primordial y más general, es decir, al fin moral.» (1)

Si la educación pone en juego sentimientos poderosos para crear hábitos de pensar y de obrar.

FERNÁNDEZ.



es decir, para organizar en el pensamiento del niño sistemas combinados de ideas con ideas, de ideas con sentimientos y de ideas con actos... las emociones religiosas», dice Payot, «son fuente de extraordinaria energía... El respeto á la autoridad de personas revestidas de carácter sagrado, los recuerdos acumulados por la educación, el temor de eternos castigos, la esperanza del cielo, el terror de un Dios justiciero, presente en todas partes, que todo lo ve y lo oye, y penetra los más recónditos pensamientos, todo esto concluye por fundirse, constituyendo un estado afectivo extremadamente complejo, aunque parezca simple á la conciencia. A la abrasadora llama de este sentimiento tan vigoroso, se efectúan soldaduras definitivas entre ideas y actos; así es como en las naturalezas religiosas superiores, no es capaz una injuria de provocar la cólera, á causa de lo pronta y sincera que surge la resignación, ni la castidad ocasiona luchas, por lo aniquiladas, mortecinas y depuradas que se hallan en ellas las excitaciones sensuales que inflaman los cerebros de los seres morales inferiores. Hermoso ejemplo del triunfo obtenido contra instintos muy poderosos, por el antagonismo de sentimientos elevados... Guárdese cuidadosamente la fe moral, que llega á ser un principio de vida, y da á nuestra existencia un sabor, una elevación y una frescura siempre desconocida de los despreocupados, en los cuales el pensamiento permanece impotente para producir afecciones y una actividad sólida y viril.» (1)

(1) *Educación de la voluntad.*

Las acciones de la misma clase, repetidas con frecuencia, forman los hábitos, que constituyen en el hombre una segunda naturaleza é influyen eficazmente en las determinaciones de su voluntad. Los hábitos se adquieren poco á poco; pero una vez adquiridos es muy difícil desarraigarlos. De aquí la necesidad de infundir en el alma del joven la constancia en el bien obrar, el odio á la pereza, á los malos deseos é impulsos perturbadores, para lanzarle después resueltamente en el buen camino, por más que se opongan las inclinaciones perversas. Necesitamos para esto despreciarlo todo y desprendernos de nuestro antiguo *yo*, á fin de servir á Dios *descaradamente*, según la enérgica expresión de Luis Veuillot.

Mas ¿cómo obtener tanta energía? ¿Cómo podrá el hombre adquirir el completo señorío de sus apetitos y deseos? ¿Cómo logrará la voluntad vencer los obstáculos que le oponen las pasiones y los malos hábitos, en la práctica del bien? El hombre necesita ser fortalecido en esta lucha; y este auxilio le suministra, ante todo, la religión con sus sublimes enseñanzas, la moral católica con los sabios preceptos que contiene, la gracia divina, sobre todo, que comunica al alma un vigor sobrehumano para adquirir las virtudes, rechazar los halagos del placer y los atractivos del mundo; que la purifica, en fin, de sus manchas mediante el fuego del *sacrificio*.

La práctica de las buenas obras requiere paciencia perseverante: cada día hay que vencerse y hacer siquiera un *poco* de bien, conforme al consejo de Bosuet; pues, aun con una lenta marcha, se puede llegar al término del camino, si no

se detiene nunca. En esta incesante batalla contra nosotros mismos, los consuelos que suministra la virtud, la esperanza de conseguir pronto un premio eterno, nos estimulan á proseguir sin desaliento por entre las asperezas de la senda que conduce al cielo.

CAPÍTULO SEGUNDO

Principios fundamentales de la educación

1. La familia, y su organización.—2. A los padres de familia y á la Iglesia corresponde la misión de educar.—3. Educación primera ó propiamente doméstica.—4. Educación secundaria ó pública.—5. Educación última ó social.—6. Peligros de la edad juvenil y manera con que deben conducirse los padres en esa época difícil.—7. Deberes del joven en la educación.

1. La familia y su organización.—Después que Dios creó al primer hombre, le dió una compañera, que la formó de una de sus costillas, echó á ambos su bendición y les dijo: *Creced y multiplicaos, y enchid la tierra y enseñoreaos de ella* (1). Desde entonces existió en el mundo la familia, cuyo autor es el mismo Dios.

La familia fué, pues, establecida por Dios para conservar y propagar la especie humana en el mundo, para desarrollar las cualidades que, como en germen, deposita Dios en el corazón del niño,

(1) *Crescite, et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam.* (GEN. I, 28).

para servir de base á la sociedad civil y á la religiosa, para formar, en fin, moradores del cielo. "La familia, exclama Mgr. Dupanloup, trinidad misteriosa, donde con tanta ternura y esplendor se reflejan el poder de Dios que protege, su sabiduría que gobierna, y su amor que inspira. La familia, santuario augusto de la autoridad que crea, de la educación que eleva y de la providencia que perpetúa." (1)

Como toda sociedad perfecta, tiene la familia los elementos indispensables para su existencia y desarrollo, entre ellos la autoridad, que es el elemento primordial de la sociedad. Esta reside en los padres, cuya autoridad es una participación de la de Dios, *de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra.* (2) El padre es el jefe del hogar doméstico; á él corresponde presidir la familia, gobernarla y trabajar para su sustento. La madre es el ángel custodio del hogar: su ministerio es de amor, de ternura y vigilancia para con el hijo de sus entrañas, y sobre todo de abnegación y sufrimiento.

En la familia cristiana el padre ocupa el primer lugar, pues representa en ella, por decirlo así, á Dios que es el primer Padre. Por su medio hemos recibido, según la frase de un poeta antiguo, la llama de la vida: *Quasi cursores vitae lampada tradunt*; vida que se la conserva á su hijo ó, mejor dicho, se la gana por medio del trabajo. El padre es el *señor*, el jefe de la casa, por la autori-

(1) *El matrimonio cristiano.*

(2) *Deus... ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur.* (EPHES III, 15).

dad y los derechos que posee en ella, derechos que están limitados por los de Dios, á cuya ley todos deben someterse. El padre es también el *sacerdote* de la religión doméstica, que fué la primitiva de los hombres. Aun en la nueva Ley, en que Jesucristo ha elegido ministros especiales para sus altares, ha impreso un carácter religioso en la frente del padre de familia, que es el representante de Dios en el hogar doméstico y su delegado cerca de los hijos. Por lo que deben éstos obedecer la autoridad paterna y someterse á ella, respetarla y honrarla como á una especie de sacerdocio. La piedad filial es un acto de religión. (1) «¡Cuán hermoso, cuán augusto, cuán santo es el ministerio de los padres, que son los primeros sacerdotes de sus hijos! Dios está presente en todas partes; pero de una manera especial en el hogar de la familia,» dice Charpentier. El paganismo, cuyos dogmas groseros contenían casi siempre algunos restos de las verdades tradicionales, habia conservado la creencia de que la divinidad presidia el hogar doméstico. Los paganos honraban con un culto particular á las *penates*, que eran los dioses tutelares de sus casas.

«Penetrada de la santidad del techo que va á cobijar á la familia, la Iglesia lo bendice, como bendice los templos en que Dios reside; por lo que en ese templo, como en los demás, deben encontrarse necesariamente tres cosas: el respeto á Dios, la oración y la enseñanza religiosa.» (2)

(1) Cf. MGR. BAUNARD.—*Le collège chrétien*.

(2) *Le livre de la famille*.

Después del padre viene la madre, que ocupa lugar también importante en la familia; pues el hijo procede especialmente de la madre, más por la semejanza moral que por la semejanza física; por lo que los grandes hombres han tenido madres distinguidas.

El ministerio de la madre cristiana en el hogar, es de dulzura, de prudencia, de amor sobre todo; de amor que *trabaja* por asegurar la vida del cuerpo y del alma del niño; de amor que *sufre* cuando aparecen en el niño los primeros síntomas de perversidad moral; de amor que se angustia cuando tiene que emplear la corrección y la severidad á fin de encarrilarlo; de amor que *triunfa* con los consejos, ruegos y lágrimas de que se vale para hacer feliz al fruto de sus entrañas. Nada es tan eficaz en el corazón del niño como los ejemplos, las enseñanzas, las súplicas especialmente de una madre cristiana, á quien Dios ha comunicado el espíritu y las gracias necesarias para llenar su misión en el mundo. (1)

"La familia cristiana es un *medio ordenado*", como muy bien dice Monsabré, "un medio en que las santas leyes de la gerarquía son respetadas, en que todas las fuerzas, según su dignidad, tienden armoniosamente al mismo fin. En ella no se ven esos padres destronados que han perdido el prestigio de su representación por la inferioridad de sus virtudes; esos padres débiles que dejan caer el gobierno doméstico en manos de una mujer audaz; esos jefes de familia siempre dispuestos á ceder á las exigencias de un niño mimado: en

(1) Cf. MGR. BAUNARD. *Obra citada*.

ella no hay nada que asegure el dominio de la debilidad, del engaño ó del capricho y que conduzca á lamentables desgracias. Todo está en su puesto y Dios en la cima, y bajo su autoridad soberana, la autoridad, la sabiduría, el amor paterno, se empeñan en desenvolver en el alma del niño los preciosos gérmenes de vida que deben hacerlo honrado, religioso y santo.» (1)

2. A los padres de familia y á la Iglesia corresponde la misión de educar.—Como la educación de la juventud está íntimamente ligada con la ventura ó decadencia de los individuos y de los pueblos, es preciso determinar quiénes tienen el derecho de darla. Esta cuestión es más grave de lo que aparece; porque muchas veces intervienen en la formación del joven los que no deben hacerlo, invadiendo así los derechos sagrados de Dios y de la familia cristiana, é introduciendo el desorden en el hogar doméstico.

El derecho de educar al niño corresponde, en primer lugar á Dios, después á los padres, cuya autoridad emana de la de Dios, y por último á los maestros ó institutores, que son los auxiliares ó continuadores de los padres en la formación del niño. Este principio es primordial é importantísimo en la presente materia.

Dios, en efecto, es el creador y conservador de todos los seres; y del hombre, hecho á su imagen y semejanza, cuida con providencia especial. Este cuidado se extiende á su educación intelectual y moral. Las sabias leyes que le ha prescrito, los dones con que le ha enriquecido, la gracia de

(1) *Conference sur l'éducation chrétienne.*

lo alto con que le fortalece, y cuya operación es constante, secreta y misteriosa en el fondo del alma, influyen con eficacia en la naturaleza humana decaída por el pecado, la eleva, la engrandece y la transforma por completo.

Dios es el *educador* por excelencia, y el primer ministro, por decirlo así, en esta grande obra. Los padres son, para con sus hijos, los representantes de Aquel, de *quien procede toda paternidad*, el que se sirve de ellos como de instrumentos para la formación del niño. ¡Cuán profunda sabiduría encierran estas palabras que la madre de los Macabeos repetía á sus hijos! *Yo no sé como fuisteis formados en mi seno: porque ni yo os di el alma, el espíritu y la vida, ni fui tampoco la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros; sino el Criador del Universo, que es el que formó al hombre en su origen y el que dió principio á todas las cosas.* (1)

"La educación del hombre", dice Mgr. Dupanloup, "es una obra esencialmente divina, y la continuación de ella en lo que tiene de más noble, que es la creación del alma... Dios es la única fuente de la autoridad, es decir, de los derechos y de los deberes de todos; Él es el solo modelo y la perfecta imagen de la obra misma que se trata de realizar. Bajo cualquier aspecto que se considere la obra de la educación, aparece como uno de los reflejos más admirables de la acción, de la bondad y de la sabiduría divinas.

"Toda educación, en que se prescinde de Dios, será siempre una obra impotente y sin fruto, una

(1) Lib. II. VII, 22-23.

obra sin luz, estéril y de tinieblas, como dice San Pablo. (Eph. V, 11).

"Dios desarrolla, vigoriza y enaltece las facultades humanas, y les comunica toda su plenitud, por una acción íntima, invisible é incesante sobre el hombre; acción más ó menos influyente, según éste sea más ó menos digno, por su reconocimiento; pero acción tan necesaria, que no puede suspenderse por un momento, sin que todo progreso se detenga, ni cesar por completo sin que caiga el hombre en la imbecilidad y vuelva á la nada.

"Dios educa perpetuamente á la humanidad; y valiéndome de una antigua frase empleada por la gravedad romana, no vacilo en decir, que el Universo es una grande Institución, cuyo maestro supremo es Dios, maestro eterno é inmutable, y que el género humano es el discípulo, perpetuamente renovado de generación en generación.

"Sin duda el padre, la madre, el maestro visible aparecen ocupados en la obra de educar al niño; pero ellos lo deben todo á Dios en esta obra. Para El y en su casa se ejecuta la obra." (1)

"La educación del hombre ha sido una de las grandes solicitudes de la bondad divina. Abrid los libros santos, y encontrareis en ellos, casi en cada página la palabra *disciplina* (que comprende la instrucción y la formación moral del hombre), palabra que se deriva de la latina *discere*, aprender; y al que recibe la instrucción se le llama *discípulo*. No conozco cosa que la Escritura haya glorificado más que la educación: ella le

(1) *De l'éducation.*

llama la *lux*, la *regla* y el *camino* de la vida: *lex, lux et via vitae*. La disciplina hace al hombre agradable á Dios y á los hombres: *invenies gratiam et disciplinam coram Deo et hominibus*. Descuidarla, es descuidar el alma, es despreciarla. *Qui abjicit disciplinam despicit animam suam*. (1)

Pero Nuestro Señor Jesucristo instituyó la Iglesia Católica, á la que confirió todo su poder, y le encomendó la gran misión de educar al joven, en unión de los padres de familia, á los que aquélla dirige y auxilia en tan importante labor.

La educación se propone el perfeccionamiento del hombre; y como en éste hay dos clases de vida: la natural y la sobrenatural, de las que la primera la recibe por medio de sus padres y la segunda por conducto de la Iglesia, es lógico afirmar que sólo la Iglesia y los padres de familia tienen la *misión* y el *derecho* de educar y de enseñar, debiendo los padres ser guiados por la Iglesia en el desempeño de tan arduo deber. Explicaré esta doctrina, y en primer lugar trataré de los derechos de la Iglesia en la educación.

Si se tiene en cuenta la naturaleza del hombre y el fin para que ha sido criado por Dios, debe admitirse que su educación es doble: *natural* y *sobrenatural*, según se ocupe ésta en los intereses terrenos y temporales, ó en los espirituales y eternos. La primera educación, ó sea la natural, corresponde *privativamente* á los padres, bajo la *vigilancia* de la Iglesia, que puede y debe rechazar de esta educación cuanto se opone al fin supremo del hombre: la segunda, ó sea la sobrena-

(1) MGR. BAUNARD.—*Le collège chrétien*.

tural, incumbe *primariamente* á la Iglesia, que está encargada de los intereses eternos del alma, y *secundariamente, por la constitución de la familia cristiana, fundada en el sacramento del matrimonio*, corresponde también á los padres, quiénes para desempeñarse bien deben someterse al magisterio de la Iglesia. (1)

De esto no se deduce que haya de establecerse una marcada separación y mucho menos pugna entre la educación natural y la sobrenatural: por el contrario, han de procurar ambas, de común acuerdo y en su respectiva esfera de acción, el perfeccionamiento del hombre, debiendo la primera sujetarse á la segunda, tender á ella y favorecerla, como dice Benoit; una vez que los intereses eternos son mucho más excelentes que los temporales.

En los pueblos cristianos, este último deber es más sagrado y estricto, por cuanto la familia ha sido santificada y como consagrada por Jesucristo, quien elevó el contrato matrimonial á la dignidad de sacramento; de modo que, entre los católicos, no se puede separar el uno del otro. "Con el sacramento del matrimonio, tomó Nuestro Señor posesión de la familia", dice el mismo autor, "y de una institución puramente natural hizo una institución cristiana." (2)

Para comprender el derecho que compete á la Iglesia en la enseñanza, hay que tener en cuenta que ésta puede versar sobre materias religiosas ó profanas.

(1) Cf. BENOIT.—*La ciudad anticristiana en el siglo XIX.*

(2) *Id.* Obra citada.

Las primeras, ó sea la *ciencia sagrada*, debe ser exclusivamente enseñada por la Iglesia, que fué constituida por Jesucristo, única depositaria y dispensadora de su doctrina: á ella sola corresponde instruir al hombre en cuanto se refiere á su inmortal destino y á los medios de conseguirlo; como también en lo relativo á los deberes que tiene para con Dios y á la manera de cumplirlos debidamente.

«La instrucción religiosa, que comprende todas las ciencias eclesiásticas, pertenece, pues, únicamente á la Iglesia, en virtud de su misión divina. Ella sola tiene el derecho de dictar las leyes y reglamentos para la enseñanza de cualquier ramo de la ciencia sagrada, de aprobar los textos y profesores que se dedican á difundirla, de vigilar, en fin, la enseñanza pública ó privada de la religión para que no sea deficiente ó adulterada. (1)

Respecto á las ciencias profanas, la Iglesia puede y debe intervenir en su enseñanza, *en cuanto guarden enlace con las ciencias sagradas, y hasta donde sea preciso, para poner á salvo los principios é intereses religiosos*. Es innegable que las ciencias tienen entre sí íntimas relaciones; así que la religión está en contacto con ellas, y la experiencia comprueba que, de no pocos ramos del saber humano, se han sacado y sacan argumentos para atacar ó defender las verdades religiosas.

«¿Quién podrá negar la relación que hay entre la filosofía y la teología? ¿Quién desconocerá la

(1) FERNÁNDEZ CONCHA.—*Derecho Público Eclesiástico*.

conexión que existe entre la moral y el derecho, entre la literatura y la religión, entre ésta y la historia profana?

"Por lo expuesto, se ve que la instrucción de la juventud en las letras y ciencias profanas es una *materia mixta* en la cual sobresale por su intrínseca valía el elemento religioso. Y como compete á la Iglesia todo lo que forma parte de la religión ó se relaciona con ella, ejerce un derecho indiscutible al inmiscuirse en la enseñanza de dichas ciencias, en los términos arriba indicados." (1)

Por esto la Iglesia ha reclamado siempre el derecho que le corresponde en la educación é instrucción de la juventud y ha condenado los acaparamientos, los monopolios, las escuelas sin Dios, en una palabra todo lo que tiende á eliminar su autoridad en la enseñanza, para hacerla impía ó indiferente. He aquí los errores que la Iglesia reprueba en esta materia.

"La dirección de las escuelas públicas, en las que se forma la juventud de un pueblo cristiano, exceptuada sólo bajo algún respecto la de los seminarios episcopales, puede y debe ser atribuída por completo á la autoridad civil, y esto de tal manera que no se reconozca en ninguna otra autoridad el derecho de intervenir en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colación de los grados y en la elección ó aprobación de los maestros." (*Aloc. en el consist. del 1.º de Noviembre de 1840. Aloc. Quibus luctuosi-*

(1) FERNÁNDEZ CONCHA.— *Derecho Público Eclesiástico*.

ssimis, del 5 de Septiembre de 1851. *Syllabus* prop. XLV).

"La buena constitución de la sociedad civil exige que las escuelas populares, abiertas á los niños de toda clase del pueblo, y en general los establecimientos públicos destinados á enseñar las letras y ciencias, y á una educación más elevada de la juventud, estén completamente libres de la autoridad de la Iglesia, de toda influencia moderadora é ingerencia de su parte, y que se hallen plenamente sometidos á la voluntad del poder civil y político, según los deseos de los gobernantes y la corriente de las opiniones generalizadas en la época." (*Carta al obispo de Friburgo*, del 14 de Julio de 1861. *Syllabus*, prop. XVIII). "Los católicos pueden aprobar un sistema de educación que prescinde de la fe cristiana y de la potestad de la Iglesia, y cuyo fin único, ó por lo menos principal, es la adquisición de la ciencia de las cosas puramente naturales y de las ventajas terrenas de la vida social." (*Carta idem al obispo de Friburgo*. *Syllabus*, prop. XLVIII.)

Reflexionen los gobiernos cristianos sobre estas condenaciones de la Iglesia, á fin de que si se precian de súbditos suyos, no incurran en ellas, sino antes bien procuren, por su parte, auxiliarla en su noble misión de formar al joven.

"En los pueblos cristianos, la familia tiene por *derecho divino natural* la misión de educar, y la Iglesia por *derecho divino sobrenatural*", dice Longhaye; "porque, aun cuando ésta no tiene *misión directa* de enseñar las ciencias profanas, como es depositaria de verdades superiores relacionadas con casi todas las demás ciencias; como ha

sido constituída guardiana de la fe de sus hijos, y provista por su Jefe de los medios necesarios para protegerla y defenderla de sus adversarios, la Iglesia tiene indudablemente sobre todos los ramos de la instrucción pública una supervigilancia necesaria que sólo el error puede desconocer.» (1)

«Dios no ha cesado nunca de cuidar de la educación del hombre, si bien, después de la caída, de un modo diverso á las inmediatas y primeras relaciones que entre Dios y el hombre existían. La economía de la revelación nos muestra que la educación, para la comunidad de vida con Dios, es ahora como antes el fin supremo de dichas relaciones... En la Iglesia fundada por su Hijo, se restableció el estado primitivo, aunque con las modificaciones exigidas por el pecado. La Iglesia es, en su esencia, el representante de Cristo en la educación del linaje humano caído, para procurar su unión eterna con Dios, y en virtud de las promesas divinas posee la doctrina y la autoridad necesarias para la consecución de dicho fin. Por esto, según el orden cristiano, la escuela es, por derecho divino, una institución eclesiástica, y por tanto no se la debe separar de la Iglesia.» (2)

Discurriendo el abate Dehon sobre el derecho que compete á la Iglesia en la enseñanza, dice: «La Iglesia ha recibido de su divino Fundador la misión de enseñar las verdades sobrenaturales, y tiene la obligación de instruir á los hombres en

(1) *Quinze années de la vie de Montalembert.*

(2) RIESS.—*El Estado Moderno.*

todo lo que deben creer y practicar para conseguir su fin. Ella no tiene misión *directa* de difundir los conocimientos humanos, para hacer avanzar á los pueblos en las ciencias y en las artes; pero su grande misión de caridad la induce *indirectamente* á hacerlo, sobre todo en beneficio de las poblaciones en que dichas ciencias son enseñadas con parsimonia por las familias, las corporaciones y el Estado.» (1)

Expondré ahora los derechos de los padres de familia en la educación. Santo Tomás de Aquino explica, con admirable claridad y precisión, los derechos que competen á los padres en la formación de sus hijos. "Al que produce una cosa, dice, corresponde perfeccionarla. (2) Dios, primer padre y autor de cuanto existe, tiene dominio perfecto y absoluto sobre todo: de Él emana toda autoridad, como principio universal del ser; pero los padres son el principio particular de la existencia de sus hijos, y, después de Dios, les deben á ellos el beneficio de la vida (3). Luego, si son los autores de la vida natural, tienen originariamente autoridad de desarrollarla y perfeccionarla dentro de dicho orden." (4)

"Por el matrimonio", dice en otro lugar, el santo Doctor, "se unen el hombre y la mujer para la generación y educación de la prole, así como para vivir en vida doméstica" (5)... "La naturaleza

(1) *Catéchisme social*.

(2) 1.^a Parte, Q. 103 art. 5.

(3) 2.^a 2.^a Q. 122, art. 5.

(4) BENOIT.—*La ciudad anticristiana*.

(5) *Lib. IV Sentent. Dist. 27, Q. I, a. 1.*

no intenta sólo la generación de la prole, sino también el conducirla y llevarla (*por medio de la educación*) hasta el estado perfecto del hombre, en cuanto es hombre, que es estado de virtud. Por lo que, según el Filósofo, el hijo recibe tres cosas de sus padres: el ser, el sustento y la educación. El hijo debe, pues, ser educado é instruído por sus padres. (1)

Siendo esta cuestión de suma importancia, conviene tratarla con alguna detención; por lo que transcribiré, además, la doctrina de otros autores que se han ocupado en ella con lucimiento. "La educación de los hijos", dice el P. Costa Rossetti, "es uno de los fines próximos del matrimonio, fin inmediatamente determinado por la misma naturaleza. En efecto, considerada la naturaleza física del hombre, los hijos, que son como parte de sus padres, son entregados á éstos en un estado de suma necesidad y carencia de todo; de modo que sólo por medio de una larga educación obtiene su complemento el ser que recibieron en la generación; pero lo que es complemento natural del fin del matrimonio, tiene que ser determinado por la naturaleza; luego la educación corresponde á los padres.

"Además, la ley natural obliga á socorrer á los que se hallan en extrema ó grave necesidad; y como los niños están al principio de su vida en

(1) *Non enim intendit natura solum generationem prolis, sed traductionem et promotionem usque ad perfectum statum hominis, in quantum homo est, qui est virtutis status. Unde secundum Philosophum tria a parentibus habemus, scilicet esse, nutrimentum et disciplinam: filius autem a parente educari et instrui debet. (In Lib. IV Senten. Dist. XXVI, Q. I, a. 1.)*

necesidad extrema, y durante largos años en gravísima ó por lo menos grave necesidad material, intelectual y moral, que sólo puede ser socorrida por la educación, es claro que el proporcionar ésta incumbe, antes que á otros, á los padres que están designados por la naturaleza para cumplir este oficio, como que están más unidos y contiguos á sus hijos. La ley moral del amor natural, sigue, en igualdad de circunstancias, el orden de la unión natural; y como los hijos están íntimamente ligados á sus padres, de quienes son como parte en cuanto al cuerpo, sería absurdo suponer que no están llamados por la naturaleza, al deber de educar, con preferencia á los demás, aquéllos á quienes la misma naturaleza ha infundido un amor ternísimo á los hijos y hécholos aptos para desempeñar tan arduo oficio.

"Ciertamente, sería muy extraño que á otros correspondiese la carga pesada de educar á prole ajena y de correr con los gastos. Cuán mal atendidos serían los hijos, si los padres no tuviesen, antes que cualesquiera otros, el derecho y el deber natural de formar y educar á sus descendientes." (1)

"Es evidente que el derecho natural en orden á la educación, reside en la familia, derecho que sólo ella lo ha recibido de Dios", dice Riess... "¿Y quién puede dudarle? En el punto que un hombre y una mujer llegan á ser progenitores de un ser racional, todo el mundo reconoce en ellos, con el ojo del espíritu, un poder real que por sí mis-

(1) COSTA ROSSETTI.—*Philosophia moralis. Pars tertia. De Jure domestico.*

mo se ofrece á sus miradas. Ahora bien; un derecho que por sí mismo resulta evidente, á la luz de la razón, es un derecho natural y divino, una vez que, á tales derechos pertenece el manifestarse por la naturaleza misma de las cosas, á diferencia de los derechos humanos que proceden de hechos positivos... Para sostener razonablemente que se tiene un derecho divino, hay necesidad de mostrar el título, así como respecto de los demás derechos; y así el que dice poseer el derecho de educar á otros hombres debe mostrar cuándo y cómo ha recibido ese derecho. Ahora bien, es así que los padres y sólo ellos pueden mostrarlo; luego los padres únicamente han recibido de Dios el derecho de educar á sus hijos en el orden natural... La patria potestad, tan extendida como la vida moral de los hombres, es esencialmente el derecho de educar á los hijos. El mismo matrimonio, ordenado inmediatamente á la conservación y propagación físicas de la especie humana, está asimismo ordenado, gracias á la educación, á conservarla y amplificarla en el orden moral.» (1)

Los que invaden el derecho que tienen los padres de educar á sus hijos, violan la justicia conmutativa, afirma Costa Rossetti; por cuanto invaden un bien útil, que es propio de otros. La educación, en efecto, es un *bien útil*, formal y primariamente de los hijos, secundaria y consecuentemente de los padres; de modo que los que impiden ó coartan de una manera arbitraria, la educación, atacan el derecho que compete, no

(1) *El Estado moderno y la Escuela cristiana.*

sólo á los padres sino también á los hijos, para quienes es un bien propio y verdadero el no ser educados por otros contra la voluntad de sus padres. Además, el poder cumplir libremente una obligación ó llenar un oficio es un bien útil y propio de aquél que tiene dicho oficio, aun cuando éste sea penoso. Por lo que, el libre ejercicio de una facultad, que no es arbitrariamente impedido por otro, es un bien real y verdadero, sobre todo cuando se trata del bien moral, que es honesto en sí y sirve de medio para la consecución de la suprema felicidad. Ahora bien, á los padres, antes que á otros, compete el deber de la educación, á tal punto que si quieren cumplirlo por sí mismos, sólo ellos tienen el derecho y la obligación de desempeñar este oficio; por tanto, el poder educar libremente á los hijos, es un bien útil de los padres y peculiar de ellos, bien con el que desempeñan una de las principales funciones de la autoridad paterna.

La posesión de una autoridad cualquiera es un bien útil, propio del que la tiene; por lo que el que invade el derecho de educar, ataca por el mismo hecho la posesión de la autoridad en los hijos, que está incluida en el derecho de educación. (1)

El Cardenal de Lugo enseña igualmente, que viola la justicia conmutativa, el que por fuerza ó dolo arrebatara al hijo del poder del padre, ó le impide regirlo ó gobernarlo. La razón es, porque aun cuando el padre no sea dueño del hijo, lo es

(1) Cf. *Philosophia moralis*. Pars. I. Thesis. 27. Pars. III. Thes. 145.

de la potestad de gobernarle; de modo que el que le priva de dicha potestad, le quita algo suyo y peca contra la justicia en cuanto despoja al padre de un bien útil. (1)

Resumiendo la doctrina precedente, afirmo con Benoit, que la educación corresponde á la familia y á la Iglesia; pero aquélla debe obrar bajo la dirección de ésta. De aquí se siguen las siguientes consecuencias. La Iglesia tiene el derecho y el deber de apartar de la enseñanza, aunque sea natural, todo lo que fuere contrario á la doctrina católica; tiene el derecho y el deber de cuidar que la religión sea el alma de la educación; que la instrucción profana esté animada del espíritu cristiano; que los niños respiren siempre, por decirlo así, una atmósfera de piedad, á fin de que la vida sobrenatural arraigue hondamente en sus almas, y toda su existencia vaya ordenada al fin sobrenatural, no siendo la presente vida otra cosa que el medio para alcanzar este fin. (2)

3. Educación primera ó propiamente doméstica.—Mgr. Dupanloup, tan competente en el asunto en que me ocupo, distingue tres clases de educación: á saber, *la primera educación ó sea la doméstica, la educación secundaria ó pública, y la educación última ó social*, las que corresponden á otras tantas facetas ó períodos de la niñez y de la juventud. Voy á tratar de cada una de ellas separadamente.

La primera educación pertenece, por derecho propio fundado en la naturaleza, á los padres de

(1) *De just. et jure.*

(2) *La ciudad anticristiana en el siglo XIX.*



familia, quienes son los *preceptores necesarios y providenciales* de sus hijos. "Ellos—los padres—tienen para dirigirla una autoridad semejante á la del mismo Dios, la autoridad del autor, del criador sobre su obra; es decir lo que hay de más elevado en la autoridad divina... La educación, que es como una segunda creación, y, por lo mismo, una cosa muy bella, ha sido reservada por Dios al padre y á la madre, á quienes ha hecho los ministros visibles de su providencia. (1)

La necesidad de la primera educación se funda, tanto en la carencia de todo en que se halla el hombre al venir al mundo, como en los terribles males que la prevaricación primitiva ocasionó á la humanidad, males que se atenúan mucho mediante una buena educación. Esta la recibe el niño en el hogar doméstico, y de los labios de sus padres, y en especial de la madre, aprende las primeras verdades, los preceptos fundamentales de moral, que se graban profundamente en su alma y forman la base de la educación. Es indudable, que los preciosos dones depositados por Dios en el alma del niño, se hallan inactivos y latentes, por carecer aun del uso de la razón; pero, por esto mismo, conviene espiar la primera aurora de la inteligencia, á fin de nutrirla, desde el principio, con enseñanza sólida y depositar en el corazón la simiente divina de la virtud. Por eso dice el cardenal Pie, "que la madre es el primer ministro de la religión para con el hombre... que el niño es como una flor bella y delicada, que no puede adherirse á un vástago

(1) MGR. DUPANLOUP. *El matrimonio cristiano*.

inmundo, y un ángel que debe ser manejado por otro ángel.» (1)

Noble es el ministerio de los padres de familia, llamados á secundar á Dios en la obra de la formación del hombre, por medio de la enseñanza, del ejemplo saludable, del ejercicio prudente de la autoridad, y sobre todo por las máximas de los Libros santos, que contienen la ciencia de Dios. Los padres, á semejanza del piadoso Tobías, deben, ante todo, *enseñar á sus hijos á temer á Dios y á guardarse de todo pecado.* (2)

La formación del alma del niño exige más trabajo y cuidado que la del cuerpo. «Porque este pequeñuelo», dice Mgr. Baunard, «es un hijo de Adán, como nosotros. Tras esa fisonomía fresca, esa mirada ingenua, esas gracias sensibles, existe el pecado que hiere, la concupiscencia que fermenta, las pasiones que hoy hacen poco ruido y rugirán mañana; existen los deseos del corazón, las asperezas del carácter, las rebeldías de la voluntad. Es un hombre á quien es preciso rehacer. ¿Quién se encargará de ésto? ¿Qué sería de un pobre niño, con sus defectos y deformidades morales, sino tuviera una madre, y una madre cristiana? Los peores libertinos de este siglo han confesado esta verdad. Lord Byron atribuye las desgracias y extravíos de su triste vida á las violencias del carácter de su madre, y también un malvado elegante y refinado de nuestros días, que acabó la vida en el cadalso, atribuyó su des-

(1) *Oeuvres sacerdotales.*

(2) *Quem ab infantia timere Deum docuit, et abstinere ab omni peccato.* (TOB. I, 10).

gracia á la misma causa." (1) En sentido opuesto, S. Agustín llegó á ser una de las lumbreras de la Iglesia, por la solicitud de su madre Santa Mónica, y San Alfonso de Ligorio asegura que, cuanto bien obtuvo en su niñez, lo debió exclusivamente á su piadosa madre.

"Para educar á los hijos, de modo que éstos lleguen á ser ciudadanos justos, virtuosos y útiles, es preciso que la madre esté profundamente convencida de la santidad del alma humana y de la perfección á que debe elevarse y tender siempre", dice un autor moderno. "Austero y sublime es el ministerio de la madre; y ni la ternura natural, ni el conocimiento teórico de la virtud son bastantes para desempeñarlo dignamente: es necesario que la madre tenga, además, un religioso fervor y una confianza ilimitada en Dios, que lo puede todo. Sin esto, el amor cegaríla el juicio; la vigilancia languideceríla, por flojedad ó disgusto; y el desaliento ó la duda debilitarían las fuerzas de la madre, en la época en que más necesita de firmeza y energía.

"¿Y qué madre, al reflexionar en la importancia de su ministerio, no experimenta un sentimiento de temor y aun de espanto, al verse débil é imperfecta, y encargada de misión tan seria como difícil? ¿Qué mujer, al velar junto á la cuna de su hijo, no siente un intenso dolor, cuando al descorrer el velo del porvenir, entrevée los males que amenazan y han de herir esa inocente cabeza?... Fuera de Dios ¿quién puede entonces consolar á la madre y alejar de su corazón tantas

(1) *Le collège chrétien.*

angustias y alarmas? ¿Quién puede sostener y alentar esta alma dolorida? En efecto, ella se acuerda del apoyo de la Providencia y experimenta un nuevo vigor para cumplir sus deberes; ella confía á Dios su naciente familia y nota que renace en su corazón la esperanza y se desvanece el temor: entonces el porvenir no se le presenta nebuloso, triste y sombrío, sino sereno, espléndido, risueño." (1)

La primera educación es de importancia decisiva para el hombre, cuyo porvenir está íntimamente ligado con ella. La experiencia comprueba que, ni aun en medio de las borrascas de la vida, olvida el hombre por completo los prudentes consejos y primeras instrucciones que recibió de los labios queridos y autorizados de sus padres, instrucciones cuyo grato recuerdo le estimulan eficazmente á volver al buen camino. ¿Quién puede hablar al niño con más ternura que la madre? ¿Quién con más autoridad y derecho que el padre? No será ésta una enseñanza propiamente científica, pero es de una esfera y orden muy superiores: *es la ciencia de cuanto constituye una vida arreglada, honesta y virtuosa*. "Esas innumerables preguntas", dice Mgr. Dupanloup, "que el niño dirige á sus padres, y las respuestas que provocan, son el gran aprendizaje de la vida, la ciencia misma de las cosas. Esta educación de los primeros años, es la enseñanza de la humanidad en sus más altas prerrogativas; es la enseñanza del pensamiento y del lenguaje. Desde

(1) MAURICIO MAROCCO.—*La femme ennoblée par l'Evangile*.

entonces el hombre se forma y el porvenir se prepara." (1)

En el regazo materno adquiere el niño los primeros principios del deber y de la justicia, las primeras nociones de moral y de virtud. Allí oye hablar de Dios; de la obligación de amarle y de servirle; en una palabra, de la Religión que es el sagrado vínculo que une al hombre con su Autor. En el trato con sus padres aprende también á amar á su patria, á respetar á sus mayores, á compadecer á los que sufren, á socorrer á los indigentes. ¡Hermosas lecciones las que se dan en el recinto del hogar doméstico, que van grabándose en el corazón del niño, como en blanda cera; que van preparándole y fortaleciéndole insensiblemente para los peligros del mundo y las luchas de la vida! Con razón, dice Mgr. Dupanloup, que «la familia es el santuario de Dios sobre la tierra y que los sentimientos que ella inspira á un padre y á una madre en favor de sus hijos, y á éstos con respecto á aquéllos, son tan religiosos que vienen directamente de Dios.» (2)

Expondré la doctrina de Santo Tomás, acerca de la educación doméstica. «Es natural el afecto de los padres á sus hijos,» dice el Santo Doctor, afecto que les obliga á cuidarlos é instruirlos... *Quien instruye á su hijo será honrado en él y se gloriará de él con la gente de su familia.* (Eccles, 30-2). Ama desordenadamente á su hijo el padre que no estima en él lo que vale más; á saber el alma que vale mucho más que el cuerpo, y que

(1) *El matrimonio cristiano.*

(2) Obra citada.

no le procura los bienes más preciosos, esto es la ciencia y las virtudes. Los padres deben desear más para sus hijos la herencia celestial que la terrena; y así como los padres reciben á sus hijos de Dios, deben conservarlos é instruirlos para el servicio divino. San Agustín dice, que el bien de la prole consiste en que los que han sido engendrados hijos del siglo, sean engendrados hijos de la luz.

«Como, según la frase de Salomón, todo negocio tiene su tiempo y oportunidad en que se lo hace mejor, se ha de elegir la niñez, que es la mejor edad para instruirse y adquirir buenas costumbres, según aquello de la Escritura: *Desde la mocedad abraza la buena doctrina, y adquirirás una sabiduría que durará hasta el fin de tu vida...* (Eccl. 6-18). Quintiliano dice que el hombre se ha de formar principalmente en aquella edad en que no sabe engañar y obedece con más facilidad... Así como la blanda cera recibe sin dificultad la forma que se le quiera dar, también la primera edad es más apta para formarse en las buenas costumbres. El arbusto es más flexible que el árbol, y puede ser fácilmente enderezado. Aun los brutos son enseñados, domados y domesticados cuando son tiernos: *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad.*» (Thren. 3-27). (1)

Según esto, faltan gravemente á sus deberes, los padres que desatienden la primera educación de sus hijos; que los entregan á manos mercena-

(1) *Opusc. 37. De crudit. principum. Lib. V.*

rias; que no procuran su desarrollo físico é intelectual; que no reprimen con energía las faltas que cometen; que no se esmeran, sobre todo, en su formación moral y religiosa, inculcándoles desde la más tierna edad, amor á la virtud y horror al vicio.

El célebre publicista, Mr. Le Play, al tratar de la misión importante de la familia en la educación del niño, dice: "En todas las razas y en el curso de cada existencia individual, la familia es el primer medio de educación. En efecto, no sólo produce los renuevos que perpetúan la raza, sino que les transmite poco á poco desde su nacimiento la práctica de la ley moral, sin la que no podrían gozar después de la paz ni del pan cotidiano." (1)

"La misión moral de la familia", dice otro autor notable, "determina uno de sus principales fines sociales, y por lo tanto una de las razones de su importancia, desde este punto de vista, cual es la de formar ciudadanos virtuosos... Pero la familia en tanto llenará la elevada misión moral y social que tiene, en cuanto se encuentre cimentada en el elemento religioso, y este mismo espíritu sea el que la guíe en todos sus actos." (2)

"La ciencia positiva, la ciencia basada en los hechos y la experiencia, la observación social en las sociedades presentes y la historia en las pasa-

(1) *La reforme social en France*. Cita de RODRÍGUEZ DE OEPEDA.

(2) *La Constitution essentielle de l'Humanité*. Cita del mismo autor,

das, nos dan como enseñanza inconcusa, como una regla elevada á la categoría de ley social, que las familias sanas, vigorosas, robustas, que dan ciudadanos útiles á la patria, y que son un elemento de prosperidad y de elevación de un país, son las familias religiosas.

“Porque sólo á la religión verdadera, sólo al catolicismo se deben la altura y la dignidad á que ha sido elevada la familia. Un distinguido escritor inglés, M. Devas, en una obra reciente, ha demostrado que la familia sólo ha alcanzado su ideal por el cristianismo... El ideal de la vida de familia, el que responde á la verdadera naturaleza humana, y cuya noción conservó la recta razón, á pesar de los impulsos hacia el mal debidos al pecado original, ha sido fijado plenamente por el Evangelio y por las enseñanzas de la Iglesia.” (1)

No olviden los padres lo que dice otro escritor de nuestros días: El hogar hace al hombre; por que la educación de la familia comprende no sólo las costumbres y el espíritu, sino también el carácter. Sobre todo en el hogar se abre el corazón, se forman los hábitos, se despierta la inteligencia y se amolda el hombre para el bien ó el mal.

La más humilde morada donde preside una mujer virtuosa, económica, alegre y aseada, viene á ser un asilo de bienestar, de virtud y de felicidad; puede ser el teatro de las relaciones de familia más honorables; puede ofrecer al hombre los más gratos recuerdos y ser para su corazón un

(1) RODRÍGUEZ DE CEPEDA.—*Elementos de Derecho Natural*.

santuario, un refugio contra las borrascas de la vida y un grato lugar de descanso después de la fatiga del trabajo. (1)

Cuando la madre del linaje humano dió á luz su primer hijo, exclamó: *He adquirido un hombre por merced de Dios.* (2) En estas palabras, como lo nota Monsabré, están contenidos los títulos y los deberes de los padres de familia sobre sus hijos, como también los derechos que sobre éstos tiene Dios. No será extemporáneo hacer una breve enumeración de ellos, resumiendo á la vez lo antes dicho acerca de esta materia. (3)

He adquirido un hombre! He aquí el grito de la naturaleza en todos los que engendran. Ellos saben que han comunicado su sangre, su vida, su amor al pequeñuelo cuya venida saludan con júbilo, y al cual llaman *su hijo*, porque les pertenece y manifiesta en su ser la *marca* de sus progenitores. A medida que en él se fortalece la vida, la imagen es más semejante á sus autores y la posesión de éstos se afirma por un amor más intenso.

He adquirido un hombre! Este grito, para el cristiano, es tanto el grito de la gracia como el de la naturaleza. El cristiano ve en el niño el fruto de una paternidad que toma su nombre y saca su fuerza de la paternidad misma de Dios, y también el fruto de una bendición que, unida á la

(1) Cf. SMILES.—*El carácter.*

(2) GEN. IV-1.

(3) La doctrina de este resumen ha sido entresacada casi literalmente de la conferencia sobre *L'education chretienne* del P. MONSABRÉ.

sangre de Cristo, santifica la fuente de la vida. El cristiano posee por Dios; y como todo lo que es de Dios debe volver á El, quiere que cuanto posee lleve su marca como también la marca de Dios. Y como el niño, al nacer, trae la herida del pecado original, se empeña en que Dios tome pronto posesión de esa alma por el bautismo, *Nilo divino* que le inunda en sus aguas saludables, le tiñe en la sangre de Cristo, le llena de dones celestiales é impregna del aroma de las virtudes cristianas.

Los padres, que solamente escuchan la voz de la naturaleza, limitan sus anhelos y cuidados á alimentar la vida física del niño y preservarla de todo accidente fatal; á desarrollar su vida intelectual, mediante el cultivo de las ciencias; á asegurarle el porvenir temporal; á hacer, en fin, de él un ciudadano útil para después. El cristiano no se contenta con tan poca cosa. Él desea ver en el alma de su hijo, la fe, las virtudes y esperanzas que él posee, como también las huellas gloriosas de la gracia divina; quiere que su hijo sea lo que es él: á saber, hijo de Dios y ciudadano de la eternidad. Sólo con estas condiciones, dice sin vacilar: *Posco un hombre por la gracia de Dios*. Ahora bien, por medio de la educación cristiana, asegura esta posesión.

Como ya se dijo, la educación doméstica comprende la enseñanza, el ejemplo saludable y el prudente ejercicio de la autoridad paterna, que son otros tantos medios de acción de la educación cristiana.

Los padres deben enseñar á sus hijos, porque son los «preceptores naturales y providenciales de

ellos." *Instruye á tu hijo*, dice el sabio (1). A medida que la inteligencia del niño vaya desenvolviéndose, deben enseñarle verdades útiles del orden natural y del sobrenatural; y estudiar en su alma las primeras manifestaciones del bien, para afirmarlo en ellas con amables sonrisas y discretos elogios. En esta tierra virgen, en que fácilmente pueden germinar las virtudes, la enseñanza de los padres, es como rayo luminoso y rocío fecundante.

Los padres deben dar buen ejemplo á sus hijos, teniendo en cuenta que es casi inútil la enseñanza sino va acompañada del ejemplo; porque «pasa el ruido de las palabras, mientras que los ejemplos inducen á la imitación.» *Con lo que vt reflexioné dentro de mi corazón, y con el ejemplo aprendí á gobernarne.* (2) Sobre todo, el influjo que los padres tienen en sus hijos y el tierno afecto que éstos les profesan, hacen que sus ejemplos se graben profundamente en los niños, ejemplos que procuran imitarlos. Tristes hogares aquéllos en que los padres son para sus hijos un peligro del que conviene preservarlos; en donde se olvida que estos pequeñuelos, que se escabullen por todas partes, son más atentos y perspicaces para fijarse en lo malo que en lo bueno; más fáciles para dejarse guiar por las inclinaciones perversas que por las honestas. Por esto, los padres deben tener vida arreglada, reprimir sus pasiones y malos há-

(1) *Erudi filium tuum.* (PROV. XIX, 18).

(2) *Quod cum vidissem, posui in corde meo et exemplo didici disciplinam.* (PROV. XXIV, 32).

bitos; de modo que en el hogar no haya cosa que pueda desedificar al niño.

La inocencia es un tesoro inapreciable que hace del niño un ángel y un templo vivo en que mora la majestad divina. ¡Con cuánto miramiento y respeto ha de ser tratado un niño! La sabiduría pagana por los labios de Juvenal, dijo: "La naturaleza ha querido que los ejemplos domésticos nos corrompan más fácil y seguramente, porque vienen de grandes autoridades... A los niños se debe un profundo respeto. ¡Oh padre, cuando intentas alguna cosa vergonzosa, piensa en los tiernos años de tu hijo; y cuando vas á pecar, detente por respeto á su presencia... Desgraciado, tú tienes vergüenza de que un amigo tuyo vea sucio tu atrio y tu pórtico, y no piensas en que tu hijo vea siempre tu casa santa, sin mancha y libre de todo vicio. (1)

La sabiduría divina, Jesucristo, tuvo una predilección especial hacia los niños, por el candor de su alma. *Dejad, decía á sus discípulos, que vengan á mí los niños; porque de los que se asemejan á ellos es el reino de Dios. (2) Mirad, que no despreciéis á uno de estos pequeñitos; porque os hago saber que sus ángeles de guarda en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial. (3) Quien escandalizare á uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en el*

(1) *Sátira XIV.*

(2) *MARC. X, 14.*

(3) *MATH. XVIII, 10.*

profundo del mar. (1) Estas enseñanzas divinas manifiestan el sumo cuidado y respetuoso temor con que los padres han de custodiar el precioso don de la inocencia que adorna á los niños, quienes, para conservarlo, tienen que ser preservados del hálito ponzoñoso del vicio.

Pero no basta instruir y edificar al niño: es preciso, además, sujetarlo desde los primeros años al yugo de una saludable autoridad. *Si tienes hijos*, dice el Sabio, *adoctrínalos y dómalos desde su niñez.* (2) Si en vez de corregir sus defectos nacientes, se les da pábulo con precauciones ineptas ó complacencias inmorales; si en vez de moderar sus apetitos, se les da gusto en todo hasta la saciedad; si en vez de humillar su amor propio, se procura satisfacerlo por una especie de idolatría; si en vez de reprimir su cólera, se ve en ella un indicio de carácter; si en vez, en fin, de castigar los vicios, se les concede tantos perdones que pueden ellos contar con la impunidad, el adolescente toma ese camino maldito del que no se apartará ni en la vejez.

El espíritu de molicie ha invadido, por desgracia, las familias y roto en manos del padre y de la madre el cetro de la justicia; pero el cristiano no le da cabida en su alma. Él comprende, á la luz de la gracia, que toda educación es imposible sin la autoridad de la disciplina y la energía de la corrección; él no permite á sus hijos esas familiaridades que rebajan la dignidad paternal; él

(1) MATH. XVIII, 6.

(2) *Erudi filios tuos, et curva illos a pueritia.* (ECCLES. VII, 25).

exige de ellos el respeto y el amor. Castiga con prudencia, cuando es necesario, sin dejarse llevar de esas brutalidades que comprimen las almas de los niños y producen el embrutecimiento ó la hipocresía: corrige, pero de modo que el castigo levante al niño á sus propios ojos, le habitúe á las luchas de la vida, le prepare la victoria contra las pasiones y le haga comprender que toda falta cometida exige expiación, porque con ella ataca á Dios, á la conciencia y al amor paterno.

4. Educación secundaria ó pública.—La primera educación termina luego que el niño ha adquirido el pleno uso de la razón y su organismo puede soportar el trabajo. Principia entonces la educación secundaria ó pública, cuya dirección corresponde también á los padres, quiénes como carecen de ordinario de tiempo y á veces de conocimientos para ocuparse en ella, se valen de maestros que hagan sus veces.

Por ser esta educación de muchísima importancia, trato de ella en el capítulo siguiente, al cual remito al lector.

5. Educación última ó social.—Concluída la educación secundaria, viene la última o social, que es también de positiva trascendencia; pues comprende aquel período de la vida del joven, en que, terminada su formación científica y literaria en la escuela y colegio, debe resolver acerca de su posición en el mundo y adoptar un estado permanente de vida, para entrar de lleno en el comercio social.

Como los derechos de los padres son sagrados y se fundan en la ley natural y divina, los hijos deben en todo tiempo respetarlos y obedecerlos,

consultarles en los asuntos graves y en especial en la elección de estado de vida. A su vez, los padres han de emplear para con sus hijos, en esta última educación, esquisito cuidado y la previsión más atenta; han de estudiar sus inclinaciones y carácter, darles buen ejemplo, encomendarlos mucho á Dios, y procurar, sin timidez, pero al mismo tiempo con prudencia, terminar la formación de ellos.

"La influencia de las preocupaciones mundanas y no sé qué miedo pusilánime hace que la mayor parte de los padres teman entregarse á esta obra que les ha sido confiada, forjándose voluntarias ilusiones sobre el cumplimiento de este deber sagrado, esforzándose en persuadirse á sí mismos que la educación termina con el colegio; que á los 18 años un joven está ya formado ó no lo estará jamás; que no es posible ya mandarle ni sujetarle; que con esto se le haría antes mal que bien, etc., etc. ¿Quién no ha oído proclamar tales ideas? ¿Quién no ha visto cómo bajo tan especiosos pretextos, abdicar definitivamente muchos padres toda su autoridad?

"Ciertamente esta autoridad no ha de dejarse sentir de una manera ruda; por que la última educación exige, á la vez que atención y solicitud continuas, los miramientos más delicados. A los cuidados más asíduos deben agregarse una habilidad, una energía y dulzura extremadas, pero, por lo mismo que esta educación es la más difícil de todas, es preciso que los padres se dediquen á ella; pues si ellos no lo hacen ¿quién los suplirá?" (1)

(1) MGR. DUPANLOUP.—*El matrimonio cristiano*.

6. Peligros de la edad juvenil y manera como deben conducirse los padres en esa época difícil.— No puedo ver á esa edad—la de la juventud—tan brillante y que debiera ser siempre tan pura; á esa edad tan ardiente y que debiera ser siempre tan noble; á esa edad de las grandes ideas, de los afectos generosos, de las inspiraciones heroicas; no puedo verla, sin la mayor amargura de mi alma, cautiva de las pasiones que la degradan dice el mismo autor cuyas hermosas reflexiones nos complacemos en transcribir. No puedo ver, sin pena, que el mundo le arrebatase esa doble corona de inocencia y de felicidad que tan bien le sienta.

¡Ah qué grande es la tarea de un padre y de una madre al llegar el momento de esas crisis supremas! Entonces, cuando su acción puede dejarse sentir admirablemente, debe ser más exquisita y profunda su solicitud, más atenta, más activa, más solemne su previsión; entonces, cuando su ternura es más viva, por más que se inquiete, debe ante todo manifestarse tranquila, digna, reservada, paciente; entonces, en fin, es cuando deben los padres redoblar el amor, los discretos miramientos y los ingeniosos cuidados que son necesarios para atravesar sin daño esa edad, capaz de igual ardor para el bien y para el mal, á fin de ayudarla á sacar la razón y la virtud victoriosas de los más terribles combates.

Acontece entonces que el padre otórga á su hijo esas largas é íntimas conversaciones en que el joven descubre gustoso toda su alma. Las virtudes de su padre, sus ejemplos, sus consejos, su bondad, su gravedad, su experiencia, todo esto impresiona al joven, lo ilustra y fortifica. Em-

briagado por una loca pasión, sucumbía quizás su corazón desfallecido; no se sentía ya con fuerzas para resistir al mal que por todas partes le impelía; acaso se hallaba ya á punto de olvidarse de sí mismo sacudiendo todo pudor; pero al lado de su padre recobra de nuevo la razón, la conciencia, la virtud, el valor para triunfar del vicio y de sus vergonzosos placeres. . . Nó, jamás ponderaré bastante la sublimidad de ese ministerio de ternura y discreción, que un padre y una madre tienen que desempeñar. Pero, lo conozco y lo repito: es necesario una delicadeza, una paciencia, una indulgencia á veces, una manera de insinuar, una mezcla de dulzura y de firmeza, y en ocasiones, en fin, un tacto y una finura de que nadie, sino los padres son capaces. Sólo el amor paterno y materno, el más tierno por la naturaleza y el más fuerte por la fe, puede sugerir en este punto seguras inspiraciones. En esa hora temible, en que el mando se escapa de las manos, es preciso conservar la más alta autoridad y ejercer la acción más enérgica; en esos momentos en que el joven casi no se conoce á sí mismo, es necesario enfrenar su libertad y domar su corazón; ¿pero quién no reconoce que ese corazón requiere contemplaciones exquisitas y que es indispensable tratar con singular tino á esa libertad que se desencadena? ¿Y quién mejor que un padre y una madre podrán prestarse á semejantes atenciones y cuidados? (1)

Fenelón, que con tanta maestría ha escrito sobre educación, da los siguientes preciosos con-

(1) MGR. DUPANLOUP.—*El matrimonio cristiano*.

sejos á los padres de familia, á fin de que procedan con acierto en la época en que sus hijos son víctimas de una *crisis moral*, por efecto de las pasiones desbordadas. "No vayáis demasiado en su busca; dejadle que venga á encontraros; no le contempléis con debilidad, mas tampoco hagáis alarde de autoridad fuera de tiempo; no le incomodéis; no pretendáis darle lecciones importunas, sino decidle con sencillez y brevedad, y de la manera más dulce que os sea posible, las verdades que necesita saber; y esas verdades no se las manifestéis sino á proporción de la necesidad que de ellas experimente y de las disposiciones que ofrezca su corazón; detenéos inmediatamente que sospechéis se halla fatigado. No hay nada tan peligroso como dar más alimento del que se puede digerir. El respeto debido á *esa edad* y el verdadero bien que se desea alcanzarle, requieren una delicadeza, unos miramientos y una suave persuasión que ruego á Dios quiera concederos."

De cuatro cosas han de cuidar, además, los padres con esmero, especialmente en la última educación de sus hijos, á saber: de sus amistades, de sus lecturas, de las reuniones y espectáculos á que concurran y de su vocación.

Desde la juventud comprende el hombre las ventajas de la vida social, le interesan los asuntos públicos, las ideas principian á bullir en su mente y su corazón busca personas á quienes confiar sus impresiones y confidencias. En una palabra, encuentra el joven limitado el horizonte del hogar, y necesita de amigos, de relaciones con quienes compartir sus ideas y afectos, para

de este modo ensanchar sus conocimientos y ponerse en contacto con el mundo.

La amistad, cuando es verdadera, desinteresada y sobre todo cristiana, es un grande alivio en los pesares de la vida y un estímulo poderoso para conocer la verdad y practicar el bien. *El amigo fiel es una defensa poderosa: quien le halla, ha hallado un tesoro... Bálsamo de vida y de inmortalidad es un buen amigo; y aquéllos que temen al Señor lo encontrarán* (1). Por el contrario, un mal amigo causa daños incalculables al hombre, en especial durante la edad juvenil en que los ejemplos perniciosos ejercen mayor influjo en el alma. *El amigo de los necios se asemejará a ellos* (2) *El hombre inicuo halaga á su amigo y le guía por malos caminos* (3).

Según estas máximas de la eterna Verdad, deben los padres procurar á sus hijos buenos amigos y apartarlos de los que les sean perjudiciales. "Este punto es capital," dice Mgr. Dupanloup. "Es evidente que á un joven le convienen amigos de su edad; pero; cuán delicada es esta elección y cuán difícil gobernar bien al joven en sus amistades! He aquí lo que aconseja Fenelón á los padres: "Hay que emplear muchas precauciones en la elección de los amigos y limitarse á tenerlos en muy corto número. Evítense, ante todo, los amigos que no temen á Dios y sacuden el yugo de

(1) *Amicus fidelis protectio fortis; qui autem invenerit illum invenit thesaurum... Amicus fidelis medicamentum vitae; et qui metuunt Dominum invenerint illum.* (ECCLI. VI, 14-16).

(2) *Amicus stultorum similis efficitur* (PROV. XIII, 20).

(3) *Vir iniquus lactat amicum suum, et ducit eum per viam non bonam* (PROV. XVI, 29).

la religión; de otro modo, éstos perderán á vuestros hijos, por mucha que sea la bondad de su corazón. Buscad, en lo posible, para ellos amigos más ó menos de su misma edad, y cuidado de que con los amigos íntimos tengan el corazón abierto, sin reservas ni secretos, excepto en los asuntos de otro y en las cosas que vosotros juzgueis conveniente que tengan reserva. La amistad ha de ser efusiva, desinteresada, fiel, constante, pero no ciega, hasta el punto de no ver los defectos de los amigos y los diversos grados de su mérito; ha de ser generosa, de modo que se los atienda en sus necesidades y no se les vuelva las espaldas en los días de desgracia» (1).

El joven, que cultiva sus facultades y aspira á ocupar un puesto honroso en la sociedad, no se contenta sólo con tener amigos, sino que también se empeña en instruírse con la lectura de las obras que ha producido y produce el ingenio humano. Y si, en la elección de los amigos que han de tener los hijos, deben fijarse mucho los padres, ¿cuánto mayor cuidado deben emplear en la de los libros, que son *amigos* excelentes ó perversos del joven, según sus enseñanzas sean buenas ó malas? Por lo mismo que su inteligencia y voluntad están en época de formación, las lecturas hechas en la primera edad se graban profundamente en el alma é influyen muchísimo en su formación moral.

En los tiempos desgraciados en que vivimos, la juventud corre gran peligro de perderse por los abusos de la prensa, de la novela, del teatro

(1) Cf. DUPANLOUP. *De l'Education*.

que, con mucha frecuencia, procuran difundir el error, pervertir el corazón y corromper las costumbres, mediante el rechazo ú olvido de la ley divina y el estímulo que reciben las más vergonzosas pasiones, cuyo desenfreno se permite y aun aplaude en nuestros días.

¡Cuánta vigilancia necesitan los padres á fin de preservar á sus hijos del veneno de las malas lecturas, de los espectáculos que incitan al vicio, de las reuniones en que naufragan la inocencia y la moral! En otro lugar de este escrito indicaré algunas reglas para la elección de los libros, cuya lectura puede aprovechar al joven. Por ahora, baste recordar á los padres estas preciosas advertencias que les hace Mgr. Dupanloup: "No olviden en el hogar doméstico de velar con severa atención sobre todas las palabras que se pronuncian: los niños están siempre atentos y comprenden más de lo que se cree; y una sola palabra puede causarles una herida mortal. Separen cuidadosamente todo objeto peligroso: los malos libros, las malas revistas, los malos periódicos y todo cuanto pueda serles nocivo.... Desde la más tierna edad, velen sobre sus hijos, sin desatender los menores detalles y precauciones, á fin de evitar lo malo. Manera de vestir, cuidado para alejar del niño cuanto no es conforme á la más rigurosa modestia, vigilancia para inspirarle hábitos de pudor y de respeto; al mismo tiempo procuren apartar de sus ojos y oídos todo lo que sea peligroso; destierren completamente del hogar doméstico toda palabra libre, todo escrito nocivo, todo objeto de escándalo; vigilen, en fin, cuanto le rodea y se le acerca: sirvientes, cama-

radas, parientes, hermanos y hermanas: toda esta solicitud es necesaria para salvar al niño y conservarlo puro é inocente.» (1).

¡Desgraciados los padres á quienes pueden aplicarse estas palabras de Tácito: *Algunas veces los mismos padres acostumbran á sus hijos, nó á la probidad y á la modestia, sino á la lascivia y á la licencia* (2)! Y estas otras de Quintiliano: *Nosotros mismos les enseñamos lo malo; de nosotros lo aprendieron*.

En lenguaje católico se llama *vocación á un estado de vida*, el acto sobrenatural de la providencia por el que Dios elige á cada hombre para un género determinado de vida, y le concede las dotes y auxilios convenientes para el debido desempeño de él.

Aun cuando Dios ha prescrito una sola ley fundamental á todos los hombres y los destina al mismo supremo fin, quiere que cada uno siga un camino especial y abrace en el mundo un estado de vida fijo, que lo ha de conducir al cielo. Por lo que, dice San Pablo: *Cada cual recibe de Dios su propio dón: quién de una manera, quién de otra* (3).

Según esto, los padres, cuyo poder para regir la familia lo reciben de Dios y cuya gloria deben promover en el hogar doméstico, han de estudiar atehamente las inclinaciones de sus hijos y sondear su corazón, á fin de conocer su vocación y de auxiliarles, por su parte, en el cumplimiento

(1) *De l'Education.*

(2) Dial. De Orat. 29.

(3) (I á los Cor. VII, 7).

de los designios de lo alto. Hay tres señales de la vocación divina para un estado particular: 1.^a La inclinación constante y deliberada hacia un estado que se juzga más á propósito para conseguir la eterna salud; 2.^a La idoneidad ó aptitud para el desempeño de los deberes inherentes á ese estado; 3.^a La carencia de impedimentos para poderlo abrazar (1). Conforme á estas reglas, pueden los padres formar dictamen acerca de la vocación de sus hijos.

Aun cuando el hombre puede servir á Dios en cualquier estado, es indudable que, á más del camino ordinario de santificación, que recorre la inmensa mayoría de los cristianos, Dios llama á algunos, por una senda peculiar, á un estado más excelente y perfecto, á fin de que adquieran mayor grado de virtud y se ocupen con ahinco y por completo, ya en defender los derechos de la Iglesia, ya en gobernarla, ya en dirigir á las almas al cielo, ya en consagrarse sin tregua á la práctica de los consejos evangélicos. Los sacerdotes y religiosos forman esta nobilísima falange, unida tan de cerca á Dios y encargada de aquellas excelentes obras.

Cuando Dios ha depositado en el alma de un niño la preciosa simiente de esta vocación divina, los padres, lejos de ahogarla, deben facilitarle los medios de que germine y se desarrolle; y si, después de emplear las medidas que aconseja la prudencia cristiana, conocieren que Dios quiere á un joven exclusivamente para sí, se lo han de entregar con generosidad al Señor, que es dueño

(1) OF. MARC.—*Institutiones morales*.

absoluto de todo, y bendecir su misericordia, por haberse dignado llamarlo á un honor, incomparablemente más alto que todas las grandezas y dignidades del mundo.

¡Cuántos padres, por desgracia, contrarían la voluntad divina, con respecto á la vocación de sus hijos, ó por lo menos, no cuidan de fomentar sus buenas inclinaciones y de auxiliarles con prudentes consejos en asunto de tanta trascendencia! ¡Cuántos se creen árbitros del destino de sus hijos, siendo así, como dice San Pablo, que *éstos no se pertenecen á sí mismos ni á sus progenitores, sino á Jesucristo!* (1). El olvido de esta verdad es la causa de la ruina temporal y eterna de muchos jóvenes, así como de los males que sufren no pocas familias. Uno de los corifeos de la revolución francesa del siglo pasado, deseó en su infancia hacerse religioso; pero como sus padres se opusieron, olvidó pronto ese buen propósito, se entregó á los vicios y vino á ser uno de los monstruos que afrentan al linaje humano.

El modelo que los padres han de tener presente para cumplir bien su misión, es Dios mismo que se ha constituido en guía y maestro de la humanidad. Él es Señor de cuanto existe; es padre de todos los hombres, á quienes gobierna con suavidad y fortaleza. ¡Cuán admirables lecciones se ha dignado dar á cuantos tienen la honrosa misión de educar al hombre! Por una parte dicta leyes al entendimiento y á la voluntad, á fin de que no se extravíen, y por otra les comunica

(1) *Non estis vestri*. (I. Cor., VI, 19). *Vos autem Christi*. (I. Cor., III, 23).

fuerzas para cumplirlas. Y como Dios es padre por excelencia, guía nuestros pasos, nos muestra los peligros, nos asiste é ilumina, nos alienta con la esperanza del premio; pero también nos castiga con mano cariñosa cuando nos alejamos de la senda del deber. La ternura y la fortaleza, admirablemente combinadas, resplandecen en la conducta de la divina Providencia para con el hombre. La tranquilidad de la conciencia, el aplauso de los buenos, las dulzuras de la piedad, la calma del espíritu, la esperanza sobre todo de una eternidad dichosa, son los medios empleados por Dios para estimularnos á la práctica del bien; y á su vez la angustia del corazón, el tedio de la vida, la incertidumbre del porvenir, el desaliento y la amargura producidos en el alma por el vicio, son la voz de alerta que da Dios al hombre para separarlo del camino del error y de la iniquidad.

Cuán bien educarían los padres á sus hijos si, á imitación de Dios, emplearan con éstos cierta energía templada por la prudencia; si fueran solícitos en darles buenos ejemplos y consejos oportunos; si vigilaran sus pasos y los precavieran de los lazos del mundo; si con nobles industrias despertaran en ellos el amor á la verdad y á la virtud; si con brazo fuerte apartaran de los labios de sus hijos la copa envenenada del placer; si finalmente se convencieran de que la paternidad es una especie de *sacerdocio* y el hogar doméstico un *templo*, en que se ha de aspirar el ambiente del bien y se ha de fortalecer al hombre para las luchas de la vida!

Tengan, en fin, en cuenta los padres que la educación tiene que ser principalmente obra de

dulzura, de paciencia y de cariño, antes que de dureza, de rigor y de fuerza. Para lo que han de imitar á Dios, que *abarca fuertemente, todas las cosas.... y las ordena todas con suavidad* (1). La autoridad interviene sin duda, en la educación, sobre todo moral; pero no debe aquélla constreñir y anonadar al niño, sino despertar y dirigir sus facultades, de modo que se desarrollen y perfeccionen, cuidando de evitar cuanto las aleja del fin señalado por el Creador. "En una palabra, es preciso que el niño sea *libre*, bajo la acción poderosa, activa y vigilante de la educación; es preciso decidir, contener y regir su voluntad, formar su corazón y su conciencia, pero sin forzar ni alterar la naturaleza del niño... La indignación, la impaciencia, la antipatía, son nocivas en la educación: la autoridad seca y absoluta, la disciplina militar, la fuerza material, no producirán jamás buenos resultados en esta obra importante." (2).

7. Deberes del joven en la educación.—Hemos visto que Dios y la Iglesia por Él instituída, los padres y los maestros tienen derecho de educar al niño; pero también éste interviene en la educación, en cuanto es la *materia*, ó mejor dicho el *sujeto* sobre el cual se versa aquélla.

Por mucho que Dios desée la buena formación del niño, por asiduos que sean los cuidados de los padres en educarlo y por vivo que sea el empeño de los maestros en cooperar á esta obra difícil, puede, no obstante, el joven oponer un

(1) Sabid. VIII, 1.

(2) MGR. DUPANLOUP *De L'Education*.

obstáculo tenaz á la acción de los que se ocupan en formarlo.

La libertad es un don precioso de lo alto; pero, en el estado actual, puede el hombre abusar de ella y emplearla en daño propio. Dios mismo no contraría las determinaciones de la voluntad humana; quiere que cada cual sea dueño de sus actos, y por lo mismo, feliz ó desgraciado por su libre elección. «Aun cuando la educación es esencialmente la obra de la autoridad y del respeto, lo es también de la libertad humana», afirma Mgr. Dupanloup; «pero sobre todo la educación religiosa y moral no puede jamás ser obra de la violencia y de la fuerza. El estudio, la virtud misma dependen de la voluntad que no tolera ser constreñida, ha dicho Quintiliano.» (1)

Para que el niño se eduque bien debe cumplir ciertos deberes, sin los que se frustraría cuanto se haga en favor suyo. Enunciaré brevemente dichos deberes.

El primero y esencial es el respeto á Dios, cuyo santo *temor es el principio de la sabiduría* (2). Amar al Señor, obedecerle, practicar su santa ley: hé aquí la obligación primordial del joven cristiano. Iguales deberes, guardada la proporción debida, tiene para con sus padres, de quienes recibe la vida, y que son los representantes de Dios en el hogar doméstico. Por último, ha de someterse á los maestros, ha de respetarlos y recibir su buena enseñanza, sin lo cual no sacaría provecho alguno de las escuelas y colegios.

(1) *De L'Education.*

(2) *Initium sapientiae timor Domini* (Eccli. I, 16).

Se ha dicho antes que cada edad de la vida tiene sus cualidades y defectos. «La infancia es ligera, desaplicada, presuntuosa, violenta, tenaz; es la edad de la disipación, de los arrebatos y de los placeres, la edad de todas las ilusiones, y, por lo mismo, de los extravíos; pero, añade Fenelón, es también la edad en que el hombre puede todo sobre sí mismo» (1).

Necesario es que el joven conozca su debilidad é inexperiencia y los peligros que por todas partes le rodean, para que busque el apoyo de sus padres y maestros, y se someta á su dirección. ¡Cuántos jóvenes se pierden por sacudir el yugo de la obediencia, por guiarse á sí mismos, seguir sus caprichos y dejarse arrastrar por sus pasiones, tan ardientes en esta edad! *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad* (2); *porque el espíritu del hombre y todos los pensamientos de su corazón están inclinados al mal desde la juventud* (3).

Si comprendiera el joven la necesidad de cimentarse en la práctica de la virtud, desde los primeros años, aceptarla gustoso cuanto le inclina á lo bueno y le aleja de lo malo. «*El necio,*» dice el Sabio, *se mofa de las amonestaciones de su padre; mas el que hace caso de la corrección, vendrá á ser más hábil* (4). ¿Cómo enmendará el tierno jo-

(1) Cf. MGR. DUPANLOUP. Obra citada.

(2) *Bonum est homini cum portaverit jugum ab adolescentia sua* (Tren. III, 27).

(3) *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua* (Gen. VIII, 21).

(4) *Stultus irridet disciplinam patris sui; qui autem custodit increpationes astutior fiet* (Prov. XV, 5).

ven su conducta? Observando las palabras ó preceptos del Señor (4).

No debe olvidar el joven que está en época de formación; por lo que le es indispensable recibir por medio de la educación la *buená semilla* que ha de germinar lentamente en su alma y producir después frutos opimos. Ha de ser dócil, ha de amar el trabajo, adquirir firmeza de carácter y patrocinar las nobles causas. Pero ante todo, ha de servir á Dios, de quien ha recibido cuanto tiene; ha de promover su gloria y recordar á menudo que Él es su primer principio y su último fin.

No hago sino insinuar aquí algunos de los deberes del joven cristiano; porque de éstos y de las cualidades que han de adornarlo me ocupo en otros lugares de esta obra.

CAPÍTULO TERCERO

Principios fundamentales de la educación

1. La educación antigua y la moderna: sus diferencias.—2. Derechos del Estado en la educación.—3. Refutación de la teoría del Estado docente.—4. Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública.—5. Obligación que tienen los padres de confiar sus hijos á buenos maestros.—6. Dotes que éstos deben tener.

I. La educación antigua y la moderna: sus diferencias.—Como la educación del joven está

(4) *In quo corrigit adolescentior viam suam? in custodiendo sermones tuos (Ps. OXVIII, 9).*

Íntimamente ligada con el modo de ser de la familia, participa de las cualidades ó defectos de ésta. Por eso, cuando la religión y la piedad ocuparon su puesto de honor en el hogar doméstico, como aconteció en los siglos de fe, la niñez y la juventud fueron formadas en la virtud, con mucho más esmero que en los tiempos modernos. Nuestros antepasados gustaban, ante todo, de la *vida de familia*; es decir de la comunicación íntima y cordial entre padres é hijos: para ellos el hogar era un santuario en que se enseñaba primero á servir á Dios, y después se cultivaban como flores preciadas, el respeto, el cariño, la benevolencia, la sumisión, que forman el encanto de la familia cristiana. Es verdad que entonces no estaban á mucha altura las ciencias físicas y naturales, y que había alguna deficiencia en los métodos de enseñanza; pero, en cambio, se cuidaba de vigorizar más que hoy el cuerpo del niño; se le acostumbraba á la sobriedad y á la vida tranquila; se le enseñaba menos,—pero, por lo mismo, se grababa mejor en su memoria lo que aprendía;—la instrucción era más clásica que al presente, y sobre todo profundamente cristiana.

En nuestros tiempos, la educación, como todo lo demás, ha experimentado un cambio radical, en parte favorable y en gran parte desventajoso. Es indudable que las ciencias experimentales han progresado mucho en el siglo que concluye, y que los pasmosos inventos de que se gloria han modificado notablemente las condiciones de la vida humana. La mayor difusión de las luces, la facilidad de las comunicaciones, el desarrollo de

la industria, el aumento de la riqueza, han contribuido á que los hombres y los pueblos se acerquen y conozcan más, y, por lo mismo, á que se auxilien mutuamente en el orden intelectual y moral.

Conforme á las exigencias de nuestra época, la instrucción moderna es más variada que la antigua, más general y *enciclopédica*; pero, á su vez, es superficial y mucho menos sólida que la antigua. Hoy un joven de quince años posee ya ligeras nociones de muchas ciencias, habla varios idiomas y conoce los sucesos más notables de la historia. Mas este barniz de ilustración, si halaga por un lado la vanidad, perjudica, por otro, al cultivo serio y profundo de cualquier ramo del saber, y se halla completamente deslustrado por el poco ó ningún caso que hacen ahora los programas oficiales de la instrucción religiosa de la juventud, salvo rarísimas excepciones.

„El sistema antiguo de enseñanza“, dice Hernández, „se proponía un fin muy elevado. Estudiaba á fondo la naturaleza del niño, cuidaba de acomodarse á ella, ayudándole en el desarrollo gradual de sus facultades, para dejarlo en aptitud de emprender por sí solo cualquier género de estudios, por arduos que fuesen... Dividía en dos períodos las materias que hoy comprende la segunda enseñanza: el primero lo dedicaba por completo á la formación literaria del alumno, mediante el conocimiento profundo de las lenguas y literaturas latina, griega y nacional; el segundo período lo consagraba á la filosofía, como ramo principal, y á las ciencias naturales y exactas en calidad de estudios accesorios. Pero no

olvidaba que la parte superior del hombre debe ser cultivada por la religión... y por eso la escuela antigua, en todos sus grados, estaba animada del espíritu religioso, y embebía á los jóvenes en las puras doctrinas y prácticas saludables de la santa fe católica.

"El sistema moderno se propone, en la enseñanza secundaria, instruir suficientemente á los jóvenes y prepararlos para los cursos de cualquiera facultad científica, ó para ocupar dignamente una posición social, que no exija diploma universitario. Por esto, desechando cuanto no es de utilidad inmediata para las necesidades de la vida material, dirige todos sus esfuerzos á comunicar, en corto tiempo y con poco trabajo, la mayor suma de conocimientos posibles... Quita toda la importancia que puede al estudio de las lenguas clásicas y no oculta su deseo de suprimirlas por completo. A la filosofía le concede un lugar muy secundario, contentándose con nociones someras que la despojan de todo carácter científico y deprimen su dignidad. En vez de estos estudios, que forman la base del sistema antiguo, los ha sustituido el moderno con una caterva de materias, que las subdivide en varios cursos, de lo cual resulta que en un mismo año se aglomera una multitud de asignaturas diversas... De la religión prescinde por completo, ó si la mantiene, es bajo una apariencia engañosa, pues no cuida de que el conjunto de la instrucción esté en consonancia con el dogma... Es una enseñanza fría, en que el alumno aprende la religión cristiana como aprende en la historia de la China ó de la India las doctrinas de Confucio ó de Budha.

«De estos dos sistemas, el moderno es profesado casi universalmente en los países en que el Estado, arrogándose el cargo de maestro, establece escuelas que él mismo dirige, cuyos profesores nombra y retribuye, escuelas á las que, con leyes más ó menos arbitrarias, sujeta todos los demás establecimientos de enseñanza. El sistema antiguo se va refugiando al abrigo de aquellas instituciones que, por su naturaleza, se sustraen á la influencia secularizadora de nuestro siglo, como son los seminarios y los cuerpos religiosos docentes.» (1)

En resumen, debe aceptarse el sistema moderno, sólo en aquello que, por razón del método de enseñanza ú otro justo motivo, pueda ser útil á la formación de la juventud, y rechazarse en lo demás. Hay que procurar que el estudio de los clásicos vuelva á ocupar su puesto de honor; ya que, según dice el cardenal Newman, «los asuntos que ellos ofrecen á la inteligencia y los conocimientos á que sirven de base, han sido siempre el medio empleado para difundir la cultura de la juventud»; hay que combatir el recargo de materias en la enseñanza secundaria, y trabajar sobre todo para que la educación del joven esté informada por el espíritu cristiano, a fin de que se cumpla el consejo evangélico: *Aprende desde la niñez las sagradas letras que te pueden instruir para la salvación.* (2)

2. Derechos del Estado en la educación.—

(1) *Educación antigua y moderna.*

(2) TIM. III, 15.

De la doctrina expuesta en el capítulo anterior, se deduce que el Estado no tiene *misión* ni *derecho originario* de enseñar y menos de educar, ya que él, según afirma Benoit, "es el mero custodio de los derechos de la familia y el protector de los derechos de la Iglesia." (3) Mas, al afirmar que únicamente á la Iglesia y á los padres de familia ha confiado Dios la misión de educar al hombre, no se desconocen ciertos derechos que competen al Estado en la educación. "El Estado", como muy bien dice Mr. Dehon, "tiene una misión directa en todas las funciones esenciales de su cargo, como son la de mantener la paz entre los ciudadanos, la de asegurar el orden público, defender la sociedad contra los ataques de dentro y fuera, etc. Para lo demás, para el desarrollo intelectual y material de los pueblos, tiene una misión *completiva*, una misión para las causas mayores, cuando es insuficiente la iniciativa de los particulares y de las corporaciones.

"El Estado no es sólo defensor del orden y la paz, es también la más vasta y universal de las corporaciones. Es una corporación de orden superior, que no debe emprenderlo todo, porque lo haría mal, sino que debe suplir la insuficiencia de la acción comunal, provincial y corporativa. Se trata, por ejemplo, de fundar universidades ó escuelas, de construir hospitales ó caminos: si la iniciativa de las comunas, de las provincias, de las asociaciones particulares es bastante, el Estado debe solamente alentarlas; pero si la nece-

(1) *La ciudad anticristiana.*

sidad es urgente y la iniciativa privada es lenta ó ineficaz, el Estado podrá obrar." (1)

"Interesada como está la sociedad civil en la buena formación de los ciudadanos, tiene ciertamente el derecho y el deber de preocuparse en ella; pero según los medios de que dispone y en su esfera propia de acción" dice Longhaye. "Ni por la voz de la naturaleza, ni por la de la revelación, ha dicho Dios jamás al Estado: *Ve, y enseña tu mismo*; mucho menos: *Ve, y enseña tu solo*. Tal es el orden en el seno de los pueblos cristianos... Así que para llegar al monopolio del Estado en la enseñanza, es preciso sustituir el Estado á la familia, á la Iglesia y finalmente á Dios mismo; es preciso, en una palabra, deificarlo. Este es el cesarismo pagano codificado de nuevo por Juan Jacobo Rousseau, y aceptado en principio por nuestras asambleas revolucionarias, de las que él fué el evangelista." (2)

La ingerencia del Estado en la educación debe limitarse, por lo general, á dictar reglamentos para el buen régimen de las escuelas y á suministrar á los padres los medios de dar á sus hijos una educación conveniente, fundando colegios y escuelas, estableciendo pensiones en favor de maestros y discípulos, estimulando con certámenes y premios el ardimiento de los unos y de los otros. Tiene igualmente el derecho de asegurarse de la competencia de los que desean seguir ciertas profesiones liberales que se relacionan con el orden temporal; puede vigilar la higiene de los

(1) *Catéchisme social*.

(2) *Quinze années de la vie de Montalembert*.

establecimientos, examinar los métodos de la enseñanza profana y abrir escuelas especiales para la milicia, etc. En resumen, como dijo Mr. Luciano Brun, el Estado no es de derecho, ni debe ser de hecho sino un protector vigilante de la escuela, y á lo sumo un *profesor suplente*. (1)

Dantón había dicho: "El niño pertenece al Estado antes de pertenecer á la familia". Este pernicioso principio está de acuerdo con este otro sostenido por algunos publicistas: "El hombre no existe sino para la sociedad, y la sociedad no lo forma sino para ella". De estos principios, aplicados á la educación, deducen aquéllos el derecho que corresponde al Estado de intervenir exclusivamente en la enseñanza, á tal punto que él solo debe monopolizarla y cuidar de que sea universal, obligatoria y uniforme.

Tal doctrina proclama el *cesarismo* del Estado en la enseñanza, y desconoce los sagrados derechos que en ésta tienen la familia y el mismo Dios.

Desde luego, es mucho más exacto decir que la sociedad existe para el hombre, como un *medio* establecido por Dios para el perfeccionamiento de aquél; por lo que debe ella respetar y amparar los derechos naturales de los asociados, y sobre todo los del orden sobrenatural, que dicen relación á su último y nobilísimo fin.

Ahora bien: si, como antes se ha probado, la educación es de competencia directa de la Iglesia y de la familia, es indudable que la acción del

(1) *Disc. pronunciado en el Congr. de jurisconsultos católicos de Fourvière.*

Estado en este asunto, debe limitarse á secundar y auxiliar á aquéllas en el desempeño de tan importante labor.

El hombre no queda absorbido ni anulado por la sociedad civil; y en su seno conserva derechos preciosos, como el de servir á Dios, de que no puede ser privado en ningún caso, y otros de orden inferior, como el de la vida, propiedad, libertad, etc., de los que tampoco puede ser desposeído sin un grave motivo de bien público. Mucho menos puede el Estado inmiscuirse en la formación moral del hombre, de la que están encargadas otras sociedades. A lo sumo, debe suplir en esta materia las deficiencias que pueda haber en la familia, ó, mejor dicho, facilitarle los medios, de que dispone él, para que aquélla cumpla debidamente su misión educadora.

Oigamos al Cardenal obispo de Perusa, hoy León XIII: "El deber de la educación, por razón natural, es de tal manera inherente al carácter y potestad de los padres que no admite abdicación; y el poder social, por su ordenación, no es propiamente llamado á subrogar este gran oficio de la paternidad, sino á coadyuvar á la obra de los educadores naturales, y á vigilar y proteger el gobierno y buena organización de la familia... La familia no es hechura ó creación de la sociedad civil, y la potestad paterna no emana de la ley humana: las relaciones y deberes que existen entre padres é hijos son anteriores y superiores á toda humana agregación. El hombre nace sociable; mas, perteneciendo primero á la sociedad doméstica y religiosa, no viene al comercio civil sino por la familia, ya preparado por

el magisterio de la Iglesia y bajo la guía de la autoridad paterna».

En los pueblos que poseen el inestimable don de la unidad católica, la Iglesia se ocupa con maternal afecto en la formación moral del hombre y en dirigir á la familia cristiana en la parte que le corresponde en aquella obra difícil; mas, en los países infieles ó disidentes, permite que, los que no le pertenecen, se instruyan según sus creencias; pero exige del poder temporal que garantice á los católicos el derecho sagrado de educar cristianamente á sus hijos. Y cuando las circunstancias lo exigen, tolera la Iglesia aun la absoluta libertad de enseñanza, no como un *desideratum*, sino como un mal menor y tabla de salvamento para los católicos, que, al amparo de esa libertad, pueden fundar escuelas cristianas para sus hijos. Lo que rechaza y rechazará siempre la Iglesia, son las leyes inicuas y los gobiernos impíos que obligan á los católicos á enviar á sus hijos á escuelas irreligiosas ó indiferentes; porque esto, á más de violar los derechos de Dios y de la familia, arranca la fe del corazón del niño, corrompe su conciencia con reglas de mal vivir y pervierte su inteligencia con errores que destruyen el orden social cristiano.

3. Refutación de la teoría del Estado docente.— En esta importante cuestión, directamente enlazada con la anterior, es preciso recordar, ante todo, que el fin del Estado es procurar la felicidad temporal de los asociados, mediante la tutela del bien común. Para conseguirlo debe dictar leyes y emplear medidas conducentes á dicho fin. Por esto, como muy bien afirma el

P. Riess, «la posición del Estado respecto de los individuos es muy distinta de la que tiene respecto de ellos el poder paterno. Porque éste mira inmediatamente al bien de sus subordinados y ha sido ordenado por Dios para procurar la felicidad de seres desvalidos, hasta que se hallen en estado de cuidar de sí propios. De donde se infiere que la educación, considerada en su esencia, no puede ser una institución *pública ó política*; pues, según su naturaleza íntima, es solicitud por el bienestar de los particulares. No siendo la escuela otra cosa sino la organización social de la actividad educadora y docente, excluye también por su esencia el carácter político. Esta exclusión sube de punto cuando la escuela recibe la ley y la norma, tanto de su organización como de su espíritu, de la religión revelada y totalmente autónoma. Subordinada de esta suerte la familia cristiana, como á su madre, á la Iglesia, participa, bajo la dirección de ésta, de la prerrogativa de obrar, protegida, á la verdad, por el brazo fuerte del Estado, pero sin dependencia de él en su elevado ministerio, á fin de procurar la conservación moral del género humano». (1)

La educación, como antes se dijo, comprende dos partes: la instrucción y la formación del corazón, ó lo que es lo mismo, la enseñanza y la disciplina. Ahora bien, la ciencia está fuera del alcance del Estado; ya que ella busca y explica las *razones* de las cosas, y se apoya en principios evidentes que no están á merced de los caprichos de los individuos, ni de la voluntad de los pueblos, ni de

(1) *El Estado Moderno*.

los decretos de los gobiernos. La verdad es *objetiva*; "por lo que la ciencia, del mismo modo que el arte, no pueden ser impuestos por el Estado, ni creados de real orden". "El taller de la actividad científica es la vida interior del espíritu, dice Walter; su aguijón la tendencia innata del mismo espíritu hacia la verdad; su fin y su satisfacción, la certeza apoyada en fundamentos que él reconoce como irrefutables. El poder del Estado no puede, por tanto, obrar en este terreno, sino sólo protegiendo y fomentando el espíritu científico, libremente entregado á sus tendencias y aspiraciones". (1)

Con menos razón debe el Estado arrogarse el derecho de intervenir en la educación íntima del hombre; ya que para ello no tiene misión, ni puede tampoco regular sus acciones. La moral, que se ocupa en esto último, descansa en principios inmutables, fundados en el derecho natural; y Dios hizo única depositaria é intérprete de la moral á la Iglesia católica.

Por esto, la escuela cristiana, cuyo fin principal es la formación moral del niño, no es, como dice el mismo autor, "una institución política: ella procede de la sublime sabiduría cristiana, la cual depende de una suprema autoridad docente, que como tal no puede sufrir intrusiones de las potestades de la tierra... Por esta razón la sociedad moderna tiene que escoger, entre considerar á la Iglesia y su magisterio infalible como institución jurídica, protectora y guardadora de esta superioridad intelectual de los sa-

(1) *Derecho natural y político*, citado por RIESS.

bios (en la cual es norma en definitiva, por ordenación divina, no la capacidad natural sino el mérito moral), ó sufrir el dominio de una orgullosa casta de brahmanes, que abusen del Estado y subordinen la verdad á su egoísmo: camino á que es conducida la sociedad por la ciencia incrédula, ayudada de los maestros de escuela radical.

"Esto no excluye, que la protección del Estado sea de la mayor importancia para la escuela cristiana, sea cual fuere su forma: lo que se rechaza es que ésta haya de estar en todo sometida á aquél. El auxilio del Estado no tiene lugar sino en la medida necesaria, y eso cuando los órganos llamados en primer término á proveer á las necesidades de la escuela, no llegan á remediarlas". (1) El Estado, en consecuencia, no es de suyo *docente*, ni puede monopolizar la enseñanza sin atentar los derechos de la Iglesia y de la familia.

"El monopolio de la enseñanza es el *socialismo* escolar, ha dicho el académico Emilio Faguet. Todo socialismo es detestable; pero lo es éste en especial, por ser la educación una cosa eminentemente individual, que cada niño debe recibirla en la familia, conforme á sus aptitudes, temperamento de espíritu y carácter.

"El ideal de la enseñanza consiste en no hacer del estudiante una *materia común*, sobre la que se trabaja por procedimientos generales y uniformes. El espíritu no cumple las funciones del Estado, ni el Estado las del espíritu, dijo Lacor-

(1) *Obra citada.*

daire... Los profesores oficiales no son otra cosa que vulgarizadores más ó menos excelentes (nunca almas libres) que piensan y viven dentro de otras almas, que es como, en cierto sentido, pudieran ser definidos.

"El Estado es de suyo autoritario. Transportada su autoridad á la enseñanza, hace de ella una administración, una máquina bien arreglada, nunca una obra viva,—sin dejar sitio á la iniciativa individual.

"El profesor libre en la universidad liberal es una quimera; jamás gozará sino de una libertad estrecha y casi ilusoria; invenciblemente se hará de él un engranaje, mas ó menos bien hecho y de buen gusto, pero un engranaje al fin". (1)

La Iglesia, que ha defendido en todo tiempo los derechos y las libertades legítimas de los individuos y de los pueblos, rechaza, por esto, el monopolio universitario y la enseñanza oficial, obligatoria y laica, que son armas terribles de que se sirve el Estado moderno, tanto para adueñarse de la inteligencia y del corazón de los jóvenes, como para sustraerlos del benéfico influjo de la Iglesia y del hogar cristiano, y formar de este modo generaciones de incrédulos y de revolucionarios.

En conclusión, se puede afirmar que, como lo comprueba la experiencia, la instrucción pública florece en un país cuando el Estado, lejos de estorbar la acción de la Iglesia y usurpar los derechos de la familia, secunda eficazmente los esfuerzos de entrambas.

(1) *La Quinzaine*.

«La sociedad prosperará tanto más, cuanto el poder eclesiástico, el paternal y el civil trabajaren más unidos en cultivar la mente y el corazón de los niños y de los jóvenes». (1)

4 Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública.—Conocido el fin de la educación y los derechos que en ella corresponden á los padres de familia y á la Iglesia, corresponde ahora tratar de la educación secundaria ó pública y de los graves deberes que ésta impone á los padres. De suma trascendencia, en el orden social y religioso, es dicha educación; por lo que, á más de las verdades generales antes enunciadas, voy á exponer otras especiales, enseñadas por la Iglesia católica y por la recta razón.

Terminada la primera educación, que es de la exclusiva incumbencia del padre y de la madre, llega el momento en que el niño debe traspasar el umbral del hogar doméstico; porque la enseñanza que en él recibe es ya insuficiente, y necesita instruírse, cultivar sus facultades y prepararse para cumplir la misión que Dios le señalara en el mundo. Hasta entonces, la casa paterna ha sido la única escuela del niño: en adelante, debe recibir la enseñanza pública y el abundante tesoro de la ciencia, que está á cargo de los maestros y es el complemento de la educación doméstica. Grande cuidado y vigilancia exige el joven en esta época de la vida; porque, si es dirigido por malos maestros; si se rodea de amigos perniciosos y se entrega á la lectura de libros corruptores, su ruina es inevitable.

(1) BENOTT. *La ciudad anticristiana*.

El hombre, en el estado actual, es como un enfermo aquejado de gravísima dolencia: por tanto, la educación debe respetar y mantener las partes sanas de la humana naturaleza, y amputar y destruir, á semejanza de inexorable cirujano, cuanto puede conservar en el alma el virus del mal. A los golpes del cincel, transforma el artista la piedra tosca é informe en hermosa estatua; igualmente, al influjo de la educación doméstica y pública, aprende el hombre á practicar la virtud y buscar la verdad, á huír del vicio y del error; con lo que se conserva en él clara y luminosa la imagen divina impresa en su alma por el supremo Hacedor.

5. Obligación que tienen los padres de confiar sus hijos á buenos maestros. — Una vez que los padres no pueden comunmente ocuparse por sí mismos en la educación secundaria de sus hijos, tienen que confiarla á los maestros; pero, para obra tan difícil, deben elegir personas que reunan las cualidades debidas.

Por esmerada y cristiana que sea la educación doméstica; por más que el niño respire en el hogar el suave ambiente de la virtud; por más que el padre y la madre, constituídos en custodios del tesoro que Dios les ha confiado, hayan depositado en su bella alma la simiente del bien, toda esta hermosura, candor y pureza angelical pueden empañarse y aun desaparecer, si se confía á manos inhábiles y manchadas la educación secundaria de la niñez.

Reflexionen los padres sobre tan grave obligación; recuerden que la escuela debe cimentar y desenvolver la primera enseñanza recibida en el

hogar, y cuiden de proceder con cautela y acierto en la elección de maestros para sus hijos, convencidos de que el porvenir de éstos depende en gran manera de la buena ó mala dirección que reciben de aquéllos.

6. Dotes que deben tener los maestros— Varias son las dotes que han de tener los maestros, para instruir debidamente á sus discípulos. Estas dotes, según Santo Tomás, son: 1.^a Mente ingeniosa, para que sepan elegir lo mejor entre las cosas que pueden enseñarse. 2.^a Vida honesta; porque, como dice Séneca, la virtud auxilia mucho á la enseñanza, y los hombres creen más lo que ven que lo que oyen. Largo y penoso es el camino de los preceptos: corto y eficaz el de los ejemplos. Hablar bien y vivir mal es acusarse y confundirse á sí mismo. 3.^a Ciencia humilde. San Jerónimo afirma que se debe aprender por mucho tiempo lo que se ha de enseñar. Los Pitagóricos prescribían guardar silencio por cinco años, y después hablar á los eruditos. La ciencia ha de ser humilde; porque la que ensorbece no es ciencia pura ni verdadera, y está mezclada con muchos errores. *Donde hay soberbia, allí habrá ignominia; mas donde hay humildad, allí habrá sabiduría.* (Prov. 11-2). 4.^a Elocuencia, porque sin ésta poco aprovecha la sabiduría. Cicerón dice que no hay cosa que, por una mala narración, no pueda ser perjudicada. Auxilian á la elocuencia la *naturalidad*, ó mejor dicho las dotes naturales; la *ciencia*, porque, como afirma el Sabio, para persuadir á otros, es preciso que uno esté antes convencido; el *gesto*, porque la pronunciación apta y el movimiento conveniente del cuerpo, son

adornos de la elocuencia. 5.^a Pericia en enseñar, para lo que se requiere *claridad* en el razonamiento, á fin de que todos le comprendan; *brevedad*, de manera que no se empleen palabras superfluas; se eviten la proligridad excesiva y el inmoderado laconismo que raya en confusión; *utilidad* en lo que se enseña, de modo que no se ocupe en cosas superfluas ó nocivas: *Yo el Señor Dios tuyo, te enseño lo que te importa.* (Isai. 48-17), y Séneca dice: No se necesitan muchas cosas, sino las que son eficaces. (1)

En el plan divino está confiada al padre y á la madre la educación del niño, dice el P. Van Tricht; al padre, por que aquélla es una obra de fuerza y energía; á la madre, por que es una obra de ternura y amor. Cuando las necesidades sociales ó los rigores de la suerte arrancan al padre y á la madre de esta obra tan grande, viene á reemplazarlos y representarlos un hombre: este hombre es el maestro... Es preciso, pues, que el maestro tenga en su corazón lo que Dios había colocado en los corazones reunidos del padre y de la madre: la fuerza, la energía, la ternura y el amor; es preciso, ante todo, que tenga un santo respeto á esa inocente alma en la que sus dedos van á esculpir los rasgos del justo... ¿Y cómo lo tendrá, si él no respeta su alma propia? ¿Cómo plantará en aquélla los gérmenes de la virtud, si primero nose hallan arraigados profundamente en la suya? ¿Cómo le enseñará á prestar obediencia al deber, si no sabe obedecer él mismo? ¿Con qué derecho la hablará del Dios vivo, nuestro Señor y

(1) Cf. *Opusc.* XXXVII. *De erudit. principum.* Lib. V.

nuestro Rey, si él mismo delante de ese Dios no inclina su frente y no dobla su rodilla, sumiso y humilde?... ¡Ah! ¡Si se exigiera al maestro que fuese un santo, no se le exigiría demasiado... pues se le confían almas. (1)

¿"Sabemos bien lo que es educar", pregunta Mr. Julio Simón, "cuando queremos confiar nuestros hijos á hombres cuya moralidad consistiría solamente en obedecer á la ley, en no faltar á las conveniencias sociales y en obedecer los reglamentos? ¿Qué es obedecer á la ley? Eso no se llama ni siquiera ser un hombre honrado, es simplemente no ser un malhechor. Basta el tener un poco de educación social, virtud aparente que frisa no pocas veces en la hipocresía.... Ya podéis amontonar decreto sobre decreto y circular sobre circular, todo eso es pura administración, eso no es escuela. El día en que estéis seguros de que hay en cada escuela un hombre suficientemente ilustrado, profundamente sacrificado al cumplimiento de su deber, yo añadiría, eminentemente religioso y honrado, estad tranquilos acerca de vosotros y del porvenir del país.... La escuela no es un regimiento, ni un convento, ni una oficina, es una sucursal de la familia. (2)"

"Consideren los padres cuán graves y santos deberes les impone Dios en lo tocante á la educación de los hijos, á quienes deben formarlos en el conocimiento de la religión, en la práctica de las buenas costumbres y en el servicio divino; y cuán culpables son cuando exponen á niños can-

(1) Cf. *Los niños de la calle*.

(2) L'ECOLE. *Cita de Van Tricht*.

dorosos y sin defensa al peligro de maestros sospechosos», dice León XIII. «Deben saber los padres que, en las obligaciones que se derivan de la procreación de los hijos, hay otros tantos derechos fundados en la naturaleza y la justicia, derechos de tal condición que nadie puede desprenderse de ellos ni cederlos á ninguna potestad, una vez que no es lícito al hombre desligarse de una obligación que tiene para con Dios. Que los padres reflexionen que pesa sobre ellos una grave carga de protección hacia sus hijos, y mucho más grave al tratarse de esa vida superior y más excelente del alma, á la cual deben aquéllos formarlos. Y cuando no puedan hacerlo por sí mismos, deben buscar para sus hijos auxiliares extraños, de modo que reciban de maestros autorizados la enseñanza religiosa necesaria. (1)»

De lo anterior se deduce que los encargados de la educación secundaria de la juventud, han de tener instrucción competente, conducta intachable, desinterés, celo por la verdad y el bien, cualidades difíciles de adquirirse, y sin las que no desempeñarán debidamente tan arduo y hermoso ministerio. No debe olvidar el maestro que, por medio de la educación, *crea y forma*, en cierto modo, el alma del discípulo. Cuando se habla á éste con la autoridad y el prestigio que comunican al hombre la ciencia y la virtud; cuando el maestro une á la enseñanza el buen ejemplo, su influjo es provechoso y eficaz en el corazón del alumno.

(1) *Encíclica officio sanctissimo*, de 22 de Diciembre de 1887.

CAPÍTULO CUARTO

Principios fundamentales de la educación

1. La religión y la virtud son el fundamento de la educación secundaria.—2. Males de la escuela laica, ó sea de la educación sin Dios.—3. Importancia social de la educación.—4. La higiene en la educación.

I. La religión y la virtud son el fundamento de la educación secundaria.—En el capítulo segundo se ha dicho ya lo bastante acerca del deber que tienen los padres de formar á sus hijos en el temor de Dios, desde la primera edad; pero como en el presente se trata de la educación secundaria, es preciso manifestar que también en ésta ocupa el primer lugar el elemento religioso; y que, por lo mismo, tienen los padres el estricto deber de buscar para sus hijos maestros cristianos. Conviene mucho inculcar esta obligación; porque, aun algunos que rechazan como perjudicial la educación irreligiosa, juzgan erradamente que se puede eliminar de la escuela la instrucción religiosa, que debe ser dada sólo en los templos y en el hogar doméstico. También otros creen equivocadamente que los padres de familia y los ministros del culto son los únicos llamados á promover la piedad entre los jóvenes.

Si la educación es obra difícil; si ella se propone contrarrestar las dañadas inclinaciones de nuestra viciada naturaleza y sustituirlas con hábitos de honradez y moralidad, no puede prescindir de

la religión en ningún tiempo ni lugar, y mucho menos en la época en que forma al hombre, so pena de no lograr el noble fin que intenta. La educación ha de tener siempre delante el destino sobrenatural del hombre; ni ha de olvidar que esta vida transitoria se halla íntimamente ligada á la futura, y que las acciones humanas nos conducen al último fin, ó nos apartan de él. Así que, al aprendizaje de las ciencias, debe unirse el de la religión, que, con sus dogmas, cimiento de la sabiduría, y con la moral, norma de las acciones, abre amplios horizontes á la inteligencia y da, en especial, reglas admirables para la dirección de las costumbres y el ejercicio de las buenas obras. Sobre todo, en la actual condición del hombre, en que siente á menudo los incentivos del placer y el hormigueo de las pasiones, no puede triunfar de tan terribles adversarios, sin el auxilio sobrehumano que Dios comunica al corazón del humilde creyente.

Prescindir de la religión en la obra tan difícil de educar á la juventud, es privarla de su mejor apoyo y consejera, para que se extravíe y quede á merced de sus ardientes apetitos. La religión es la brújula que indica el rumbo del viaje y señala los derroteros de la penosa jornada.

Y si el elemento religioso es indispensable al hombre, en todo tiempo, lo es mucho más en los albores de la vida, en que el alma recibe, como *materia prima*, las impresiones que no se borran. Pero el influjo de la religión es más eficaz en la mujer, cuyo corazón mucho más tierno é inclinado á la piedad que el del varón, se convierte, por medio de la educación cristiana, en asiento de

todas las virtudes. Mas, si se prescinde de ésta, la vanidad, el lujo, los extravíos de la imaginación y el sentimentalismo, á que tiene mayor propensión el sexo débil, terminarán por arruinarlo. No hace mucho tiempo, Julio Simón, no obstante ser deísta, pronunció las siguientes amargas frases, en la *Academia de Ciencias Morales y Políticas*, acerca de los males que la falta de religión ha causado en la mujer francesa, y sobre la manera de remediarlos.

"La mujer francesa no es seria, por lo general, dijo, y son raras entre nosotros esas madres de familia, cuyos numerosos hijos forman la corona y constituyen la honra y alegría del hogar. La mujer, sobre todo en nuestras grandes ciudades, no se preocupa en sus deberes, y particularmente en el más alto de ellos, el de dar la vida y la educación á sus hijos: ella sólo piensa en placeres, en visitas, en bailes, en espectáculos, en noches pasadas en fiestas, en las que parece primero la salud moral y después la física. Gozar ante todo, los deberes después.

"He reflexionado ante este hecho lamentable; y mis investigaciones, mis ensayos, mis meditaciones más obstinadas me han conducido á esta conclusión: no se debe buscar el remedio en la ciencia sino en la religión. Para comunicar á nuestras mujeres francesas la energía de la virtud y de la maternidad, es preciso que *amen á Dios*. Confieso humildemente que yo, filósofo, no he encontrado medio más eficaz.

"Y sin embargo, ¿de qué modo se piensa devolver la virtud y la salud á esta generación, cuya alma está enferma? ¿Se procura, por medio de

una educación sana y vivificante, corregir este agotamiento físico y moral?

"Sabido es que en las escuelas se nos preparan mujeres sabias; que en ellas se hace lujo de enseñar el álgebra, la química, la historia natural, y aun la política y la filosofía. ¿Qué sacamos de semejantes escuelas? En vez de las mujeres de hoy, vanas sin duda y entregadas á sus futilidades y placeres, se forman con los pomposos programas de enseñanza, mujeres pretenciosas, insoportables, penetradas de sus derechos y que sabrán mucho menos que las de ayer plegarse y someterse al deber.

"Una vez por todas, es preciso repetir, que para remediar estos males, hay que hacer volver á la mujer, por medio de la educación, á la religión y al amor de Dios: he ahí el solo remedio eficaz; he ahí la salud de la sociedad." (1)

Oigamos lo que acerca de la instrucción moral y religiosa de los niños, dice el ilustre Pontífice León XIII. "En lo tocante á la familia, importa sobre manera que los hijos nacidos de padres cristianos sean, en edad temprana, instruidos en los preceptos de la fe, y que la instrucción religiosa se junte á la enseñanza de aquellas artes por las que se acostumbra preparar al hombre y formarlo en la primera edad. Separar la una de la otra, es querer, en realidad, que la infancia permanezca *neutral*, en aquello que concierne á sus deberes para con Dios. Sistema falso y sobre todo perniciosísimo á la niñez; porque, á la verdad,

(1) Véase la obra *Verités fondamentales de la Religion*.

abre camino al ateísmo y lo cierra á la Religión."

"Conviene muchísimo", dice en otro lugar, "que los padres y madres dignos de este nombre, cuiden de que sus hijos, que han llegado á la edad de aprender, reciban la enseñanza religiosa y no encuentren en la escuela nada que dañe la fe ó la pureza de las costumbres. La ley divina, de acuerdo con la ley natural, impone á los padres esta solicitud por la educación de sus hijos, y ninguna causa puede dispensarlos de ella. La Iglesia, guardiana y vengadora de la integridad de la fe; y que, por la misión que ha recibido de Dios, su autor, debe llamar á la sabiduría cristiana á todas las naciones y velar con esmero sobre las reglas y las doctrinas con que se educa la juventud confiada á su autoridad, la Iglesia ha condenado siempre explícitamente las escuelas llamadas *mixtas* ó *neutras*, y con frecuencia ha advertido á los padres de familia que, en asunto tan importante, estén siempre vigilantes y sobre aviso. Obedecer en esto á la Iglesia, es mirar por los intereses sociales y promover eficazmente el bien común. Aquellos, en efecto, cuya primera educación no ha sentido el saludable influjo de la religión, crecen sin tener noción alguna de aquellas verdades capitales que son las únicas que pueden mantener en el hombre el amor á la virtud y regular los apetitos contrarios á la razón. Tales son las nociones de Dios criador, de Dios juez y vengador, de las recompensas y castigos que nos aguardan en la vida futura, y de los auxilios celestiales que Jesucristo nos trajo para el cumplimiento diligente y exacto de nuestros de-

beres. Si se ignoran estas verdades, toda cultura intelectual será una cultura malsana. Los jóvenes á quienes no se les inspira el temor de Dios, no podrán soportar ninguna de las reglas de que depende la honestidad de la vida; no acostumbrados á refrenar sus pasiones, se lanzarán fácilmente á perturbar el Estado.» (1)

«No deben adoptar los católicos, sobre todo para los niños, escuelas *mixtas*, sino que deben tener escuelas particulares, y escoger para ellas maestros excelentes y bien probados», inculca el sabio Pontífice en otra de sus Encíclicas; «por que es muy peligrosa la educación en que se altera la enseñanza religiosa ó se prescinde de ella, como acontece de ordinario en las escuelas mixtas. Nadie debe persuadirse que la instrucción y la piedad pueden separarse impunemente. Si es cierto que en ninguna época de la vida privada ó pública, se ha de prescindir de la religión, con mayor razón no se la ha de excluir en la primera edad, en que el hombre carece de sabiduría, en que el espíritu es ardiente y el corazón está expuesto á tantos peligros é incentivos de corrupción.

«Organizar la enseñanza de manera que se la prive de todo contacto con la religión, equivale á corromper y destruir en el alma los gérmenes mismos de la perfección y de la honestidad; equivale á formar, no defensores de la patria, sino una peste y un azote para el género humano. Si se suprime á Dios de la educación, ¿qué medio podrá retener á los jóvenes en la senda del deber, ó

(1) ENCIC.—*Nobilissima Galorum gens.*

traerlos á ella si se han apartado del camino de la virtud y precipitado en el abismo del vicio?

«Mas, es preciso que la religión sea enseñada á los niños, no sólo á ciertas horas, sino que todo el resto de la enseñanza exhale como un olor de piedad cristiana: en caso contrario, si este aroma sagrado no penetra á la vez en el alma de los maestros y de los discípulos, la instrucción, cualquiera que sea, producirá escasos frutos y aun tendrá graves inconvenientes.

«Cada ciencia, en efecto, lleva consigo sus peligros, de los que no podrán librarse los jóvenes, si un freno divino no sujeta su corazón é inteligencia. Es necesario, pues, cuidar de que lo esencial, á saber, la práctica de la piedad cristiana, no ocupe un lugar secundario; que mientras los maestros enseñan á sus discípulos á conocer poco á poco los rudimentos de una ciencia difícil, no prescindan de esa otra verdadera sabiduría cuyo *principio es el temor de Dios*, y á cuyas máximas debe conformarse siempre la conducta. Que el estudio de la ciencia vaya en todo tiempo unido á la cultura del alma; que todos los ramos de la enseñanza estén penetrados y dominados por la religión; que ésta, con su majestad y dulzura, lo informe todo, de manera que infunda en el alma de los jóvenes poderosos estímulos para el bien.

«Por último, como el deseo de la Iglesia ha sido siempre que toda clase de estudios sirvan principalmente á la formación religiosa de la juventud, es necesario que esta parte de la enseñanza ocupe no sólo su puesto, y el principal, sino que también nadie se atreva á ejercer funciones tan graves, sin haber sido juzgado apto para ellas

por el juicio de la Iglesia, y sin haber sido confirmado en este empleo por la autoridad eclesiástica.» (1)

La virtud sólo brota y florece al amparo de la religión católica, fuente inagotable de hechos heroicos y madre fecunda de la caridad y el sacrificio. Las hazañas más grandes, los sucesos más gloriosos, de que se enorgullece la humanidad, han sido inspirados y realizados por corazones cristianos. El error y el crimen ahogan todo sentimiento magnánimo; la verdad y el bien nos engrandecen y elevan á las regiones de la luz increada. La virtud es inseparable de la verdad y del bien; y cuando aquélla anida en el alma, hay acuerdo entre la cabeza y el corazón, y todas las acciones se subordinan á la consecución del fin supremo. «La inteligencia no se forma y progresa sino bajo el imperio de Dios» ha dicho el protestante Guizot.... La instrucción no tiene valor alguno sin la educación, ni la educación sin la religión»; y Víctor Hugo exclamaba igualmente: «Yo no quiero proscribir la enseñanza religiosa, que la creo ahora más necesaria que nunca. Hay en nuestros tiempos una tendencia perjudicial, acaso la única: á saber, no contar sino con la vida presente.» Lógico es, pues, concluir que la religión, al volver dulces y fáciles los graves deberes que pesan sobre el hombre, es la base de la educación; por lo cual, mientras el joven conozca más á fondo los dogmas cristianos, tendrá mayor luz en la inteligencia; y mientras más sepa las leyes de la moral y las ame, tendrá mayor

(1) EXCIC.—*Militantis Ecclesiae*.

fuerza para practicar el bien y cumplir en este mundo su ministerio de salud y de gloria.

2. Males de la escuela laica, ó sea de la educación sin Dios.—En dos formas se ataca hoy el catolicismo en la escuela: ó rechazándolo de ésta abiertamente, ó prescindiendo de él, pero sin declararle guerra manifiesta. En el primer caso la educación es impía, y en el segundo indiferente, siendo indudable que aquélla es mucho más perniciosa que ésta. Sólo los que no creen en la vida futura pueden consentir en que sus hijos se acostumbren desde la niñez á mirar de reojo ó con indiferencia á la Iglesia católica, fuera de cuyo seno no hay salvación.

Si la educación irreligiosa es detestable, no deja de ser también perjudicial la indiferente. No basta, en efecto, dejar de combatir la religión en la enseñanza, para que ésta sea inofensiva: si el niño no oye en la escuela el nombre de Dios; si no adquiere instrucción religiosa; si no se le infunde amor á la virtud, mirará con descuido sus intereses eternos; no podrá contrarrestar las pasiones y concluirá por ser víctima del error y del vicio. Téngase en cuenta, además, la inclinación que el hombre siente á lo malo y la dificultad que le cuesta hacer lo bueno, y se comprenderá que sin la religión no podrá obtener lo segundo ni evitar lo primero.

“¿Qué quiere decir escuela laica?”, pregunta Monsabré. “Quiere decir”, contesta, “escuela en que se excluye como á *imbécil é inútil* á todo el que tiene carácter sagrado y participa más de cerca de la luz divina; quiere decir, escuela en que se aparta de la enseñanza pública á cuantos se han

consagrado á Dios por votos religiosos y han obtenido la gracia de consagrarse con un celo más vivo á la difícil é ingrata labor de la instrucción de la infancia; quiere decir escuela de la que se excluye á la Iglesia que ha salvado las letras, fundado las universidades, creado la enseñanza popular, deshecho y vencido primero ella, la ignorancia de las clases bajas de la sociedad; quiere decir escuela en la que se priva á los niños de la bendición de Jesucristo, y se ahoga en sus labios inocentes toda alabanza á Dios; quiere decir escuela en que la ciencia pura se separa, aun en sus elementos más simples, del dogmatismo religioso; quiere, en fin, decir escuela sin Dios y de la que debe ser excluído su influjo, de modo que la enseñanza sea atea.» (1)

Algunos partidarios de la escuela laica, aducen el fútil argumento de que cada hombre es libre para servir á Dios como á bien tenga, y para tributarle el culto que le parezca. Semejante principio, que deja á merced del capricho y aun de las pasiones humanas las sagradas relaciones del hombre con su Autor, conduce al indiferentismo religioso, á la impiedad y al ateísmo. Nadie puede negar razonablemente que los deberes religiosos ocupan el primer lugar entre los varios que tiene la criatura racional; por lo que si la educación se propone ante todo el perfeccionamiento moral del hombre, no puede desconocer y menos rechazar dichos deberes, sino antes bien inculcar su cumplimiento, en la manera y forma prescrita

(1) *Les principes chrétiennes et la famille.*

por Dios y enseñada por la Iglesia, única depositaria de la doctrina revelada.

Otros muchos, inclusive algunos católicos, juzgan, como antes se indicó, que la educación moral y religiosa debe recibirla el niño únicamente en el hogar doméstico ó en los templos; y que en las escuelas y colegios se ha de procurar tan sólo su instrucción científica y formación intelectual. Tal doctrina es inadmisibile y pernicioso; por que desconoce el influjo grandísimo que el maestro ejerce en el corazón del niño; restringe el campo de acción de aquél y su benéfico ministerio, y le priva del medio más eficaz de obtener de sus alumnos la moderación, el amor al trabajo, el espíritu de disciplina, el respeto y obediencia indispensables para la buena marcha de los establecimientos de enseñanza.

¡Cuán responsables son ante Dios y ante la sociedad aquellos padres que confían sus hijos inocentes á maestros ímpíos ó por lo menos indiferentes en religión! Muy poderoso es el ascendiente del maestro sobre el discípulo, sobre todo en la primera edad, en que el hombre, á modo de blanda cera, se amolda de cualquier modo. Si el niño no oye al maestro hablar de religión; si no ve que la practica; ó si, lo que es peor, escucha de sus labios burlas y sarcasmos contra ella, mirará con odio y desprecio á la Iglesia católica, columna de la verdad y tabla de salvación para el hombre, después del naufragio de la culpa.

Por eso, vuelvo á repetirlo, son muy perjudiciales las escuelas laicas ó neutras, en que se deja crecer al niño en una total ignorancia de las cosas santas; pero téngase presente que el impugnar

dichas escuelas no equivale á decir que la educación ha de ser únicamente dada por sacerdotes ó religiosos. De ninguna manera.

Puede ser buena y excelente la que den maestros seculares, siempre que enseñen la religión á sus alumnos, con la palabra y el ejemplo. Escuela laica, en el estilo moderno, es lo mismo que escuela sin Dios, y ésta es la que impugna León XIII. De igual modo, es preciso recordar que sólo á la Iglesia corresponde la misión oficial y pública de enseñar la religión y el derecho de señalar los textos en esta materia; hallándose los padres de familia y los maestros cristianos en la estricta obligación de someterse á los mandatos de aquélla en la enseñanza *privada* que hagan de la religión á sus hijos y discípulos.

No olviden los padres de familia y cuantos se interesan por el bien público que, si la juventud pierde el temor de Dios, perderá también muy fácilmente el respeto y obediencia debidos á la autoridad paterna y civil.

La educación laica es para cualquier país un mal mayor de lo que se piensa, mal que, si no se remedia, le ocasionará gravísimos daños en el orden público y privado.

¿Qué cosa es educar? Perfeccionar física, intelectual y moralmente al hombre, se ha dicho varias veces. Pero para lograr, sobre todo lo último, es indispensable la religión, que une al hombre con Dios, le comunica fuerzas para vencer los apetitos desordenados y para practicar acciones virtuosas.

Y como no hay sino una Iglesia verdadera, la católica, que fué instituída por Jesucristo para continuar su obra divina en el mundo, á las en-

señanzas y dirección de ella deben someterse cuantos desean formar debidamente á la juventud. Es innegable que la virtud sólida brota únicamente al amparo de la Iglesia romana, madre fecunda de santos y fuente inagotable de bienes para la humanidad.

Por esto los enemigos de la Iglesia se empeñan muchísimo en excluirla, no sólo del hogar, sino también de la escuela; pues saben que, si el niño no adquiere el temor de Dios y el amor á la virtud en los primeros años, difícilmente los adquirirá después, y que continuará, como de ordinario acontece, por la misma senda durante toda su vida.

«¿De qué se trata», pregunta Guizot, cuyo testimonio no puede calificarse de parcial; «de qué se trata en la mayor parte de los centros docentes, en las escuelas de instrucción primaria y en los establecimientos de segunda enseñanza, para el mayor número de los niños que á ellos acuden, y durante los años que en ellos pasan? Se trata esencialmente de educación y de disciplina moral. Buena en sí misma es la instrucción intelectual por las riquezas que agrega á las facultades naturales del hombre; pero es sobre todo excelente por su íntima relación con el desarrollo moral. Ahora bien, se puede dividir la enseñanza, no se divide jamás la educación; se pueden limitar á ciertas horas las lecciones que se dirigen á la inteligencia sola: no se cuidan de esa suerte, no se limitan de ese modo las influencias que se ejercen en el alma, especialmente las influencias religiosas. Para conseguir su efecto, para producir su efecto necesitan esas influencias dejarse sentir

habitualmente en todas partes. La instrucción puramente *civil* puede formar el talento, pero no alimenta ni regula en modo alguno el alma. Dios y los padres tan sólo tienen semejante poder. No hay verdadera educación moral sino por la familia y la religión; y allí donde no hay familia, es decir, en las escuelas públicas, es mucho más necesaria la influencia de la religión. Es una honra y una felicidad de nuestro país (Francia) que en nuestros establecimientos de instrucción pública sea, en general, poderosa esta influencia. No vemos por eso que ella haya perjudicado á la actividad, ni al libre desarrollo del espíritu humano, y es al mismo tiempo evidente que ha servido en gran manera al orden público y á la moralidad individual. (1)»

Por estas palabras, se comprenderá cuán errado es el principio de *la educación por medio de la instrucción*, adoptado por el tristemente célebre ministro Falk, autor de las inicuas leyes de Mayo, en Alemania.

3. Importancia social de la educación. — De la educación depende en gran parte la prosperidad ó ruina de los individuos y de los pueblos: nación en que se la descuida, decae necesariamente, como lo comprueba la historia, cuya lectura nos enseña que los pueblos formados según los principios de moralidad y justicia, han progresado en todo sentido, mientras que han decaído y terminado por arruinarse los que se han entregado á los vicios y placeres.

(1) *Memorias para servir á la historia de mi tiempo. Cita del P. Van Trich.*

La causa de la decadencia moral de muchos pueblos, es la educación mala ó por lo menos incompleta de la juventud, á la que se acostumbra desde la primera edad, á prescindir del fin supremo ó á mirarlo como cosa de poca importancia, y á desear preferentemente los bienes y comodidades de esta transitoria vida. Sin el correctivo de la moral, sin hábitos de trabajo, de honradez y de virtud, sin respeto al honor y á la dignidad, es imposible la prosperidad pública. Si se intenta regenerar la sociedad, es preciso grabar en el corazón de la juventud aquellas máximas salvadoras que armonizan el deber con la libertad, la ciencia con la virtud; es indispensable alejarla de los placeres enervadores del espíritu, y hacerla gustar la dulzura de la piedad así como las fruiciones del saber. Por desgracia, se olvidan, de ordinario, en nuestros días estos principios que forman la base de la educación, y de ahí el malestar profundo que se nota en la sociedad contemporánea; de ahí el menosprecio de las leyes naturales y divinas, y la languidez y apatía para las empresas heroicas. "Debilidad y bajeza, ha dicho Montalembert, son los distintivos de la época presente, á diferencia de la Edad media, en la que, á pesar de sus defectos, la virtud y el valor llegaron hasta el heroísmo, y nunca se vió más profundamente impreso en el alma el sentimiento de la dignidad humana, ni reinar con menos contrariedades la primera y única fuerza, la del espíritu". (1)

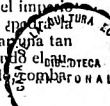
La buena educación hace grandes á los pue-

(1) *Los Monjes de occidente.*



bla y conserva su esplendor, los levanta de su decadencia, mantiene el equilibrio de la libertad, forma las sanas costumbres y engendra las acciones magnánimas, que honran á la humanidad y son el lujo de la civilización.

"Es indudable", enseña el sapientísimo Pontífice León XIII, "que la educación cristiana de la juventud importa grandemente al bienestar de la misma sociedad civil; pues es innegable que amenazan peligros graves y sin cuento á un Estado en que la enseñanza y el sistema de estudios prescinden de la religión, ó, lo que es peor, son contrarios á ella. Porque, desde que se desprecia ó rechaza este soberano y divino magisterio, que enseña á temer á Dios y á aceptar todos sus oráculos con firmísima fe, la ciencia humana se precipita por una pendiente rapidísima en los más perniciosos errores, en especial en los del naturalismo y racionalismo. Y, como consecuencia, dejándose á cada hombre el juicio y apreciación de las ideas, y por lo mismo de los actos, la autoridad pública de los gobiernos queda disminuída y debilitada: porque sería cosa de maravillarse que los que están imbuídos en la pésima opinión de que no están sujetos en ninguna manera al gobierno y dirección de Dios, reconozcan alguna autoridad humana y se sometán á ella. Mas, conmovidos los fundamentos en que descansa la autoridad, la sociedad civil se disuelve y desvanece; no subsistirá el Estado y sólo quedará el imperio de la fuerza y del crimen. Ahora bien, ¿podrá la sociedad con sus solas fuerzas, conjurar una tan funesta catástrofe? ¿Lo podrá, rehusando el auxilio de la Iglesia? ¿Lo podrá, sobre todo, ¿combar



tiendo á la Iglesia? La respuesta es clara y  para todo espíritu desprevenido. La misma prudencia política aconseja, pues, dejar á los obispos y al clero la parte que les corresponde en la educación é instrucción de la juventud, á fin de que vigilen cuidadosamente por que la muy noble función de la enseñanza no sea confiada á hombres lánguidos en religión, faltos de ella, ó abiertamente apartados de la Iglesia.» (1)

¡Cuán feliz sería un Estado si la educación fuese bien dirigida! Á la ciencia y la virtud, que constituyen el más rico patrimonio de la humanidad, se añadirían la posesión y el goce de los bienes materiales, en una justa medida. El gobierno, las familias y los individuos cumplirían con vivo empeño sus deberes, con lo que progresarían admirablemente los pueblos en todo sentido.

No hay duda de que para que esto se realice, habría que eliminar las pasiones y destruir el imperio del mal en el mundo, lo que no es hacedero en la presente condición del hombre; pero si este *ideal* no puede obtenerse por completo, nos es dado á lo menos acercarnos á él, mediante una esmerada y cristiana educación, la que estimula eficazmente al hombre á la observancia de la ley divina y á la consecución de su inmortal destino.

4 La higiene en la educación. — Descartes definió al hombre: «una inteligencia servida por órganos.» Diverso y mucho más exacto es el concepto que tiene de él la filosofía escolástica: el hombre, según ella, «es un alma unida al cuerpo,» ó mejor dicho, un «cuerpo animado»: esto es,

(1) ENCICL.—*Officio sanctissimo.*

«un cuerpo *penetrado é impregnado* de un alma, de tal manera que los dos elementos, espiritual y material, se funden en un solo principio de acción, que es la naturaleza humana» (1), elementos íntimamente enlazados y que ejercen entre sí mutuo influjo.

La educación, que se propone perfeccionar al hombre, en cuanto lo permiten las condiciones de su vida presente, ha de atender también al desarrollo y buena conservación de su parte corporal, aun como medio de favorecer la mejor cultura de sus facultades intelectuales y morales. Por esto, no parecerá extemporáneo hacer breves reflexiones sobre la necesidad de la higiene en la educación del niño.

Los que se dedican á labores mecánicas ó á otras ocupaciones que ponen los órganos en constante movimiento, gozan de ordinario de completa salud; pero los que se consagran al trabajo intelectual, que obliga á la inmovilidad del cuerpo, á permanecer en lugares, á veces mal acondicionados, á llevar vida sedentaria y á experimentar cierta tensión de espíritu, necesitan observar, para no inutilizarse ó sucumbir prematuramente, un esmerado régimen higiénico, apoyado en las prescripciones dadas por los sabios, á fin de fortalecer el organismo y preservarlo de los daños que le ocasiona el asiduo trabajo mental.

Y si, en todo tiempo, la higiene es indispensable á la salud, lo es mucho más en la primera edad, en que el cuerpo crece y se vigoriza, ó languidece y muere, según sea bien ó mal atendido

(1) J. BURNICHÓN.

como pasa con los demás seres del reino vegetal y animal. Por lo mismo, las leyes de la higiene deben ser conocidas y aplicadas por cuantos se ocupan en la ardua tarea de educar al niño, á fin de que se realice en él este conocido axioma: *alma sana en cuerpo sano*.

Además, conforme á la doctrina católica, el hombre es mero depositario de la vida; por lo que no es lícito poner directamente fin a ella, sin autoridad de Dios ó una inspiración cierta suya. Tampoco le es permitido dañar la salud, á no ser que para esto y aun para exponer ó perder la vida misma, haya un motivo de bien común ú otro deber sagrado y excelente que cumplir. Existe, pues, obligación de conciencia de cuidar de la salud y de la vida, empleando los medios ordinarios de que cada cual puede disponer.

«La educación católica debe comprender al hombre todo, cuerpo y alma», dice un distinguido prelado chileno. «Como instrumento del alma, el cuerpo ha de ser sano, robusto y ágil para ejecutar las órdenes del espíritu. Estas disposiciones se adquieren por medio del desarrollo de las fuerzas corporales, que es lo que constituye el objeto de la *educación física*.» (1)

«La debilidad corporal va acompañada ordinariamente de una voluntad también débil y de una atención breve y lánguida», afirma Fayot; «y si se observa que en todos los órdenes de la actividad, el éxito depende más de una energía infatigable que de cualquiera otra causa, sin inconve-

(1) ILMO. SR. CASANOVA.—*Circular* á los directores de los colegios católicos, sobre las reglas de la higiene.

niente se podrá aceptar como primera condición de todo éxito en la conquista de sí mismo, la de ser, según una célebre frase, un *buen animal*. Casi siempre coexiste el entusiasmo moral con esos radiantes momentos en que el cuerpo, como instrumento bien templado, desempeña su parte sin desafinar ni distraer con notas discordantes la conciencia íntima. En los momentos de pleno vigor, la voluntad es omnipotente en nosotros, y la atención puede sostenerse con energía. Por el contrario, cuando estamos delicados y débiles, sentimos la pesadumbre de las cadenas que atan nuestro espíritu al cuerpo; y los descalabros de la voluntad tienen muchas veces por causa los desfallecimientos del orden fisiológico.» (1)

A cuatro cosas debe atenderse de preferencia en lo relativo á la higiene, á saber: á la alimentación, al aseo y limpieza, al aire que se respira y al ejercicio corporal.

Ante todo, conviene advertir que son ineficaces las reglas de la higiene si se somete al niño á un trabajo intelectual desmedido, el que indudablemente produce daños terribles en su organismo delicado. «No debe exigirse del niño más de lo que sus fuerzas físicas permiten y en proporción á su desarrollo. De otro modo corren peligro la salud y la vida del joven... En los niños, víctimas del cansancio intelectual, no tardan en aparecer los síntomas de una perturbación profunda de su organismo; y si, desgraciadamente, el santo temor de Dios no anida en sus corazones, las consecuencias más fatales de semejante estado físico no se

(1) *Educación de la voluntad*,

hacen esperar mucho tiempo, en lo tocante á su moralidad... Si estos jóvenes no sucumben bajo el peso de tales trastornos, ven cuando menos agotadas sus fuerzas y empezar para ellos la vez al pisar apenas los umbrales de la juventud.» (1) «Es necesario evitar con cuidado en los niños», dice el doctor Becquerel, «toda fatiga intelectual, toda continuada tensión de espíritu, toda emoción demasiado viva. Estas diversas causas pueden determinar accidentes inmediatos, ó bien, si se repiten y persisten, dan al sistema nervioso una sensibilidad excesiva, que podrá dominar la vida entera ó acarrear neurosis de diversa naturaleza.» (2) Por esto son nocivos á la salud del niño el estudio recargado y las clases prolongadas. El trabajo metódico y moderado, y la suspensión conveniente de las labores mentales, para entregarse al ejercicio corporal, son, á más de higiénicos, muy provechosos á dichas labores.

Hablaré ya de la alimentación. Como se gastan incesantemente la fuerzas vitales del organismo, es necesario repararlas y sostenerlas cada día por medio de la nutrición. Para que ésta sea adecuada, hay que atender á la calidad y á la cantidad de los alimentos. En cuanto á lo primero, se ha de procurar que las sustancias alimenticias sean sencillas, sanas, de fácil digestión y convenientemente azoadas. El uso constante de alimentos condimentados, grasosos y pesados, estraga el estómago y disminuye el apetito. En cuanto á la cantidad, la regla ha de ser comer lo

(1) Circular antes citada, sobre higiene.

(2) Cita de la misma circular.

necesario para sostener las fuerzas: cualquier exceso, sobre todo en el uso de la carne, es nocivo; porque impone al estómago y á los intestinos un trabajo abrumador. De igual modo, no se ha de repetir la comida antes de haber hecho la digestión por completo, so pena de contraer graves dolencias y de emplear en digerir casi todas las fuerzas adquiridas. El uso del vino y de otras bebidas alcohólicas, exige, para no perjudicar, gran parsimonia; y, durante la adolescencia, es mucho mejor el empleo del agua pura.

El aseo y limpieza es otro de los medios principales de conservar la salud. Conviene, por lo mismo, acostumbrar al niño á tener aseado su cuerpo, mediante el baño; limpios los vestidos, los muebles y demás objetos de que se sirve, así como el dormitorio y demás aposentos que ocupa. "El aseo habitual, al mismo tiempo que fortalece el cuerpo y favorece su desarrollo facilitando las funciones eliminadoras de la piel, aumenta la resistencia vital del niño á la acción de los agentes exteriores, que tanto influyen sobre su organismo delicado y tierno. Evita multitud de males físicos, que no tienen otra causa que el desaseo; produce cierto bienestar, que facilita la educación y al mismo tiempo hace desaparecer muy á menudo la causa ocasional de ciertas enfermedades del alma, de *cierta peste insanable*, como la llama Marc, que imprime no pocas veces huellas indelebles en el corazón." (1)

El hábito del aseo influye poderosamente en la parte moral del niño. Hay en el aseo, dice

(1) ILLMO. SR. CASANOVA. Circular mencionada.

Descuret, algo de honesto y de distinguido que anuncia el respeto de sí mismo y que es símbolo de la pureza del alma. (1) "El aseo, si es una virtud en razón de nuestra dignidad, es también un deber respecto de nuestros semejantes, y nada puede dispensarnos de esta obligación. Es una feliz cualidad, con la que no deben confundirse la vanidad ni el amaneramiento." (2)

No basta el aseo, si el aire que se respira es malo. Necesario es cuidar de que sea puro; porque, si está viciado, daña el organismo y vuelve al hombre inquieto y malhumorado. La ventilación del dormitorio, cuarto de estudio, comedor, etc., es sobre manera higiénica, para que se renueve el aire, penetren la luz y los rayos solares y desaparezcan los miasmas mefíticos. Sobre todo, aprovecha mucho á la salud permanecer algunos momentos, durante el día, en jardines y bosques, que tienen aire más oxigenado, trabajar al aire libre, estudiar paseándose y leer en alta voz.

Pero nada contribuye tanto á favorecer la circulación de la sangre y las funciones respiratorias y digestivas como el ejercicio corporal. Y téngase presente que, cuando una circulación activa impulsa al cerebro, tiene éste mayor aptitud para trabajos difíciles y prolongados.

El ejercicio muscular es también indispensable, sobre todo en la primera edad, para el desarrollo físico, para fortalecer los órganos, facilitar la digestión, eliminar y quemar las reservas grasas ingeridas en el organismo por el alimento

(1) Citado por el ILLMO. SR. CASANOVA.

(2) Circular citada.

La gimnasia ocupa un lugar preferente en la educación física del niño. Los que no la practican, tienen poco vigor corporal, desarrollan con lentitud, no soportan ni una mediana fatiga, gustan de la inacción y aun adolecen de poca energía de voluntad. "El ejercicio provoca un vivo y enérgico trabajo de asimilación, el transporte acelerado de una sangre rica y, como corolario, la rápida salida de las sustancias que deben eliminarse," dice Fayot. "Incontestables son los buenos efectos del paseo sobre la salud y sobre los movimientos peristálticos del estómago. Pero el ejercicio muscular tiene relaciones menos importantes, aunque más íntimas con la voluntad. En efecto, por actos musculares inaugura tímidamente la voluntad sus ensayos en el niño, y el largo aprendizaje necesario á cada cual para llegar á ser dueño de sus movimientos, templará la voluntad y disciplinará la atención. ¿Quién no comprende que, aun en la mayor edad, en los momentos de profunda pereza, intentar un movimiento, levantarse, salir, etc., es un acto difícil de voluntad? Todo esfuerzo exige voluntad, y ésta como las demás facultades, se desarrolla por la repetición de actos. Además, el trabajo muscular, en cuanto produce fatiga, se convierte en dolor, y saber resistir al dolor, es acto de la voluntad, y de los más sublimes." (1)

En lo tocante á los ejercicios musculares, se ha de procurar que sean variados, pero no violentos ni demasiado fatigosos. "El ideal del ejercicio físico en los niños, es aquel que pueda mantener

(1) *Educación de la voluntad.*

la actividad de todos los órganos del cuerpo y contribuir á su desarrollo uniforme y armónico, que, cautivando á la vez al niño, lo entretenga sin producirle cansancio ni fatiga nocivos á su salud.» (1) Por último, el sueño es un poderoso reparador de las fuerzas, con tal que no haya exceso y se cuide de que sea tranquilo y en condiciones debidas. Siete ú ocho horas son suficientes, aun en los niños, para el descanso del cuerpo y la reparación de las fuerzas.

Pero conviene tener muy en cuenta que, si bien la educación física vigoriza y robustece el cuerpo, todo será inútil, si carece el joven de sanas costumbres. Como lo nota un diarista católico, de nada sirve el mayor grado posible de gimnasia, si algunas horas después se gastan las fuerzas en disipaciones y orgías degradantes. Está plenamente comprobado que, cuando un pueblo conserva la pureza de sus costumbres, las razas son robustas; y cuando el desenfreno las mina, caen debilitadas por su propia corrupción.—La educación física, poco ó nada aprovecha sin la educación moral.

CAPÍTULO QUINTO

El trabajo

1. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento.—2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo, en el orden material y moral.—3. Móvil y fin del trabajo.—4. Orden y método que re-

(1) ILLMO. SR. CASANOVA. Circular citada.

quiere.—5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material, y de unos estudios sobre otros.—6. Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas.—7. Preferencia de este siglo por las ciencias naturales y experimentales.—8. Reacción que se nota últimamente en favor de aquéllas.—9. Conveniencia de que la juventud adquiriera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.

I. El trabajo, ley del hombre y condición de su perfeccionamiento.—Así como las fuerzas físicas se reducen á la unidad del movimiento, las fuerzas en el mundo moral se compendian en la fórmula del trabajo. El trabajo es el movimiento de las facultades, la ascensión constante á las regiones superiores del conocimiento, la exploración de lo desconocido y la inmensa acción del hombre sobre la naturaleza, á la que domina y señorea. El trabajo combina los agentes ocultos, descubre las misteriosas energías de la materia, y utiliza los elementos y las fuerzas, para la grandiosa obra del progreso. El mundo material sin el trabajo sería el polvo, en el que no alentarían sino los salvajes del desierto y los estériles penales de la soledad; y el mundo moral sin el trabajo valdría tanto como el naufragio del alma en el fango y en la inercia moral del espíritu.

"Por el trabajo," dice Smiles, "se forma el carácter práctico; se produce y disciplina la obediencia, se adquiere el imperio sobre sí mismo, la aplicación y la perseverancia, dando al hombre destreza y habilidad en su profesión, aptitud é inteligencia para proceder bien en los asuntos de la vida." (1)

(1) *El carácter.*

Siendo la educación obra difícil y de vital importancia, exige esfuerzo constante y decidido. El trabajo es inseparable de la educación, ó mejor dicho, ésta se obtiene con el auxilio de aquél. Cuando Dios sometió á la humanidad á la ley del trabajo, le impuso una pena en castigo de su rebelión, le obligó á procurarse con "el sudor de la frente" el alimento del cuerpo y del espíritu; mas, al mismo tiempo, le proporcionó un medio eficaz de adelanto y de progreso. Y, aun cuando el hombre hubiese conservado su felicidad primitiva, habría tenido que trabajar, pero sin fatiga ni sufrimiento, como correspondía á su dichoso estado. Léese, en efecto, en las primeras páginas del Génesis, *que Dios puso al hombre en el paraíso, de delicias, para que lo cultivase y guardase* (1); es decir, para que trabajase en él y aprovecharse de sus frutos, como en heredad propia.

El hombre tiene, pues, que trabajar, no sólo para conseguir el pan que sustenta el cuerpo, sino también para adquirir la verdad que sustenta el espíritu. La ciencia sólo se obtiene con esfuerzo tenaz y perseverante. Dios concede, al que quiere estudiar, inteligencia más ó menos vigorosa y perspicaz, así como los encantos de la soledad, los consejos de la experiencia, la verdad difundida en los buenos libros y apta para fecundar su espíritu; pero exige de él que se recoja, que lea, que reflexione, que analice, en una palabra, que trabaje, dice un escritor moderno. Con estas condiciones la memoria se apodera de la verdad, el espíritu la penetra, el alma la posee y puede co-

(1) Cap. II, 15.

municarla á otras almas; y viendo que éstas producen, á su vez, al influjo de la enseñanza, los frutos sazonados de la ciencia, tiene el derecho de alegrarse delante de Dios, *como se alegra el labrador el día de la cosecha*. (Is. IX-3). Tanto el talento, que es don de Dios, como el trabajo, que es obra del hombre, son necesarios para formar y enriquecer el espíritu (1).

Título glorioso para el hombre, es hallarse asociado por el trabajo al poder mismo del Creador... quien, al hacer del trabajo una ley de existencia para aquél, antes y después de la caída, ha querido que encuentre en él su perfección, y por consiguiente su gloria, dice el ya citado autor. Porque, cada sér se perfecciona mediante el cumplimiento de su ley. Así el hombre experimenta la necesidad de trabajar; conoce que si rehusa hacerlo, quedaría privado no sólo de los recursos exteriores que le son necesarios para la vida, sino de uno de los elementos de la misma vida, del ejercicio de la actividad, que le es esencial y que le ha sido dado para conseguir su fin. Por esto afirman los Libros santos, que *el hombre nace para trabajar como el ave para volar* (Job. V-7). Esta poética comparación nos hace comprender que el trabajo entra en la naturaleza humana, como medio de satisfacer sus necesidades, de ennoblecerla y elevarla. El vuelo es privilegio del ave, constituye su modo de vivir, á la vez propio y glorioso; es el estado ideal en que el poeta y el pintor se complacen en representarla. Así es el trabajo para el hombre... El labrador encorvado sobre el

(1) Cf. MONFAT, *Principes de Education*.

surco que ha abierto en el suelo, el estudiante inclinado sobre su libro, el filósofo entregado á serias meditaciones, el sabio absorto en contemplar los arcanos del universo, todo esto es propio y natural en el hombre, todo manifiesta que su naturaleza es grande, bella y digna de admiración.

Así lo ha dispuesto la Providencia; y el cantor inspirado ha puesto al hombre en su sitio de honor, en el vasto y sublime cuadro que traza de la creación. Él nos muestra desde luego á todas las criaturas agitándose, cada cual en su esfera, para ejercitar sus facultades y conseguir su fin. Las aguas se precipitan á los valles para abreviar á las bestias del campo y á las aves del cielo, y para fecundizar la tierra; las aves de presa hacen oír sus gritos desde las altas rocas; los gorriones construyen sus nidos en el follaje de los cedros; los ciervos se lanzan á las cimas de los montes; las bestias salvajes rugen por la noche en busca de alimento. *Así que el sol apunta... sale el hombre á su trabajo, y permanece en él hasta la noche.* (Ps. CIII, 22-23). Éste es su castigo, pero también su gloria. Con el trabajo modifica la naturaleza á su antojo y en provecho suyo; él era antes su rey, y viene ahora á ser su señor; pues la domina, la renueva, la transforma como quiere y hasta donde quiere por medio del trabajo. Lo que hace con la naturaleza sensible, lo realiza, con igual éxito, en el mundo superior de la inteligencia y de la voluntad, de la verdad y de la virtud. Porque Aquel, cuyo vasallo es, y que ha puesto en su frente un rayo de su poder creador, y en su mano el instrumento del trabajo, á modo de cetro, le ha delegado su imperio sobre todo,

sobre las cosas del alma y sobre las de la materia; y en estas altas regiones obtiene el hombre, por el trabajo, el colmo de su perfección y su gloria suprema. (1)

2. Males que causa la ociosidad y bienes que proporciona el trabajo. — Por esto, nada hay tan contrario á la ley divina, que procura la felicidad y perfeccionamiento del hombre, como la ociosidad. Dios contempla sin cesar su divina esencia y pone en ejercicio sus inefables atributos, para crear y conservar á los seres. Con admirable providencia rige el mundo, y cuida con esmero desde la yerbecilla que esmalta los prados, hasta la palmera que levanta su corona al cielo; desde el insecto imperceptible que se arrastra por el polvo, hasta el hombre, capaz de conocer y de amar á su Hacedor. Como Dios, á cuya imagen y semejanza fué formado, debe el hombre amar el trabajo, sin el que no puede desenvolver ni ejercitar sus facultades. El movimiento es la vida, y la experiencia comprueba que, así como el cuerpo crece y se fortifica con el trabajo, y pierde su vigor y se marchita en la inacción, también el alma se alienta y aviva cuando se entrega á las nobles faenas del espíritu, y languidece y vegeta cuando dormita en el ocio y la pereza.

La pasión por el trabajo y el entusiasmo que supera las dificultades, son indispensables en la educación; pues la molicie, como dice Fenelón, "es cierta languidez del alma que la entorpece y quita toda disposición para el bien; languidez traidora que la apasiona secretamente por el mal

(1) Cf. MONFAT.—Obra citada.

y oculta bajo la ceniza un fuego capaz de devorarlo todo.»

Grandes son los bienes que se originan del trabajo, que es, ante todo, altamente moralizador y medio eficaz de contrarrestar las tendencias depravadas del corazón. En efecto, cuando el hombre se dedica á cualquiera labor honrada, sus facultades se desarrollan y aquietan con la consecución del fin propuesto; mientras que, cuando se entrega á la inacción, pasa inútilmente los días y es víctima de las perversas inclinaciones del alma, que luego le arrastran al vicio y á la muerte. ¡Cuán cierto es que la ociosidad es la podredumbre de la vida, el ceno de que se levantan todas las pestilencias sociales!

En el estado actual del hombre, ninguna de sus dotes se acrecienta y perfecciona sin rudo trabajo, ni nada grande se obtiene sin fatiga. ¿A qué debemos tantos y tan prodigiosos inventos, de que con justicia se gloria la humanidad? ¿A qué el haber penetrado los misteriosos arcanos del universo? A la paciente labor de los que han hecho del trabajo una ley de su existencia. Y en el orden sobrenatural, ¡cuánto esfuerzo necesita el hombre para vencer sus pasiones, practicar las virtudes, recorrer la senda escabrosa del deber é imitar á Dios, tipo é ideal de la perfección!

Si el trabajo procura mucho honor al hombre; si es su *estado ideal*, se sigue que el reposo es solamente un estado accidental, que un alma generosa encuentra humillante; pues constituye una de las exigencias de la debilidad humana, que ha sido agravada por el pecado. Así lo juz-

gan con la *Imitación* todos los hombres en quienes domina el verdadero sentido espiritual. *Comer, dormir, descansar... es verdaderamente grande miseria y aflicción para el hombre devoto... El hombre interior soporta como carga las necesidades corporales en este mundo.* (Lib. I, C. 22). Verrán por esto los que, imbuídos en las falsas opiniones del mundo, pretenden que el ideal de la dicha y las complacencias del orgullo están en la ociosidad de los festines y en vivir inactivo en moradas suntuosas... El reposo es una necesidad humillante, y no se le debe tomar sino en cuanto la naturaleza lo exige imperiosamente.

Es cierto que nuestra naturaleza decaída gusta del reposo, de *no hacer nada*; pero es preciso violentarse, contrariar los apetitos inferiores y poner en ejercicio las facultades, aun para evitar el fastidio, que, como lo nota La Bruyère, entró en el mundo con la pereza, que induce al hombre á buscar los placeres del juego y de la sociedad. Quien ama el trabajo tiene bastante consigo mismo. (1)

«El hombre no se habitúa á un trabajo regular y constante sino domando con voluntad firme sus instintos sensuales y esa propensión en cierto modo animal que le inclina á evitar todo esfuerzo penoso. La Providencia ha hecho del trabajo, como de todos los deberes, un esfuerzo difícil á fin de despertar en el hombre la estima de la perfección moral, que es el fin supremo de su actividad; pero al mismo tiempo ha querido que la

(1) Cf. MONFAT.—Obra citada.

práctica sostenida del trabajo y de la virtud, sea la fuente de los goces más vivos y permanentes que es dado gustar en esta vida." (1)

Fuente de la ciencia y de la riqueza, el trabajo es también auxiliar de la virtud; pues ésta es inseparable de aquél. La virtud misma es el trabajo por excelencia, al mismo tiempo que su recompensa. Ante todo, la virtud es la victoria del hombre sobre sí mismo, la victoria más difícil y hermosa, la que exige el trabajo más noble, perseverante y generoso. (2)

Innumerables son las ventajas que del trabajo reportan los individuos y los pueblos, y estricta la obligación que Dios impone al hombre de dedicarse á él, á tal punto que S. Pablo afirma *que el que no trabaja no tiene derecho de comer*. (3)

El hombre debe trabajar para provecho de sí, de la familia y de la sociedad. Sin el trabajo, ni el cuerpo ni el alma adquieren vigor y actividad, y las mejores facultades físicas é intelectuales se embotan y anulan. El ocioso es, además, inútil á la sociedad: todos trabajan para él, y él para nadie. Es como rama desprovista de savia, que pronto languidece y muere. El trabajo honra al hombre y la ociosidad le avergüenza.

El trabajo proporciona comodidad á la familia, y la desidia le acarrea miseria. La mayor parte de los hombres no tienen otra riqueza que su trabajo; y, si á éste se junta una prudente economía,

(1) MR. LE PLAY.—*Reforme social*, liv. III.

(2) Cf. *Elements de phil.* par F. J.

(3) *Si quis non vult operari, nec manducet*. (2.^a THES. III, 10).

basta para libertar á la familia de la estrechez. (1)

El trabajo es la vida de los pueblos, y la inacción produce su decadencia. La nación que trabaja mucho, progresa rápidamente, como lo comprueban las naciones cristianas del antiguo y nuevo mundo. Por el contrario, los países paganos, en que el trabajo no es un deber de conciencia, se contentan con lo indispensable para la vida y carecen de estímulo é iniciativa. Esto pasa, por ejemplo, en los lugares dominados por el mahometismo. «El musulmán es perezoso; así que por donde pasa siembra la desolación y hace el vacío. ¿Qué ha hecho de esas hermosas y fértiles comarcas del Asia Menor y del norte de África? Las ha convertido en desiertos incultos. ¿En qué estado se hallan bajo su dominación fatalista, esas ciudades famosas de Nicca, Nicomedia, Trebísonda, Éfeso y Esmirna, Antioquía y Palmira? Dichas ciudades, antes florecientes, algunas de las que tenían más de un millón de habitantes, la indolencia del turco musulmán las ha reducido á ruinas y escombros que el tiempo ha cubierto de musgo y zarza.» (2)

3. Móvil y fin del trabajo.—Para que el trabajo ennoblezca al hombre y sea meritorio, ha de tener un móvil en armonía con su dignidad de sér racional. El hombre no es máquina de producción; no es tampoco como el bruto que cumple inconscientemente su destino y se mueve sin darse cuenta del movimiento: es un sér inteligente

(1) UF. CHARPENTIER.—*Le livre de la famille.*

(2) Id. Id.

y libre que tiene un fin sobrenatural, á cuya consecución debe dirigir y ordenar todos los actos de la vida. La actividad humana se ha de proponer siempre un fin moral: debemos trabajar para así cumplir el precepto de Dios que nos lo impone; y por esto el trabajo, á la luz de la filosofía cristiana, dignifica y ennoblece al hombre, y es fecundo en buenos resultados para el individuo y la sociedad. El rechazo de esta ley primordial ha causado la degradación y miseria de las clases trabajadoras, y el orgullo é intemperancia de los capitalistas y poderosos. Cuando el rico olvida que el jornalero es un hermano suyo, dotado de alma inmortal; cuando lo considera como mero *agente* de producción, tiende á explotarlo y á utilizarlo en ventaja propia. A su vez, el obrero que mira el trabajo sólo como pesada carga y no como ley benéfica prescrita por el mismo Dios, tiende á sacudirse de él, y aspira á una igualdad quimérica en la distribución de la riqueza. Porque, así como hay diferencia en las dotes físicas é intelectuales de los hombres, la hay también en su fortuna; lo que Dios ha ordenado providamente, para que los unos auxilien á los otros y se reputen todos como hijos de un mismo padre, llamados á un común destino, dentro de las leyes providenciales de la fraternidad y la solidaridad humanas.

El trabajo no es sólo medio de adquirir ciencia ó fortuna, ni simplemente un esfuerzo interesado. Nó: ante todo es una virtud, una de las formas del sacrificio; hace uso de los medios que nos llevan al fin moral, y por eso busca, en definitiva, la honestidad. Cuando, torciendo el rumbo, el hombre se instruye ó emplea las fuerzas naturales, ora

en satisfacer la soberbia del alma y en oprimir á los demás; ora en soñar con la vanidad de la gloria y en gozar de la riqueza, entonces el trabajo se convierte en enemigo de la sociedad, es un *bastardo* que corrompe la máquina del universo moral, un elemento de discordia y rebelión en la armonía de las cosas. El trabajo procede del bien, se dirige á los fines de la moralidad y es en sí mismo una gran virtud.

4. Orden y método que requiere el trabajo. —Para que el trabajo, sobre todo intelectual, sea fructuoso, debe ejecutarse con orden y discreción. Es innegable que el método y sistema acrecientan prodigiosamente la actividad humana y centuplican las fuerzas del espíritu; y que, por el contrario, el estudio hecho sin cálculo ni concierto es inútil y hasta cierto punto perjudicial. En el cultivo de cualquier ramo del saber, se debe siempre empezar por nociones elementales, y avanzar después gradualmente hasta conocerlo á fondo. Conviene, además, no pasar de una materia á otra, sin haber adquirido antes en la primera conocimientos suficientes. *Non multa, sed multum*, es un axioma de utilidad incontestable. El emprender varias cosas á la vez y dedicarse simultáneamente al aprendizaje de muchas ciencias, distrae las facultades, debilita la fuerza del espíritu y perjudica al buen éxito de cualquier trabajo, en especial al provechoso cultivo de los conocimientos humanos.

De igual modo, es preciso no cambiar á menudo de ocupación, sino hacer cada cosa á su tiempo, por completo, sin prisa ni agitación. *Alge quod agis* es una máxima muy provechosa. Librarse de la

necesidad de volver sobre el mismo trabajo haciendo nuestras labores definitivas, entraña una economía extraordinaria de tiempo, observa Fayot. (1) San Francisco de Sales atribuye á artificio diabólico los continuos cambios de trabajo. "Es necesario", dice, "no seguir varios ejercicios á la vez y al mismo tiempo; pues con frecuencia el enemigo trata de hacernos emprender varias obras y comenzarlas, á fin de que, abrumados por excesivas ocupaciones, nada acabemos y lo dejemos todo imperfecto." (2)

Uno de los distintivos de la enseñanza moderna, es, como antes se dijo, su variedad y excesiva extensión, lo que da por resultado que el joven puede adquirir apenas nociones ligeras é incompletas de varias materias, que no le permiten discurrir con solidez en ninguna de ellas. Se dice, y con razón, que la *semi-ciencia* es la peor de las ignorancias; y ésta es desgraciadamente la situación de muchos espíritus que, por falta de método y de conveniente dirección en la labor intelectual, apenas llegan al vestíbulo del edificio científico, sin poder penetrar en su interior ni menos enriquecerse con los tesoros que allí se guardan.

Las facultades intelectuales diferencian al hombre de los seres insensibles y desprovistos de razón, y le colocan muy por encima de todos ellos; por lo que debe esmerarse el joven en cultivarlas. Mientras mayor número de verdades enriquezcan su inteligencia y más abundante caudal

(1) Cf. *Educación de la voluntad*.

(2) *Tratado del amor de Dios*.

de bien posea su corazón, se educará mejor y cumplirá con acierto su hermoso destino.

5. Superioridad del trabajo intelectual sobre el material y de unos estudios sobre otros.— Así como el espíritu es muy superior al cuerpo, la labor intelectual lo es á la material: ésta desarrolla la parte física del hombre, aquélla su parte espiritual; la una le da aptitud para el cultivo de la tierra y los trabajos mecánicos, la otra le hace conocer las leyes que rigen el mundo físico y moral, y la manera de utilizar las fuerzas del primero. Por esto, hay mucha diferencia entre el hombre que lucha por la adquisición de la ciencia, y el obrero que se dedica al trabajo corporal.

Los que se consagran al cultivo de las ciencias y de las artes liberales, constituyen, en cierto modo, la aristocracia de la humanidad y tienen en sus manos la dirección de los pueblos y la solución de sus más difíciles problemas. El saber eleva al hombre sobre los demás y le hace apto para guiar con acierto á las clases inferiores que, por la naturaleza de sus ocupaciones, no viven en comercio con las ciencias. Los sabios son á modo de cabeza en el cuerpo social, y los obreros como brazos y pies que deben ser movidos por aquéllos.

"La instrucción, ha dicho Mgr. Baunard, crea una verdadera nobleza que coloca al hombre entre lo más selecto de la humanidad. La jerarquía de los hombres se compone de dos grupos que se sobreponen el uno al otro como la cabeza á los miembros ó, mejor dicho, como el alma al cuerpo. Hay obreros de la materia como los hay de la inteligencia: los unos trabajan con sus manos, cul-

tivan la tierra, forjan los metales, tejen la lana ó el lino; los otros trabajan con la cabeza, dirigen los asuntos públicos y los trabajos de los demás, resuelven y aplican los problemas de la ciencia, estudian, en fin, las leyes que gobiernan el universo.

«El estudio ennoblece al joven por el desarrollo que adquieren sus facultades y la ascensión gradual de ellas á regiones elevadas... Un tierno niño, después de algún tiempo, viene á ser hombre, y con el estudio algo más que hombre, *humaniores artes, humaniores litterae*, como las llamaba la antigüedad; y aun pudiera decirse de este espíritu transfigurado por el estudio que confina con la región de los espíritus angélicos.

«El estudio es, además, en la presente vida una fuente de dicha y felicidad, que compensa abundantemente las fatigas y privaciones que impone. En efecto, él produce de sí mismo ese sentimiento de inefable satisfacción que San Agustín llamaba *gaudium de veritate*, el gozo de la verdad, gozo que es uno de los más altos y delicados de que pueden disfrutar los hombres. ¿No habéis experimentado algo indefinible, vosotros sobre todo espíritus poseídos del ideal moral y religioso, cuando la lectura de una hermosa página, la emoción de una palabra elocuente, el brillo de un pensamiento sublime, la explosión de un sentimiento noble han conmovido de improviso las fibras de vuestra alma y penetrado hasta la fuente misteriosa de que brotan las lágrimas? ¡Ah! es verdad que no entienden esto esos espíritus mezquinos que se llaman *positivistas*, los que carecen de ese calor de alma, del que ha dicho San Agus-

tín: *Da amantem, da sitientem, et sentit quod dico*: Dadme un alma que ame, que tenga sed de la verdad, y comprenderá lo que digo.

«La juventud cristiana es capaz de sentir esta fruición indecible de la verdad, así como es capaz de gustar las dulzuras de la belleza y del bien. Estas alegrías puras la preservarán de esos malos goces del alma de que habla el poeta: *Mala gaudia mentis*. El placer intelectual que produce el estudio, no es, sin embargo, sino el gusto anticipado que se le reserva para el día en que lecciones más altas pondrán al joven en presencia de más altas verdades, y le descubrirán nuevos aspectos de la belleza infinita de Dios manifestada en sus obras» (1)

La índole de este libro me obliga á tratar sólo del trabajo intelectual, ya que me dirijo á la juventud que, por sus dotes y posición social, ha de empuñar el cetro de la sabiduría. Ahora bien, en los mismos trabajos intelectuales, deben preferirse unos sobre otros, según su importancia y la relación que guarden con el destino sobrenatural del hombre. Si éste procede razonablemente y guiado por la luz de la fe, tiene que anteponer los estudios morales y religiosos á todos los demás, tanto por su mérito intrínseco, como porque sin ellos no podría conocer el verdadero bien ni practicarlo.

¿Qué regla se ha de seguir en los estudios? San Bernardo señala el primer lugar al que conduce más directamente á la salvación: *Id prius quod maturius ad salutem*; es decir, la instrucción reli-

(1) *Le collége chrétien*.

giosa. ¿No es justo, en efecto, que sea Dios el primer objeto de estudio en la escuela cristiana? ¿No es razonable que el primero de todos los seres sea conocido y amado antes que los demás? Los que proscriben la enseñanza religiosa; los que dictan leyes para que el hombre aprenda todo, excepto precisamente aquello que le es esencial en esta y en la otra vida; los que se empeñan en formar hombres sin fe, que llegarán á ser hombres sin ley, se constituyen en obreros de las tinieblas y de la muerte, á quienes les exigirá severa cuenta la historia y sobre todo Dios Nuestro Señor. Por lo mismo, un joven de corazón cristiano se instruirá en el catecismo y en la doctrina cristiana, con tanto mayor reverencia y aplicación, cuanto más sacrilegamente han sido ellos expulsados de la escuela, y les preparará en su corazón é inteligencia el trono del que le arrojó la mano de los conjurados... Se instruirá con esmero en la ciencia religiosa, no por *torpe curiosidad*, como dice San Bernardo, ni por *necea vanidad*, ni por *inno-ble avaricia*, sino por *edificarse*; esto es, por conocer mejor á Dios, para amarlo más. Desgraciada la ciencia estéril, ha dicho Bossuet, que no nos induce á amar; y un santo exclamaba: si conociese á Dios como los ángeles, yo le amaría y serviría como ellos. (1)

6. Descuido en el conocimiento de las ciencias morales y religiosas.—Por desgracia, se cuida poco en nuestros días de que la juventud adquiriera un conocimiento sólido en la moral y en los dogmas cristianos, lo cual fomenta el pre-

(1) Cf. MGR. BAUNARD.—Obra citada.

dominio de la vida material sobre la del espíritu, y la inclinación que tiene el hombre de anteponer los goces sensibles á las dulces fruiciones de la virtud. Mayor empeño hay actualmente en que la juventud conozca las leyes que rigen el movimiento y las fuerzas físicas, que las que gobiernan el alma y el mundo sobrenatural; y de allí la indiferencia y casi desprecio con que se miran los intereses de la vida futura. El positivismo nos ha encerrado en estrecha prisión, y no buscamos sino lo que está al alcance de la torpeza de los sentidos. La misma filosofía ha experimentado tan nocivo influjo; pues los adoradores de la razón y los esclavos de la materia, al rechazar las verdades del orden suprasensible y la inmortalidad del alma, han renegado de la ley divina y convertido la más noble de las ciencias humanas, en instrumento de desorganización y aun de perversidad moral.

«Se vulgarizan hoy día todas las ciencias», dice Mgr. Vigne; «y si hay alguna que sea útil *vulgarizar*, es ciertamente la ciencia de la religión, la única esencial y necesaria á todos, y acaso ¡ay! la menos conocida de la multitud».

Entre todos los ramos del saber, ninguno tan importante como el que trata de los vínculos que existen entre Dios y el hombre, y de las comunicaciones ó mejor dicho revelaciones con que el Sér Supremo ha honrado á la criatura racional. La ciencia que trata de tan altas cosas, es la ciencia de Dios, la religión, cuyo admirable y misterioso organismo abraza cuanto de grande y sublime podemos concebir. Si nos embelesa el estudio de las leyes del mundo físico; si un áto-

mo de polvo nos induce á serias reflexiones; si nos ençanta el movimiento ordenado de los astros: ¡cuánto más deben atraernos y maravillar. nos las leyes del mundo moral y sobrenatural, que recuerdan al hombre su altísimo destino, regulan su actividad libre y señalan los derroteros de la sabia Providencia en el universo y en la historia!

7. Preferencia de este siglo por las ciencias naturales y experimentales.—Al estudiar la fisonomía de nuestro siglo y sus tendencias, se nota que tiene marcada predilección por las ciencias físicas y experimentales, aun con detrimento de las morales y religiosas. Hasta los muchos y admirables inventos de que él con razón se ufana, han contribuído á avivar en no pocos el apego á los goces materiales y á la vida muelle, tan opuesta al perfeccionamiento moral del hombre y á la adquisición de las ciencias del orden superior. La ignorancia, ó por lo menos el conocimiento incompleto de la verdad religiosa, es causa de que se la ataque, repitiendo errores y sofismas victoriosamente refutados de antemano. Sobre todo, el amor exagerado á la libertad que, para no degenerar en licencia, debe someterse á la ley divina y humana, ha dado origen á muchos errores y sectas, que son el resultado lógico del racionalismo, quien, al proclamar la autonomía absoluta de la razón, desconoce el orden sobrenatural y los derechos de Dios sobre la humanidad.

8. Reacción que se nota últimamente en favor de las ciencias morales.—Mas, del fondo mismo de este siglo, de entre el elemento pensador y serio, surge ya, á modo de ambiente uni-

versal y místico, la aspiración hacia lo mejor, la pasión por aquellas realidades invisibles, que han guiado á la humanidad en su peregrinación al través de las edades. El cataclismo social que se anuncia, la anarquía que ya da frutos de exterminio, las turbas que en oleada inmensa se derraman sobre las ciudades, el cieno que del fondo se levanta para dominar en la superficie, todos esos signos que presagian una catástrofe sorda y tenebrosa, y un próximo diluvio moral, causado por el desconocimiento de los derechos de Dios en la sociedad doméstica y civil, han hecho comprender á los espíritus superiores que Dios es necesario; que toda ley es ineficaz y carece de fuerza obligatoria, si se desconoce el primero de los poderes, el de Dios, y que es preciso volver á las fuentes de la fe viva, en que bebieron las generaciones pasadas la templanza, la paz, la prosperidad y el amor. Muchos hombres, que influyen en los asuntos públicos, están ya persuadidos de que la instrucción religiosa es ahora más necesaria que nunca, y de que ella es á modo de barca de salvamento en el naufragio de los hombres y de las cosas presentes.

9. Conveniencia de que la juventud adquiera sólidos conocimientos en materias morales y religiosas.—Conviene mucho que la juventud se dedique de preferencia á estudiar su fin glorioso y su supremo destino; que tenga nociones exactas de los dogmas católicos y de las verdades morales, tanto para conformar á ellas su conducta, como para defender sus creencias de los ataques de la ignorancia y de la mala fe. Bacon de Verulam ha dicho *que mucha ciencia pesa acerca*

COLECCIÓN DE LOS
BACÓN
BIBLIOTECA
NACIONAL

á Dios, y que poca ciencia nos aleja de Dios. La religión, en efecto, nada teme de una mente ilustrada: sus adversarios salen de entre los que apenas tienen un barniz de sabiduría. La hinchazón y la vanidad de la semi-ciencia ciegan al hombre é interrumpen el vuelo de su alma hacia la serena región de la verdad.

CAPÍTULO SEXTO

La Moral y el Progreso

1. Qué es la moral: ella tiene su origen en Dios, quien confió su depósito á la Iglesia.—2. En qué consisten la civilización y el progreso: ellos son inseparables de la religión cristiana.—3. Moral independiente ó racionalista.—4. La moral cristiana es el principal móvil del trabajo y, por tanto, de la educación.

1. Qué es la moral: ella tiene su origen en Dios, quien confió su depósito á la Iglesia.—La moral es la ciencia que trata del bien en general, y de las acciones humanas en orden á su bondad ó malicia. Considerada como parte de la teología, se define: «La ciencia que, apoyada en el derecho divino manifestado por la revelación, inquiere lo que es lícito é ilícito en las acciones humanas, para dirigir las en orden á la vida eterna. La moralidad consiste en la conformidad del acto con el fin moral, en su aptitud para conseguirlo». Un acto es moral, cuando está de acuerdo con la regla, con la ley moral, cuyo fin es dirigir las acciones á un término, ó fin. Y,

como el Bien por esencia, el Bien sumo, es el fin supremo del hombre, Él es, por consiguiente, la regla primera, la regla soberana de nuestra actividad, como es también el orden soberano, la rectitud soberana.

La moral, en sus principios fundamentales y aplicaciones primeras, se funda en la ley natural, que es la ley eterna de Dios promulgada al hombre por medio de la recta razón, con la que discierne lo que es bueno y lo que es malo. La moral tiene, pues, su origen en Dios, que es el principio y la fuente de toda rectitud y justicia; por lo que las acciones humanas, para ser buenas, deben directa ó indirectamente tender al fin último, al que no les es lícito oponerse en ningún caso. (1)

De estas nociones se deduce que, la observancia de la ley moral, es indispensable para adquirir hábitos de honradez y sanas costumbres; y si de éstas depende la prosperidad ó ruina de los pueblos, es indudable que la moral desempeña papel importantísimo en la educación del hombre. La bondad de la voluntad, enseña Santo Tomás, depende de la *intención* del fin; y como el fin último de aquélla es el sumo bien, que es Dios, es necesario, para que la voluntad humana sea buena, que se ordene al sumo bien. (2)

La conciencia no puede ser, como algunos pretenden, la regla y fuente de la moral; porque, como dice el abate Desorges, "la conciencia tiene

(1) Cf. DESORGES.—*Les erreurs modernes*. BUCCHERONI, *Theol. moralis*.

(2) *Sum. Theol.* 1.^a, 2.^{da}ae., quaest. XIX, art. 9.

una parte considerable en la doctrina y en la vida moral; pero no conviene extender su dominio más allá de la verdad. Ella es en el hombre la *promulgación* de la ley, pero no es la ley. Ésta es *objetiva*, para hablar el lenguaje de la filosofía... y la conciencia es el conocimiento de la ley... La bondad del acto proviene de su fin. La conciencia, la razón nos revelan é indican, en efecto, la bondad del acto; pero no son la causa de esta bondad: la revelan, porque existe. La conciencia no es, por lo mismo, el primer principio ó fuente de la moral, sino la manifestación de ésta en el alma humana». (1) Ella es, en una palabra, el juicio práctico que nos indica lo que *hinc et nunc* debemos hacer ó evitar: por tanto, ella no crea ó establece la ley, sino antes bien la presupone, y, supuesta su existencia, nos inculca su cumplimiento.

Como son pocos los *primeros principios* del derecho natural, y puede haber y ha habido equivocación y diversidad de pareceres en las consecuencias remotas y aplicaciones prácticas de los mismos, Dios se ha dignado enseñar al hombre, por conducto de la Iglesia católica, un cúmulo de verdades importantes y utilísimas para el gobierno de la vida y la consecución del fin sobrenatural. «Una vez que ha tenido lugar la revelación», observa el autor antes citado, «y que la Iglesia ha recibido de Jesucristo el depósito y guarda de las verdades doctrinales y morales, teológicas y prácticas, necesarias ó útiles á la salud de la humanidad, se deduce lógicamente que la moral no

(1) *Les erreurs modernes.*

puede ser independiente de la Iglesia y de su autoridad, y que la moral forma, por lo mismo, parte del dominio que Dios le ha dado». (1) En verdad, sólo la Iglesia recibió de su divino Fundador la potestad *de enseñar á todos los pueblos y de apacentar á las ovejas y á los corderos*; misión altísima que no podría cumplir, si no fuera la única depositaria, la intérprete infalible y custodio de la moral, cuyas prescripciones son de aplicación diaria para los individuos y las naciones en el amplio campo de su actividad.

2. En qué consisten el progreso y la civilización: ellos son inseparables de la religión cristiana.—Los hombres y los pueblos aspiran á desenvolverse y á perfeccionarse, ó, lo que es lo mismo, á progresar. Aspiración justa que dignifica al hombre y manifiesta que es el rey de la creación; tendencia noble que se funda en la palabra misma de Dios: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. El progreso significa marcha hacia adelante; es una necesidad insaciable que no puede ser plenamente satisfecha en la tierra; es «la ascensión del alma hacia lo grande y lo bello»; es, según lo define León XIII, el perfeccionamiento del hombre individual, doméstico y social.

Este anhelo por lo más excelente, esta tendencia á avanzar y á mejorar, comprueban que el hombre desea progresar y civilizarse más y más. «El progreso», dice el P. Félix, «es el movimiento

(1) DESORGES.—Obra citada.

hacia lo mejor, el tránsito de lo menos perfecto, á lo más perfecto, de lo pequeño á lo grande». (1).

«Aplicado á la criatura dotada de inteligencia y libertad, el progreso es una marcha libre hacia su fin y un esfuerzo inteligente en pos del ideal», añade otro escritor moderno. «Es un movimiento de abajo hacia arriba que hace subir al hombre por grados hacia el fin que ama, al cual aspira y que se empeña en conseguir.» (2)

Se puede distinguir el progreso material, el progreso intelectual, el progreso moral, y cada uno de estos progresos en el individuo y en la sociedad; mas, entre estos diversos órdenes, hay una jerarquía necesaria, impuesta por la naturaleza misma de las cosas, jerarquía que debe ser respetada, so pena de producir un desarrollo parcial, monstruoso y nocivo. La Iglesia no pierde jamás de vista esta ley suprema de la armonía en el progreso; y por esto, al favorecer cuanto puede perfeccionar al hombre, exige, ante todo, que no se sacrifique el alma al cuerpo, la virtud á la riqueza, la fe á la ciencia, el cielo á la tierra.

«La Iglesia no rechaza el progreso intelectual ni el progreso material; lo que ella quiere solamente, lo que tiene derecho de exigir en nombre de Dios, de quien es intérprete, es que estos adelantos y desarrollos estén contenidos dentro de límites razonables y que no constituyan deformidades; ella desea igualmente que el progreso moral siga una marcha proporcional en vez de

(1) *El progreso por el cristianismo.*

(2) Cf. *Verités fondamentales de la religion.*

decrecer, como acontece de ordinario, á medida que se aumenta la riqueza». (1)

«El verdadero punto de madurez para las naciones,» dice el P. Félix, «es aquel en que, habiendo el progreso material alcanzado el grado suficiente para el funcionamiento de todas las facultades humanas y de todas las fuerzas sociales, el orden moral va en aumento y excede al progreso material con toda la supremacía del espíritu sobre la materia. El encuentro providencial de estos dos progresos, constituye en la historia las grandes épocas del mundo y marca en las evoluciones seculares de la humanidad el apogeo de las civilizaciones ilustres.

«Preciso es reconocer, desde luego, que la marcha ascendente de la industria y la dominación creciente del hombre sobre la naturaleza física, es un progreso; es el progreso material, es la materia perfeccionada por el hombre y recibiendo del poder de su genio un esplendor que la transfigura. Pero uno es el progreso *material* y otro es el progreso *humano*. Indudablemente, estos dos progresos no están en necesaria oposición, y aun admito que el perfeccionamiento de la materia, llegado á cierto grado, comprueba en este orden de cosas un engrandecimiento de la energía del hombre y una extensión de la soberanía que Dios le ha concedido sobre la naturaleza física; pero, si el perfeccionamiento de la materia y el perfeccionamiento del hombre pueden subsistir juntos, no están los dos necesariamente unidos. La naturaleza de las cosas y la

(1) JOSÉ FUSTES. *Le progrès par le christianisme*.

historia demuestran que el hombre puede, al perfeccionar la materia, degradarse á sí mismo; el dominio sobre ella puede producir su esclavitud, por lo que no es imposible ver reunidos estos dos fenómenos: *el hombre reinando sobre la materia, y la materia subyugando al hombre*. (1)

Muy diverso es el criterio cristiano y el criterio racionalista, tan en boga en nuestros días, en la apreciación del progreso. El racionalismo, dice el mismo P. Félix, cree en el progreso humano por la acción exclusiva del hombre; el cristianismo cree en el progreso humano por la acción de Dios en la humanidad. El uno exige todo el progreso intelectual del hombre á la potencia de la razón humana, todo el progreso moral del hombre á la energía de la voluntad humana, todo el progreso social del hombre al poder de la inventiva humana; en una palabra, todos los progresos parten del hombre para terminar en la glorificación del hombre. El otro, sin anular la razón, ni la voluntad, ni la fraternidad humana, ni el desarrollo material, exige el progreso de la inteligencia humana por la luz de la fe divina, el progreso moral del hombre por la energía de la gracia divina, el progreso social del hombre por la fecundidad de la caridad divina, el progreso material dirigido y contenido por la moral cristiana; en una palabra, todos los progresos del hombre dirigidos por la luz y la gracia divina, para conducir á la suprema glorificación de Dios. (2)

(1) *El progreso por el cristianismo. Cuarta conferencia.*

(2) *Of. Id. Segunda conferencia.*

«El ideal cristiano, en cuanto al progreso, no es el de los idealistas que sueñan con un progreso indefinido, muy elevado en sus aspiraciones, pero también muy vago; es un ideal, una perfección que se realizan; es Dios mismo, nó el infinito en un cielo inaccesible é incomprensible, sino Dios hecho hombre para servirnos de modelo y rescatarnos. He aquí el ideal cristiano, que no podrá ser realizado completamente en esta vida, porque toca con lo divino, pero al que podemos aproximarnos siempre más y más, una vez que es adecuado á nuestra naturaleza». (1)

Una vez que el progreso abraza todo el hombre, consta de varios elementos que deben proceder de acuerdo y ocupar el puesto que les corresponda. «En el pensamiento de la Iglesia», dice Mgr. Cauly, «la civilización completa y eficaz, abarca tres elementos: el progreso *intelectual*, por la adquisición de la verdad, las ciencias y las artes; el progreso *moral*, por la adquisición de las virtudes, las buenas costumbres y la subordinación de los súbditos á la autoridad, y el progreso *material*, por un razonable bienestar y la mejora de las condiciones físicas de la humanidad, en la medida compatible con la condición de nuestra naturaleza». (2)

De estos elementos, el más importante es el moral y religioso, luego el intelectual y por último el material; de modo que el progreso, para merecer el nombre de tal, ha de tener en cuenta esta gradación que se funda en la naturaleza hu-

(1) JOSÉ FUSTES. *Le progrès par le christianisme*.

(2) *Curso de instrucción religiosa*.

mana. "Efectivamente", añade el mismo autor, "el hombre se compone de alma y cuerpo; y así como éste se halla subordinado á aquélla, que es la más noble parte del hombre, así en la civilización el elemento material debe subordinarse al elemento intelectual y moral, que es el alma de la sociedad humana. Si esta subordinación existe, producirá la verdadera felicidad de los individuos y de los pueblos, para el tiempo y la eternidad. Si, al contrario, el elemento material predomina, tendrá por resultado el lujo, el sensualismo, el espíritu de desorden y de revolución; y la preponderancia de esta civilización material sobre la moral é intelectual, irá carcomiendo los verdaderos intereses y la verdadera dicha de los individuos y de las naciones". (1)

La moral es, por tanto, el *alma* del progreso; y como la Iglesia católica es la única que enseña la verdadera moral, cuyo depósito confió á ella sola N. S. Jesucristo, es claro que de la aceptación ó rechazo de su doctrina en la sociedad doméstica y civil, depende la suerte feliz ó desgraciada de entrambas. Que la Iglesia ha cumplido á maravilla la noble misión de guiar á la humanidad por la senda del progreso, lo confiesa aun el impío Voltaire. "La Europa, dice, debe á la Iglesia su civilización".

"¿Qué es el progreso?" pregunta el obispo de San Pablo, Mgr. Ireland. "Su asiento no está en la materia ni en los cambios de forma á que la materia puede estar sometida. La materia no es

(1) MGR. CAULY. *Curso de instrucción religiosa*.

el fin del progreso; ella no tiene conciencia de sus condiciones... El progreso está en el hombre; él se manifiesta cuando el hombre se engrandece en las facultades y en los poderes de su ser, en su imperio sobre la creación inanimada y desprovista de razón.

«El fin de las obras de Dios en la naturaleza ha sido el hombre, *que es su rey*. Por esto, estimar al hombre inferior á la materia, es trastornar el orden divino del universo... Que se desenvuelvan, tanto como sea posible, las fuerzas de la naturaleza y que se las enganche á los carros de la ciencia y de la industria; que se hagan investigaciones para descubrir los secretos de la tierra, del mar y de los cielos, pero que en todo esto el objeto sea elevar al hombre á una existencia más inteligente, mejor y más feliz. Si el hombre no se engrandece, ningún bien se ha hecho; y, si el hombre degenera, no se ha hecho sino el mal.

«Perezcan el tráfico y el comercio, si el hombre ha de ser por ellos empequeñecido en el sentido del derecho, y si las fibras de su corazón han de ser por ellos endurecidas. Perezca la mecánica más ingeniosa, si sus ruedas inconscientes suprimen, en sus movimientos desapiadados, la pureza ó la felicidad de las almas. El trabajo es una maldición, si por él llega el hombre á ser esclavo de la materia; las riquezas de las naciones son una blasfemia arrojada á la faz del Creador, si conducen á sus poseedores al egoísmo y á la estrechez de espíritu, y si su acumulación condena á la multitud á la miseria y al pecado. El hombre es el ser único á quien es necesario salvar, á

quien es preciso elevar. El progreso del hombre es el único progreso verdadero.

"Dios nos ha dado el universo material á fin de que podamos estudiarlo y hacerlo servir á nuestros usos. El progreso material es menos conforme á las necesidades de la ley suprema que el progreso moral y espiritual. El hombre entero debe crecer, y crecer en todas direcciones. Nada tan irritante como esas vistas estrechas que limitan al hombre en un sentido ó en otro... Muy bueno es pregonar la importancia de la vida moral del individuo y de la sociedad, ya que la rectitud y la buena conducta son condiciones vitales para la salud misma del cuerpo y del alma... Pero la vida moral del hombre brota en su corazón bajo el rocío vivificante de la gracia divina.

"Dios reina y el hombre es su servidor; todo progreso tiene su principio y su fin en Él, que es el *alfa* y la *omega* de todas las cosas. La religión tiene lugar preferente en cuanto mira al progreso del hombre. No hay progreso que merezca el nombre de tal donde no existen disposiciones para el perfeccionamiento espiritual del hombre. Los que trabajan en el campo del progreso, no pueden prescindir del poderoso auxilio que les trae la religión, en la esfera moral y social. Si el amor de Dios no inspira las acciones; si la justicia divina no las recompensa, los corazones humanos se encuentran falseados, las almas de los hombres se convierten en hielo y el entusiasmo no es en ellos sino un sentimiento sin consistencia. El enemigo fatal del espíritu de sacrificio y del imperio sobre sí mismo, de estas virtudes que

son la fuente de todo progreso moral y social, es el frío positivismo que la incredulidad trata de sustituir á la religión del Dios vivo. El positivismo es la desesperación y el pesimismo práctico... La religión es la fuente eterna de la esperanza, y la esperanza es el sostén del hombre en medio de sus luchas; la que le excita á ejecutar actos de virtud y de valor. El positivismo no puede ser la ciencia de un pueblo que progresa». (1)

«No desdeñemos en buena hora la materia, ya que nuestro cuerpo ha sido formado de ella», afirma el P. Didón; «pero sepamos dominarla, puesto que tenemos alma. No nos alejemos de Dios que nos ha creado, sino antes bien sometámonos á Él, que es nuestro destino supremo. Si la materia nos atrae, Dios nos dirige tiernos é inefables llamamientos. Mas, cuando el alma se lanza hacia el Infinito, se opera una gran transformación en nuestra vida humana. ¿Qué es entonces la tierra para nosotros? El navío sobre el cual bogamos un momento. ¿Y la humanidad? La tripulación fraternal. ¿Y la inmensidad? El camino. ¿Y el cielo? Dios mismo». (2)

El catolicismo, por su naturaleza, es un poderoso elemento de progreso; porque de la plenitud de la verdad cristiana, fielmente guardada y perfectamente comprendida, brota, de un modo natural y sin cesar, un espíritu vivificante de progreso en todos los dominios de la cultura humana, dice el P. Bachelet.

(1) *El progreso humano. Discurso pronunciado en la exposición colombiana de 1893.*

(2) *L'homme selon la science et la foi.*

El catolicismo y el progreso están íntimamente ligados entre sí, y no pueden separarse ni menos luchar sin gravísimo daño de la cultura moral y aun intelectual de los pueblos. Cuando proceden de acuerdo, todo adelanta y se mantiene en orden: la moral informa al progreso, y éste procura el bienestar temporal del hombre, sin descuidar sus intereses eternos. "Pregonar el abandono ó rechazo de la moral cristiana, es", como lo nota el abate Desorges, "sostener una doctrina, no sólo falsa en sí misma, sino funesta; es dar un golpe de muerte á la civilización verdadera, una vez que la moral del cristianismo ha dado á las sociedades europeas su notoria superioridad sobre las demás. La civilización no consiste únicamente en los caminos de hierro, en el vapor, en la literatura y las artes; sino sobre todo en la justicia, en el respeto y sujeción al derecho, en el amor á nuestros semejantes, en la abnegación, en el culto puro del verdadero Dios, en la enseñanza y práctica de la virtud; en el alivio de todas las miserias humanas.

"Hé aquí lo que ha puesto á la civilización europea muy por encima de la pagana. Mas ¿qué otra cosa es esta civilización sino la moral del cristianismo aplicada á la sociedad? ¿Qué otra cosa es sino su realización más ó menos completa, más ó menos perfecta? Por consiguiente, proscribir la moral cristiana, equivaldría á privar á las sociedades europeas de su merecida superioridad; sería asestar á la verdadera civilización una herida de muerte. Las cosas conservan su vida mediante el principio que les ha dado el sér: si él perece, se extinguen y mueren. Si se apagase el sol que nos

ilumina, las tinieblas cubrirían la tierra: el cristianismo es el sol de la civilización». (1) El Evangelio, según confesión del mismo Rousseau, es, en lo tocante á la moral, siempre verdadero, siempre seguro, siempre único.

Comparando el insigne Balme las civilizaciones antiguas y modernas, que presentan á menudo un aspecto sombrío, con la civilización europea, afirma que la última está muy por encima de las anteriores, por ser cristiana. «Sólo ella, dice, abarca á la vez todo lo grande y lo bello que se encuentra en las demás; sólo ella atraviesa las más profundas revoluciones, sin perecer; sólo ella se extiende á todas las razas, se acomoda á todos los climas, se aviene con las más variadas formas políticas; sólo ella se enlaza amigablemente con todo linaje de instituciones, mientras pueda circular por su corazón, cual fecundante savia, produciendo gratos y saludables frutos para bien de la humanidad.

«Y ¿de dónde, sino del cristianismo, ha recibido la civilización europea su inmensa superioridad sobre todas las otras? ¿De dónde ha salido tan gallarda, tan rica, tan variada y fecunda, con ese sello de dignidad, de nobleza y elevación, sin castas, sin esclavos, sin eunucos, sin esas miserias que, cual asquerosa lepra, encontramos en los demás pueblos antiguos y modernos?...

«Debe la civilización europea todo cuanto es y todo cuanto tiene á la posesión en que está de las principales verdades sobre el *individuo*, sobre la *familia* y sobre la *sociedad*. Se han comprendi-

(1) *Les erreurs modernes*.

do en Europa, mejor que en ninguna otra parte, la verdadera naturaleza, las verdaderas relaciones, el verdadero fin de estos objetos; se tienen sobre ellos ideas, sentimientos, miras de que se careció en las otras civilizaciones; y estas ideas y sentimientos están grabados fuertemente en la fisonomía de los pueblos europeos, inculcados en sus leyes, en sus costumbres, en sus instituciones, en su lenguaje; se respiran con el aire, porque tienen impregnada nuestra atmósfera como un aroma vivificante. Y es porque de largos siglos abriga en su seno la Europa un principio robusto que los conserva, propaga y aplica; es porque en las épocas más trabajosas, en que disuelta la sociedad tuvo que formarse de nuevo, fué cabalmente cuando este principio regenerador disfrutó de más influjo y prepotencia. Pasaron los tiempos, sobrevinieron grandes mudanzas, el catolicismo sufrió alternativas en su poder é influencia sobre Europa; pero la civilización que era su obra, era demasiado sólida para ser fácilmente destruída; el impulso era sobrado fuerte y certero, para que se perdiera fácilmente el rumbo». (1)

3. **Moral independiente ó racionalista.**—A la luz de estas verdades es fácil comprender cuán errada y nociva es la teoría de la *moral independiente, de la moral universal*, inventada por los que prescinden de Dios en la organización de la familia y del Estado. Según Mr. Taine, *el hombre es un producto como cualquier otra cosa...; el vicio y la virtud son también productos como el azúcar y el vitriolo. La conciencia es un mecanismo*

(1) *El protestantismo comparado con el catolicismo.*

que se desmonta y desarma como un resorte. La moral independiente, que no se apoya en principios inmutables; que convierte lo *negro en blanco* según las conveniencias, carece de base y estabilidad; ella ha disimulado, por lo menos, y aun dado origen á innumerables crímenes y trastornos que han hecho retrogradar á los pueblos en el camino del progreso, y los han envilecido é incapacitado para acciones nobles y generosas. No es, por tanto, admisible el sistema racionalista, que constituye á la razón humana, de suyo falible, en fuente y árbitro de la moral, ni tampoco es lícito aceptar una parte de la moral cristiana y rechazar lo demás, porque todas las reglas que ella prescribe son ciertas y están íntimamente ligadas entre sí. Llamar independiente á la moral, es una paradoja; porque, como lo nota el P. Roure, siendo la moral, según todos confiesan, una ciencia práctica que mira á la conducta, tiene que depender, más que ninguna otra, de principios teóricos. No se concibe una moral independiente, en sentido absoluto, como no se concibe una medicina independiente, una higiene independiente. Por esto, la moral que Comte, jefe del positivismo, y sus discípulos Littré, Delbet y otros dieron en apellidar independiente y puramente experimental, es, hablando sin ambages, la moral que rechaza todo elemento metafísico ó sobrenatural, y por lo mismo, toda idea de Dios. (1)

La moral indispensable para la buena educación y la dirección de las costumbres, no puede

(1). Cf. *Conception de la moral chez nos contemporains.*

ser la moral natural é independiente, inventada por los partidarios de la moral sin Dios, sin sanción, sin principios fijos; moral acomodaticia que cada cual entiende y aplica á su modo, *que tiene recursos para todo*, al decir del P. Van Tricht, moral irrisoria, "de la que proceden, en un orden de pasiones más frecuentes en el corazón humano, las intrigas galantes, las fortunas inexplicables, las debilidades *honrosas* y los vicios *favoritos*".

4. La moral cristiana es el principal estímulo del trabajo, y por lo tanto de la educación.— Hemos manifestado en el capítulo quinto que la educación exige constante trabajo en el que la da y en el que la recibe; y que es necesario acostumbrar al hombre, desde los primeros años, á llevar vida activa y laboriosa, á fin de que no sea estéril su permanencia en el mundo. Ahora bien, la moral cristiana es el principal estímulo que induce al hombre á cumplir la ley del trabajo, sin el cual es imposible el perfeccionamiento humano.

Como el trabajo es penoso y exige, si ha de ser benéfico, constancia y sacrificio, tiene el hombre que mirarlo como un *deber de conciencia*, para dedicarse á él con empeño. Por esto, el que practica la moral, ama el trabajo; pues aquélla le hace comprender que nada grande se obtiene sin esfuerzo; que Dios prescribe á todos la observancia de la ley divina y el cumplimiento de la misión especial que á cada uno señalara en el mundo, á fin de que se hagan dignos de obtener, después de la lucha y la fatiga, el premio perdurable. La religión fortalece al hombre en la continua lucha que tiene que sostener para perfeccionarse; en-

dulza las asperezas inherentes á toda labor física, intelectual y moral; ennoblece el trabajo y hace, en fin, de él un elemento de santificación.

Según esto, para formar al niño é infundirle hábitos de trabajo, no basta instruirle é iluminar su mente con los esplendores de la verdad: es preciso, sobre todo, enseñarle la moral cristiana, que es la *ciencia del deber*, la que señala al hombre la senda de la virtud, le manifiesta la necesidad del vencimiento y el mérito de la abnegación: todo lo que le impulsa al trabajo en sus múltiples formas.

"Yo quisiera saber qué tienen que hacer en esto la gramática, la historia, la geografía, las matemáticas y aun las mismas ciencias naturales", dice el P. Van Tricht. "Cuando sentís en vosotros mismos la febril sollicitación del mal ¿llamáis á la ciencia en vuestra ayuda?... ¿Es algún teorema de geometría, algún principio de análisis, algún sistema de filosofía natural el que os hace vencer? ¿No es locura solamente el imaginarlo?"

"Lo que el pueblo necesita, lo que necesita el niño para educarse, lo que á todos nos es necesario, es la moral viva de Jesucristo. Esta moral es segura, es luminosa, no vacila, no anda oscilando en la incertidumbre y la duda; porque no es el resultado indeciso de las investigaciones de una razón mezquina, sino la revelación de Dios hablando como Supremo Señor y boca á boca con su criatura. Esta moral es fortificante, porque, al imponerla á su criatura débil é inclinada al mal, Dios le concede juntamente los socorros de su gracia, de esa fuerza que no es nuestra, pero que obra en nosotros y nos hace invencibles; por-

que, al indicarnos el camino del deber, Dios va por él delante de nosotros, tendiéndonos su mano... como una madre que de lejos con los brazos abiertos, sonriente y presta á volar en su auxilio, llama á su hijo excitándolo á dar los primeros pasos».

«Esa moral es tierna y consoladora, porque parte del corazón tierno y misericordioso de un Dios que, conociendo nuestras debilidades y miserias, perdona á los arrepentidos; y jamás, ni después de siete veces, ni de setenta, ni de setenta veces siete, se cansa de añadir perdones á perdones. Y, sobre todo, esta moral es viva, siempre viviente en la sociedad humana. No es una ley muda tallada en el bronce ó en el mármol, y oculta bajo el silencioso altar de un templo. Nó, Dios la ha colocado en los labios eternos de la Iglesia que, de siglo en siglo, la proclama á la faz del mundo... Hé ahí la moral que educa al niño, que le forma noble y digno, que le hace verdaderamente hombre». (1)

Esta moral ha civilizado al mundo, ha extirpado los vicios del corazón humano y ha hecho brotar de él, como olorosas flores, las más heroicas virtudes; esa moral ha impulsado á hombres aguijoneados por pasiones como las nuestras, á dominarlas por completo, á ascender á la cumbre de la santidad, á trabajar, en fin, sin tregua en la vida presente, para lucir después en el cielo como estrellas, junto al trono de Dios.

Ninguna religión, como la católica, enseña una moral más pura y sublime, ni que suavice y de-

(1) *Los chicos de la calle.*

pure mejor las costumbres. La moral cristiana, como savia vivificante, circula desde hace casi veinte siglos por las arterias de la humanidad, inspirando en todas partes acciones generosas y contrarrestando los gérmenes de corrupción y de miseria que en ella dejara la primitiva caída.

Por esto, la bondad es inseparable de la moral católica, ó mejor dicho la religión de Jesucristo, que la profesa y difunde, es fuente inagotable de bondad, en la región de los principios y de los hechos. El paganismo, con su moral, trunca y deficiente, pudo apenas despertar algunos sentimientos nobles en el corazón é impulsarlo á algunas acciones naturalmente buenas, quedando éstas ahogadas en ese cúmulo de errores y de crímenes que envilecieron al mundo antiguo. Como lo notaba Cicerón, la moral pagana no había penetrado en el fondo del alma, para dirigirla y purificarla; por lo que aun aquellos filósofos que elogiaban la moderación y el vencimiento de las pasiones, ocultaban en su interior vicios abominables, y todos ellos carecieron de la humildad, que es la base de la virtud sólida.

CAPÍTULO SÉPTIMO

El Carácter

1. Necesidad del carácter.—2. En qué consiste éste.—3. El carácter es inseparable de la virtud y del valor.—4. Qué es el valor y cómo se divide.—5. Paralelo entre el valor militar y el cívico.—6. Manera de obtener el último.—7. Males que produce en nuestros días la falta de carácter

y causas que lo originan.—8. Sin infundir carácter es imposible regenerar á los pueblos ni educar debidamente á la juventud.

1. Necesidad del carácter.—Ni los esfuerzos de los padres y maestros, ni el amor al trabajo, ni la posesión de la ciencia bastan para educar debidamente al joven, si no se le infunde ánimo, firmeza, virilidad, esto es, carácter. Dote es ésta muy difícil de adquirirse, y que no va siempre hermanada con el saber, el valor y el genio mismo; porque hay hombres que tienen mucha instrucción, y carecen de probidad y energía. La cultura intelectual se encuentra á veces en caracteres muy viles. Un hombre puede ser consumado en artes, en literatura, en ciencias; y para la probidad y la virtud merecer que se le coloque después de los pobres é iliteratos campesinos.

«En el comercio de la vida, el sol de la inteligencia es menor que el del carácter. La cabeza tiene menos acción que el corazón, el genio no vale lo que el dominio sobre sí mismo, lo que la paciencia y la disciplina dirigidas por un recto criterio. No hay, pues, cosa mejor para la vida pública y privada, como una dosis abundante de buen sentido, guiado por la rectitud. El buen sentido formado por la experiencia é inspirado por la bondad, produce la sabiduría práctica. Es evidente que la bondad implica, hasta cierto punto, la sabiduría...; por lo que la sabiduría y la bondad son dos virtudes que no pueden separarse». (1)

2. En qué consiste el carácter.—Según afir-

(1) SMILES.—*El carácter.*

ma Lacordaire, el carácter es la energía sorda y constante de la voluntad, algo de inalterable en los designios, de inmovible en la fidelidad del hombre á sí mismo, á sus convicciones, á sus amistades y virtudes; es una fuerza íntima que brota de la persona é inspira á todos aquella certidumbre que llamamos seguridad. (1)

"El carácter es una cualidad, es un bien muy noble: él merece la aprobación general y el respeto de todos; es una de las mayores fuerzas motrices que existen en el mundo y representa á la naturaleza humana en toda su grandeza, porque muestra al hombre bajo su aspecto más favorable.

"Aunque el genio obtiene siempre la admiración, el carácter asegura más el respeto. El primero es sobre todo un producto del poder del cerebro, el segundo del poder del corazón, y, tarde ó temprano el corazón es quien gobierna la vida. Los hombres de ingenio ocupan en la sociedad un puesto proporcionado á su inteligencia, y, como los hombres de carácter representan á la conciencia, mientras á los unos se los admira, á los otros se los imita. (2)

El hombre que procede siempre guiado por el deber; que oye y sigue en las circunstancias más difíciles la voz de la conciencia; que no retrocede ante el peligro y desprecia el respeto humano; que no se doblega ante las dádivas ni las amenazas; el hombre, en fin, que obedece á Dios en ca-

(1) *Lettres a un jeune homme.*

(2) SMILES.—Obra citada.

da uno de sus actos, posee la rara dote de la virilidad de carácter.

Por sencillo que aparezca el cumplimiento de un deber, representa el más alto ideal de la vida y del carácter, dice el mismo autor. Puede ser que nada heroico se encuentre en ello; pues el heroísmo no es la condición ordinaria del hombre, á quien el sentimiento firme del deber sostiene en las posiciones más elevadas y le mantiene igualmente en el ejercicio de los negocios de la vida diaria.

La existencia del hombre se *concentra en la esfera de los deberes ordinarios*. Las más eficaces de todas las virtudes, son las más útiles para el uso diario; son también las más sólidas y duran más tiempo. (1)

3. El carácter es inseparable de la virtud y del valor.—El carácter es inseparable de la virtud; pues sólo ésta comunica al hombre una fuerza superior, le transforma, en caso necesario, en héroe y le infunde sentimientos generosos; todo lo que se requiere para adquirir esta preciosa cualidad. El vicio, de suyo, degrada al hombre, le torna débil y voluble, y le sujeta al yugo de las pasiones: por esto los hombres perversos no tienen carácter. Al contrario, éste es el distintivo de los santos, quienes, con inquebrantable firmeza, desecharon los halagos del mundo, hicieron guerra á las inclinaciones depravadas del corazón, buscaron la oscuridad y el retiro, aceptaron resignados el padecimiento, la persecución y la muerte misma; conformaron, en una palabra,

(1) Cf. SMILES.—Obra citada.

su vida con las enseñanzas y ejemplos del Hombre-Dios, que es el modelo de la perfección evangélica.

El carácter supone igualmente valor; es decir, fortaleza de ánimo ante los peligros, energía de voluntad en el cumplimiento de la obligación, serenidad en medio de las contrariedades de la vida y firme resolución de no ceder á los incentivos del placer y á las seducciones del error.

«El carácter, asegura Smiles, exige imperio sobre sí mismo, el que no es sino el valor bajo otra forma, imperio que es la raíz de todas las virtudes. Si un hombre suelta las riendas á sus sentimientos y á sus pasiones, renuncia por el hecho mismo á su libertad moral, es arrastrado por la corriente de la vida y se hace esclavo de sus más violentos caprichos. Para ser moralmente libre, para elevarse sobre el bruto, debe el hombre tener la *fuerza* de resistir á sus impulsos instintivos, y esto no lo adquirirá si no tiene la costumbre de dominarse. Esta facultad constituye la diferencia real entre la vida física y la moral, y forma la base principal del carácter individual». (1)

4. Qué es el valor y cómo se divide.—Mucho se enaltece, y con razón, el valor militar que arrostra con intrepidez los peligros. Mas, ¿en qué consiste el valor? En esta, como en otras materias, hay ideas equivocadas que conviene rectificar. El valor, según la expresiva definición del P. Van Tricht, «es una virtud del alma que dispone al hombre para sacrificar por el deber, con la serenidad y tranquilidad que convienen á la razón, due-

(1) Cf. SMILES.—Obra citada.

ña de sus actos, todo cuanto tiene, hasta la misma vida». De esta definición, deduce el mismo autor, que, «á todo trance, cueste lo que costare, necesitamos ser valientes, si queremos conservar nuestra honra y no decaer de nuestra condición. Y esto es mucho más que el valor militar que, como es sabido, no se exige á todas horas.... Pero aquel otro valor hay que tenerlo siempre y sin cesar en actividad, porque no hay hora ni momento en que no estemos bajo la acción de nuestro deber». (1)

Se distinguen, por tanto, dos clases de valor: el valor guerrero ó *militar* y el valor moral ó *cívico*: el primero impulsa al hombre á exponer su vida y aun á sacrificarla por la honra y defensa de la patria, ó por otra noble causa; el segundo le estimula á cumplir los deberes de la vida, por penosos que sean, y á pesar de los sacrificios que impongan.

5. Paralelo entre el valor militar y el cívico. — Para muchos, sólo es valiente el que se sacrifica con generosidad por la patria ó por otro motivo grandioso; pero, si el valor militar es digno de admiración y brilla sobre los demás, no es el único que existe en el mundo; pues todo hombre tiene que poseer aquel otro valor, igualmente digno de aplauso, que le anima é induce á cumplir constantemente sus deberes, por arduos que sean, á no desmayar ante las pruebas de la vida y á resistir con energía las dificultades que se oponen á la práctica del bien.

El valor militar exige, ante todo, cierto ardi-

(1) *Conferencia familiar sobre EL VALOR.*

miento en el peligro, desprecio de la muerte, nacido del arrojo, y más bien cierto olvido heroico de la razón que la apreciación calmada del deber.

El más valeroso capitán, dice Lacordaire, puede portarse como una mujer al día siguiente de una victoria, y sus cicatrices pueden cubrir un carácter débil y sin alcances.

Pero el valor moral ó cívico comunica al hombre cierto dominio é imperio sobre sí mismo y le acostumbra al ejercicio activo y constante de las buenas obras; ese valor "se manifiesta, dice Smiles, en esfuerzos silenciosos y constituye la verdadera grandeza del hombre... El valor que lo soporta todo y lo sufre todo por amor á la verdad y al deber, es más heroico que el valor físico que se recompensa con honores y títulos, ó con laureles á menudo empañados con sangre. El valor de buscar y decir la verdad, de ser justo y honrado, de resistir á la tentación y de cumplir con la obligación, engrandece mucho al hombre". (1)

Afronta la muerte el valor del guerrero; pero el valor de que ahora se trata, ha de afrontar la miseria, el desamparo, los desprecios, las privaciones, las lágrimas, los sufrimientos y esos trabajos, sin esperanza de alivio que por largos años van poco á poco consumiendo el alma y desgarrándola como á pedazos... Este valor se ejercita en la soledad, en lo más silencioso de nuestra alma y en lo más recóndito del corazón. No hay que esperar acá abajo su gloria. Si hay por ventura alguna voz que le excita, es la voz austera y triste de la conciencia, que penetra y habla sin

(1) *El carácter.*

ruido allá dentro de nuestro corazón... El valor militar tiene sus consuelos y poderosos auxiliares. Porque la fascinadora sonrisa de la gloria le va atrayendo, el entusiasmo le enardece, conmueve el estampido del cañón y le embriagan los humos de la pólvora; y á su frente y á la retaguardia, y por un lado y por el otro parece que arrastran al soldado con su ejemplo sus compañeros y sus jefes. (1)

«Hermoso y heroico es morir en un campo de batalla, por defender la independencia del propio suelo; y por esto merece todo encomio el valor militar. Mas, también es digno de elogio el valor cívico que induce al hombre á sacrificarse, en vista de un interés más general, por la salud de sus conciudadanos y por el bien público.

«Es menos difícil, en tiempo ordinario, el ejercicio de los derechos y de los deberes cívicos; pues basta seguir con energía la voz de la conciencia en medio de las tempestades interiores, resistir á la corrupción, despreciar el miedo y, sobre todo, anteponer las convicciones á las simpatías, á las amistades y al interés personal. Pero hay circunstancias excepcionales, en que es preciso exponer la libertad y la vida; y en ellas se eleva á un grado muy alto el valor cívico, garantía de la libertad interior de una nación y tan necesaria como el valor militar, condición de su independencia y dignidad exterior.

«Hay casos en que el valor cívico se confunde con el militar, como cuando la patria está ame-

(1) Cf. VAN TRICHT.—*Conferencia familiar sobre EL VALOR.*

nazada; pero fuera de ellos, cada uno tiene su esfera propia de acción». (1)

6. Manera de obtener el valor cívico. — Y ¿cómo obtener este valor sereno, tranquilo, constante, despreciador de la honra, vencedor de los atractivos del deleite y de los placeres del mundo? ¿Dónde encontrará nuestra flaca naturaleza el vigor suficiente para dominar la voluntad inclinada al mal y ejecutar á veces actos heroicos, para no sucumbir en las luchas secretas del alma, para portarse con más denuedo que el soldado que cae en el campo de batalla?.. El hombre, por sí solo, no puede adquirir tanta fuerza y heroísmo. Necesita, para obtenerlo, del socorro de Dios, del poderoso auxilio de lo alto. La virtud sólida, que se consigue mediante el hábito del bien obrar, transforma al hombre, le comunica como una segunda naturaleza y le hace apto para empresas extraordinarias. La virtud, conviene repetirlo, ha formado á esos héroes que llamamos santos, quienes, con valor extraordinario, lograron dominar los malos instintos y mezquinas exigencias de nuestra naturaleza decaída, procedieron siempre con rectitud, buscaron con empeño la verdad y practicaron el bien, para lo que se sometieron á duras pruebas y aun á muchos y penosos sacrificios.

Sólo la religión puede fortalecernos en el cumplimiento del deber; porque sólo ella nos alienta y vigoriza con el socorro divino; sólo ella nos acostumbra á proceder de una manera desinteresada á ejecutar las buenas obras en secreto, de modo

(1) MAXIME PETIT.—*Le courage civique*.

que *nuestra diestra ignore lo que hace la siniestra*; sólo ella nos señala, como principal móvil de nuestras acciones, el contentamiento de Dios y la tranquilidad de la conciencia; sólo ella nos induce á desprendernos de los bienes transitorios, á no ambicionar los elogios y ventajas temporales; sólo ella, en fin, nos enseña la difícil ciencia del vencimiento, con la que triunfa el hombre de los enemigos de su alma y se hace merecedor de llegar al cielo, que es la patria de los elegidos.

7. Males que produce en nuestros días la falta de carácter y causas que la originan.—La enfermedad endémica de nuestros días es desgraciadamente la falta de carácter. Todos los resortes de la vida moral se han aflojado, todos los principios primordiales en que descansan los derechos del individuo, de la familia, del Estado, se hallan combatidos y olvidados, por falta de energía en los que tienen la dirección del hogar y el gobierno de los pueblos. Las transacciones con el error, las contemporizaciones con el mal son hoy moneda corriente, y por eso vemos degradarse los hombres y perderse las naciones.

Lo que pasa con los individuos pasa también con los pueblos. Hay pueblos viriles, como la heroica Polonia, que prefieren desaparecer, antes que renegar de sus creencias y sacrificar su dignidad; pero hay también naciones apocadas que no resisten á las seducciones del oro y del placer, que apostatan de su fe y se muestran cobardes en las horas de prueba.

Lo que principalmente produce el debilitamiento del carácter y la falta de firmeza, de que justamente nos lamentamos en nuestros días, es

la mala dirección del hombre en su primera edad. El apego á la vida muelle, la flojedad en la educación del niño han invadido no pocos hogares y planteles de enseñanza. Poco se cuida en ellos de vigorizar físicamente al hombre en los años de la adolescencia, mediante el ejercicio, el trabajo y una alimentación frugal y nutritiva; y de allí nace la debilidad en el organismo que se nota en gran número de adolescentes que, como plantas endebles, se marchitan y doblegan al embate de una leve dolencia, y son vasos frágiles para contener el alma, que no puede desplegar toda la fuerza de que es capaz.

El método deficiente y á veces nocivo, empleado en varios establecimientos de educación, es otra de las causas principales del malestar moral que se nota en la sociedad contemporánea. Mucho se cuida, en no pocos colegios, de excitar la imaginación del joven con ensueños halagadores, de imbuírle un amor *mundano* á la gloria, de hablarle de los *derechos* del hombre é iniciarle en las *cuestiones candentes* de la política; y poco, muy poco se le inculca el respeto á Dios, la necesidad del propio conocimiento, el amor al trabajo desinteresado, la sobriedad en los deseos, el espíritu de obediencia y de disciplina, la práctica, en fin, de las virtudes cristianas.

De esto resulta que, llena la cabeza del escolar de ideas incoherentes, de nociones incompletas en muchas materias; exaltada la fantasía con sueños y proyectos quiméricos, y víctima el corazón de pasiones prematuras, carece de calma para el aprendizaje científico, que exige tranquilidad y predominio sobre sí mismo, y sale, no pocas ve-

ces, de los bancos de algunos colegios y universidades una generación de pretenciosos y semisabios, de sofistas y románticos, de oradores de plazuela y de tribunos de café, de literatos insustanciales y poetas lacrimosos, de políticos venales y periodistas sin seso que todo lo invaden y maltratan, sin respetar ley, conciencia, ni autoridad ninguna, inclusive la sagrada de Dios y de la Iglesia.

¡Ah! ¡cuándo se convencerán todos los directores de la juventud que la *escuela* tiene que ser un *santuario*, en que debe oírse á menudo la voz de Dios y de sus representantes en la tierra; que al hombre, en la época difícil de su formación intelectual y moral, se le ha de acostumbrar á la sujeción y observancia de la ley divina; de modo que al mismo tiempo que su inteligencia vaya descubriendo los secretos de la ciencia y avanzando en el vasto campo del saber, su corazón vaya también respirando el celestial aroma de la piedad y extasiándose en contemplar el horizonte inconmensurable del bien!

"Sobremannerá deplorable es la influencia perniciosa de la opinión y del ejemplo que han producido en nuestros días la molición de las costumbres, hasta el punto de que el nombre y la vida de cristiano hayan venido á ser para muchos objeto de vergüenza", dice León XIII. "Efecto lamentable, causado, ó por una perversidad profunda, ó por la más ruín de las debilidades: en uno y otro caso, ¡mal detestable y el mayor que puede venir al hombre! Porque ¿cuál es la tabla de salvación, cuál la esperanza que queda á los hombres si dejan de gloriarse en el nombre de Jesucristo

y si carecen del valor necesario para conformar abierta y constantemente su vida con las leyes del Evangelio? Se quejan con frecuencia de que nuestro siglo es estéril en hombres de carácter. Que se resuciten las costumbres cristianas y, por el mismo hecho, se habrá devuelto á las almas su dignidad y su constancia». (1)

8. Sin infundir carácter es imposible regenerar á los pueblos ni educar debidamente á la juventud. — Si se desea renovar la sociedad, es preciso infundir carácter en la juventud, que pronto tendrá en sus manos el régimen de los pueblos. «¿Qué se necesita», pregunta Monseñor Dupanloup, para sostener y regenerar una nación? «Ante todo hombres de carácter. Las naciones no se forman, no crecen, no se conservan y renuevan sino por los hombres, ¿Cuándo se debilitan los pueblos, decaen de su grandeza y caminan á su ruina? Cuando les faltan hombres. Ahora bien, Dios cría á los hombres, y la educación los forma. Mas, ¿qué sucede en nuestros tiempos? Todas las sendas de la fortuna, todos los caminos de la vida social están destruídos: los individuos se oprimen, se molestan, chocan y se fatigan entre sí: y, sin embargo, en todas partes se oye decir: *los hombres faltan: ¿dónde están los hombres?* Este es el grito y la queja universal. Antiguamente Diógenes, con su linterna en la mano, buscaba un hombre en la mitad del día, y nosotros nos parecemos á él». (2)

Más vale pecar por las exageraciones del ca-

(1) *Encicl. Exeunte jam anno.*

(2) *Cartas sobre educación intelectual.*

rácter, que por aquella suavidad y blandura excesivas á que se acogen los seres sin fuerza ni vigor. Venga la aspereza del valor moral, aun con todas sus inconveniencias, antes que esa *urbanidad* miserable, que se acomoda á todo y junta en un solo campamento las tiendas del bien y las del mal. En estos tiempos se busca la comodidad á todo trance; se anhela vivir en un mar de leche y en un lago de miel, hasta el punto de sacrificar las propias ideas y lo más sagrado de los sentimientos, por amor de la paz y por una menguada caballerosidad. ¡Triste condición la de esos hombres que no aman ni su propia honra y que, por miedo á los demás y por amor á una paz mal entendida, se privan de tener programa, en lo público y en lo privado! De esta enfermedad del carácter proceden los partidos que se llaman hoy *moderados*, las situaciones indefinibles, las componendas y transacciones, en que se forma una penumbra de verdad que engaña, y se dan abrazos que valen para los pueblos tanto como una caricia del verdugo. En estos tiempos de debilidad y miedo, casi todos los males proceden de que el carácter ha desaparecido, ante una cultura que transige hasta con el absurdo.

Si el cuerpo para fortalecerse exige privaciones y fatiga, el alma para desarrollar debidamente sus facultades y adquirir carácter, necesita, con mayor razón, someterse á la dura ley del vencimiento, sin el cual nada útil se puede obtener. El cultivo de las ciencias, la sujeción de la voluntad á la ley divina y humana demandan continua abnegación: por esto es preciso acostumbrar al hombre, desde la infancia, á doblegar sus pasio-

nes y á comer, no sólo el pan material sino también el intelectual, con el sudor de su frente: sólo así podrá adquirir la preciosa dote del carácter.

CAPÍTULO OCTAVO

El estímulo y la gloria

1. La juventud en la vida de acción.—2. El estímulo y el amor á la gloria.—3. Obligación de referir los actos á Dios.—4. Lucha por las nobles causas.—5. La Religión y la Patria.—6. El patriotismo es virtud cristiana.—7. El apostolado laico.—8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla.—9. Beneficios que ha hecho en todas partes.—10. Noción de ella y de su misión en el mundo.

I. La juventud en la vida de acción. — Educado convenientemente el joven, provisto de carácter y de amor al trabajo, nutrida su inteligencia con la verdad y fortalecido su corazón con el bien, debe poner en ejercicio las facultades que posee y empeñarse en cumplir la misión que le corresponde. En la vida presente, tiene el hombre que ejercitar sus aptitudes y esforzarse en obrar el bien. La sociedad es campo de acción: hay que luchar, hay que vencer ó morir. El hombre ostenta en su frente cierto sello de majestad que revela su superioridad sobre los demás seres del mundo visible y la alteza de su destino, destino que, para ser alcanzado, exige constantes esfuerzos contra los tenaces enemigos del alma.

Cada cual ansía por ser útil á los demás, á través de la vida, mediante el ejercicio de las dotes que ha recibido de



Dios; y cuando entre éstas descuellan el talento y el ingenio, el campo que se presenta al joven es encantador y halagüeño. Intacta y en todo su vigor las fuerzas del espíritu, puede trabajar con ahinco y realizar obras de importancia, siempre que comunique á sus facultades el impulso debido. La cabeza y el corazón son dóciles en los primeros años de la vida, y reciben sin dificultad la simiente benéfica de la verdad y las saludables impresiones de la virtud, por cuanto la imagen de Dios está más viva en el alma.

2. El estímulo y el amor á la gloria.—El hombre procede en sus actos impulsado por algún móvil ó fin. Ahora bien, aun cuando el principal móvil de la actividad humana debe ser el cumplimiento de la ley divina y la consecución de nuestro inmortal destino, esto no excluye que existan otros móviles secundarios que, subordinados al principal, ejercen influjo en nuestra alma. Tales son, entre otros, el estímulo y el amor á la gloria.

No hay duda, que es fácil abusar de entrambos y convertirlos en pábulo del orgullo y de la ambición, como de ordinario acontece; pero también es cierto que convenientemente dirigidos y sin infracción de las prescripciones divinas, sirven de poderoso aguijón para el trabajo, sobre todo en la edad juvenil.

La juventud, en efecto, aspira á lo grande, á lo bello, á lo prodigioso, y á la consecución de sus ideales se lanza con entusiasmo febril. Vivir en el recuerdo de los hombres, sobresalir entre los demás, distinguirse por algún hecho memorable, es de ordinario el anhelo constante de la juven-

tud. Como observa Bosuet, la reputación y la nombradía son para el joven como una segunda vida: imagina que la gloria preserva al hombre de los estragos del tiempo, de la indiferencia y olvido de los demás, y le acompaña á la mansión misma de la eternidad. Los ensueños de gloria forman lo mejor de nuestros recuerdos juveniles y constituyen la flor de la adolescencia.

Á medida que el hombre avanza en la jornada de la vida y que el hielo de los años va acercándole al sepulcro, las ilusiones se desvanecen, se convence de la vanidad é insuficiencia de los bienes presentes, y de que *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno: secóse el heno y su flor se cayó al instante* (1). Pero, á pesar de esto, no puede el hombre carecer por completo de aspiraciones en esta vida, ni su corazón dejar de latir al impulso de nobles estímulos y de anheladas recompensas. En la edad viril y mucho más en la vejez, juzga con mejor criterio de las cosas y distingue la gloria verdadera de la falsa; por lo que puede con más acierto buscar la primera. Sobre todo el hombre virtuoso, persuadido de la inestabilidad de las cosas terrenas, no ambiciona la gloria del mundo, sino otra gloria estable, incomparablemente superior á la que aquí se nos ofrece, y que hace siempre feliz al hombre. Esta gloria se obtiene mediante la posesión de Dios y los goces de la visión beatífica. Y, como Dios conoce nuestras tendencias y aspiraciones, nos estimula al cumplimiento de su ley santa con la oferta del premio perdurable. *Incliné mi corazón*, dice

(1) I de S. Pedro, I, 24.

el profeta Rey, á la práctica perpetua de tus justissimos mandamientos, por la esperanza del galardón (1).

Si el estímulo y el amor á la gloria ejercen positivo influjo en el joven, á tal punto que sin ellos desmaya en el trabajo y cae en la inercia, conviene que los padres y maestros se apoderen de esta poderosa fuerza de acción, para encarrilarla y ennoblecerla, como también depurarla de la escoria de la vanidad y la altanería, que suelen debilitarla y destruirla; conviene que, con frecuentes y oportunas recompensas, con torneos científicos y literarios, con la afición al trabajo y el buen comportamiento de los unos, contrapuestos á la desidia y mala conducta de los otros, estimulen á los hijos y discípulos á cumplir sus deberes domésticos y escolares, á ejercitar con esmero todas sus facultades, á sobresalir entre los demás por la cultura intelectual, á no darse tregua para asegurar un hermoso porvenir, á ser principalmente exactos en la observancia de los divinos preceptos, á fin de conseguir la eterna dicha.

3. Obligación de referir los actos á Dios.—

Para que el estímulo y el amor á la gloria sean provechosos, es preciso dirigirlos bien y encerrarlos dentro de ciertos límites. El hombre en sus actos debe buscar en primer término á Dios, á quien de derecho corresponde el fruto de su trabajo; por lo que la gloria que pueda obtener en la tierra, debe referirla ante todo al Soberano Hacedor. "Dios (lo ha dicho Herbert) quiere

(1) *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum, propter retributionem.* (Ps. CXVIII, 112).

la gloria *para Sí*, por la misma razón que quiere el orden, y el orden eterno é inmutable exige que cada ser ocupe el lugar que le corresponde; y, como el puesto supremo corresponde exclusivamente á Dios, resulta que Él debe ocupar el primer lugar en nuestras intenciones y que todo debe referirse á Dios, como á fuente y origen de toda perfección. Pero hay hombres soberbios que prescinden de Dios en sus actos; que hacen de su persona el centro único de su actividad y que ponen su *nada* en frente de la infinita perfección del Soberano Ser: los que así proceden obran injustamente, contrarían el orden y van en pos de una gloria inicua y falsa, reprobada por la fe y la sana razón». (1)

Subordinadas las acciones á la primera causa, puede el hombre ambicionar la verdadera gloria. Dios lo ha formado perfectible; quiere que trabaje, que se esfuerce en ser útil á los demás, que acreciente el caudal de sus conocimientos. En buena hora que el joven, impulsado por una noble emulación, aspire á sobresalir entre los demás y á segar laureles en el campo del saber y del honor; en buena hora que ambicione un puesto distinguido en la sociedad y ponga en ejercicio sus nobles prendas; pero no olvide la dirección definitiva de sus actos, y sepa que, nó los elogios sino el cumplimiento de las obligaciones impuestas por Dios, ha de ser el móvil primordial de la actividad humana. "Si algo me consuela", decía el malogrado Ozanam (cuya vida fué corta pero fecunda en buenas obras), "al aban-

(1) *El Kempis meditado y explicado.*

donar para siempre el mundo, antes de realizar lo que yo deseaba, es que jamás he trabajado por atraerme elogios sino por el servicio de la verdad y por satisfacer un deber de conciencia». (1) «El genio y el talento», observa el biógrafo de este hombre ilustre, «son dones que la Providencia distribuye según su beneplácito. Nadie puede glorificarse sin injusticia y sin orgullo. Al hombre corresponde sólo el uso de estos preciosos dones; es un tesoro que Dios le confía, para que lo haga fructificar, refiriendo á Él la gloria. Á la consecución de este sublime ideal han aspirado todos los grandes cristianos, cuya inteligencia y corazón han sido enriquecidos por Dios». (2)

Por esto los santos, que son el tipo de la más alta perfección moral, no han buscado las honras del mundo, sino que han procurado, antes bien, ocultarse y desaparecer, en cierto modo, para referir sólo á Dios la gloria de sus actos y cuidar de que se conozca mejor y brille la maravillosa y sabia intervención de la Providencia en el mundo. Ellos, como dice Mgr. d'Hulsts, «estuvieron dominados de una pasión extraña y nueva, de la pasión de la oscuridad, de la pasión del oprobio y del desprecio. Pero Dios, que no se deja vencer en generosidad, los ha enaltecido aun en la tierra, con una gloria incomparablemente superior á la que el mundo ofrece á sus héroes, cumpliéndose la máxima divina, de que *la humildad es el principio de la verdadera gloria*. (3)

(1) *Vie du F. Ozanam par Mr. Ch. A. Ozanam.*

(2) *Id. Id.*

(3) *Introducción á la vida de S. Juan Bautista de La Salle.*

4. **La defensa de las nobles causas.** — Muchas y nobles causas puede defender la juventud que aspira á ponerse á la altura de su misión. En el vasto campo de la verdad y el bien, hay innumerables asuntos que atraen las simpatías del joven. Prescindiendo de otros, me limito por ahora á tratar de dos cosas de indisputable importancia, á las que preferentemente debe servir y amar el joven: tales son la Religión y la Patria.

La juventud gusta de la lucha, acude al sostenimiento de las nobles causas y rechaza indignada la bajeza y la villanía. Vida holgada y quieta, transacciones cobardes con el error, apatía y vacilación, son explicables en el anciano decrepito é inconsciente. Juventud quiere decir vida, animación, entusiasmo, culto á lo grande y á lo heroico. Jóvenes fueron los gallardos caballeros que, con la fe en el corazón y la espada al cinto, libertaron el santo Sepulcro y humillaron á la Media Luna, en aquellas legendarias proezas que la historia llama Cruzadas.

En nuestros días, la lucha entre la verdad y el error, entre el bien y el mal se libra principalmente en el terreno de las ideas y de los principios: por esto, la causa católica necesita en la actualidad, no tanto de la espada de Pelayo y Godofredo, como de la pluma de Balmes, de Lacordaire, de Ozanam, de Augusto Nicolás, de Donoso Cortés, de Hettinger, de Luis Veuillot.

5. **La Religión y la Patria.** — Muchos son los deberes que el hombre tiene como criatura racional; pero entre todos, los más sagrados son los religiosos. Aun la simple razón nos manifiesta que el hombre no procede del acaso sino que de-

be la vida á una causa primera, que le dotó de facultades nobilísimas, le dictó leyes para su perfeccionamiento y le señaló un fin conforme á la dignidad de su naturaleza.

Al conjunto de relaciones que median entre Dios y el hombre, se da el nombre de *religión*, la que es el lazo invisible que une á la criatura con su Hacedor, y se ocupa en lo que más interesa á aquélla, en esta y en la otra vida. Por esto, no ha habido pueblo, por salvaje que sea, que no tenga religión: esto es, que no reconozca un Ser Supremo, á quien se debe rendir tributo de amor y de veneración; que no admita algunas creencias como comunicadas de lo alto, y que no acepte ciertos principios inmutables para la dirección de los actos humanos. Aun el paganismo aseguró, por medio de uno de sus filósofos, que era más fácil encontrar edificios sin cimientos, que pueblos sin religión.

Por medio de la religión, mantiene el hombre una comunicación íntima é incesante con Dios. Ella le consuela en los sufrimientos, ilumina su inteligencia en la investigación de muchísimas verdades, fortalece su voluntad en la práctica del bien y le conduce, por entre el mar tempestuoso del mundo, al puerto del gozo sempiterno.

La religión, como madre cariñosa, arrulló á la humanidad desde su cuna; y Dios ha cuidado, por medio de ella, de enseñar al hombre cuanto le es indispensable saber para la consecución del fin á que lo destinara. Es cierto que la malicia humana ha tenido la audacia de rechazar la religión verdadera é inventar otras falsas, que ni agradan á Dios ni perfeccionan al hombre; y por

eso, debe éste inquirir cuál es la verdadera, para seguirla y defenderla.

No se puede hablar de religión sin referirse á la Iglesia católica, fundada por Jesucristo y constituida por Él única depositaria de las verdades reveladas. Como la Patria es nuestra madre temporal, la Iglesia es nuestra madre espiritual, encargada de comunicarnos la vida sobrenatural. Debemos, por tanto, amarla, respetarla y obedecerla, con filial sumisión y rendido acatamiento.

La religión comprende tres partes: el dogma, la moral y el culto, que contienen un conjunto de verdades especulativas y prácticas; que ilustran la inteligencia, dirigen la voluntad en el ejercicio del bien y le indican la manera de honrar á Dios. Todas tres son importantísimas, se auxilian mutuamente y forman el grandioso edificio de la religión revelada.

El expirante siglo XIX, es el siglo de la apostasía y del racionalismo, de las humillantes transacciones con el error y de la apoteosis de la materia: "Los ataques contra la religión cristiana", observa Mgr. Dupanloup, "renacen hoy más violentos y numerosos que nunca. La impiedad esgrime sus armas y renueva la polémica: el protestantismo atacó sobre todo á la Iglesia, el volterianismo impugnó sobre todo al cristianismo: hoy se ataca todo, los dogmas y las verdades naturales, toda filosofía como toda religión, toda fe como toda razón". (1)

Corresponde, de derecho, á la juventud cristiana emprender una *cruzada* contra la incredulidad é

(1) *Cartas sobre educación.*

indiferentismo modernos, y combatir los sistemas absurdos y los sofismas propalados contra la religión verdadera, á fin de que, vencidos los enemigos de Dios, beban todos de las aguas vivificantes de la verdad católica. En esta hermosa labor retemplaré la juventud sus fuerzas, prestará inapreciables servicios á la sociedad y obtendrá gloriosos triunfos.

Después de la Religión, la Patria. El amor á la Patria es tan natural, que con razón se puede calificarlo de innato en el hombre. La Patria encierra en sí cuanto atrae las simpatías del corazón humano: á saber, la porción de tierra en que vimos la primera luz, el hogar en que se deslizaron los gratos días de la infancia, los amigos con quienes compartimos nuestros juegos inocentes, los árboles que vimos crecer en el huerto paterno y á cuya sombra solíamos descansar, los montes que contemplamos desde niños, el campanario que nos invitaba á la plegaria, el río cuyas aguas nos embelesaron. El recuerdo de la Patria está, pues, íntimamente ligado al afecto dulce y tierno que profesamos á nuestros padres, al gratísimo recuerdo de nuestros hermanos y conocidos, al del templo donde aprendimos á orar y sentimos las primeras fruiciones de la virtud: en una palabra, á cuanto produce y despierta en el alma emociones tiernas, puras y delicadas.

Si todo esto encierra la Patria, es indudable que la juventud, de suyo noble y generosa en sus sentimientos, debe amarla y tributarle una especie de culto. Tan acendrado es el amor al suelo nativo, que en todos los países se califica de hijo desnaturalizado al que se rebela contra él; pero

para que este amor sea más vivo y fecundo, para que esté bien dirigido, hay que hermanarlo con la virtud y fundarlo en ella.

Religión y Patria son dos cosas inseparables. No ha habido ni habrá pueblo alguno en el mundo en que el patriotismo no haya sido inspirado, fortalecido y consagrado por la idea religiosa. Y la razón es sencilla. Sólo la religión nos impulsa á menudo al menosprecio de los bienes presentes y aun á la pérdida de la vida, cuando esto último nos lo exigen ciertos deberes sagrados; sólo ella nos estimula, con la esperanza de un premio eterno, á servir con generosidad y espíritu de sacrificio á la patria terrestre, para hacernos después moradores de la patria celestial.

«Á los que han encontrado la dicha, que son muy pocos, la religión dice: *hay cosas mucho mejores*. Á los que aman, y cuyo corazón destilarla sangre, si tuviesen que abandonar acaso para siempre á la esposa é hijos idolatrados, la religión les anuncia: *los encontrareis*. Sólo en estas condiciones se puede cumplir con valor y heroísmo el deber en el campo de batalla, y aun sacrificar la vida; porque para el cristiano no es la muerte el fin supremo, el fin de todo.

«Por el contrario, para el ateo, para el libre-pensador, la vida humana es todo, y más allá de la tumba no hay nada. Estos hombres no quieren, por lo mismo, exponerse á la muerte; y cuando este fin lúgubre se divisa en el horizonte, se alejan de él prudentemente, y con razón. ¿Porqué el libre-pensador sacrificará la vida, si cree que no la ha de recuperar? Sería locura é insensatez poner en riesgo la existencia, fuera de la

que nada tiene que esperar. Así que él no quiere morir por la patria. El debilitamiento gradual y la pérdida de la religión conducen á los pueblos á una irreparable decadencia». (1)

«¡La Patria y la Iglesia!», exclama Mgr. Ireland, «La primera, símbolo de los intereses de este mundo, y la segunda de los intereses del cielo. La patria abriendo los caminos á la Iglesia, y la Iglesia bendiciendo y ennobleciendo á la patria: ambas tan bellas y tan sublimes, que el que ama á la una no puede dejar de amar á la otra, puesto que ambas han sido constituídas por Dios: la patria, siguiendo las leyes ordinarias de la naturaleza, la Iglesia, por el hecho de una dispensación inmediata de la misericordia divina; entrambas tienen derecho, á nombre del Altísimo, de recibir el tributo de nuestro tierno afecto y de nuestros leales servicios.

«La patria simboliza para el hombre cuanto hay de más querido y precioso. El instinto natural nos lleva á amar á la patria; la religión nos impone esto como un deber y le presta la consagración del cielo. El amor á la patria viene después del amor á Dios; la familia y el individuo le ceden el paso.

«Á medida que desaparecen del mundo las ideas elevadas, verdaderas fuentes de amor y de entusiasmo generoso, el patriotismo pierde el vigor y la facilidad del sacrificio. Un egoísmo frío y estéril ocupa el primer puesto, y, para disimular mejor, se oculta bajo el manto de un *humanitarismo*

(1) CASAGNAC, citado por el autor del *Cours d'instruction religieuse*.

vago y nada sincero. El patriotismo necesita hoy una consagración que sea fecunda.» (1)

6. El patriotismo es virtud cristiana.—El amor á la patria es una de las manifestaciones de la caridad cristiana; y donde ésta no existe, tampoco puede ser aquél vivo y sincero. En verdad, para que un hombre merezca el hermoso nombre de patriota, debe proceder por móviles desinteresados, sin buscar exclusivamente el medro, la gloria ó el encumbramiento personal, sino la felicidad y bienestar de sus conciudadanos y del suelo nativo. Ahora bien, sólo la caridad que nos prohíbe constituirnos á nosotros mismos en centro único de todos nuestros actos, y nos ordena hacer el bien á los demás, aun con detrimento de nuestras comodidades, de la salud y en ciertos casos de la vida misma, puede inspirarnos un afecto puro, generoso, heroico hacia la patria: por lo que, bien podemos considerar al patriotismo como una de las formas de la abnegación y del sacrificio cristianos.

«Sólo la religión», dice Belanger, «da al amor patrio un fundamento inconmovible: á saber, el deber determinado, inflexible, á cubierto de los caprichos del espíritu y de las flaquezas del corazón. Dios mismo nos manda servir á la patria lealmente, siempre y, en caso necesario, hasta derramar nuestra sangre por ella. La doctrina católica prohíbe al soldado huír en el campo de batalla, bajo pena de culpa grave y le enseña á transformar la muerte, mediante un acto de libre aceptación, en una especie de martirio, le muestra

(1) *Panegirico de Juana de Arco.*

más allá de las angustias del sufrimiento, la palma segura de una recompensa, á la vez noble é incomparable». (1)

¡Ah! ¡cuántas veces, no es el noble y desinteresado amor á la patria, sino la ambición, el egoísmo, la soberbia los que impulsan á obrar á muchos hombres que el mundo califica de patriotas! ¡Cuántas veces la sed de oro y de mando, el odio á la justicia, á la verdad, á la religión misma, las pasiones más desvergonzadas, en fin, se cubren con el hermoso manto del patriotismo, para oprimir al débil, arrebatar lo ajeno, esclavizar á pueblos inermes, conculcar los sacrosantos derechos de Dios y difundir por todas partes la desolación y la muerte! Esas glorias, amasadas con lágrimas inocentes, esas estatuas levantadas sobre innumerables cadáveres y escombros de ciudades, son glorias detestables, son patriotismo de mala ley. Verdaderamente patriota es, por ejemplo, el oscuro soldado, el modesto ciudadano que combate y muere por vengar el honor nacional, por defender las instituciones patrias, por conservar y sostener los intereses de Dios. Expone su vida y se sacrifica, nó por obtener un alto puesto en la sociedad, sino por estímulos nobles y desinteresados. Y ¡cuántas veces sus esfuerzos sirven sólo de pedestal á la gloria y aun á la ambición desmedida de los favoritos de la fortuna!

Por esto, al recorrer los fastos de la historia, nos convencemos de que han sido verdaderamente patriotas los que han practicado la sublime ley de la caridad, y que los que se han desviado de

(1) *L'enseignement libre et l'unité moral de la nation.*

ella, tarde ó temprano han deslustrado sus glorias y convirtiéndose en especuladores ó en déspotas. Patriotas fueron, entre otros, en España, Pelayo, S. Fernando, los Reyes Católicos, Felipe II y Don Juan de Austria, heroicos defensores de la fe é integridad de la península ibérica; patriotas fueron en Francia Godofredo de Buillón y Luis IX, héroes de las Cruzadas, como también Juana de Arco, la ilustre libertadora de su país del yugo de los ingleses; patriota fué Guillermo Tell, que libró á Suiza de la tiranía de Gessler y es la personificación más alta y popular del sentimiento de independencia en los cantones suizos; patriotas fueron Sobieski, que deshizo á los turcos, rompió su campo en Chozcim y sacudió para Polonia la dominación de la Media Luna; patriotas fueron Chlopiki, Radziwil y Kruckowieki, que lucharon sin tregua por la libertad de la ilustre é infortunada Polonia, y sucumbieron gloriosamente, aplastados por la autocracia moscovita; patriotas fueron Wáshington, Bolívar, Sucre, San-Martín y demás gloriosos caudillos de la independencia americana, cuyos hechos legendarios son admirados de todos; patriota fué Portales, notable estadista y hombre público de Chile, dotado de talento y rectitud, de desinterés é inquebrantable firmeza de carácter, de convicciones religiosas arraigadas y de celo por el bien, dotes que, puestas al servicio de su patria, la libertaron de terribles males y fueron la base de la prosperidad y adelanto de la nación chilena; patriota fué García Moreno, el ilustre presidente del Ecuador y esforzado campeón de la causa católica, en cuyo pecho ardían á la vez el amor divino y el amor pa-

trio. Por esto hizo progresar notablemente á su país, en todo sentido, hasta el punto de captarse el aprecio de las naciones católicas del mundo y las simpatías de los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII, de ilustres obispos como el cardenal Pie, de escritores distinguidos como Luis Veuillot, todos los que han hecho cumplido elogio de las virtudes públicas y privadas del benemérito gobernante ecuatoriano. Para toda persona de criterio desapasionado, García Moreno es indudablemente *un hombre que honra al hombre*; un modelo de patriotismo y de honradez acrisolada, digno, por lo mismo, del respeto y afecto de cuantos estiman el saber, la hidalguía, la grandeza de alma y la virtud sincera.

Estos y otros hombres esclarecidos merecen el hermoso título de patriotas, porque buscaron sólo el bienestar del suelo natal y se sacrificaron por él. Muchos de ellos, á pesar de sus méritos y servicios, fueron víctima del odio gratuito de los demás y acabaron sus días prematuramente, olvidados de los suyos; ya que la ingratitud es de ordinario la corona que circunda en esta vida la frente de los grandes hombres. El desinterés, la generosidad, la virtud, en una palabra, son el distintivo del verdadero patriotismo, que obra proezas en favor de los otros. "Nadie puede ser buen patriota, sino el hombre virtuoso, el hombre que comprende y ama todos sus deberes, y se esmera en cumplirlos", ha escrito Silvio Pellico. "Nunca se confunde ni con los aduladores de los poderosos, ni con el maligno adversario de toda autoridad: ser servil y ser inobediente son dos excesos

análogos». (1) «El hombre, añade Montesquieu, cuanto más cree deber á la religión, tanto más cree deber á la patria».

7. El apostolado laico.—Aun cuando sólo la Iglesia es la depositaria de las verdades reveladas y la única llamada á enseñarlas, pública y oficialmente; aun cuando ella sola posee un verdadero sacerdocio encargado de comunicar á los fieles los dones de lo alto y de instruirlos en la ciencia de salvarse, esto no impide que los laicos, como hijos amantes de tan buena madre, se ocupen por su parte en defender sus creencias, en propagarlas y en ejercer lo que se llama el *apostolado seglar*, bajo la dirección y vigilancia de los pastores de la Iglesia. Si los ejemplos son más eficaces que las palabras, para inducir á otros á lo bueno ó á lo malo, preciso es atraer á los demás al recto camino, con una conducta irreprochable, con la insinuación afectuosa y con la activa propaganda de las sanas doctrinas.

«Como en nuestros días, á medida que ha disminuído la fe, han ido en aumento la corrupción y la impiedad, es necesario recordar á todos», dice un escritor moderno, «aquella frase de la Escritura: *á cada uno de los hombres mandó Dios que cuidase de su prójimo*. (Eccli. XVII, 12). En estas circunstancias todos convienen con Tertuliano: *in his omnis homo miles*; por el mero hecho de ser hombre, de ser cristiano, hay que ser soldado, hay que pelear, defender y defenderse. Nunca menos que ahora se ha de considerar cada indi-

(1) *Mis prisiones*.

viduo solo en el mundo y sin responsabilidad en la suerte de los otros... Con el buen ejemplo, con la buena índole, con los buenos sentimientos, se ha de procurar abrir camino hacia el corazón de los otros, para llevarlos á Dios». (1)

«¿Por qué un joven cristiano,» pregunto con el ilustre Obispo de Orleáns; «por qué un joven lleno de fe y de inteligencia, no ha de aspirar á ese alto y gran destino de defensor de la Iglesia y sus doctrinas; y, sin dejar el mundo, sin consagrarse al apostolado del sacerdote, no ha de crearse un apostolado laico, y en esa lucha de doctrinas, en esa irrupción de todos los errores, no ha de aparecer en su puesto de combate, como un soldado de Dios y de la verdad en el mundo? Debería hacerlo, tanto más cuanto que el campo de la apologética es inmenso: todo se convierte en arma contra la religión, pero todo á su tiempo sirve para su defensa: las ciencias se invocan contra el cielo; pero todas igualmente dan testimonio de lo invisible y del misterio de Dios. Los mismos estudios profanos, cualesquiera que sean, pueden ir á la apologética, si se les da esta dirección. Y ¿por qué no dársela?» (2)

En la defensa de la verdad católica debe la juventud desplegar actividad y sobre todo energía; porque en la época actual, se combate á la Iglesia y sus dogmas, no tanto por impiedad cuanto por miedo. Sed católicos firmes, hay que repetir á menudo á los jóvenes de nuestros días; gloriaos

(1) P. ALARCÓN Y MELÉNDEZ. *Del apostolado en las mutuas relaciones.*

(2) *Cartas sobre educación intelectual.*

de vuestras creencias; confesadlas y profesadlas con entereza en la plaza pública, en las aulas, en el campamento; no os avergoncéis de ser fieles á Dios; defended á la Iglesia de los ataques que recibe de adversarios y traidores; sed humildes en la fe y dóciles á la voz del deber; y entonces, como dice Montalembert, aun cuando el mundo no sea siempre salvado por vosotros, os obedecerá y se inflamará con vuestras palabras y ejemplos.

«¡Valor, juventud cristiana, la más hermosa esperanza de la religión y de la patria!», repetiré con un elocuente escritor; «acudid sin miedo á esos combates pacíficos en que encontraréis la mejor corona que puede ceñir vuestra frente, á esos combates que os prepararán palmas que recogeréis en el cielo! Sed siempre dignos de vuestros padres y predecesores en la fe; dirigid la mirada á esa arena en donde diariamente libra gloriosas batallas una falange de sabios y piadosos cristianos. En este siglo, en que los más repugnantes errores se difunden por todas partes, sería una debilidad guardar silencio. Los que están en posesión de la verdad, no deben tenerla cautiva, ni esperar en un reposo criminal las provocaciones insidiosas de la irreligión y del vicio. De pie y con cristiana entereza, es preciso hablar, escribir y perseguir con todos los medios lícitos, á esa multitud de escritores que adoran el *bocarro de oro*, que prostituyen su pluma poniéndola al servicio de doctrinas abominables y que se proponen apagar en el vulgo ignorante y apasionado los restos de una fe nada ilustrada y de una moral muy poco cimentada.

"¡Bendita sea la Providencia que jamás ha dejado á su Iglesia sin defensores; que ha suscitado en todo tiempo un sinnúmero de héroes que, con su lógica invencible y aun con su sangre generosa, han defendido los sagrados derechos de Dios y de su Iglesia!... La religión ha inscrito sus nombres en sus gloriosos anales: cuidad, jóvenes, de conocerlos, y de que el reconocimiento los grave en vuestros corazones. Al ver á esos *fuertes de Israel*, pelear con un celo tan vivo como ilustrado las peleas del Señor, despreciad los temores de los pusilánimes; animaos á los mismos combates, consagrando vuestra alma y corazón al conocimiento y amor de esta Iglesia contra la cual no prevalecerán jamás las puertas del infierno. Para ella todo vuestro amor, todos vuestros talentos, todos vuestros bienes, hasta vuestro último suspiro. *Si me olvidaré de ti, oh Jerusalén, entregada sea al olvido, seca quede mi mano diestra. Pegada quede al paladar la lengua mía, si no me acordare de ti, oh santa Sión!*" (Ps. CXXXVI, 5 y 6.) (1)

8. Para amar y defender á la Iglesia es preciso conocerla. Noción de ella y de su misión en el mundo.—El hombre no puede sostener y amar una causa, si no la conoce y está persuadido de su intrínseca valía. La ignorancia de la constitución y divinas prerrogativas de la Iglesia, da no pocas veces origen á que se la combata y desestime: por esto, es necesario que la juventud adquiera un conocimiento exacto de ella; por lo cual haré unas breves reflexiones.

(1) GOURÉ. *Le Collège*.

La Iglesia, según la frase de León XIII, *es la obra inmortal de Dios* y una de las manifestaciones más sorprendentes de su amor al hombre: divina por su origen y constitución, se propone directamente la felicidad eterna y el perfeccionamiento moral de la gran familia humana. Mas, para que pueda cumplir su misión, es preciso que su sabiduría y grandeza sean reconocidas y acatadas por los pueblos y sus gobernantes. «La Iglesia es la sociedad más perfecta que existe sobre la tierra», afirma Benoit: «sociedad esencialmente sobrenatural, continuadora en el mundo de la obra de Jesucristo, con el que es una sola cosa, como la esposa es una sola cosa con el esposo (*Matth.*, XIX-6), y el cuerpo es uno con la cabeza: ella es independiente de todas las sociedades humanas y superior á éstas por su fin y excelencia. *Reino de Dios y de su Cristo; reino de los cielos* establecido en la tierra, *reino que no es de este mundo* (*Joan.*, XVIII-36); pero que está en el mundo; imperio verdadero, aunque espiritual, creado por el Eterno y su Verbo para abrazar dentro de su unidad á todos los hombres; asociada á la misión y á los poderes de Cristo, y, por consiguiente, á su autoridad soberana sobre los individuos, las familias y los Estados; encargada, en fin, de guiar al género humano á su fin sobrenatural»... (1) La Iglesia es, por tanto, una sociedad verdadera, perfecta y plenamente libre, que tiene derechos propios y constantes, conferidos por su divino Fundador, derechos que ningún poder terreno puede limitar, ni circunscribir, ni

(1) *La ciudad anticristiana en el siglo XIX.*

marcar los límites dentro de los cuales deban ejercerse. (1)

Tal es la Iglesia por derecho divino, tales son su constitución y altísimo ministerio en el mundo. Mas, no obstante su nobilísima misión, ninguna institución ha sido más combatida desde su origen, ni ha obtenido á su vez y en todo tiempo triunfos más gloriosos y repetidos. La Iglesia fué fundada en la época en que las águilas romanas cernían sus alas sobre gran parte del mundo entonces conocido; en la época en que Roma se elevaba como un coloso sobre pueblos sin número que le rendían humilde vasallaje. Doce hombres humildes, desprovistos de ciencia y de poder humanos, pero llenos del espíritu de Dios y de sabiduría celestial, realizaron la obra estupenda de predicar el Evangelio y de extender por las cuatro partes del mundo la Iglesia fundada por Cristo. Pedro y Pablo penetran en Roma, y con su predicación y ejemplo, conquistan, aun en el palacio de los Césares, innumerables prosélitos; luego plantan la cruz en el Capitolio y hacen de la metrópoli del mundo pagano la sede y asiento del Pontificado supremo de la Cristiandad. Y, cuando los Bárbaros destruyen el imperio romano y pretenden reducirlo todo á escombros, la Iglesia se apodera de ellos, los instruye y moraliza; y, una vez convertidos, los impulsa á fundar pueblos que adelantan pronto y sirven de base á la fundación de muchos de los Estados de la vieja y culta Europa.

(1) *Syllabus, proposición 19.*

9. Beneficios que la Iglesia ha hecho en el mundo.—¿Quién, al recorrer las páginas de la historia eclesiástica, no se siente enardecido y maravillado, al contemplar los inmensos bienes que la Iglesia Católica ha prodigado á los individuos y á los pueblos, en los casi veinte siglos que lleva de existencia; y esto á pesar de los obstáculos y guerra tenaz que el infierno, auxiliado por el error y el vicio, por la impiedad y el despotismo, le ha suscitado en todo tiempo? Ella salvó al mundo antiguo de la ruina en que le sumieron los Bárbaros; ella rehabilitó á la mujer, degradada por el paganismo, y la hizo compañera del hombre; ella—la Iglesia—destruyó la lepra de la esclavitud, que había envilecido á una parte muy considerable del linaje humano; proclamó la igualdad de origen y de destino último de todos los hombres; promovió y enseñó las buenas costumbres; dulcificó los horrores de la guerra; favoreció el cultivo de las ciencias y de las artes, hizo, en fin, progresar á los individuos y á los pueblos, en el orden moral, intelectual y aun material.

"Al catolicismo", dice Balmes, "se debe la idea clara, el vivo sentimiento del orden moral en toda su grandeza y hermosura; á él se le debe lo que se llama conciencia propiamente tal; el verdadero conocimiento del hombre, el aprecio de su dignidad, la estimación, el respeto que se le dispensa por el mero título de hombre; él ha desenvuelto en nuestra alma los gérmenes de los sentimientos más nobles y generosos, puesto que ha levantado la mente con los más altos conceptos, y ha ensanchado y elevado nuestro corazón, asegurán-

dole una libertad que nadie le puede arrebatar, y brindándole con un galardón de eterna ventura (1).

Siempre combatida, pero nunca vencida, provista de la autoridad y poderes de Dios, inmutable en su dogma y moral, continúa la Iglesia, tranquila é impertérrita, su excelsa misión, derramando á torrentes luz y bienestar entre sus hijos y entre las naciones que se alimentan de su divina savia.

¿Qué causa, qué institución, lo repito, más grandiosa que la Iglesia, y más merecedora por lo mismo de que la juventud la ame y defienda con calor y decisión? Si al recordar los hechos notables de la vida de los pueblos; si al tratarse de libertar de la tiranía á una nación injustamente oprimida, la juventud es la primera en reprobear tal injusticia y en prestar decidido apoyo á la causa del derecho y de la libertad, ¿con cuánta mayor razón debe ofrendar sus talentos y su vida misma en defensa de la Iglesia, tan perseguida como inicualemente calumniada? ¿Quién no ama la pureza de la virgen, la constancia del apóstol, la abnegación del misionero, la sangre del mártir, la hoguera de la víctima? Pues la Iglesia representa en el mundo el sacrificio perpetuo, la fe desinteresada y dolorosa, y su historia es el poema de la persecución y de la muerte!

Es indudable que el amor á la religión y á la patria han de estar unidos en todo pecho bien

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

dispuesto, y que la juventud debe hacer de ellas el objeto preferente de sus desvelos. *Pro aris et focis* han combatido los hombres de bien desde el origen de los tiempos.



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO NOVENO

Los conocimientos humanos

1. Variedad de los conocimientos humanos y enlace que tienen entre sí.—2. Armonía entre la ciencia y la fe.—3. Tendencia de nuestro siglo á desligar aquélla de ésta y á secularizar la ciencia.—4. La doctrina católica, lejos de oponerse á ninguna de las ciencias, las protege y procura su desarrollo y perfeccionamiento.—5. Servicios que las ciencias deben á la Iglesia.

1. Variedad de los conocimientos humanos y enlace que tienen entre sí.—Muchos y muy variados son los conocimientos humanos. Dios, el hombre, la sociedad, la naturaleza, la creación toda, en la que descubrimos las huellas de la verdad, bondad y belleza de su Autor, contienen en sí cuanto de grande, de noble y de hermoso hay en el mundo visible é invisible. En

este campo vastísimo, cuyo horizonte es ilimitado y cuyas perspectivas son encantadoras, puede el espíritu desplegar sus alas, entregarse á meditaciones sublimes y descubrir utilísimas verdades. Pero, por mucho que se empeñe el hombre en cultivar las ciencias, no podrá conocerlas por completo, á causa de la brevedad de su vida y de la limitación de sus facultades. Cada generación va legando á la que le sucede el caudal de conocimientos que ha podido adquirir; y, aun cuando éstos se acrecientan diariamente, no llegará la humanidad á la meta de sus aspiraciones. En la presente vida no nos es dado poseer la ciencia en toda su extensión y sin mezcla de error: este precioso don lo reserva Dios á los elegidos, en la vida futura.

Como todas las ciencias se proponen investigar la verdad y poseerla, guardan entre sí íntimas relaciones, se auxilian mutuamente, existe jerarquía entre ellas, según la importancia de las verdades sobre que tratan, y no pueden pugnar entre sí. Sobre los conocimientos del orden natural están los del sobrenatural, sobre la ciencia humana la divina; y, como entrambas emanan de Dios, ilustran la inteligencia del hombre, encarrilan su voluntad y procuran perfeccionarlo.

¡Cuán hermoso é incommensurable es el campo que se presenta á la juventud, ávida de ciencia! Si la verdad es un tesoro inapreciable; si la ilustración engrandece al hombre, cuide el joven de consagrarse con ahinco á la labor intelectual; pero proceda con tino y elija un guía experimentado que le dirija sin peligro por el escabroso campo del saber. No toda ciencia es buena, no toda

ilustración es apetecible, así como no todo alimento es sano ni nutritivo.

Antes de ocuparme en los conocimientos que debe preferentemente adquirir la juventud, y antes de indicar el orden que ha de seguir en ellos, voy á tratar de algunas cuestiones previas de mucha importancia, para el cultivo provechoso de las ciencias humanas.

2. **Armonía entre la ciencia y la fe.**—El fin de la ciencia es ponernos en posesión de las verdades naturales; el de la fe, enriquecernos con el conocimiento de las verdades sobrenaturales que superan, por lo mismo, á la humana comprensión. Existe, por tanto, perfecta armonía entre la ciencia y la fe; y los *conflictos*, que se supone haber entre las dos, nacen de la ignorancia ó mala fe de ciertos espíritus prevenidos y extraviados. Afirmar lo contrario, equivale á sostener "que Dios puede contradecirse á Sí mismo, y la verdad oponerse á la verdad", como dice el concilio Vaticano. (1)

"No puede haber oposición intrínseca y esencial entre la ciencia y la revelación", escribe un autor moderno. "Ambas tienen su asiento en nuestra alma; en ella se encuentran estos dos rayos de luz que, emanados del trono de Dios, vienen á iluminar el entendimiento del hombre y á revelar el esplendor de las maravillas divinas... La razón asiente á la fe y la recibe libremente, la define, declara y defiende. La fe influye en la razón, dándole mayor certeza de las verdades que ya conoce y empeñando á los entendimientos en

(1) *Constitución dogmática. De fide catholica.*



investigaciones profundísimas, para aclarar y defender los principios revelados». (1)

La fe, al exigir de la razón el asentimiento á las verdades superiores á su alcance, no la humilla ó envilece, como pretenden los racionalistas, sino que la auxilia y amplía el campo de sus investigaciones. ¿"Dónde está", pregunta Balme, "el ultraje que hace á la razón humana la religión católica, cuando, al propio tiempo que le presenta los títulos que prueban su divinidad, le exige la fe? ¿Esa fe que el hombre dispensa tan fácilmente á otro hombre en todas materias, aun en aquellas en que más presume de sabio, no podrá prestarla sin mengua de su dignidad á la Iglesia católica? ¿Será un insulto hecho á la razón señalarle una norma fija que le asegure con respecto á los puntos que más le importan, dejándole por otra parte amplia libertad de pensar lo que más le agrade sobre aquel mundo que Dios ha entregado á las disputas de los hombres?" (2)

El hombre que cree con toda su alma, quiere saber lo que cree y por qué lo cree. La fe no supone la abdicación de la razón: por el contrario, es el *complemento divino* de ésta, y, al aceptar su testimonio, el hombre se eleva hasta Dios, del cual conoce entonces, en alguna manera, el inaccesible misterio. La razón le dice que, por encima de la naturaleza y de la humanidad, está Dios; la fe le trasmite lo que sobre Sí mismo ha querido enseñar el mismo Dios. Pero, se dirá que las verdades reveladas exceden al alcance

(1) MIR. *Armonía entre la ciencia y la fe.*

(2) *El Protestantismo.*

de la razón. ¿Qué de extraño hay en esto? Si Dios es infinitamente superior al hombre, ¿no es razonable que éste se incline ante su testimonio? Si el objeto de la fe pudiese ser demostrado, vendría á ser del mismo orden que nuestra razón, y esto la empujearía. Si se prueba que Dios ha revelado algunas verdades, la razón debe aceptarlas, con lo que, lejos de abatirse, se enaltece, sale de su esfera limitada de acción, y guiada por Dios entra, sin peligro de extraviarse, en el mundo sobrenatural. (1)

La sumisión completa y absoluta que el hombre debe á las verdades reveladas no menoscaba, pues, los derechos de la razón ni tampoco la envilece; porque «la adhesión de nuestro espíritu á una verdad es razonable cuando la verdad propuesta es en sí misma *clara* y está á nuestro alcance, ó cuando, no estándolo, nos es propuesta por una persona cuya inteligencia, autoridad y sabiduría nos ponen á cubierto de todo error... Ahora bien, dicha sumisión se apoya en el motivo más serio que puede existir: la *veracidad divina*; y así como sería insensato el que rechazar una *verdad científica*, enseñada por sabios astrónomos ó matemáticos, alegando que no la comprende, lo será igualmente el que rehusare creer una *verdad religiosa*, enseñada por la Iglesia, por el fútil pretexto de que no la comprende». (2)

El mundo moral no es un caos, ni la dispersión y el atomismo la ley de la ciencia. Una se-

(1) Cf. P. DIDON. *La Science sans Dieu*.

(2) *Cours d'instruction religieuse*.

rena armonía, como éter diáfano y puro, cubre y envuelve el universo visible é invisible; las esferas en el cielo pitagórico ruedan en el espacio al compás de un ritmo divino; y en la región de las ideas, la unidad sublime lo circunscribe y llena todo. ¿No es empresa de locura arrojar la chispa revolucionaria en el concierto de las cosas y de los conocimientos? Dios reina é impera en ellos, y es la fórmula de la unidad adorable y suprema de los seres. La ciencia rebelada contra la fe es la mayor anarquía; y esa rebelión precipita á la humanidad en escandalosas caídas.

3. **Tendencia de nuestro siglo á desligar la ciencia de la fe.**—Hay en nuestros días marcada tendencia á desligar la ciencia de la revelación, ó, como suele decirse, á *secularizarla*; de esta tendencia han nacido inconcebibles utopías y teorías funestas que han causado terribles daños y trastornos en los pueblos. El racionalismo, que es el error capital de nuestra época, constituye á la razón en fuente única de todos los conocimientos y en árbitra de los destinos del mundo, y declara guerra tenaz á la doctrina revelada y á la Iglesia su depositaria. "No basta á la ciencia natural", afirma Benoit, "pretender independizarse del orden sobrenatural, sino que entra en lucha con él. La ciencia *secularizada* no es sólo la ciencia indiferente, es la ciencia *enemiga*; no es sólo la ciencia que desconoce á Dios y á Cristo, es la ciencia que blasfema de ellos". (1)

La incredulidad, siempre soberbia y altanera en la aceptación de las verdades que superan al

(1) *La ciudad anticristiana.*

alcance de la inteligencia, ha sido y será en todo tiempo enemiga irreconciliable de la fe, que exige el rendimiento de la razón ante la realidad del misterio y las enseñanzas divinas. Ya Göethe había dicho que el verdadero y más profundo tema de la historia del mundo, al que todos los demás están subordinados, sería el eterno conflicto entre la incredulidad y la fe.

Para que desaparezca este conflicto, que no tiene razón de ser, es necesario que la ciencia acepte las enseñanzas de la fe, única luz que puede guiarla en la investigación del mundo sobrenatural, y aun en la adquisición de no pocas verdades del orden natural; es preciso que la ciencia no reniegue de Dios, sino que, antes bien, lo mire como al *Señor de todas ellas*, y le rinda homenaje de sujeción y de respeto. Esto no quiere decir que todas las ciencias hayan de confundirse con la teología; pues cada una se ha de ocupar en las verdades que le son peculiares.

«La Iglesia no prohíbe», según declaró el Concilio Vaticano, «que las ciencias, cada cual en su esfera, se sirvan de sus principios y métodos propios; pero, al reconocerles esta justa libertad, vela cuidadosamente sobre ellas, para que no admitan errores que las pongan en oposición con la doctrina revelada, ó salgan de sus límites é invadan y perturben lo que es del dominio de la fe». (1) Sobre todo, las ciencias políticas y morales, que se ocupan en excogitar los medios que producen el bienestar de los individuos y los pueblos, y en dictar las leyes á que debe some-

(1) *Constitución dogmática.—De fide catholica, C. IV.*

terse la humana actividad, tienen más íntima conexión con la fe, que enseña y señala al hombre el camino que lleva al cielo y la manera de obtener la felicidad relativa que le es dado disfrutar en la presente vida.

4. La doctrina católica, lejos de oponerse á ninguna de las ciencias, las protege y fomenta. —La religión no es enemiga de la ciencia, ni huye de ella, sino que, antes bien, la busca, la protege, procura su desarrollo y la cubre con su sombra bienhechora, á manera de robusta encina que defiende con su follaje las tímidas flores que esquivan los rayos del sol. El cristianismo es luz, es verdad, y no teme á la ciencia, que es también luz. Á Jesucristo, Fundador de la Iglesia, llama San Juan, *luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene al mundo* (1), palabras que expresan la misión civilizadora de la fe. «La ciencia nada tiene que temer de la fe», dice un apologista moderno, «siempre que no se extravíe ni invada los derechos de ésta. Cuando la ciencia, encerrándose y moviéndose con libertad plena en el extenso y hermoso dominio que le es propio, observa los hechos, los compara, los comprueba por la experiencia; cuando establece el orden actual de los fenómenos para deducir las leyes que los rigen, la teología, ó sea, la ciencia de la fe, no debe intervenir. En el vasto campo de la investigación, la Iglesia dejará siempre á la ciencia dueña de sí misma, sin oponerse á ninguno de sus movimientos y progresos, y reconocerá todas sus conquistas.

(1) *Lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (I, 9).

«Pero, si del orden experimental (que es el propio de la ciencia positiva) pasa al orden metafísico; si por una manifiesta contradicción en los procedimientos lógicos, en los principios mismos del determinismo, el representante de la ciencia no se conforma con afirmar la exactitud de los hechos observados y su transformación inmediata, para deducir de aquí las leyes generales; si, al exponer doctrinas y teorías sobre la causa primera, sobre las bases de la moral, sobre la religión, etc., se convierte en filósofo y depende de la filosofía, construye un símbolo teológico y cae bajo el dominio de la teología; la Iglesia entonces puede y debe intervenir. Hay más, no sólo es, en tal caso, competente la teología, sino que es la única competente; la ciencia deja de serlo, puesto que invade un dominio que de ningún modo puede estar sujeto á su autoridad. En resumen, la Iglesia decide acerca de las especulaciones doctrinales, nó de los resultados de la experiencia: respeta los derechos de la ciencia, pero no puede crear un privilegio en su favor permitiéndola dogmatizar por excepción. Éste es el verdadero sentido de estas palabras de Santo Tomás: *No corresponde á la teología probar los principios de las demás ciencias, sino sólo juzgar de ellos*». (Sum. Theol. I P. Q. 1.^a art. 6). (1)

«Aun cuando la fe esté encima de la razón», enseña el Concilio Vaticano, «no puede haber entre ellas verdadero *desacuerdo*; porque el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe, ha difundido en el espíritu humano la luz de la

(1) DUILHÉ. *Apología científica de la fe*.

razón, y Dios no puede negarse á Sí mismo, ni la verdad contradecir á la verdad». (1)

«La verdad científica, la verdad filosófica, la verdad religiosa reflejan los aspectos diversos de una misma verdad eterna, son los rayos de un mismo sol y las manifestaciones múltiples de una misma luz», dice Duilhé de Saint-Projet. «La ciencia observa los fenómenos de la naturaleza y proclama sus leyes; la razón se eleva al principio y proclama al legislador; la fe se inspira en la palabra divina y proclama al Redentor, al Remunerador. Éstas son concepciones diversas, pero nó contradictorias. Entre ellas hay maravillosas relaciones: lejos de destruirse, se completan, se sobreponen y se compenetran fortificándose unas á otras, como esas capas de terreno que componen nuestro globo, que llegan á ser, á medida que se sube, más ricas y vigorosas, desde el granito primitivo, azoico muerto, hasta la superficie toda poblada, toda viva, toda bañada de luz y de calor». (2)

5. Servicios que las ciencias deben á la Iglesia.—Con el cristianismo se transformó el mundo: él echó la semilla de nuevos conocimientos, amplió los horizontes de la ciencia profana y sagrada, salvó para el arte los antiguos monumentos, *bautizó*, en cierto modo, los hermosos mármoles y las obras imperecederas del genio greco-romano, y abrió principalmente á la humanidad los raudales del sacrificio, de la abne-

(1) *Constitución De fide*, antes citada.

(2) *Apología científica de la Fe cristiana*.

gación, del heroísmo y de la santidad. El cristianismo ha cambiado los rumbos del espíritu, iluminando con luz mística los destinos humanos y abriéndose paso triunfal en la historia con sus admirables dogmas, moral, culto, legislación, artes y ciencias, las que, desde entonces, son cristianas, y continuarán siéndolo hasta el fin de los tiempos.

Todas las ciencias, aun las que parecen más extrañas á la religión, deben á ésta inapreciables servicios. No hay ramo de los conocimientos humanos que no haya sido cultivado por los hijos de la Iglesia, ya por amor á la ciencia misma, ya por explicar algunos lugares difíciles de la Escritura y vindicarlos de los ataques de la impiedad. La historia comprueba que, cuando los hombres han puesto su razón al servicio de la fe, ó se han apoyado en ella, las ciencias han progresado maravillosamente y aparecido ingenios como Colón, Newton, Copérnico, Kepler, Rogerio Bacón, Santo Tomás, Suárez y otros ciento. Sobre todo en la Edad Media, en que se dieron estrecho abrazo la ciencia y la fe, los entendimientos más esclarecidos, "hallaban en la divina luz los rayos de sus inspiraciones más sublimes, y juzgaban su gloria más pura rendir á la fe el obsequio de su adhesión". (1)

(1) *Mie, Armonia entre la ciencia y la fe.*

CAPÍTULO DÉCIMO

Estudios religiosos.—La Biblia

1. Importancia de los estudios religiosos, para el gobierno de la vida y la adquisición de utilísimas y altas verdades.—2. Vislúmbrense las perfecciones de Dios en cada una de sus obras, y sobre todo su sabiduría en las verdades que nos ha revelado.—3. Éstas se encuentran principalmente contenidas en la Biblia, que se ocupa en cuanto se refiere al origen y fin inmortal del hombre y al glorioso destino de los pueblos.—4. La Biblia, fuente de sabiduría, de belleza, de poesía y de consuelo.—5. Poesía mística: su hermosura y superioridad sobre las demás.—6. Los Santos han sido poetas.—7. Místicos españoles: juicio de Menéndez y Pelayo acerca de algunos de ellos.—8. En la Biblia y en el trato con Dios se han inspirado los mejores poetas y artistas.

I. Importancia de los estudios religiosos.—Entre los varios ramos del saber humano, á cuyo cultivo debe dedicarse la juventud estudiosa, corresponde el primer lugar á la ciencia sagrada, tanto por la importancia suma de los asuntos de que trata, como por la íntima relación que tiene con la felicidad temporal y eterna del hombre. De esto se deduce la necesidad en que está el joven de adquirir un conocimiento sólido de la religión, para confesar con firmeza sus creencias, refutar los errores y sofismas que se oponen contra ella y cumplir los preceptos que Dios le ha impuesto.

Los estudios religiosos tienen, además, la ven-

taja de despertar pensamientos serios en el alma, de entusiasmarla en la consecución de su destino inmortal, de suministrarle reglas seguras para el gobierno de la vida y de precaverla de los peligros que ocasiona la ciencia incrédula. En medio de los azares de la existencia y de las fatigas que causa la cultura del espíritu, experimenta el hombre grato solaz al levantar el corazón á Dios, reflexionar en los intereses eternos y engolfarse en la contemplación del mundo sobrenatural. Si, como dijeron los antiguos, el hombre es un *animal religioso*, es natural que, por adherido que esté á los goces terrenales, se acuerde, siquiera de vez en cuando, de sus deberes para con Dios y de la suerte que le aguarda más allá del sepulcro. Por esto no hay pueblo, por pervertido ó atrasado que se halle, que no crea en un Ser supremo y no le rinda algún culto.

2. Vislúmbranse las perfecciones de Dios en cada una de sus obras.—Siendo Dios la causa y centro de todos los seres, el punto más culminante de la ciencia y el fin último á que deben tender nuestras acciones, es necesario, para amarlo, primero conocerlo, mediante la luz de la razón iluminada por la fe. Y si, por la limitación de nuestras facultades, no podemos comprender á Dios, nos es dado por lo menos admirar los destellos de su hermosura y poder en las obras creadas por su diestra omnipotente. San Pablo asegura, en efecto, *que las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas*; y por esto, refiriéndose á los paganos, dice,

que no tienen disculpa, porque, habiendo conocido á Dios, no lo glorificaron como á Dios, ni le dieron gracias: sino que ensoberbecidos devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas. Y mientras se jactaban de sabios pararon en ser unos necios. (1)

Un estudio atento y profundo de la naturaleza, á la vez que hace admirar las cualidades de los seres y las sabias leyes que los rigen, eleva también el alma hacia Dios y la induce á tributarle un himno de alabanza, como á Autor y conservador de cuanto existe. Así lo hicieron muchos eminentes naturalistas, que han consignado en hermosas frases los sentimientos de gratitud y adoración de que para con Dios estaban poseídos.

Al terminar Kepler y Newton su famosísima obra, *Los cuatro Libros de las armonías celestes, el Libro de los principios matemáticos y de la filosofía natural*, exclamaba el primero: "Ahora, réstame sólo levantar las manos y los ojos hacia el cielo y dirigir con devoción mi humilde plegaria al Autor de toda luz: ¡Oh tú que ves los sublimes resplandores que derramaste sobre toda la naturaleza, eleva nuestros deseos hasta la divina luz de la gracia; yo te bendigo, Señor y Criador de todos los goces que he experimentado en los éxtasis en que me ha abismado la contemplación de la obra de tus manos... Yo he pregonado á la faz de los hombres toda la grandeza de tus obras, demostrándoles sus perfecciones, tanto como los alcances de mi enten-

(1) *Epist. á los Romanos C. I. V. 20, 21 y 22.*

dimiento me permitieron abarcar su extensión infinita. ¿No me habré tal vez dejado arrastrar de las seducciones de la presunción en presencia de la belleza admirable de tus obras, y buscado mi propia gloria entre los hombres, al levantar este monumento que debía ser exclusivamente consagrado á tu gloria? ¡Oh! si así fuera, recíbeme en tu clemencia y misericordia, y otórgame esta gracia: que el libro que he escrito sea siempre impotente para producir el mal y que contribuya, por el contrario, á tu glorificación y á la salvación de las almas.» Newton, á su vez, decía: «Dios lo rige todo, nó como alma del mundo, sino como Señor universal de todas las cosas... Él es eterno, infinito, omnipotente y omnisciente, Él dura desde la eternidad, Él llena la inmensidad con su presencia, Él lo rige todo y conoce todo lo que sucede y puede acontecer»... (1)

En donde principalmente admiramos la sabiduría y demás atributos de Dios, es en las enseñanzas que se ha dignado comunicar al hombre, en lo tocante á las verdades superiores al alcance de su razón. Los dogmas, con sus altísimos misterios, la moral con su pureza encantadora y el culto con sus magnificencias, elevan el alma á las regiones del mundo sobrenatural y son para ella fuente inagotable de inspiración y de consuelo.

3. Las enseñanzas divinas están principalmente contenidas en la Biblia.—Existe un libro por excelencia, que contiene la palabra de

(1) Citas del abate MOIGNO, en su obra *Esplendores de la fe*.

Dios y sus enseñanzas, libro incomparablemente superior á todas las producciones del ingenio humano. Este libro es la *Biblia*, cuya lectura y meditación son indispensables para adquirir un conocimiento exacto de Dios y sus atributos, del hombre y su destino, de los pueblos y su misión; libro utilísimo para morigerar y dirigir las costumbres, y para resolver con acierto las más arduas cuestiones relacionadas con la humanidad. El estudio atento y asiduo de este libro ha formado innumerables santos y sabios; ha infundido valor y constancia en las luchas de la vida; ha impulsado á muchos á la propaganda del bien, y ha sido y será siempre el pan espiritual de las generaciones.

La Sagrada Escritura es y será leída y meditada siempre con respeto, por cuantos desean conocer las verdades del orden sobrenatural, aprender la difícil ciencia del vencimiento y embellecer su alma con las más preciosas virtudes. ¿Quién, por apenado que esté, no encuentra lenitivo y consuelo en el libro de Job, que bien se puede llamar el *poema del dolor*, en el que se destaca la figura de aquel varón justo, modelo y tipo de admirable fortaleza y resignación, en medio de los más rudos padecimientos físicos y morales? En cuanto al salterio de David, "él era el manual de piedad de nuestros padres", dice Lacordaire; "pues se le veía en la mesa del pobre y en la morada de los reyes. Aun en nuestros días es, en manos del sacerdote, el tesoro en que encuentra las aspiraciones que le conducen al altar, el arca que le acompaña en los peligros del mundo como en el desierto de la meditación..."

David es el padre de la armonía sobrenatural, el músico de la eternidad en las tristezas del tiempo, y su voz se presta para el gemido, la invocación, la alabanza y la adoración». (1)

Hablando de la Biblia, en general, afirma el mismo insigne escritor: "En este libro se hallan los planes de Dios sobre el mundo, las leyes primordiales y universales, el origen de las razas, la acción de la Providencia sobre las cosas humanas, las profecías del porvenir, la elección de los pueblos y de los siglos, la gloria de los hombres predestinados por los designios eternos, la lucha del bien contra el mal, la promulgación auténtica de la verdad y por encima de todo la figura de Cristo, resplandeciente por su belleza y bondad. La Biblia es el monumento más grandioso de historia, de legislación, de moral y de elocuencia... Ella es, á la vez, el drama de nuestros destinos, la historia primitiva del género humano, la filosofía de los santos, la legislación de un pueblo elegido y gobernado por Dios; ella es, en una providencia de cuatro mil años, la preparación y el germen de todo el porvenir de la humanidad, el depósito de las verdades que le son necesarias, la carta de sus derechos, el tesoro de sus esperanzas, el abismo de sus consuelos, la boca de Dios sobre su corazón; ella, en fin, contiene la doctrina del Hijo de Dios que la ha salvado». (2)

4. La Biblia, fuente de sabiduría, de belleza, de poesía y de consuelo.—Prescindiendo de

(1) *Lettres á un jeune homme, sur le vie chrétienne.*

(2) Id.—Obra citada.

otros aspectos bajo los cuales puede mirarse la Biblia y de las muchas ventajas que proporciona su lectura, me limitaré á considerarla como fuente de sabiduría altísima, de belleza sublime, de encumbrada poesía.

La Biblia contiene, no sólo las verdades del orden sobrenatural que Dios se ha dignado enseñarnos, sino que también es fuente pura é inagotable del saber humano, y cada una de sus páginas encierra tesoros de ciencia y de vida. *Toda escritura inspirada por Dios*, dice San Pablo, *es útil para enseñar, para conocer, para reprender é instruir en la justicia, á fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté apercebido para toda obra buena.* (1)

Por esto recomienda S. Juan, *escudriñar las Escrituras, en las que creéis hallar la vida eterna* (2). La Biblia, según observa el célebre P. Scio, empieza por la grandiosa obra de la creación del mundo, y acaba por el establecimiento y conservación del reino de Dios, que es una nueva creación y un nuevo y bello orden de siglos.

Lamartine dijo, con razón, que la Biblia es la epopeya única que interesa á toda la humanidad. Maravillosa síntesis de la historia, se ve en ella á la Providencia gobernando las cosas, fulminando castigos y abriendo las puertas de la gloria. En ese grandioso libro se enaltecen todos los humanos sentimientos, y se recorren todos los círculos de la inspiración y la belleza, desde los idilios del *Génesis* y los *Cantares del Esposo* hasta los vaticios.

(1) 2ª. á Tim. III. 16-17

(2) V, 39.

nios tremendos de Ezequiel y del Apocalipsis, desde los inmortales lamentos de Job, hasta los profundos consejos del filósofo de los *Proverbios* y de la *Sabiduría*.

La belleza que se encuentra en la Biblia, no es como la de las cosas humanas, puramente natural y sensible, sino espiritual y sobrehumana; de modo que para percibirla, debe el hombre tener corazón limpio y mente sana; debe mirarla con el *ojo del alma*, que es la fe. Una inteligencia oscurecida por el error, una voluntad pervertida por el mal no pueden gustar la dulzura celestial de la palabra divina; *porque el hombre animal no es capaz de entender las cosas de Dios*. (1) Como observa el ya citado Lacordaire, "la Escritura es bella con una belleza que nada tiene de humano, que no procede de ninguna pasión ni la provoca. En cualquier otro libro las cosas nos impresionan por su naturaleza, que es la nuestra; y si el genio del escritor las ha revestido de elocuencia ó poesía, ellas nos arrebatan fácilmente hasta el entusiasmo ó á lo menos hasta la emoción. No pasa lo mismo con la Escritura: ella es sobrehumana por su fondo, á pesar de tratarse del hombre y sus destinos, y reina en ella un ambiente tan sencillo, tan casto, tan poco terrestre, que el lado débil de nuestro ser no encuentra jamás aliciente en ella. Apenas en uno que otro fragmento de alguna historia que se acerca más á nosotros, sentimos ligeramente conmoverse la brisa de la humanidad. José reconociendo á sus hermanos que

(1) *Animalis homo non percipit ea que sunt Spiritus Dei.*
(I Cor. II, 14.)

le vendieron; Tobías abrazando á su anciano padre, después de larga ausencia y abundantes lágrimas; los Macabeos libertando su patria del yugo extranjero: estas y otras escenas nos llevan al hogar de nuestra naturaleza, pero pocas veces y con cierta parsimonia divina. Cuando leo el *Cántico de los Cánticos*, me admiro de permanecer tan frío ante una desnudez de expresión tan grande como oriental, y me he preguntado la razón, sin comprender qué, si hay un arte de ocultar el vicio bajo formas de estilo diestramente calculadas, también existe un arte de ocultar la virtud bajo colores que parecen los de la pasión. Pasa con el *Cántico de los Cánticos*, lo que con el Crucifijo: están impunemente desnudos porque son divinos". (1)

La belleza de la Escritura, muy superior á todas las bellezas clásicas, electrizaba el alma del ilustre Cardenal Pie y le hacía exclamar: "¡Jamás hombre alguno, por notable que se le suponga, ha hablado como los autores de la Biblia! Jamás Homero ni Heródoto hablaron como Job y Moisés; jamás Teofrasto habló como Salomón, ni Píndaro como Isaías; jamás sabio alguno, aunque se llame Platón, ha hablado el lenguaje de las parábolas de Jesús y de sus bienaventuranzas; jamás Tácito ni Tito-Livio hablaron como S. Lucas y S. Juan; jamás Demóstenes ni Cicerón hablaron como S. Pablo. Así como entre las varias concepciones de la santidad no hay sino un justo único, Jesús, tipo absoluto de la belleza moral, ante el cual se prosternan admirados todos

(1) Obra citada.

los tiempos y todos los lugares; de igual modo en la infinita variedad de lenguas y literaturas, hay un solo libro que, semejante al maná, tiene el sabor de todos los siglos y se acomoda á todos los lugares. Este libro es la Biblia, el libro por excelencia, libro universal, libro *católico*, el cual, dictado por Aquel que primitivamente dió á la tierra *un labio y un lenguaje*, reproduce por un prodigio permanente el milagro de que se asombraba Jerusalén, cuando todos los pueblos del mundo oían, cada uno en su lengua, referir á los Apóstoles las grandezas de Dios" (1)

La poesía, para merecer el nombre de tal, debe cantar asuntos tiernos y elevados que impresionen gratamente al alma, la entusiasmen ante las magnificencias del universo y la transporten á las plácidas regiones de la verdad y del bien. El lenguaje poético, como vistoso ropaje, ha de engalanar cuanto hay de grande, noble y hermoso; no ha de encubrir con sus adornos el vicio, y menos enaltecer miserias y flaquezas que deben quedar ocultas é ignoradas. La inspiración, *el mens divini*, sin el que, según Horacio, no puede existir numen poético, encuentra un riquísimo venero en la contemplación de la naturaleza y en el estudio atento del mundo moral y sobrenatural. La oda y la epopeya cantan siempre asuntos grandiosos, los que abundan en los dogmas y en la moral cristiana, como lo comprueban la Divina Comedia, la Jerusalén libertada, el Paraíso perdido, y otros poemas de mérito indiscutible, inspirados todos en temas religiosos.

(1) *Histoire du Cardinal Pie* por Mgr. BAUNARD.

La poesía exige, pues, genio, inspiración y de ordinario la áurea vestidura del verso; porque, como muy bien dice el P. Monsabré, "la poesía no puede contentarse, especialmente cuando es religiosa, con los períodos de que nos servimos para expresar nuestros pensamientos comunes, sino que necesita movimientos, números y cadencias que revelen las influencias divinas. Por otra parte, la sabiduría eterna, que desde el principio se goza en la inmensidad de los mundos, donde todo lo ha dispuesto con número, peso y medida, parece agradarse del ritmo del lenguaje. La poesía condensa el pensamiento para hacerlo brotar con mayor brillo é impetuosidad; precipita la verdad en cascadas armoniosas hasta las sublimes profundidades del alma humana; hace marchar las grandes cosas con paso grave y solemne, para que se pueda contemplarlas mejor; ella, en fin, sujeta la armonía, midiendo los períodos, y la encadena mejor que la prosa á todo lo que se debe recordar. La poesía, en forma delicada y popular, es por excelencia la forma de las manifestaciones proféticas. Jacob canta en su lecho de muerte, cuando con mano temblorosa bendice á los padres de las doce tribus; Job canta cuando del fondo de su miseria descubre á lo lejos la figura del Redentor á quien debe ver un día en su carne; David canta cuando Cristo y su Iglesia estimulan su verbo con apariciones; Isaías, Jeremías y Ezequiel cantan cuando prescinden de la historia contemporánea para ocuparse en la historia de los tiempos futuros." (1)

(1) *Introduction au dogme catholique.*

En la Biblia, lo repito, se han inspirado en todo tiempo los grandes poetas que han hablado de Dios, del origen del hombre y de los pavorosos é insondables misterios de la eternidad; y, mientras más han profundizado las verdades contenidas en este libro divino, mayor vuelo han tomado sus concepciones y cantado asuntos de más grande importancia. «En la Biblia», dice Donoso Cortés, «aprendió Petrarca á modular sus gemidos; en ella vió Dante sus terríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin ella, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura del linaje humano. Y, para hablar de España, ¿quién enseñó al maestro León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa, robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y

aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? »

«Suprimid la Biblia con la imaginación y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias». (1)

«¿Cuál es el libro con más frecuencia bañado por nuestras lágrimas? La Biblia», dice el abate Pinard. «¿Cuál es el libro á que se dirigen nuestros ojos aterrados cuando el rayo zumba sobre nuestra cabeza, y contra el cual se estrecha nuestro corazón atormentado? La Biblia. Cuando la fortuna acumula en torno del hombre toda clase de libros, puede ser que no ocupe la Biblia el puesto preferente que merece; pero, cuando la suerte disipa las riquezas, el libro que el hombre cuida de salvar del naufragio, es la Biblia. Obligado acaso á huír del lugar en que vió la primera luz, empuña con una mano el báculo que sostendrá su cuerpo fatigado por larga peregrinación, y con la otra toma la Biblia destinada á consolar su alma atribulada». (2)

La lectura y meditación de las preciosas máximas y hermosos hechos del Antiguo y Nuevo Testamento sirven de lenitivo poderoso en los

(1) *Discurso académico sobre la Biblia.*

(2) *Le génie du catholicisme.*

grandes dolores y amarguras de la vida. A más de que la palabra divina tiene en sí misma fuerza sobrehumana para consolar y fortalecer al hombre humilde y creyente, la atenta consideración de dichas máximas y el espectáculo de tantos varones justos sometidos por Dios al crisol de la tribulación, infunden en el alma grande vigor para sobrellevar iguales pruebas y para connaturalizarse con ellas, hasta llegar á desearlas y á buscarlas, como lo han hecho los santos.

Con profunda sabiduría dice S. Pablo que el *Señor castiga al que ama*; (1) porque mediante el padecimiento purifica Dios al hombre en esta vida, como en baño saludable, de las faltas que ha cometido en el mundo, para concederle en la eternidad un premio infinito. ¿Quién, al conocer la vida de Moisés, el célebre legislador y libertador del pueblo hebreo; la de Abrahán, Isaac, Jacob, José y los demás patriarcas; la de Isafas, Jeremías, Daniel y más profetas; la de los apóstoles y otros fieles discípulos de Jesucristo, todos los que tuvieron que soportar persecuciones, calumnias, y algunos la misma muerte, á pesar de su inocencia y santidad; quién, al considerar tales hechos, no se anima á sobrellevar con resignación y calma los sufrimientos de la vida? ¿Quién, al meditar sobre todo en los ultrajes y tormentos que irrogaron al Hombre-Dios en su pasión, por haberse constituído en Redentor de la humanidad prevaricadora, no desea andar por el camino penoso que Él recorrió, para enseñarnos que sin la expiación voluntaria de nuestras faltas y el

(1) *Quem diligit Dominus, castigat* (HERR. XII, 6.)

ejercicio de la mortificación no llegaremos al cielo?

¡Oh! si todos los que sufren leyera la Biblia, y se empaparan en sus enseñanzas; si se persuadieran del mérito del padecimiento cristianamente aceptado, el bálsamo del consuelo cicatrizaría las heridas del alma, y la vida, no obstante los pesares que le son inherentes, sería una carga soportable y dulce.

5. Poesía mística: su hermosura y superioridad sobre las demás.—Si la Biblia es manantial inagotable de inspiración poética; si en ella se han inspirado los más grandes ingenios; si ella ha ensanchado inmensamente el campo de las ciencias y de las bellas artes, hay un género de poesía, el más hermoso, encumbrado y avasallador entre todos, que se inspira en la Biblia como en única fuente, y canta la unión del alma con Dios; una poesía que es como la flor de la poesía; á saber, la poesía mística.

«Para llegar á la inspiración mística», dice Menéndez y Pelayo, «se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica ó filosofía primera, que va por camino diverso, aunque no contrario al de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira á la *posesión de Dios, por unión de amor*, y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo». (1)

(1) *Estudios de crítica literaria. De la poesía mística.*

Es indudable que, á medida que el alma sacude el yugo del pecado y se liberta del peso de la materia; á medida que trata más de cerca y con cierta intimidad á Dios, experimenta en sí un cambio maravilloso, se transforma y *diviniza*, en cierto modo, consigue el dominio sobre las pasiones y apetitos, y se establece un equilibrio completo en sus facultades. La inteligencia, iluminada entonces por luz celestial, se espacia por horizontes inconmensurables; la voluntad, fortalecida por la gracia, ejecuta actos heroicos; el corazón, adherido á Dios, adquiere grande generosidad y nobleza; los afectos se depuran, el cuerpo se desprende de sus bajos instintos, el alma percibe mejor la belleza de los seres y se lanza, con fuerza irresistible, hacia Dios, que es el centro de todo cuanto existe y el único que sacia la sed de felicidad que experimenta el hombre.

6. Los Santos han sido poetas.—Por esto no vacilo en afirmar que los santos han sido poetas; porque han sabido sentir, han tenido la intuición de lo bello, y su corazón, á impulsos del amor divino, ha prorrumpido en cantos dulcísimos y arrebatadores. En varios de ellos se ha observado el fenómeno raro de que, sin estudios previos ni cultura literaria, han sobresalido por su elocuencia, han discurrido con acierto sobre las cuestiones más altas de la teología y compuesto poesías tiernas y encantadoras.

Ahora bien, esto nace de que sus dotes naturales se acrecentaron y pulieron con el trato de Dios y la meditación de su ley santa. ¿Quién negará que á *esta escuela* pertenece San Francisco de Asís, cuyo numen poético y gracia inimitable en

el decir, lo colocan en primera línea entre los escritores italianos de su tiempo? Y, concretándonos á España, es innegable que, á su acendrado catolicismo, debió el ser madre de prosadores y poetas tan eminentes como Cervantes, Mariana, Granada, Rodríguez, Lope de Vega, Calderón, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, etc., etc. ¿Dónde encontrar cantos tan arrebatadores, afectos tan ardientes como los de la insigne doctora de Ávila? ¿Dónde habrá poesía más robusta, más dulce é inimitable que la del extático reformador del Carmelo, que resumió en algunas estrofas toda la ciencia de la espiritualidad, cantó los deliquios del alma enamorada de su Dios, las pruebas y tristezas que sufre para unirse con el celestial Esposo, disfrutar de su trato suavísimo y contemplar sus inefables perfecciones?

7. **Místicos españoles: juicio de Menéndez y Pelayo acerca de algunos de ellos.**—"Todos nuestros grandes místicos son poetas, aun escribiendo en prosa, y lo es más que todos Santa Teresa de Jesús en la traza y disposición de su *Castillo Interior*", dice este eminente autor español: "La conceptuosa letrilla, *Vivo sin vivir en mí*, nacida (como escribe el P. Yepes) del fuego del amor de Dios que en sí tenía la Madre, es el más perfecto dechado del apacible discreto que aprendieron de los trovadores palacianos del siglo XV algunos poetas devotos del siglo XVI"... Y en otro lugar añade: "¿Quién ha declarado la unión extática con tan graciosas comparaciones como Santa Teresa, ya de las dos velas que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene á hen-

chir el cauce de un arroyo? Y ¿qué diremos de aquella portentosa representación suya de la esencia divina, *como un claro diamante, muy mejor que todo el mundo*, ó como un espejo en que por subida manera, *y espantosa claridad*, se ven juntas todas las cosas, sin que haya ninguna que salga fuera de su grandeza? Ni Malebranche ni Leibnitz imaginaron nunca más soberana ontología.

«¿Quién me dará palabras para ensalzar como quisiera á Fr. Luis de León? Si dijese que fuera de las canciones de S. Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aun me parecería haber dicho poco. Porque, desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza; nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol de Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y de Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y remoja todo.

«Pero aun hay una poesía más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las *Canciones*

Espirituales de San Juan de la Cruz, la *Subida del monte Carmelo*, la *Noche oscura del alma*. Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios hermoseándolo y santificándolo todo.

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura
Y, yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

"Juzgar tales arrobamientos, no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación. Y, sin embargo, el autor era tan artista, aun mirado con los ojos de la carne, y tan sublime y perfecto en su arte, que tolera y resiste este análisis, y nos convida á exponer y desarrollar su sistema literario, vestidura riquísima de su extático pensamiento.

"Por toda esta poesía oriental, transplantada de la cumbre del Carmelo y de los floridos valles de Helicon, corre una llama de afectos y un encendimiento amoroso, capaz de derretir el mármol. Hielo parecen las ternezas de los poetas profanos al lado de esta vehemencia de deseos y este fervor en la posesión, que siente el alma después que bebió el vino de la bodega del Esposo". (1)

(1) *De la poesía mística.*

«San Juan de la Cruz», dice el mismo autor, en otra de sus obras, «cantó en prosa admirable, y en versos aun más admirables que su prosa, y de fijo superiores á todos los que hay en castellano, las delicias de la unión extática, que llama *dulce abrazo en que siente el alma la respiración de Dios*.

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado. (1)

8. En la Biblia y en el trato con Dios, se han inspirado los mejores poetas y artistas. — Estas y otras grandes almas, encendidas en el fuego del amor divino han debido sus ardimientos á la meditación de la divina ley y al estudio de la sagrada Biblia. En ningún otro libro se expresa con mayor vehemencia el afecto puro, tierno, ardiente del alma unida á Dios, como en el *Cantar de los Cantares*, sublime epitalamio en que se celebra el místico desposorio del alma con el celestial Esposo. Vena inagotable de poesía religiosa es el salterio de David, en que el Rey penitente derrama ante el acatamiento divino su alma quebrantada por el dolor de la culpa, y, una vez purificado de ella por las lágrimas del arrepentimiento, se lanza hacia Dios con ímpetu irresistible y halla en sus brazos paternos el

(1) *Heterodoxos Españoles*.



descanso y la paz de que antes carecía. Las sapientísimas máximas de los Proverbios de Salomón, los consejos y saludables enseñanzas del Eclesiástico y de la Sabiduría, la terrible y austera voz de Isaías, Jeremías y Ezequiel, han contribuido no poco á morigerar las costumbres y aún á ensanchar los dominios del humano saber.

Y ¿dónde sino en el trato con Dios aprendió Fray Angélico á trasladar á sus inimitables lienzos los afectos de que estaba poseído su espíritu, ya arrobado en la contemplación divina, ya lleno de sobrenatural dulzura y misericordia para con los hombres? ¿Dónde sino en asuntos religiosos se inspiraron Miguel Angel, Rafael, Murillo, el Ticiano, Palestrina, Mozart, Gounot y cien genios más que han descollado en la pintura, en la música y la escultura? ¿Dónde sino en la Biblia encontraron el Dante y Milton tema para sus inmortales epopeyas? Es indudable, portanto, que á la Santa Escritura, á los dogmas y á la moral en ella contenidos es deudora la humanidad de inapreciables beneficios, no sólo en el orden espiritual y suprasensible, sino también en el orden científico y literario.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

La Biblia

(CONTINUACIÓN)

1. Paralelo entre la poesía bíblica y la profana, entre la hebrea y la griega.—2. La Biblia y la ciencia: acuerdo que existe entre las dos.—3. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la revelación, la que nos es moralmente necesaria en nuestro estado actual para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales del orden natural.—4. La Biblia no es un libro especialmente científico.—5.Cuál debe ser la actitud de la ciencia con respecto á la Biblia.—6. Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre.—7. Juicio de varios escritores sobre la sagrada Biblia.

1. Paralelo entre la poesía bíblica y la profana, entre la hebrea y la griega. — La poesía se elevó á muy alto grado en la antigüedad, especialmente en Grecia, en donde la musa pagana, personificada en genios como Homero, Sófocles, Eurípides y Píndaro, obtuvo envidiables triunfos; pero á mayor altura llegó la musa cristiana, que levantó su vuelo hasta el trono de Dios y cantó asuntos más grandiosos que los de la patria griega: "La poesía en los tiempos antiguos", dice Mr. Falconnet, "ha sido representada por dos pueblos, el griego y el hebreo. A ellos corresponde la palma de la inspiración; al uno le inspiraron la naturaleza exterior y sus encantos, la armonía del mundo y sus suaves misterios manifestados con una expresión entusiasta y hábil: ésta fué la

inspiración humana. Al pueblo hebreo le entusiasman los símbolos de la divinidad, la herencia de las tradiciones primitivas aceptada y conservada con mucha fidelidad, la explicación inteligente de las imperfecciones del alma y de su nativa debilidad: ésta fué la *inspiración divina*. El pueblo hebreo es ante todo el representante de una idea, la eternidad: por esto revela en su historia, en su estilo, en sus tradiciones grande profundidad profética. Cada hecho tiene un doble significado: el uno material y presente, el otro simbólico y futuro». (1)

En un paralelo que el sabio Mgr. Plantier, obispo de Nîmes, hace entre la poesía bíblica y la pagana, afirma: «Como todas las poesías orientales, cuya flor es la poesía bíblica, se presenta ésta á la imaginación con un colorido que encanta y la distingue de las demás. Constantemente extraña á todo objeto bajo y á todo adorno frívolo, se rodea del mérito más serio y del interés más solemne. Órgano de la verdad, mensajera del Altísimo, musa de la humanidad, símbolo majestuoso y augusto del genio poético y de la belleza literaria, ¡cuán inagotable es la hermosura de la Biblia! Ningún escritor entre los de Grecia y Roma se distingue como los escritores sagrados por la solidez del asunto, la utilidad del fin, las formas siempre públicas y á menudo sublimes, y el carácter nacional y humanitario que revelan». (2) Y no puede ser de otro modo, porque la Escri-

(1) Cita de Mr. LAURENS en su obra, *Morceaux choisis de la Bible*.

(2) *Etudes littéraires sur les poètes bibliques*.

tura contiene la palabra de Dios y es el medio de comunicación entre Él y el hombre sobre los asuntos más elevados y divinos, sobre los intereses más graves de nuestra vida temporal y eterna, según observa Mgr Dupanloup.

«Hombres del mundo, que admiráis las proezas é historias profanas,» exclama el erudito Laurens, «decidme si alguna de ellas tiene el sello de majestad constante que caracteriza todos los hechos de la historia sagrada. El Génesis ofrece cuadros de costumbres más puras y de sencillez más encantadora que los de Heródoto y Homero. ¿Os encanta la poesía? Abrid los libros que contienen los cantos líricos de Israel; ellos os conmoverán más que las odas de Píndaro y Horacio. ¡Qué diferencia entre las cumbres de Helicon y las del Sinai! Los cisnes y las palomas arrastran por caminos tapizados de flores el carro de las musas griegas y latinas; mientras que las águilas os trasladarán en sus alas á las cimas del gracioso Carmelo y del majestuoso Líbano. ¿Os agrada la tragedia y admiráis á Sófocles? Leed el poema de Job, obra maestra y sin rival en que el infortunio está maravillosamente pintado, y el problema de la Providencia discutido y resuelto en lenguaje encantador. ¿Os subyugan la elocuencia robusta de Demóstenes, los hermosos discursos de Cicerón? ¿En dónde puede encontrarse más elocuencia que en los profetas? ¿Amáis la filosofía, creéis que no existe cosa igual á los diálogos del divino Platón, nada más grande y sesudo que los tratados morales de Plutarco y Cicerón, las cartas de Séneca, las máximas de Sócrates y las sentencias de Marco Aurelio? Tenéis razón de

pensar así, si no habéis leído los Proverbios de Salomón, el Eclesiástico, el Eclesiastés, el Libro de la Sabiduría y sobre todo las máximas de eterna verdad del Hijo de Dios, de San Pablo y de los demás Apóstoles. En ellos se encuentra todo el tesoro de la verdad, todas las enseñanzas de la virtud, todo el encanto del lenguaje». (1)

2. La Biblia y la ciencia: acuerdo que existe entre las dos.—La ciencia humana es apenas un rayo del clarísimo sol de la sabiduría divina; por lo que las producciones del hombre, por notables que parezcan, revelan siempre la limitación de sus facultades.

Cierto es que al influjo del cristianismo se regeneró en todo sentido la humanidad, mediante la antorcha de la fe y la fuerza divina de la gracia; cierto que, según la expresiva frase de Ozanam, el cristianismo ha puesto almas de héroes en corazones de carne, y ha elevado al hombre sin destruir ninguna de las flaquezas respetables de su naturaleza; pero, no obstante, las obras del hombre, como procedentes de árbol débil y enfermizo, manifiestan su pequeñez é imperfección nativa. Si en el orden material tiene el hombre que fatigarse para obtener los frutos de la tierra, también en el orden moral é intelectual tiene que luchar para preservarse del error y el vicio, para ilustrar su inteligencia con la verdad y fortalecer su voluntad con la práctica del bien. El estudio y meditación de la Santa Escritura, que abre horizontes inconmensurables á la cultura del espíritu y del corazón, depura el gusto literario,

(1) *Morceaux choisis de la Bible.*

contribuye eficazmente á la limpieza de las costumbres y á la adquisición de importantísimas verdades.

Conteniendo la Biblia la palabra de Dios, y siendo cuanto existe obra de sus manos, no puede haber oposición entre las verdades naturales y las sobrenaturales, entre la ciencia y la revelación. Dios es verdad por esencia, y no puede enseñar, por lo mismo, el error sin contradecirse á Sí mismo, contradicción que habría en caso de existir conflicto entre las afirmaciones ciertas de la ciencia y las enseñanzas de la Escritura.

«No puede haber conflicto entre la ciencia y la fe, dice el P. Didón. En efecto, ¿qué cosa es antagonismo? El encuentro de dos fuerzas que avanzan en sentido contrario sobre el mismo terreno... La ciencia y la fe representan dos fuerzas, y, para que haya choque ó conflicto entre ellas, sería necesario que obrasen en sentido contrario sobre un mismo y determinado plano.

Estudiando desde este punto de vista la ciencia experimental y la fe, se las ve diferir por el *objeto* y el *plan*, por el *método* ó *dirección*, y por el *fin*.

«La ciencia experimental tiene por *objeto* el fenómeno visible y material, lo que está al alcance de los sentidos, lo que se ve y se toca, lo que se cuenta, se mide y se pesa. Ella busca el orden de los fenómenos y determina los que son anteriores, á título de condiciones previas, á los fenómenos subsiguientes. Su *método*, en último análisis, consiste en poner en relación la inteligencia con los hechos de la naturaleza, mediante la observación y la experiencia. Sólo es cierto para ella

lo que ha sido observado y experimentado. El *hecho*: hé aquí lo que le importa. La hipótesis no tiene valor definitivo sino cuando ha sido directamente verificada ó comprobada.

"*Saber y poder* es el *fin* supremo de la ciencia. *Saber* el orden de los fenómenos sensibles, las condiciones por las cuales se manifiestan éstos y se determinan. *Poder* mandar á la materia. La ciencia confiere el dominio del universo al hombre que viene á ser por ella el lugarteniente de Dios.

Ahora bien, ¿cuál es el *objeto* de la fe? ¿El fenómeno? Nó. El principio primero, la causa absoluta, Dios. El fenómeno es de un grado inferior; por que toda causa y principio son trascendentales, y superiores al fenómeno que engendran. El fenómeno es contenido por ellos; pero él no los contiene... El misterio de la vida íntima de Dios; la unión inmediata, en unidad de persona, de la naturaleza divina y de la humana en Jesucristo; la relación directa y voluntaria de la naturaleza humana con la esencia divina por el intermedio de Cristo, tal es el objeto de la fe, secreto inenarrable cuya palabra divina contiene solamente la revelación.

En cuanto al *método* de la fe, todo su procedimiento consiste en adherirse á la palabra y testimonio de Dios que no se engaña, porque es infinitamente sabio, y que no puede engañar á otros, porque es bondad y rectitud por esencia. La ciencia tiene por método interrogar á la naturaleza, que le responde con los hechos; la fe tiene por método interrogar á Dios que le contesta revelando lo que es Él. Dios comprueba

su presencia con señales que no contiene la naturaleza, pues derogan sus leyes y prueban la intervención directa de Dios, quien únicamente puede ser causa de ellas.

La fe tiene por *fin* conducir la humanidad á su perfección ideal, á su supremo destino; unir á los hombres de buena voluntad, por el intermedio de Cristo revelador y salvador, á Dios que los ha criado, los llama y los aguarda.

Hay, pues, diferencias y armónicos contrastes entre la ciencia y la fe: la una es terrena, la otra celestial; la una nos hace mirar este mundo donde todo pasa, la otra nos invita al cielo en donde todo permanece; la una se limita á enseñarnos los fenómenos que huyen á nuestra vista, la otra se eleva á la substancia inaccesible que no cambia; la una nos da el planeta por dominio, la otra nos presenta el reino de Dios; la una exalta nuestra animalidad, la otra nos diviniza libertándonos de ésta; la una nos deja en la materia de que fué formado nuestro cuerpo; la otra nos eleva hasta el Espíritu que sopló sobre nosotros; la una nos constituye, como decía Claudio Bernard, dominadores de la materia, la otra nos hace, como dice S. Juan, hijos adoptivos de Dios.

¿Dónde están los conflictos? Que los sabios respondan y los señalen. Yo no veo sino un contraste armónico (1) entre la ciencia y la fe, y sus enseñanzas. Las dos no se excluyen, como tampoco se excluyen la tierra y el cielo, la materia y el espíritu. Estas cosas no deben oponerse sino

(1) Ó mejor dicho, diferencias originadas del objeto, del fin y del método de entrambas.

aproximarse: su acuerdo es la obra maestra, la maravilla de la creación.

Para que existiese conflicto entre la ciencia y la fe, habría que presentar un hecho científico, legítimamente comprobado, y por tanto irrecusable, que contradijese una fórmula dogmática, ó una interpretación sancionada por la Iglesia.

Ahora bien, yo lo proclamo muy alto, este hecho no existe, y añado sin temor: si existe, que se le muestre... Todas las contradicciones, con que ciertos sabios prevenidos meten tanto ruido y que un autor americano se ha apresurado en coleccionar en una obra intitulada: *Los conflictos de la Ciencia y de la Religión*, nacen de la ignorancia de las enseñanzas de la fe ó de la confusión de los diversos elementos de la ciencia». (1)

«No puede haber desacuerdo alguno entre la Teología y la Física, con tal que ambas se mantengan en sus límites y cuiden, según la frase de San Agustín, de no afirmar nada al azar ni de tomar lo desconocido por lo conocido.» (2)

«Si ciencia y fe proceden del mismo principio, ¿cómo no han de ser hermanas amorosísimas?» exclama Menéndez y Pelayo. «Si Dios puso en el alma la luz del entendimiento y le dió inclinación nativa para conocer la verdad, y nó para abrazar el absurdo, ¿cómo no ha de tender la razón á su perfección y término, aun después de obscurecida y degradada por el pecado original, cuanto más después de regenerada é iluminada por el beneficio de Cristo? Si la razón es *lux de lux*, intervi-

(1) *La science sans Dieu.*

(2) ENCICL. *Providentissimus*, antes citada.

niendo el concurso divino en el acto de conocer nuestro entendimiento la verdad; si *está signada sobre nosotros la lumbré del rostro del Señor*, ¿quién osará decir que la ciencia es enemiga de la Verdad Suma, que la ciencia es enemiga de aquella altísima revelación que Dios, por un acto de infinito amor, se dignó comunicar á los hombres? Sólo pueden decirlo los defensores de la soñada independencia y autonomía de la razón; como si la razón sin Dios y entregada á sus propias fuerzas, no fuese flaquísima y vacilante, y no tropezase y cayese en lo más esencial, quebrantándose y rompiéndose contra infinitas barreras. ¡Pobre y triste cosa es la ciencia humana, cuando la luz de lo alto no la ilumina! Por todas partes *límites, deficiencias*, como ahora dicen, contradicciones y nudos inextricables. Tal es el fin de la jornada: sed que no se sacia, y hambre que se torna más áspera, cuando se cree estar más cerca de la hartura.» (1) La Biblia y la naturaleza, dice el doctor Kurtz, son ambas palabra de Dios, y deben por tanto concordar forzosamente entre sí; y cuando esa conveniencia no aparece, la falta está ó en la exégesis del teólogo ó en la interpretación del naturalista. (2)

3. Las verdades sobrenaturales nos son conocidas sólo por la revelación, la que, en nuestro estado actual, nos es moralmente necesaria para el conocimiento exacto de todas las verdades religiosas y morales del orden natural.—Es innegable que hay muchas verdades de

(1) *La ciencia y la revelación*. Cita de Menéndez y Pelayo en su obra *Los heterodoxos*.

(2) Cf. P. MIR y NOGUERA.—*La Creación*.

un orden superior al natural, que exceden, por lo mismo, á los alcances de nuestro débil entendimiento. Afirmar lo contrario, equivaldría á negar la existencia del mundo sobrenatural y á igualar á Dios con el hombre. Dichas verdades, tales como las relativas á los misterios de nuestra religión, al fin sobrenatural del hombre y á los medios proporcionados de alcanzarlo, así como todas las prescripciones de la religión positiva que dependen de la libre voluntad de Dios, nos son únicamente conocidas por la revelación divina (1).

Mas, para conocer claramente, con firme certidumbre y sin mezcla de error todas las verdades religiosas y morales del orden natural, necesitamos *moralmente* de la revelación, con cuyo auxilio disminuye ó desaparece la dificultad que tenemos de conocerlas, á causa del daño que el pecado original causó en nuestra inteligencia.

Habría tres inconvenientes, según dice Santo Tomás, si la adquisición de las verdades del orden religioso natural se dejase solamente á la razón: 1.º El conocimiento de estas verdades sería el patrimonio de pocos hombres; porque los más, por falta de aptitudes, por pereza, ó por sus ocupaciones, no se dedican á este trabajo. 2.º Aun los pocos que á éste se consagran, no podrían conocer debidamente dichas verdades, sino después de largo tiempo; ya por la profundidad de éstas, lo que impone al entendimiento una labor asidua y difícil; ya por las muchas materias que sería necesario saber, para adquirir la ciencia de la re-

(1) Cf. Concil. Vatic. Constit. *Dei Filius* c. 2.

ligión y de las cosas morales; ya por las pasiones á que el hombre está sujeto, sobre todo en la juventud, que sirven de rémora al estudio. 3.º Muchas veces la falsedad se mezcla á las investigaciones de la razón humana, por la deficiencia de nuestra inteligencia en juzgar de las cosas y por el influjo de fantasmas ó representaciones equivocadas (1). Por último, la historia y la experiencia comprueban que el linaje humano, destituido de la luz de la revelación, no sólo careció de la ciencia conveniente de estas verdades, sino que cayó en gravísimos errores acerca de Dios, de sí mismo, del prójimo y del mundo. Aun los ingenios más preclaros del paganismo fueron víctimas de tanto mal; lo cual manifiesta que, sin la revelación, no podía el hombre librarse de dichos errores. (2)

«Antes de Jesucristo», dice un autor moderno, «la razón dominaba en casi toda la haz de la tierra. Era ella la aurora de las diversas religiones que había, la escuela de la moral, el senado de las leyes, el admonitor de las familias. Pero entonces los hijos de los hombres yacían en las tinieblas, ignorando su origen, su naturaleza, su destino. Las religiones eran monstruosas: si algo bueno había en ellas, debíanlo á las tradiciones antiguas, era un resto de la revelación primitiva. Los dogmas de entonces formaban un cúmulo de absurdos; el culto, un haz de supercherías. En la mayor parte de los pueblos la legislación era insensata, inculta, tiránica, y las costumbres así

(1) Cf. *Summa contra Gent.* lib. I, cap. 4.

(2) Cf. Prevel. *Elem. Theol. dogmaticae.*

públicas como privadas, no respiraban sino el vicio, la crueldad, la barbarie. Todo era ruinas.

«¡Cuán mudado, de lo que es por su propia virtud, quedó el espíritu humano con la claridad de la luz revelada! Los dogmas de la religión celeste le comunican cuanto es menester que sepa, le explican todos los problemas que le tocan, calman el vértigo que padece, le inundan de sabiduría, le transportan á regiones apacibles y resplandecientes. Sin dejar nada sin satisfactoria respuesta, sin contradecirse jamás, enlazando todas sus nociones en un plan tan vasto como lógico, dicen-nos de dónde venimos y á dónde vamos; nos dan la razón de ese dualismo de obscuridad y de luz, de mal y de bien en que se agita la vida terrena; señalan las causas de la felicidad y desventura de los individuos, de la caída y exaltación de las naciones; asientan los principios del orden general, especialmente del humano y social; fijan en todas las cosas la parte que cabe al hombre, y la que es de Dios, bondad inagotable y sabiduría infinita; en una palabra, los dogmas nos suministran todos los conocimientos, así naturales como sobrenaturales, que habemos menester para atravesar los mares del mundo sin perecer en las borrascas ni dar contra los escollos, y serenos y triunfantes arribar al puerto de la salud inmortal y de las divinas magnificencias.» (1)

«La grande benignidad de Dios», enseña León XIII, «manifestó con la luz de la fe, no solamente las verdades cuyo conocimiento sobrepuja á la humana inteligencia, sino también algunas otras

(1) FERNÁNDEZ CONCHA.—*Derecho Público Eclesiástico*.

no del todo inaccesibles á ella, para que, añadiéndose á la luz natural el testimonio divino, fueran conocidas de todos al punto sin mezcla ni sombra alguna de error." (1)

¿Qué fruto saca el hombre de su trabajo?, se dice en el Libro del Eclesiastés. *He visto la pena que ha dado Dios á los hijos de los hombres para su tormento. Todas las cosas que hizo Dios son buenas, usadas á su tiempo; y el Señor entregó el mundo á las vanas disputas de los hombres; de suerte que ninguno de ellos puede entender perfectamente las obras que Dios crió desde el principio hasta el fin* (2).

Cuanto se relaciona con el origen altísimo del hombre y su destino inmortal, cuanto mira á nuestra eterna salud y á los medios de alcanzarla, se ha dignado Dios descubrirnos y revelarnos, para que nadie se excuse de conseguir su fin último: no así en los conocimientos profanos y puramente científicos. En ellos ha dispuesto que el hombre los adquiriera con su esfuerzo personal; y, por mucho que avance y se fatigue en sus investigaciones, siempre tendrá que reconocer la debilidad de sus facultades y la limitación de sus conocimientos.

Entendí que el hombre no puede hallar razón completa de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo; y que, cuanto más trabajé por descubrirla, tanto menos la hallaré: aunque dijere el sabio que él la sabe, nunca podrá dar con ella (3). Después

(1) Encicl. *Sapientiae christianae*.

(2) III, 9 y 10

(3) El intellexi quod omnium operum Dei nullam possit homo invenire rationem eorum quæ fiunt sub sole; et

de citar este pasaje de los Libros Santos, el insigne Abate Moigno, exclama. "Este versículo me ha despertado con sobresalto y penosamente, como de un sueño harto largo y profundo. Hace 46 años que estoy estudiando la física y la química, y acabo de aprender por la revelación lo que debía saber tiempo há por la experiencia: es decir, que mis estudios no me han dado la explicación completa *de uno solo* de los innumerables fenómenos ó hechos de la naturaleza. La ciencia ha caminado desde treinta años acá, á pasos de gigante; pero todos sus progresos, sin exageración alguna, me han conducido á mí y á todos á la *multiplicidad de las incógnitas*. Cada paso dado hacia adelante, nos ha puesto en presencia de una nueva incógnita! Y la ciencia ¿no se humillará todavía bajo la mano de Dios, quien, con muchos miles de años de anticipación le señaló los límites que no traspasará jamás? *Tú llegarás hasta aquí, y no irás más allá; porque aquí se estrellará tu oleaje tumultuoso*. El progreso no ha hecho más que hacer retroceder la dificultad". (1)

Los racionalistas, á título de enaltecer los derechos y fuerzas de nuestro débil entendimiento, no admiten sino las verdades que están á su alcance y rechazan todas las del orden sobrenatural, las que conocemos únicamente por medio de la revelación. "Y ¿por qué se llaman *racionalistas*", dice el P. Fernando Ceballos, "cuando, siendo la

quantò plus laboraverit ad quærendum, tanto minus inveniat; etiam si dixerit sapiens se nosse, non poterit reperire.
(*Eclesiastès*—VIII, 17.)

(1) *Los esplendores de la fe.*

ciencia el fin del ejercicio de la razón, no quieren subyugar su entendimiento á la fe por algunos instantes, para merecer saber y comprender siempre? ¿En qué estudio no se comienza por el asenso al maestro y á la fe humana? ¿No ponderan á cada paso los filósofos las flacas fuerzas de la razón, y muchos no desconfían en absoluto de ellas? Más ciencia descubre la *noche* de la fe que el *día* humano. La fe levanta á la razón sobre su esfera natural, á la manera que el telescopio acrece el poder y el alcance de la vista. ¿Por las impresiones de nuestros sentidos queremos argüir al que los hizo? Quien arroje el telescopio no verá los misterios del cielo; quien prescinda de la revelación, nunca entenderá el misterio de las cosas ni alcanzará á rastrear las maravillas del plan divino. Además, la filosofía es insuficiente para la virtud y para la práctica de la vida: no ataca la raíz de la concupiscencia, vestigio del pecado original; carece de sanción eterna, ó no tiene en qué fundarla; á lo sumo, y prescindiendo de sus contradicciones, convencerá al entendimiento, pero no moverá la voluntad, ni sanará el corazón, ni dará á los hombres la paz que sobrepaja á todo sentido, la alegría y gozo del Espíritu Santo, el espíritu de verdad y santificación, que graciosamente se nos comunica por los sacramentos. ¡Qué repentina y eficaz metamorfosis la que obró la revelación en el mundo antiguo! ¡Cómo se realzó la naturaleza humana! (1)

El acto de fe, ó sea, la adhesión á las verdades

(1) La falsa filosofía. Cita de Menéndez y Pelayo en su obra *Los Heterodoxos*.

sobrenaturales, no es ciego é inconsciente, como pretenden los racionalistas; pues no es sólo permitido al hombre darse cuenta de sus creencias religiosas, sino que tiene obligación de hacerlo, siempre que su inteligencia sea capaz de ello. La razón no creerla, dice Santo Tomás, si no viese que se debe creer. *No despreciéis las profecías*, advierte S. Pablo: *examinad, si, todas las cosas y ateneos á lo bueno* (II Tes. IV, 21.) Gracias á este discernimiento lleno de prudencia, nos pondremos, siguiendo el consejo de S. Pedro, *en estado de justificar nuestras esperanzas á cuantos nos pidan razón de ellas*. (I Pet. III, 15.) Que no se impute á la Iglesia, afirma el concilio Vaticano, el exigir una fe absolutamente ciega é irracional; que no se la acuse de pretender que los que han creído y los que para creer han hecho de su razón un uso saludable, no pueden continuar empleándola en hacer su fe más humilde, pero también más ilustrada.

El concurso de la razón es indispensable para llegar al conocimiento de las verdades sobrenaturales; pues ella juzga de los motivos de credibilidad y comprueba la certidumbre de la revelación divina. (1)

4. La Biblia no es un libro especialmente científico.—Conviene tener en cuenta que el objeto primordial que Dios se propuso al revelarnos las verdades contenidas en la Biblia, fué instruir al hombre en lo tocante al orden moral y religioso, para que pudiese santificarse y salvarse. "Ningún escritor sagrado", como muy bien lo

(1) Cf. La obra: *Accusations contre la Religion*.

nota el P. Mir y Noguera, "intentó resolver controversias científicas ni Dios tuvo por blanco inspirar su solución. Porque, como dice el Maestro de las Sentencias, pecando Adán no perdió la ciencia natural que tenía antes de pecar.....; y por eso no recibe el hombre instrucción en ella por medio de la Escritura, sino en la ciencia del alma, que es la que pecando perdió." (1)

Diverso es, por lo mismo, el fin de la ciencia y el de la revelación que se encuentra en la Biblia; y las dos, como afirma el cardenal Newman, se mueven en terrenos separados; cada una puede enseñar en su dominio propio, sin temor de que intervenga la otra. Ciertamente pudo Dios hacer superflua la investigación científica de la naturaleza, revelando las verdades que constituyen su objeto; pero no ha querido hacerlo así... Para evitar el error de los que piensan que puede haber contradicción entre la ciencia de la naturaleza y la Biblia, dice Patrizi, debe recordarse que los escritores bíblicos no se propusieron examinar las cuestiones de las ciencias físicas, ni sacarnos de la ignorancia que padecemos tener acerca de los fenómenos de la naturaleza. (2)

Para contestar muchos argumentos y dar solución á varias dificultades que se alegan contra la Biblia, es preciso advertir que ésta no es un curso de *astronomía, de geología ó de otra ciencia humana*, sino, ante todo, un libro que contiene el conjunto de las verdades reveladas por Dios y

(1) *La Creación.*

(2) Citas del Card. González en su obra *La Biblia y la Ciencia.*

confiadas á la Iglesia, tales como las concernientes al origen y supremo destino del hombre, á los atributos y perfecciones divinas, á la manera de ordenar nuestras costumbres, de santificar los actos de la vida, de honrar y servir á Dios, etc., etc. También los *autores inspirados*, acomodándose á la capacidad del pueblo á quien se dirigían, emplearon á veces locuciones vulgares para explicar ciertos fenómenos naturales, á fin de ponerse más al alcance de los lectores, y aun consignaron algunas ideas y hechos aceptados en la época en que escribieron.

Al tratar de la extensión de la inspiración, dice el abate Vigouroux: "La doctrina unánime de los autores católicos, es que la inspiración se extiende *directa y especialmente* á todo aquello que, en las Escrituras, se refiere á la religión, á la fe y á las costumbres, es decir á todas las enseñanzas sobrenaturales contenidas en la Biblia." (1)

De conformidad con lo anterior, dice el abate Moigno: "Podemos afirmar sin vacilación alguna, que la inspiración comunicada á los escritores sagrados no tuvo por objeto directo constituirlos en estado de *sabios*, ni hacer brotar de su pluma el conocimiento dogmático de los fenómenos del universo y de sus causas. Podemos, por tanto, convenir en que ellos enuncian simplemente los hechos y las leyes de la naturaleza, como lo haría un escritor que refiere sus observaciones y expresa sus pensamientos con la sola intención de darse á comprender á quienes habla..... Se podría aun admitir con San Jeróni-

(1) *Manual Bíblico*.

mo, que muchos hechos son relatados en la Escritura según la opinión recibida en la época en que fueron cumplidos...; con Santo Tomás, que ciertos pasajes de la Biblia solamente son la expresión de una opinión vulgar que no hay que extremar demasiado; con Keplero que la Sagrada Escritura se sirve, en ciertos casos, de locuciones usuales y de términos empleados por el común de los hombres; con los escritores considerados como ortodoxos, que ella se acomoda á las ideas del tiempo, á las de los autores y de la muchedumbre, conformándose en la expresión á la manera de representar los fenómenos naturales. Pero yo voy más lejos con Ampère y de Serres: mi profunda convicción, como la suya, es que la ciencia de las Escrituras supone casi siempre, *ó una revelación venida de lo alto, ó á lo menos esa mirada del genio que adivina los misterios de la naturaleza, penetra las tinieblas de que están rodeados, y constituye la verdadera inspiración que comunica á los hombres un rayo de la luz eterna.* (1)

«La Biblia inspirada por Dios para enseñar á los hombres la verdad divina que nos conduce á nuestro fin, no se ocupa en los sistemas de Ptolomeo ni de Copérnico, ni se propone tampoco enseñarnos que la tierra es redonda y que el sol es su centro. Nada prueba que Moisés, al escribir su relato sublime de la creación, dividido en seis períodos que terminan con el descanso del Señor, haya tenido otra intención sino la de poner en labios de su pueblo un canto que

(1) Obra citada.

perpetuase el recuerdo del más grande de los acontecimientos, y á la vista de las generaciones futuras un modelo grandioso de la semana típica que debía gobernar toda la vida del pueblo hebreo.

"Algunos autores, en su empeño de vindicar la Biblia de los ataques de una ciencia hostil, han pretendido que hablaba como Ptolomeo, otros como Galileo, éstos como Cuvier, aquéllos como Ellas de Beamont, etc., etc. Semejante táctica no puede menos de manifestar falta de respeto á los Libros Santos y á la fe. ¿Qué pensar de un libro que se puede acomodar á todos los sentidos é interpretar según los sistemas científicos más contradictorios? Esto prueba claramente que la Biblia no es, propiamente hablando, un libro científico, sino ante todo un libro histórico, moral y religioso. Dejemos la palabra de Dios en el cielo, no la comprometamos abajándola hasta la tierra, no la introduzcamos imprudentemente en el torbellino de las opiniones humanas. Las alianzas desiguales no sirven de nada: no enaltecen al que se pretende elevar, sino más bien le abaten y humillan». (1)

"No quería el Espíritu Santo hacer naturalistas, sino virtuosos», dice Balmes; "y por esto, sólo nos presenta los portentos de la creación bajo el aspecto más á propósito para excitar en nosotros la admiración y gratitud hacia el Autor de tantas maravillas y beneficios. La naturaleza, tal como viene mostrada en el sagrado texto, satisface poco la curiosidad filosófica; pero, en cambio,

(1) DIMON, *La science sans Dieu*.

recrea y engrandece la fantasía, hiere y penetra el corazón. (1)

Pero, aun cuando la Biblia no sea un libro especialmente destinado á enseñar las ciencias, no puede decirse que contiene errores científicos ni de ningún otro género; porque esto se opone á la inspiración de las Escrituras enseñada por los Concilios Tridentino y Vaticano, «inspiración que entraña una acción especial de Dios sobre la inteligencia y la voluntad del escritor sagrado, en virtud de la cual le mueve y determina á escribir algunas cosas que, ó le son reveladas por el mismo Dios, si las desconoce, ó son superiores á la razón humana, ó en el caso de que el escritor posea ya el conocimiento de las mismas, le asiste y ayuda, ya para que no incurra en error al consignarlas, ya también para que sólo consigne lo que Dios quiere: y esto en la forma, condiciones y circunstancias que quiere». (2)

En cuanto á las teorías ó cuestiones científicas, si consta de una manera indubitante que fueron enseñadas por el autor bíblico, pasan á ser verdades reales, una vez que, según la doctrina de la Iglesia, la Biblia no contiene error de ninguna clase. La inspiración divina, y, por consiguiente, la verdad en los Libros Sagrados, no se limita á las cosas doctrinales... Lo que real y verdaderamente está contenido en ellos, el sentido que real y verdaderamente dieron á sus palabras los escritores bíblicos, debe creerse con *fe divina* y admitirse como verdad inconcu-

(1) *El Protestantismo.*

(2) CARD. GONZÁLEZ. *La Biblia y la ciencia.*

sa, aunque no pertenezca directamente á los misterios de fe ni á las verdades morales que constituyen el objeto principal, pero no único de la revelación, según enseña la teología católica. Santo Tomás afirma que el Espíritu Santo dotó á la Escritura de un fondo de verdad superior á las interpretaciones ó invenciones del hombre; pero que á la autoridad de ella no perjudica el que, dejando á salvo la fe, se la interprete ó exponga de diferentes maneras. (1)

A no ser que se rechacen las locuciones populares, en la Biblia no se encuentra ningún error científico, propiamente así llamado, dice el sabio Vigouroux. Que haya contradicción entre el texto sagrado y ciertas hipótesis de algunos sabios, nos importa poco, porque una hipótesis no es una verdad científica. (2)

En cuanto á las citas que se hacen en las Escrituras, no es erróneo afirmar, como dice un escritor moderno, "que puede haber y hay algunas que el autor sagrado no garantiza, citas que pertenecen á la Biblia *materialmente* y no *formalmente*, según enseñan los teólogos. Mas, para afirmar que tal ó cual pasaje es de este género, es preciso estar autorizado para ello por el contexto; es preciso que el autor inspirado advierta ó haga entender de una manera cualquiera que, en tal momento, cita un hecho sin garantizar la exactitud de lo que refiere". (3)

(1) Cf. CARD. GONZÁLEZ. Obra citada.

(2) Cf. *Manual Bíblico*.

(3) Cf. MÉCHINEAU. *La théorie documentaire dans le Nouveau Testament*.

Dos métodos han empleado de preferencia los apologistas en la interpretación literal ó natural de ciertos textos de la Escritura: á saber, el *concordista y el idealista*. Según el primero, «la Biblia encierra un conjunto de afirmaciones científicas y un gran número de textos se refieren á hechos de ciencia pura. Deducen de aquí que el apologista debe sostener con todos sus detalles, la verdad absoluta de estos pasajes de la Escritura, y el acuerdo positivo entre cada uno de ellos y los descubrimientos sucesivos de la ciencia». El sistema idealista, seguido por muy ilustres genios de la antigüedad cristiana, desde Clemente y Orígenes hasta S. Agustín, afirma que «la Biblia no tiene nada de común con las ciencias profanas; se abstiene de instruirnos en este orden de cosas y no persigue jamás otros fines que los religiosos. El teólogo exégeta ha de eximir, pues, de toda responsabilidad á la Biblia, evitando todo conflicto con las ciencias profanas y haciendo imposible todo antagonismo, separando y aislando sus dominios respectivos, buscando tan sólo el acuerdo negativo».

Como dice un apologista de nuestros días, hay inconvenientes graves en la aplicación rigurosa de cada uno de estos sistemas. Ni se ha de pretender dar *valor científico* aun á los detalles y pormenores de la Sagrada Escritura, ni se ha de admitir que el único fin de la apologética consiste en manifestar el *acuerdo negativo*, la falta de *contradicción* y de *concierto real* entre los textos inspirados y las ciencias naturales.

Por esto algunos exégetas modernos admiten un método *moderado ó medio* que, participando

de los dos anteriores, corta sus excesos y peligros. Voy á exponerlo, por via de enunciación, como lo he hecho con los precedentes. Según este nuevo método ó sistema, "en los puntos principales de la Biblia, en todas sus afirmaciones absolutamente claras y autorizadas en regla, se ha de demostrar el acuerdo positivo con las verdades ciertas y paralelas de la ciencia: tal sucede, por ejemplo, con la unidad de la especie humana, con la creación *ex nihilo*, etc.

"Se han de evitar las preocupaciones de detalle, las sutilezas concordistas, que sólo sirven para añadir nuevos capítulos á la larga historia de las variaciones exegéticas. Para mantener el principio de la inspiración, se ha de distinguir con cuidado la verdad científica absoluta de la relativa; el lenguaje científico, del verídico.

"Es innegable que hay en la Biblia, considerando únicamente sus grandes rasgos, enseñanzas que no pueden aislarse ni separarse de las enseñanzas paralelas de la ciencia... Más aún: algunas de estas afirmaciones de la Biblia, inseparables de las científicas correspondientes, tienen interpretaciones autorizadas por la fe, como, v. g., la procedencia del linaje humano de una sola pareja." (1)

Muchas veces se combate la Biblia por la opinión de tal ó cual Padre de la Iglesia, ó de un intérprete que puede no estar de acuerdo con las conclusiones últimas y ciertas de la ciencia; pero, por autorizada y grave que sea dicha

(1) DUILHÉ DE SAINT PROJET.—*Apología científica de la fe cristiana*.—Cf. GONZÁLEZ, *La Biblia y la Ciencia*.

opinión, la Iglesia no es responsable sino de lo que admite y enseña como doctrina suya inconcusa.

No debe olvidarse, en todo caso, que aun actualmente varias ciencias naturales están en sus comienzos; que lo que antes se admitió por algunos autores como verdad incontrovertible y hasta se adujo como argumento contra la Biblia, ha sido después desmentido y desechado por nuevos descubrimientos científicos, en todo de acuerdo con las enseñanzas bíblicas; y que en nuestros días se sostienen aun hipótesis contradictorias por los representantes de la ciencia, acerca de la cosmogonía y otras materias relacionadas con la revelación. Esto manifiesta que las conjeturas é hipótesis dominan todavía, en gran parte, en el vasto campo de las ciencias físicas.

Sintetizando y ampliando á la vez Santo Tomás las ideas de los antiguos Padres y Doctores en esta materia, reconoce con el grande Obispo de Hipona, no sólo que la Sagrada Escritura es susceptible de interpretaciones diversas con respecto á un mismo texto, sino que añade que nadie debe abrazar la interpretación determinada de algún texto, negándose á abandonarla, aun cuando se presenten razones ciertas en contrario de aquella interpretación ó sentido que antes se consideraba como verdadero, á fin de evitar que los incrédulos se burlen por esto de la Escritura ó se les cierre el camino de la fe.

Bueno es igualmente recordar que Melchor Cano advierte que la autoridad de los Santos Padres, cuando se refiere á ciencias naturales, no suministra argumento ó prueba cierta en favor de al-

guna proposición, y que en estas materias la fuerza de su autoridad está en relación con la de las razones alegadas... Añade el autor de los *Lugares teológicos*, que la opinión de algunos Padres en cosas pertenecientes á la Escritura, sólo lleva consigo cierta probabilidad, pero nó certeza; y, lo que es más todavía, enseña que, en lo no perteneciente á la fe, no produce certeza sino probabilidad mayor ó menor, la opinión aun unánime de los Padres de la Iglesia. . Téngase, en fin, en cuenta que el valor de las interpretaciones de algunos Padres de la Iglesia con respecto á los textos bíblicos que atañen más ó menos directamente á las ciencias naturales, está en relación con los conocimientos más ó menos exactos ó complejos que posean acerca de esas ciencias, conocimientos que en algunos de ellos fueron muy imperfectos, como dice el mismo Cano. (1)

5. Cuál debe ser la actitud de la ciencia con respecto á la Biblia.—¿Cuál debe ser, según esto, la actitud de la ciencia ante la Biblia? ¿Deberá combatirla por el hecho de no comprender algunos de sus pasajes, y afirmar que se hallan en oposición con la ciencia? De ninguna manera. Esto equivaldría á constituirse el hombre en juez de las obras de Dios, y á pretender medirlas con su débil inteligencia. Si la naturaleza tiene arcanos y misterios, el hombre debe humillarse y reconocer su pequeñez; si le parece que hay contradicción entre la ciencia y la Biblia, debe desconfiar de las aseveraciones de la primera y adherirse á las enseñanzas de la segunda,

(1) Cf. *La Biblia y la ciencia* por el Card. GONZÁLEZ.

que no puede errar, persuadido de que, á medida que se conozcan mejor las leyes del mundo físico, se patentizará también mejor el acuerdo entre la ciencia y las Santas Escrituras. Así lo comprueban muchos descubrimientos modernos que han vindicado por completo la exactitud científica de varios textos de la Biblia que dieron origen á las burlas de la filosofía incrédula y volteriana del pasado y del presente siglo. Además, no hay que olvidar que las ciencias humanas se ocupan exclusivamente, como lo nota Moigno, en los hechos y en las leyes de la naturaleza, y tienen su dominio aparte, distinto del dominio de la fe; que pueden y deben marchar en línea recta, sin ulterior pensamiento, sin inquietarse directamente por las relaciones que sus resultados pueden tener con la fe, á la que están subordinadas como á Dios. Es un deber riguroso de las ciencias tener esto en cuenta, desconfiar de sus conclusiones, cuando tienden á la negación de un hecho ó de una verdad afirmada en la Santa Escritura, y rechazarlas cuando la autoridad suprema é infalible de la Iglesia las declara inadmisibles. (1)

El Barón Agustín Cauchi que, á juicio del mismo Moigno, es el primer matemático de este siglo, como autor de notabilísimos descubrimientos en el análisis trascendental, que lo colocan muy por encima de su maestro Laplace, ha dicho estas hermosas palabras, que conviene repetir para enseñanza de los que se dedican á las ciencias naturales:

"El entendimiento del hombre se halla sujeto

(1) *Los esplendores de la fe.*

al error. ¡Cuántas veces ha sucedido que algunos hechos fueron mal observados, y que de razonamientos inexactos se dedujeron falsas consecuencias! Aun en las ciencias puramente matemáticas, bajo la fe de los geómetras más entendidos, ¿acaso no se ha visto que algunas teorías, al principio admitidas, eran luego desechadas como incompletas y falsas? Un sabio deberá, pues, temer extraviarse, aun al establecer aquellas teorías que le parecieren más incontestables; y, si es razonable, tomará todas las precauciones para asegurarse sobre el particular. En primer lugar, someterá el fruto de sus vigilias al examen y autoridad de los demás sabios: cuando viere sus experimentos repetidos con éxito y sus teorías generalmente admitidas por aquéllos que cultivan las mismas ciencias, podrá fiarse más de sus propias luces y lisonjearse de haber llegado á la verdad. Y no basta esto todavía: si busca verdaderamente la verdad, deber suyo es rechazar toda hipótesis que contradijere á las verdades reveladas. Este punto es capital, no diré en interés de la religión, sino en interés de las mismas ciencias. El olvido de esta verdad ha motivado que algunos sabios tuviesen la desgracia de perder en vanos esfuerzos un tiempo precioso, que hubiera debido aprovecharse en útiles descubrimientos». (1)

6. Utilidad de la Biblia para la cultura intelectual y moral del hombre.— El fin principal de la Biblia es enseñar al hombre la *ciencia de Dios*, que es la más alta y hermosa entre todas, la que más instruye y cultiva la inteligencia

(1) Cita de *Los esplendores de la fe*.

humana. Pero, aun cuando la Biblia no se proponga *ex profeso* enseñar las ciencias profanas, contribuye mucho á su desarrollo, tanto por los variados conocimientos que es preciso tener para comprender bien ciertos lugares de la Escritura, como por los profundos estudios que en muchos ramos del saber humano han tenido que hacer los expositores y defensores de ella.

Además, por el íntimo enlace de las verdades entre sí, la divina revelación no puede ser extraña ni menos opuesta á las verdades del orden natural, como antes se ha probado. Por esto hay en la Biblia algunas enseñanzas científicas que han servido á los sabios de punto de apoyo en la investigación de los arcanos de la naturaleza. Es innegable, por lo mismo, que la Sagrada Escritura es muy útil para la cultura del hombre, aun en el orden natural.

El estudio de la Biblia *se refiere á todo, habla de todo, supone todos los conocimientos*; y el que quiere conocer bien la Biblia debe ser, en alguna manera, un hombre universal, dice un autor de nuestros días.

Hé aquí sumariamente indicadas las ciencias que exige el conocimiento de la Biblia: 1.º El estudio de las *lenguas* en que están escritos los libros santos; 2.º El estudio de la *geología*, que explica las transformaciones sufridas por el globo terrestre y que supone el relato de Moisés; 3.º El estudio de la *astronomía*, esto es, de la naturaleza y número de los astros, de sus diversas revoluciones, de la época de su creación y de su influencia sobre el globo terrestre; 4.º El estudio de la *biología*, es decir, del origen de la vida en

las plantas y en los animales; 5.º El estudio de la *paleontología*, ó sea, de las plantas y de los fósiles descubiertos en las diversas capas del globo; 6.º El estudio de la *antropología*, ó sea, del hombre desde el punto de vista de su origen, de lo que le distingue de los otros animales, de la unidad de especie y de la época de su aparición en el globo; 7.º El estudio de la *etnología*, que comprende á la vez la cronología y la historia, así como el estudio de los pueblos desde el punto de vista de su antigüedad, de su lengua y de sus costumbres. (1)

La Biblia, observa Mgr. Plantier, dictada por inspiración divina, proporciona entretenimiento agradable, pero principalmente sirve para gobernar el alma y regular las costumbres; y hasta los impíos han confesado la grande importancia del texto sagrado. La majestad de las Escrituras me admira, decía Rousseau, y la santidad del Evangelio habla á mi corazón.

San Jerónimo, tan versado en los estudios bíblicos, recomendaba á todos la lectura de los Libros Santos, y en sus cartas á Leta, á Paula y Eustoquio manifiesta vivo desco de que aun las mujeres los lean á menudo, á fin de que se recreen, deleiten, instruyan y moralicen. En la carta á Leta, dándole consejos para la educación de su hija Paula, dice el mismo Santo: "Comience por aprender el salterio, y entretenga sus ejercicios de piedad con estos divinos cánticos: busque en los Proverbios de Salomón reglas de bien vivir, en el Eclesiástico máximas que le inspiren

(1) Cf. *Accusations contre la Religion*.

poco á poco desprecio del mundo, y en Job ejemplos de virtud y de paciencia: pase en seguida al Evangelio y téngalo siempre entre las manos: haga su alimento y sus delicias de las Actas y las Epístolas de los Apóstoles; y después de haberse enriquecido con estos preciosos tesoros, lea los Profetas, los libros de Moisés, de los Reyes, los Paralipómenos, el de Esdras y de Ester, y termine el estudio de la Escritura Santa por el Cántico de los Cánticos que se ocupa en las nupcias espirituales entre Dios y el alma». (1) Tanto encarece este santo Doctor el conocimiento de la Biblia que llega á asegurar que ignorarla es ignorar á Cristo.

«La lectura de los Libros Sagrados», decía Orígenes, «es una armadura espiritual de que usamos para pelear contra las potestades del infierno y del mundo. Es, según el Crisóstomo, pan del alma y sustento del espíritu, y nos sirve de alcázar para defendernos del pecado, ó de antídoto, en expresión de San Ambrosio, contra nuestras pasiones, y de medicina espiritual contra todas las enfermedades y dolencias del alma. Aunque no se entiendan los secretos de la Escritura, dice el mismo San Juan Crisóstomo, con todo, su simple lectura causa en nosotros cierta santidad; pues no puede ser que deje de entenderse algo de lo que se lee». (2)

7. Conveniencia de promover entre los católicos la lectura frecuente de la Biblia. —

(1) *Les Pères de l'Eglise latine*, por NOURRISSON.

(2) Citas de TORRES AMAT en su *Discurso preliminar sobre los Lib. Sagrados*.

Por desgracia, en nuestros tiempos, ha disminuído mucho entre los católicos la lectura constante de la Santa Escritura, siendo así que los protestantes tienen cuidado especial de prescribirla y fomentarla, no sólo en el templo sino también en el hogar doméstico y en las casas de educación.

En los primeros siglos de la Iglesia, á pesar de que no había sido aun descubierta la imprenta, y de que, por lo mismo, era más difícil la adquisición de libros, la Biblia era leída á menudo, no sólo por los monjes y sacerdotes, sino también por los fieles, contándose aun no pocas mujeres, como Santa Paula romana, Santa Catalina mártir y otras muchas, que fueron versadísimas en la Sagrada Escritura.

Esta hermosa práctica se conservó en los siglos de fe; y por esto, en todas las clases de la sociedad, admiramos en ellos tanta solidez en el conocimiento de la religión y tan eximias virtudes públicas y privadas. Porque es indudable que ningún libro puede parangonarse con la Biblia, que contiene la palabra de Dios, cuya eficacia, para atraer los corazones al bien, destruir los vicios y hacer germinar las virtudes, excede á toda ponderación. En las iglesias, en las asambleas públicas, en el seno de las familias se procuraba entonces leer y meditar los Libros Santos, entonar alabanzas á Dios, tomadas de los Salmos de David y de los cantos de los profetas, así como recitar varios himnos litúrgicos.

Mas, en la época presente, esta laudable costumbre va desapareciendo, y para no pocos católicos la Escritura es un *libro cerrado*, hasta el punto de ignorar el número de libros que con-

tienen el Antiguo y el Nuevo Testamento. Quizás esto depende, en parte, del sinnúmero de obras de piedad, que circulan en nuestros días, muchas de ellas llenas de textos y de máximas de la Biblia, obras que andan en manos de todos los católicos; pero, por excelentes que sean, nunca pueden sustituir á la Sagrada Escritura, que es á modo del oro entre los demás metales.

Conviene, pues, fomentar entre las familias y en los centros de enseñanza la lectura constante de la Biblia, para que el hombre se familiarice con ella desde la primera edad, y le sirva de guía y consejera en las contrariedades y en los sucesos graves de la vida. De este modo reflorecedrán las sanas costumbres y sobre todo el espíritu cristiano, tan amenguado en nuestros días.

Los Santos Padres inculcan á menudo la importancia de este estudio; llaman á los Libros Santos "precioso tesoro de las doctrinas celestes, fuentes eternas de salud", comparándolos á praderas fértiles, á deliciosos jardines, en los que el rebaño del Señor encuentra una fuerza admirable y un encanto indecible. (1)

Si la salvación del hombre depende del conocimiento y amor de Jesucristo; y si el Evangelio contiene la relación de su doctrina y milagros, este libro debe ser doblemente caro al cristiano, quien ha de tenerlo constantemente á la vista, á fin de saborear su celestial dulzura y conformar su conducta á las máximas divinas que enseña.

Mas, como «la Escritura, según la frase de San Jerónimo, está rodeada de cierta oscuridad, nin-

(1) Enclcl. *Providentissimus*, de S. S. León XIII.

gún católico debe emprender su estudio sin guía», para no imitar á los protestantes que, prevalidos del *libre examen*, la interpretan á su modo y como les parece. Este guía seguro, constituído por Dios, es la Iglesia, única llamada á fijar el sentido de la Escritura, apoyada en el parecer de los padres y doctores. Por esto el Concilio Vaticano, renovando un decreto del Tridentino, sobre la interpretación de la palabra divina, decidió «que en las cosas de fe y de costumbres, que tienden á la fijación de la doctrina cristiana, se debe mirar como sentido exacto de la Santa Escritura, el que ha considerado y considera como tal nuestra Madre la Iglesia, á quien corresponde juzgar del sentido é interpretación de los Libros Sagrados. Á nadie es, por tanto, permitido explicar la Escritura de una manera contraria á esta interpretación ó también contra el consentimiento unánime de los Padres». (1)

8. Juicio de varios escritores notables acerca de la Biblia. — «Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó á leer treinta y tres siglos há; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no ha acabado su lectura», dice el elocuente marqués de Valdegamas. «Libro prodigioso aquel en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos se cuenta la historia; en que sin es-

(1) Sess. III, cap. II, de *revel.* Of. Encicl. antes citada.

tudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas». (1)

«No ha habido hasta ahora ni es posible que haya jamás un libro tan estudiado, tan examinado, tan analizado, como la Biblia», dice un distinguido obispo del Ecuador. «La Biblia ha sido el libro, en cuyas páginas han buscado inspiración todos los grandes pensadores durante diecinueve siglos; de la lectura de la Biblia han sacado esas obras maestras de sabiduría y de elocuencia, con que han asombrado al mundo; en la Biblia no han cesado de meditar los santos; los eruditos la han comentado, explicándola palabra por palabra; contra la Biblia han conspirado poderosos ingenios; pero, á pesar de los extraordinarios esfuerzos que han hecho para destruirla, nada han podido conseguir, y la Bi-

(1) Discurso sobre la Biblia.

blia ha quedado invulnerable; es el libro por excelencia; es el libro divino contra el cual serán siempre impotentes los esfuerzos de la razón humana. ¿De dónde le viene á la Biblia su belleza inmortal, su verdad indestructible, sino de que contiene la doctrina revelada por Dios á los mortales? (1)

Discurriendo Balmes acerca de la Sagrada Escritura, dice que es "un libro que encierra en breve cuadro el extenso espacio de cuatro mil años, y adelantándose hasta las profundidades del más lejano porvenir, comprende el origen y destinos del hombre y del universo; un libro que, tejiendo la historia particular de un pueblo escogido, abarca en sus narraciones y profecías las revoluciones de los grandes imperios; un libro en que los magníficos retratos donde se presentan la pujanza y el lujoso esplendor de los monarcas de Oriente, se encuentra al lado de la fácil pincelada que nos describe la sencillez de las costumbres domésticas ó el candor é inocencia de un pueblo en la infancia; un libro donde narra el historiador, vierte tranquilamente el sabio sus sentencias, predica el apóstol, enseña y disputa el doctor; un libro donde el profeta, señoreado por el espíritu divino, truena contra la corrupción y extravío de un pueblo, anuncia las terribles venganzas del Dios del Sinaí, llora inconsolable el cautiverio de sus hermanos y la devastación y soledad de su patria, cuenta en lenguaje peregrino y sublime los magníficos espectáculos que se desplegaron á sus ojos en momentos de arrobó,

(1) Ilmo. señor GONZÁLEZ SUÁREZ, *Estudios bíblicos*.

en que, al través de velos sombríos, de figuras misteriosas, de emblemas oscuros, de apariciones enigmáticas, viera desfilas ante su vista los grandes sucesos de la sociedad y las catástrofes de la naturaleza; un libro, ó más bien un conjunto de libros, donde reinan todos los estilos, campean los más variados tonos, donde se hallan derramadas y entremezcladas la majestad épica y la sencillez pastoril, el fuego lírico y la templanza didáctica, la marcha grave y sosegada de la narración histórica y la rapidez y viveza del drama." (1)

Pasa con la Biblia lo que con la Iglesia católica, que ha sido y será siempre impugnada por tenaces enemigos, de los que ha triunfado y triunfará en todo tiempo. Mientras haya ignorancia y prevaricaciones en el mundo; mientras el hombre en su ciego orgullo intente constituirse en árbitro de sus destinos; mientras se lance en pos de placeres vedados, hará guerra á la Escritura que condena los desvaríos de la razón y pone á raya los apetitos desordenados. Pero los que practican el bien, los que anslan la verdadera paz, los que desprecian los goces terrenales y levantan la mirada al cielo, patria de las almas, mirarán siempre la Biblia, con mayor razón que el arca de la alianza antigua, como el receptáculo de todas las creencias y de todas las salvadoras esperanzas de la humanidad.

"¿Qué autoridad, afirma el P. Maccarthy, puede compararse con la del Antiguo Testamento, libro anterior con muchos siglos á todos los de-

(1) *El Protestantismo.*

más libros; el cual, lejos de parecer un ensayo informe, es superior en todo género de bellezas y de perfecciones á los libros más acabados de los hombres, como lo es el cielo respecto de la tierra? ¡Qué poesía, qué elocuencia tan sobrehumana, qué sabiduría tan profunda, qué tesoros de conocimientos y de luces los que en él se encierran!.. Y, sin embargo, ese libro que trata de todas las cosas y que se nos ofrece como infalible sobre todas ellas, hállese expuesto, desde hace tres mil años, á la contradicción de los hombres, sin que haya sido posible notar hasta hoy en él, sobre un solo punto, un solo error ó una equivocación la más insignificante. ¡Cuántas veces los cálculos, las investigaciones y los pretenciosos descubrimientos de los sabios, han venido á estrellarse en el decurso de los siglos, contra las bases establecidas por dicho libro! Y aun en nuestros días, ¿no se han visto obligadas una vez más todas las ciencias sublevadas por una filosofía audaz, á prosternarse ante los oráculos de Moisés, impugnados siempre en vano por la más ruidosa y soberbia rebeldía?» (1)

Con razón el sapientísimo León XIII, en su luminosa Encíclica sobre el estudio de la Escritura, "encarece á todos que cultiven las Sagradas Letras con respeto y piedad vivísimos. Pero su inteligencia no puede obtenerse, como es necesario, de una manera saludable, si no echan fuera la arrogancia de la ciencia terrenal, y si no emprenden con ardor el estudio de esa sabiduría que viene de lo alto. Una vez iniciados en esta

(1) Primer sermón sobre la incredulidad.

ciencia, alumbrados y robustecidos por ella, el espíritu tendrá un poder extraordinario para reconocer y evitar los errores de la ciencia humana, cosechar sus frutos sólidos y enderezarlos á los intereses eternos. El alma se encaminará de este modo con mayor ardor por la senda de la virtud, y estará con mayor viveza animada del amor divino. ¡Dichosos los que averiguan sus testimonios y los guardan con todo su corazón!... En las Escrituras se ve viva y palpitante la imagen del Hijo de Dios, y este espectáculo alivia los males de un modo admirable, exhorta á la virtud é invita al amor divino... Y, si se buscan preceptos relativos á las buenas costumbres, á las reglas de vida, encontrarán los hombres en la Biblia prescripciones llenas de santidad, exhortaciones en que se hallan maravillosamente reunidas la suavidad y la fuerza, notables ejemplos de todas las virtudes, á los que se añaden la promesa de las recompensas eternas y el anuncio de las penas del otro mundo». (1)

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Los Santos Padres, los Apologistas y los Oradores Sagrados

1. Utilidad del estudio de las obras de los Santos Padres.— 2. Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los Santos Padres.— 3. Los apologistas cristianos: servi-

(1) Encicl.—*Providentissimus Deus*.

cios que han prestado á la Iglesia y á las ciencias con sus escritos.—4. Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos.—5. Males y bienes que ha causado.—6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana.—7. Móviles de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido.—8. Juicio del P. Didón sobre la predicación de N. S. Jesucristo.

1. Utilidad del estudio de las obras de los Santos Padres.—Después de la Sagrada Escritura, que es *libro divino*, ocupan el primer lugar, entre las producciones del ingenio humano, las de los Santos Padres, quienes sobresalen por su profunda ciencia y admirable virtud; de modo que sus obras forman un arsenal de útiles y variados conocimientos, á que es preciso acudir para conocer y profundizar las admirables enseñanzas contenidas en la Biblia. Indudablemente los escritos de aquellos insignes varones son los monumentos más sorprendentes de la inteligencia ilustrada por la fe, "y después de los Apóstoles han sido, por decirlo así", según la frase de León XIII, "los jardineros de la Iglesia, sus constructores y pastores que la han alimentado y hecho crecer". (1)

Aun cuando las obras de los Santos Padres y de los apologistas deban ser principalmente estudiadas por el clero, no por eso las han de echar en olvido los seglares, si desean poseer á fondo la ciencia de la religión y aun aprovechar en otros ramos del saber. Justo es, por tanto, después de haber hablado de la Biblia, decir algo de los escritos de aquellos eximios autores, para que la

(1) Encicl. *Providentissimus Deus*.

juventud los estime cual se merecen y procure consultarlos ó siquiera hojearlos algunas veces. En todo tiempo han acudido á ellos los escritores católicos, sean ó no miembros del clero, como á fuente inagotable de sabiduría cristiana y como á guías seguros para la acertada solución de las más arduas cuestiones del orden social y religioso. Si se recorren, por ejemplo, las obras de Augusto Nicolás, de Hauterive, de Ernesto Hello, Donoso Cortés, Menéndez y Pelayo y otros sabios escritores católicos de nuestros tiempos, se verá claramente el gran provecho que han sacado del estudio de los Santos Padres.

Mediante el estudio constante de la Biblia y la santidad de su vida, adquirieron estos últimos una asombrosa erudición sagrada é interpretaron con acierto la doctrina revelada; por lo que la Iglesia los considera como á sustentáculos del edificio religioso, como á maestros y conductores suscitados por Dios para ilustrarla y defenderla con la luz de su ciencia y el admirable ejemplo de sus virtudes.

Hé aquí el juicio de León XIII acerca de la fructuosísima labor realizada por los Padres y Doctores de la Iglesia: "Todos los hombres notables por la santidad de su vida y por su ciencia de las verdades divinas, han sido siempre muy asiduos en el estudio de las Santas Escrituras". Los discípulos más inmediatos de los apóstoles, entre los que citaremos á Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía, Policarpo, todos los apologistas, especialmente Justino é Ireneo, han encaminado los argumentos de sus cartas y de sus libros á la conservación ó á la propagación de los dogmas divinos, difundiendo la doctrina, la fuerza y la

piedad de los Libros Santos. En las escuelas de catecismo y de filosofía que se fundaron en la jurisdicción de muchas sedes episcopales, y entre las que figuran como más célebres las de Antioquía y Alejandría, la enseñanza no consistía, por decirlo así, sino en la lectura, explicación y defensa de la palabra de Dios escrita. De éstas salieron la mayor parte de los Santos Padres y escritores, cuyos profundos estudios y notables obras se sucedieron durante tres siglos, con tan grande abundancia, que este período fué llamado la edad de oro de la exégesis bíblica.

"Entre los del Oriente, el primer puesto corresponde á Orígenes, hombre admirable por la rápida concepción de su entendimiento y por sus trabajos no interrumpidos. En sus numerosas obras y en sus inmensas *Éxaplas*, puede decirse se han inspirado casi todos sus sucesores. Entre los muchos que han extendido los límites de esta ciencia, es preciso enumerar como á más eminentes, en Alejandría, á Clemente y á Cirilo, en Palestina á Eusebio y al segundo Cirilo, en Capadocia á Basilio el Grande, á Gregorio Nacianceno y á Gregorio de Nicea, y en Antioquía á Juan Crisóstomo, en quien á una notable erudición se unió la más elevada elocuencia.

"La Iglesia de Occidente no ha adquirido menores títulos de gloria. Entre los muchos doctores que se han distinguido en ella, son ilustres los nombres de Tertuliano y de Cipriano, de Hilario y de Ambrosio, de León el Grande y de Gregorio el Grande; pero sobre todo los de Agustín y de Jerónimo. El uno demuestra su penetración admirable en la interpretación de la

palabra de Dios y su consumada habilidad en sacar de ella partido para defender la verdad católica; el otro, por su conocimiento extraordinario de la Biblia y por sus magníficos trabajos sobre los Libros Santos, ha sido honrado por la Iglesia con el título de Doctor máximo». (1)

¿Quiénes eran los Santos Padres?, pregunta un distinguido escritor moderno. Hombres de fe viva, adornados de conocimientos sagrados y profanos, inflamados en el fuego de la caridad divina y ávidos de extender el reinado de Jesucristo en los corazones. Órganos por los que se transmite la teología dogmática en una forma clara, sencilla y asequible á todos. Hombres de su época, filósofos distinguidos, en cuyos escritos, la historia, la mística, la filosofía, hasta la cronología y la geografía encuentran fuentes seguras de solidísima ilustración. Eminentes escritores, cuyas voluminosas obras no puede soportar en modo alguno nuestro siglo positivista y ateo. (2)

Para apreciar debidamente su mérito, dice Perujo, es preciso tener en cuenta el tiempo y el país en que escribieron y las circunstancias en que se hallaban colocados. Además de atender á las necesidades de sus respectivas iglesias, á las consultas de los fieles, á la predicación y á la enseñanza, hallaron todavía tiempo para escribir las grandes obras *in folio*, cuyos volúmenes nos dejan atónitos, considerando que no escribían

(1) Enciclica *Providentissimus Deus*, sobre el estudio de la Sagrada Escritura.

(2) SUÁREZ NEGRÓN. *Estudio de los Padres*.

sino cuando lo exigía la necesidad. Es necesario también compararlos con los más célebres entre sus contemporáneos; á Orígenes con Celso, á San Ambrosio con Símmaco, á San Basilio con Libanio, y se verá cuán superiores fueron á su siglo. (1)

"Sus obras, añade el erudito P. Zugasti, son un arsenal de conocimientos y preciosidades en todos los estilos y en todas las formas que cultivaron, y suministran modelos para todos los asuntos. Unos Padres se distinguen por la agudeza de su ingenio, otros por la fuerza de su lógica, éstos por la elevación de pensamientos, aquéllos por la brillantez de las imágenes, los otros por la dulzura y el celo. En unos se observa un estilo cortado, lacónico y fuerte; en otros fluido y cadencioso; en otros grave y majestuoso, de un sabor apostólico y de la más vasta erudición. Al mismo tiempo que guardan íntegro y en toda su pureza el depósito de la fe, dejan volar libremente su razón en las cosas opinables, como verdaderos filósofos...

"Responded, vosotros, los que os preciáis de versados en la historia: Antes de los modernos descubrimientos egiptológicos y asiriológicos, antes de que se conociera la escritura cuneiforme, ¿quién derramó torrentes de luz sobre la historia de estas regiones y nos conservó los escritos de Beroso, las dinastías de Manetón y demás fuentes históricas de aquellos tiempos, sino el escritor eclesiástico Eusebio de Cesarea? Respondan los literatos y poetas: ¿Quién igualó en elocuen-

(1) *Diccionario de ciencias eclesiásticas. Artículo Padres.*

cia á los santos Crisóstomo y Crisólogo, ó en poética inspiración á San Dámaso, Prudencio y el Nacianceno, ó en vigor y nervio filosófico á San León, Tertuliano y San Juan Damasceno? Respondan los amigos de la filosofía de la historia y los admiradores de lo sublime: ¿Quién abrió como San Agustín una nueva senda á la historia en sus famosos libros *De Civitate Dei*, verdadera y admirable filosofía histórica? ó, subiendo en alas de su inspiración hasta el trono de la divinidad, ¿quién pintó en sus libros contra Pelagio con tan brillante y sorprendente colorido, la armonía que contemplara entre la presciencia divina y el humano albedrío? Respondan, en fin, los que se precian de eruditos: ¿Quién superó en ese género de estudios que tanto agrada, al español San Isidoro que recopiló en sus *Etimologías* toda la enciclopedia del saber humano? ¡Ah! convengamos en que no sabe lo que dice quien, al leer á los Santos Padres, diga que la Iglesia pone obstáculos á la ciencia». (1)

Y no solamente han descollado los Santos Padres y Doctores en las ciencias sagradas, sino también en las profanas, que les sirvieron de poderosos auxiliares para la interpretación de las Escrituras y la refutación de varios errores y sofismas que se presentaron contra la doctrina revelada. Entre otras, las obras de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino constituyen una verdadera enciclopedia en que se contienen aun muchos de los conocimientos útiles de la ciencia y filosofía paganas. Adelantándose con su colosal ingenio

(1) *La ciencia y la Iglesia Católica.*

al tiempo en que vivieron, hicieron progresar no poco á varias de las ciencias naturales, y sus libros son consultados con provecho por cuantos buscan las verdades científicas. También la refutación de las herejías, inventadas muchas veces por hombres suspicaces y de talento, que pretendían apoyarse en el dictamen de la razón y en las leyes de la naturaleza, obligaron á los Padres y Doctores á dedicarse á profundos y vastos estudios, no sólo en el terreno de la teología y de la metafísica, sino también en el de la historia, la filología, la geología y otras ciencias naturales.

2. Juicio de Bossuet y de otros escritores acerca de los Santos Padres.—“Cualquiera que desee llegar á ser hábil teólogo ó sólido intérprete, lea y relea los Padres”, dice Bossuet. “Si encuentra en los modernos, algunas veces, más menudencias, hallará de ordinario en un solo libro de los Padres, más principios, más savia y doctrina del cristianismo que en muchos volúmenes de los nuevos intérpretes; y la substancia que sacará de las antiguas tradiciones, le recompensará con mucha abundancia de todo el tiempo empleado en esta lectura... Estos grandes hombres se alimentaron de ese trigo de los escogidos, de esa pura substancia de la religión; y, llenos del espíritu primitivo que recibieron de más cerca y con mayor abundancia de la fuente misma, lo que de ordinario se les escapa y sale naturalmente de su plenitud, es más nutritivo que lo que después se ha meditado”. (1)

(1) *Defensa de la Tradición y de los Santos Padres.*

«Los Padres», observa á su vez Fenelón, «eran espíritus muy elevados, grandes almas llenas de sentimientos heroicos, personas que tenían una experiencia maravillosa de los hombres y sus costumbres, que habían adquirido grande autoridad y facilidad de hablar. Se nota que eran muy cultos, es decir, que estaban completamente instruidos en todas las exigencias del decoro, sea al escribir, sea al hablar en público, al conversar familiarmente y cumplir todas las funciones de la vida civil. Sin duda, todo esto les hacía muy elocuentes y á propósito para atraer á los hombres. Encuéntrase, por esto, en sus escritos una delicadeza, no sólo de palabras, sino de sentimientos y costumbres, que no se halla en los escritores de los siglos siguientes, delicadeza que se concilia muy bien con la simplicidad, que los hace agradables é insinuantes y produce grandes ventajas á la religión. (1)

«Los Padres son, indudablemente, quienes han sacado más provecho del estudio de los Libros Santos», dice el abate Pinard. «Se ha dicho, y con razón, que si desaparecieran las Escrituras, se las encontraría en las obras de aquéllos. La Biblia es oro puro, semejante al que la naturaleza produce en el seno de la tierra para excitar la industria y el trabajo del hombre: este oro extraído de la mina, mezclado con metales preciosos, pulido, dispuesto de modo que pueda impresionar más agradablemente nuestras miradas; hé ahí á lo que podemos comparar las obras de los Padres.

(1) *Dialogues sur l'Eloquence.*

«Cuando compulsamos hoy día esos pesados *infolios* en que fueron recogidos sus pensamientos, nos sentimos como anonadados bajo el peso de su trabajo. Estos hombres, si no inspirados, asistidos cuando menos por el Espíritu divino, son para nosotros, en el orden moral, lo que son en el orden físico los héroes de Homero: nos parecen de una estatura colosal que nos hace conocer más fácilmente nuestra pequeñez. Además, las circunstancias en que se hallaron contribuyeron maravillosamente al desarrollo de sus excelentes disposiciones. Ellos vivieron en un tiempo en que la tierra, calentada por el soplo de Dios, no se había aún enfriado. Se nota en sus pensamientos cierto fuego divino, semejante al de los Libros Santos, que con frecuencia citan en sus obras. Entreabierto por un instante el cielo, para iluminar el mundo, suinido hace mucho tiempo en las tinieblas, no se había cerrado completamente, y pudieron los Padres escribir á la luz de las últimas claridades que despedía aún la antorcha divina. Si dirigían sus miradas hacia la tierra, la veían bañada, por decirlo así, con la sangre de los cristianos». (1)

3. Los apologistas cristianos: servicios que han prestado á la Iglesia y á las ciencias con sus escritos.—Á su vez los apologistas han contribuido poderosamente á la defensa de la verdad católica y al progreso mismo de las ciencias, siendo el estudio de sus obras grandemente útil para la cultura del entendimiento. Desde San Justino y San Ireneo, hasta Balmes, Donoso Cor-

(1) *Le génie du catholicisme.*

tés, de Maistre, Bonald, Augusto Nicolás, Hettinger, etc., cuenta el cristianismo con muchos escritores versadísimos, á más de la ciencia sagrada, en historia, filosofía, literatura, controversia, ciencias naturales, etc.

«Así como Dios, en su admirable Providencia», dice León XIII, «suscitó para la defensa de la Iglesia contra la crueldad de los tiranos, mártires heroicos y noblemente pródigos de su sangre, así también á los sofistas y herejes opuso hombres de profunda sabiduría que tuviesen cuidado de defender, aun con el auxilio de la razón humana, el tesoro de las verdades reveladas... Contra los fautores de doctrinas insensatas se presentaron hombres sabios, conocidos con el nombre de *apologistas*, quienes, guiados por la fe, probaron en caso necesario con argumentos tomados de la ciencia humana, que se debe adorar á un solo Dios, que posee en sumo grado toda clase de perfecciones; que todas las cosas han salido de la nada por su omnipotencia, subsisten por su sabiduría y son movidas por ella y dirigidas hacia su propio fin.

«El primer lugar entre los apologistas corresponde al mártir San Justino. Después de haber recorrido, como para probarlas, las más célebres de las escuelas griegas; después de haberse convencido que no se puede encontrar la verdad completa, sino en las doctrinas reveladas, Justino se adhirió á ellas con todo el ardor de su alma, las justificó de las calumnias con que se las aseaba, las defendió ante los emperadores romanos con grande vigor y abundancia de razones, y mostró el acuerdo que con frecuencia existe en-

tre ellas y las doctrinas de los filósofos paganos. En la misma época, Cuadrato y Arístides, Hermias y Atenágoras siguieron con éxito el mismo camino. Esta causa suscitó un defensor no menos ilustre en la persona del invencible mártir Ireneo, pontífice de la Iglesia de Lion, quien refutó valientemente las opiniones perversas traídas del Oriente por los gnósticos y diseminadas por todo el Imperio... Todos conocen las controversias sostenidas por Clemente de Alejandría..., quien escribió sobre muchísimos asuntos cosas muy útiles acerca de la historia de la filosofía, del arte y el ejercicio de la dialéctica, de la armonía entre la fe y la razón... Arnobio, en sus libros contra los gentiles, y Lactancio en sus *Instituciones divinas*, emplean un vigor y elocuencia igual á su celo, para inculcar á los hombres los dogmas y preceptos de la sabiduría católica... Los escritos que el grande Atanasio y el Crisóstomo, príncipe de los oradores, nos han dejado sobre el alma humana, los atributos divinos y otras cuestiones de suma importancia, son, á juicio de todos, de tal perfección que parece imposible añadir nada á su riqueza y profundidad.

"Pero la palma parece pertenecer entre todos á San Agustín, genio portentoso que penetró á fondo todas las ciencias divinas y humanas, y que, armado de una fe muy viva y de una doctrina no menos notable, combatió sin desmayar todos los errores de su época. Siguen los Doctores de la Edad Media, llamados escolásticos, quienes recogieron con cuidado las ricas y abundantes mieses de doctrina, esparcidas aquí y allá en las obras de los Padres, formando como un

solo tesoro para el uso y comodidad de las generaciones futuras... Pero, sobre todo, dos famosos Doctores, el angélico Santo Tomás y el seráfico San Buenaventura..., con su talento incomparable, estudio asiduo, grandes trabajos y vigiliass cultivaron la teología escolástica, la enriquecieron y legaron á la posteridad, dispuesta en un orden perfecto, amplia y admirablemente desarrollado, como dice el Papa Sixto V.^o. (1)

4. **Poder de la oratoria y su influjo en la cultura de los pueblos.**—La elocuencia influye poderosamente en la vida de los pueblos, y es medio eficaz de moralizarlos y de procurar su cultura. Si refiere la fábula que, á los acordes de la lira de Orfeo, se amansaban las fieras, prodigioso es también el poder de la elocuencia que conmueve las fibras más secretas del corazón, agita ó calma á las muchedumbres y las impulsa á realizar acciones sorprendentes. Por esto ejerce mayor influjo en los ánimos el orador que directamente comunica sus impresiones al auditorio, que el escritor que fríamente confía sus conceptos al papel. "El orador habla tres lenguas á la vez", dice el P. Longhayé, "la de los sonidos articulados, la de la voz, la de la acción, y todas tres completan el poder de la palabra, abriendo todas las salidas del alma, y derramándola en cierto modo por todas partes. El orador es más que el escritor, porque puede llevar más lejos la aplicación de la primera ley literaria, que hace concurrir todas las facultades á la obra común. Su razón vigorosa y perspicaz guía la nuestra por entre el dédalo de

(1) Encicl. *Aeterni Patris*.

nociones que se deben comparar; su imaginación nos las vuelve casi visibles; su voluntad nos eleva, y su sensibilidad nos conmueve. Es un alma que palpita en su lenguaje, ó mejor dicho, que canta en su voz, que se transparenta en los ojos, y se revela en el gesto y en la actitud. Entonces tenemos la palabra completa y verdaderamente soberana; pues el hombre que la escucha, es dominado por ella por completo. (1)

"La elocuencia es el don más vasto y prodigioso que la naturaleza puede conceder al hombre. Los otros dones pueden en rigor existir separadamente: la elocuencia elevada al más alto grado, los súpone todos, ó por lo menos casi todos reunidos... Ella es todo el hombre, y exige el ejercicio simultáneo de todas las facultades.

"Hay en la elocuencia una virtud prodigiosa, casi divina. Dios creó el mundo, nó por medio del pensamiento sino por la palabra: *Dixit, et facta sunt*. Así mismo, no es por el pensamiento, sino por la palabra, como el hombre, formado á imagen de Dios, ejerce sobre la creación su autoridad soberana. Por la palabra amansa y dirige á los animales; por la palabra domina también á sus semejantes. Un orador, digno verdaderamente de este nombre, un Demóstenes, un Bernardo, pueden conducir al pueblo más altivo y caprichoso con la misma facilidad que un hábil jinete guía á un caballo fogoso. Se acerca con precaución, lo acaricia, lo halaga y le impone al mismo tiempo el freno saludable. El orador dice á la muchedumbre: *detente*, y queda inmóvil; *avanza*, y se

(1) *Theorie des belles lettres.*

precipita; vuela al otro lado de los mares, á través de los mayores peligros; prodiga tu oro y tu sangre sobre una playa árida y desierta: perecerás acaso, pero perecerás con gloria, y los tuyos serán salvados. Y la muchedumbre, antes de responder, se apresura á obedecer». (1)

5. **Malos y bienes que ha causado la elocuencia.**—Como la palabra es la expresión ó manifestación externa de los afectos y sentimientos interiores del alma, viene á ser un arma de dos filos, que presta grandes servicios ó causa terribles males, según la causa que defiende y los principios que sostiene.

Por esto, cuando la oratoria ha patrocinado el error y el crimen, ha pervertido, en todo tiempo, las ideas y corrompido las costumbres. Especialmente en la antigüedad estuvo tan viciado el uso de la palabra que, como lo nota un escritor, "fué preciso prohibir la oratoria en el Areópago y en otras asambleas públicas, por temor de que se la emplease en impugnar la verdad y la justicia." (2) En los tiempos modernos, los discursos incendiarios de Mirabeau, Dantón, Robespierre, etc., dieron origen, á fines del siglo pasado, á la revolución francesa, la más sangrienta quizás y destructora que registran los anales de la humanidad.

En nuestros días las arengas de Gambetta, de Rochefort, Bebel, etc., han producido los horrores de la *comuna*, y los trastornos del socialismo y el anarquismo. Acontece muchas veces", según ob-

(1) PINARD. *Le génie du catholicisme*.

(2) BRAVO Y TUDELA. *Tratado de la predicación*.

serva Mr. Laurentie, "que en la tribuna, desde donde debe partir el rayo que hiera á los tiranos y pulverice los errores, se vale el orador de la autoridad de su talento para proteger la bajeza y amparar la iniquidad. La elocuencia es un arma que produce efectos contrarios: ha fundado ciudades y destruído imperios; guiado á los pueblos ó corrompido á las sociedades".

Por este motivo, la oratoria debidamente dirigida y empleada, ha contribuído siempre con eficacia á extirpar el error y el vicio, á defender la verdad, á infundir hábitos virtuosos, á morigerar é instruir á las masas. Prueba de ello es la conversión del linaje humano, de la gentilidad al cristianismo, por la fuerza irresistible de la predicación apostólica. En los lugares en que fué anunciado el Evangelio, cayeron luego los ídolos en pedazos, desapareció la esclavitud, se dulcificaron las costumbres, se hicieron frecuentes las acciones heroicas, y la caridad, resumen de la enseñanza católica, hizo de toda la humanidad una sola familia cuyos miembros tienen igual origen y aspiran al mismo premio: la eterna bienaventuranza.

6. Paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana.—Como muy bien dice Bravo y Tudela, "los pueblos antiguos, á pesar de que tuvieron la dicha de oír á Demóstenes y de aplaudir á Cicerón, no pudieron dar un paso en la senda de la verdadera prosperidad, porque las doctrinas paganas no podían disipar las tinieblas del error, ni sacar á la humanidad del cieno en que le sumiera la corrupción. (1) ¿Cómo podían, en efecto, los

(1) *Tratado de la predicación cristiana.*

oradores paganos inculcar la humildad, el olvido de las injurias, el amor desinteresado á la patria y al prójimo, el menosprecio de las riquezas, la continencia y virginidad, la caridad, en fin, y el sacrificio, origen de cuanto grande y heroico admiramos en el mundo cristiano, si el paganismo defendía y enseñaba, la soberbia, el odio al enemigo, el amor al placer y á las riquezas, el infanticidio, la esclavitud, el derecho del fuerte sobre el débil; si desconocía, en una palabra, las nociones fundamentales del orden y la moralidad, sin las cuales es imposible la buena organización de la familia y del Estado?

Haciendo Federico Ozanam un paralelo entre la elocuencia cristiana y la pagana, dice: "Los antiguos habían dado á la palabra humana el más magnífico pedestal; habían levantado la tribuna en medio del *Ágora* ó del *Foro*, desde donde dominaba esas ciudades inteligentes y apasionadas cuya conquista era el precio de la palabra victoriosa. Difícil era honrar más una cosa humana: el cristianismo la honró aun más. Levantó una cátedra, un *segundo altar*, por decirlo así, en el santuario; y se vió entonces lo que el paganismo no había visto jamás: la simple prosa y sin adorno, en medio de los misterios. Es cierto que por esto mismo se operaba un cambio en la palabra: dejaba de ser un espectáculo para ser una enseñanza; su fin no era halagar los sentidos, sino iluminar los espíritus y conmover los corazones. Hé ahí por qué en la elocuencia cristiana la acción casi desaparecerá por completo: ¿ni cómo exigir acción de esos obispos que, sentados y casi inmóviles en su trono pontifical, en el fondo del

ábside, se dirigen á una multitud compuesta de pobres, de esclavos, de mujeres, de gentes que no conocen las delicadezas antiguas de la declamación griega ó romana?...

«Desde los comienzos de la elocuencia cristiana se notó en ella una separación profunda de las teorías y del arte de la antigüedad, así como no sé qué de original que conmueve á los hombres y es verdaderamente el secreto de sus triunfos. Ved á S. Pablo en medio de esa muchedumbre de griegos tan refinados: ¡cómo desprecia el miserable auxilio de la palabra humana! ¡cómo hace poco caso de las sublimidades del lenguaje! Hace profesión de no saber sino una sola cosa: á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado; pero este hombre, que parece sin cultura, tiene recursos que no conocían sus oyentes del Areópago, como observa S. Jerónimo, y sus palabras inesperadas, bruscas, pero estudiadas, hieren no obstante como rayos». (1)

7. Móviles de la oratoria sagrada y triunfos que ha obtenido.—En la elocuencia, como en lo demás, ha obtenido el Cristianismo espléndidos triunfos, y sus oradores tienen que ser consultados por cuantos buscan doctrina pura y sustanciosa, ataviada con las galas y atractivos del lenguaje. Tres son los deberes del orador, según S. Agustín: enseñar, convencer y agradar: *Ut veritas doceat, ut veritas moveat, ut veritas placeat*; triple obligación que ha cumplido á maravilla la oratoria sagrada, que siempre se inspira en la verdad, enseña al hombre la ciencia de bien obrar,

(1) *Seizième leçon. L'éloquence chrétienne.*

ilumina su inteligencia con la fe, mueve y deleita su corazón con las austeras á la vez que atractivas máximas de la religión. S. Juan Crisóstomo, S. Agustín, S. Gregorio de Nazianzo, S. Hilario, S. Bernardo, Bossuet, Masillón, Bourdaloue, Lacordaire y otros muchos príncipes de la oratoria sagrada, manifiestan el poder de la palabra evangélica, por cuyo medio ellos, á semejanza de S. Pablo, sacaron del fondo de su corazón los afectos más inflamados y elevaron á sus oyentes desde la tierra al cielo. (1)

La eficacia de la oratoria sagrada y su superioridad sobre la profana, nacen de la grandeza de los asuntos que trata y de las fuentes en que bebe sus enseñanzas. Los profundos misterios del tiempo y la eternidad, los destinos inmortales del hombre, la terribilidad de los juicios de Dios, las severas reglas de la moral, son intimadas al auditorio, desde la cátedra sagrada, en nombre de Dios y con la autoridad que Él comunica á sus ministros, quienes deben valerse para convertir á sus oyentes, según el consejo de S. Pablo, *no de las palabras persuasivas del humano saber, sino de los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios*. (2)

La Escritura, la Tradición, los libros de los Padres y Doctores, las enseñanzas de los Concilios y de los Sumos Pontífices, las obras de los teólogos y canonistas, y como auxiliares las de los autores profanos, forman el inmenso arsenal de don-

(1) Cf. DRIOUX. *Cours d'histoire, de géographie, de littérature*.

(2) *Epist. 1ª. á los Cor. II, 4.*

de el orador sagrado saca su doctrina y todos los recursos para instruir y convencer al auditorio. "En la Biblia existe, ante todo, una elocuencia admirablemente variada, admirablemente rica y digna de los más grandes objetos", dice León XIII. "Esto es lo que S. Agustín comprendió y perfectamente demostró y, lo que la experiencia permite comprobar en las obras de los oradores sagrados. Estos debieron principalmente su gloria al estudio y á la meditación de las Sagradas Letras, y en esto dieron testimonio de su gratitud hacia Dios". (1)

El amor á Dios y al prójimo, el culto á la verdad, el deseo de que ésta se difunda, el celo ardiente por el bien de los demás, la unción sobrehumana que Dios comunica á la palabra sacerdotal, la caridad, en fin, que, conforme al dicho de S. Pablo, *no busca su provecho*, son los móviles del orador sagrado, el resorte de sus diarias conquistas, y la causa de la asombrosa transformación que obtiene en los pueblos dominados antes por el error y el vicio.

8. Juicio del P. Didón sobre la predicación de N. S. Jesucristo. — De Jesucristo Nuestro Señor, cuya elocuencia no admite rival y que es el modelo é ideal del predicador evangélico, dice el P. Didón: "Ningún orador popular puede comparársele, ni aun desde el punto de vista de la elocuencia. Jesucristo está á la cabeza de esa milicia santa que ha recibido de Dios el secreto de conmover un pueblo, sin excitar sus pasiones terrestres. Jamás brotó de sus labios el menor sofisma,

(1) Enclcl. *Providentissimus*.

la menor alteración de la verdad. Supo condescender, sin lisonja, con la debilidad de sus oyentes. Su palabra fué siempre apropiada á su auditorio, y por esto usó diverso lenguaje con sus discípulos en la intimidad, del que empleó con los fariseos y letrados, y con el pueblo. A sus discípulos les abre su alma, de donde brota la verdad llena de ternura y de unción; ante los letrados hábiles acude á la Escritura, los confunde en sus discusiones con lógica irresistible, y los abruma en su mala fe, con el peso de sus anatemas. Al pueblo expone su doctrina bajo el velo de las parábolas, porque la retórica judía gustaba de las imágenes.

«Una de las principales dotes del orador, sobre todo del orador popular, es el tacto, sin el cual el poder y la vehemencia de la acción quedan estériles. No basta anunciar á un pueblo la verdad es preciso apropiarla á la conciencia de este pueblo. Mucha luz desvanece: el que no sabe moderar su brillo, ciega en vez de iluminar. El tacto de la elocuencia es inspirado por el amor de la verdad y por el amor á los hombres. El que ama la verdad, más que á sí mismo, busca el triunfo de ella, y no la expone, revelándola sin discreción, á la indiferencia ó al desprecio; el que ama á los hombres compadece su debilidad y la mira con respeto, no comunicándoles sino lo que pueden entender. El método de Jesucristo en su enseñanza popular, manifiesta su exquisita prudencia. Él, que venía á este mundo á dar *testimonio de la verdad*, la amó hasta la muerte. Todas sus palabras revelan medida y reserva: *no arrojó las margaritas á los cerdos, ni dió las cosas santas á los*

perros. Su amor á su pueblo, á su país, á los hombres á quienes quería salvar, resplandece en todos los hechos de su vida. Conoce la debilidad humana, sus preocupaciones, su ignorancia, su dureza é incapacidad, y tiene compasión de ellas. Es paciente, porque sabe que su Evangelio y doctrina, destinados á iluminar á los siglos, tendrán necesidad de siglos para penetrar en todos los espíritus y renovar el mundo, á causa de la malicia humana.» (1) Estas palabras del célebre dominicano, á la vez que un cumplido elogio de la admirable predicación del Salvador, manifiestan también los graves deberes del orador sagrado y el método que ha de emplear para que su palabra produzca frutos de vida eterna.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCERO

Las Ciencias

1. Variedad de las ciencias y su clasificación.—2. Importancia de las ciencias en general y de las puramente racionales ó filosóficas en especial.—3. Desarrollo sorprendente de las ciencias físicas y naturales en el presente siglo.—4. Los inventos modernos.—5. Dios y la naturaleza.—6. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material.—7. Acusaciones infundadas que se le hacen como á enemiga del adelanto científico y material.—8. Sabios cristianos.

1. Variedad de las ciencias y su clasificación.
—Dotado el hombre de facultades nobilísimas,

(1) *Jésus-Christ.*

estimulado por muchas necesidades físicas y morales, y rodeado de innumerables objetos que llaman su atención, siente dentro de sí un impulso vivo de saber y darse cuenta de las cosas. Este *instinto de curiosidad*, este deseo de conocer, innato en nuestro espíritu, que nos acompaña desde la primera edad, da origen al cultivo de las ciencias y manifiesta, además, la limitación de nuestras facultades y la ignorancia en que estamos acerca de muchísimas verdades, para cuya adquisición necesitamos trabajo constante y bien dirigido.

La ciencia es un tesoro inestimable que el hombre debe esforzarse en poseer y acrecentar cada día, á fin de nutrirse con la verdad, que es el pan del espíritu, y de enriquecerse con un sin número de conocimientos utilísimos, que ilustran la inteligencia y aprovechan mucho para satisfacer las múltiples exigencias de la presente vida.

El ideal de la ciencia, dice un autor, es conocerlo todo y explicarlo todo; pero esta ciencia *universal y absoluta*, síntesis de todas las ciencias particulares, es propia y exclusiva de Dios. El hombre, finito y limitado, no puede alcanzarla; pero, mediante el cultivo de las ciencias especiales, que aumentan á menudo y se desenvuelven gradualmente, le es dado ensanchar sus conocimientos cada día y acercarse al ideal científico.

Es indudable que esta aspiración de saber más y más, que experimenta el hombre, le impulsa á la labor intelectual y constituye uno de sus timbres de gloria; puesto que, ejercitando sus facultades cognoscitivas, llega á enseñorearse del mundo físico, á descubrir sus secretos y leyes que

lo rigen, así como el orden y belleza del mundo moral. El cultivo de las ciencias ha sido y será siempre una de las más nobles ocupaciones del espíritu, un elemento poderoso de civilización, un medio eficaz de sobresalir entre los demás y uno de los mayores beneficios que Dios ha concedido al hombre. Por eso juzgo oportuno tratar brevemente de las ciencias en general, á fin de fomentar la afición á ellas entre la juventud estudiosa, tanto más cuanto que una parte considerable de ésta se dedica de preferencia á las ciencias especulativas y á determinadas profesiones liberales, con descuido y menoscabo de las ciencias experimentales y de las artes de aplicación, que son tan útiles en la vida práctica, por cuanto hacen al hombre dueño de la materia, favorecen la industria y el comercio, y producen el bienestar temporal que los individuos y los pueblos pueden lícitamente apetecer.

Santo Tomás define la ciencia en sentido *subjetivo*: "conocimiento cierto y evidente de las últimas razones de las cosas por medio del raciocinio". En sentido *objetivo* se la puede definir: "sistema íntegro de nociones de un mismo orden y dependientes de un solo principio".

Como la ciencia humana es limitada y parcial, admite clasificación, ó, mejor dicho, división. Muchas son las divisiones que de ella se han hecho. Las principales son: la de Aristóteles que distingue las ciencias, según las formas de la actividad humana, en *especulativas*, ó de puro conocimiento, en ciencias *prácticas*, cuyo fin es dirigir nuestros actos, y en *políticas*, que tienen por objeto la realización de obras extrañas al

agente; Ampère divide las ciencias en *cosmológicas* ó de la materia, y en *noológicas* ó del espíritu; Comte las clasifica en *abstractas*, que se proponen descubrir las leyes, y en *concretas*, que aplican las leyes á los seres y á los hechos (1).

En la Edad Media se clasificaron las ciencias en divinas y humanas, en cuanto eran conocidas por la luz de la razón, ó por medio de la revelación. Entre los modernos, sobre todo desde Bacon y Descartes, se dividen en ciencias experimentales, en filosóficas y en teológicas. Oigamos á un autor de nuestros días. "En el vasto campo de nuestros conocimientos actuales ó posibles, es fácil reconocer tres regiones distintas, si bien sus límites aparecen frecuentemente mal precisados y sus fronteras confundidas.

"Los fenómenos materiales, los hechos positivos y sensibles, sus causas inmediatas, las leyes que las rigen, lo desconocido en el tiempo pasado y lo desconocido en la naturaleza, componen el dominio particular de la *ciencia experimental*, la cual abarca, en el tiempo y en el espacio..., el universo material todo entero.

"Los hechos intelectuales y morales observados con ayuda de la conciencia, las verdades primeras, las causas substanciales, las cuestiones de origen ó de finalidad, el ser necesario, el ser contingente, inmaterial y libre, todas estas realidades de un orden superior, conocidas por las luces naturales de la razón, componen el dominio de la *filosofía*.

Las relaciones de la criatura con el Criador,

(1) Cf. *Cours de Philosophie*, por F. J.



los destinos inmortales del hombre conocidos por una luz supra-racional, Dios (así lo dice Sto. Tomás) considerado como la causa suprema, no sólo tal cual la razón puede concebirlo, sino como Él se conoce á Sí mismo, según nos lo ha comunicado por la revelación, componen el dominio de la *teología* (1).

Si nos fijamos en la nomenclatura de las ciencias hasta hoy conocidas, admiramos su variedad y la multitud de materias sobre que versan, pudiéndose decir, en alguna manera de ellas, lo que de Salomón refiere la Biblia: esto es, que *trató con incomparable sabiduría, desde el cedro que se cría en el Líbano hasta el hisopo que brota en las paredes* (2). Mas, como el hombre no posee, como aquel rey, ciencia infusa, tiene que conseguirla con el *sudor de su frente*, para de este modo acrecentar diariamente con tenaz esfuerzo el caudal de sus conocimientos y recorrer con lentitud el campo vastísimo del saber, sin que pueda llegar al término de la jornada, por la deficiencia de sus facultades y la brevedad de la vida. Ya, en la antigüedad, dijo un filósofo, *que sólo sabía que nada sabía*: frase amarga y exagerada que significa en todo caso que es mucho más lo que ignora el hombre que lo que sabe.

Pero, el hecho mismo de ignorar muchas verdades aun del orden natural, aviva en el hombre el deseo de conocerlas y le lanza á regiones inexploradas, á fin de arrancar nuevos secretos á la naturaleza y de ampliar sus conocimientos,

(1) DUILHÉ. *Apología científica de la fe*.

(2) *Lib. III de los Reyes*, C. III, V. 33.

con lo que sus deseos quedan satisfechos, sus facultades se desarrollan notablemente y las ciencias adelantan sin cesar. «La inteligencia del hombre se alimenta con la verdad, así como su cuerpo se alimenta con pan», dice Van Tricht. «Pues el amor de sí mismo le llevó á buscarla... Gozó con el conocimiento y quiso conocer aún más. Cada nuevo descubrimiento le enardecía, y buscaba cada vez más...; fué devorado por la sed de saber, y la ciencia le fué proveyendo del vino necesario para extinguir esa sed de su alma.

«De aquí procede la inmensa enciclopedia de los conocimientos humanos, edificio que piedra por piedra han ido construyendo todos los siglos... En esta llama se han inspirado los investigadores de todas las edades. ¡Las ciencias de la tierra y las ciencias del cielo, las ciencias de la materia y las de la vida, las ciencias del espíritu y las del corazón, todas han salido de aquí!

«No solamente la ciencia pura ó teórica, sino la ciencia aplicada ó práctica ha tenido este origen, lo mismo la del antiguo Tubal Caín que descubre el arte de forjar los metales, que la del ilustre Pasteur que descubre en los seres infinitamente pequeños el secreto é inmunidad de las enfermedades; lo mismo la de Adán que pone nombre á las plantas y á los animales, que la del astrónomo que á cada estrella señala un lugar en su mapa celeste, para guía del marino á través del inmenso y oscuro mar (1)».

2. Importancia de las ciencias en general

(1) Conferencia familiar.—*El Egoísmo*.

y de las puramente racionales ó filosóficas en especial.—De la noción de la ciencia y de su clasificación se deduce su importancia y eficacia para el progreso humano. Dios, el hombre, la naturaleza, ó sea, el ser en toda su amplitud, constituye el dominio inconmensurable de la ciencia humana; y, aun cuando la que trata de Dios ocupa entre todas el primer lugar, también son muy útiles las del orden natural, y aun prestan no pocos servicios á la ciencia sagrada.

Lo que distingue al hombre del bruto es la inteligencia y la libertad: por la primera conoce la verdad; por la segunda es dueño de sus actos y responsable de ellos. Esta posibilidad de conocer la verdad, eleva al hombre sobre los seres sensibles é irracionales, y su posesión proporciona una de las más puras fruiciones al espíritu; por que, si es grato extraer el oro de las entrañas de la tierra, ¿cuánto más no lo será extender los horizontes del saber y acrecentar el caudal de los conocimientos humanos? Y, como el dominio de las ciencias es ilimitado, pues se extiende más allá de lo visible, la inteligencia obtiene en sus investigaciones, constantes triunfos y se inunda en la luz esplendorosa de la verdad.

El estudio de las ciencias es no sólo útil al espíritu, sino también un medio de cumplir la misión especial que Dios señala á ciertos hombres en el mundo levantándolos sobre el nivel común. Por esto en la formación de la juventud estudiosa ocupan las ciencias puesto distinguido; y su instrucción sería deficiente si no se la iniciara desde los primeros años en los secretos de la ciencia y se la hiciera participante de sus beneficios,

aun para que con su auxilio comprenda mejor la grandeza y hermosura de las obras de Dios.

"La ciencia es la luz que ilumina al mundo y mantiene la vida intelectual", dice Ortolán. ¡Cuán magnífico es el espectáculo del sol naciente! Desde luego los tintes indecisos de la aurora obligan á las tinieblas á retroceder paso á paso; después el astro del día lanza sus primeros rayos sobre las capas superiores de la atmósfera, coloreando el horizonte y dorando la cima de los cerros; en fin, avanza en su carrera, cubriendo todo el cielo de vivísimos y variados matices, hasta que, aumentando en claridad, llega al esplendente fulgor del mediodía.

"No fué menos admirable el aparecer del sol de la ciencia, en medio de las tinieblas que cubrían á la humanidad. La ignorancia la había, durante muchos siglos, envuelto en un sombrío velo, que poco á poco fué descorriéndose con la luz del genio. Á medida que los siglos se suceden, la luz es más brillante y extensa, y se reúnen como en un haz sus diversos rayos, que parecen emanar de un mismo foco, y se superponen unos á otros centuplicando su fuerza é iluminando luego al mundo entero.

"Asistimos al nacimiento del sol intelectual, ya al estudiar los escritos de los sabios de todas las edades y sorprender en ellos las ideas primordiales que han presidido á los grandes descubrimientos, ya al meditar la vida de estos héroes del saber. Sin los ensayos penosos y los esfuerzos perseverantes de nuestros antepasados, estaríamos aún en la ignorancia. Ellos cavaron el surco; sus sucesores sembraron el buen grano;

otros, que vinieron después, lo regaron, y nosotros comenzamos á recoger el fruto de sus trabajos. Seguramente, son las primicias de la cosecha; pues las espigas abundantes exigen, para llegar á la madurez, una luz más ardiente». (1)

Pero las ciencias no sólo enriquecen y perfeccionan nuestra facultad intelectual, sino que también son muy útiles para la vida práctica. El hombre procura instruírse, tanto por amor á la ciencia, como por satisfacer debidamente, con su auxilio, sus necesidades y mejorar las condiciones materiales de la presente vida. La industria es la aplicación de la ciencia, que se sirve como de medios, de la experiencia y del razonamiento. (2)

"Cuanto ocupa útilmente al hombre", dice un autor de nuestros días; "cuanto perfecciona la sociedad ó la embellece sin corromperla; cuanto contribuye á la prosperidad pública, como los descubrimientos científicos y las diversas aplicaciones de la industria; cuanto aumenta el bienestar material y, sobre todo, cuanto desarrolla la inteligencia, depura el gusto, eleva y encanta la imaginación, todo esto es digno de aplauso y de respeto, y como un destello de la eterna verdad que viene á reflejarse en la inteligencia humana. (3)

"Cuando se compara la innumerable multitud de los fenómenos de la naturaleza con los límites de nuestro entendimiento y la debilidad de nues-

(1) *Savants et Chrétiens.*

(2) *Cours de Philos* por F. Y.

(3) *Accusations contre la Religion.*

tros órganos, no se puede esperar otra cosa de la lentitud de nuestros trabajos, de sus largas y frecuentes interrupciones, y de la rareza de los genios creadores, sino algunas piezas rotas y separadas de la gran cadena que liga todas las cosas... El hombre no puede ser un sabio consumado. De las ciencias se puede decir lo que un antiguo de la divinidad: *Una esfera infinita cuyo centro está en todas partes, y la circunferencia en ninguna*. Nadie es capaz de recorrerla. Por esto nos aconseja el Apóstol que estudiemos con sobriedad: *sapere ad sobrietatem*, á fin de que no vagueemos inútilmente buscando los límites de este abismo». (1)

Las altas cimas son siempre de difícil acceso. Esto acontece en el mundo físico con las montañas coronadas de nieve y circundadas de nubes; en el mundo social con las grandezas humanas; en el mundo intelectual con los descubrimientos de la ciencia. Pero en cambio, ¡cuánto se goza con la posesión de la verdad! Esas emociones profundas, esa *embriaguez* intelectual, esos entusiasmos de la victoria, los han experimentado todos los obreros de la civilización, como legítima recompensa de sus penas y trabajos. Hay verdades científicas que son batallas ganadas, decía Descartes.

Entre las ciencias humanas existe jerarquía, fundada en su dignidad y en la mayor ó menor importancia de los asuntos de que tratan. Según este aspecto, corresponde el primer lugar, entre

(1) FR. VICENTE SOLANO.—*Obras*.

todas ellas, á la filosofía, de la que se tratará en el capítulo siguiente.

3. Desarrollo de las ciencias físicas y naturales en el presente siglo.—Cada época ó edad en la vida de los pueblos, tiene su carácter distintivo y sus aficiones preferentes, aun en el orden científico. En la Edad Media tomaron gran incremento la filosofía y la teología, por la constante dedicación de sus más preclaros ingenios á estas ciencias. En la edad moderna, y especialmente en el siglo XIX, han progresado muchísimo varias ciencias naturales, que sólo habían dado antes los primeros pasos, y otras han sido descubiertas por primera vez. Sin duda esto procede del estudio más exacto y prolijo que han hecho los sabios, en estos tiempos, de la naturaleza y sus leyes, como también del empeño de acrecentar el progreso material y hacer más cómoda la vida, mediante el empleo de ciertos agentes naturales, cuya utilidad era antes ignorada.

De un siglo á esta parte, las ciencias físicas han tomado un vuelo prodigioso y transformado la industria y los usos de la vida. La prontitud y comodidad con que hoy se viaja, la instantánea transmisión del pensamiento de un continente á otro, el ensanche que han tomado la industria y el comercio, y el fácil y constante cambio de ideas entre los pueblos, son debidos en gran parte al adelanto de las ciencias naturales. "El espíritu humano, dice Guillemín, ha sentido en todo tiempo (sobre todo en el presente) la imperiosa necesidad de conocer las leyes que rigen los fenómenos físicos: estrechar á la naturaleza, sorprenderla en sus operaciones más misteriosas,

adueñarse de ellas, en una palabra, para hacerlas servir, tanto á las necesidades de la vida material como á las de la vida intelectual y moral, tal es la noble empresa á que se han dedicado muchos grandes genios de nuestros días... El hombre sabio en presencia de la naturaleza, aspira á despojarla de la cubierta que la envuelve, á disecarla, por decirlo así, á fin de penetrar todos sus secretos; y su gozo es indecible cuando llega á reconstruir en su unidad inteligible esta multitud de fenómenos, cuyas leyes ha podido encontrar mediante el poder de abstracción». (1)

Es indudable que en este siglo han adelantado las ciencias naturales mucho más que en los pasados. Basta recorrer cualquier manual de ciencias físicas, de los que ahora circulan, para persuadirse de la exactitud de esta aserción.

«Estamos en una época en que una actividad febril que renace sin cesar, agita todos los espíritus», dice el Barón de Cauchi. «El hombre ha medido los cielos y sondeado las profundidades del abismo; ha consultado las ruinas de los viejos monumentos y les ha exigido que le cuenten la historia de las generaciones que duermen enterradas en el polvo del sepulcro; ha visitado las cimas de los montes más inaccesibles, las regiones más apartadas, los desiertos más ardorosos, en que reinan los fuegos del trópico y se ven áridas rocas rodeadas por los hielos del polo; se ha elevado á las regiones de las tempestades y descendido hasta las entrañas de la tierra, á fin de

(1) *Les phénomènes de la physique.*

asistir en alguna manera á la creación misma de nuestro planeta; ha descompuesto los elementos y los ha hecho servir á sus necesidades ó caprichos; ha obligado al vapor y al gas á que lo conduzcan sobre las llanuras del océano ó á que trasporten sus globos por los aires». (1)

4. Los inventos modernos.—Prueba de la actividad prodigiosa desplegada en la época actual, son los numerosos inventos, á cual más útil é importante, que han transformado ventajosamente la industria, el comercio, y la locomoción, y contribuído sobremanera al progreso material, intelectual y aún moral de los pueblos. Los más célebres descubrimientos realizados de un siglo á esta parte, son: el empleo del vapor de agua como motor de los buques y ferrocarriles, con el que los viajes se hacen con mucha rapidez; el pararrayos, inventado por Franklin, para preservar los edificios y las personas que los habitan, de los daños de la electricidad atmosférica; la pila de Volta, descubierta por este célebre físico italiano para desarrollar corrientes eléctricas continuas que han servido para otros varios inventos; el telégrafo, destinado á comunicar noticias á larga distancia, del que se hicieron algunos ensayos desde los tiempos heroicos de la Grecia, pero que sólo en este siglo ha logrado perfeccionarse mediante el empleo que hizo Morse de la electricidad, que transmite con suma velocidad el pensamiento, aun de un continente á otro; el teléfono de Edison, instrumento que sirve para conversar á grandes distancias, transmitiendo los sonidos por me-

(1) *Vida y trabajos de CAUCHI*, por VALLON.

dio la electricidad; el fonógrafo, del mismo inventor, que conserva la palabra humana y los sonidos, y los reproduce con rara exactitud; la luz eléctrica y el gas acetileno, que compiten con la luz del sol. Notables son también el micrófono de Hughes, que hace perceptibles los más pequeños ruidos y los amplifica; los pasmosos descubrimientos meteorológicos y astronómicos del célebre jesuita P. Secchi, inventor del metereógrafo y fundador del *Bóletin metcorológico del Colegio romano*, el primero de su clase en Europa, al decir del naturalista Figuier. Con los trabajos de ese sabio, "puede decirse, como asegura otro escritor, que se ha hecho *la luz* sobre el astro del día, que no volverá á esconder tras el fulgor de sus esplendentes rayos los secretos que por tantos siglos ocultó á los hombres" (1). Los globos aerostáticos, la licuefacción del gas óxido de carbono y del gas oxígeno, que no había podido obtener Faraday, y últimamente la del aire, son preciosos inventos realizados los últimos por Cailletet, Pictet y otros sabios. Utilísima es, en fin, la teoría de los *microbios* ú organismos vivos que, penetrando en el cuerpo humano, causan las enfermedades, teoría que, enseñada por el sabio M. Pasteur y aplicada á la medicina, preserva de muchas enfermedades y liberta de otras que antes se tenían por incurables. Estos y algunos descubrimientos más, que sería largo enumerar, son preciosas conquistas efectuadas por el genio moderno, en provecho de la humanidad. Aun la agricultura con las nuevas máquinas, instrumen-

(1) A. GARCÍA.

tos y abonos que se emplean, y hasta el arte de la guerra, con las armas y explosivos que se han introducido en nuestros días, han progresado inmensamente.

5. Dios y la naturaleza.—Al tratar, aunque sea brevemente, de las ciencias naturales, es preciso decir algo de la que es su fuente y el objeto constante de sus investigaciones: á saber, la naturaleza, ó el mundo físico. Pero, ante todo, se debe asentar como verdad inconcusa que Dios sacó de la nada el universo mundo, ó sea la materia de que éste se compone, la cual, según la teoría más aceptada hoy, se transformó sucesivamente y adquirió modos de ser más perfectos, por la acción de las leyes á que Dios la sometiera (1).

La filosofía cristiana enseña igualmente que Dios es, no sólo creador sino también conservador de todos los seres, á los que cuida con amorosa providencia. Esta conservación incesante equivale á una creación continuada, "no en el sentido de que á cada momento pasen aquéllos de la nada á la existencia", como lo advierte Mr. Farges, "sino en el de que la voluntad divina, después de haberlos sacado de la nada, persevera en producir su efecto. Como el aire, para ser iluminado, afirma Santo Tomás, debe recibir constantemente la acción luminosa del sol, así el ser que procede de otro, para mantenerse tal cual es, tiene necesidad de permanecer sin cesar bajo el influjo del primero. Imagen muy expresiva de la dependencia esencial y perpetua de la criatura con respecto á su Creador" (2).

(1) Cf. GONZÁLEZ. *La Biblia y la ciencia*.

(2) *Études philosophiques. L'idée de Dieu*.

Íntima es la dependencia de todo cuanto existe con respecto á Dios, que es el centro hacia el cual gravita el mundo físico, intelectual y moral, y el *Sol divino* que atrae los seres, según dice el mismo autor, y los tiene pendientes de sus rayos de luz y de vida. Nada en el mundo puede subsistir ni perfeccionarse sin su constante socorro y asistencia. (1)

Otro principio fundamental en esta materia, es que Dios es el *fin último* de sus criaturas, como es su *principio* por la creación, y su *medio* por la Providencia. *Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de Sí mismo*, dice el Sabio. (2)

Considerada la naturaleza como hechura de Dios, su estudio es muy grato y provechoso para el hombre, que descubre en cada uno de los seres las huellas y destellos de las perfecciones divinas. Por esto el Profeta David afirma *que los cielos publican la gloria de Dios y el firmamento anuncia la grandeza de la obra de sus manos*. (3) La naturaleza es un *libro abierto* en que el hombre aprende á conocer y amar á su Autor; y es tanta la armonía, la belleza y el orden de la creación, que nos sentimos dulcemente inclinados á bendecir y adorar á la primera causa. "La contemplación de las obras de Dios", dice el P. Secchi, "es una de las más nobles ocupaciones del espíritu y el fin principal del estudio de la naturaleza" (4)

(1) Cf. M. FARGES.—*L'idée de Dieu*

(2) Prov. XVI, 4.

(3) Ps. XVIII, v. 1.

(4) *El Sol*.

Los paganos, que no tenían un conocimiento exacto de Dios, se extraviaron en el estudio de la naturaleza, y, embelesados por su hermosura, llegaron á divinizarla y á tributarle culto. Los astros, los animales y aun las plantas recibieron adoración entre ellos; pero, á la luz de la fe, comprende fácilmente el hombre que los objetos visibles, por hermosos que sean, no merecen culto, aún por el hecho de sérle inferiores y que únicamente Dios es acreedor á su amor y adoración. Guiado por esa lumbré divina, conoce que sólo Dios es independiente en absoluto, y que cuanto fuera de Él existe le está sujeto; que Él es la causa *primera* de todo, y las criaturas causa *secundaria* de los efectos que producen; que Dios es, en una palabra, como dice Santo Tomás, la razón propia por la cual entra en el imperio del ser, aquello que empieza á ser; y que la criatura, al obrar bajo la acción de Dios, es la razón por la cual la cosa naciente entra en esta ó en aquella clase determinada del ser.

Cierto es que la acción de Dios en el mundo no menoscaba la actividad peculiar de cada ser; porque Dios que ha dado á las cosas un ser propio, les ha otorgado también una actividad propia, para que obren conforme á su tendencia natural. (1) Pero, es indudable que *en Dios vivimos, nos movemos y existimos* (2); y por esto, para los sabios cristianos, la naturaleza es una escala que conduce á Dios; y cuando descubren alguna de

(1) Cf. P. TILMAN PESCH. *Los grandes arcanos del Universo*.

(2) *Hechos de los Apóst.* XVII, 28.

sus leyes ó secretos, prorrumphen en cánticos de alabanza y gratitud al Hacedor Supremo. Kepler, según refiere Ortolán, se sintió feliz por haber descifrado el enigma de la naturaleza. Mediante una sagacidad maravillosa y un vuelo atrevido de su alma, adivinó la grandiosa uniformidad del plan divino en la obra incomparable de la creación; pero él permaneció humilde. Se arrodilló delante de Dios, supremo ordenador de las cosas, y le atribuyó toda la gloria. El inmortal Newton experimentó una agitación semejante cuando vislumbró el gran principio de la atracción universal. (1) "Yo soy cristiano", repetía el sabio matemático Cauchi, "en medio de sus cálculos profundos; yo creo en la divinidad de Jesucristo con Descartes, Copérnico, Newton, Pascal, Eulero... con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras de los siglos pasados... Mis convicciones son el resultado de un examen concienzudo". (2)

Siempre que con calma y recta intención escudriña el hombre la naturaleza y sus leyes, queda admirado de su orden y concierto maravilloso y escucha algo como un cántico misterioso que todos los seres entonan en alabanza de Dios, que es el incomparable artista. ¿Quién, al contemplar el cielo tachonado de estrellas y esas miríadas de astros que con perfecta regularidad giran en el espacio; quién á la vista del mar inmenso é insondable, de los montes cubiertos de

(1) Cf. *Savants et chrétiens*.

(2) Cf. *Accusations contre la Religion*.

nieve, de los campos vestidos de flores y de la admirable estructura que se nota aun en la hoja arrebatada por el viento ó en el insecto hollado por nuestros pies; quién no se siente pasmado de la sabiduría de Dios, anonadado ante su soberana majestad y deseoso de amarle? ¿No es cierto que el universo nos habla de Dios con un lenguaje indefinible? ¿No es cierto que nos estimula á conocerlo y á servirlo? "La materia inorgánica que forma nuestra tierra, nuestros planetas, el sol, las estrellas y esa multitud de nebulosas en vía de evolución ó de disolución, que llenan la inmensidad de los cielos, nos revelan á su manera, sea por su masa gigantesca, sea por sus movimientos giratorios ó sus vibraciones caloríficas, luminosas y eléctricas, el *poder* y la *inmensidad* de Dios, los que publican por todas partes", según dice un filósofo moderno. (1)

La bondad y hermosura de Dios se reflejan, en algún modo, en los seres creados; y por eso la contemplación de la naturaleza despierta en el alma sentimientos religiosos y le hace vislumbrar la belleza del mundo invisible. "A medida que Dios trazaba en los espacios el gran libro de la naturaleza, se detenía á considerar cada una de sus páginas, después de terminarla", dice el Cardenal Pie. "Y todo este gran trabajo obtuvo sucesivamente la aprobación del divino Artífice, que lo declaró bueno aun en sus detalles *Et vidit Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona...* Expresión de la sabiduría, del poder, de la bondad y belleza de su Autor, la naturaleza es

(1) M. ALB. FARGES, *L'idée de Dieu*.

un libro lleno de enseñanzas para el espíritu, lleno de delicias para el corazón. Para un alma recta y, sobre todo, pura, hay fruiciones inexplicables en la contemplación del mundo creado; pero es necesario examinar las cosas de Dios con rectitud y no someter la obra del Eterno á la comprobación orgullosa de nuestro pensamiento de un día... Amemos y alabemos la inefable belleza y bondad del Creador en sus obras; pero respetemos y adoremos sus inescrutables designios en todo lo que supera á nuestros alcances». (1)

En el estudio de la naturaleza, hay que tener en cuenta lo que dice León XIII: "Si bien las ciencias naturales, convenientemente enseñadas, son á propósito para manifestar la gloria del Creador grabada en los objetos visibles, también son capaces de arrancar del alma los principios de la sana filosofía y de corromper las costumbres, cuando se las comunica al espíritu con dañadas intenciones». (2)

Las ciencias naturales, como todas las demás, han de procurar encaminar al hombre á Dios; y por esto el sabio Leibnitz deseaba vivamente "que aquéllas fomentasen siempre la gloria de Dios y el bien de la humanidad": doble objeto que sintetiza con exactitud la noble misión de la ciencia.

Para percibir los encantos del mundo físico, sirve mucho el candor del alma; "porque, cuando el pecado la afea, parece que la naturaleza se oculta á sus miradas y que las criaturas pierden

(1) *Oeuvres sacerdotales.*

(2) Encicl. *Providentissimus Deus.*

su hermosura. El *Sol invisible*, de donde emana toda belleza, se ha eclipsado, para no dejar ver sino formas materiales é incomprensibles. La naturaleza es un paraíso terrenal para el alma inocente, en el que reconoce y encuentra á Dios en todas partes; es un libro sublime en donde cada ser es una palabra y cada horizonte una frase, libro que va entreabriéndose lleno de misteriosos esplendores, en la bóveda azul del cielo y en la tierra adornada con todos sus encantos. El alma pura comprende este libro, porque, amando á Dios, le busca y se alegra de haberlo encontrado. En todas partes descubre la huella de sus pasos; el poder de la mano creadora le es sensible, tanto en la humilde florecilla como en el árbol frondoso; tanto en el insecto que se arrastra á sus pies como en el ave de canto melodioso. Todas las criaturas le hablan de Dios, y en cada una de ellas encuentra los vestigios del tránsito de Dios, *vestigia Creatoris*.

«El pecado afea el alma, estraga todos sus placeres y la inunda en una secreta amargura. El jardín de delicias se cambia entonces en tierra maldita, en la que el alma se siente detenida y desgarrada de todos lados por las espinas del remordimiento. Como Adán culpable, teme encontrarse con Dios; se oculta á sus miradas, y, por una especie de pudor cristiano, se aleja de cuanto puede hacerle ver á Dios ó hablarle de Él». (1)

El alma, que de suyo es religiosa, experimenta, al contemplar la naturaleza, una fruición indefinible; se reconcentra, medita, gusta de la sole-

(1) Goudé. *Le Collège*.

dad; entra en comercio con la Divinidad, cuyas huellas descubre en los objetos que la rodean. «Dios, exclama S. Agustín, es el arquitecto que fabricó la máquina del mundo, con poder no sólo sorprendente sino también inefable. Como sabio artifice suspendió los cielos con sublimidad, cimentó la tierra sobre sólido fundamento y encadenó el mar señalándole límites». (1)

¡Ah! cuán yerta y menguada es la ciencia incrédula y materialista que, al negar el dogma de la creación y de la providencia, deja al hombre sin luz ni guía ante los arcanos de la naturaleza, le lanza en el terreno resbaladizo de la hipótesis y le precipita aún en el abismo del error!

6. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material.—Cuanto ocupa útilmente al hombre, le perfecciona y contribuye á la prosperidad privada ó pública, ha sido aceptado por la Iglesia, la que, lejos de oponerse al desarrollo de la ciencia humana y á los descubrimientos útiles, los ha amparado y favorecido en todo tiempo. Ciertó es que la Iglesia repite á menudo á los hombres, que *la salvación eterna es el negocio más importante; que de nada les serviría ganar todo el mundo si pierden su alma*; pero estas preciosas máximas no perjudican á las labores de la inteligencia, ni á la adquisición y goce moderado de los bienes terrenos, ni al progreso material bien entendido. (2)

En otro lugar se ha dicho lo bastante acerca de los inapreciables servicios que las ciencias en

(1) Sermón 36 de temp. De Bapt. Christi.

(2) Cf. Accusations. Obra citada.

general deben á la Iglesia, y á él remito al lector. Sólo transcribiré aquí estas frases de Moignon: «Nosotros los católicos, tratamos á la ciencia con todo el respeto que se merece; la honramos y la estimulamos. La historia atestigua que á los primeros Pontífices de la Iglesia católica corresponde la gloria de haber luchado contra la barbarie, reanimado el gusto de las letras y de las artes, protegido á los hombres de talento y dado origen á los más hermosos siglos de la Europa moderna». (1)

En cuanto á las ciencias naturales y á los inventos modernos, la Iglesia tampoco los rechaza; por el contrario, los fomenta, y acepta cuanto contribuye al verdadero perfeccionamiento de la humanidad y está conforme á las leyes de la moral. «La gloria de Dios no es el solo fin del establecimiento de la Iglesia: Dios le ha confiado también al hombre, para que ella lo restablezca en todos los derechos que le dió primitivamente por estas palabras: *Someted la tierra y dominadla* (Gen. I, 28). Por eso la Iglesia presta al hombre su concurso más activo en las conquistas que emprende su inteligencia, y exhorta á los fieles á instruirse en todas las ciencias.» (2) Tan cierto es esto, que las ciencias naturales han sido y son cultivadas por muchos católicos, á quienes se deben no pocos inventos. «Decir que la Iglesia mira de reojo la organización de las sociedades modernas y que rechaza indistintamente cuanto ha producido el genio del hombre, es una

(1) *Los esplendores de la fe.*

(2) *Accusations contre la Religion.*

vana y frívola calumnia... Como toda verdad deriva necesariamente de Dios, la Iglesia reconoce como una especie de vestigio del pensamiento divino en todo lo que tienen de verdadero los descubrimientos humanos,... y aun saluda con gozo cuanto aumenta el dominio de las ciencias, y según su costumbre tiene siempre vivo celo en desarrollar y promover tanto las ciencias naturales como las otras. En estos estudios, si se hace algún invento, la Iglesia no se opone en manera alguna ni condena las cosas que tienden á hacer más cómoda la vida. Enemiga de la inercia y de la pereza, quiere eficazmente que el espíritu humano se prepare, por el ejercicio y la cultura, á producir abundantes frutos; estimula toda clase de artes y trabajos, y empleando su poder en dirigir todas sus empresas hacia el bien y la salud, procura impedir que la inteligencia y la industria del hombre le alejen de Dios y de los bienes celestiales». (1)

Al tratar del progreso, lo clasificamos en intelectual, moral y material. El progreso intelectual consiste en la elevación del espíritu sobre las cosas creadas, mediante la posesión de la verdad. La Iglesia aplaude este progreso y procura desarrollarlo con la poderosa fuerza de que dispone. El progreso moral consiste en la tendencia continua del espíritu á la perfección, que se obtiene elevándose hasta Dios y uniendo la voluntad humana con la suya. La Iglesia, no sólo quiere este progreso, sino que es la única que puede concederlo; porque el alma, para ser perfecta, nece-

(1) Encicl. *Immortale Dei* de Su Santidad León XIII.

sita de un socorro divino especial, llamado *gracia*, cuya distribución entre los hombres la hace Dios ordinariamente por medio de la Iglesia.

El progreso material consiste en la actividad del comercio, en los procedimientos de la industria, en el trabajo de las máquinas, en los inventos que hacen las relaciones más activas y el trabajo menos fatigoso, en las mil creaciones, en fin, que aumentan el bienestar y las comodidades de la vida, que la hacen más fácil y dulce. La Iglesia no rechaza este progreso, pero lo *teme*, no porque en sí sea malo, sino porque, al traspasar los justos límites, (como ordinariamente acontece en los pueblos), fomenta las pasiones, favorece la molición y sirve de obstáculo á la virtud y al perfeccionamiento moral del hombre. Este progreso, llevado al exceso, *hace del hombre una máquina, y de la máquina un hombre*, ha dicho un célebre economista. (1)

7. Acusaciones que se hacen á la Iglesia como á enemiga del adelanto científico y material.—A pesar de los inapreciables beneficios que las ciencias y el progreso deben á la Iglesia, se la califica por algunos de oscurantista, de enemiga de la civilización, de opuesta á los inventos modernos y al adelanto material. Interpretando mal su doctrina, que prescribe al hombre *no sacrificar el espíritu al cuerpo, ni los intereses eternos á los temporales, y buscar ante todo el reino de Dios y su justicia*, afirman nuestros adversarios que la Iglesia condena todo progreso y que exige de sus súbditos la renuncia á todos los goces sensi-

(1) Cf. *Accusations contre la Religion*.

bles, para entregarse á un *misticismo exagerado*. Por esto califican á los conventos de *centros de oscurantismo* y hacen guerra tenaz á la vida cristiana.

¡Cuán errados están los que propalan tales asertos! "¿En qué se oponen y perjudican las máximas del Evangelio, que moderan las pasiones y favorecen las virtudes, á la verdadera felicidad de los individuos, de las familias y de los pueblos, á su triple desarrollo material, intelectual y moral?", dice un apologista moderno: "El decálogo y el *sermón de la montaña*, que son el principio de toda civilización, en ninguna parte se enseñan de una manera tan eficaz como en la Iglesia católica". (1)

La Iglesia, en obediencia del precepto divino de *enseñar á todos los pueblos*, ha cuidado siempre de difundir en los ámbitos del mundo la ciencia sagrada y la profana, aun como medio de acercar á los hombres á Dios y de perfeccionarlos. Según observa un escritor de nuestros días, al decir el Espíritu Santo que, *donde no hay ciencia, no hay nada bueno* (Prov. XIX, 2), no distingue entre la ciencia sagrada y la profana. S. Pablo quiere que los cristianos *estén llenos de toda ciencia* (Colos. I, 9); Salomón afirma que *la ciencia es preferible al oro y al diamante, y que la boca del sabio es como una alhaja preciosa*. (Prov. XX, 15). S. Gregorio de Nazianzo, una de las lumbreras de la Iglesia, decía: "La ciencia es el primero de los bienes; y no me refiero solamente á la nuestra, que concierne á la salvación y á la

(1) DEVIVIER, *Cours d'Apologétique*.

consecución de los bienes espirituales, sino que hablo también de la ciencia *profana*. No tener sino buenas costumbres ó poseer sólo la ciencia, es como tener un solo ojo; mas los que brillan en ambas cosas son perfectos».

«Si Jesucristo no hubiese venido al mundo», dice Laboulaye, «ignoro cómo habría podido éste resistir al despotismo pagano que lo ahogaba. No hablo como cristiano sino como historiador; y como tal afirmo que en política como en moral y en filosofía, el Evangelio ha renovado á las almas. Con razón datamos nosotros de la *Era nueva*, porque una sociedad nueva ha salido del Evangelio». El protestante Guizot, afirma igualmente que «desde el siglo IV, el estado intelectual de la sociedad religiosa (la Iglesia) y el de la sociedad civil no pueden compararse: en ésta todo es decadencia, languidez é inercia; en la primera todo es movimiento, ardor y progreso». (1)

El mismo progreso material, los descubrimientos modernos, que han modificado ventajosamente las condiciones de esta vida y favorecido mucho la industria y el comercio, son aplaudidos por la Iglesia, que se sirve á menudo de ellos para difundir la verdad católica, promover las sanas costumbres y extender el reino de Dios por la redondez de la tierra. «Para el hombre de fe», dice el cardenal Pie, «la naturaleza es tanto más grande y sagrada, cuanto que sus efectos exteriores y visibles, sirven de instrumento á otras operaciones más elevadas y sublimes. Dios, que es á la vez principio de la naturaleza y de la

(1) Citas de Devivier en la misma obra,

gracia, ha querido que ésta, *como una reina*, tenga en aquélla *una servidora siempre á sus órdenes*.

«Talvez se ha creído dar alas sólo á la humanidad, y se las ha dado también al cristianismo. Se ha pensado no trabajar sino por los intereses de aquí abajo, y se ha trabajado por la causa del Evangelio y por el cielo. Esa red mágica que luego rodeará nuestro planeta en sus anillos de hierro, tiene que ser, sin saberlo, el conductor y propagador de la verdad y de la gracia. El sacerdote de Jesucristo, que necesitaba meses y años para llegar á los pueblos infieles, se lanza en el *caballo de fuego* que le proporciona la ciencia; y hendiendo en cierto modo los aires, como el profeta á quien el ángel del Señor llevaba por los cabellos, se admira de estar en Babilonia, que no había visto. Sí, en nuestros días, el sacerdote, el pontífice pueden moverse, multiplicarse con la misma facilidad que la gracia, de la que son dispensadores, y la lentitud de sus pasos no produce casi ningún retardo á los pronto efectos de la palabra que anuncian. Un agente más útil, más delicado, más múltiple y vario en sus efectos que el que se desenvuelve con los aparatos científicos del hombre, se desliza á lo largo de esas líneas y va á herir los corazones con un dardo firme y victorioso. De este modo las nuevas combinaciones de la materia han hecho nacer nuevos recursos á la Providencia divina que se vale de todos los medios para comunicarse á las almas.» (1)

«Preocupados los hombres con los bienes presentes,» decía hace poco el P. Monsabré, «ignoran

(1) *Oeuvres sacerdotales*.

que el fin supremo de todos los progresos es el advenimiento universal del reino de Dios en las almas. Ellos, mediante su genio, doman las fuerzas sobre las que Dios les ha dado positivo imperio, aplanan los caminos, aceleran el movimiento, establecen rápida comunicación entre pueblos antes separados por mil obstáculos, aplauden sus esfuerzos y triunfos; y, porque nuestro entusiasmo no entona con ellos un cántico, nos acusan de enemigos del progreso. ¡Cuánto se engañan! Nadie puede estimar mejor que nosotros las conquistas del hombre sobre la naturaleza, porque vemos claramente el último resultado: á saber, la admirable unidad que ellas preparan, unidad hacia la cual tienden las almas—la unidad religiosa—que produce la adhesión de todos los espíritus á las mismas verdades, la fusión de todos los corazones en el amor del mismo Dios, la sumisión de todas las voluntades á una sola autoridad celeste». (1)

8. Sabios cristianos.—Desde el origen de la Iglesia, las ciencias y las artes han sido estimadas y cultivadas con esmero por sus hijos, como lo comprueba la historia, siendo éste el mejor mentís que se puede dar á cuantos la califican de retrógrada y oscurantista. Los Padres y Doctores, así como los apologistas cristianos poseyeron grande erudición sagrada y profana, y nos han dejado obras de relevante mérito. Los Sumos Pontífices han procurado, á su vez, promover y auxiliar el desenvolvimiento de los conocimientos humanos; y durante el largo pe-

(1) Sermón sobre la obra de la *Propagación de la fe*.

ríodo de la Edad Media, las ciencias fueron el patrimonio casi exclusivo de los monjes, quienes salvaron de la rapacidad de los bárbaros los tesoros de la antigüedad clásica y sacaron de ellos copias prolijas y exactas. Casiodoro, en el siglo VII, hizo de la transcripción de los manuscritos sagrados y profanos una de las ocupaciones preferentes de los monjes, y Alcuino organizó en sus monasterios vastas salas con igual objeto, prescribiendo que, «durante el trabajo no se pronuncie ninguna palabra frívola, no sea que por esto la mano se equivoque en la materia sobre la cual escribe». Con razón Duruy, cuyo testimonio es nada parcial, dice que los bárbaros habrían hecho *tabla rasa* de la civilización antigua, si la Iglesia no hubiese recogido los restos mutilados que ellos dejaron. Madre de las creencias, lo es también de la poesía, de las artes y de la ciencia.

Esta labor civilizadora ha continuado y continuará la Iglesia hasta el fin de los tiempos, como lo manifiestan las escuelas, colegios y universidades que ha establecido; el impulso que ha dado á todas las ciencias y el decidido apoyo que siempre ha prestado á las artes. En especial, ha difundido en todo tiempo la instrucción popular, base del progreso intelectual y moral, pudiéndose decir que, *donde ha elevado un templo ha construido también una escuela*. Innumerables decretos dieron los Concilios para extender y reglamentar la enseñanza que debía darse en las ciudades, y aún en las aldeas, por los sacerdotes y religiosos, quienes desde el siglo V hasta el XII fueron los únicos que se ocuparon en la enseñanza, como lo nota M. Allain.

«¡Qué magnífica pléyade de pensadores y de escritores nos ofrecen los anales de la Iglesia!», dice Devivier. «Apenas salida de las catacumbas, se presentan á defenderla hombres como Orígenes, Atenágoras, Justino, Tertuliano; un poco más tarde saca á luz las obras de S. Juan Crisóstomo, S. Basilio, S. Gregorio de Nazianzo, S. Jerónimo, S. Ambrosio, S. Agustín, S. León el Grande; más tarde inspira las obras maestras de Alberto Magno, de S. Anselmo, de S. Buenaventura, Sto. Tomás de Aquino, Bossuet, Fenelón, Masillón, Bourdaloue. ¿Quién podrá contar las obras notables publicadas en todas las lenguas, para exponer, demostrar, desarrollar y defender la verdad religiosa? ¿Quién ignora que las mejores obras literarias son debidas á la inspiración cristiana? Basta nombrar *La Jerusalén Libertada*, *La Divina Comedia*, *Polyeucto* y *Atalla*». (1)

Y los Papas, ¡cuánto han hecho por el progreso de los conocimientos humanos! «Sería interminable», dice Mgr. Freppel, «si quisiese enumerar todos los servicios hechos por el Papado á las ciencias y á las letras. Os mostraría un Papa á la cabeza del renacimiento de las literaturas griega y latina; á los refugiados de Constantinopla buscando un abrigo á la sombra del trono pontifical; á Lascaris enseñando el griego á la Europa asombrada, desde el Esquilino, junto al palacio de León X; á Nicolao V manteniendo una legión de sabios para buscar manuscritos en el mundo entero; á Pío II, el docto Eneas Silvio, uniendo su ciencia á la de sus protegidos. Y, para acer-

(1) *Cours d'Apologétique.*

carnos á nuestros días, citarla á Paulo III animando á Copérnico en sus inmortales descubrimientos; á Gregorio XIII pidiendo á la astronomía un cálculo regular de los días y de los meses; á Sixto V aumentando la biblioteca vaticana, que es la admiración de todos los sabios; á Urbano VIII, cuyas poesías latinas figuran con justo título entre las mejores de su género en los tiempos modernos; á Benedicto XIV, á quien Voltaire rendía homenaje saludando en su persona al hombre más sabio del siglo XVIII....; "en fin, á León XIII, que por su ciencia, sus escritos y obras grandiosas, marcha á la cabeza de la civilización contemporánea, y favorece con celo admirable los estudios sólidos, sea en literatura, en lingüística, en ciencias naturales, en historia, en filosofía, en teología, en una palabra, en todos los ramos del saber humano". (1)

En la imposibilidad de mencionar á todos los sabios cristianos, me limitaré á nombrar á los más notables de la edad moderna, á juicio del abate Moigno. Tales son: Homalíus de Halloy, geólogo eminente; Agassiz, uno de los más grandes naturalistas de los tiempos modernos, enemigo acérrimo del darwinismo; Faraday, cuya fe y piedad inundaban de alegría su alma; Stokes, físico y matemático profundo; Dumas, el gran químico; Becquer (el padre), decano de la sección de física en la Academia de ciencias; Agustín Cauchi, el primer matemático del mundo; Baumgartrier, físico célebre, antiguo ministro de Austria; Chevreul, ilustre decano de los químicos del mundo; Sa-

(1) Cf. DEVIVIER. Obra citada.

muel Hangthon, autor de los *Principios de mecánica animal*; Trousseau, profesor de la Facultad de Medicina de París; Strauss Durckheim, anatomista célebre; Haudin, miembro de la Academia de ciencias; Le Comte, presidente de la Asociación Americana para el adelanto de las ciencias; Dansón, vicepresidente de la sección de historia natural de la misma sociedad, etc., etc. (1)

Atendiendo á las ciencias especiales que cultivaron, hé aquí la lista de algunos sabios ilustres que han rendido homenaje á la religión y creído en la divinidad de Jesucristo. La metafísica nos presenta á Bacón, Descartes, Malebranche, Leibnitz; las matemáticas á Pascal, Euler, Biot, Cauchy; la física á Newton, Volta, Ampère, Haüy; la astronomía á Tico-Brahe, Copérnico, Kepler, Leverrier, Secchi; la historia natural á Linneo, Reamur, Buffon, Jussieu, Cuvier, Ellas de Beaumont, Flourens, Quatrefages; la medicina á Sydenham, Stahl, Boërhaave, Hoffmann, Recamier, Claudio Bernard, Pasteur; la jurisprudencia á Grocio, Donat, Daguesseau; las bellas letras á Maistre, de Bonald, Chateaubriand, Lamartine, Donoso Cortés, Montalembert, Veuillot.

Lo que llama la atención es que, en esta pléyade de sabios, hay muchos católicos servientes y no pocos miembros del clero y de los institutos religiosos. "Con respecto á los descubrimientos é invenciones científicas, el clero no está atrás", dice Chateaubriand. "Si en el siglo VIII, el monje Alcuino enseña la gramática á Carlo Magno, en el XIX otro monje industrial y paciente

(1) Cf. *Los esplendores de la fe*.

encuentra un medio de descifrar los manuscritos de Herculano. Si en 740 Gregorio de Tours describe las antigüedades de las Galias, en 1750 el canónigo Mazzochi explica las tablas legislativas de Heraclea. Muchos de los inventos que han cambiado la faz del mundo civilizado, han sido hechos por individuos del clero. El descubrimiento de la pólvora y talvez el del telescopio son debidos al monje Rogerio Bacón: otros atribuyen el primero al monje alemán Schwartz. Las bombas fueron inventadas por Galeno, obispo de Munster; el diácono Flavio de Gioia inventó la brújula, que otros atribuyen al dominico Alberto el Grande; el monje Santiago de Vitri fué el primero que aplicó aquélla á la navegación; el monje Despina descubrió los anteojos, y Pacífico, ó sea el papa Silvestre II, el reloj de ruedas».

«¡Cuántos sabios se admirarían», como asegura otro escritor, «si les dijéramos que el doctor seráfico S. Buenaventura vislumbró hace seis siglos la teoría de la termodinámica, ó la unidad y correlación de las fuerzas físicas! Sin duda estuvo muy lejos de nuestros especialistas en la aplicación de dicha teoría; pero no es menos exacto que él presintió esta ciencia y la enunció.

El venerable Beda explicó las mareas; los monjes Onón y Arduino introdujeron el alfabeto moderno; el método de educar á los sordomudos se debe á dos benedictinos de España, y fué perfeccionado por el abate de la Epée; la introducción de las cifras árabes es debida al monje Gerberto, y otro monje, Gudo de Arezzo, inventó las notas musicales.

El religioso Alberto de Sajonia inventó los

aeróstatos; el P. Magnán el microscopio; los PP. Lana y Beccario descubrieron las leyes de la electricidad; los Jesuitas inventaron el gas; la meteorología ha recibido sus últimos perfeccionamientos de los PP. Piazzzi, Denza y Secchi; el P. Barranti ha inventado el moderador de freno de las locomotoras y el dominico P. Embriaco el hidrocronómetro y el sismógrafo.

¡Cuántos otros sabios han ilustrado los claustros ó dado un brillo incomparable á la cátedra sagrada! ¡Cuántos escritores célebres, cuántos hombres distinguidos en las letras, cuántos viajeros ilustres, cuántos matemáticos, químicos, astrónomos y anticuarios, cuántos hábiles hombres de Estado! Nombrar á Sugerio, Jiménez, Alberoni, Richelieu, Mazarino, Fleury, ¿no equivale á recordar los más grandes ministros y los hechos más notables de la Europa moderna?» (1)

Después de recordar nombres tan preclaros y de hacer mención de las obras inmortales que nos han legado, ¿será justo que los adversarios de la Iglesia la llamen enemiga del progreso y que califiquen de credulidad y simpleza el acto de fe, siendo así que los más grandes sabios del mundo han inclinado humildemente su frente ante las enseñanzas divinas? La Iglesia, desde su establecimiento en el mundo, es, según la hermosa frase de un escritor, como el sol en el universo: ella difunde por todas partes su luz y su calor, penetra y se insinúa por do quiera, sin que nada escape á su influencia benéfica. Por esto De Maisre ha podido decir: Mirad un mapa-mundi; en

(1) *Accusations contre la Religion.*

donde se detiene el influjo de la Iglesia, allí se detiene la civilización: fuera de ella todo es barbarie. La historia de la civilización es la historia misma del cristianismo, añade Donoso Cortés: escribir la una es escribir la otra.

CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

La Filosofía

1. Importancia de la Filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo.—2. La Filosofía y la Teología, ó, mejor dicho, la razón y la fe, constituyen la fuente de todos los conocimientos humanos: auxilio que entre sí se prestan y subordinación de la primera á la segunda.—3. Impotencia relativa de la Filosofía.—4. Daños que ha causado la Filosofía desligada de la fe ú opuesta á ella.—5. La Filosofía pagana y la cristiana: breve paralelo entre las dos.—6. La Filosofía escolástica y sus servicios.—7. Santo Tomás de Aquino.—8. León XIII, restaurador de la Filosofía tomista.—9. Carácter de la Filosofía en el siglo XIX: errores dominantes en ella.—10. Método para estudiar la Filosofía con provecho.

I Importancia de la Filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo.—Entre las ciencias del orden natural ocupa el primer lugar la filosofía, la más noble, útil, amplia y profunda de todas ellas, tanto por su objeto y fin, como por el lustre que su estudio comunica á las facultades humanas.

Dotado el hombre de entendimiento, que es como un rayo y participación de la inteligencia

divina, tiene aptitud de conocer é investigar la verdad, á la cual se siente irresistiblemente atraído. La filosofía guía al hombre en esta grata labor, cuyo resultado es la consecución de la verdad, que alegra y sosiega al alma.

Desde el momento en que la *lumbre interior* de la razón empieza á manifestarse en nuestro espíritu; desde que podemos raciocinar y darnos cuenta de nosotros mismos, se nos presentan problemas, á cual más arduos é importantes, acerca del mundo y sus leyes, del origen y destino último del hombre, de la vida presente y la futura, de la sociedad y su fin, de la Providencia y su gobierno, etc., cuestiones que preocupan y agitan la mente humana, y de cuyo verdadero ó erróneo concepto y solución depende la suerte feliz ó desgraciada de los individuos y de los pueblos.

Ahora bien, la filosofía se versa sobre estas y muchas otras utilísimas cuestiones, para cuya acertada solución necesita del apoyo de la fe; trata de los primeros principios y causas de las cosas, dirige al entendimiento en sus labores; le suministra el método y la base para el cultivo de todas las ciencias, á las que *domina, aclara y completa*; le guía en la ardua faena de conseguir la verdad, preservándole de los escollos del error y de la noche de la ignorancia; mitiga, en fin, con el agua pura de la ciencia, la sed de instruirse que experimenta, sed que es el principal estímulo de su actividad intelectual.

"La filosofía enseña á pensar, á meditar, á darse cuenta de todo", dice Mgr. Dupanloup; "ella aclara en su mismo fondo las más profundas ver-

dades; muestra sus lados luminosos y hace por consiguiente luminosas á las inteligencias. Hay siempre sombras en un espíritu que no ve filosóficamente las cuestiones... El objeto de la filosofía está en las ideas, en los principios, en las verdades necesarias y eternas; es decir que la filosofía tiene de continuo nuestro espíritu en presencia de lo inmutable, de lo inmortal, de lo infinito; y por esto, aun cuando tenga su dominio propio, no deja de ser la filosofía, en un sentido muy verdadero, la ciencia general, la luz de las ciencias, á todas las cuales dirige é ilumina, porque es la ciencia de los principios; y de aquí el que toda ciencia y todo arte tengan su filosofía» (1).

«La filosofía es más importante que las ciencias naturales. Éstas, en efecto, son especulativas ó prácticas. Desde el punto de vista especulativo, la filosofía es superior á las otras ciencias por la dignidad de su objeto, que es el más grande y bello, puesto que abraza á Dios, al alma y al mundo; el más vasto, porque toca todas las materias que se dividen entre las otras ciencias; el más elevado, en fin, porque busca los primeros principios. Las ciencias experimentales y matemáticas no pueden tratar de Dios, ni del alma, ni de los primeros principios del mundo, sin salir de su dominio.

«Desde el punto de vista práctico, la excelencia de una ciencia depende de la excelencia del fin que se propone. Ahora bien, las ciencias físicas y matemáticas tienden inmediatamente al bien temporal; la filosofía, al contrario, al demostrar

(1) *Cartas sobre educación intelectual.*



la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, excita á la práctica de la virtud, á la fuga del mal, y dirige al hombre al fin último en el orden natural.

"La utilidad de la filosofía es manifiesta, por cuanto perfecciona las facultades más nobles del alma y proporciona á una de ellas las reglas del juicio, y á otra la norma de conducta. Ella es el *lazo sintético* de todas las ciencias, en cuanto les suministra los principios fundamentales en que se apoyan, principios que las ligan entre sí. Todas las ciencias, observa Sto. Tomás, están en relación por los principios comunes, en el sentido de que todas se sirven de estos principios" (1).

No sólo en el orden de las ideas sino también en el de los hechos y en el de las costumbres influye eficazmente la filosofía, una vez que el hombre procede en sus actos de acuerdo con los principios que profesa. "La filosofía debe por esto ocupar lugar preferente en la educación; pues opera una benéfica transformación en el alma del joven y establece el predominio de la razón, de la conciencia, del deber y del respeto á Dios, allí donde dominan las impresiones, la imaginación, los sentidos acaso y las pasiones... En una palabra, le hace más hombre (2). "A menos de haber hecho un curso serio de lógica y de filosofía cristiana teórica y moral, un católico es como un hombre sin coraza y sin armas en el conflicto intelectual que ruge en torno suyo", dice el car-

(1) *Cours de Phil. Scolastique* par M. FARGES et M. BARBEDETTE.

(2) *Cours de Philosophie* par F. J.

denal Vaughan. "La literatura y la ciencia del día, la actividad intelectual y la conversación corriente de los *leaders* del pensamiento moderno exigen de un católico una sólida instrucción basada en la filosofía católica". "El fin de la filosofía", lo dijo antes Mgr. Dupanloup, "es no sólo *saber bien*, sino *obrar bien*. Estudiar para conocer, conocer para amar, amar para practicar, tal es la filosofía. Se la mutila y despedaza deplorablemente; se la aleja de lo que tiene de más grande y esencial, cuando se la quiere considerar como una ciencia meramente especulativa y restringirla á lo que Bossuet llamaba con desdén el *filosófico puro*, es decir la pura especulación y abstracción. Todo en la filosofía debe proponerse hacer mejores á los que se aplican á su cultivo" (1).

De estas breves reflexiones se deduce cuán importante es la filosofía, *de la que depende en gran parte la índole de las otras ciencias* (2), y cuán útil es conocerla, aún para el gobierno de la vida. Por esto ha sido cultivada y estimada en todo tiempo por muy preclaros ingenios, que han encontrado sus delicias en esta ciencia, cuyos principios les sirvieron, además, de punto de partida para la solución de los problemas más intrincados del orden individual y social.

El Oriente, que fué la cuna del linaje humano, lo fué también de la filosofía, la que tomó grande incremento en Grecia y Roma; pero sobre todo progresó mucho en la Edad Media y en los

(1) *L'Education*.

(2) Encic. *Aeterni Patris* de S. S. LEÓN XIII.

tiempos modernos, por el benéfico influjo del catolicismo en el terreno filosófico. Por medio de la filosofía adquirió la historia misma mayor interés é importancia: porque, como dice Mr. Cousin, la relación de los hechos es el elemento exterior y, por decirlo así, concreto de una época... Mas la filosofía es el elemento interno, abstracto, ideal, reflejo; y por consiguiente la expresión más elevada de esa misma época (1).

2. La Filosofía y la Teología, ó sea, la razón y la fe, constituyen la fuente de los conocimientos humanos: auxilio que se prestan entre sí y subordinación de la primera á la segunda.—En el capítulo undécimo manifesté ya la armonía que existe entre la razón y la fe; pero, como en el actual trato *ex-profeso* de las relaciones que median entre la teología y la filosofía, me es preciso recordar lo antes dicho y aún entrar en nuevas consideraciones para la debida explicación de esta interesante cuestión.

Las verdades que pueden ilustrar al hombre y ser objeto de sus investigaciones, pertenecen á un doble orden: al natural y al sobrenatural. Corresponden al primero las que están al alcance de la razón, y al segundo las que exceden sus fuerzas y nos son conocidas por la revelación. Ahora bien, la razón y la fe se auxilian y apoyan mutuamente, á tal punto que cuando proceden de acuerdo progresan las ciencias y se dilatan sus horizontes: y, por el contrario, cuando pugnan entre sí, experimenta grave daño el humano saber y se estrechan sus límites.

(1) *Introd. a l'histoire de la philosophie.*

«No hay error más extendido y funesto en nuestros días, que el de suponer la existencia de un desacuerdo inconciliable entre la razón y la fe», dice el abate Fremont. «Se imaginan gratuitamente algunos que la fe se ocupa en un orden de cosas poético, extrafalario, extraño é injustificable que no tiene correspondencia alguna con el orden humano y experimental. Esta concepción es radicalmente falsa; porque la fe, lejos de ser la antítesis de la razón, es, por el contrario, su glorioso y divino coronamiento. El cristianismo es la filosofía llevada á su último término. El cristianismo, como la filosofía propiamente dicha, cuyo objeto es el universo y sus causas (estudiadas y conocidas sin el auxilio de la revelación), se apoya en *hechos* muy positivos y muy reales referidos por la historia, si bien de un carácter especial; puesto que esos hechos proceden directamente de Dios mismo, y por esto se les llama sobrenaturales. Sin embargo, este carácter sobrenatural no quita nada á su esencia, según la cual son hechos históricos y positivos. Por ejemplo, el monoteísmo hebreo, en el seno de la idolatría universal, durante el paganismo; la idea mesiánica entre el pueblo judío; la vida y doctrina de Cristo, y la fe de los apóstoles en la resurrección, son hechos que no pueden explicarse naturalmente y, no obstante, son simples *hechos* que, como tales, pueden comprobarse y han sido comprobados, de igual modo que los otros. Ahora bien, todo hecho como todo efecto se explica por una causa natural ó sobrenatural; y, como los que acabamos de mencionar y otros más, no proceden de causas naturales, hay que aceptar un

agente sobrenatural, ó sea, la acción directa de Dios, de quien depende en absoluto este orden de cosas. Nuestro acto de fe es, por tanto, racional, filosóficamente considerado. Por esto el Concilio Vaticano, resumiendo toda la enseñanza de los Padres de la Iglesia acerca de este punto fundamental, ha definido que el acto de fe cristiana, si bien no puede ser producido sino mediante la gracia divina, no es un acto ciego sino un acto de *luz*, un acto verdaderamente racional, basado á la vez en la veracidad divina y en las funciones normales de la inteligencia humana.

Los que rehusan ejecutar este acto en el dominio religioso, no pueden negar, sin embargo, por poco espíritu de observación que tengan y con tal que obedezcan á las prescripciones del sentido común, que de *hecho* la fe, aun en el orden puramente natural, en la esfera de las cosas profanas, en la vida individual y social, es la condición necesaria de nuestros grandes triunfos, el resorte fundamental de nuestra actividad, la ley misma de nuestra naturaleza. (1)

En efecto, el niño tiene fe en sus padres, el discípulo en el maestro, el esposo en la esposa, el amigo en el amigo; el sabio tiene fe en la ciencia, el pueblo en sus gobernantes, el soldado en su jefe, el artista en su ideal, el héroe en la causa por la que se sacrifica, la humanidad, en fin, en su glorioso porvenir. Luego la fe natural interviene en todos los actos de nuestra vida y es el móvil de nuestra actividad. Los pueblos no perecen, según el mismo escritor, sino cuando se ex-

(1) Cf. *Discours sur le rol nécessaire de la foi.*

tingue la fe, y sin ella caen en el escepticismo, que es eminentemente estéril. La duda produce terribles males á los individuos y á los pueblos: «ella, dice Mr. Brunetiére, enerva los caracteres, y tarde ó temprano, pero infaliblemente, acaba por extraviar la voluntad. La necesidad de creer vuelve siempre á aparecer, por muchos esfuerzos que se hagan en contrario; y esto nace de que no podríamos obrar ni vivir sin creer.

«La fe es no sólo la condición de toda acción sino que es verdaderamente su principio y su resorte. En el origen de todas las grandes acciones se encuentra la fe, la creencia en algo que no se sabe, pero de lo que estamos seguros y aún convencidos; y por esto, si conocemos algunos mártires de la ciencia (y no quiero disminuir su mérito ni su gloria), mayor número de mártires ha habido de su creencia ó de su fe.» (1)

Hablemos ahora del mutuo auxilio que se prestan la fe y la razón. «Las verdades reveladas presuponen como base y fundamento las verdades racionales. . . . Por esto la apologética cristiana debe comenzar por admitir y asentar aquéllas, so pena de carecer de base ó de principiar su trabajo por un paralogismo, aceptando lo que es precisamente contra ella, y dando por supuesto lo que debe probar antes de pasar adelante. . . . La fe se prosterna ante Dios y lo adora: sin embargo, la fe, por respetuosa y humilde que sea, no se contenta con creer, con deferir simple y como ciegamente á la palabra revelada; en su

(1) Discurso pronunciado en el tercer Congreso de la Juventud Católica.

necesidad de luz, procura ver, penetrar, comprender; llama en su auxilio á la razón, á la inteligencia y las aplica á inquirir respetuosamente la palabra de Dios. Y hé aquí un primer trabajo filosófico que nos es permitido hacer sobre el dogma; un trabajo de penetración. Esto es lo que San Agustín expresaba admirablemente con estas palabras: *Intelligas.... rationis luce conspicias....* (1)

La razón, ilustrada por la sana filosofía, presta á la fe un triple servicio, dice el insigne Doctor Santo Tomás: 1.º demuestra ciertas verdades que, siendo los preámbulos de la fe, son necesarias á la ciencia de la religión, v. gr. la existencia de Dios, su unidad y atributos, como también otras verdades relativas á las criaturas, las que la fe presupone; 2.º refuta las objeciones contra la fe, sea probando que son falsas, sea haciendo ver que no son concluyentes; y 3.º hace en cierto modo más *sensibles* las verdades de la fe, mediante ciertas comparaciones tomadas de las cosas humanas, como las empleadas por San Agustín en muchos lugares de sus libros sobre la Trinidad. (2)

Inapreciables son, á su vez, las ventajas que de la fe reporta la razón, la cual, fortalecida y guiada por ella, penetra con seguridad en el mundo sobrenatural, y aun conoce con mayor exactitud y sin mezcla de error, como antes se indicó, muchas verdades naturales. "Si la razón," afirma Monfat, "no está bien fuerte y nutrida, se ve como ofuscada por la verdad, sobre todo por las ver-

(1) DUPANLOUP. Cartas sobre educación.

(2) *Super Boetium*. De Trinit.

dades superiores cuyo brillo la deslumbra en su camino y desconcierta en alguna manera su constitución débil. La razón se detiene entonces en la superficie, donde la media luz le impide ver lo que brilla en las profundidades, y en tal estado el sofisma se apodera de ella.... Mas, cuando la razón está fortalecida por la fe, no sucumbe ante las exigencias de la naturaleza. Los principios supremos de las cosas difunden en la inteligencia como un *roco de luz*, con cuyos maravillosos resplandores descubre la belleza de lo que debe creer y la justicia de lo que debe practicar. El espíritu se siente *naturalmente cristiano* á medida que se posesiona de sí mismo y reconoce mejor el acuerdo que la verdad tiene con la razón y las simpatías que despierta en su corazón. *Las leyes divinas se justifican por sí mismas.* (Ps. XVIII, 10). Dirigido y vigorizado por la fe, está pronto el hombre á dar cuenta de sus esperanzas, que son la base de sus creencias y el móvil de sus acciones, tanto á las pasiones de dentro como á los errores de fuera.

«Nada tan glorioso á la filosofía como la investigación de las causas; pero esta altísima labor la expone á peligros que están en proporción con la excelencia de los asuntos sobre que versa. Necesita de un guía, y el más seguro y luminoso es la fe. La fe tiene por término á Dios contemplado en Sí mismo; por autoridad, la palabra infalible de Dios; por medios, el auxilio prometido y necesariamente fiel de Dios. Su extensión es ilimitada: directamente, ó por inducción y reflejo gran parte de las verdades que son objeto de las ciencias y están en contacto con la filosofía, ya

en su fundamento, ya en su cima, no pueden sin grave daño prescindir de la fe. Asirse de ésta, interrogarla, iluminarse con su luz es un elemento de seguridad y de grandeza para la filosofía.

"De *seguridad*, desde luego. Siendo absolutamente ciertas las verdades de la fe, todo lo que las contradice es necesariamente falso. El error y sus tinieblas son á modo de arrecifes contra los cuales el orgullo de la ciencia choca y naufraga, como lo comprueba á menudo la historia de la filosofía. Cuéntense, si es posible, los sistemas raros, inmorales, impíos, que se han inventado para explicar el origen del mundo, su gobierno, la naturaleza y causa del mal, el último fin del hombre, y nos convenceremos de la exactitud de esta afirmación.

"La *dependencia* de la fe es cuestión de vida ó muerte para la filosofía; y la Iglesia se ha mostrado eminentemente sabia y cuidadosa de los intereses vitales de esta ciencia, cuando ha condenado los desdenes desastrosos y criminales de tantos ingratos hacia la revelación: *Philosophia tractanda est, nullâ supernaturalis Revelationis habitâ ratione*.

"Es también elemento *de grandeza*. Semejante al faro que brilla durante la noche, la fe suple las deficiencias de la razón; y como la brújula dirige la nave, ella guía á la inteligencia en su marcha por el océano de la verdad, en el que una inspiración secreta le impulsa á avanzar más y más: *duc in altum*. Los secretos que se ocultan en la profundidad de las cosas burlándose de las fuerzas de la razón; las causas que no se descubren sino lentamente, unas después de otras...; las ra-

zones finales del ser, las leyes de soberana simplicidad: hé aquí lo que una razón que se estima, desea conocer: *Felix qui poterit cognoscere...* Que pida esta dicha á la fe, quien, al introducirla *dentro del velo* y en lo *íntimo* de Dios, le acostumbra á percibir los rayos de la divina esencia, que hacen ver en las cosas las huellas de la infinita belleza de su Autor. La fe da á la razón una intuición más rápida y segura de las leyes de los cuerpos y de los espíritus, enseñándole á descubrir en los primeros los vestigios, y en los segundos la imagen de la Divinidad." (1)

Tratando León XIII de la armonía que debe reinar entre la teología y la filosofía, y del mutuo apoyo que entrambas se prestan, dice. "No en vano adornó Dios la mente de los hombres con la luz de la razón, la cual, lejos de ser extinguida ni disminuída por la luz sobreañadida de la fe, es antes bien perfeccionada por ella, acrecentada su virtud y hecha hábil para cosas mayores. Es, pues, muy conforme al orden establecido por la divina Providencia, para convertir á los pueblos á la fe y á la salud, acudir aún á la ciencia humana: procedimiento sabio y laudable, del que han hecho uso frecuente los más ilustres Padres de la Iglesia, como lo comprueban los monumentos de la antigüedad. Estos mismos Padres asignaron, en efecto, á la razón un lugar importante, que S. Agustín explica en pocas palabras, cuando atribuye á la ciencia humana aquello por lo que *la fe saludable es engendrada, nutrida, defendida y fortificada*. (2)

(1) MONFAT. *La pratique de l'éducation chrétienne*.

(2) Encicl. *Aeterni Patris*.

Según la doctrina de este Padre, "hay una especie de recíproco influjo entre la ciencia humana y la divina, entre la Filosofía y la Teología. Si la primera suministra á la segunda argumentos, demostraciones, analogías y métodos que la afirman y la acercan á la razón humana; la fe proporciona á la razón la clave para la solución de los problemas más trascendentales de la filosofía, de la moral y de la historia, sobre los cuales espärce vivísima luz. La fe, que, aun en el orden puramente humano y natural, es anterior á la razón, lo es mucho más cuando se trata de la fe divina, la cual, por consiguiente, lejos de excluir á la ciencia, le prepara más bien el camino, (*credimus ut agnoscamus... crede ut intelligas*) afirma sus pasos y ensancha su horizonte. Por eso también el ideal de la filosofía cristiana envuelve y entraña la marcha paralela, armónica y relativamente independiente de la razón y de la revelación, de la ciencia filosófica y de la ciencia teológica." (1)

Si la teología trata de las verdades del orden sobrenatural, y la filosofía de las del natural, es muy justo que ésta se someta á aquélla en cuanto es de su incumbencia, y que la tome por guía en todo lo que excede á las débiles fuerzas de la razón. Además, aun cuando las ciencias tienen entre sí estrecho enlace, por dedicarse todas á la investigación de la verdad, no por esto son iguales, sino que hay unas superiores á otras, según las materias de que tratan. Entre ellas correspon-

(1) Cita del Card. González en su *Historia de la Filosofía*.

de el primer lugar á la teología sobrenatural, ó sea, á la ciencia de Dios y de las cosas divinas, adquirida por la revelación. El estudio de esta ciencia aprovecha mucho á las otras, y en especial á la filosofía, porque les descubre amplios horizontes y las auxilia eficazmente para el conocimiento exacto de muchas verdades del orden natural, como antes lo manifestamos. Oigamos al Cardenal González: "Si es misión propia de la filosofía marchar y moverse en busca de la verdad, una vez que Dios *entregó el mundo á las disputas de los hombres*; si la investigación perseverante, profunda, consciente de la realidad objetiva y de la verdad absoluta, constituye la función especial y característica de la filosofía—*philosophia querit veritatem*—no es menos cierto que pertenece á la teología descubrir y afirmar esa realidad en su sentido más amplio, poner al hombre en comunicación íntima y perfecta con esa verdad absoluta; porque la fe divina que le sirve de punto de partida—*fides quaerens intellectum*—y la palabra de Dios que le sirve de norma y de luz, derraman vívidos resplandores sobre los problemas más trascendentales que discute la filosofía, en atención á que esa fe divina entraña y representa una derivación inmediata de la razón infinita, que es á un mismo tiempo la realidad completa, el ser infinitamente real y la verdad absoluta, la norma primitiva de toda verdad: *Theologia invenit veritatem*... Según afirma Lactancio, la suma del saber humano consiste y debe buscarse en la unión de la religión y la ciencia; porque, si la religión sin ciencia es poco digna del

hombre, en cambio la ciencia sin religión es insuficiente y no merece grande estima." (1)

De lo anterior se deduce que la filosofía recibe positivos servicios de la teología, y que es absurdo prescindir de ésta para constituir á aquélla en maestra y señora de todas las verdades, aun de las superiores al alcance de nuestra inteligencia, como pretenden los racionalistas. Á la filosofía se la llama con justicia *sierva* de la teología; porque, no obstante su grande importancia entre las ciencias humanas, sirve únicamente de *vestíbulo* á la ciencia de Dios, según la expresiva frase del Cardenal Pie.

3. **Impotencia relativa de la filosofía.**—Por grandes que sean las conquistas de la razón; por muchas que sean las verdades y secretos que el hombre haya arrancado á la naturaleza; por eximios que sean los ingenios de que se gloria la humanidad, es innegable que la inteligencia no llegará á enriquecerse con todas las verdades del orden natural ni á recorrer en toda su extensión el campo vastísimo de la ciencia; porque, en castigo de la rebelión primitiva, la ignorancia oscureció la mente humana, condenada desde entonces á ruda labor para adquirir y ensanchar sus conocimientos. Cada verdad descubierta en el mundo científico, cada arcano descifrado en la naturaleza son el resultado del esfuerzo de muchos hombres y aun de generaciones enteras que van recorriendo lentamente la escabrosa senda del saber, sin que sea siempre segura ni la ruta misma trazada por los que marchan á la vanguar-

(1) *Historia de la Filosofía.*

dia de la civilización. En especial en las ciencias físicas, ¿cuántos principios que parecían inconcusos, cuántas hipótesis que se juzgaban fundadas han sido después combatidas y desautorizadas por los nuevos descubrimientos y adelantos de dichas ciencias? La misma filosofía, desprovista de la revelación, como aconteció en el paganismo, ó apartada de ella, como en nuestros tiempos, ha caído y cae en lamentables errores acerca de Dios, del hombre y del mundo, lo que manifiesta la impotencia en que está de conocer por sí misma todas las verdades naturales.

La filosofía debe, por lo mismo, confesar que no le es dado comprenderlo todo, ni investigarlo todo; debe convencerse de que se expone á extraviarse, cuando sin guía seguro eleva su vuelo á regiones inexploradas; debe sobre todo inclinar humilde su frente ante el mundo sobrenatural y aceptar agradecida las enseñanzas de la fe. Cuando procede de otro modo, viene á ser víctima del error y del sofisma, que, con apariencias de verdad y de bien, causan gravísimo daño al espíritu humano.

¡Ah, cuán poderoso es el imperio del sofisma en nuestros días; cuántos que se llaman filósofos son únicamente hombres insustanciales, desprovistos de ciencia y de rectitud! "Mientras los filósofos", dice Mgr. Dupanloup, "representan en la humanidad la luz, los sofistas representan las tinieblas, y su aparición anuncia siempre catástrofes... Hoy, por desgracia, los sofistas pululan entre nosotros, y ningún tiempo fué acaso más fecundo que el nuestro en este linaje de espíritus. Á cada paso, en los periódicos, en los libros,

en todas las cuestiones de política, de moral, de literatura, se encuentra uno en frente de un sofista ó de un sofisma. Preciso es decirlo también, el triste enervamiento de espíritu en que nuestra época ha caído, les es muy favorable. Como el torbellino levanta en los aires el polvo de la tierra, así en nuestros días el polvo sofístico se ha elevado en nuestra atmósfera intelectual y moral. Sofistas de todas especies han aparecido: tales son los que se empeñan en arruinar toda creencia; los que, sin llevar tan lejos la audacia de la negación, deshonoran la filosofía con su manera indigna de tratar la verdad; los retóricos, más bien que filósofos, que, por la vaciedad de sus ideas, la esterilidad de sus métodos, la hinchazón de sus palabras, la ridiculez de sus pretensiones, han llegado á hacer de la filosofía ciencia tan alta como grave—los unos la cosa más hueca, los otros la cosa más altanera. y en el fondo la más hostil á la religión y á la sociedad, digna por tanto del desprecio de las gentes honradas». (1)

Hay problemas, como el destino del hombre, cuya solución le interesa mucho, por estar íntimamente relacionado con su felicidad presente y futura. Ahora bien, tres son las fuentes de nuestros conocimientos: la ciencia experimental, la filosofía racional y la revelación. La primera no puede resolver dicho problema; porque sólo observa y clasifica los hechos, como dice el P. Didón. El destino es el término de un ser, por consiguiente, su causa final; y la ciencia experimen-

(1) *Cartas sobre educación intelectual.*

tal prescinde, como de cosa inaccesible, de la investigación de las causas finales.

La filosofía se eleva á las causas, contempla los principios necesarios y deduce las consecuencias; pero con solas sus fuerzas, tampoco puede resolver el problema del destino humano, ni vislumbrar nada de lo que se realiza más allá del sepulcro. Para el materialista, el hombre, que es el producto efímero de la materia y de sus fuerzas, vuelve después de la muerte á la materia de que salió. La personalidad se desvanece y destruye, lo que es desesperante; para el panteísta, el hombre, al término de sus días, entra en el *grán todo*, se confunde con él y se aniquila, ya que no hay sino una substancia única cuyas formas variadas son efecto de su inconstante y necesaria manifestación. La filosofía es, por tanto, incompetente para resolver esta cuestión.

Sólo la revelación, que oye la voz de Dios y busca en los oráculos del cielo y en las enseñanzas humanas, la armonía, que es el sello de la verdad y el secreto de su influjo, nos enseña que el destino del hombre es inmortal y el mundo lugar de tránsito, en que debe aquél atesorar buenas obras para merecer la eterna gloria. Allí sólo será eternamente feliz, y quedarán satisfechos todos sus deseos con la visión de la divina esencia. Por esto dice Santo Tomás, que fué necesaria para la salud humana una doctrina revelada, á más de la ciencia filo-ófica, que investiga las cosas con la luz de la razón. (1)

(1) Cf. *L'homme selon la science et la foi. Summa Theol.* I Q. I art. 1.

"Antes de la luz del Evangelio estaban las escuelas filosóficas en las tinieblas de la más profunda ignorancia sobre nuestro origen y destino", dice Balmes, "y ninguna de ellas sabía cómo explicar esas monstruosas contradicciones que en el hombre se notan; ninguna atinaba á señalar la causa de esa informe mezcla de grandeza y pequeñez, de bondad y malicia, de saber é ignorancia, de elevación y bajeza. Vino la religión y dijo: "el hombre es obra de Dios; su destino es unirse á Dios para siempre; la tierra es para él un destierro; no es tal ahora como salió de las manos del Criador; todo el linaje humano sufre las consecuencias de una gran caída: y yo emplazo á todos los filósofos antiguos y modernos, para que me muestren cómo en la obligación de creer todo esto se encierra algo que se oponga á los progresos de la verdadera filosofía." (1)

En cuanto supera á sus alcances, está la filosofía en el deber de someterse á la fe, aceptar agradecida su apoyo, acatar y defender sus enseñanzas; porque, "siendo limitadas las fuerzas de la inteligencia humana, está expuesta á muchos errores é ignora de por sí muchas cosas. Por el contrario, la fe católica, estribando como estriba en la autoridad de Dios, es maestra certísima de la verdad; y el que la sigue, ni cae en lazo alguno de la extensa red tendida por el error, ni son poderosas á conturbarle las olas de la duda. Por esta razón aquéllos hacen uso rectísimo de la filosofía, que al estudio de esta ciencia juntan el obsequio debido á la fe cristiana;

(1) *El Protestantismo.*

ya que el esplendor de las verdades divinas, recibido en el ánimo, ayuda al mismo entendimiento, y lejos de amenguar en lo más mínimo su dignidad, le confiere mucha nobleza y le torna más agudo y vigoroso... Razón tuvo el Concilio Vaticano para recordar en estos términos los beneficios que debe la razón á la lumbré de la fe. *La fe libra á la razón, la defiende é instruye con la noticia de muchas cosas.* Por esto, el verdadero sabio jamás acusará á la fe de enemiga de la razón y de las verdades naturales, sino antes bien agradecerá á Dios y se alegrará vivamente de que, entre las muchas causas de ignorancia y en medio de las olas del error, brille ante sus ojos la santísima fe, como estrella de salvación, mostrándole el puerto de la verdad, sin que haya peligro de perderlo.» (1)

4. Daños que ha causado la filosofía desligada de la fe ú opuesta á ella.—Íntimo es el enlace que debe existir entre la fe y la filosofía, y constante el auxilio que tienen que prestarse entre sí, como acabamos de verlo. Por esto, cuando la filosofía prescinde de la revelación ó pugna con ella, ocasiona gravísimos males en el orden intelectual y moral, y de amante é investigadora de la verdad, se convierte en esclava del error y estimuladora del vicio.

Inestimables beneficios ó terribles daños ha hecho á la humanidad la filosofía, según el rumbo que ha seguido. Como los individuos y los pueblos proceden de acuerdo con los principios y

(1) LEÓN XIII. Encicl. *Aeterni Patris*.

verdades que profesan, es indudable que la filosofía, que trata de cuestiones importantísimas del orden social, influye eficazmente en la prosperidad ó retroceso de aquéllos. Si la filosofía admite el materialismo ó el sensualismo; si rechaza el mundo sobrenatural, con sus premios y castigos eternos; si niega la inmortalidad del alma y la responsabilidad de sus actos; si enseña doctrinas perniciosas y se rebela, en una palabra, contra la fe, no tardan en venir la corrupción de costumbres, la anarquía y el despotismo, cumpliéndose el dicho de un filósofo cristiano, que cuando aparece el monstruo del error, luego asoma el monstruo del crimen.

En efecto, muchos de los errores, cismas y herejías que han afligido al mundo cristiano se deben, en gran parte, al mal uso de la filosofía y en especial á la afirmación gratuita de que existe pugna entre la revelación y la razón, y de que ésta debe considerar como absurdo é inexistente cuanto no puede comprender. Así lo manifiestan los extravagantes sistemas y falsas teorías que, desde el comienzo de la era cristiana hasta nuestros días, se han propuesto conmover el edificio social y religioso.

Sobre todo la revolución francesa, de fines del siglo dieciocho, tan fecunda en males de todo género, debió su origen, antes que al puñal de Marat, Dantón y Robespierre, á las perniciosas doctrinas de Voltaire, Rousseau y los Enciclopedistas. "La licencia filosófica y la política de los girondinos precipitaron á Francia en las escenas sangrientas de 1793." No es posible, decía el pri-

mer Cónsul, gobernar un país donde tantas personas leen á Voltaire». (1)

¡Ahl ¡de cuántas desgracias y peligros se libertarían los pueblos, si la filosofía cumpliera siempre su noble misión de enseñar la verdad y difundir los sanos principios de la moral!

Con razón el sabio Pontífice León XIII atribuye los males de la época actual á la filosofía incrédula y materialista, tan en boga en muchas escuelas. «Al fijar la vista», dice, «en la triste condición del siglo y abarcar con el pensamiento la índole de los sucesos públicos y privados, échase claramente de ver que toda la causa de los males que actualmente nos afligen y de los que nos amenazan, nace de que opiniones erróneas sobre las cosas divinas y humanas han invadido, desde las escuelas filosóficas, todas las esferas de la sociedad y se han apoderado de un gran número de espíritus que las han recibido con aplauso.

«Porque, como es natural en el hombre seguir en sus acciones el juicio de la razón, en pervirtiéndose ésta, luego peca también la voluntad; y así acaece que la malicia de las opiniones, cuyo sujeto propio es el entendimiento, influye en los actos humanos y los vicia». (2)

A su vez la filosofía bien manejada ha producido en todo tiempo inmensos bienes; pues ha contribuido poderosamente no sólo á ilustrar la inteligencia y formar las buenas costumbres, sino

(1) MONFAT. *L'éducation chrétienne*.

(2) Encíclica citada.

también á difundir la doctrina revelada. Por esto los Padres y Doctores de la Iglesia echaron mano, como de auxiliares poderosos, de los sanos principios de la filosofía cristiana y de todo lo bueno que hay en la pagana, para propagar el Evangelio en el mundo. De todos ellos se puede decir lo que de Orígenes, que entresacó ingeniosamente muchas sentencias de los gentiles, como quien arrebató las armas á los enemigos para emplearlas con rara habilidad en defender la fe y en destruir la superstición. Cuando el entendimiento está sano y estriba con firmeza en principios sólidos y verdaderos, causa muchos bienes, tanto en lo público como en lo privado, según dice el sabio Pontífice León XIII.

«Tan distante se halla el dogma católico de contrariar en nada los adelantos filosóficos, que antes bien es de todos ellos fecunda semilla», según dice Balmes. «No es poco, cuando se trata de adelantar en alguna ciencia, el tener un eje al rededor del cual, como punto seguro y fijo, pueda girar el entendimiento; no es poco evitar ya desde el principio una muchedumbre de cuestiones de cuyos laberintos ó no se saldría jamás, ó se saldría para caer en los mayores absurdos; no es poco, si se quieren examinar esas mismas cuestiones, el tenerlas ya resueltas de antemano en lo que encierran de más importante, el saber dónde está la verdad, dónde el peligro de extravíos. Entonces el filósofo es como aquél que, seguro de la existencia de una mina en algún lugar, no gasta el tiempo en vano para descubrirla; sino que, fijándose luego sobre el verdadero terreno,

aprovecha ya desde un principio todas sus investigaciones y trabajos». (1)

5. La filosofía pagana y la cristiana: breve paralelo entre las dos.—Es indudable que la filosofía adquirió notable desarrollo en la antigüedad, que cuenta en éste como en otros ramos del saber con ilustres ingenios, cuyas obras son aun hoy consultadas con provecho. Mas, por la íntima relación que existe entre las creencias y las costumbres, se nota que, á medida que el respeto á Dios y la práctica de la moral fueron debilitándose en el mundo antiguo, también la filosofía fué desviándose de la senda de la verdad y convirtiéndose en instrumento de perversión para los individuos y los pueblos. Con todo, por mucha que haya sido la corrupción del paganismo, el culto á la verdad y al bien — que es el fin de la filosofía — tuvo siempre adeptos; por lo que puede afirmarse que siempre ha habido filósofos en el mundo. Además la antigüedad llegó también á un alto grado de civilización, sobre todo en Egipto, Persia, Grecia y Roma, y toda civilización, por incipiente que sea, entraña una filosofía, como dice el Cardenal González; así como toda concepción religiosa entraña una civilización en armonía con la religión que le sirve de base y norma fundamental. (2)

La India, el Egipto, la China, la Persia, en una palabra, los principales pueblos de Oriente, fueron el teatro de las primeras evoluciones filosóficas

(1) *El Protestantismo.*

(2) *Cf. Historia de la filosofía.*

que de ordinario se confundían con las creencias religiosas y fueron consignadas en los libros sagrados; pero indudablemente llegó la filosofía á su apogeo en las escuelas de Grecia y Roma, ciudades adornadas (en especial la primera) de dotes relevantes para los estudios filosóficos y literarios. Desde el famoso Tales de Mileto, fundador de la escuela jónica, hasta Enesidemo, representante de la escuela escéptica, positivista y empírica, que fué más ó menos contemporánea de Cicerón, muchos ingenios de la docta Grecia se dedicaron al cultivo de la filosofía: conocidos son los nombres de Anaximandro, Heráclito, Pitágoras, Demócrito, Empédocles, Parménides, etc., y sobre todo los de Sócrates, Platón y Aristóteles, genios extraordinarios que se elevaron á una altura sorprendente, pudiéndose decir que no hubo cuestión de moral ó de filosofía especulativa que no tratasen con lucidez, y en muchos casos con acierto: por lo que Minucio Félix juzga que las teorías de los principales filósofos gentiles, como las de Pitágoras y Platón, acerca del alma humana, etc., eran sombras y reminiscencias de la doctrina revelada por Dios y enseñada por los profetas.

Sócrates es, sin duda, entre los filósofos paganos, el que enseñó y profesó la moral más pura. El conocimiento de sí mismo, *nosce te ipsum*, es la base de su filosofía; el deber del hombre y el mejor empleo de sus facultades, es investigar el bien y conformar su conducta con el bien moral, una vez conocido.... La prudencia, la justicia, la templanza ó moderación de los apetitos sensibles y la fortaleza son las cuatro virtudes prin-

cipales y necesarias para la perfección moral del hombre, el cual será tanto más perfecto en este orden, cuanto más se asemeja á Dios en sus actos; porque Dios es el arquetipo de la virtud y de la perfección moral. (1)

Platón, que ha merecido el sobrenombre de *divino*, fué discípulo de Sócrates y fundador de la célebre escuela llamada *Academia*. Un sello de profunda originalidad resplandece en sus escritos: el punto culminante de su filosofía y la clave de su doctrina es su famosa teoría sobre las ideas. Dios es para Platón el ser absoluto, el bien supremo, la idea creadora de las cosas; el alma racional es una substancia que se mueve á sí misma, como esencia dotada de facultades afectivas y cognoscitivas, superiores é inferiores; el fin del hombre es la semejanza con Dios, y la virtud es bastante por sí sola para la felicidad.

Por último, Aristóteles, discípulo de Platón durante veinte años, á quien solía éste llamar el *pensamiento* y *el alma* de su escuela, poseyó un ingenio extraordinario. Cuando fijó su residencia en Atenas, se congregó en el *Liceo*, en torno del gran filósofo, una multitud de discípulos, incluso Alejandro Magno. Las obras del Estagirita son la mejor prueba, no sólo de la prodigiosa actividad de su genio, sino también de la admirable fecundidad y flexibilidad de su talento verdaderamente enciclopédico. La lógica y la gramática, la poética y la dialéctica, la física y la

(1) En la apreciación de este autor, en la de otros filósofos paganos y en la de algunos cristianos, me atengo á la *Historia de la filosofía* del Cardenal González, de la que tomo casi literalmente muchas frases que constan en el texto.

historia natural, la astronomía y la meteorología, la moral y la política, la sociología y la historia, la antropología y la cosmología, la metafísica y la teodicea, todo se halla tratado en sus obras, y tratado á fondo y de una manera sólida, á pesar de que algunas de estas ciencias eran desconocidas hasta su tiempo.

Pero, á pesar del mérito indiscutible de la filosofía pagana, contiene errores que contribuyeron poderosamente á la perversión de los pueblos antiguos, sin que uno solo de sus filósofos haya enseñado en todo la verdad; y por esto se ha dicho que toda aberración, por monstruosa que sea, ha sido defendida por alguno de ellos. La causa principal de los errores de la filosofía pagana fué su ignorancia acerca de Dios y de sus atributos. "Destituida dicha filosofía," dice Balmes, "de las luces de la fe, al andar en busca del principio de las cosas, lejos de encontrar un Dios creador y ordenador, y que cual bondadoso padre se ocupa con cuidado en hacer felices á los seres que sacara de la nada, no acertó á descubrir sino el caos, así en el mundo físico como en el social." (1)

En efecto, los más grandes ingenios del paganismo no tenían conceptos claros y seguros acerca de Dios, del origen del mundo, de la simplicidad é inmortalidad del alma, del problema del mal, de la Providencia, etc. La misma filosofía de Sócrates es esencialmente incompleta, ya que según él la única ciencia que existe es la ético-teológica; de manera que las ciencias naturales y matemáticas, ó no existen ó no tienen importan-

(1) *El Protestantismo.*

cia y utilidad propias. Tampoco satisface plenamente su doctrina moral, que se resiente de obscuridad é incertidumbre, acerca del destino final del hombre, junto con conceptos fatalistas, supersticiosos y de levadura politeísta que aparecen en no pocos discursos y actos de este filósofo. En cuanto á Platón, su moral y política dejan mucho que desear: la primera por ciertas máximas detestables y doctrinas horribles, y la segunda por su carácter utópico y más que todo por sus tendencias socialistas y comunistas. Platón autoriza el infanticidio, la comunidad de mujeres y la satisfacción de las pasiones más vergonzosas; admite, además, la preexistencia de las almas y la metempsícosis; su filosofía es idealista, pues niega que los sentidos perciban la realidad objetiva de los cuerpos. La doctrina de Aristóteles, en lo tocante á la moral, se limita á inculcar el interés bien entendido, y adolece también de otros defectos, como la falta de afirmaciones precisas acerca de la inmortalidad del alma, la negación de la providencia divina sobre todo el universo, las afirmaciones referentes á la eternidad del mundo, á la solidez é incorruptibilidad de los cielos, á las inteligencias ó ángeles que mueven las esferas, á las causas que admite para explicar muchos fenómenos físicos, á la separación, en fin, que establece entre la idea teológica y la idea ética. En cuanto á Epicuro, basta decir que fundó la escuela del placer, y Zenón la de la vanidad. (1)

De este ligero análisis resulta que la filosofía

(1) Cf. GONZÁLEZ. Obra citada, y CAULY *Curso de instrucción religiosa*.

pagana, aun en sus mejores representantes, profesó doctrinas erróneas en materias importantísimas. No así la filosofía cristiana que, apoyada en la revelación y en el magisterio de la Iglesia, ha resuelto con claridad y exactitud todos los problemas de vital importancia para la humanidad. La creación *ex nihilo*, la caída y la rehabilitación del hombre, la unidad de origen y destino de todos los hombres, el dogma de la Providencia divina, la distinción substancial entre Dios y el mundo, entre lo finito y lo infinito, entre el bien y el mal; el influjo de la humildad, de la mortificación, de la caridad y demás virtudes que el cristianismo enseña, señalaron nuevos rumbos á la filosofía y empujaron á los sabios en utilísimas investigaciones. Se ha dicho, y con razón, que un niño instruído en el catecismo cristiano posee la clave para la acertada solución de las cuestiones más trascendentales del tiempo y de la eternidad, mucho mejor que Platón, el príncipe de los filósofos paganos.

Desde el establecimiento del cristianismo, la ciencia filosófica fué cultivada por los Apologistas, los Padres y Doctores de la Iglesia, muchas de cuyas obras son monumentos de incomparable sabiduría en esta materia. En la enseñanza revelada tuvieron un guía seguro para sondear en algún modo la obscuridad de los misterios y resolver los más intrincados problemas del orden moral y social. Desde los Santos Ireneo, Justino y Clemente de Alejandría; desde Tertuliano, Lactancio y Orígenes, que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia; desde San Agustín, San Isidoro de Sevilla, Boecio, San Anselmo,

Pedro Lombardo, Alejandro de Ales, Vicente de Beauvais y Santo Tomás, que vivieron después, hasta Balmes, Donoso Cortés, Augusto Nicolás, San Severino, Liberatore, el Cardenal Zigliara y muchos otros filósofos de nuestros días, cuenta la Iglesia con un sinnúmero de escritores versadl-simos en la ciencia filosófica.

Pero San Agustín, á quien se llama el *Platón cristiano*, "fué el primero que, en el siglo IV, realizó en sus obras, si bien de una manera fragmentaria y dispersa," según dice el Cardenal González. "el ideal de la filosofía cristiana, y sus obras contienen el primer ensayo, relativamente completo y sistemático, de ella. Porque la filosofía cristiana es el movimiento libre y espontáneo de la razón humana bajo la égida de la razón divina, la cual, dirigiendo y encauzando su actividad, la pone á salvo de los grandes errores y extravíos que en todo tiempo la han deshonrado y pervertido, cuando se ha entregado á sus propias fuerzas; mientras que, bajo su tutela, se han agrandado y extendido los horizontes de la razón humana.

"San Agustín desarrolló la filosofía cristiana, haciendo entrar en ella todas las grandes cuestiones que se relacionan con su objeto y esencia propia, formando un cuerpo de doctrina en que se concentran, aúnan, desenvuelven y armonizan las corriente varias que hasta entonces habían surcado en sentidos diferentes el campo de la misma. Todas estas grandes corrientes, presintiendo y adivinando, por decirlo así, que se hallaban amenazadas de desaparecer bajo las ruinas amontonadas por el paso de la justicia de Dios, á través de

la Europa y del Asia, parece como que quisieron refugiarse en el gran doctor africano, para que, concentrándolas y fundiéndolas en el crisol de su genio poderoso, les diera unidad, y vida, y vigor, y fuerza bastante para atravesar sin perecer el período de tinieblas, de ruinas, de persecuciones y guerras que separan al siglo de la *Ciudad de Dios* del siglo de la *Suma Teológica*. (1)

Hoy en día, á diferencia de la edad antigua, el que quiere conocer la verdad y profesarla en toda su pureza, la encuentra claramente expuesta en los filósofos católicos que se apoyan en la doctrina revelada y proceden de acuerdo con ella. Es cierto que aun entre ellos hay diversidad de pareceres en algunas cuestiones que, aun cuando son importantes, no se refieren á los principios fundamentales y axiomáticos de la filosofía, en los que están todos de acuerdo. Natural es que, por la mucha extensión de esta ciencia y por la imperfección de las facultades humanas, haya á veces desacuerdo entre los obreros del pensamiento; pero las escuelas tienden á uniformarse y á abandonar la senda movедiza de la hipótesis, para apoyarse en las verdades primeras é inconcusas, y deducir de ellas consecuencias ciertas y por todos admisibles.

6.º La filosofía escolástica y sus servicios.— Ninguna ciencia, como la filosófica, necesita de tanta exactitud y método en su desarrollo y exposición, so pena de no cumplir su fin nobilísimo. Un razonamiento flojo y difuso, por esmerado y agradable que parezca el estilo, no persuadirá

(1) *Historia de la filosofía*.

al lector, como otro ajustado á las reglas de la argumentación, aunque sea sobrio y un tanto desaliñado en la forma.

Si bien San Bernardo, nacido en el siglo XII, fué el último de los Padres de la Iglesia, con todo, florecieron éstos con mayor brillo y dominaron por completo, en el campo científico y religioso, en los primeros siglos de la era cristiana. San Agustín, según dice el Cardenal González, cierra el ciclo de la filosofía patristica; pues los Padres que escribieron después tanto en la iglesia griega como en la latina, apenas trataron de filosofía... Esta ciencia habría perecido, si la Providencia divina no hubiera velado por sus destinos, al menos en el Occidente, preparando y distribuyendo por etapas ciertos hombres encargados de conservar y transmitir las tradiciones filosóficas de la antigüedad pagana y de la época patristica. Capela y Claudiano, Boecio y Casiodoro, Isidoro de Sevilla, Beda y Alcuino, son como otras tantas piedras miliarias colocadas por Dios en las diferentes naciones de Europa, para señalarles el derrotero que debían seguir, si querían entrar de nuevo en los caminos de la luz, de la vida y de la ciencia. Estos sabios son los grandes anillos de la cadena que une la filosofía patristica con la escolástica, y representan la época de transición entre estas dos grandes manifestaciones de la filosofía cristiana. (1).

Con la irrupción de los bárbaros y la caída del imperio romano, las ciencias y las artes recibieron golpe terrible y aun habrían desaparecido si

(1) Cf. *Historia de la filosofía*.

los monjes no hubieran conservado las obras clásicas de la antigüedad y mantenido en los claustros el fuego sagrado de la ciencia. La Iglesia, tras largos y constantes esfuerzos, convirtió á los bárbaros y les infundió amor al trabajo intelectual, logrando así atraerlos al cultivo de la filosofía, mediante el desarrollo y expansión del principio cristiano. Este renacimiento filosófico, incubado, fecundizado é informado por el principio cristiano, es lo que constituye la filosofía escolástica . . . , cuyos caracteres más generales y propios, tomada en conjunto, son dos: el primero y principal, la unión ó conciliación entre la razón humana y la revelación divina, entre la filosofía racional y la teología cristiana; el segundo, la incorporación progresiva de la filosofía de Aristóteles á la filosofía cristiana, incorporación en virtud de la cual la filosofía escolástica vino á ser y constituir como un todo orgánico vivificado por el pensamiento teológico del cristianismo, é informado por la lógica y la metafísica del fundador del Liceo. (1)

Grandes servicios deben la filosofía y la teología al escolasticismo, siendo uno de ellos el empleo de la forma silogística en la argumentación. Usado el silogismo convenientemente y sin abuso, se acostumbra la inteligencia á discurrir con método y precisión; se evita la divagación y vana palabrería en las discusiones; se da mejor enlace y trabazón al discurso; se disciplina, en fin, y conduce á la razón con seguro paso por la escabrosa senda del saber, distinguiendo con mayor

(1) Cf. GONZÁLEZ. Obra citada.

facilidad lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, lo axiomático de lo hipotético. Mr. Cousin, partidario acérrimo de Descartes, entusiasta admirador de la filosofía moderna y jefe del eclecticismo, afirma que "el arte silogística es á lo menos una arma poderosa, que da á la razón la costumbre de la precisión y del vigor. En esta poderosa escuela se formaron nuestros padres: gran fortuna sería poder retener en ella siquiera por algún tiempo á la juventud actual."

"Los Doctores de la Edad Media, llamados *Escolásticos*", dice León XIII, "acometieron la grande obra de juntar diligentemente las fecundas y ricas doctrinas diseminadas en los amplísimos volúmenes de los Santos Padres; y, una vez reunidas, las guardaron, por decirlo así, en un solo lugar para que de ellas se aprovechase la posteridad." Para manifestar la excelencia del método seguido por ellos, cita el sabio Pontífice estas frases de la Bula *Triumphantis* de su antecesor Sixto V: "El ordenado enlace y trabazón íntima y recíproca de materias y razones; la armonía y disposición como de ejército armado en batalla que guardan los escolásticos; las definiciones y divisiones perfectas y luminosas que adoptaron en sus escritos; la fuerza incontrastable de su argumentación, y aquellas agudísimas controversias con que la luz es separada de las tinieblas, la verdad del error, y con las cuales aparece en su vergonzosa desnudez la mentirosa falacia de los herejes, encubierta en mil prestigios y engaños"; "todas estas preclaras y admirables dotes, prosigue León XIII, se deben al recto uso de aquella filosofía, que los maestros escolásticos

con deliberado y sabio consejo emplearon hasta en las disertaciones teológicas." (1)

7. Santo Tomás de Aquino.—Entre los filósofos y teólogos escolásticos ocupa el primer lugar Santo Tomás de Aquino, cuyo ingenio y sabiduría extraordinarios le han merecido el título de *Doctor angélico*. En su vida relativamente corta, profundizó casi todas las ciencias, en especial la filosofía y la teología, hasta el punto de que su doctrina ha merecido elogios de los mayores sabios, y de que su inmortal *Summa theologia* fué colocada junto á la Sagrada Escritura en el Concilio de Trento. "El monumento más famoso de la ciencia basada en la fe, es la *Suma teológica* y la *Suma contra los gentiles*," dice el P. Didón. "Toda la luz que ha traído al mundo la revelación divina; todas las verdades incontables de la filosofía; cuanto hay de cierto en la ciencia natural, aun en las lenguas, en los descubrimientos y experiencias, todo está condensado en las obras magistrales de Santo Tomás, cuyo vasto genio es el tipo del sabio que se apoya en la fe.

"La Providencia lo había predestinado; pues le dió por antecesores, entre los muertos á Aristóteles y á San Agustín, y por padre y maestro entre los vivos á Alberto Magno, espíritu enciclopédico que, á la ciencia filosófica y revelada, juntó toda la ciencia experimental de su siglo.

"Que se estudie la *Suma* del maestro; que se examine tratado por tratado, desde el de la existencia de Dios hasta el de los fines últimos, y no

(1) Encicl. *Aeterni Patris*.

se encontrará una cuestión, un artículo en que la ciencia natural no rinda testimonio á la fe y no éntre como parte integrante en la síntesis universal.» (1)

«¿Qué era la filosofía en el siglo XIII?» dice Balmes. «¿Qué eran la dialéctica, la metafísica, la moral?... Afortunadamente se presentó un gran hombre, Santo Tomás, que de un solo empuje hizo avanzar la ciencia dos ó tres siglos... Alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, se constituyó como en centro al rededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos, reprimiendo de esta manera un sinnúmero de extravíos, que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables.» (2)

«El genio profundo de Santo Tomás penetró los secretos más ocultos, y la lucidez de su inteligencia iluminó las cuestiones más oscuras. Estudió los fenómenos de la naturaleza con una figura de análisis que admiramos aún en nuestra época, y se elevó en el dominio de la especulación á alturas en que habrían sentido vértigo los más grandes genios de la antigüedad pagana. Cuando subió á la cátedra para enseñar lanzó *mugidos* que resonaron en el mundo entero, y cuando tomó la pluma para escribir produjo obras inmortales que son el honor de la ciencia.» (3)

Ninguno en nuestro siglo ha estimado tanto

(1) *La Science sans Dieu.*

(2) *El Protestantismo.*

(3) M. BRIN. *Histoire générale de la philosophie.*

la doctrina de Santo Tomás ni encarecido más el estudio de sus obras como el Pontífice reinante. "Entre los Doctores escolásticos", dice, "descuella como príncipe y maestro que fué de todos ellos, el angélico Tomás de Aquino, de quien nota muy bien Cayetano, que por la suma veneración con que honró á los doctores sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos. Las doctrinas de éstos, dispersas á modo de miembros separados de un mismo cuerpo, las unió Tomás y ligó en un haz, las distribuyó con orden admirable y las enriqueció con tales aumentos, que con justa razón es tenido el Santo Doctor por sostén y honra de la Iglesia. De ingenio dócil y agudo, de memoria fácil y tenaz, de vida inmaculada, amador de sola la verdad, instruído copiosísimamente en las ciencias divinas y humanas, con razón fué comparado al sol; pues vivificó al orbe de la tierra con el calor de sus virtudes y extendió por todo él la luz de la doctrina. No hay parte alguna de la filosofía que no tratara con solidez y agudeza juntamente; trató de las leyes del raciocinio, de Dios y de las substancias incorpóreas, del hombre y las cosas sensibles, de los actos humanos y sus principios, de manera tal, que nada se echa de menos, ni la abundancia en la materia de las cuestiones, ni la conveniente disposición de las partes, ni el más cumplido acierto en el método, ni mayor firmeza en los principios y vigor en la argumentación, ni la perspicuidad ó propiedad en los términos, ni la facilidad en la explicación de los puntos más abstractos.

"Á lo cual se añade que el angélico Doctor

abarcó las conclusiones filosóficas en las razones y principios que, por su considerable latitud, contienen dentro de sí la semilla de innumerables verdades, desarrollada oportunamente con fruto muy abundante por los maestros que vinieron después. Y, como también empleó este método en la refutación de los errores, alcanzó de este modo á debelar él solo todos los de los tiempos anteriores, y á proporcionar armas invencibles con que impugnar y destruir los que sucesivamente fuesen apareciendo. Distinguiendo, además, como es justo, la razón de la fe, aunque uniéndolas entre sí con vínculos de recíproca amistad, mantuvo sus respectivos derechos y atendió á su dignidad de tal manera, que ni la razón elevada en alas del Doctor Angélico hasta la cumbre del humano saber, puede remontarse ya más, ni la fe puede obtener más eficaces y numerosos auxilios, que los que obtuvo, gracias á Santo Tomás.¹¹ (1)

8. León XIII restaurador de la filosofía tomista.—Desde que León XIII fué providencialmente elevado á la cátedra de San Pedro, comprendió que el malestar religioso y social de nuestro siglo era debido en gran parte á los errores que, en uno y otro terreno, se propalaban, y á haberse alejado un tanto algunas escuelas católicas del método escolástico y en especial de la doctrina de Santo Tomás. Por esto, al proponerse el Sumo Pontífice restaurar los estudios filosóficos, falseados por el eclecticismo y positivismo modernos, inculcó como medio eficaz restablecer

(1) Cf. *Enicl. Aeterni Patris*.

en las Universidades y colegios las enseñanzas del Angélico Doctor y restituírle su antiguo y merecido puesto de honor, á fin de que la juventud estudiosa fuese rica y copiosamente apacentada en los raudales purísimos de sabiduría que manan sin cesar de la fuente sobreabundante de Tomás de Aquino. (1)

Y con sobrada razón; porque las obras del Ángel de las escuelas son un depósito inagotable en que se encuentran armas poderosas para combatir y vencer á los enemigos de la fe y moral cristianas; á tal punto que los racionalistas y herejes de nuestros días bien pudieran repetir lo de sus antecesores, Teodoro de Beza y Bucero: que, si desaparecieran las obras de Santo Tomás, podrían fácilmente *combatir con todos los doctores católicos, salir victoriosos y destruir la Iglesia*. ¡Vana jactancia, como lo nota León XIII, pero testimonio también harto expresivo!

Muy conveniente es que, en nuestro siglo, enervado por el lujo y el placer, aficionado á estudios poco sólidos y ansioso de bienes materiales, ocupen puesto de honor la filosofía y teología tomistas, en que han bebido la ciencia á raudales los más preclaros ingenios desde el siglo XIII á esta fecha. El orden y la paz, la armonía de la ley y la libertad, el afecto y mutuos miramientos entre gobernantes y gobernados, la extirpación del indiferentismo religioso, el progreso moral, en fin, en todas sus facetas y útiles manifestaciones no se harían esperar si se tomara por guía á tan seguro Maestro. "Su doctrina tocante á la ver-

(1) Encicl. citada.

dadera libertad, que hoy ha degenerado en licencia, al origen divino de toda autoridad, á la naturaleza y fuerza obligatoria de la ley, al poder, á un mismo tiempo justo y paternal de los sumos imperantes, á la obediencia debida á ellos, á la caridad mutua que ha de existir entre todos, y á otras materias del mismo género, posee sobre todas fuerza invencible para dar el golpe mortal á los principios del *derecho nuevo*, reconocidos como contrarios y peligrosos á la tranquilidad pública y á la salud común. Todas las ciencias deben concebir viva esperanza de perfección y aumento, y prometerse muchos auxilios de la restauración de los estudios filosóficos. Porque de la filosofía acostumbran tomar las buenas artes, como de ciencia normal y moderadora de las demás, su razón y recto modo de ser, y sacar como de fuente común de vida, el espíritu que debe animarlas. Los hechos y una experiencia constante comprueban que florecieron principalmente las artes liberales, cuando se mantuvo el honor debido á la filosofía y prevaleció la sabiduría de sus juicios; y, por el contrario, que perdieron ellas su vigor y quedaron relegadas al olvido, cuando la filosofía, torcida por el error, degeneró en necesidad». (1)

Desde la era cristiana, las obras más notables en las ciencias morales y religiosas, las creaciones artísticas más perfectas y encantadoras, los trabajos poéticos de mayor mérito y vuelos se han inspirado en la enseñanza católica que enca-

(1) Encicl. citada de León XIII.

rriló á la filosofía pagana y le señaló nuevos rumbos.

Santo Tomás de Aquino ha cooperado poderosamente al desarrollo científico y artístico de las edades media y moderna; y su filosofía, según dice el Cardenal González, suministró el fondo científico al poema del Dante: ella se prestó á las bellas y sublimes concepciones del vate florentino, se acomodó fácilmente á las formas poéticas y apareció llena de interés al soplo de su vigorosa inspiración.

Los que han leído con detención la *Divina Comedia*, reconocerán sin dificultad que su parte doctrinal está basada casi toda y como modelada sobre la doctrina filosófica de Santo Tomás. (1)

9. Carácter de la filosofía moderna; sus errores dominantes.—Como la filosofía trata de las cuestiones más importantes del orden moral y social, influye poderosamente en la suerte de los pueblos; y por esto todo error en el terreno filosófico recibe pronta aplicación en el de los hechos. La guerra de las ideas engendra la guerra de los hombres, y el acuerdo de las doctrinas prepara la paz de los pueblos, dice Didón. Entre todas las ciencias humanas, ninguna como la filosofía debe mantener relaciones más íntimas con la sagrada teología ni necesita tanto de su apoyo, á fin de enseñar siempre la verdad y suministrar principios seguros a las otras ciencias que le están subordinadas.

"El Renacimiento, según dice Moigno, fué el padre legítimo de la filosofía moderna. Los dos

(1) Cf. *Filosofía de Santo Tomás*.

grandes sistemas filosóficos de la antigüedad, el idealismo de Platón y el empirismo de Aristóteles se dividieron las escuelas desde su aurora; y el espíritu pagano hizo tantas y tan rápidas conquistas, que antes de haber transcurrido un siglo se habría podido aplicar á casi todos los filósofos aquel dicho de Cicerón: *No hay absurdo que no haya sido enseñado por algún filósofo*. Desde principios del siglo XVII, Descartes, partidario de la enseñanza pagana, talento independiente y novador atrevido, dió por única base á la filosofía la autoridad de la razón individual, el derecho de examinar y juzgar todas las doctrinas; lo que equivalía á invitar á los filósofos á que se hiciesen protestantes en filosofía, como Lutero había invitado á los cristianos á que se hiciesen protestantes en religión. (1)

Privados de la luz de la fe, se precipitaron los filósofos modernos en los más lamentables errores. Locke sostuvo que la sensación es el único origen de todas las ideas; Condillac inventó al hombre estatua; Cabanis aseguró que los nervios son la causa del pensamiento; Destutt de Tracy elevó el materialismo de Cabanis á la categoría de doctrina metafísica; Volney hizo del mismo error el catecismo de la moral pública y privada, y Darwin explicó el origen de las especies por el principio de la *selección natural*, deduciendo de ésta la afinidad fisiológica y la comunidad de origen de todos los seres vivientes (2).

(1) *Los esplendores de la fe.*

(2) Cf. MOIGNO, Obra citada y SERRANO, *Diccionario universal*.

La razón, ó mejor dicho la filosofía, en presencia de la fe, se ha presentado bajo dos formas en el siglo XIX, dice el P. Didón: en sus comienzos adoptó la forma racionalista y metafísica, y en los últimos años la forma científica y experimental. La filosofía sensualista del siglo XVIII, representada por Maillet, Helvecio, D'Holbach y La Metrie fué rechazada y vencida por Royer-Collard, Cousin, Jouffroy y otros filósofos más, que son los maestros del espiritualismo francés en nuestro siglo. Aunque racionalistas, se abstendrían estos últimos filósofos de penetrar en el terreno de la fe, y en vez de elevarse hasta ella, «la consideraron como un misticismo, sublime en verdad, pero humano, persuadidos de que todos los dogmas que enseña la fe, podía la razón reconocerlos á su manera, probarlos y darles un sentido racional».

Cierto que en el fondo equivale esto á negar la revelación y la misión divina de la Iglesia; pero en todo caso la filosofía espiritualista aceptaba la metafísica, en especial la psicología, de la que trata mucho; mas en el campo del error se cae de abismo en abismo, y en contra del espiritualismo surgió una escuela que, fascinada por la materia, sólo habla de fisiología: esta escuela es la materialista. A la ciencia metafísica, que estudia lo inmaterial é invisible y se eleva á las causas, se opuso la ciencia experimental que entiende en lo visible, en lo que se ve, se pesa y se mide; en una palabra, en los fenómenos. Y así como el espiritualismo racionalista se erigió en enemigo de la revelación y de la fe, el *experimentalismo* se declaró adversario resuelto del espi-

ritualismo metafísico. Los racionalistas, llenos de soberbia, dicen: nada de revelación que supere á la razón. Los partidarios del experimentalismo exclaman: nada de metafísica, que supere á la experiencia: los primeros aceptan por lo menos las verdades que conoce la razón; los segundos sólo aceptan lo que cae bajo el dominio de los sentidos.

La materia es todo para el experimentalista; fuera de ella nada hay posible ni existente; y como el alma humana, las nociones de moral, de justicia y responsabilidad, la existencia de un mundo superior no pueden verse, ni comprobarse su realidad, mediante reacciones químicas ó el escalpelo del cirujano, el materialismo rechaza cuanto no está sometido al examen de la experiencia, con lo que rebaja al hombre á la condición de la bestia, niega la moralidad de las acciones, la diferencia entre el bien y el mal, y echa por tierra el orden religioso y social.

El *positivismo*, á su vez, sostiene sin fundamento alguno, que hay oposición entre *ver* y *crear*, entre la ciencia que *experimenta* los fenómenos y la *fe que contempla* la primera causa. "Para él; el único objeto de la ciencia es el conocimiento de las manifestaciones del mundo físico, de sus leyes y en parte, al menos, de las del mundo moral. En cuanto al método, admite puramente la investigación experimental y sensible; por lo que puede decirse que el positivismo entraña dos negaciones radicales, al lado de dos afirmaciones no menos absolutas, á saber: 1.ª, la negación de la cognoscibilidad de las substancias y las causas, al lado de la afirmación de la cognoscibilidad de

los fenómenos y sus leyes; 2.^a, la exclusión de todo método racional y de sus resultados en el orden intelectual, al lado de la afirmación del valor exclusivo del método experimental.

"El *monismo* va más adelante. No sólo relega, como el positivismo, al mundo de lo desconocido é incognoscible las cuestiones relativas á las causas y substancias, y á los destinos del mundo y del hombre, sino que niega su existencia. Las substancias y las causas, según él, no existen en realidad, y sus conceptos son ilusiones del espíritu. La realidad cósmica se compone únicamente de fenómenos y leyes que el hombre conoce por medio de la experiencia. Estas leyes son necesarias, y por tanto el universo está sujeto á un determinismo general y absoluto." (1).

Como los errores tienen afinidad y se auxilian entre sí, el positivismo conduce lógicamente al monismo, al materialismo, al escepticismo y al ateísmo, es decir, á la negación de Dios, del alma y sus futuros destinos. Queda el hombre, pero *bestializado*, "especie de *perro sabio*", según la frase de un escritor, que sabe mirar, contar, clasificar, acordarse de lo pasado y perpetuarse... pero que ignora de dónde procede y á dónde va..., y que encorbado hacia la tierra busca lazos de parentesco con el animal, en vez de erguirse y elevarse para descubrir en el Infinito los títulos de su filiación divina.

En resumen, cuatro son los grandes sistemas ideados, ó mejor dicho, resucitados en nuestros tiempos por los filósofos enemigos de Dios. El

(1) CARD. GONZÁLEZ. *La Biblia y la Ciencia*.

escepticismo que, al negar la existencia de la verdad ó la posibilidad de conocerla, aun cuando exista, anula la razón y rechaza por completo el orden sobrenatural; el panteísmo que confunde á Dios con la naturaleza; el materialismo que admite como única substancia la materia y niega la espiritualidad del alma, la causa primera y el orden metafísico; y el positivismo que sólo acepta el método experimental y desconoce lo absoluto y universal. Pero, como el error carece de inventiva é insiste de ordinario en las mismas aberraciones, la filosofía heterodoxa de nuestros tiempos ha hecho sólo revivir, bajo nuevas formas y matices, los sistemas absurdos de las escuelas paganas, ya victoriosamente refutados por los apologistas y doctores de los primeros siglos de la Iglesia (1).

A pesar de los extravíos de la filosofía contemporánea, no ha llegado ni llegará á caer en el abismo en que se precipitó la filosofía pagana; pero esto nace, como lo nota Balmes, de que "los filósofos antiguos marchaban en tinieblas, á tientas, mientras que los modernos caminan precedidos de la brillante luz del Evangelio, con paso firme y seguro, en derecho al objeto. No importa que digan á menudo que prescinden de la revelación; no importa que á veces la miren con desvío; ó quizás la combatan abiertamente: aun en este caso la religión los alumbra y guía con frecuencia sus pasos, porque no pueden olvidar mil y mil ideas luminosas tomadas de la religión, ideas que han encontrado en los libros, apren-

(1) Cf. DIDÓN. *La science sans Dieu*.

dido en los catecismos, chupado con la leche; ideas que andan en boca de todos, que se han esparcido por todas partes, y que, como un elemento vivificante y benéfico, impregnan, por decirlo así, la atmósfera que respiramos. Cuando los filósofos modernos desechan la religión, llevan muy allá su ingratitud, porque, al propio tiempo que la insultan, se aprovechan de sus beneficios». (1)

«La situación de la filosofía es por extremo compleja y difícil en la actualidad, dice el Card. González, y es también problemática con respecto al porvenir; porque es muy violento el choque de principios, de doctrinas y métodos que se agitan en el fondo. De un lado la invasión creciente y amenazadora de las escuelas y métodos positivistas, parece en vísperas de triunfar definitivamente de la metafísica y de sus métodos, envolviendo en sus ruinas y arrastrando en su caída á la moral, al derecho y á la ciencia político-social. De otro lado y en otro terreno, nos encontramos en presencia de esa lucha sorda, implacable, siempre antigua y siempre nueva, entre el monismo ideal y absorbente del panteísmo, el monismo cósmico del positivismo materialista, y el teísmo personal y trascendente del espiritualismo cristiano. A pesar de la lucha constante y encarnizada del positivismo contra la metafísica, abrigamos la convicción de que ésta no perecerá, porque no puede perecer una ciencia que es en cierto modo una fase necesaria, como un atributo inseparable de la razón humana en sus re-

(1) *El Protestantismo.*

laciones fundamentales con Dios y con el universo, y que constituye la gloria de Platón y de Aristóteles, de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, de Leibnitz, Kant y Hegel... La fuerza de la batalla está hoy entre el monismo cósmico del materialismo y el teísmo personal del cristianismo... La victoria del teísmo cristiano en el orden filosófico se halla íntimamente ligada con la victoria de la Iglesia católica en el orden religioso y social. Si á través del movimiento providencial de la historia, llega un día en que se verifique en las naciones civilizadas una completa restauración cristiana, ese gran movimiento será preparado y seguido, será desenvuelto y afirmado mediante la restauración del teísmo católico. Cuando llegue ese día feliz y deseado, reconocerán los hombres y los pueblos que el reinado social de Dios y de su Verbo lleva consigo el reinado de la fraternidad verdadera, y de la justicia, del derecho y de la caridad. La cruz de Jesucristo representará entonces el árbol de la ciencia y el árbol de la vida; y la humanidad, escarmentada, agradecida y regenerada, ya no hablará palabras de blasfemia, sino palabras de bendición y de acción de gracias, y sobre el corazón del hombre, y sobre el árbol de la cruz, y sobre la cátedra del sabio, y sobre la asamblea del pueblo, y sobre el trono del monarca, aparecerá escrito el lema de la victoria del Hijo de Dios: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!* (1)

10. Método para estudiar con provecho la

(1) *Historia de la Filosofía*

filosofía.—Siendo la filosofía de suma importancia en sí misma, y sirviendo además de guía y como de base á las otras ciencias, es natural decir algo acerca del mejor modo de estudiarla. Si en todo se necesita orden y método, mucho más en la filosofía que dicta leyes á la inteligencia para su debido ejercicio. Es preciso ante todo amar la filosofía y estimarla en lo que se merece, á fin de darle lugar preferente en las labores intelectuales; pues es sabido que cada cual va en busca de lo que apetece.

Para proceder con método, es preciso empezar el estudio de la filosofía por un buen compendio, á fin de conocer primero sus principios fundamentales y tener á la vista las verdades más importantes que enseña. Y, como en esta ciencia, más que en otras, han hecho grandes estragos el error y el sofisma, es indispensable elegir, para el estudio elemental, un autor de doctrina sana, que concilie los derechos de la razón con los de la fe; que enseñe la verdadera moral; que no se halle, en una palabra, en pugna con la doctrina católica, única exenta de error.

Una vez adquiridas nociones sólidas y exactas, conviene estudiar las obras más latas y profundas de los filósofos cristianos, en especial escolásticos, sin prescindir de los mejores filósofos paganos, teniendo cuidado de leer sus escritos con los análisis y comentarios que de ellos han hecho los autores católicos, á fin de distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo.

Así mismo aprovecha mucho profundizar algunos puntos más importantes, estudiarlos sucesivamente y seguir el enlace que guardan entre

sí. Conviene empezar por la lógica, que dicta las leyes del raciocinio, y después continuar con la metafísica, la ética y el derecho natural. Se ha de procurar adquirir ideas exactas acerca de Dios, del hombre y del mundo físico, para la acertada solución de las muchas é interesantes cuestiones que á ellos se refieren. Por último, es siempre útil tener buenos libros y maestros competentes á quienes consultar en los puntos difíciles y controvertidos.

Terminaré este capítulo con las siguientes expresivas frases de Mgr. Dupanloup, escritas para nuestros días: "No hay en mi alma bastante energía, ni en mi palabra bastante eficacia para manifestar cuán triste impresión me causa la vista de esa muchedumbre de hombres desprovistos de buenos estudios filosóficos, especialmente en las elevadas regiones de la sociedad. ¡Qué vacío en sus espíritus, qué desdicha en su vida! Conozco á algunos de ellos que por esta causa serán siempre inferiores á sí mismos, y siempre estarán por debajo de sus destinos, sin poder nunca prestar, ni á su país, ni á sus familias los servicios que habrían podido hacerles con una educación filosófica, profunda, cristiana y completa." (1)

(1) Cartas sobre *Educación intelectual*.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

La Historia

1.—Qué es la Historia y utilidad de su estudio. 2.—Lugar preferente que ocupa entre los conocimientos humanos. 3.—Cualidades intrínsecas de la historia: 1.^a veracidad, 2.^a imparcialidad y sinceridad, 3.^a amor á la moral y á la virtud. 4.—Fin de la historia. 5.—Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia: sistemas panteísta, fatalista y escéptico. Sistema católico. 6.—La humanidad en la historia ha de ser considerada como una sola familia, si bien decaída por el pecado original. 7.—Necesidad del espíritu filosófico en la historia. 8.—Historia profana y eclesiástica: importancia de la última. 9.—Ataques dirigidos á la Iglesia por ciertos historiadores. 10.—Palabras de León XIII acerca de la historia.

1.—Qué es la historia y utilidad de su estudio.—La historia, según la definió Cervantes, es madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. Bossuet la llama maestra de la vida humana y guía prudente de los negocios, y otro autor la califica de ciencia de la vida de los pueblos.

Como la sociedad es natural al hombre, siente éste vivo deseo de tratar y comunicarse, no sólo con sus contemporáneos sino también con las generaciones pasadas, y esto lo obtiene por medio de la historia. La historia nos presenta el cuadro completo de la vida de la humanidad; nos refiere su origen y vicisitudes, sus adelantos y retrocesos,

sus triunfos y miserias; nos hace asistir á las gloriosas escenas que se han verificado en todo tiempo en el mundo; hace desfilár ante nosotros á los grandes genios de todas las edades; nos muestra en acción al linaje humano, desde que pobló la tierra; recompone y anima, por decirlo así, los hechos pasados, para que los veamos en cierto modo como presentes. Con justicia, dice Cicerón, que ignorar lo acontecido antes de nuestro nacimiento, es permanecer siempre niños, y Pascal afirma que la humanidad es un hombre que vive siempre y aprende sin cesar.

De la definición de la historia se deduce la utilidad de su estudio. En efecto, si el hombre no vive aislado en el mundo; si no es como la nube que barre el viento, ó como el átomo de polvo que se pierde en el espacio; si, por el contrario, es un ser inteligente y libre, rey de la creación y árbitro de sus destinos; si, por humilde que sea su condición, deja en el mundo huellas de su existencia; si cada hombre tiene una misión que cumplir, y sus hechos forman parte de los anales que día á día se van acumulando para transmitirlos á la posteridad; si cada cual es actor y espectador en el grandioso drama que representa la humanidad en el mundo, no cabe duda de que la historia es sobre manera útil á la cultura del espíritu, y que debe ser estudiada con empeño por cuantos aspiran á ocupar un puesto distinguido en la república de las letras.

Si es verdad, como dice Bossuet, *que el hombre encuentra su placer en el hombre*, es claro que debe interesarle conocer cuanto aquél ha hecho, dicho y pensado sobre la tierra. "De allí nace el

contento que experimentamos en una conversación agradable, en comunicarnos por medio de la palabra, oral ó escrita..., en juntarnos, en fin, con nuestros semejantes. Ahora bien, la historia es la más grata y útil de las conversaciones, la comunicación con los espíritus más distinguidos... Este placer está exento de peligro, ó mejor dicho, es saludable; porque, con la mirada fija en todos los siglos, la historia es el verdadero estudio de la sabiduría." (1)

2. Lugar preferente que ocupa la historia entre los conocimientos humanos. — Conteniendo la historia el relato de los hechos grandiosos de la humanidad y de cuanto notable ha acaecido en el mundo en el orden físico, intelectual y moral, debe ser cultivada con esmero por los jóvenes é influir eficazmente en su formación científica y literaria. "La historia es, en cierto modo, una escuela de aplicación de la filosofía, en especial de las ciencias morales. Ella nos muestra al alma humana revelándose, al través de los siglos y de los países, por medio de la palabra y de la acción. Ella *agrand*a el círculo de observación psicológica, moral, política y social. La psicología encuentra, en efecto, en la historia realizadas sus observaciones ó reflexiones personales; la moral ve en ella la sanción natural de los actos, aplicada ya á los individuos, ya á las naciones por el libre ejercicio de la voluntad humana y de las instituciones sociales; la historia pone en relieve el papel preponderante de la voluntad como causa de los hechos acaecidos, y por este medio

(1) MONFAT. *La pratique de l'éducation chrétienne.*

manifiesta el poder del hombre, sea para el bien, sea para el mal; ella comprueba la permanencia é identidad de las leyes del mundo moral, aun cuando se cumplan en circunstancias y medios diferentes: por lo que los mismos errores y faltas causan de ordinario en los hombres y en los pueblos la misma decadencia; é iguales esfuerzos y virtudes producen en ellos una prosperidad más ó menos semejante.

«El conocimiento de la historia es necesario al político, al sociólogo, al jurisconsulto. ¿Cómo gobernar sabiamente un país sin conocer su historia, es decir, su temperamento, su carácter, sus ideas, el conjunto tan complejo de hechos y de causas que hacen de él lo que es, y que permiten conjeturar lo que será en lo venidero?

«La historia nos hace contemporáneos de todas las edades, conciudadanos de todos los pueblos, y nos da mucha experiencia en poco tiempo, porque no cambia el fondo de la naturaleza humana. La historia es para los pueblos lo que la conciencia para los individuos; por su medio adquieren aquéllos conciencia de sí mismos, de la unidad y continuidad de su existencia; por ella conocen sus títulos de propiedad, su patrimonio de glorias y reveses, sus cualidades y defectos, las leyes de su desarrollo regular, la orientación de su vida de pueblo; por la historia, en fin, pueden proceder para el porvenir con la suma de precauciones y de probabilidades compatibles con la libertad humana.» (1)

El estudio de la historia es muy útil, no sólo

(1) *Eléments de Philosophie* por F. J.

á las personas que por su posición deben conocerla, como son los aspirantes á la vida política, á la diplomacia, á ocupar puestos en la magistratura, en el foro, en la prensa, sino á cuantos desean simplemente saber lo que pasa en el mundo, é informarse de las necesidades y tendencias de su época. «La historia no es únicamente una lectura instructiva, llena de graves y útiles enseñanzas; es también una lectura recreativa y curiosísima, y tan variada que su interés se renueva á cada instante. Porque el presente tiene sus raíces en el pasado; un siglo es como los siglos que le han precedido; una generación hereda el bien y el mal transmitidos por las generaciones anteriores; las instituciones que se desarrollan ó mueren, deben su vida ó ruina á los hechos que han precedido. En una palabra, una ley de *solidaridad* enlaza á todas las edades, y la historia es una tela no interrumpida en que los hilos que van á hacer la trama de mañana, se anudan á los que hicieron la trama de ayer.» (1)

Por esto no hay pueblo, medianamente civilizado, que no tenga su historia ó por lo menos su crónica, y que no recuerde las hazañas de sus héroes, para ensalzarlas, ó los crímenes de los perversos, para estigmatizarlos. Es incalculable la utilidad que se saca de la historia, cuando ésta reúne las cualidades debidas y se la estudia con reflexión y deseo de aprovechar sus enseñanzas. El espectáculo de las grandezas y miserias humanas, que forman el tejido de la historia, es una severa lección para los que se dan cuenta de su

(1) *Educación intelectual*, por MGR. DUPANLOUP.

glorioso destino y desean cumplirlo. En este cuadro vastísimo palpa el hombre, por decirlo así, la decadencia y ruina en que se han sumido los individuos y los pueblos dominados por el error y el vicio, así como la gloria y prosperidad que han obtenido los que han sido guiados por la verdad y la virtud, cumpliéndose al pie de la letra la divina máxima, de que *la justicia engrandece á los pueblos y el crimen los hace desgraciados*. (1)

«¿Qué otra cosa es la historia sino el gran receptáculo de la experiencia universal, en que contemplamos los acontecimientos felices ó desgraciados y las causas que los producen, cuya responsabilidad corresponde en último análisis á la libertad humana, sujeta á constantes alternativas? ¡Cuántas enseñanzas brotan de ese conjunto de sucesos que la historia ordena y clasifica; de esos choques de las pasiones humanas que rugen y se desencadenan, sin que el invisible, pero poderoso freno de Dios llegue á romperlas! Con un poco de cálculo, de elevación y rectitud, es fácil á la razón, agrupando con madurez sus observaciones, juzgarlas con provecho y deducir otras tantas reglas experimentales, aplicables por analogía á los diferentes casos que se presentan, y levantar de este modo otras tantas bases sólidas de deducción para prever y disponer el porvenir. (2)

Por esto la historia es indispensable para la completa formación de la juventud: ella presenta á sus ojos horizontes ilimitados; le hace transpasar

(1) *Prov. XIV. 34.*

(2) MONFAT. Obra citada.

los estrechos lindes del país natal, para ponerle en comunicación con las generaciones pasadas y con la presente; infunde en el joven hábitos de reflexión, le acostumbra á respetar las acciones gloriosas y le estimula á imitarlas. „Yo miro la historia,” dice Rollin, “como el primer maestro que se debe dar al niño, por ser ella á propósito para entretenerle, instruírle, formar el espíritu y el corazón, y enriquecer la memoria con un sinnúmero de hechos tan agradables como útiles. Ella contribuye poderosamente, por el atractivo que en sí tiene, á excitar la curiosidad de esa edad ávida de aprender y le infunde gusto por el estudio. Así que, en materia de educación, es un principio fundamental y comprobado en todo tiempo, que el estudio de la historia debe preceder á los demás y prepararles el camino.” (1)

3. Cualidades intrínsecas de la historia.— Como todos los conocimientos humanos, la historia debe tener ciertas cualidades y someterse á determinadas reglas, para cumplir su misión. La primera y más importante cualidad de la historia es la *veracidad*. Esto se deduce del fin que se propone. Conteniendo, en efecto, la historia, la narración de los hechos notables de la humanidad y de cuanto glorioso ha acaecido en el mundo, es indispensable que dicha relación sea fiel y verídica; pues, en caso contrario, engañaría á los hombres y falsearía los sucesos, causando grave detrimento á los lectores. Por esto dijo Polibio que, así como no hay regla sin rectitud, tampoco hay historia sin verdad.

(1) *Traité des Etudes*, citado por MONFAT.

El historiador no puede, por tanto, inventar hechos ni dejarse dominar de la imaginación para abultar los acontecimientos ó tejerlos á su modo. Debe referir las cosas como han pasado, según la mayor ó menor certidumbre que de ellas tenga. «La historia se mueve en una esfera cuya circunferencia ha sido trazada por Dios, y su primera obligación es reconocerlo y respetarlo. Las cosas que Dios ha hecho ó permitido y que han recibido el sello del tiempo, deben ser investigadas concienzudamente, para después de encontradas referirlas con fidelidad. Esto no quiere decir que el historiador haya de permanecer indiferente ante los hechos. No le está prohibido, sino antes bien recomendado, expresar sentimientos de dolor é indignación cuando la verdad es oprimida y la virtud ultrajada, y deducir de estos juicios los atinados consejos que dicta la prudencia. Éste es el principal deber de la historia, ésta su misión y utilidad; y sólo así viene á ser práctica, viene á inspirarse en la moral, en la política y en el derecho, á los que presta un auxilio importantísimo.» (1)

Por esto la crítica moderna, por boca de Balmes, aconseja aceptar como más veraces á los historiadores contemporáneos ó más próximos á los sucesos que relatan; preferir los que se apoyan en testigos oculares á los que lo hacen en testigos que sólo lo son de oídas; desechar, por regla general, los escritos anónimos, así como las obras póstumas que han pasado por manos poco seguras ó desconocidas; no admitir, en fin, relatos

(1) MONFAT. *La pratique, etc.*

novelescos ni introducidos con el intento de llenar únicamente la falta de hechos ciertos.

La segunda cualidad intrínseca de la historia es la *imparcialidad y sinceridad*. El que se dedica á la noble tarea de historiador no se ha de guiar de preocupaciones ó prejuicios; no ha de tener ideas preconcebidas, ni partido ó sistema especial; porque en este caso narrará los acontecimientos según las ideas que le dominan ó que pretende hacer triunfar, sin conformarse á la realidad ni menos buscar la verdad, que es inseparable de la sinceridad.

Téngase en cuenta que la imparcialidad no es lo mismo que la sinceridad. "La primera se propone la esmerada investigación de los hechos y el estudio concienzudo de ellos, y la segunda gobierna la composición y la enseñanza; pero ambas se inspiran en un sólo móvil moral, la *probidad*, que no quiere para sí y para otros sino la verdad." (1) ¡Ah! ¡y cuán rara es esta prenda en nuestros tiempos; por lo que el conde de Maistre afirma que, sobre todo desde hace tres siglos, la historia es una constante conspiración contra la verdad! "Es increíble, afirma León XIII, el daño que causa el convertir la historia en esclava de un partido ó en juguete de las pasiones instables de los hombres. Ella no será entonces la *maestra de la vida y la antorcha de la verdad*, como con justicia la llamaron los antiguos, sino que halagará los vicios, favorecerá la corrupción, especialmente de la juventud, cuyo espíritu llenará de opiniones insensatas y la alejará de las costum-

(2) MONFAT, Obra citada.

bres honestas; porque la historia impresiona mucho el alma ardiente de los jóvenes... Una vez introducido en sus almas el veneno, es difícil y casi imposible remediar el mal; porque hay poca esperanza de que con la edad adquieran un juicio más recto, desaprobando lo que antes aprendieron, tanto más, cuanto que pocos se dedican á estudiar la historia con madurez y á fondo; y que, en una edad más avanzada, el comercio de la vida ofrece talvez más ocasiones de confirmar que de corregir los errores." (1)

Otra de las cualidades substanciales de la historia es el *amor á la moral y á la virtud*. En efecto, el historiador no debe limitarse á relatar los acontecimientos, sino también á deducir de ellos reflexiones y consecuencias que sirvan al hombre de saludable lección y de norma de conducta en sus actos. Del choque mismo de las pasiones humanas; de la lucha incesante entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre la arrogancia del mundo y la humildad cristiana, se ha de servir para inculcar los principios de eterna justicia grabados por Dios en nuestro corazón, y manifestar, con la lógica de los hechos, que sólo son felices los hombres y los pueblos que se inspiran en las leyes de la moral y practican la virtud. Ha de procurar, en fin, desenvolver en los lectores, no sólo la *razón especulativa*, que generaliza, compara, deduce y clasifica los hechos, sino también la *razón práctica*, que perfecciona la prudencia y la pone en estado de gobernar debi-

(1) BREDE. *Sæpenumero* acerca de los estudios históricos.

damente los asuntos de la vida, al decir de un escritor.

4. **Fin de la historia.**—De las cualidades intrínsecas de la historia resulta que tiene una noble misión que cumplir, á saber: enaltecer la verdad y el bien, y estimular á los pueblos á la práctica de las virtudes morales y religiosas, que han sido y serán en todo tiempo germen fecundo de las acciones más laudables. La historia es una *alta enseñanza*, y toda enseñanza se propone el perfeccionamiento del hombre, que sólo se obtiene mediante la observancia de la ley divina. Así lo comprendieron aún los escritores paganos. Que el historiador, dice Dionisio de Halicarnaso, indague la vida de los hombres que sobresalen por su fama ó sus hechos, y manifieste si aquélla ha sido virtuosa y arreglada, y si han respetado las costumbres é instituciones de sus mayores. Lo que sobre todo es saludable y fructuoso en el conocimiento de los sucesos, afirma Tito Livio, es el contemplar expuestas en notables escritos enseñanzas de toda clase. Encuétrase allí lo que cada uno debe imitar en sí mismo y en el gobierno de los otros; lo que es glorioso emprender y lo que es preciso evitar. El principal deber de la historia es, á juicio de Tácito, no dejar las virtudes en el silencio, é inspirar á las palabras y acciones perversas el temor que provienen del deshonor y del juicio de la posteridad (1).

Por esto, entre los escritores cristianos, afirma San Agustín, que la historia debe referir los he-

(1) Citas de Monfat.

chos fielmente y para utilidad de los demás; esto es, con el fin de estimularlos á la práctica de la virtud y al amor del bien; y Bossuet asegura que se reduciría á una vana curiosidad el estudio de la historia, si se limitara á una simple narración, sin *sacar ningún ejemplo útil para la vida humana*. De la consideración de las cosas terrenas, de las miserias del hombre, de los extravíos y errores de los pueblos, el espíritu ha de elevarse á lo alto, á las cosas eternas é inmutables, en una palabra, á Dios, cuya mano invisible ordena los sucesos humanos al triunfo definitivo de la verdad y de la virtud, no obstante la tenaz persecución que padecen entrambas en el mundo y las nubes con que se pretende ocultar su brillo, para que no sean conocidas ni amadas por los hombres.

Entendida de esta manera la labor del historiador, desempeña éste una alta misión, un hermoso apostolado que contribuye mucho á aleccionar á la humanidad, «cuyo destino es progresar padeciendo y caminar fatigosamente en pos de la adquisición de la verdad. Pero no debe olvidarse que se ha de presentar al hombre en escena según el aspecto bueno ó en camino de serlo, conduciéndonos tras de él, en la lucha con el mal, hasta la cima de la virtud. Que se nos muestre al hombre, no sólo ganando grandes batallas á fuerza de genio y de bravura, y extendiendo las fronteras de su país; no sólo presidiendo esas fiestas brillantes, cuyos cuadros hacen soñar con un falso porvenir á los jóvenes, y embriagándose con una gloria, á la que de ordinario sigue y devora el placer, vergonzoso castigo del orgullo; no tan

sólo impulsando las artes, dictando leyes sabias y haciendo reinar en torno suyo la paz y la prosperidad; sino que se nos le muestre temeroso de Dios, amante de los hombres, celoso de la verdad y el bien, sea cual fuere su celebridad» (1). «Si el mundo vale algo», ha dicho Mr. Charaux, «es por las grandes almas de los ciudadanos, de los poetas y oradores, formados en la escuela de la verdadera *sabiduría*, que ilumina al hombre para hacerlo mejor, que no separa la cultura del corazón de la del espíritu, ni las teorías sobre la virtud de la práctica de la virtud: *Virtutis enim laus omnis in actione est*, dijo Cicerón. Si estas grandes almas son la riqueza del mundo, que sean también en buena hora el principal objeto del estudio de la historia» (2).

5 Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia.—Las creencias y principios que profesa el hombre influyen eficazmente en la manera de estudiar ó componer la historia; y por eso se ha dicho que el mejor sistema para escribir la historia es no tener ninguno; lo cual debe entenderse en el sentido de que el historiador no ha de tener ideas preconcebidas ni apreciar los hechos tras el prisma de la preocupación ó el engaño: su misión, lo repito, es narrar fiel é imparcialmente los hechos, y rendir culto á la verdad y al bien.

Es incalculable el influjo que las creencias religiosas ejercen en el ánimo del historiador. Si las que admite son las reveladas por Dios y

(1) OANTÚ.—*Historia universal*.

(2) MONFAT. *La pratique de l'éducation*.

enseñadas por la verdadera Iglesia, su criterio será recto y seguro; pero, si carece de fe ó acepta doctrinas erróneas é impías, tergiversará los sucesos, desconocerá el mérito de las acciones heroicas y no estimará debidamente á los hombres que, inflamados en el amor á Dios y al prójimo, se han sacrificado por ellos.

Prescindo de ciertos métodos históricos inaceptables, como del *fabuloso*, que encontramos en los comienzos de la vida de los pueblos, ya que *en un principio la historia no se escribe sino que se hace*; tampoco trato de las *leyendas y tradiciones* transmitidas de una á otra generación, de ordinario bajo formas poéticas ó novelescas; ni de los *anales, crónicas y memorias*, compuestas á medida que la humanidad se daba cuenta de su destino; y me limito á decir algo acerca de algunos sistemas históricos, fundados en las creencias y doctrinas religiosas y sociales que se profesan.

El primero que se nos presenta es el sistema *pantefista*. Según él, cuanto existe es Dios; de modo que el mundo es como su envoltura y el hombre una parte de su ser. Con lo que desaparece la personalidad humana, la libertad, la responsabilidad de los actos individuales, y toda noción de justicia y de moral; así que en este sistema la humanidad no es dueña de sí misma, ni árbitro de sus destinos, sino que procede movida por una fuerza irresistible, por una causa superior, con la que se identifica y confunde.

El sistema *fatalista* no niega la personalidad humana; pero la supone guiada por el *hado*, ó sea por un ente superior, por un genio terrible que ha determinado necesariamente quiénes han de

ser buenos ó malos, felices ó desgraciados; de modo que el hombre es una *máquina* que funciona á voluntad de su inventor, sin libertad de alejarse del rumbo que se le ha trazado. El sistema *escéptico*, á su vez, finge no creer en nada, ni admite la intervención divina en el gobierno del mundo, con lo que arrastra al hombre al abismo de la duda y de la desesperación. El sistema *deísta*, en fin, rechaza el dogma consolador de la Providencia, al afirmar que Dios, por ser muy grande é incomparablemente superior al hombre y á los seres inferiores, prescinde de ellos por completo, y los deja en libertad de proceder sin darse cuenta de Él.

Basta esta somera enunciación de las teorías anteriores para convencerse de que son erróneas é inadmisibles en el terreno de la historia. Rechazando tales utopías y blasfemias, se presenta el *sistema católico*, único seguro y aceptable, que coloca á la historia en su puesto de honor y la convierte en provechosa enseñanza. Según él, los hombres y los pueblos son hechura de Dios, quien los ha colocado en el mundo para cumplir libremente la misión que les señalara. Sin destruir la libertad humana, Dios ordena y dirige todo á su mayor gloria; gobierna el mundo con admirable y recóndita sabiduría, y, si permite á veces el triunfo del mal y la opresión de la virtud, es para probar á los buenos en esta vida y recompensarles abundantemente en la otra. Todo hombre malo, dice San Agustín, vive en el mundo, ó para corregirse ó para ejercitar á los buenos.

Conforme á este sistema, aparece Dios en la

historia, como Señor y árbitro de los sucesos humanos, encaminando á los pueblos á la posesión de la verdad, y del bien, cuya depositaria es la Iglesia que Él fundara. Y cuando los hombres y las naciones, por la triste posibilidad que tienen de obrar el mal, desoyen la voz de Dios y de la Iglesia, experimentan luego los resultados de su voluntario extravío, y no se hacen esperar los sufrimientos, las guerras, los cataclismos sociales, que, á la vez que humillan y castigan á la humanidad, la aleccionan para el porvenir y la vuelven á Dios. «Alta importancia adquiere la historia, cuando considera los hechos como una palabra sucesiva, que más ó menos claramente manifiesta los mandatos de la Providencia; cuando los enlaza, nó con la idea de utilidad parcial, sino con una ley eterna de caridad y de justicia; cuando no se contenta con descubrir, enseñar y contemplar tristemente las llagas sociales, sino que hace que los dolores sufridos por los antepasados y las lecciones de las grandes desventuras redunden en provecho de las generaciones venideras» (1).

6 **Cómo debe considerarse á la humanidad en la historia** - La doctrina católica, apoyada tanto en la fe y la razón, como en las tradiciones y creencias de casi todos los pueblos, enseña que el hombre fué creado por Dios, para servirle y amarle, para propagarse y dominar la tierra; pero que, por haber desobedecido á su Hacedor, decayó de su primer estado y quedó sujeto á muchas calamidades y miserias. La humanidad desciende igualmente de una sola pareja; y, aun cuando está

(1) CANTÚ, *Discurso sobre la Historia Universal*.

extendida por la redondez de la tierra, forma una sola familia, cuyos miembros tienen el mismo origen y aspiran á idéntico fin.

Admitida esta verdad, que es de suma importancia en la historia, los hombres y los pueblos se presentan como ramas adheridas á un tronco común, sujetos á ciertas leyes fundamentales en su desarrollo y perfeccionamiento, y ligados todos por vínculos estrechos de amor y de fraternidad, sin que la suerte de los unos sea indiferente á los otros. El hombre debe, por tanto, tener vivo interés en estudiar la historia, por ser cosa que le pertenece de cerca, y se relaciona con personas de su misma especie y naturaleza. En los sucesos pasados debe tener á la vista á sus antecesores, celebrar sus hazañas, condenar sus extravíos y, ante todo, aprovecharse de las lecciones de la experiencia para la buena dirección de sus actos.

Aun cuando sea breve la vida del hombre, tiene en ella una misión que cumplir; y como es miembro de una familia universal; como no está aislado en el mundo, necesita del auxilio de los demás y á su vez debe prestarlo á los otros, á fin de trabajar juntos en la grande obra del perfeccionamiento humano. Considerada así la humanidad, la historia que narra sus hechos «nos eleva sobre los intereses efímeros, y mostrándonos que somos miembros de una asociación universal, que se dirige á la conquista de la virtud, de la doctrina, de la felicidad, dilata nuestra existencia á todos los siglos, nuestra patria á todo el mundo; nos hace contemporáneos de los grandes personajes y nos manifiesta la necesidad de dejar con creces á nues-

tros sucesores la herencia que de nuestros padres recibimos... Cuando la historia, inmortal conciudadana de todas las naciones, abraza con una mirada toda la humanidad, el espectáculo de la inmensa duración modifica la idea de nuestra breve existencia; la melancólica ira del que se siente solo, da lugar al consuelo de hallarnos unidos fraternalmente con toda la familia humana, para completar la regeneración del individuo y de la especie; y entre la des-arreglada voluntad del hombre y la combinación de accidentes, que solemos llamar oportunidades, distinguimos una mano superior que guía los esfuerzos individuales á la conquista de la verdad y de la virtud; que hace que la víctima de la violencia se trueque en maestra de sus perseguidores, y convierta en bienhechor de la humanidad al que ha sido su azote» (1).

Mas, conviene no olvidar que toda la familia humana, en castigo de la prevaricación primitiva, perdió muchos de los dones que Dios concediera á nuestros primeros padres, y quedó sujeta á la ignorancia y á la concupiscencia. El dogma del pecado original sirve de clave para comprender y resolver muchos problemas individuales y sociales, sobre todo la incesante pugna entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, y la consiguiente dificultad que los hombres y los pueblos tienen para ser felices y virtuosos.

La lucha es y será en la presente vida, la triste herencia de la humanidad decaída, sin que nadie pueda eximirse de ella, ni obtener algo grande y

(1) CANTÚ. Discurso citado.

bueno sin constante violencia. Pero Dios no ha abandonado al hombre á la tiranía de sus malos instintos, ni ha entregado á las naciones al imperio brutal del vicio y de la fuerza. Con la encarnación del Verbo, con la venida de N. S. Jesucristo al mundo, la humanidad regenerada y fortalecida por la gracia divina, puede practicar heroicas virtudes. Por esto contemplamos, desde la fundación del cristianismo, tantas nobles acciones, tantos hermosos ejemplos, tantas almas generosas que inflamadas por la caridad divina, han ejercido un benéfico apostolado y transformado el mundo moral. Los hombres y los pueblos se pervierten y arruinan, cuando se alejan de Dios, cuando desprecian sus enseñanzas y desoyen á la Iglesia católica, columna de la verdad y guía segurísimo en los sucesos más difíciles de la vida.

7. Importancia del espíritu filosófico en la historia.—De las precedentes reflexiones resulta que la historia no debe limitarse á una mera relación verídica é imparcial de los hechos, sino que ha de estudiar sus causas, deducir consecuencias y servir de saludable enseñanza al hombre. La historia tiene, pues, relaciones con la filosofía; se ha de inspirar en sus principios y verdades, ha de raciocinar y discutir, para de los efectos inquirir las causas que los producen, y de los hechos contingentes elevarse á las leyes de eterna verdad y justicia. De este modo ocupa la historia un puesto principal entre los conocimientos humanos y viene á ser *maestra de la vida y luz de los tiempos*; de este modo, de la simple narración de "hechos inconexos y de impresiones individuales, se eleva á la acción general de los

hombres, á las fuerzas políticas, á la armonía de los elementos sociales; y en suma, de simple narración, viene á convertirse en teoría social... Así que la historia debe preocuparse más con los principios que con los hechos, porque los primeros dan la razón de los segundos, indican su causa y hacen prever los resultados; suministran á aquélla, como el análisis al geómetra, reglas generales aplicables á las circunstancias particulares; y hacen conjeturar de una manera cierta lo que ha debido suceder y lo que debe seguir.

La historia se ha de apoyar, en fin, en los principios que suministra la experiencia y forman, como se ha dicho, la razón práctica, luz y reina de la vida. Tal es, según Malebranche y de Bonald, la necesidad é importancia del espíritu filosófico» (1).

Animado de este espíritu, el historiador generaliza los hechos, los profundiza y estudia en conjunto; inquiere la misión de los grandes hombres y de los pueblos; escudriña los secretos del corazón humano, las causas que han ennoblecido ó degradado á las naciones; hace en cierto modo palpar, en el progreso ó decadencia de la humanidad, la acción de Dios que la premia ó castiga según sus obras. «Con su mirada abraza el historiador el tiempo y el espacio; ve los sufrimientos, las necesidades, las aspiraciones de la sociedad en formación; los trastornos indispensables que dan lugar á instituciones sólidas y equitativas; conoce el influjo de las pasiones que perturbaban la obra de Dios, y la fuerza de la fe que, á

(1) MONFAT. *Pratique de l'éducation.*

menudo y á pesar de los hombres, conduce á la sociedad al fin que le ha señalado. Con atento oído, escucha el trabajo sordo y misterioso que á pesar de los tumultos é invasiones en que las muchedumbres armadas chocan y se inundan en sangre, conduce al mundo, poco á poco, como en otro tiempo á la tierra que salió del caos, á un estado nuevo en que imperan el orden y la paz, y en el que se construyen riberas que aun las hordas salvajes respetarán en adelante» (1).

La filosofía ha dado á la historia suma importancia, y ha hecho de ella una verdadera ciencia, que, apoyada en principios ciertos, considera las vicisitudes de los individuos y de los pueblos á la luz de un criterio superior; excluye el fatalismo, que pretende explicar todo por la intervención del *hado* ó el *destino*, y admite en cambio el dogma consolador de la Providencia, que todo lo gobierna con justicia y sabiduría. La filosofía de la historia, desconocida en el paganismo, debe su origen á la religión cristiana: por esto bajo su inspiración se han escrito obras como la *Ciudad de Dios* de S. Agustín y el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet, en las que la historia ha recorrido una nueva senda y descubierto vastos horizontes que se pierden en lo infinito...

Oigamos lo que dice sobre esta cuestión el príncipe de los historiadores modernos. «Un pensamiento sistemático dió más seguro vuelo á la que se llama filosofía de la historia. Reflexionando nuestro espíritu sobre cada uno de los

(1) MONFAT. Obra citada.

pasos dados por la humanidad, descubre en ellos también unidad y armonía, y cree poder deducir la explicación de los hechos, de las ideas que representan, y encontrar la esfinge inmóvil en medio de las arenas movedizas del desierto. Relacionando entonces lo presente con lo pasado, como igualmente los efectos con las causas, y el fin con los medios, traslada al orden exterior las leyes que rigen el mundo moral. De este modo nace la filosofía de la historia, ciencia desconocida de los antiguos..., quienes, confiados en lo presente y considerándose cada uno como centro y circunferencia, no investigaban nada más allá de la ley nacional y contemporánea. En efecto, el egoísmo es el que pinta con Herodoto, medita con Tucídides, cuenta con César y compila con Diodoro: la historia en estos escritores narra los sucesos con relación á una política más ó menos estrecha, en provecho ya de una ciudad, ya de un imperio, ya de una ambición, sin reflexionar jamás sobre la humanidad en su conjunto, considerando á los griegos y á los romanos como á pueblos privilegiados, y á los demás como á bárbaros ó siervos.

«El Cristianismo elevó la historia á ciencia universal en el instante en que, al proclamar la unidad de Dios, proclamó la del humano linaje; y enseñándonos á rezar el *Padre nuestro*, nos hizo reconocer á todos como á hermanos. Sólo entonces pudieron nacer la idea de la armonía entre todos los tiempos y todas las naciones, y el pensamiento filosófico y religioso del progreso de la humanidad hacia la grande obra de la regeneración y del reinado de Dios. San Agustín, Euse-

bio, Sulpicio Severo y algunos otros escritores en el tiempo de la decadencia del imperio romano, consideraron de esta manera la historia; la Edad Media, más ocupada en edificar el porvenir que en reflexionar sobre lo pasado, sepultó su voz en el olvido, hasta que en esa voz se inspiró Bossuet en su sublime *Discurso*, único que hermana la observación de los modernos con la exposición de los antiguos, y que reúne á una erudición vigorosa un estilo inimitable. Contemplando Bossuet el mundo desde la altura del Sinaí, á la vez que notifica á los poderosos duras y desusadas verdades, tomadas del libro infalible, y que manifiesta la vanidad de las cosas humanas, señala el fúnebre séquito de naciones y reyes que pasean de la vida á la muerte, siguiendo el camino indicado por el Señor; como si las naciones no estuvieran destinadas más que á formar el acompañamiento del Mesías esperado ó concedido (1).

La historia, como los demás conocimientos humanos, ha experimentado el benéfico influjo del cristianismo. "Sin el cristianismo y sus escritos", dice Hettinger, "toda la historia del mundo sería un oscuro y triste caos, pues sólo él suministra la clave de la historia universal. ¡Qué inmenso horizonte se presenta ante nuestra vista á la luz de la verdad cristiana! .. Ella es como un elevado observatorio desde donde se descubre la creación toda. Las ideas que el niño cristiano lleva en su espíritu son las grandes ideas que mueven al mundo, y los mandamientos que obedece son

(1) CANTÚ, *Disc. sobre la Hist. universal*.

las grandes leyes de la humanidad, los principios vitales de la historia. La fe cristiana ilumina todo: Dios y hombre, tiempo y eternidad. Cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en la vida de los individuos y de los pueblos, desde Noé hasta hoy; cuanto hay de noble y magnífico en las naciones civilizadas de Europa, todo es cristiano, es un rayo de la verdad cristiana, son huellas del paso de Dios por el mundo». (1).

«Desde su origen, procuró la Iglesia cultivar con especial esmero la historia», afirma León XIII. «En los comienzos de la era cristiana, á pesar de terribles y sangrientas persecuciones, un gran número de actas y de documentos históricos fueron salvados por ella. Y, cuando lucieron días más tranquilos, el Oriente y el Occidente vieron los trabajos de Eusebio, de Teodoreto, de Sócrates, de Sozomeno y de otros. Después de la caída del Imperio romano, pasó con la historia lo que con las demás artes liberales: que encontró su único refugio en los monasterios, y que sólo los clérigos la cultivaron; de modo que, si los claustros hubiesen desatendido la redacción de los anales, no tendríamos casi dato alguno, aún de los sucesos civiles, durante un largo intervalo de tiempo.

«Entre los modernos, basta nombrar á dos que ninguno ha podido superar: Baronio y Muratori; el uno, á la fuerza del ingenio y á la penetración del juicio, añadió una erudición increíble; el otro, aunque digno muchas veces de censura por sus escritos, juntó, para ilustrar los fastos de

(1) *Apología del Cristianismo.*

Italia, un conjunto de documentos que nadie ha reunido. Cosa fácil sería añadir á estos nombres los de otros, entre los que nos es grato recordar á Ángel Mañ, honra y gloria del colegio cardenalicio» (1).

8. Historia profana y eclesiástica: importancia de la última.—Por razón de la materia de que trata, se divide principalmente la historia en civil y religiosa, ó sea, en profana y eclesiástica. Ambas son importantes; pero la segunda lo es mucho más que la primera, por razón del asunto sobre que versa.

El hombre tiene tres clases de relaciones, que son otras tantas fuentes de deberes, á saber: con Dios, consigo mismo y con sus semejantes. La religión, que es el vínculo de unión entre Dios y el hombre, y que comprende por lo mismo nuestros más sagrados deberes, es lo más alto y noble que puede concebirse; por lo que el relato de su acción é influjo en los individuos y en los pueblos, interesa mucho más que otros temas de la historia. Aun en los lugares dominados por el paganismo, han ocupado las creencias religiosas el primer lugar; y sus hechos referidos con minuciosidad, han sido escuchados con respeto por todas las generaciones, y servido de estímulo y enseñanza en los actos de la vida.

Entre las varias religiones existentes en el mundo, la única verdadera y enseñada por Dios es la cristiana, de cuya doctrina es depositaria la Iglesia Católica. Los cuarenta siglos que precedieron á su establecimiento le sirvieron de prepa-

(1) Breve *Saspenumero*.

ración, y la misma religión judaica fué tan sólo una figura de la cristiana, en la que se han cumplido muchas de las profecías del Antiguo Testamento. La historia de la religión comprende, pues, dos épocas: la primera anterior á la venida de Jesucristo, y la segunda posterior á su venida, que es propiamente la de la Iglesia católica. La una trata de la misión del pueblo hebreo, de su desarrollo y adelanto bajo la dirección divina; la otra de la sociedad religiosa instituída por Nuestro Señor, de su asombrosa propagación é influjo benéfico en el mundo.

«La historia de la Iglesia, dice León XIII, es como un espejo en que resplandece su vida al través de los siglos. Mucho más que la historia civil y profana, ella demuestra la soberana libertad de Dios y su acción providencial en la marcha de los acontecimientos. Los que la estudian, no deben jamás perder de vista que contiene un conjunto de hechos dogmáticos que á nadie es permitido poner en duda. Esta idea directiva y sobrenatural, que preside á los destinos de la Iglesia, es á la vez la luz cuyos rayos iluminan su historia».

Nadie puede negar la utilidad y conveniencia de conocer la historia eclesiástica, que está ligada con la profana, y contribuye mucho al conocimiento completo de la religión misma. «Porque la religión», dice Mgr. Dupanloup, «no es solamente una doctrina, es un *hecho divino* puesto en el origen del mundo y perpetuado á través de las edades de la humanidad. Contemporánea del hombre, la religión nació en la cuna del género humano y continuará hasta el fin de los tiempos...

Pero es preciso recordar que la historia del antiguo pueblo de Dios no debe ser separada de la del cristianismo: estas dos historias se enlazan tan íntimamente que vienen á ser una sola; la una descansa sobre la otra como sobre su base, y separarlas equivaldría á truncar la historia de la religión.

«La historia religiosa se mezcla en todo, lo llena todo. En todas las épocas, la historia de la Iglesia y la de la sociedad temporal se compenetran incesantemente y confunden de tal modo, que la historia eclesiástica viene á ser parte integrante, por decirlo así, de la historia de la humanidad... Si la vida y la historia de la Iglesia aparecen tan enlazadas á la vida é historia de todos los pueblos, es porque la Iglesia es para todos los tiempos y todos los países; de modo que desde hace dieciocho siglos, no se puede escribir la historia sin encontrar á cada paso á la Iglesia y sin verse el hombre obligado á inclinarse ante ella» (1).

¡Qué espectáculo tan grandioso presenta la Iglesia católica en su existencia veinte veces secular, espectáculo muy superior por cierto al de los más famosos pueblos é instituciones humanas! Ella fué establecida en la época de mayor esplendor del imperio romano, sin auxilio alguno humano, y antes bien contra la voluntad de los Césares. Desprovista de todo apoyo temporal, y en fuerza sólo de su vitalidad divina, fué fundada y propagada en medio de persecuciones terribles y de torrentes de sangre derramada por

(1) *Cartas sobre educación intelectual.*

sus hijos, hasta que, después de tres siglos de lucha, logró, con la conversión de Constantino, plantar la Cruz en el soberbio Capitolio.

Vienen en seguida las relaciones de los emperadores romanos con la Iglesia, la invasión de los bárbaros y la caída del Imperio; la incorporación de éstos en el Cristianismo, mediante los esfuerzos de aquélla, y el trabajo lento y eficaz que empleó en convertir y en civilizar á esas hordas salvajes que, bajo su dirección, formaron pueblos vigorosos que, desarrollándose gradualmente, dieron origen á las cultas naciones de Europa. Durante los largos siglos de la Edad Media, la Iglesia fué la vida de la sociedad civil, y por su vigilante cuidado se salvaron en los claustros, de la rapacidad de los bárbaros, las obras sabias de la antigüedad, conservándose y avivándose en ellos el *fuego sagrado* de la ciencia. Legislación civil y política, costumbres, artes, ciencias, industrias, todo era dirigido ó impulsado en aquella época por la Iglesia. La guerra, azote terrible que pesa sobre los pueblos, no ejercía entonces sin contrapeso su despótico imperio; porque los soberanos y los súbditos sometían sus desavenencias al juicio imparcial del Papa que, como padre común de la familia cristiana, daba á cada uno lo que era suyo.

«Encuéntrense en esta época las cruzadas, aquellas guerras heroicas de la civilización cristiana contra la barbarie musulmana; después lo que se ha llamado la *lucha del sacerdocio y del imperio*, en que estaban empeñadas las más grandes cuestiones; se ven al mismo tiempo elevarse las grandes órdenes monásticas y las célebres universi-

dades cristianas, asunto de estudio interesante aun para los hombres de Estado, para los políticos, para todos los aficionados á seguir el movimiento y progreso del espíritu humano.

En los tiempos modernos se realizan también hechos religiosos no menos graves, cuyo influjo se deja sentir en todo el mundo social. La pretendida Reforma conmueve la Europa, y al mismo tiempo turba á la Iglesia. El nuevo mundo es descubierto; los apóstoles de la fe se lanzan á él y las misiones católicas renuevan las maravillas de las antiguas edades... Y, en fin, cuando se llega á la edad contemporánea, la importancia de los hechos religiosos no disminuye tampoco: la historia de la Iglesia sigue enlazada íntimamente con los negocios humanos. ¿Qué interés no ofrecen, por ejemplo, la historia del cetro francés durante la revolución, las negociaciones para el concordato, el cautiverio de Pío VI, las desgracias de Pío VII y los hechos posteriores hasta nuestros días?» (1).

Y en el afamado siglo XIX, en el siglo del racionalismo y la revolución, del positivismo y la apostasía, ¿no es verdad que la Iglesia aparece en primera línea luchando contra los enemigos de Dios y de la sociedad, dando saludables enseñanzas á los pueblos y gobiernos, é infundiendo savia divina en nuestra sociedad muelle y materializada? ¡Qué figuras tan simpáticas las de Pío IX y de León XIII! El uno, lleno de celo y piedad, de energía incontrastable y de resignación heroica en los trabajos, se nos presenta

(1) Mgr. DUPANLOUP, Obra citada.

guiando con entereza la nave de la Iglesia por el mar proceloso de las pasiones políticas y de los errores modernos. León XIII, el Pontífice sabio y virtuoso, empuña en sus manos vigorosas el gobernalle de la Iglesia, y, conocedor como ningún otro de las ciencias sociales y de las tendencias nocivas de la época actual, enseña á los reyes y á los pueblos, con el doble prestigio de la autoridad y del saber, la doctrina católica, única capaz de libertarlos del moderno paganismo. En sus luminosas Encíclicas ha tratado y resuelto magistralmente las cuestiones político-religiosas más arduas é importantes, y dado á los príncipes reglas admirables de buen gobierno, que, si fuesen observadas, producirían la concordia y felicidad de los pueblos.

9. Ataques dirigidos á la Iglesia por ciertos historiadores — La Iglesia es una sociedad divina, por su origen y constitución; santa por su fin y los medios de que dispone, y aún por los miembros de que consta, tiene en sí misma fuerza sobrenatural para mejorar á los pueblos y santificar á los hombres. Pero no debe olvidarse que los que forman la Iglesia militante son flacos y miserables; que llevan en su cuerpo y alma el estigma de la culpa original, con su séquito de ignorancia, concupiscencia y pasiones desordenadas; por lo que las acciones humanas no están muchas veces de acuerdo con la ley de Dios, y ni aún con las prescripciones de la razón natural.

Para que la Iglesia sea santa en sus miembros, no se requiere que lo sean todos ellos (lo cual desgraciadamente no se realizará jamás por el influjo nocivo de las pasiones y el abuso que el

hombre hace de su libertad): basta que en todos los tiempos y lugares hayan existido y existan personas que, mediante la observancia de las leyes divinas y eclesiásticas, hayan llegado al más alto grado de perfección moral y espiritual á que es dado al hombre aspirar. Ahora bien: nadie negará el poder santificador de la Iglesia, ya que en su larga vida ha producido una numerosa falange de hombres que han hecho inmensos bienes en el mundo.

En efecto, desde el origen de la Iglesia, aparecen muchísimos apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que, con sus virtudes y ejemplos, con sus esfuerzos y fatigas, con sus dolores y sangre, han iluminado y regenerado al humano linaje. No hay edad, estado, condición ni lugar en que no haya florecido la santidad: en el trono y en la milicia, en el bullicio del mundo y en el silencio del claustro; en las ciudades populosas y en el retiro del campo; en el celibato y en el matrimonio, en la juventud y en la ancianidad, en la pobreza y en la opulencia vemos almas generosas que, fortalecidas por la gracia, han vencido las perversas inclinaciones de la naturaleza y atesorado grandes méritos y virtudes.

Es innegable también que, junto á estos tipos de heroísmo y santidad, ha habido y hay en la Iglesia no pocos cristianos que desdichan de sus creencias y se precipitan en la sima del error y el vicio; pero esto nada arguye contra la santidad de la Iglesia: antes bien, manifiesta que sin ella no habría virtud alguna sólida en el mundo, y que en todo tiempo los hombres, como aconteció

en el paganismo, habrían sido víctimas de sus pasiones desarregladas é instintos degradantes. —Compárense las miserias y escándalos de los malos católicos con los servicios y obras admirables de los buenos hijos de la Iglesia; y, de seguro, los espíritus más prevenidos tendrán que agradecerla y bendecirla por sus beneficios. Recórrase, en especial, la larga serie de sus gloriosos Pontífices, muchísimos de los cuales sobresalen por su ciencia, virtud y prodigiosa actividad; cuéntense, si es posible, todos sus santos y los bienes que han derramado en el mundo; numérense sus sabios y las obras que han escrito, y nos convenceremos de que ninguna institución es tan acreedora como la Iglesia al respeto, gratitud y amor de las generaciones. Cuanto de bueno hay en los mismos países cismáticos ó protestantes, se debe á que éstos admiten varias creencias y reglas de moral enseñadas por la Iglesia católica; con lo que participan un poco de la savia vivificante que ella infunde con abundancia en los individuos y en los pueblos que le pertenecen por completo.

Error, y muy lamentable, es hacer responsable y como solidaria á la Iglesia de los extravíos y crímenes de sus hijos, siendo así que ella es la primera en lamentarlos y en condenarlos. Atacar á la Iglesia por este motivo, equivale á injuriar á una buena madre porque, á pesar de sus desvelos y ejemplos saludables, sus hijos se pervierten y escandalizan á los demás. Éste es el proceder de no pocos historiadores hostiles á la Iglesia. Sin darse cuenta de la santidad y perfección de

su doctrina, así como de la flaqueza y perversidad humanas, atribuyen á aquélla los crímenes de sus miembros, crímenes muchas veces inventados, ó por lo menos abultados por el odio satánico contra Jêsucristo y su Iglesia de que están orgullosos sus gratuitos enemigos.

Y ¿cuál es la institución humana que ha podido resistir á los embates del error y el vicio? Ninguna, ciertamente. Sólo la Iglesia, por ser obra divina, se ha conservado y conservará hasta el fin de los tiempos, no obstante la malicia y debilidad del hombre, y la guerra sin tregua que le hacen tenaces y poderosos adversarios. Sin cerrar los ojos á la luz, no se pueden parangonar los méritos y beneficios de la Iglesia católica con los de institución alguna, ni negar las virtudes y hechos heroicos de muchísimos de sus miembros, desde el origen de la era cristiana hasta nuestros días.

Si el historiador, á fuer de imparcial, debe referir y condenar las acciones detestables, sean quienes fuesen sus autores, para lección y escarmiento de las generaciones venideras, ha de procurar también que, en el gran cuadro de la vida de la humanidad, aparezcan dichas acciones sólo como puntos negros en medio de la viva luz que la verdad y la virtud han esparcido en el mundo, sobre todo desde el advenimiento del cristianismo. Preciso es, además, tener en cuenta, como dice Balmes, que el cuadro de la historia humana es de suyo demasiado sombrío, para que encontremos gusto en obscurecerlo; y que se debe pensar que á veces acusarnos de crimen lo que fué sólo efecto de ignorancia. El hombre está

inclinado al mal, pero no está menos sujeto al error; y el error no es siempre culpable» (1).

«La historia de la Iglesia,» ha dicho Mgr. Dupanloup, «no obstante la flaqueza humana y hasta en medio de las sombras de los peores siglos, ofrece á la consideración de los que saben pensar, el grande y bello espectáculo de una sociedad verdaderamente santa; santidad de tal manera inviolable, cuanto que subsiste á pesar de los vicios, de las pasiones y de todos los escándalos de los hombres. Siempre se la ve brillar con un esplendor supremo y perseverante, no sólo en su enseñanza siempre verdadera y en su disciplina siempre pura, sino también en su vida real, en sus obras, en sus instituciones, en los grandes hechos, en los duraderos resultados de su acción en el mundo, y sobre todo en esa multitud de grandes hombres y grandes santos que, con fecundidad inagotable, crea ella para Jesucristo en todos los lugares donde se anuncia el Evangelio» (2).

10. Palabras de León XIII. - Como conclusión de lo dicho acerca de la historia, transcribiré las siguientes frases del Pontífice reinante, que contienen atinadas reflexiones y útiles enseñanzas para evitar el extravío de este ramo tan importante del saber humano. «Es muy conveniente impedir á todo trance que se convierta el nobilísimo oficio de historiador en flagelo público y doméstico de los más graves. Es preciso que hombres de corazón y doctamente versados en

(1) *El Protestantismo.*

(2) *Cartas sobre educación intelectual.*

esta clase de estudios, se dediquen á escribir la historia, de tal manera que sea el espejo de la verdad y de la sinceridad, y que las acusaciones hace tiempo acumuladas contra la Iglesia sean docta y convenientemente disipadas. Á narraciones fútiles, deben sustituirse investigaciones laboriosas y dirigidas con madurez; á opiniones temerarias debe oponerse un juicio prudente; á asertos frívolos una crítica sabia. Hay que esforzarse con energía en refutar las mentiras y falsedades, recurriendo á las fuentes, teniendo en cuenta que la *primera ley de la historia es no atreverse á mentir, y la segunda, no avergonzarse de decir la verdad, de modo que el historiador no sea sospechoso de adulación ni de animosidad* (1).

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

El arte y la bolloza

1.º Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo.—2.º Verdad, bondad y belleza. Relaciones que tienen entre sí.—3.º Definición de la belleza dada por San Agustín y por Santo Tomás de Aquino.—4.º Diferencia que hay entre la belleza y la bondad.—5.º Resumen de la doctrina de dichos autores acerca de la belleza y la bondad: teoría del segundo sobre el arte.—6.º La belleza es *objetiva*: qué se entiende por *expresión*.—7.º Diversos grados y órdenes en la belleza.—8.º Dios es la fuente y origen de toda belleza.—9.º Naturaleza y constitutivos de la belleza; se-

(2) Breve *Sacpenumero* considerantes.

res en que ésta brilla principalmente.—10. El simbolismo en el arte.—11. Misión del arte y vocación del artista.—12 El ideal en el arte.—13. El arte para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.

I. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo.—Al tratar de los conocimientos humanos que más contribuyen á la cultura del espíritu, no es posible prescindir de una de las ciencias más atractivas para el hombre: la estética, que «es la ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte». (1) La estética determina los caracteres de lo bello, trata de los constitutivos del arte y del fin que se propone, examina las cualidades necesarias para la buena producción artística, desciende al análisis de cada arte en particular, fija las reglas á que debe someterse cada cual y le asigna el puesto que le corresponde entre las demás artes.

Defínese el arte: «la expresión de la belleza ideal bajo una forma sensible». (2) Lo bello es, por tanto, objeto del arte, y la creación es su obra propia.

Las artes liberales, ó bellas artes, forman una de las ramas importantes del saber, recrean é instruyen al hombre y cooperan mucho al adelanto de los pueblos. Ellas se proponen imitar la naturaleza y reproducir, en cierto modo, al hombre interior; son de la incumbencia del espíritu y se dirigen á la imaginación y al sentimiento. Dichas artes son: «la pantomima ó lenguaje na-

(1) Diccionario de la Academia Española.

(2) P. FÉLIX.

tural; la palabra, lenguaje de los sonidos articulados; la música, lenguaje de los sonidos modulados; la escultura, lenguaje por imitación de las formas de los objetos palpables; la arquitectura, lenguaje por medio de las disposiciones significativas de los edificios; la pintura y el grabado, lenguaje por medio de los colores y las líneas que se extienden en una superficie plana.» (1)

Ernesto Hello divide el arte de la siguiente manera: "El tiempo y el espacio", dice, "guardan las barreras de este mundo y retienen cuanto entra en él. Obligado el arte á soportar á aquéllos, solicita su auxilio para permanecer bello en su compañía. El tiempo le suministra la palabra, y el espacio la luz. La palabra y la luz son, pues, los dos ministros del arte. La aritmética expresa las leyes del tiempo, y la geometría las leyes del espacio. La aritmética produce en el mundo del arte la poesía y la música, ministros de la idea en el departamento del tiempo, quien determina la medida, y esta medida es el ritmo. La geometría lanza en el mundo ideal la arquitectura, la escultura y la pintura, ministros de la idea en el departamento del espacio, quien señala á éstas sus proporciones." (2)

No es mi ánimo tratar de cada una de las bellas artes; por lo que, después de indicar cuál es la naturaleza del arte y de la belleza, hablaré por extenso sólo del arte literario, y de los demás únicamente por incidencia. Del arte oratorio se trató ya en el capítulo duodécimo.

(1) Cf. SERRANO, *Diccionario universal*.

(2) *L'homme. La vie, la science, l'art*.

El cultivo del arte se funda en una inclinación íntima de nuestra alma y muy arraigada en ella: á saber, en el amor y tendencia hacia lo bello, de que la dotó el mismo Dios, quien adornó al propio tiempo á los seres de cualidades adecuadas para producir en nuestro espíritu la emoción estética. Nadie, en efecto, permanece indiferente ante las magnificencias del mundo visible é invisible: el primero con su cielo tachonado de estrellas, con sus mares y ríos, sus montes y valles, sus bosques y campiñas, sus astros y planetas, y con esos horizontes y perspectivas inconmensurables que, como decía el Dante, no tienen más confines que la luz y el amor; y el segundo (el mundo invisible) con su caridad y heroísmo, con sus ángeles y santos, y con la hermosura de Dios, *siempre antigua y siempre nueva*, embelesan el alma y le hacen disfrutar de una fruición inexplicable.

«El arte tiene por objeto una de las tres grandes facés del ser y de lo infinito, que es lo bello», dice el P. Félix: «El filósofo y el sabio tienen por objeto propio de sus investigaciones lo verdadero, que lo traducen en sus obras; el santo tiene por objeto propio de sus generosos esfuerzos el bien, y así mismo lo traduce en sus actos de virtud y á veces de heroísmo; el artista tiene por objeto de su trabajo, que á veces es también heroico, lo bello. Busca y ama directamente la belleza y la traduce en sus obras; la contempla con avidez, se apasiona de ella y procura expresarla con el sonido, con el color, con las palabras, con una forma, en fin, sensible, cualquiera que sea». (1)

(1) *Del objeto y naturaleza del arte.*

2. Verdad, bondad y belleza. Relaciones que tienen entre sí — La verdad, la bondad, y la belleza comprenden en sí cuanto el hombre puede investigar y saber. La verdad es «la conformidad del entendimiento con su objeto»; la bondad es «la aptitud que tiene el ser de aquietar con su posesión el apetito», y la belleza «es la complacencia que siente el alma con la vista ó conocimiento de un objeto». (1) La verdad es el *ser*, objeto de la inteligencia: el bien es el *ser*, objeto de la voluntad. De la unión de la verdad y del bien resulta la belleza. Lo bello es el orden; el orden reposa sobre la unidad; la unidad constituye la belleza. (2)

La verdad, la bondad y la belleza son como tres hermanas que, cuando proceden de acuerdo y se auxilian mutuamente, contribuyen mucho al progreso humano y al lustre de las producciones del ingenio; pero, cuando luchan entre sí, producen desequilibrio en las facultades y causan grave detrimento á las labores de la inteligencia. Siempre que en el hombre hay acuerdo entre la cabeza y el corazón, todos sus actos son rectos y ordenados: de igual modo, las obras de arte son perfectas, siempre que se inspiran en la verdad y en la bondad, que son inseparables de la belleza. Cuando falta la verdad, no existe corres-

(1) Es cosa generalmente admitida, dice el Cardenal Zigliara, que así como es verdadero aquello cuyo conocimiento aquietta la inteligencia, y bueno aquello cuya posesión aquietta el apetito, también es hermoso todo lo que con su vista ó conocimiento causa en el alma cierta complacencia. (*Summa philosophica*).

(2) Csp. BOILESSVE, *Le beau*.

pondencia entre la facultad intelectual y la cosa que investiga; cuando falta la bondad, carece la obra de arte de un requisito indispensable para satisfacer los deseos de la voluntad y moralizar al hombre; cuando no hay belleza, tampoco puede el alma gozar con la vista ó conocimiento de un objeto.

Para conocer más claramente las relaciones que hay entre la verdad, la bondad y la belleza, es necesario definir á esta última é indicar en qué se diferencia de la bondad.

3. Definición de la belleza dada por San Agustín y Santo Tomás de Aquino.—No se ha dado aún una definición de la belleza que á todos satisfaga; y en este punto como en otros del saber humano (de suyo deficiente), por los efectos y resultados, adquirimos nociones y venimos en conocimiento de la cosa ó materia de que se trata. Sin duda por este motivo se han emitido desde la antigüedad diversas teorías sobre la belleza y se la ha definido de varios modos; lo que comprueba, además, su importancia é influjo en la cultura del espíritu.

Por ser tan controvertido el verdadero concepto de la belleza, me atengo á la doctrina de San Agustín y de Santo Tomás, generalmente admitida por cuantos profesan nociones sanas y exactas en esta delicada materia. El primero define la belleza: *el esplendor del orden. Pulchritudo est splendor ordinis*. «Unidad, variedad, conveniencia, proporción, simetría, poder y armonía: todo esto entra en el misterio de la belleza, que busca el artista; pero todo se resume y se compendia en esta palabra sublime: *el orden*: nó el orden abs-

tracto, vacío y muerto, sino el orden vivo, en acción, radiante," como dice el P. Félix,... "esto es la verdad brillando, la armonía dejando oír sus ecos, el bien ostentándose, la vida dilatándose poderosa y ordenada, la unidad irradiándose en medio de la diversidad. La verdad, la variedad y el poder que resplandecen en medio del orden, y le dan el esplendor de la unidad, *omnis pulchritudinis ratio unitas*, según las palabras del mismo Santo: esto es lo que en todos los grados de la jerarquía de los seres nos da el sentido de la belleza, lo que excita la admiración y aviva el entusiasmo por ella." (1). Para comprender mejor la definición de San Agustín, téngase presente que, de acuerdo con Aristóteles, incluye él, como luego se verá, en el concepto de lo bello la idea de *grandeza*, que es una forma de la *potencia*, opinión adoptada por Léveque, el famoso teórico moderno de la belleza, quien dice que las ideas de grandeza y orden, con la de potencia, son esenciales en lo bello.

En efecto, hay casos en que puede haber orden y esplendor, y sin embargo no existir belleza, como pasa con un almacén de provisiones en que todo está debidamente colocado. Por el contrario, si contemplamos esas enormes rocas de basalto ennegrecido, amontonadas unas sobre otras, no descubrimos en ellas orden alguno; y con todo el artista lleno de estupor y de admiración, se detiene á verlas. El sentimiento estético ha vibrado en su alma hasta la sublimidad; porque ha sentido la *potencia* de las fuerzas naturales, ó mejor dicho,

(1) *Del objeto y naturaleza del arte.*

las huellas de la mano poderosa de Dios que ha lanzado por los aires esas masas en ignición y las ha solidificado como un monumento de su fuerza. La fuerza aprehendida y apreciada por la inteligencia: he ahí el único elemento de lo bello. (1)

Algunos definen la belleza: *el esplendor de la verdad*; definición incompleta, porque, si es exacto que donde hay belleza hay verdad, lo contrario no lo es siempre; pues las verdades abstractas no producen en el alma la emoción estética (que es inseparable de la belleza), sino cuando se sensibilizan de algún modo, sea en realidad, sea en nuestra imaginación. Además, el error es lo contrario de la verdad, y nó la fealdad, que es lo contrario del esplendor.

Santo Tomás afirma que lo bello se refiere á la facultad intelectual, porque se dicen bellas todas las cosas que agradan á la vista (tomada esta palabra en toda su extensión, esto es, natural y metafóricamente hablando). Y define en seguida la belleza, diciendo que consiste en cierta debida proporción; por cuanto el sentido se deleita en las cosas debidamente proporcionadas, como semejantes á él mismo; porque el sentido es también cierta manera de razón en donde brilla la virtud cognoscitiva. Y, como el conocimiento se adquiere por asimilación, y esta se refiere principalmente á la forma, resulta de aquí que lo hermoso pertenece á la razón de causa formal. (1 Q. 5 a 4 ad. 1.)

En la cuestión 145 (de la 2.^a 2.^{da} a 2), dice, citando á S. Dionisio, que á la naturaleza de lo

(1) Cf. BELANGER. *Un guide au pays du beau*.

bello y de lo hermoso convienen la claridad y la debida proporción; y así Dios es bello como causa de la armonía y del esplendor de todos los seres. La belleza del cuerpo consiste en que el hombre tenga sus miembros bien proporcionados con cierta claridad de color debido, y la belleza espiritual consiste en que la conversación del hombre ó su acción sea bien proporcionada, conforme á la claridad espiritual de la razón.

Para la belleza se requieren tres cosas: la integridad ó perfección, puesto que lo incompleto es por lo mismo deforme; la debida proporción ó correspondencia; y, por último, la claridad, pues las cosas que tienen un color brillante son reputadas como bellas (1.^a Q. 39 a. 8) La belleza consiste en cierta claridad y debida proporción; pero ambas cosas se encuentran radicalmente en la razón, á la cual pertenece la luz manifestante y el ordenar en las otras cosas la proporción debida. Por eso en la vida contemplativa, que consiste en un acto de razón, hállase *per se* y esencialmente la belleza...; mientras que en las virtudes morales se encuentra la belleza participativamente, esto es, en cuanto participan del orden de la razón, y principalmente en la templanza que reprime la concupiscencia, oscurecedora de la lumbré de la razón. (2.^a 2.^{da} Q. 180 a. 2 ad. 3.)

Veamos ahora la manera con que la belleza es percibida por nosotros. Como lo explica Bélanger, para la recepción de aquélla en nuestra alma, intervienen varias facultades. En primer lugar la vista y el oído, que son los dos *sentidos cognoscitivos* que tenemos y como nobles vigías que observan el mundo para servicio nuestro; pero ellos

no perciben sino la *corteza* de lo bello, su elemento material y grosero: la sensación. Si la belleza es el esplendor del orden (ó de la potencia), su apreciación corresponde á la facultad que juzga del orden, de la potencia, del esplendor. Viene en seguida la imaginación que se apodera de la sensación, la afina, la idealiza y la presenta á la fuerza activa del espíritu; porque sólo á éste, es decir, al entendimiento, corresponde, como dice Bossuet, juzgar de la belleza, esto es, juzgar del orden, de la proporción, de la armonía de las cosas.

En cuanto á la voluntad, como es eminentemente práctica, busca el bien, y sólo él es capaz de moverla ó contentarla; por lo que su actitud en presencia de lo bello es desinteresada. La inteligencia se embriaga, se complace y siente feliz ante la belleza; la voluntad se muestra satisfecha del goce que aquélla experimenta; y hé aquí por qué el amor estético, como observa Lacouture, es el más puro de los amores; la voluntad y el corazón se unen con la inteligencia para hacer de este amor un verdadero culto, lleno de admiración y de reserva. (1)

4. Diferencia que hay entre la bondad y la belleza. El hombre busca el *bien* como término ó, mejor dicho, fin de sus actos, y mediante su *posesión* se aquieta el apetito. Igualmente le atrae la belleza que produce en el alma una sensación grata, causada por el aspecto de los objetos hermosos. La belleza es percibida por los sentidos propiamente cognoscitivos, que

(1) Cf. Obra citada y LACOUTURE, *Esthétique fondamentale*.

son la vista y el oído. La belleza y la bondad son la misma cosa en el sujeto; pero difieren, según el lenguaje de la escuela, en que lo bello tiene razón de causa formal, y lo bueno razón de causa final.

Para comprender mejor la doctrina relativa á esta cuestión, transcribiré lo que Santo Tomás dice al respecto. Al tratar de si lo *honesto* es lo mismo que lo *hermoso*, afirma: que lo que mueve el apetito es el bien aprehendido, pero que también la hermosura que aparece en el mismo acto de la aprehensión, se toma en concepto de bien y de cosa conveniente; y por eso enseña San Dionisio que para nosotros es tan admirable lo hermoso como lo bueno, resultando de aquí que la misma honestidad, en cuanto tiene espiritual hermosura, se hace apetecible, y que lo honesto no es cosa distinta de esta hermosura. (2.^a 2.^{da} Q. 145 a. 2 ad. 1.)

Lo hermoso y lo bueno son la misma cosa en el sujeto, porque se fundan sobre la misma base, es decir, sobre la forma, y por eso lo bueno es alabado como hermoso; pero difieren racionalmente. El bien, propiamente hablando, dice relación al apetito, siendo el bien el que todos apetecen, y por eso tiene razón de fin, porque el apetito es el movimiento hacia la cosa. Lo hermoso, por el contrario, se refiere á la facultad cognoscitiva, y así llamamos cosas hermosas las que bastan á agradar. (1. Q. 5 a. 4 ad. 1.)

En otro lugar de la *Suma*, para probar que el bien es la única causa del amor, enseña como en la cuestión precedente, que lo hermoso se diferencia *racionalmente* de lo bueno, por ser propio de la

naturaleza del bien el que sólo en su *posesión* se aquiete el apetito. Por el contrario, á la razón de lo hermoso pertenece el que en su *aspecto* ó conocimiento se aquiete el apetito. Los sentidos que principalmente dicen relación á la hermosura, son los que propiamente se llaman cognoscitivos, es decir, la vista y el oído, los cuales más inmediatamente dependen de la razón. Así llamamos hermosas á las cosas visibles, y hermosos también á los sonidos. Pero en las sensaciones de los otros sentidos no usamos del nombre de hermosura, y no llamamos bellos ni á los sabores ni á los olores. De esto resulta claro que la belleza añade á la bondad algún carácter perteneciente á la facultad cognoscitiva, debiendo llamarse *bien* lo que simplemente agrada al apetito, y *hermoso* aquello cuya mera apprehensión ó percepción agrada. (1.^a 2.^{da} Q. 27 a. 1 ad. 3).

5. Resumen de la doctrina de San Agustín y de Santo Tomás acerca de la belleza: teoría del último sobre el arte. La verdad, la bondad y la belleza, según San Agustín, son tres aspectos de una misma cosa. La verdad es el ser en cuanto inteligible, y se refiere al entendimiento; la bondad es el ser en cuanto amable, y se refiere á la voluntad y á la sensibilidad; la belleza es el ser en cuanto admirable, y se refiere á la inteligencia, á la voluntad y á la sensibilidad: la inteligencia lo conoce, y este conocimiento agrada á la voluntad y al corazón. (*Conf.* L. 4 c. 13).

La verdad es la realidad del ser, la bondad es la perfección del ser, la belleza es el esplendor del ser. Aristóteles ha señalado muy bien los

elementos constitutivos de lo bello, los caracteres intrínsecos ó condiciones que elevan las perfecciones de un ser hasta el esplendor. Según él, lo bello consiste en el orden y en la grandeza. (*Poética* C. 7). Por orden debe entenderse el orden real que á veces está latente; porque lo desordenado é incoherente nos choca y desagrada. El orden es la disposición armoniosa de cosas iguales y desiguales. (*De Civit. Dei*. L. 19, c. XIII, n. 1). Tres son, por tanto, los elementos esenciales del orden, la unidad, la variedad y la proporción. La unidad es el alma de la belleza, *omnis pulchritudinis forma unitas* (*Epist.* 18 ad. Cexlest, n.º 2); sin ella hay sólo reunión ó amalgama de cosas ó partes inconexas y mal encadenadas que producen fastidio y dejan la impresión de la fealdad. Pero sin la variedad degenera la unidad en intolerable uniformidad. Nada más fastidioso que la repetición de la misma nota, que el empleo de un color único en un cuadro, que un discurso pronunciado en un solo tono de voz. La proporción se impone de suyo. Si un hombre tiene los brazos desiguales y la nariz muy prominente; si un discurso tiene un exordio interminable y un cuerpo de pruebas muy pequeño, ¿serán bellos ese hombre y ese discurso? (*De vera religione*, c. 32, n.º 59.)

La grandeza consiste en el poder, la plenitud y la amplitud, según la diversidad de los sujetos en que brilla la belleza. La grandeza exige, desde luego, la integridad; por lo que, para que un ser sea bello, debe tener todas sus partes ó miembros completos; y por esto el que carece de un ojo, ó de una pierna, es feo; mas con esto solo, la inte-

gridad sería insuficiente: es preciso, además, que todos los elementos del ser hayan llegado á su pleno desarrollo, y se acerquen insensiblemente á la perfección ideal del género físico, intelectual ó moral á que él pertenece. También en este caso hay que consultar la experiencia; pues indudablemente nos parecen feas las cosas que están muy por debajo de la perfección media de que su especie es susceptible; las que obtienen el grado medio ó se conservan más ó menos en él, nos parecen insignificantes; aquéllas, en fin, que se elevan notablemente sobre el nivel común, las juzgamos bellas. (*De Gen. Contra Manich.* L. I c. 21 n. 32).

La belleza no consiste en lo *agradable*, ó sea en el halago que experimentan los sentidos; pues es sabido que el sentimiento de lo bello no se confunde de ningún modo con la sensación agradable que perciben la vista y el oído, que son los sentidos artísticos. Por ejemplo, cuando un citarista consumado ejecuta un trozo magnífico en un instrumento miserable, se experimenta una emoción estética llena de encanto y una sensación penosa del oído. El que mira el sol en pleno día, sufre una sensación dolorosa; pero el placer estético es delicioso. Así que, mientras todos los sentidos pueden proporcionarnos sensaciones agradables, la vista y el oído tienen el privilegio de excitar, con la sensación agradable, la idea de la belleza, que provoca á su vez el sentimiento estético. Tampoco la *utilidad* es un elemento necesario de la belleza, si bien puede acompañarle; porque hay objetos que son útiles, como una

marmita, y no son bellos. Igualmente de nada sirven para la vida práctica una estatua ó pintura bellas. (1)

«La doctrina de Santo Tomás acerca de la belleza, se resume en tres conclusiones únicas», dice Menéndez y Pelayo. «Primera: diferencia racional entre el bien y la hermosura, en cuanto la una se refiere principalmente á la facultad apetitiva, y el otro á la cognoscitiva; el primero á la voluntad, la segunda al entendimiento. Segunda: el bien es causa final, lo hermoso causa formal. Tercera: la belleza consiste en cierta claridad y debida proporción.

Veamos ahora su teoría acerca del arte.

El arte, según la doctrina del santo Doctor, no es más que una *razón recta de hacer alguna obra*, y el bien de esta obra no consiste en que sea afectado de cierto modo el apetito humano, sino en que la obra hecha por arte sea en sí misma buena... Cuando alguno que posee un arte, en ejercicio de él, hace una obra mala, esto no es obra de arte, sino más bien contra el arte; así como cuando alguien, sabiendo la verdad, miente, lo que dice no es según la ciencia, sino contra la ciencia. El arte, lo mismo que la ciencia, se refiere siempre al bien, y por eso se le llama virtud. Pero en una cosa difiere de la perfecta razón de virtud, en cuanto él mismo no hace el buen uso, sino que para hacer esto, se requiere alguna otra

(1) La doctrina anterior ha sido tomada del estudio *De la belleza según San Agustín*, publicado por el P. SORTAIS S. J.—Cf. S. AGUST. *De Gen. contra Manich.* L. I. c. 21. *Solit.* L. v. c. 13. *De ordine* L. II c. 11.)

cosa más, aunque tampoco puede haber buen uso sin arte. Este buen uso corresponde á la virtud de la prudencia.

El arte, dice en otro lugar el mismo Santo, es la recta razón de las cosas factibles, y la prudencia es la recta razón de los actos morales. El bien del arte se ha de considerar, nó en el mismo artífice, sino más bien en su obra. Por eso no se requiere para el arte que el artífice obre bien, sino que haga una obra buena.» (1)

6 La belleza es objetiva: qué se entiende por expresión.—La belleza es *objetiva*, esto es, reside en los seres debidamente proporcionados ú ordenados, los que tienen aptitud para producir agrado y contentamiento, ó mejor dicho, emoción estética en quien los contempla; pero sólo mediante la *expresión*, puede producirse aquélla en nuestra alma. La expresión, según Gaborit, es «la revelación ó manifestación de lo invisible, de una idea, de un sentimiento por medio de algo sensible, de formas, de movimientos, de sonidos.» (2) Con todo, la percepción y fruición de la belleza, dependen también de las condiciones intelectuales y morales en que se halla el que contempla el objeto bello y de la manera con que emplea sus facultades. Así como un paladar estragado encuentra insípidas y desagradables las mejores viandas, así un hombre cuyo entendimiento está oscurecido por el error y cuyo corazón se halla pervertido por el mal, tendrá por bellos ciertos objetos que no lo son, y al contrario. Por

(1) Cf. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Ideas estéticas en España*

(2) *Le beau dans la nature et dans les arts.*

lo cual se echa de ver que la belleza es inseparable de la verdad y el bien, sin los que no puede existir aquélla en la maravillosa síntesis del universo. El error y el vicio, lejos de ser bellos, oponen un obstáculo invencible á la percepción de la belleza, por cuanto son la negación de lo bueno y lo verdadero.

7. Diversos grados y órdenes en la belleza.—Así como hay en el universo seres superiores é inferiores, conforme al orden y jerarquía á que pertenecen, también hay varios grados y como escalones en la belleza, según que los objetos en que ésta existe participan más ó menos de la perfección del Soberano Ser. Sobre la belleza física y corporal, están la belleza moral y espiritual: nadie negará, en efecto, que una acción noble, que un acto heroico de virtud son más encantadores y atractivos que una fisonomía hermosa y un panorama bello. Dos clases de objetos pueden, pues, inspirar al genio artístico: los corpóreos y los espirituales, el mundo visible y el invisible; pero, así como el alma es superior á la materia, así en las producciones del arte, son más bellas las que tienen cierto sello de espiritualidad que las que se limitan á copiar la belleza sensible.

El hombre, en el estado actual, percibe ante todo la belleza sensible, porque las cosas exteriores impresionan directamente sus sentidos y le encantan; pero no por esto se ha de negar la existencia de la belleza moral, que es más excelente que aquélla, si bien para gozar de esta última es preciso que le *preste en cierto modo su forma* la belleza sensible, sin la cual quedaría para nosotros invisible. Además, la belleza mate-

rial estimula al hombre á darse cuenta de la armonía de las cosas exteriores, de su utilidad y fin con lo que llega en último análisis á obrar sobre la inteligencia. «El entendimiento, unido en esta vida á un cuerpo pasible, no puede entender nada en acto sin recurrir á las imágenes sensibles, enseña Santo Tomás; de modo que no le es dado conocer completa y verdaderamente la naturaleza de cualquiera cosa material, sino conociéndola como existente en particular. Pero lo particular lo aprehendemos por los sentidos y la imaginación: de consiguiente, para que el entendimiento comprenda su objeto propio, es necesario que acuda á las imágenes sensibles y considere la naturaleza universal como existente en un objeto particular. (1) Los seres inmateriales no pueden, por tanto, sernos conocidos sino cuando se nos presentan bajo formas en alguna manera sensible; pues por medio de las cosas materiales alcanzamos algún conocimiento de las inmateriales, y por la naturaleza de las cosas visibles se eleva el hombre á cierto conocimiento de las invisibles. (2)

«Aun el alma humana, esta llama inmateral que los ojos del cuerpo no pueden contemplar, nos es conocida con más claridad», dice el abate Gaborit, «por las palabras, por el gesto, las acciones y la fisonomía...; y no gozamos de la hermosura misma de Dios, ni admiramos su acción, sino cuando le damos, por decirlo así, *un cuerpo* y una fisonomía, y le vemos con las formas según las cuales se manifestó á los hombres, ó de que se

(1) 1. Q. 84 a. 7.

(2) I. Q. 85 a. 1.

sirven las artes para representarlo, ó que le prestamos en nuestra imaginación.» (1)

Hay tres órdenes de belleza, que forman otros tantos grados de ella, á saber: la belleza física, la intelectual y la moral. «La primera», dice un notable escritor, «resulta de las propiedades de la materia, de las relaciones de dimensión, de forma, de color, de posición, y movimientos; la segunda, más severa pero no menos real, procede de las leyes universales que rigen los cuerpos, de las que gobiernan la inteligencia, de los grandes principios que contienen y engendran amplias deducciones, del genio que crea en el artista, en el poeta y en el filósofo. La belleza moral, en fin, nace de la libertad, de la virtud, de la abnegación, y sobrepaja con mucho á los otros dos órdenes de belleza.

«Estos tres órdenes de belleza se resuelven en una sola y única belleza, la belleza moral, entendiéndose por ésta toda belleza espiritual. La belleza física sirve de envoltura á la belleza intelectual, y la belleza moral comprende dos elementos distintos: la justicia y la caridad.

«Dios es el principio de los tres órdenes de belleza; porque, siendo el principio de todas las cosas, debe ser el tipo de la belleza perfecta y, por consiguiente, de toda belleza física, intelectual y moral. Sólo el que vive esclavo de los sentidos y de las apariencias no descubre, al través de las formas y los colores, las combinaciones armoniosas que revelan, al través de la hermosura de

(1) *Le beau dans la nature et dans les arts.*

este mundo visible, al ordenador, al geómetra, al Artista Supremo." (1)

Así como existe un bien absoluto y otro relativo, también hay belleza absoluta y belleza relativa. En efecto, como vamos á verlo, Dios es la fuente de toda belleza, y sus elementos constitutivos se encuentran en Él; y, como Dios es inmutable, lo son igualmente los primeros principios de lo bello, que se fundan en la unidad, el orden, la armonía, las proporciones, etc. Tal es la belleza esencial, ó mejor dicho, natural, que distinguimos en los seres, belleza absoluta, según dice André, independiente de nuestros gustos y opiniones, y que percibimos con nuestros sentidos y está al alcance de ellos.

La belleza relativa, que el autor citado llama también *arbitraria* y artificial, si bien se funda en las leyes esenciales de lo bello, depende en gran parte de la educación, de las inclinaciones, costumbres y grado de adelanto de cada uno, y hasta del influjo de la moda y de las preocupaciones dominantes en la época. (2)

8 Dios es la fuente y el origen de toda belleza.—Dios es la causa primera, eficiente y final de todas las cosas, y, además, causa ejemplar suprema de las mismas, en cuanto que en Él residen los eternos tipos de perfección y belleza con que fueron selladas sus obras cuando libremente salieron de sus divinas manos. (3)

(1) JOUVE. *Le beau idéal dans l'ordre naturel*. — *Dictionnaire d'esthét. chret.* Cf. LACOUTURE. — *Esthétique fondamentale*.

(2) Cf. *Essai sur le beau*.

(3) Cf. CANO. *Las leyes de la belleza*.

En Dios existen en grado eminente todas las perfecciones esparcidas en los seres del universo; por lo que Él es origen y fuente perenne de toda belleza, y la hermosura de las criaturas es sólo una participación y manifestación de la de Dios. (1)

«El ha creado los seres para comunicarles su bondad, su perfección y, al mismo tiempo, para expresarla y representarla en ellos», dice Cano. «Pero, como una sola criatura no podría convenientemente representar la perfección infinita, ha producido criaturas numerosas y diversas, á fin de que lo que falta á una de ellas para esta representación, pudiera ser suplido por otra; porque la perfección que en Dios es simple y uniforme, se encuentra multiplicada y dividida en las criaturas... En las variadísimas hojas del libro de la creación quedaron estampadas las huellas de aquel Ser, Verdad suma, Bondad sin límite, Perfección absoluta é inagotable, Sol de esencial, inextinguible y eterna belleza, cuyos rayos se han difundido y comunicado á todas sus obras, así á las que caen bajo el sentido y conocimiento humano, como á otras innumerables y aún muy superiores, que nos están ocultas, por exceder á nuestras facultades.» (2)

El arte, para cumplir su misión y alcanzar la perfección posible, debe ante todo inspirarse en Dios, que es la belleza substancial, realísima é in-

(1) *Pulchritudo creaturae nihil est quam similitudo divinae pulchritudinis in rebus participatae...* Omnia enim facta sunt ut divinam pulchritudinem qualitercumque imitentur. STO. TOMÁS, Opusc. De Pulchro.

(2) Obra citada.

finita, que, así como encierra toda la plenitud del ser, encierra también toda la plenitud de la belleza. Dar á conocer en lo posible los atributos divinos; expresar por medio del cincel, del color, del sonido, la hermosura del Supremo Hacedor, enaltecer sus obras, contribuir á que sea amado por los hombres; ser un lazo de unión entre el cielo y la tierra: he aquí en lo que preferentemente debe ocuparse el arte y lo que ha de constituir la fuente principal de su inspiración. Porque, si el arte es la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada; y si Dios, como dijo San Agustín, es hermosura siempre antigua y siempre nueva; si en Él están eminentemente contenidas toda la verdad, bondad y belleza que admiramos en el mundo visible é invisible; si es el único ser inmutable, y si la belleza creada está en cosas que perecen y se mudan, es claro que el artista ha de mirar á Dios como á foco y centro de todo lo grande y de todo lo bello, procurando remontarse de grado en grado, en cuanto lo permiten sus limitadas facultades, á la contemplación de las perfecciones divinas, á fin de manifestarlas en alguna manera en las creaciones artísticas. (1)

«La belleza tiene en solo Dios su origen y pleno esplendor», dice Mgr. Dupanloup, «y las cosas bellas de la naturaleza lo son porque Dios ha difundido en ellas un rayo de su hermosura; por lo que en último análisis Él es el objeto adecuado del arte... Á Dios, al Dios vivo que ha

(1) *Omne pulchrum a summa pulchritudine est, quod Deus est; temporalis autem pulchritudo, rebus decedentibus succedentibusque peragitur.* Lib. 1.º quaest. 44.

puesto su sello y sus luminosos vestigios en la naturaleza; al Dios que la naturaleza revela al alma y al corazón, á ese Dios debe revelar también el arte. El misticismo panteísta es falso; el arte que engendra es falso y enfermizo.» (1) Por esto el arte, como afirma Mr. Cousin, es esencialmente religioso, y sin faltar á sus propias leyes, á su genio, no debe expresar en sus obras sino la belleza eterna. El mismo espíritu de Dios, dice á su vez Fenelón, ha consagrado el arte; y he aquí por qué debe elevarse hacia el Ser Supremo, rendirle homenaje y servir al hombre de punto de apoyo para subir al cielo dejando las tristes y groseras realidades de la tierra.

«Toda obra de arte, cualquiera que sea su forma, pequeña ó grande, figurada, cantada ó hablada, verdaderamente bella ó sublime, lanza el alma á fantasías gratas ó severas que elevan hacia lo infinito», dice el ya citado obispo de Orleans. «Lo infinito es el término común á que el alma sube en alas de la imaginación y de la razón, por el camino de lo sublime y de lo bello, como por el de la verdad y el bien. La emoción que produce la belleza vuelve el alma hacia este lado, y esta emoción benéfica procura el arte á la humanidad... El arte es una gran cosa, y debe tratársele con respeto, con una especie de culto y con toda la seriedad que conviene á un culto. Yo lo veo resplandecer por encima de las pasiones, de los viles intereses, de los placeres sensuales y aun de esta razón estrecha y fría y, puede decirse también, tan llena de hastío, que constituye

(1) *Cartas sobre educación.*

el fondo y como el aspecto general de la vida vulgar. Lo veo llevando á los hombres á una región más alta en que se respira un aire más puro, donde, si puedo expresarme así, viene á ser uno *más alma*, es decir donde se desenvuelve más fácilmente en nosotros esa existencia inmaterial, siempre en lucha aquí abajo con la vida material y grosera, y cuya perfección no se encuentra sino en el seno mismo de Dios. Las artes me parecen análogas á esas cumbres resplandecientes, en las que, como dice S. Bernardo, parece Dios más familiar; que no son todavía el cielo, pero que elevan nuestras miradas por encima de la tierra hácia la esfera de las cosas celestiales y eternas. No se exagera, pues, nada cuando se dice que el arte es de origen divino.» (1)

9. Naturaleza y constitutivos de la belleza: seres en que ésta brilla principalmente — Siendo Dios la fuente y origen de toda belleza, hemos de buscar en Él los elementos constitutivos de lo bello. Ahora bien, Dios es Verdad suma y Bondad por esencia, cualidades que resplandecen también en los seres creados, pero con la limitación propia de su naturaleza finita. «En la jerarquía de las perfecciones inherentes á las obras divinas, ocupan el primer lugar la verdad que se refiere á la esencia intrínseca del ser, según las partes ó dotes con que Dios quiso disponer su naturaleza propia, y la bondad que toca más inmediatamente á la finalidad del mismo, ó á la conveniencia de sus medios naturales para el fin de su existencia, con cuya idea se acompaña la

(1) Obra citada.

apetibilidad del ser para la consecución de un fin. Por eso, entre las cualidades trascendentales, que son partes esenciales, primitivas y genuinas de belleza, propias de toda esencia realizada, extensivas á todos los órdenes y que forman el primer *substratum* de las cosas bellas, hállanse la verdad y la bondad.

«No puede ser más cercano el parentesco que con la belleza, en su más remota simplicidad, tienen la verdad y la bondad, estas dos hermanas gemelas que se exteriorizaron y mostraron al mundo en el primer día de los tiempos con el acto creador del Supremo Artífice, quien, al complacerse en las obras que había hecho, las calificó de *muy buenas*, certificando así á la vez de su verdad y bondad, y por ende también de su belleza...

«Resulta de lo anterior: 1.º que las supremas normas y condiciones constantes, *sine quibus non* de toda belleza, son las perfecciones cardinales y primordiales del ser — la verdad y la bondad — relacionadas cada una con nuestras respectivas facultades superiores; y 2.º que la nota específica, peculiar de la belleza, estricta y propiamente dicha, es el esplendor de dichas perfecciones en que se complace nuestra naturaleza racional y se interesa nuestro sentimiento.» (1)

Dios se definió á sí mismo: *Yo soy el que soy*. (Exod. III, 14). Ser simplicísimo, fuente eterna de cuantas perfecciones vemos diseminadas en los seres, y aun de otros incomparablemente superiores; Ser que existe por sí mismo sin que nadie

(1) CANO. *Las leyes de la belleza*.

pueda igualarle, la unidad es condición esencial de su ser, y ella lo es también de la belleza y de toda obra artística.

También descubrimos en Dios otra cualidad, que lo es igualmente de la belleza: la variedad en la unidad. Dios es uno en esencia, pero trino en personas; es una substancia única, indivisible é inmutable, pero de asombrosa fecundidad y actividad. «En efecto», como lo dice un autor, «Dios se conoce necesariamente á Sí mismo, y el término de este conocimiento es el Verbo ó el Hijo, imagen perfecta suya y esplendor de su substancia; mas, como no puede conocerse sin amarse, el amor mutuo y eterno que une al Padre con el Hijo, produce al Espíritu Santo, término igualmente eterno y divino de este amor... Así se revela y opera en el seno de Dios, por medio de la inteligencia y del amor divinos, este gran principio de toda belleza—la variedad en la unidad—Dios existe solo, inmutable: he aquí la unidad; Él se conoce y ama, lo que da origen á un número prodigioso, innumerable de operaciones de inteligencia y de amor: he aquí la variedad que nace de la unidad. Pero, al conocerse y amarse, permanece siempre el mismo, una substancia única: he aquí la variedad vuelta á la unidad». (1)

Como las criaturas visibles manifiestan la hermosura de Dios, encontramos realizadas en ellas las dos leyes antes mencionadas, leyes que deben observarse en toda obra artística. El mundo es á modo de espejo que refleja el poder, la hermosura y demás perfecciones divinas, y todo en él ha-

(1) MIGNE. *Dictionnaire d'esthétique chrétienne*.

bla á los sentidos, al espíritu y al corazón. En los seres del universo encontramos, en efecto, la verdad, la bondad, el orden, la unidad, la armonía, las proporciones, el feliz efecto de los contrastes, condiciones esenciales de la belleza y leyes inmutables de la misma; por lo cual el artista debe en sus obras cumplir estas leyes y reunir esas condiciones, so pena de que, al violarlas, sean sus obras feas y detestables. El artista, en una palabra, se ha de someter á lo establecido por Dios, y en la medida de la debilidad humana, ha de obrar teniendo siempre á la vista la sabiduría y grandeza divinas, y procurando expresarlas é imitarlas.

En el hombre, sobre todo, se realizan las dos condiciones esenciales de lo bello: la unidad y la variedad en la unidad. Efectivamente, aunque compuesto de alma y cuerpo, los dos forman una sola persona. Su alma se halla dotada de inteligencia, con que se conoce á sí mismo y á los demás, y de voluntad para amar lo bueno; y estas dos facultades distintas é inseparables, son de su esencia; de modo que el alma no podría existir sin conocerse, ni conocerse sin amarse. Y, sin embargo, el alma es una substancia única é indivisible, y cuanto puede ser objeto de su actividad, como el trabajo, la ciencia, el arte, la virtud misma entran en el dominio de la inteligencia y del amor. (1)

10. El simbolismo en el arte —La limitación de las facultades humanas y la consiguiente dificultad de adquirir nociones adecuadas de las ver-

(1) Cf. *Dictionn. de esthétiqué.* — *Le beau idéal dan l'ordre naturel.*

dades abstractas y sobre todo de los seres del mundo sobrenatural, obligan al hombre á emplear signos y figuras que representen de algún modo dichos seres y nos expliquen sus cualidades. El Antiguo y Nuevo Testamento están llenos de figuras y parábolas relativas á Dios y á su doctrina; y Nuestro Señor mismo acudió á símbolos é hizo uso de frecuentes parábolas para ponerse al alcance de la muchedumbre y hacerle comprender mejor la altísima y celestial enseñanza que traía al mundo. Aun en el orden de las cosas humanas acudimos con frecuencia á este medio para expresar el dolor, la alegría, la tristeza, la amistad y otros afectos del alma; así también nos servimos de él para representar la muerte, la eternidad, la gloria, el heroísmo, la caridad, la esperanza y otras entidades abstractas y sobrenaturales.

«Si el simbolismo», dice Ozanam, «es una ley de la naturaleza y una ley del espíritu humano, es claro que tiene íntimas relaciones con el arte; y si las religiones son necesariamente simbólicas, vienen á ser ellas el principio y la cuna de las artes... Lo que no es extraño; porque, si el hombre en todo necesita de signos que, precisamente por ser materiales, quedan siempre inferiores á su pensamiento, con mayor razón debe acontecer lo mismo cuando se propone hablar de Dios, de las cosas invisibles, de todas esas concepciones infinitas que la inteligencia entiende apenas, que vislumbra por un momento y pasan como relámpagos que querría mirar, pero que desaparecen antes que pueda comparar su expresión imperfecta con la idea misma que ha deseado manifes-

tar... Sin embargo, á pesar de esta impotencia el ideal que el hombre persigue se deja entrever con cierta especie de transparencia, y puede expresarlo y darlo á comprender valiéndose de la poesía, de la pintura, de la escultura ó de otros medios que están á su alcance, á fin de obrar sobre los sentidos y comunicar á la inteligencia de otro lo que su inteligencia ha concebido.» (1)

II. Misión del arte y vocación del artista.—La razón y la moral enseñan que el hombre en cada uno de sus actos ha de procurar el perfeccionamiento de sus facultades y la consecución del fin supremo á que ha sido destinado. La verdad es el objeto propio del entendimiento, y el bien el objeto también propio de la voluntad; y, como estas dos facultades son las principales en el hombre, se deduce que nuestra actividad debe tender á la consecución de la verdad y á la posesión del bien.

El arte, que constituye una de las principales manifestaciones de la actividad humana, se halla sometido á esta ley; y, por lo mismo, su misión es hacer brillar en sus obras la verdad, reproducirla, ensalzarla, difundirla; y al propio tiempo inspirarse en el bien, propagarlo, hacerlo amable y no apartarse de sus preceptos. Oigamos al P. Félix: «El ministerio del arte, su gran *misión social*, es perfeccionar la vida humana acercándola á su ideal, que es el mismo Dios. Elevar á los hombres atrayéndolos hacia las alturas; imprimir á la humanidad, por medio de un movimiento que viene de abajo, una dirección ascen-

(1) *L'art chrétien*.

dente y una marcha progresiva, tal es la sublime vocación y la misión verdaderamente regia del artista." (1)

Esto se deduce también de la naturaleza y objeto propio del arte; pues, según el mismo autor, concurren tres elementos en toda obra artística, á saber: la contemplación de la belleza, el amor y la expresión de la belleza ideal.

A diferencia del filósofo y del sabio, que buscan é investigan la verdad, el artista expresa y crea la belleza, por cuanto da nueva forma á las obras que produce, á semejanza de la idea que de ella se forma y bajo la inspiración del sentimiento que de ella tiene. Al decir que el artista *crea* la belleza, debe entenderse la palabra en un sentido lato; porque, como dice Santo Tomás, el arte no puede inducir una forma substancial sino por virtud de la naturaleza. Todas las formas artificiales son formas accidentales, y el arte no puede producir forma alguna substancial, mucho menos la materia. La operación del arte se funda sobre la de la naturaleza, y ésta sobre la creación (I, Q. 45 á 8) (2). "Sí, el artista es creador", exclama el P. Félix, á lo menos en cuanto es compatible la gloria de esta palabra con la debilidad del ser finito. . . . Sin embargo, un abismo insondable separa las creaciones de Dios de las creaciones del hombre. Dios crea, al tiempo mismo en los seres que realiza, la substancia y la forma: el hombre crea la forma accidental en las obras maestras que produce; si bien por una y otra

(1) *Del objeto del arte y vocación del artista.*

(2) Cf. MENÉNDEZ Y PELAYO. *Ideas estéticas.*

parte hay creación, es decir, manifestación de la belleza bajo una forma sensible, realizada por un poder creador. (1)

Si tan noble es la misión del arte y del artista, debe éste tener una *vocación* especial y hallarse adornado de disposiciones adecuadas, sobre todo del genio del arte, sin el cual sus concepciones serán vulgares, frías y rutinarias, y no podrán despertar en el alma la aspiración á lo infinito, elevándola de las bajas regiones de la materia á las muy altas del mundo moral. Por esto son muy pocos los verdaderos artistas, porque pocos pueden producir obras maestras, y pocos han recibido también la chispa del genio, con la cual, sin prescindir de la realidad, se espiritualizan, en cierto modo, y levantan el vuelo hacia lo ideal, todo con el intento de elevar los corazones, apasionarlos por lo grande, lo bello y lo divino y preservarlos de la plaga del sensualismo. «Expresar por medio de la energía del trabajo el ideal que los ojos no ven y que con todo el corazón ama, es, como si dijéramos, apoderarse de la materia, comprimirla en cierto modo con la mano, á impulsos de la inspiración del genio, para hacer que brote de ella la claridad del espíritu. Trabajar más y más por alejar del esplendor de la verdad las obscuridades de la mentira, de la armonía del bien el desconcierto del mal, y de la genuina fisonomía de lo bello las formas de lo feo, ¿no significa una generosa lucha contra la decadencia de la vida, un esfuerzo para elevarse á sí mismo y para elevar también á las generaciones que contemplan,

(1) Conferencia sobre *El objeto y naturaleza del arte*.

admiran y aplauden lo que realmente es bueno y hermoso? Tal es, á no dudarlo, la civilizadora y delicada labor á que se dedica el arte.» (1).

12. El ideal en el arte. — El ideal ocupa lugar preferente en el arte. En efecto, aun cuando éste se apoye en la naturaleza y se proponga reproducirla, debe también *interpretarla*; pues la imitación servil empequeñece el arte y limita su vasto campo de acción. Generalizar es idealizar, dice Gaborit: el ideal de un objeto es la idea de su tipo. «No hay duda», observa el P. Félix, «que la naturaleza puede y debe servir de modelo al artista, pero para ayudarle á buscar más allá de ella un ejemplar más perfecto é inmutable, ejemplar que se cierne por encima de toda belleza pasajera y movable: esto es lo que en el lenguaje artístico se llama el *ideal*.» (2)

Aun cuando el ideal inspira al artista y ejercita su numen creador, sus producciones, por hermosas y esmeradas que parezcan, siempre quedan inferiores al ideal, que es por esto el estímulo y al mismo tiempo el constante tormento del arte. Así como un observador, deseoso de contemplar más de cerca la bóveda celeste, sube á la cumbre de un monte; pero nota, á medida que asciende, que aquélla se aleja más y más de sus miradas, también el artista, mientras más se esfuerza en expresar en sus obras la realidad, vista á la luz del ideal que la transfigura, nota que éste se oculta y como que se aparta de su lado, sin dejar por eso de inspirarle. Esto depende, según el

(1) *Del objeto del arte y vocación del artista.*

(2) *Del objeto y naturaleza del arte.*

autor antes citado, de que «el ideal es la perfección superior á cuanto admiramos en la realidad; algo más bello que todo lo más bello que aquí encontramos; belleza celestial cuya revelación recibe el alma en su más íntimo santuario, y que el genio del arte contempla desde las más altas cumbres de su pensamiento, vuelto hacia lo infinito; el ideal que se revela á proporción del genio y que va alejándose y ofreciendo perspectivas tanto más profundas cuanto más se acercan á él con obras acabadas; el ideal, seducción eterna y eterno desencanto de las más nobles almas, que son tan impotentes para alcanzarlo como ardorosas para andar en pos de él» (1).

13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.—El arte tiene que ser eminentemente religioso, porque sólo la religión habla al artista de las cosas del cielo, de lo infinito, de lo sobrenatural; sólo ella presenta á su vista horizontes inconmensurables y le enseña la caridad, el sacrificio y otras virtudes nobilísimas, que impresionan gratamente su alma y le hacen gustar, en alguna manera, las dulces y puras fruiciones del orden sobrenatural. Por esto, en la antigüedad y mucho más durante la era cristiana, las obras artísticas más perfectas han sido inspiradas por las creencias religiosas. «El espíritu que eleva es el espíritu religioso, emanación del espíritu que Dios comunica al hombre para llevarlo al cielo», dice el P. Félix. «La religión presenta ante la mirada y las aspiraciones del artista, los amplios y radiantes hori-

(1) *Del objeto y naturaleza del arte.*

zontes de lo infinito y las perspectivas de lo invisible. Suprimid por un momento en el hombre de arte todo comercio con Dios, es decir toda religión, y al punto se interpone una barrera de tinieblas que le cierra todas las comunicaciones que le facilitaban el acceso al cielo: un espeso muro le oculta la gran luz de lo inmortal y lo infinito: el ideal desaparece, como el sol que se esconde detrás de una nube, y el artista queda solo, encerrado en los oscuros límites de la naturaleza y del tiempo, como un preso en su calabozo. Por esto, apostatar de la religión es apostatar del arte mismo» (1). «Si el arte debe elevar al hombre, el arte religioso lo eleva más directamente y conserva desde su origen un recuerdo más ardiente y sublime, un sello magnífico de las huellas luminosas que las tradiciones han depositado en el hombre. El arte religioso pinta á grandes rasgos y de un modo glorioso el invencible recuerdo y la invencible esperanza de la humanidad; vela junto á la cuna y al sepulcro de Jesucristo, y como San Juan vela sobre la mujer y sobre la Virgen inmaculada que parece confiada á la guarda de sus manos. El arte religioso debe entrar en este mundo por la puerta oriental: debe vivir de luz y llevar del Edén al valle de Josafat, á través de la vida humana, la gloria de Dios como un manto de púrpura» (2).

Tan benéfico es el influjo del espiritualismo cristiano en el arte, que del protestantismo, que es como rama seca desprendida de la verdadera

(1) *El hombre y el artista.*

(2) ERNESTO HELLO. *L'homme.*

Iglesia, dice Menéndez y Pelayo, que, "con el principio del libre examen, derribó el arte de la serena altura del ideal religioso para reducirle á presentar obras donde el ideal se ha refugiado en los efectos del claro obscuro. En literatura... basta decir que Ginebra rechazaba todavía en el siglo pasado el teatro, y que ni Ariosto, ni Tasso, ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, ni Cármoens, fueron protestantes, y que hasta es muy dudoso que Shakespeare lo fuera" (1).

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO

El arte y el cristianismo

1. El arte cristiano y el arte pagano.—2. Superioridad del primero sobre el segundo.—3. Influjo benéfico del cristianismo en el arte.—4. Jesucristo centro perenne del arte.—5. Belleza del hombre, de la virtud y de la santidad: influjo de ésta sobre el cuerpo.—6. La belleza sensible es peligrosa á veces al hombre, en su estado actual.—7. El arte debe acercarnos á Dios.—8. Causas de la decadencia artística.—9. Teoría absurda de la escuela realista y males que causa.—10. Sólo el cristianismo puede restaurar el arte.

1. El arte cristiano y el arte pagano.— Dios, el hombre y la naturaleza forman el campo vastísimo en que el artista puede ejercitar su actividad; pero, como antes se ha dicho, el ideal es el mó-

(1) *Los Heterodoxos españoles.*

vil de las obras de arte, móvil que excita y fatiga las dotes del artista, quien jamás puede en sus creaciones llegar al término de sus ensueños y aspiraciones.

Ahora bien, el ideal del arte, noble y fecundo, se halla en el cristianismo; porque sólo él comunica á las obras cierto sello sobrenatural y divino, á diferencia del ideal pagano que de ordinario se limitó á expresar la belleza sensible y muchas veces las miserias y pasiones humanas. Aun cuando no nos sea dado comprender á Dios, puede el artista, con la luz de la fe, vislumbrar sus perfecciones y trasladar, de algún modo, al lienzo y á la piedra la hermosura inefable de los atributos divinos. Con razón se ha dicho que el arte pagano es el triunfo de la forma, y el arte cristiano el triunfo de la expresión y de la idea. Basta citar, en prueba de esto, los cuadros de la Transfiguración, del Juicio Final, del Descendimiento, de la Comunión de San Jerónimo, muy superiores á las obras de Fidias y Praxiteles. "En el arte cristiano," dice Mgr. Dupanloup, "tenemos tesoros incomparables, todo un mundo de obras maestras, de admirables creaciones, templos espléndidos completamente llenos de la Divinidad. El espíritu cristiano, pasando por el arte, lo elevó á un ideal lleno de belleza y castidad, le dió concepciones infinitas, tipos radiantes é inspiraciones divinas, y, después de ennoblecerlo de este modo, no renunció á unir en justa proporción la idea y la forma" (1).

2. Superioridad del arte cristiano sobre el

(1) Cartas sobre *Educación intelectual*.

pagano.—Es innegable que el arte se elevó á grande altura en el paganismo, sobre todo en Grecia y Roma, que fueron el centro de la cultura del mundo antiguo. Estos dos pueblos, dotados de un sentimiento estético delicado, produjeron obras notables en pintura, escultura, música y poesía; es decir, en todo lo que pertenece al dominio del arte.

Pero, si del arte puede decirse, lo que Mr. de Bonal dijo de la literatura, que es la expresión de la sociedad, indudablemente influyen de modo eficaz en las producciones artísticas las creencias, las aspiraciones y afectos de quienes se dedican á su cultivo. "Por esto existe, al decir de Mr. Jouve, una diferencia radical entre el arte cristiano y el arte pagano: en éste predomina la belleza de la *forma*, unida algunas veces á una alta expresión moral, en cuanto podía alcanzarla el paganismo. Este es el *bello ideal natural*, que comprende la belleza física y la moral antigua idealizadas, si bien tomando por punto de partida el orden natural. En el arte cristiano, por lo contrario, predomina la inspiración sobrenatural, mística, celeste, divina, que sólo el cristianismo podía revelarnos; predominio de tal modo sensible, que la carne, participando en sí misma de esta transformación divina, tiende sin cesar á *espiritualizarse*. He aquí por qué el bello ideal divino ó sobrenatural explica convenientemente las condiciones esenciales del arte cristiano que, sin desdeñar la belleza de la forma, se eleva sobre ella, por encima de este mundo terrestre y material, para ir á descubrir en los esplendores del Verbo esos tipos de bondad y belleza que Él ha

venido á revelarnos, al comunicarnos directamente la verdad y la vida que posee en toda su plenitud (1).»

«El arte pagano», dice el ya citado P. Pélix, «á pesar de sus maravillas, que son incontestables, dada la esfera en que pudo girar, deja ver á las inteligencias iluminadas por luz superior, una laguna, un *desideratum* que toda la gloria de sus artistas no pudo llenar y que el genio mismo no podía suplir: me refiero á la carencia de todo lo que podía dejar entrever la inmortalidad, de todo lo que podía difundir alguna luz acerca del porvenir en las creencias del presente... De aquí procede el que, por regla general, se nota en las artes de Grecia, á pesar de la pureza de las formas, de la elegancia, de los movimientos, de la majestad, de las actitudes y de una ejecución tan acabada, como era posible, al traducir lo finito, lo material y lo visible, la desaparición casi completa de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Era aquel arte la expresión de la belleza exterior, llevada tan lejos como era posible llevarla; pero nada más que de la belleza exterior. Era la belleza plástica del cuerpo humano y el esplendor de la naturaleza helénica con toda la perfección que podía darle la mano del hombre. Pero en ese cuerpo lleno de líneas tan puras, de un modelado tan gracioso, no había nada del cielo, nada de lo inmortal, como en el arte cristiano; y aun muchas veces nada de esa belleza moral que descubre el espíritu al través de la materia, y que presenta la figura humana como el brillante re-

(1) *Le beau idéal surnaturel ou divin.*

lieve de un alma grande ó de un corazón noble» (1).

3. Influjo benéfico del cristianismo en el arte. — Como el arte es la expresión de la belleza ideal, ha experimentado el benéfico influjo del cristianismo, quien le franqueó, por decirlo así, las puertas del mundo sobrenatural y le hizo vislumbrar las magnificencias divinas. El dogma, la moral y el culto católico hablan á la inteligencia y al corazón del artista, son fuente inagotable de belleza moral, estimulan su genio y dan origen á sus mejores producciones. Compárense las pinturas y esculturas más notables de la antigüedad con las de los artistas cristianos; los monumentos más grandiosos del gentilismo, como el Partenón de Atenas y el Coliseo de Roma, con las catedrales góticas, con las de San Pedro y la de Colonia; cotéjese la música pagana, ruidosa, enervante, provocativa, con los acordes dulces, tranquilos, puros de la música cristiana, y nos convenceremos de que el cristianismo ha influido eficazmente en el progreso del arte, lo ha elevado desde las bajas regiones del mundo material hasta la plácida cumbre en que se asienta el trono de Dios, lo ha transformado por completo y le ha impreso cierto sello espiritual y divino en sus obras.

«El cristianismo», dice el mismo autor «tiene la incomparable ventaja de asentar en la inteligencia del artista, con su doctrina definida, certidumbres que excluyen todo escepticismo; y de ofrecer al genio artístico visiones sobre las cuales no permite á la duda difundir sombra alguna. En

(1) *El arte y el cristianismo.*

efecto, el artista cristiano colocado frente á los horizontes que la fe le descubre, cree en la verdad que brilla á su inteligencia, como cree en la luz del sol que brilla ante sus ojos, y se esfuerza en hacer del arte el órgano armonioso y el brillante intérprete de la fe... El arte cristiano ha creado figuras en que lo invisible se muestra aún más que lo visible, figuras que profetizan y muestran, al través de las sombras de esta vida fugitiva, la misteriosa luz de la vida permanente. Él ha comunicado á cuerpos muertos algo que manifiesta señales de vida, les ha dado rostros que parecen sonreírse ante la visión de los esplendores beatíficos, frentes que buscan el cielo y labios que se abren en cierto modo para cantar con los ángeles los himnos del paraíso celestial... En esas estatuas de nuestros ilustres antepasados, inspiradas por el cristianismo, ¡cuántas irradiaciones del alma se notan desde luego, cuántos rayos de inmortalidad, cuántos presentimientos del porvenir, cuántos movimientos de esperanza, cuánta expresión de lo invisible, de lo infinito! ¡Cómo embellece allí el espíritu al cuerpo, cómo se ve la eternidad reposando en sus frentes, cómo el cielo brilla en sus ojos, y, en fin, cómo los envuelve, los reviste y transfigura lo inmortal, lo infinito y lo divino! (1).

4. Jesucristo, centro perenne del arte. — La persona adorable de Jesucristo es, no sólo el centro de la humanidad y de la historia, sino que también lo es de la ciencia y del arte. Reuniendo, en efecto, en Sí, en unidad de persona, la na-

(1) *El arte y el cristianismo.*



turalaleza divina y la humana, es el prototipo de la perfección moral, la fuente de la verdad, el centro perenne del arte. *Flor del cielo, ingertada en un tronco de la tierra*, al decir de un escritor, todos los seres participan de su belleza, la que, conmoviendo en el fondo del alma humana la fibra delicada de los afectos castos y celestiales, ha producido obras admirables en que se encuentran á la vez todos los encantos de la hermosura con todas las ternezas del amor divino.

En cuanto Dios, tiene Jesucristo todos los atributos divinos; en cuanto hombre, *es el más hermoso de ellos*, el modelo de la santidad y el tipo de esa perfecta *rectitud* que Dios concediera á los progenitores de la humanidad, antes del pecado. Nuestro Señor es *camino, verdad y vida* (1) para los hombres y los pueblos, y durante su vida mortal les enseñó, con la palabra y el ejemplo, la manera de servir á Dios y de merecer el cielo. No hubo virtud que no practicara, ni miseria de que no se compadeciera, ni necesidad que no remediara; por lo que se dice de Él, que pasó por el mundo *haciendo el bien y aliviando á los oprimidos* (2).

La gravedad y dulzura de su fisonomía, su celo de la gloria de Dios, su entereza ante los grandes del siglo, su tierna solicitud hacia los pobres, los enfermos y los niños, la doctrina admirable que enseñaba, ese cúmulo, en fin, de cualidades que ejercían sobre las muchedumbres un

(1) *Joan. XIV, 6.*

(2) *Act. X, 38.*

influjo avasallador, manifestaban que Jesús era hijo de Dios, el Mesías prometido, el Redentor y regenerador del hombre; y tras el velo de la naturaleza humana se vislumbraban en su rostro las perfecciones divinas y los goces inefables de la visión beatífica.

Los tipos de belleza que tuvo el arte antiguo, fueron únicamente humanos; pero con la venida de Jesucristo se describieron los cielos, y la hermosura del Verbo de Dios se mostró al mundo, si bien, velada por nuestra naturaleza. Ya se comprenderá cuánto ha hecho progresar al arte este acontecimiento sin igual en los anales del mundo, y cómo desde entonces pudieron los artistas expresar, en lo posible, en sus obras las perfecciones divinas y ese misterioso cambio que la virtud opera en la fisonomía misma del hombre. Con razón dice el P. Félix que «el cristianismo es el *genio del arte*; porque él transformó el alma humana, y, sin rechazar los tipos de belleza creados por la culta Grecia, nos presentó el verdadero tipo de belleza, oculto tras densa nube para la humanidad pagana; tipo inalterable y eterno, que el genio antiguo apenas alcanzó á vislumbrar al través de espesas sombras: este tipo es el Verbo increado, imagen de la substancia del Padre, que ha podido decir al bajar de los cielos, para mostrarse á la tierra: *el ideal soy Yo*... Por esto, nunca se llegará al punto culminante de la creación artística, á pesar de la habilidad de los métodos y de la perfección de los procedimientos, si no se infunde á las obras de arte un reflejo de la belleza divina, por la cual son bellas todas las

cosas y sin la cual no puede existir nada bello ni en la naturaleza ni en el arte» (1).

Así como Dios es el principio y fin último de cuanto existe, así el hombre es el centro de la creación, dice el P. Boileuve. La belleza debe, pues, proponerse por su parte relacionar á todos los seres con Dios, por medio del hombre. Este deseo é *ideal* se realiza en el Hombre-Dios, en quien se juntaron, en unidad de persona, la naturaleza humana con la divina, la belleza creada con la belleza increada, cumpliéndose lo que dijo S. Pablo: *Todas las cosas son vuestras* (del hombre), *vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios, su Padre...* (2). *Cuando ya todas las cosas estuvieren sujetas á Dios, entonces el Hijo mismo quedará sujeto, en cuanto hombre, al que se las sujetó todas, á fin de que en todas las cosas todo sea de Dios* (3).

5. Belleza del hombre, de la virtud y de la santidad: influjo de ésta sobre el cuerpo.—Entre los seres del mundo visible corresponde el primer lugar al hombre, por haber sido creado á imagen y semejanza de Dios. Todo en él manifiesta superioridad y grandeza: los ojos revelan el *soplo ó espíritu de vida que Dios inspiró en su rostro*. (Gen. II, 7); la frente levantada en señal de poderlo; la cabeza erguida, en cuyo interior bulle el pensamiento; el corazón sensible y generoso que se conmueve á impulso de nobles afectos; la fisonomía grave y expresiva; el andar medurado y

(1) *Del objeto y naturaleza del arte.*

(2) I Cor. III, 22 y 23.

(3) I Cor. XV, 28. Cf. BOILEUVE. *Le beau*.

majestuoso; la voz sonora y melodiosa; la actitud digna y atrayente; todo, en fin, manifiesta en el hombre que su alma *no es hija de la materia sino del fondo mismo de Dios*; que es un *microcosmo*, ó sea, espejo fiel y resumen completo del universo, el lazo de unión entre éste y su Autor, el tipo é ideal de la belleza creada.

«Mientras los otros seres reflejan exteriormente con mayor ó menor brillo la hermosura de Dios, que los sacó de la nada, sólo el hombre manifiesta á los demás y encuentra en el fondo de su alma, el tipo mismo de la eterna belleza, y de este tipo deriva el pensamiento generador de las creaciones artísticas más maravillosas. En efecto, cualesquiera que sean en las artes los progresos relativos y las transformaciones diversas, cuyas causas tan variadas nos enumera la historia, ellas han sido siempre regidas por ciertos principios fundamentales que no fueron descubiertos por nadie, sino grabados por Dios en la naturaleza humana.

«El hombre es un ser complejo, intermediario entre Dios y los otros seres visibles, en contacto con éstos por su cuerpo, pero superior á ellos y en relaciones con Dios, por el alma, creada á su imagen. El hombre está sujeto al supremo Artífice, cuyos toques reconoce, ya en sus facultades interiores, ya en esa larga serie de bellezas visibles, repartidas en la inmensa escala de la creación, y que, desde las inferiores hasta las superiores, tienden á Dios.» (1)

El espíritu humano, dice S. Agustín, al juzgar

(1) JOUVÉ, *Le beau idéal dans l'ordre naturel*.

de las cosas visibles, fácilmente se reconoce superior á ellas; mas, obligado por su imperfección y por las lecciones de la experiencia, á confesarse mudable, encuentra sobre sí á la Verdad inmutable, y al adherirse á ella, se siente feliz; porque encuentra en su interior al Creador y Señor de todas las cosas visibles, en las que se interesa sólo en cuanto con su belleza exterior le descubren en algún modo la incomparable hermosura del Supremo Artífice. (1)

Cuando el hombre ejerce su actividad, conforme al dictamen de la recta razón y á las leyes divinas, cada uno de sus actos tiene una belleza y atractivo particular que justifican su glorioso título de rey de la creación. Muy loables y hermosas son las conquistas del talento y del genio y sus triunfos sobre la naturaleza; pero de mayor mérito son los esfuerzos y sacrificios empleados en restaurar el orden violado por la culpa, y en recuperar el imperio de sí mismo, mediante el ejercicio de la virtud. Esto último exige grande valor moral y constancia á toda prueba; porque más fácil es conquistar reinos y empuñar el cetro del saber, que conocerse y vencerse á sí mismo, para ascender á la áspera cumbre de la perfección cristiana.

"El trabajo del espíritu", dice Gaborit, "las tristezas y luchas morales que contribuyen poderosamente á engrandecer el carácter, cuando son soportadas con firmeza y valor, todos esos combates interiores dejan profundas huellas en el rostro, lo marchitan y descoloran; pero, por entre

(1) Cf. *Lib. I, quest. 55*. Cita del abate Gustavo Jouve.

esas arrugas, resplandece la belleza moral, la verdadera belleza; y de cada una de esas nobles cicatrices parece brotar una luz apacible que forma como una aureola en torno de esas fisonomías dignas de todo nuestro amor.» (1)

¡Cuán hermosas y encantadoras son la virtud y la santidad, aun humana y estéticamente consideradas! ¡Cómo transforman al hombre, le hacen amable y dejan en pos de sí como un perfume celestial! «La belleza que la virtud comunica al rostro del hombre,» dice el mismo autor, «lejos de borrarse con los años, se acrecienta diariamente y aparece con un brillo más seductor, á pesar de las injurias de la edad. Á través de esas facciones debilitadas por el paso del tiempo, vemos brillar para nuestro consuelo y alegría, la hermosura de un alma que no ha envejecido y se ha enriquecido con las virtudes.» (2) «¡Oh rostros de los santos!» exclama el P. Lacordaire, «¡dulces y vigorosos labios acostumbrados á invocar á Dios y á besar la cruz de su Hijo, miradas apacibles que descubrís un hermano en la más pobre criatura, cabellos emblanquecidos por la meditación de la eternidad, virtudes preciosas del alma, que resplandecéis á través de la ancianidad y la muerte; ¡felices los que os han visto! y ¡más felices los que os han comprendido y recibido de vuestros labios lecciones de sabiduría é inmortalidad!» «Las almas de los santos son bellas», añade el P. Félix, «con la belleza de Jesucristo, que es el ideal de la humanidad; y por tanto son bellas con toda la belleza

(1) *Le beau dans la nature et dans les arts.*

(2) Obra citada.

humana hermoseaada por el reflejo de la belleza divina». (1)

El arrepentimiento, á modo de baño saludable, limpia el alma de las manchas de la culpa, la fortifica y devuelve la belleza moral perdida. El hombre, aunque haya soportado por algún tiempo el humillante yugo del vicio, si logra sacudirlo; si se abraza de la cruz de Cristo; si entra de lleno en la senda de la virtud y practica el bien, se rehabilita por completo, manifiesta energía de carácter y recobra con la amistad de Dios la hermosura interior del alma. "Por antiguas, por arraigadas que sean las huellas del pecado en los reductos misteriosos del cuerpo, el alma auxiliada por la gracia y fortalecida por la penitencia, puede borrarlas lentamente y sustituírlas con los vestigios reparadores de la virtud," dice el elocuente P. Lacordaire. "Entonces aparecen en la fisonomía esas iluminaciones singulares que se abren camino por entre las huellas oscuras del vicio. El alma, después de haber purificado sus regiones interiores manchadas por el crimen, difunde en la frente del hombre cierta luz plácida y serena que perciben aun los que no la conocen ni aman. Las sombras del pecado desaparecen ante el esplendor de la virtud, y lo que todavía queda de los debilitamientos de la carne, es sólo un resto de la flaqueza humana, fortalecida ya y reparada por la gracia de Jesucristo" (2). El cuerpo mismo impelido por el movimiento benéfico de la virtud, se torna, por decirlo así, más ligero, se espiritua-

(1) *El arte y el cristianismo.*

(2) Conferencia 48.

liza, en cierto modo, y desprende de los bienes presentes, para aspirar únicamente á los eternos, á semejanza del ave que permanece cortos momentos en la tierra y se eleva luego á las alturas. A medida que el cuerpo se hace menos pesado y material, el rostro experimenta una transformación maravillosa, haciéndose más noble, más luminoso, más transparente, en una palabra, más bello. (1)

Y, si la belleza puede recobrar su brillo, aun en un alma culpable, mediante el baño saludable de la penitencia, ¿qué esplendor no tendrá en un hombre, bien dotado por la naturaleza, que consagra su vida entera á la práctica de la virtud y entra de lleno en la senda del deber, desde que tiene conciencia de su libertad, para seguir por ella con inflexible constancia? (2) Es indudable que la belleza moral engrandece al hombre y que ella ocupa la más alta cumbre de la belleza creada. Tarde ó temprano, dice Vauvernagues, no gozamos sino de las almas.

6. La belleza sensible es peligrosa á veces al hombre, en su estado actual.—Como antes se manifestó, el cultivo del arte se funda en una de las inclinaciones íntimas de nuestro ser, en la tendencia á lo bello; mas no debe olvidarse que, á causa de la culpa original, sufrió el hombre notable menoscabo en sus dotes y cualidades, y experimentó sobre todo la rebelión de los apetitos contra la razón, y de ésta contra Dios. Por lo cual el hombre es una mezcla de grandeza y

(1) Cf. *El cristianismo y el arte*, por el P. FÉLIX.

(2) Cf. GABORIT. Obra citada.

pequeñez, de heroísmo y de miseria, de acciones nobles y depravadas. El arte debe propender al engrandecimiento del hombre, someterse á las leyes de la moral y no contrariar nuestro fin último, para lo que ha de ahogar los bajos instintos de la naturaleza, enaltecer la virtud, deprimir el vicio, procurar, en fin, en sus obras el triunfo del alma sobre la materia, de la belleza espiritual sobre la sensible. En caso contrario el artista viola las prescripciones de la moral.

Como facultad cognoscitiva, la inteligencia percibe la belleza, y ésta á su vez obra sobre las potencias afectivas del alma, despertando en ellas la admiración y el amor á lo bello, amor que, según sea bien ó mal dirigido, es saludable ó perjudicial al hombre. Á causa de las dañadas inclinaciones que el pecado dejara en él, la belleza corporal, que en sí nada tiene de malo, no debe ser presentada á nuestras miradas sino con las precauciones y reservas que exige nuestra situación actual. El arte debe procurar el mejoramiento y nó la perversión del hombre; debe hacerle gustar la fruición pura y deliciosa de la belleza, prescindiendo de cuanto puede excitar los apetitos sensuales; debe, en fin, no apartarse de las leyes morales, so pena de convertirse en instrumento de ruina. El arte se degrada y envilece cuando se pone al servicio de pasiones innobles y coloca su ideal en lo que un escritor llama la exhibición y triunfo de la desnudez. Grande es el poder del arte, pero grande también la responsabilidad que impone. "El arte es un lenguaje," se ha dicho con razón, "y á semejanza de la palabra que sirve para el triunfo del bien ó del mal, es un verda-

dero dominador á quien la humanidad no puede resistir. Quiera ó nó el artista, si la obra lleva impreso el sello real del genio, ella reinará, manchando ó purificando, pervirtiendo ó santificando, degradando ó realzando, según el genio siga su ley ó la quebrante, cumpla su destino ó falte á su vocación.» (1)

Por esto el verdadero artista, el artista honrado y creyente, no da cabida en sus obras á lo que pudiera servir de incentivo al vicio ó de piedra de escándalo á los demás; y si admite en sus producciones la belleza material y, sensible, cuida de presentarla con decencia, haciendo resplandecer principalmente la belleza moral, ó procurando, por medio del contraste de los caracteres, el enaltecimiento de la virtud y la humillación del vicio. «El alma que siente la llama de la inspiración», dice á este propósito Mgr. Dupanloup, «debe poner su ideal al amparo de la pureza, para que, depurada la sensibilidad y encaminada hacia Dios, sea el resorte de la vida interior, el principio de los grandes enardecimientos de la abnegación, la inspiradora de la fe y de la virtud.» (2)

7. El arte debe acercarnos á Dios.—La naturaleza es fuente de inspiración para las creaciones artísticas y un libro abierto en que el hombre, sobre todo de genio, descubre hermosuras que revelan la omnipotencia y sabiduría dñivas. El mundo físico con sus encantos y armonías, con sus panoramas, ora apacibles y tranquilos como

(1) P. FÉLIX. *Objeto del arte y vocación del artista*.

(2) Obra citada.

el de una campiña, ora sombríos y aterradores como el del mar agitado por la tempestad, despierta afectos religiosos en el alma del artista y le estimula á expresar en sus obras tanta grandeza y magnificencia. Pero, si el universo, con mudo lenguaje, eleva un himno de alabanza á Dios, con mayor razón el artista debe emplear su numen creador, en ensalzar al Autor de tantas maravillas y en contribuir á que los seres racionales le agradezcan tan inmensos beneficios. El arte tiene que ser esencialmente religioso, si quiere cumplir su nobilísima misión, como antes se dijo; tiene que acercarnos á Dios, y su principal mérito, consiste en ser un lazo de unión entre Dios y la criatura.

8. Causas de la decadencia artística.—Por desgracia, el materialismo ha invadido el terreno de la estética, y por eso la escuela realista no admite más belleza que la que impresiona los sentidos, esto es, la belleza de las formas, la belleza desnuda. Mas, para quien admite que el hombre no se confunde con la bestia y que sus facultades y aspiraciones le elevan, por encima de los goces de la materia, á la contemplación del mundo espiritual y hasta el cielo místico, semejante teoría debe ser reprobada, por empequeñecer y aún depravar al arte. Admiramos, en buena hora, el encanto de la hermosura física; pero ésta ha de servirnos de escalón para subir á la belleza moral, y jamás admitamos que la voluptuosidad es inseparable de la belleza; puesto que el concepto de lo bello, espiritual como es, depura los sentimientos y engrandece al hombre, sin envilecerlo ni corromperlo.

«En nuestros tiempos», dice Ernesto Hello, «hemos visto nacer en la literatura y en la pintura una escuela, ó mejor dicho, un hábito, que reproduce lo feo de ciertas realidades con la intención precisa de reproducirlas. Se ha dicho desde luego: *Lo feo es bello*; después, abandonando esta fórmula que parecía contener en sí alguna doctrina, se ha procurado imitar los objetos, tales como el realismo los presenta, al olvidar pura y simplemente el ideal. El hábito de que hablo, no tiene un ideal falso, sino que carece de ideal: deja de ser un error artístico para convertirse en la negación del arte... El idealismo ocupa en la historia del arte el lugar del escepticismo absoluto en la historia y en la filosofía: es la expresión de la desesperación». (1)

Hoy se busca la belleza en el detalle, en la superficie, y no se quiere pasar de lo físico y deleznable; porque los goces sensibles subyugan á la presente generación, y su gusto estragado encuentra sabor y dulzura en las heces materialistas de la literatura. El arte no ha de proponerse pervertir y degradar al hombre sino elevarlo y engrandecerlo; por lo que ha de cubrir la realidad misma, por asquerosa que sea, con las sutiles gasas del ingenio. La materia cruda, la bestia humana, la podredumbre literaria envilecen las obras artísticas; y el naturalismo de nuestros días es sólo un signo de enfermedad y de epidemia moral: esta enfermedad pasará, porque la humanidad no está llamada á estacionarse en la degradación.

(1) *L'homme*.

9. Teoría absurda de la escuela realista y males que causa. — En toda obra de arte, cuando es perfecta, intervienen lo real y lo ideal en la proporción debida; de modo que estos dos elementos, lejos de oponerse, se auxilian entre sí y contribuyen al buen éxito de las producciones artísticas. El arte descansa, por decirlo así, en lo visible, en la naturaleza, tal cual se presenta á nuestros ojos; y, después de estudiarla y contemplarla, obra en ella, como sobre *base*, el genio del artista, da vuelo á su fantasía, se espacia por los vastos dominios de lo ideal, se inspira y crea entonces sus concepciones más atrevidas y las expresa por medio de la poesía, de la música, de la pintura y la escultura.

Como muy bien dice un escritor moderno, "el realismo no es necesariamente el *cinismo*, como lo piensan algunos críticos y lo dan á entender algunos realistas. En su sentido etimológico y verdadero, el realismo pone en relieve, nó el detalle que se oculta, sino los rasgos más visibles y salientes del objeto real. Podría él tomar por fórmula: *Presentar á los ojos en el cuadro* (por ejemplo) *lo que se ha presentado á los ojos en la realidad, ni más ni menos*. El idealismo, al contrario, tendría por principio: *Expresar un pensamiento con el auxilio de elementos sensibles elegidos y agrupados precisamente en vista de aquél*.

"Como el pintor (y lo mismo se puede decir de las demás obras artísticas) no es fotógrafo y concibe la obra en su espíritu, es indudable que un cuadro no será jamás la exacta reproducción de lo real, y contendrá siempre una parte de inspiración y de ideal. El realismo absoluto es im-

sible: no existe en el arte; hay sólo en él una tendencia realista....

«En sentido inverso, como las ideas no son visibles por sí mismas y deben necesariamente tomar *cuerpo* para llegar hasta nosotros, el idealismo necesita de un *apoyo* material. En la expresión de los elementos sensibles en que encarnará el pensamiento, la parte de las convenciones tendrá que ser bastante extensa y habrá siempre que respetar un poco la verosimilitud; y así habrá tendencia idealista; pero no habrá idealismo sin mezcla de realidad.

«Entre el idealismo y el realismo debidamente comprendido, no puede haber lucha; porque el espíritu, á su vez, necesita de entrambos; y cuando exige sólo del artista que haga sensible la realidad de los hechos, le pide la materia sobre la cual se complace en meditar; y cuando busca una meditación ya hecha á la que sólo hay que asociarse, va á las obras clásicas en las que el idealismo ha expresado magistralmente sus más altas concepciones.» (1)

El error de la escuela que se llama realista y los males que causa en el campo del arte y de la moral, no nacen, pues, de que el arte deba prescindir de la *realidad* (lo que sería absurdo, ya que en ésta ha de apoyarse), sino de que niega el *ideal*, que es la vida del arte, reduciéndolo al estrecho y mezquino campo de la materia y del cálculo. Como antes se dijo, el arte no se ha de limitar sólo á *copiar*, é imitar la naturaleza, sino tam-

(1) M. DE LA BROISE. *A propos d'Evangiles illustrés.*

bién á interpretarla, cosa que rechaza el realismo, privando al arte de lo que constituye su mayor fuerza. Y no se contenta únicamente con esto; porque, "al proclamar como dogma supremo la imitación exacta y completa de lo real, no es de lo real que toca al alma, al espíritu y á la conciencia, sino de lo real que se refiere á la materia, á los sentidos y á la carne. . . . El realismo rompe, pues, con mano brutal la armonía de los dos elementos del arte: desprecia el ideal para fijarse sólo en lo real; y, por consecuencia, descuida la idea para no ocuparse más que en la forma." (1)

"Véase hoy", dice León XIII, "multiplicar y poner al alcance de todos, cuanto puede halagar las pasiones. Diarios y folletos faltos de circunspección y de pudor; representaciones teatrales en que la licencia traspasa todo límite; obras artísticas en que campean con repugnante cinismo los principios de lo que se llama hoy realismo; invenciones ingeniosas, destinadas á aumentar las delicadezas y los goces de la vida; en una palabra, todo se ha puesto en acción para satisfacer el amor al placer, con el que termina por ponerse de acuerdo la virtud adormecida." (2)

Ya puede calcularse el terrible daño que semejante teoría está causando en el arte y en las costumbres. Con razón, en nuestros días, se echa de menos el culto de la belleza pura, de los goces sanos del espíritu; y la humanidad va en pos de pasatiempos nocivos, ama lo que mancha el

(1) *El realismo en el arte*, por el P FÉLIX.

(2) Encic. *Humanum genus*.

corazón y el alma, cumpliéndose lo que afirma el ya citado autor. "Lo que más detiene á los individuos, á la familia y á los pueblos en su marcha ascendente, es la gravitación de los corazones hacia las cosas bajas; y lo que precipita su caída en los abismos de la degradación, es la relajación del corazón, el envilecimiento del amor". Hoy el teatro, la novela, la pintura, la escultura, la poesía son el palenque en que campean las pasiones más desvergonzadas, en que se hace guerra á Dios y á la integridad de las costumbres. "El movimiento pagano es inmenso en nuestros tiempos, y lo arrastra todo," ha dicho el sabio Moigno. "La mitología invade la literatura y sube á los teatros, y las artes sufren á su vez una dirección aún más pagana. El pincel no se inspira sino en las fábulas y en las divinidades paganas, y la escultura reproduce á porfía á los dioses, en mármol, bronce, piedra ó yeso.... Vemos una revolución completa en la literatura y en las artes, la resurrección universal de las costumbres disolutas, la glorificación, en fin, de la carne, y la carne es el enemigo más implacable de la fe.... El alma humana, en el siglo décimonono, es como un terreno ingrato y flojo en extremo, frecuentemente agitado en su superficie por vientos impetuosos. La buena semilla del Evangelio — la fe — apenas puede germinar en él dando vida á un tallo enfermizo y débil. En nuestra época, los fieles creyentes son como Daniel en el lago de los leones, ó como los niños en el horno de Babilonia. Para librarlos de los mortíferos dientes de los leones ó del ardor de las llamas

devoradoras, es necesaria la intervención milagrosa de Dios ó de su ángel» (1)

10. Sólo el cristianismo puede restaurar el arte.—Al considerar los bienes sin cuento debidos al cristianismo, es fácil convencerse de que sólo él, que sacó al mundo del sepulcro de la idolatría, puede, con su savia divina, infundir aliento y vida á la sociedad moderna gangrenada por el libertinaje, y operar una restauración completa en el arte. Para obtener lo último, es preciso que el arte se ponga á la altura de su misión, se torne creyente, no se aparte de la moral católica y de las enseñanzas de la fe, fuente inagotable de belleza é inspiración. Repitamos una vez más: el arte está íntimamente unido con la religión. «Bajo todas sus formas y en sus más grandiosas manifestaciones, él es como una parte del culto católico,» dice el elocuente P. Félix, «de manera que, al entrar en nuestros templos, cuando éstos han alcanzado la plenitud de su belleza, el genio respira en su elemento; y en la casa de Dios, donde el arte brilla con tanto esplendor, se encuentra, en cierto modo, en su propia casa; por lo que pudiera decirse que los templos de Jesucristo, embellecidos por la Iglesia, se asemejan al templo del arte embellecido por el genio».

Y para consuelo de los que aspiramos al ideal cristiano, en la vida presente y venidera, oigamos al mismo escritor: «Todo cristiano es artista, porque camina en pos de un ideal que aspira á imitar, y es Jesucristo.... Pintar, esculpir, elaborar en sí mismo, por medio del combate, del

(1) *Esplendores de la fe.*

trabajo, del dolor y del sacrificio, la grande y bella imagen de Jesucristo; imprimir, en caso necesario, en su carne y en su alma esa esfigie divina; imprimirla tal como la descubre la fe y la contempla el amor en la cumbre del Calvario: tal es el ideal á que han aspirado los santos; tal su trabajo y muchas veces su martirio, á fin de hacerse verdaderas imágenes de su ideal, es decir, obras maestras de santidad cristiana y de belleza moral.» (1)

CAPÍTULO DÉCIMO OCTAVO

El arte y la moral

1. El hombre, en el ejercicio de su actividad, debe tener en cuenta el fin último.—2. Relaciones entre el arte y la moral: diferencia que existe entre los dos y subordinación de aquél á ésta.—3. Doctrina de Sto. Tomás relativa al arte y la moral, y á la bondad ó malicia de las obras artísticas.—4. Teoría «del arte por el arte.»—5. ¿Puede haber conflicto entre el arte y la moral, y en caso afirmativo, cuál debe prevalecer?—6. ¿Puede ser bello un objeto in-moral y producir en el alma emoción estética?

1. El hombre, en el ejercicio de su actividad, debe tener en cuenta el fin último.—Hallándose el hombre dotado de inteligencia y de libertad, se determina siempre á obrar por algún fin; y, como ha sido creado por Dios, debe someterse á las leyes que le ha prescrito. Á Dios corresponde, pues, con absoluto derecho, determinar el fin último de las acciones humanas, fin á que ha

(1) *El arte y el cristianismo.*

de tender el hombre libremente, para perfeccionarse en esta vida y conseguir en la otra la eterna dicha. Ahora bien, nuestro fin último es el mismo Dios, en cuya vista y posesión consiste la felicidad de los bienaventurados, de la que nos haremos merecedores mediante la observancia de la ley divina. En ninguno de sus actos debe el hombre prescindir de su destino sobrenatural y menos contrariarlo; de modo que los intereses temporales están subordinados á los eternos, y la libertad humana ha de ejercerse sólo en el vasto campo de la verdad y el bien. El error y el vicio han sido y serán siempre enemigos de los intereses vitales del hombre.

2. Relaciones entre el arte y la moral: diferencia que existe entre los dos y subordinación de aquél á ésta.—El arte no puede ser extraño ni indiferente á la moral, por la sencilla razón de que la moral es la norma de todos los actos del hombre; y por esto cuantos se dedican á cultivarlo, deben sujetarse en sus obras á las prescripciones de aquélla. El artista es responsable del buen ó mal uso que haga de sus dotes, y para satisfacer cumplidamente su ministerio, ha de procurar el mejoramiento y nó la perversión del hombre, procediendo en todo de acuerdo con las reglas de la moral y del decoro. Pero, si entre la moral y el arte hay íntimas é indispensables relaciones, no por esto son la misma cosa: antes bien hay diferencia entre los dos, nacida del diverso fin que respectivamente intentan, sin que la diferencia entrañe separación ni mucho menos lucha. "El arte no es la moral, ni viceversa", dice el P. Longhaye: "la moral es la ciencia del bien

práctico, la regla de los actos libres con relación al fin último; el arte es un sistema de medios para traducir en formas sensibles la belleza material. Ni el arte puede declinar la autoridad de la moral, ni la moral detenerse en la frontera del arte. La ley de las relaciones entre el arte y la moral nace del fondo mismo de las cosas, y dos palabras la resumen: *subordinación del arte á la moral; acuerdo y aun á veces compenetración de las leyes morales y de las leyes artísticas*. El arte está sometido al interés del fin último y, en este punto, la sumisión no va hasta sólo impedir que dañe: es preciso que le *sirva*, puesto que la fuerza de las cosas establece esta gloriosa necesidad. Pero la subordinación no significa esclavitud ni produce estorbo. Á despecho de todos los sofistas, la moral no priva jamás al arte de los verdaderos goces estéticos: por el contrario, ella le mantiene en el camino de lo bello y, en más de un caso, la ley moral, al mismo tiempo que se le impone como ley superior, se confunde con él, hasta el punto de llegar á ser directa é inmediatamente regla artística. (1)

«Aun cuando, por nuestra limitada razón, no podamos reducir á un solo concepto la verdad, la bondad y la belleza, y admitamos distinción y aun diferencia entre ellas; con todo, las tres se armonizan, se auxilian y se reflejan unas en otras, explicándose así que, en todo espíritu sano, causen igual complacencia la justicia que la hermosura; la gratitud ó el heroísmo que el descubrimiento de las verdades trabajosamente adquiridas;

(1) *Théorie des belles lettres.*

la santa caridad que los sublimes espectáculos de la naturaleza, y que todos estos afectos se resuelvan siempre en una sola emoción de misteriosa dulzura; en aquel llanto del alma que nos arrancan las cosas sublimes y que es la mejor ofrenda del entusiasmo! (1)

No puede haber, por tanto, contradicción, sino antes bien enlace, entre lo bueno y lo bello, entre el arte y la moral cristiana, como lo comprueba la historia de todos los pueblos, en los que las bellas letras han progresado siempre al impulso de nobles sentimientos morales, como la religión, el patriotismo, el amor del prójimo, la sed de justicia ó la ambición de gloria.

En efecto, entre los pueblos orientales (indios, egipcios, asirios, persas, hebreos) predomina el sentido moral y religioso en sus obras artísticas y literarias. En sus templos y en sus poemas, en sus cuentos y en sus palacios, resalta siempre la idea teocrática: el hombre se anonada ante Dios, y la religión lo absorbe todo. De aquí la propensión de sus artistas y poetas al misterio y al símbolo, los arranques líricos de los semitas iconoclastas, judíos y árabes, la imágenes gigantescas de los indios, las metáforas esculturales de los egipcios y las fórmulas abstrusas de los caldeos.

No sucede así en Grecia, en donde la idea divina se humana, y los dioses y los hombres sólo difieren en grado y no los separa ningún abismo metafísico: el hombre confina con el héroe; el

(1) Cf. ÁLARCÓN. *Discurso sobre la moral en el arte*, del que entresaco textualmente todos los conceptos consignados en este resumen crítico.

héroe es un semidiós; el semidiós nació de un Dios: los dioses son unos antepasados remotos de los griegos.

Homero representa la aurora de esta civilización, que ya ilumina las cumbres, pero que no desciende todavía á los valles. Transportado en alas de su genio á la edad que media entre los hombres y los dioses, canta á los héroes, mezclando la tradición con la fábula y la religión con la historia. Sin embargo, la idea de Patria está ya en germen en *La Ilíada* y en *La Odisea*, aunque reducida á la raza con sus númenes familiares; y, para complacer y aleccionar tan noble sentimiento, presenta ilustres modelos de grandeza, de energía y de abnegación, pertenecientes á un mundo aristocrático-divino, donde el valor guerrero y la hermosura son como atributos ingénitos del bien moral.

Algunos siglos después aparece Tirteo, y luego Píndaro, decoro ambos de la humana especie: ellos y los trágicos Sófocles y Eurípides trajeron, reflexivamente ya y á sabiendas, las ideas morales al campo de la poesía, como elementos inseparables de la belleza, y cantaron ó representaron en sus obras la religión, la patria, la familia. Estos grandes maestros de la forma y del clasicismo consideraban al arte como una especie de culto rendido á ideas y conceptos del orden moral... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el arte perdió su savia divina, y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y en simulacro de la ausente inspiración del alma.

Los romanos tenían dioses de igual naturaleza que los griegos; pero dioses sin historia y más

separados ya del hombre. En cambio, habían colocado casi á la altura de la santidad de aquellos, la santidad de la patria, de la familia, del hogar, la veneración de los antepasados, la religión de la justicia y del derecho.

Séneca es la más egregia personificación de la escuela estoica, que predica una virtud austera y desdeñosa, sin origen ni esperanza, un amor incondicional al bien, sin dilucidar su naturaleza; una moral inflexible como el acaso, sin consuelo para los débiles. Lucrecio y Ovidio, principales representantes de la escuela epicúrea, que condujo al sensualismo más grosero y refinado, produjeron obras impías y obscenas, que fueron reprobadas por sus mismos contemporáneos; y en cuanto á Horacio, por más que fuese epicúreo, consideró la belleza como los estoicos la virtud, y tan elevado concepto tuvo del arte que, sólo á impulsos de él y como caso de buen gusto, fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos. Virgilio ensalzó la paz, el trabajo, la patria, sobre el fondo de oro de la religión. La dulce paz de los campos es la musa de *Las Bucólicas*; el trabajo es el pródigo numen de *Las Geórgicas*; y la Religión y la Patria son las nobles inspiradoras de *La Eneida*.

Vino después la decadencia del mundo clásico; pero, tras la noche del muerto paganismo, clareó la aurora de la religión cristiana, de la civilización hija de la cruz, que estableció el reinado del espíritu sobre la forma. Los diez siglos de la Edad Media pasan ante nuestra vista como un solo éxtasis de los pueblos redimidos por Jesús.

A esos siglos se los ha llamado de hierro y *tinieblas*; pero en medio de ellas residía lo infinito, y durante esa larga época aparecieron las obras de los Santos Padres, los poemas y los códigos que se escribían en nombre de Dios, al par que se realizaron aquellos otros poemas en acción que se llaman las Cruzadas, la guerra hispano-árabe que duró siete siglos y el descubrimiento de América.

Pero, para honra de la Edad Media, basta citar un poeta y un pintor que resumen el espíritu romántico y religioso de ella: Dante y el Beato Angélico. Nadie había expresado antes con la lira ó el pincel sentimientos tan místicos y elevados como los de esos dos ascetas de la forma. No la adoración del arte, sino la sed de justicia y amor del cielo inspiraron aquellas inefables visiones de *La Divina Comedia* y del cuadro de *La Anunciación*, seráficos ensueños del alma, milagros de la fe, revelaciones de lo infinito que caracterizan las artes y las letras de este período de diez siglos.

Aun en la época del *Renacimiento*, todas las obras, hasta las más convencionales y académicas, encierran un fin moral, ora cristiano, ora gentil. Los mismos galvanizadores de ninfas y de dioses, que desnudaron implámente, por ejemplo, á Moisés y á David, para que rivalizaran con los Apolos y Hércules, ó dibujaron los héroes de las Cruzadas sobre el patrón de los de la *Ilíada* y de la *Eneida*, no dejaron de pedir inspiración á la fe propia ó á la extraña, para que su obra no careciese de naturaleza moral. Ahí están las obras



de Vinci, de Rafael y de Miguel Ángel, titanes de esa época, junto con el Tasso y el Ariosto, que la representan en la literatura.

En cuanto á España, el sentimiento religioso ha sido el alma de sus nobles empresas y de sus triunfos en las letras. Ella es la tierra de los sublimes soñadores, de los ascetas, de los héroes, de los hidalgos; es decir, la tierra de la fe incondicional, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugo al cielo que naciesen no sólo andantes caballeros, sino también atletas de la caridad como S. Juan de Dios ó Miguel de Mañara. Allí la poesía lírica tiene por maestros á Berceo, Alfonso X, Juan de Mena, Jorge Manrique, S. Juan de la Cruz y Fr. Luis de León, cantores de la muerte y de la inmortalidad; allí todos han escrito creyendo, enseñando, moralizando, adjudicando el premio á la virtud, sometiendo los apetitos á la razón y haciendo triunfar al bien sobre el mal; allí sus envidiables pintores, Murillo, Ribera, Zurbarán, Alonso Cano, Juanes, Morales y el mismo Velázquez hicieron del caballete un altar en que quemaron el incienso de su inspiración. España es la patria de dramaturgos y poetas como Calderón, Lope de Vega, Argensola, Quevedo, y otros ciento; la patria, en fin, del autor de *Don Quijote*, la obra más admirable del ingenio humano y que tiene un fondo altamente moralizador; porque en ella se satirizan el egoísmo, la injusticia, la ingratitud y la grosería del vulgo alto y bajo.

En Inglaterra se presenta Shakespeare, el más grande dramaturgo del universo, cuyos dramas revelan no sólo al artista de la forma y de los

cuadros vivos, sino que son también el espejo de la vida y autopsia de la conciencia. Al oír hablar, ó al ver moverse á *Hamlet*, á *Macbeth*, á *Otelo*, á *Glocester*, al *Rey Lear*, el espectador cree asomarse á los abismos del alma, y ver allí la cuna de las pasiones, las escondidas fuentes del bien y del mal, el antro donde se engendra el crimen, la ignorada gruta donde van juntándose las lágrimas, la fuerte roca donde se cristaliza el diamante de la virtud, la hirviente lava que ha de hacer temblar la tierra.... Por eso las obras de este autor son dulces y edificantes en medio de sus horrores. Su última lontananza es el cielo!

En la docta Alemania surge otro coloso, Goëthe, autor de *Fausto*, de *Werther* y de otras obras gigantescas, en las que, en su parte meramente literaria, en lo dramático y en lo lírico rinden culto á la moral de su época; y en la parte filosófica se afanan constantemente por el bien absoluto; y, si considera el arte con una serenidad olímpica, que tiene poco de humana, esto mismo contribuye á que, como Horacio y como Schiller, eleve la probidad á la categoría de belleza.

En Francia, las mejores obras de Racine y Corneille, aunque vaciadas en moldes greco-latinos, se proponen siempre un fin útil y saludable, como lo preceptúa Boileau, y hasta Voltaire, el Luciano del siglo XVIII, preconiza al bien y la virtud cuando se calza el coturno trágico. En cuanto á Molière, su mejor elogio es decir que hizo tantas buenas obras como obras buenas. El *Avaro*, el *Misántropo*, y el *Hipócrita* no fueron menos aplaudidos de los hombres de bien que de las personas de buen gusto."

Este breve análisis de las principales producciones artísticas y literarias del ingenio humano, en los países más cultos, pudiera extenderse fácilmente hasta nuestros días; pero basta lo dicho para manifestar el íntimo enlace que existe entre el arte y la moral cristiana, y el influjo eficaz que ésta ejerce en aquél. De todo lo cual se deduce que, si la moral no puede considerarse como criterio exclusivo de belleza artística, tampoco puede haber belleza artística, indiferente á la moral, á menos que se niegue la indivisible unidad de nuestro espíritu. Así que la teoría del *arte por el arte*, sobre ser opuesta á los intereses morales del hombre, lo es también á los bien entendidos del arte.

3. Doctrina de Sto. Tomás relativa al arte y la moral, y á la bondad ó malicia de las obras artísticas.—"La idea fundamental de Sto. Tomás", dice Menéndez Pelayo, "la que da más precio á lo que podemos llamar, nó su sistema, sino sus ideas estéticas, es la separación profunda que dondequiera hace entre el arte y las demás virtudes intelectuales, mostrando que el arte no lleva consigo lo recto del apetito, y que por eso, para usar rectamente de él, se requiere otra virtud distinta de la virtud moral. Ni indica jamás que el arte tenga por fin el arte mismo (en lo cual se contiene la reprobación del principio hoy en boga, del arte por el arte), ni otros medios que sus propios medios; de tal modo que bien puede afirmarse que no le hubiera sonado tan mal, como á sus discípulos, el concepto de forma sin uso, que después de la crítica kantiana venimos aplicando al arte. Dice (en la 2.^a sec., cuést. 47, art. 4.^o) que

toda la aplicación de la razón recta á algo factible pertenece al arte; pero que á la prudencia sólo pertenece la aplicación de la razón recta á aquellas cosas en quienes cabe deliberación, es decir, á aquellas en que no hay camino determinado para llegar al fin.

Con ocasión de preguntar (1.^a sec., cuest. 58, art. 5.^o) si la virtud intelectual puede existir sin la moral, enseña el Ángel de las Escuelas que los principios *artificiales* no son juzgados, por nosotros, buenos ó malos, según la disposición de nuestro apetito, considerándolos como fines. De aquí que el arte no requiera la virtud de perfeccionar el apetito como lo requiere la prudencia.

En cuanto á la bondad ó malicia de las obras artísticas, he aquí la doctrina de Sto. Tomás: "La razón procede de distinto modo en las obras *artificiales* y en las *morales*: en las artificiales, la razón se ordena al fin particular excogitado por la razón; en las morales se ordena al fin común de toda la vida. Pero el fin particular se ordena siempre, y en último término, al fin común. En el arte se peca, pues, de dos modos: ó por desviación del fin particular que se propone el artífice, y éste es pecado propio del arte, ó por desviación del fin común, del fin humano, lo cual propiamente no es pecado del artífice, en cuanto artífice, sino en cuanto hombre, mientras que en el primer ejemplo es culpable sólo en cuanto artífice" (1).

4. Teoría del "arte por el arte".—Guiados por esta doctrina, sana é irrefutable, podemos apreciar, en lo que se merece, la célebre teoría *del arte*

(1) *Ideas estéticas en España.*

por el arte, tan encomiada por los partidarios del naturalismo. Según ella, el arte no se ha de proponer en sus obras otro fin que el arte mismo. Lo cual es absurdo: porque nada en la creación existe para sí mismo, sino para Dios, que es el fin último de todos los seres. De la teoría que examinamos se deduce también que el arte debe deleitar y agradar, valiéndose de toda clase de medios, sin tener en cuenta el pudor ni la decencia y aún excitando los bajos instintos del hombre. Una es la conciencia del hombre, otra la del artista, ó mejor dicho, el artista no debe tener conciencia ni someterse á las prescripciones de la moral. Basta la simple enunciación de esta teoría, para convencerse de que es errónea, perniciosa al arte mismo y consecuencia lógica del realismo; por lo cual bien podemos decir de ella que es la lepra del arte y la epidemia de la literatura en el siglo XIX, según la enérgica frase del P. Félix.

"El arte es sólo un medio y nó un fin, pues ninguna cosa creada puede ser término final de sí misma. El arte es un escalón por el que sube mucho el alma para ver lo bello y escuchar más de cerca las armonías divinas. Dios ha multiplicado los colores, los sonidos, las bellas formas para hablar á nuestra inteligencia que ve y entiende por los sentidos. El deber del artista, su verdadera gloria es imitar á Dios; hacer brillar en los colores y en las formas el esplendor de la verdad. ¿De qué sirve emplear la vida en combinar matices, en unir acordes, en dar movimiento y flexibilidad al mármol, en agrupar ritmos, en medir sílabas; si de la obra en que el artista ha hecho uso de su genio y de su tiempo, no brota

algún pensamiento sano y generoso, algún eco lejano del *Te Deum* y del *Hosanna*? La obra de arte es entonces una necedad, un juego de niños, un tiempo perdido, si no viene á ser un atentado y un crimen. La lira, la paleta, el cincel, que deberían ser palancas del alma, se convierten, en tal caso, en cadenas del infierno.» (1)

5. ¿Puede haber conflicto entre el arte y la moral, y en caso afirmativo, cuál debe prevalecer?—Supuesta la subordinación del arte á la moral, ¿podrá haber conflicto entre los dos?; y en caso de haberlo, ¿cómo deberá procederse? ¿Puede ser bello un objeto inmoral, y causar en el alma verdadera emoción estética?

Para la acertada resolución de estas cuestiones, conviene recordar que la bondad y la belleza son absolutas ó relativas, y que ambas son cualidades trascendentales del sér; por lo cual, estrictamente hablando, no puede haber oposición intrínseca entre la moral y la belleza; pero, dada la situación miserable en que el pecado dejó al hombre, y la lucha que desde entonces principió entre el bien y el mal, entre la razón y los bajos apetitos, muchos objetos bellos son *relativamente malos y peligrosos* para el hombre, y no pueden serle impunemente presentados sin causarle daño moral y perturbar su conciencia; no porque dichos objetos, salidos hermosos de las manos de Dios, hayan dejado de serlo, según observa Longhaye, sino porque el pecado privó al alma de su *primitiva rectitud*. «Por esto ciertos espectáculos en sí bellos han venido á ser malos,

(1) P. V. DELAPORT. *Art et Foi*.

para el hombre; por esto, entre la belleza física y la moral, hay á veces ruptura para nosotros." (1)

Esto supuesto, cuando haya conflicto entre el arte y la moral, debe ésta prevalecer sobre aquél, una vez que la moral es la regla de los actos humanos y á ella están subordinados todos los intereses de esta vida transitoria. Mas, al excluir del vasto dominio del arte dichos objetos malos y peligrosos, no por esto se limita el vuelo del artista ni menos se le encadena: antes bien se le encarrila, se hace fructuosa su acción y se procura el mutuo acuerdo y aun auxilio de la ley moral y del interés estético que no pueden combatirse jamás. "Entre la regla moral y la regla artística, no sólo existe acuerdo real, sino en muchos casos verdadera *compenetración*. La regla moral no domina únicamente á la regla artística, á título de principio extraño y superior, sino que la fortalece, no sólo como potencia amiga, sino en muchos casos como ley del arte, de modo que la conquista de lo bello se obtiene al mismo tiempo que la fidelidad al bien." (2)

En toda obra de arte no se ha de atender solamente á que el objeto presentado sea en sí bello, sino ante todo al *efecto* y á la *impresión* que produce en el alma; ya que la obra de arte, la obra literaria en especial, no es únicamente la traducción más ó menos exacta de un objeto dado, sino por sí misma y de un modo más directo, una acción sobre el alma, y la expresión conta-

(1) *Théorie des belles lettres*.

(2) Cf. P. LONGHAYE. Obra citada.

giosa de un alma sobre otra alma. "¿Qué tenemos derecho de exigir de una obra de arte? pregunta el mismo autor. ¿La viva imagen de un objeto en sí bello? Nó. Ésta es la condición más común para satisfacernos, pero nó la condición indispensable. Sea lo que fuese del objeto, lo que reclamamos del arte es el verdadero sentimiento, la verdadera impresión, el verdadero goce de lo bello. ¿Dónde está pues el fin del artista, dónde su acción gloriosa, dónde su triunfo? ¿En presentar á nuestros ojos un objeto bello? Nó. El fin del artista, su acción gloriosa, su triunfo consisten en producir en el alma el puro goce de lo bello." (1)

6. ¿Puede ser bello un objeto inmoral y producir en el alma emoción estética? — Si, como acabamos de verlo, hay objetos bellos que son peligrosos y nocivos para el hombre, en su estado actual, con mucho mayor motivo tienen que serlo el vicio, los afectos depravados y los objetos inmorales, que, por su naturaleza, son malos, están desprovistos de belleza y no pueden producir la verdadera emoción estética, ni despertar sentimientos puros y nobles en el alma. Si, según antes se indicó, la belleza consiste en el esplendor del orden, es indudable que carecen de ella el vicio y la inmoralidad, que son feos, detestables y contrarios al orden. "Donde comienza la inmoralidad, dice atinadamente el mismo autor, termina la verdadera emoción estética, que de suyo es desinteresada, noble y generosa. Aunque provocado por formas sensibles, el pla

(1) LONGHAYE. Obra citada.

cer de lo bello es al fin un placer espiritual, y el sensualismo ahoga al espíritu en la materia, como una antorcha arrojada al lodo. Lo que es inmoral y desordenado no puede ser bello en sí, ni tampoco fuente de belleza.» (1)

En el estado actual, no puede el hombre limitarse á contemplar un objeto nocivo ó peligroso, sin experimentar la impresión mala que le produce en su alma. Asegurar lo contrario sería desconocer la miseria humana é intentar dividir el sentimiento, que de suyo es indivisible. En todo caso no se gozaría debidamente de la emoción estética, ya que el placer puro de lo bello sería contrariado y acaso ahogado por el sensualismo. Por esto Joubert, al hablar de los artistas que prescinden en sus obras de las leyes de la moral y gustan de exhibir la belleza desnuda, dice: que debe negarse la ciencia á los que carecen de virtud; pero, si esta afirmación aparece exagerada, débese admitir con José de Maistre, que hay que rehusar los honores del genio al que se muestra indigno de él. El artista ha de procurar que siempre resplandezcan en sus obras la decencia y la virtud; porque, á medida que éstas decrezcan en aquéllas, disminuirán también la verdadera belleza y la fruición pura y desinteresada del espíritu.

(1) *Théorie des belles lettres.*

CAPÍTULO DÉCIMONONO

La Litoratura

1. Importancia y ventaja de los estudios literarios.—
2. Utilidad de las reglas.—3. ¿Qué es el arte literario?—
4. Jerarquía de las facultades humanas.—5. Daños que causa á la literatura el predominio de la imaginación y la sensibilidad.—6. Afición en nuestros días á la literatura ligera y malsana.—7. Influencia benéfica ó nociva de la literatura en la sociedad.—8. Relaciones entre la literatura y la moral: auxilio que ésta suele prestar á aquélla.—9. La Iglesia católica y las letras.—10. Deberes literarios de los cristianos.

1. Importancia y ventaja de los estudios literarios.—La literatura es uno de los ramos del saber más gratos á los hombres de estudio y muy preferidos por la juventud, desde que se despierta en su alma la afición hacia lo bello. ¿Quién, en efecto, de los que le rinden culto, aunque sea por grato solaz, no ha leído algunas de esas hermosas producciones del ingenio humano, en que no se sabe si admirar más el asunto de que tratan, ó las galas y atractivos del lenguaje? La importancia de los estudios literarios nace de que todas las concepciones de la mente, inclusive las más abstractas, necesitan *exteriorizarse* por medio de la palabra oral ó escrita, para que sean conocidas y estimadas de los demás. Así como un vestido desaliñado y grotesco afea á la persona más apuesta y hermosa, también un estilo inadecuado y rudo deslustra las mejores obras de la inteligencia. Aun cuando un autor haya concebido un tema digno de la oda ó de la epopeya, si no ex-

presa debidamente su pensamiento, si no le da colorido y vida por medio del lenguaje, pasará con su obra lo que con aquellas cascadas que con su ruido asustan y ensordecen, sin dejar en el alma una impresión plácida y tranquila.

Muchas ventajas proporciona al hombre el cultivo de las bellas letras, que los antiguos llamaban *buenas letras*, para manifestar la unión que debe existir entre el talento y la virtud, entre el genio y la verdad.

«El estudio de las bellas letras pule el espíritu y le hace más delicado, poniéndole en contacto con ingenios superiores; forma el juicio, enseñándole á comparar un autor con otro, á ver la diferencia entre dos páginas escritas en un mismo género y acerca de un mismo tema; hace distinguir lo realmente bello de lo que sólo tiene la apariencia de tal; eleva el alma y la engrandece, presentándole en forma atractiva los pensamientos elevados y auxiliándola para producir otros semejantes; embellece, en fin, la vida, porque dulcifica las costumbres y las torna amables, por el hábito de meditar, de gustar el encanto de los poetas y de vivir con los genios de los tiempos pasados». (1)

El cultivo de la literatura comunica al espíritu cierta delicadeza y rectitud de juicio, le recrea y ennoblece, le enseña el arte del bien decir, y aun le infunde amor al bien. Por esto se llama á la literatura *gaya ciencia*, y, sin sus encantos y atavíos, no logran el escritor ni el orador agradar, instruir y conmover á sus lectores ú oyentes.

(1) *Notions de littérature*, por el autor des *Paillettes d'or*.

2. Utilidad de las reglas. La literatura, como los demás ramos del saber, exigen de quien los cultiva, aptitudes naturales, ó sea, facultades literarias. Las principales entre éstas son: «el *genio*, ó sea la fuerza de invención ó numen, resultado del amor sincero á la verdad y de la intuición clara del objeto; el *talento*, que consiste en cierta aptitud para dar á los asuntos que se tratan y á las ideas que se expresan un valor que el arte aprueba y en que el gusto se deleita; el *ingenio*, que es la facultad de percibir en las cosas relaciones delicadas y ocultas, manifestándolas de un modo agradable, por medio de la agudeza del pensamiento y del giro artificioso de la expresión; la *memoria*, ó sea, la facultad de acordarse de las ideas é imágenes anteriormente adquiridas; la *imaginación*, ó sea, el poder que tiene el hombre de representarse en la mente las cosas visibles é invisibles; el *gusto*, esto es, el discernimiento exacto, el tacto delicado y la vista fina, para sentir y conocer las bellezas y defectos de las obras del ingenio; la *sensibilidad*, que, considerada como facultad literaria, es una propensión nativa del alma á dejarse conmover fácil y vivamente del bien ó del mal, de lo bello ó de lo feo, y á comunicar sin trabajo á los demás las emociones que siente; el *juicio*, en fin, en cuya virtud distingue el hombre lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y la conveniencia ó repugnancia de las ideas entre sí». (1)

Pero, supuestas las dotes naturales, es muy

(1) *Elementos de literatura* por los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

útil al hombre de letras el conocimiento y aplicación de las reglas literarias, ó sea, de los principios establecidos por los maestros del buen decir, para dirigir al entendimiento en sus producciones y en la apreciación de las obras ajenas. Es indispensable conocer dichos preceptos y estudiar las obras en que campean la fuerza del talento y la observancia de aquéllos, si se desea ocupar puesto de honor en la república de las letras.

Las reglas literarias y los modelos no han sido fijados al acaso por el capricho ó la autoridad de los retóricos; pues los modelos, en todo género, han precedido á los preceptos, y las reglas se fundan en la naturaleza de las cosas, y son tan fijas, permanentes é invariables como ella (1). Entre las reglas literarias, hay unas fundamentales, deducidas del modo intrínseco de ser de la obra misma, reglas de que no se debe prescindir en ningún caso; y hay otras accidentales, que pueden modificarse y de las que es dado eximirse á los hombres de verdadero talento; pero, como los genios son raros, y las medianías forman la gran mayoría del mundo científico y literario, es preciso inculcar la observancia de las reglas fundadas en la observación y en el análisis de los modelos.

3. ¿Qué es el arte literario?—Para hablar bien, es preciso proceder de conformidad con la naturaleza y con el fin de la palabra, según la acertada observación del P. Longhaye. Bossuet dice, á su vez, que la palabra es en sí *una y doble, corpo-*

(1) Cf. Id. obra citada.

ral y éspiritual. Corporal, por el sonido y por el aire comprimido; éspiritual, por el pensamiento que encarna en sí, imagen y resumen en todo de nuestra naturaleza. De modo que la palabra es, á un tiempo, la manifestación de una cosa ú objeto y la acción moral de un alma sobre otra. Por lo cual se define el arte literario: *el arte que se propone ejercer sobre el hombre una acción poderosa y ordenada por medio de la palabra.*

De esta definición se deduce que la literatura se propone: 1.º enseñarnos á hablar y escribir debida y correctamente; 2.º que también intenta un fin moral: á saber, el perfeccionamiento del hombre, para lo cual debe proceder de acuerdo con la verdad y el bien, y 3.º que la mayor ó menor eficacia de la palabra depende de procurar ó nó el desenvolvimiento simultáneo y ordenado de las facultades humanas.

4. *Jerarquía de las facultades humanas.*— Entre las facultades del hombre, las principales son: la inteligencia, cuyo objeto adecuado es la verdad, y la voluntad, que tiende al bien; vienen después la imaginación y la sensibilidad, facultades inferiores que deben estar subordinadas á las primeras y ser dirigidas por ellas.

Por esto, en la producción de toda obra literaria, han de intervenir las facultades *ordenadamente*; esto es, en el lugar que les corresponde, atentas su importancia y la jerarquía esencial que existe entre ellas. Toda violación en este punto, causa desequilibrio en las mismas facultades y perjudica á la obra literaria. En cuanto al *fondo* de ésta, el escritor ha de inspirarse siempre

en la verdad y tender á un fin honesto y laudable. Hay géneros de composición en que una facultad interviene más que otra: así en los discursos patéticos y en las descripciones abundan las imágenes y figuras retóricas; de modo que desempeñan en ellas papel muy importante la imaginación y el sentimiento: por el contrario, en las obras históricas y didácticas, predomina la razón, sin excluir por completo el apoyo de las facultades auxiliares. Mas, en ningún caso, como lo indica el citado autor, se ha de ahogar la razón con el torbellino deslumbrador de las imágenes, ni adormecer la voluntad con la violencia y molición de los sentimientos.

5. Daños que causa á la literatura el predominio de la imaginación y la sensibilidad.— Por desgracia, se prescinde completamente en muchas producciones literarias, de la jerarquía de las facultades, y se da preferencia á las inferiores y subordinadas sobre las principales y motoras, lo que ha causado á la moral y á las letras un daño incalculable. Sobre todo, en nuestros días, abundan libros y folletos, en los que la imaginación, libre del saludable freno de la razón, y la sensibilidad, desligada del imperio de la voluntad, pintan con colores halagüeños el error y el crimen, ocasionando la perversión de las ideas y el libertinaje de las costumbres: «¿No debemos atribuir á los arranques de una fantasía loca y á los excesos de un sentimentalismo novelesco tantas obras infames en que se hace la apología del vicio y se ridiculizan la honradez y la virtud?» exclama Caro. «Siendo la sensibilidad á la vez ardiente y débil, es el guía menos seguro. Ella es,

además, romanesca y brutal al mismo tiempo: es brutal, porque los sentidos intervienen demasiado: es romanesca, porque el ardor de los sentidos produce cierta embriaguez é ilusión que embellece todo pasajeramente. No creáis que, por ser la sensibilidad capaz de muy hermosas palabras, sea capaz de abnegación; pues es inhábil para reconocer y cumplir un deber cualquiera, cuando éste impone alguna dificultad ó sacrificio, y no va acompañado de emoción ó de placer. (1)

El predominio de la imaginación y la sensibilidad en las obras literarias enerva el carácter, estraga el mismo gusto literario, infunde desdén por las obras serias é instructivas, y afición por las ligeras y aun nocivas. En el mundo moderno se vive muy de prisa, y pocos se dedican á la lectura y estudio de esas obras voluminosas é instructivas, fruto del trabajo paciente y tenaz de nuestros mayores. El materialismo y, lo que es peor, el sensualismo han invadido el terreno de la literatura, han pervertido el gusto y maleado á no pocos escritores que se dedican á la inicua propaganda de las malas ideas, disfrazándolas y ataviándolas con las galas del lenguaje, á fin de excitar más fácilmente las pasiones y apoderarse de la voluntad «Casi toda la literatura contemporánea», dice Longhaye, «atestigua la ruptura esencial de las facultades: *romanticismo*, *fantasismo*, *naturalismo*, todo en el fondo conduce al mismo resultado; lo cual no debe asombrarnos pues sabemos que el hombre vive en guerra con-

(1) *Un nuevo historiador* de J. J. ROUSSEAU.—Cita de LONGHAYE.

sigo mismo, y que la carne en pugna con el espíritu ocasiona ruptura y combate entre las facultades inferiores y superiores»Y, aludiendo á los males que produce el predominio de la imaginación sobre la inteligencia, añade: «Cuando la imagen, por muy repetida y brillante, nos distrae del pensamiento capital; cuando el estilo viene á ser una especie de fantasmagoría de colorido deslumbrador, pero de dibujos extravagantes y vacíos de sentido, ¿no es cierto que la razón queda dominada por la imaginación? ¿No será esto efecto de un mal hábito, que muchos considerarán acaso como una conquista de la literatura contemporánea, en especial de la poesía? Después de la pedantería deslucida y fría del siglo XVIII, nos vino el exceso de colorido, del que aún Chateaubriand no siempre escapó. Luego con Víctor Hugo vienen la enumeración infinita, el detalle inagotable, la lluvia de perlas finas ó falsas que deslumbran la vista y encubren mal las desigualdades de la inspiración». (1)

Pero, al rechazar como nocivo el predominio de la imaginación en todas las obras literarias, no se la ha de excluir por completo ni aún en las en que interviene principalmente la razón, so pena de que sean áridas y de penosa lectura. Cuando la razón guía á la imaginación, y el fondo de la obra es verídico y moral, no son reprochables los vuelos y arranques de esta última facultad. «¿Quién no ha notado», dice Balmes, «el vuelo que en nuestra época va tomando la fantasía y la prodigiosa expansión del corazón en esa literatura tan

· (1) Obra citada.

varia, tan irregular, tan fluctuante, pero al propio tiempo tan rica de hermosísimos cuadros, rebotante de sentimientos delicados y embutida de pensamientos atractivos y generosos»? (1)

Mas, conviene repetir una vez por todas, que la perfección literaria depende del equilibrio y armonía de las facultades, lo que, en cierto modo, produce la *salud física del alma*. En efecto, «de este equilibrio de las facultades en su jerarquía nativa, resulta el imperio extenso, suave, generoso, pero inviolado, de la razón y de la voluntad sobre la imaginación y el corazón, de las facultades espirituales sobre las sensitivas: imperio necesario, consecuencia, ó mejor dicho, extensión inmediata, de el del alma sobre el cuerpo; imperio que no puede negar sino el materialista, porque ignora lo que es el hombre y hace profesión de no ser hombre». (2)

6. Afición que hay en nuestros días á la literatura ligera y malsana. Grande afición existe en nuestros días á la literatura ligera y corruptora: sobre todo, el drama y la novela procuran excitar las más vergonzosas pasiones, por medio de escenas en que se hace la apología del crimen y se presentan en ridículo la honradez y la virtud. La decencia, el pudor, la justicia, los dogmas mismos de la religión son objeto de ataques soeces de parte de los modernos profanadores del pensamiento, que han hecho de la literatura una mercancía, explotada, vendida y comprada, alte-

(1) *Et Protestantismo.*

(2) P. G. Longhaye. *Dix-neuvième siècle. Esquisses littéraires et morales.*

rada y falsificada, al decir de un escritor, como no lo es ni aun el más vulgar de los artículos que se ponen al servicio de nuestras más bajas necesidades. «Dramaturgos y novelistas» afirma el P. Félix, «que fingen escandalizarse ante algunas raras condescendencias de la casuística cristiana, no se avergüenzan de extender el *dorado velo* de su nueva moral sobre todos los crímenes, todas las disoluciones, todas las crueldades, y á veces sobre todo género de maldades»... «¡Oh! ¿quién vendrá con el látigo en la mano», exclama indignado el mismo autor «á arrojar del santuario de las letras á esos mercaderes del pensamiento humano? ¿Quién vendrá á barrer del templo esas inmundicias que han acumulado la inmoralidad, el cinismo y el agiotaje de la literatura corruptora? ¿Quién sabrá azotar con animosa indignación todas esas fealdades y depravaciones literarias, que, rebajando y deshonorando la dignidad del arte, rebajan y deshonoran á la humanidad misma?» (1)

«¿Qué habéis hecho de la escena francesa?» repeta Julio Favre, en la Asamblea misma legislativa: «Habéis hecho de ella un foco de libertinaje y de impudencia. Allí presentáis unas desnudeces ante las cuales no hay pudor que no se avergüence. En vuestros teatros prostituís á los niños haciéndoles representar tipos de degradación y de cinismo, con escándalo de todas las personas honradas»—«¿Qué ha pasado», pregunta Pelletán, «con esa forma privilegiada de la literatura que se llama la novela? Se ha sacado de ella la novela aventurera, la novela sin casa ni hogar, la

(1) *Causas de la decadencia artística.*

novela que arrastra á la juventud á lo más abyecto, que relata la vida desordenada, que poetiza el vicio por el vicio, primero el vicio *cándido é ingenuo*, después el vicio ya *experimentado*, y, por último, la novela corruptora, en que el escándalo lo explica todo y hace las veces del talento». (1)

Esta enfermedad literaria, esta afición á las imágenes recargadas, al sentimentalismo y romanticismo exagerados, manifiestan que la moral y las letras van á menos en nuestros días; que «hay disgusto por la belleza calmada y serena, y apego al colorido chillón, á la impresión desmesurada. Nos parece pálido cuanto es sobrio de adornos y estamos tentados á juzgar frío todo lo que no es violento. Es imposible desconocerlo: la imaginación y la sensibilidad han tomado entre nosotros un desarrollo anormal y enfermizo. Muy debido era resistir á la frialdad estéril ó á la *sensiblería* fatigosa de los contemporáneos de Voltaire: confesamos de buen grado que, en poesía sobre todo, se podía aflojar un tanto la severidad del gran siglo; pero convenía detenerse allí, y, dando acaso un vuelo más libre á las facultades inferiores, conservarlas rigurosamente en el puesto que Dios les ha señalado. La palabra sería entonces más respetada y el hombre más fuerte». (2)

7. Influencia benéfica ó nociva de la literatura en la sociedad.—Grande es el atractivo de la literatura y benéfico su influjo en los individuos y en la sociedad, cuando se somete á los dictáme-

(1) Citas del P. Félix.

(2) LONGHAYE. *Théorie*, etc.

nes de la moral y á las reglas del buen gusto. Esto se funda en que toda obra literaria es la expresión de los sentimientos del escritor, cuyo propósito es hacernos pensar y sentir como él. La literatura, ha dicho Faguet, es la más inmediatamente psicológica de todas las artes, porque es la que más pronta y directamente nos transmite, en algún modo, el alma del autor. La literatura, que está enlazada con la ciencia y las costumbres, añade el P. Félix, preludia todos los progresos y todas las decadencias artísticas; la literatura, esto es, el arte en su esfera superior, el arte magistral, que juzga y gobierna á todos los demás, que condena ó absuelve, aprueba ó rechaza, alienta ó desanima, aplaude ó persigue, eleva ó abate, corona ó derriba á las soberanías artísticas. (1)

Hay varias causas que contribuyen al adelanto ó decadencia de las bellas letras y aun á su acción benéfica ó nociva en la sociedad. Tales son, á juicio de un escritor: 1.º El *medio físico* en que se vive; esto es, el temperamento de cada uno, que está sometido al influjo del clima, á las cualidades ó defectos que se heredan, á ciertos accidentes graves, como los desastres y trastornos públicos. 2.º El *medio social*, ó sea, la forma de gobierno, el estado de despotismo, de anarquía ó de orden legal que impera en una nación, todo lo que no puede ser indiferente al cultivo de las letras. 3.º La *organización social* de un pueblo: á saber, sus hábitos aristocráticos ó democráticos; pero estos hábitos, como las dos causas anteriores, obran sólo débil é indirectamente en las pro-

(1) Cf. *Causas de la decadencia artística*.

ducciones literarias; porque el buen gusto, la rectitud, la elevación de espíritu y de sentimiento, cosas indispensables para la perfección de éstas, no exigen una casta privilegiada, ni un clima determinado, ni les perjudica la democracia ó la aristocracia. (1)

«El *medio intelectual* y el *medio moral*, ó sea el estado general de las inteligencias y el de las almas», dice el mismo autor, «son las causas profundas y verdaderamente determinantes de una literatura.

«El medio intelectual es el espíritu peculiar de cada raza, que modifica, sin destruir, los caracteres esenciales del espíritu humano; es esa originalidad nacional que reconocemos legítima, desde luego, con tal que no exagere hasta salirse del tipo universal y de las leyes naturales. Pasa con cada pueblo lo que con cada individuo: por bien dotado que sea, no reúne en sí todas las perfecciones; y desde que mira á su alrededor, encuentra cosas que envidiar y en que instruírse. Es necesario conocer las otras literaturas y compararlas con la propia, imitar las obras maestras de otros autores y esforzarse discretamente en extender y completar su propio genio, asimilándose algunos rasgos de los genios exóticos... De este modo se adquieren conocimientos más ricos y hábitos de análisis y de crítica más vastos y profundos.

«Pero la situación intelectual de un individuo ó de un pueblo está íntimamente ligada con su

(1) Cf. P. LONGHAYE. *Dix neuvième siècle-Essquisse littéraires et morales.*

estado moral. Poesía, elocuencia, historia, crítica, todas las formas de la palabra valen, al fin de cuentas, por el alma y para el alma. Una literatura es el signo auténtico de un estado del alma; porque aquélla es el efecto próximo y el fruto natural de ésta... Las otras condiciones de clima, de temperamento, las instituciones políticas, las diversas relaciones de las clases entre sí, no obran verdaderamente sobre las letras sino pasando por el alma é influyendo en ella; pero hablar del estado moral de una sociedad, es hablar de la causa inmediata y principal de su literatura; juzgar de ésta equivale á apreciar la nota moral que de ella se desprende y nos solicita á vibrar de unísono con aquélla.

"Mas, para apreciar el estado moral de una sociedad, no basta considerar sólo sus costumbres sanas ó corrompidas, sino también su reposo, debido á la posesión común de verdades fundamentales, ó su trastorno, producido por la confusión de las doctrinas ó la incertidumbre universal. Para las letras como para la vida, aprovecha mucho que los principios permanezcan ciertos, sean reconocidos por todos, estén fuera de duda y que aceptándolos se califique su violación de inconsecuencia.

"Para el hombre reflexivo, las artes liberales, al ponerse al servicio de la inmoralidad, no sólo faltan á su fin superior, que es elevar el alma, sino que se amenguan y envilecen; porque una obra nociva no puede proporcionar á nadie la verdadera y pura emoción estética... Así mismo, una literatura escéptica es una máquina que produce impresiones sensuales y causa la trivialidad y la depravación... El que no cree en nada no ama

nada, y el que no ama nada es estéril. El escepticismo mata el arte». (1)

Cuando á un fondo sano se une la perfección en la forma, las producciones literarias ejercen en el ánimo un influjo saludable y avasallador. Pero, cuán pocas veces se realiza esto; y por eso necesita, especialmente el joven, de cautela y dirección en sus lecturas. Su deseo de instruirse, su avidez misma en leer las producciones del ingenio humano, hacen que muchas veces las acepte sin discernimiento y sin separar la paja del buen grano. Sobre todo, cuando un lenguaje atildado embellece una obra, es muy fácil á ésta inocular el veneno del error y atraer á los lectores con las seducciones del vicio ¡Cuántas almas juveniles han perdido el tesoro de la inocencia y aun estragado el gusto literario por las lecturas nocivas!

Una vez que hay buenos y malos libros, conviene mucho saber distinguir los unos de los otros; por lo que indicaré algunas reglas prácticas á la juventud estudiosa.

Un buen libro, decía el P. Lacordaire, es para el alma como un ser vivo con quien se conversa en la intimidad, y como un amigo de confianza á quien se admite a los entretenimientos más familiares. Reflexionar al leer un buen libro, comprender su doctrina, aceptarla, embriagarse con su perfume, penetrarse de su substancia, todo esto causa en el alma un goce indefinible. El tiempo corre ligero en esas comunicaciones encantadoras del pensamiento propio con un pensamiento superior;

(1) LONGHAYE. Obra citada.

las lágrimas vienen á los ojos y se agradece á la bondad divina el haber dado á las rápidas efusiones del espíritu la duración del bronce y una vida sin término.

«¿Cuáles son los libros que deben ser leídos de preferencia, sobre todo por los jóvenes?», pregunta Mgr. Baunard. «Únicamente, contesta, los que tienen el triple sello de la verdad, de la bondad y de la belleza. La verdad en la doctrina la posee la Iglesia católica romana, y por esto cuanto se aparta de ella es. ú obra de tinieblas ú obra de muerte. La belleza en la expresión se encuentra en las obras portentosas de los genios que han estado siempre poseídos del ideal, á cuya consecución dirigen sus esfuerzos. El bien se halla en la observancia de la ley moral; y el medio de conocer la índole de un libro es observar si, después de leerlo, se siente uno más casto, más generoso para lo bueno, más alejado de lo malo y más aficionado al cielo. Hay una regla para juzgar de la palabra humana, hablada ó escrita: *cuando la palabra refleja mejor el pensamiento, el pensamiento al alma y el alma á Dios, todo es entonces bueno y bello*. Que ésta sea la regla de la lectura.

«Conviene leer pocos libros y escogidos, para evitar la manía de los que quieren conocer todo é imponerse de cuanto cae en sus manos, con lo que no adquieren conocimientos sólidos en ninguna materia. *Teme al hombre que lee un solo libro, time hominem unius libri*, decían nuestros padres. No se profundiza ningún ramo del saber sino concentrando en él las fuerzas del espíritu y especializándose en él. Un moralista ha dicho: «el mundo está acometido del furor de la lectura, y

nuestro siglo está enfermo de leerlo todo. El público es una especie de boa constrictora de mil cabezas, cuyo apetito voraz se sacia con papel impreso, y cuya digestión tiene visos de agonía. A medida que se avanza en edad se leen pocos libros, como se cultivan pocas amistades; pero son libros y amigos escogidos.» (1)

Las buenas lecturas, y en general las bellas letras, pulen el espíritu, dulcifican el carácter, recrean honestamente al hombre, le ponen al habla, por decirlo así, con los ingenios de todos los tiempos y le enseñan á combinar en justa medida lo útil con lo agradable. «Propio es de las bellas letras», dice León XIII, «cuando son enseñadas por maestros hábiles y cristianos, desenvolver rápidamente en el alma de los jóvenes todos los gérmenes de vida intelectual y moral, al mismo tiempo que contribuyen á dar rectitud y amplitud al juicio, así como elegancia y distinción al lenguaje.» (2)

Terribles son los daños que produce la lectura de malos libros. Desde luego la pérdida del tiempo, que debe emplearse en cosas útiles; cuanto más que la experiencia confirma que el que se acostumbra á leer dichos libros, malgasta en ellos los meses y los años, aun con menoscabo de las obligaciones que le incumben. Se estraga además el gusto literario; porque el que tiene la cabeza y el corazón llenos de ideas y deseos perversos, no encuentra agrado en las tranquilas y serias ense-

(1) *Le Collège chrétien.*

(2) Encicl. al Episcopado y al Clero de Francia, del 8 de Septiembre de 1899.

ñanzas de la historia, de la filosofía y de las ciencias. Las facultades pierden su energía: la inteligencia se entenebrece y disgusta de los estudios sólidos, y la luz de la fe deja de iluminar esa atmósfera malsana; el corazón se resfría para lo bueno, se inclina á lo malo y se enerva por la acción de ese narcótico que le quita el vigor y la calma.

El que se entrega á las malas lecturas, es pronto dominado por el egoísmo; y, en vez de las alegrías puras y delicadas que proporcionan la amistad, la familia y la religión, siente esas malas complacencias del alma, que Virgilio calificaba de mortales. La imaginación se llena de fantasmas impuros, la conciencia pierde su rectitud, la voluntad se consume en la inercia y, lo que es peor, las costumbres se corrompen (1). Nada raro es que, privada entonces la inteligencia de la lumbre de la verdad y el corazón del suave yugo de la ley moral, se entregue el hombre á los peores excesos, lleve una vida estéril y termine en la desesperación y en el suicidio. A menudo estamos lamentando los funestos resultados que los libros impíos é inmorales producen, sobre todo, en la inexperta juventud.

8. Relaciones entre la literatura y la moral; auxilio que ésta suele prestar á aquélla.— El cultivo de las bellas letras, de la literatura especialmente, lejos de estar reñido con la moral y los dogmas católicos, encuentra antes bien en ellos un manantial fecundo de belleza y de buen gusto. ¡Cuántas y cuán hermosas producciones deben

(1) Cf. MGR. BAUNARD. Obra citada.

su origen á las enseñanzas divinas y á la hermosa y atractivos de las virtudes cristianas! La historia de la religión está íntimamente ligada con la de las letras; y desde la Biblia y los escritos de los Padres y apologistas de los primeros siglos de la Iglesia, hasta el *Genio del cristianismo* de Chateaubriand y los *Estudios filosóficos* de Augusto Nicolás, innumerables obras de indiscutible mérito han formado y enriquecido el inmenso arsenal de la ciencia y literatura católicas. Pro-sadores insignes, poetas eminentes, filósofos y naturalistas profundos, historiadores distinguidos, etc., etc., abundan entre los hijos de la Iglesia, madre fecunda de santos y de sabios.

Las mejores producciones literarias, en especial las poéticas, se han inspirado en asuntos religiosos, y las últimas, sobre todo, han servido con frecuencia de lazo de unión entre Dios y el hombre. La inspiración, sin la que no existe el numen poético, eleva al hombre sobre el nivel común, le transforma, en cierto modo, y levanta hasta el trono de la Divinidad, para cantar sus glorias y grandezas. La historia comprueba que la poesía decae y se esteriliza cuando huye del comercio sobrenatural, cuando se torna impía y voluptuosa.

«La poesía de los antiguos era toda religiosa en su principio y en sus más remotos orígenes», dice Ozanam: «la poesía era la predicación del paganismo, que no conocía otra. En servicio de los dioses se habían referido por primera vez esas largas historias destinadas á resumirse un día en poemas épicos, en los que se celebraban las hazañas de los héroes, hijos de los dioses. Los

primeros cantos fueron otros tantos himnos á los inmortales. En cuanto á la tragedia, el teatro no se abría sino en las fiestas de Baco, y aquélla no era sino una parte del culto público. Por esto cuando la poesía salió de los templos y se manifestó al exterior; cuando fué entregada á los profanos por Homero y Hesíodo; cuando con Virgilio penetró en la familiaridad de Augusto y, tomando en seguida asiento entre los cortesanos, se inclinó ante el trono de Nerón, entonces es natural inquietarse por el destino de la poesía, temor que se justifica cuando Claudiano la hace entrar en la domesticidad de Estilicón y de los otros ministros de Honorio». (1)

«Quitad la religión, y cortaréis las alas al poeta, que en seguida caerá por tierra y se sentirá como estrecho en el mundo. Con la religión, al contrario, todo se agranda, y el horizonte se extiende sin límites para sus miradas, ante la inmensidad de Dios... Colocada en la tierra, para elevar hasta Dios los homenajes de los hombres, entre quienes distribuye en cambio los dones celestiales, la religión nos muestra con una mano la morada de la eterna felicidad, y con la otra los abismos abiertos por la justicia divina. ¡Qué campo tan vasto para el genio del poeta, qué asuntos tan hermosos para sus meditaciones!» (2)

«Entre los griegos», añade Chateaubriand, «el cielo terminaba en la cumbre del Olimpo, y sus dioses no se elevaban más alto que los vapores de la tierra. El maravilloso cristiano de acuerdo

(1) *La Tradition littéraire.*

(2) PISARD, *Le Génie du catholicisme.*

con la razón, las ciencias y la expansión de nuestro ánimo, se hunde de mundo en mundo, de universo en universo, en espacios en que la imaginación asustada se estremece y retrocede. En vano los telescopios escudriñan todos los ángulos del cielo; en vano persiguen al cometa más allá de nuestro sistema; el cometa al fin se escapa, pero no escapa al *arcángel* que le arrastra á su polo desconocido, y que, en el siglo señalado, le conducirá por caminos misteriosos hasta el hogar de nuestro sol. El poeta cristiano es el único iniciado en el secreto de estas maravillas. ¡De globo en globo, de sol en sol, con los *serafines* y los *tronos* que gobiernan los mundos, la imaginación fatigada vuelve á descender, en fin, sobre la tierra como un río que por una cascada magnífica derrama sus olas de oro al aspecto del sol que se hunde radiante en el ocaso!» (1)

La religión no se limita á suministrar al poeta importantes asuntos que tratar y ricos materiales que utilizar, también le auxilia en la ejecución de su trabajo infundiéndole amor á la soledad, al recogimiento interior, á la meditación. «Si muchas obras de hoy están desprovistas de pensamientos sólidos y carecen de vigor de expresión, es debido á que el escritor encadenado al mundo por el torbellino de los negocios y de los placeres, trabaja siempre con mucha precipitación. ¿Veis esos convoyes que pasan de un punto á otro con una rapidez extrema? El silbido del vapor que se escapa, el hierro que rechina sobre el hierro, la nube espesa que se difunde por el aire: he ahí

(1) *El Genio del cristianismo.*

lo que se nota desde luego. Después, cuando el convoy está á cierta distancia, deja entrever algo de vago que pronto desaparece por completo. Esta es la poesía del siglo: ella es vocinglera, dura, nebulosa; pasa de un punto á otro con sorprendente rapidez, y no deja en el pensamiento sino algo indeciso que luego se disipa para no volver. La obra del hombre, la poesía sobre todo, exige un trabajo concienzudo, una meditación profunda. Si los versos de Virgilio están impregnados de cierto sello de melancolía, que no siempre se encuentra en el mismo Racine, nace esto de que el primero, por infortunio ó por disgusto, pasó parte de su vida en medio del campo, mientras el segundo vivió siempre en medio del mundo y de la corte... Poetas, ¿habéis elegido un tema difícil: queréis salir bien de vuestra empresa? Salid del mundo, á lo menos por algún tiempo; id á soñar en las playas solitarias, á la sombra de una floresta; venid á orar en nuestras viejas catedrales, al pie de la Cruz, junto á las tumbas; exigid á los hijos mismos de la soledad la práctica difícil del silencio y la meditación... ¿Queréis pintar la naturaleza? Aprended antes á conocerla. ¿Deseáis hablar del hombre? Entrad dentro de vosotros mismos y consultad á vuestro corazón. ¿Aspiráis á elevaros con vuestro pensamiento hasta Dios? Escuchad lo que os dice la religión. ¿Queréis que vuestra obra pase á la posteridad? No podréis obtener la inmortalidad en pocos instantes.» (1)

De lo anteriormente dicho se puede deducir, con el P. Longhaye, que la ley moral y la ley li-

(1) PINARD.—*Le Génie du catholicisme*.

tería guardan entre sí estrecha relación; pues son como dos flores que brotan del mismo tallo y salen de las profundidades de la naturaleza humana, y, por tanto, de las profundidades del mismo Dios .. "Sea cual fuere el objeto de la palabra", continúa el mismo autor, "tiene siempre la obligación de sostener la excelencia del espíritu y su imperio sobre la materia; por lo que debe ser *espiritualista*, esto es, no usar de lo sensible sino en servicio del espíritu... Porque ¿qué cosa intenta la sana literatura? El respeto de la jerarquía de las facultades, á lo que nos obliga la moral, á lo menos indirectamente, á título de precaución y de higiene habitual del alma." (1) ¡Ah! ¡cuánto ganarían en solidez y en mérito literario las producciones del ingenio, si no contrariaran las leyes de la moral ni los dictámenes de la recta razón!

Por lo demás, al condenar la lectura de obras nocivas ó de mal gusto literario, no pretendo rechazar incondicionalmente como malsana la lectura de los clásicos paganos. Nadie puede desconocer el mérito relevante de esos autores, sin cuyo estudio se privaría el literato de modelos acabados en el arte del bien decir; pero, como los intereses de la moral están sobre todo, es preciso, en los libros antiguos y modernos, prescindir de las obras lascivas y corruptoras que, por desgracia, abundan entre los paganos. Por esto Pío IX, en carta dirigida en 1854 á los obispos de Francia, les aconsejaba usar con precaución, en la

(1) *Théorie des belles lettres.*

enseñanza de la juventud, de las obras de los clásicos antiguos.

9. La Iglesia católica y las bellas letras.— Varias veces se ha tratado en esta obra del auxilio eficaz y constante que la Iglesia ha prestado á la cultura del espíritu y al adelanto intelectual, moral y material de los pueblos. Por lo mismo, no podían serle indiferentes las bellas letras y, en especial, la literatura; pues, aun cuando el fin de la Iglesia sea sobrenatural, como existe en el tiempo, y sus miembros constan de alma y cuerpo, acepta los medios humanos y temporales lícitos, que pueden servirle para el desempeño de su misión y el bienestar del hombre.

Ahora bien, el cultivo de las letras "hace al hombre más apto para las labores intelectuales y lo engrandece ante los demás: al contrario, el que no las conoce y posee pierde mucho en la estima de la gente ilustrada. Además, "como nuestra naturaleza es tal", según observa León XIII, "que nos elevamos de las cosas sensibles á las superiores, no hay cosa más á propósito para ayudar á la inteligencia como los recursos del estilo y la cultura intelectual. Una manera de decir elegante y natural atrae á los hombres á leer y á escuchar: la verdad iluminada por el brillo del lenguaje, penetra con mayor facilidad en los espíritus y se apodera de ellos. Existe entonces cierta semejanza con el culto exterior de Dios, que tiene la gran ventaja de elevar el pensamiento y el espíritu, del esplendor de las cosas sensibles á la divinidad misma." (1)

(1) *Carta al Cardenal Parocchi, de 20 de Mayo de 1895.*

Encargada la Iglesia de los intereses más vitales de la humanidad, procura el perfeccionamiento de ésta en todo sentido y promueve, por lo mismo, el desarrollo armónico de todas sus fuerzas y facultades. "Penetrada de estas razones", dice León XIII, en el mismo importante documento, "é inclinada á cuanto es honesto, bello y laudable, la Iglesia católica ha estimado siempre en su justo precio los estudios literarios y se ha mostrado, en todo tiempo, cuidadosa de su progreso.

"En efecto, todos los Santos Padres han sido letrados en la medida que su época lo permitía; y algunos de ellos poseyeron un genio y arte tan notables, que pueden competir con los más célebres escritores de Grecia y Roma. La Iglesia hizo al mundo el inestimable servicio de liberar de la destrucción una gran parte de las antiguas obras griegas y latinas de poesía, de elocuencia é historia. Nadie ignora que en la época en que las letras estaban abandonadas y cuando el ruido de las armas les imponía silencio en toda Europa, á causa de las invasiones de los bárbaros, un solo refugio tuvieron aquéllas: las comunidades de monjes y de sacerdotes.

"Conviene recordar que un gran número de los Pontífices romanos sobresalieron por la perfección en las letras: tales son, Dámaso, León el Grande y Gregorio el Grande, Zacarías, Silvestre II, Gregorio IX, Eugenio IV, Nicolás V y León X, cuyo recuerdo no perecerá. En la dilatada serie de los Papas, no se encuentra talvez uno solo que haya desatendido las letras. Su previsión y generosidad les indujeron á abrir en todas partes

escuelas y colegios para la juventud ávida de instrucción, y á ofrecer en las bibliotecas alimento á los espíritus. Los obispos recibieron orden de fundar en sus diócesis escuelas de literatura, y los sabios fueron colmados de beneficios que los estimulaban al trabajo. Todo esto es tan cierto, que los mismos detractores de la Sede Apostólica, se han visto obligados á confesar que los Pontífices romanos son insignes benefactores de los buenos estudios." (1) Sabido es que las universidades más célebres de Europa, como las de Salerno, Bolonia, Padua, Tubinga, Friburgo, Salamanca, Praga, París, etc., fueron fundadas por la Iglesia, y que á su seno pertenecieron también los más insignes escritores del siglo de oro de la literatura francesa y española.

Por esto León XIII, á ejemplo de sus predecesores, ha puesto vivo empeño en que el estudio de las letras *recobre su puesto de honor y su antiguo brillo entre el clero*. Con este fin ordenó que en el seminario eclesiástico de Roma se "abrieran cursos particulares y apropiados en que los jóvenes más inteligentes, después de versarse en la literatura italiana, cultiven, bajo la dirección de maestros capaces, las letras griegas y latinas." (2)

Las bellas letras, á su vez, han servido no poco á la Iglesia y á la moral, cooperando á la difusión de su doctrina con las galas de la dicción y la poderosa fuerza de la oratoria. Por lo cual, Paulo III prescribió á los escritores católicos el

(1) *Carta citada.*

(2) *Id.*

empleo de un estilo elegante, para refutar á los herejes, que pretendían ser los únicos en juntar al conocimiento de la doctrina el de las letras. Como dice León XIII, "el estudio de las bellas letras ha auxiliado poderosamente á muchos hombres á ser valerosos y útiles obreros, al servicio de la Iglesia, y los ha hecho capaces de componer obras verdaderamente dignas de pasar á la posteridad, que contribuyen aun en nuestros días á la defensa y difusión de la verdad revelada." (1)

10. Deberes literarios de los cristianos.— Cuantos han recibido dotes literarias y desean emplearlas debidamente; cuantos pretenden libertarse del torrente destructor del sensualismo que intenta ahogar el arte en sus inmundas olas, deben persuadirse de que, sin amor á la verdad y al bien, sin respeto á la moral y á la decencia, sin religión, en una palabra, es imposible no extraviarse en el cultivo de la literatura. "También el poeta tiene la responsabilidad de las almas" afirma Víctor Hugo. "No conviene que la multitud salga del teatro sin llevar consigo alguna regla de moral austera y profunda." Con razón señala Ozanam como el *primer deber literario* de los cristianos, la *ortodoxia*. "Esta ley, dice, que parece desde luego una sujeción y una traba, viene á ser, por lo contrario, principio de libertad y grandeza... La libertad no consiste en la duda retrógrada que compromete el progreso de los espíritus. Hay en toda ciencia una autoridad, una orto-

(1) *Enciclica al Episcopado y al Clero de Francia, del 8 de Septiembre de 1890.*

doxia de que no se puede desviar impunemente». Y en otro lugar, añade: «La fe infunde hábitos de convicción, de firmeza, de disciplina. Y ¿qué otra cosa falta al siglo XIX, para ser un gran siglo, sino disciplinar tantos talentos superiores? ¿Acaso ha habido jamás inspiraciones más generosas, ambiciones y deseos más nobles, como también más esfuerzos perdidos, más veleidades impotentes y caracteres más indecisos? Les ha faltado esa educación bienhechora y severa del cristianismo. La fe obra sobre todo en la voluntad, y la voluntad es la mayor parte del genio.» (1)

Por el contrario, la duda, la impiedad, la irreligión, en fin, ahogan el talento, esterilizan el ingenio, pervierten el corazón, ciegan las fuentes de la verdad y de la inspiración literaria; y si el hombre de talento estragado y corrompido, puede manejar la pluma, sus producciones son nocivas y carecen de la energía y belleza que tendrían si se pusiesen al servicio de las sanas ideas. ¡Cuán grave deber tiene el escritor de alejarse del campo árido del escepticismo! «El que duda», dice Ozanam, «no tiene derecho, si es consecuente, de resolver ni un problema de álgebra ni una dificultad de filología, si antes no resuelve esas incertidumbres que han de turbar su sueño y humedecer con lágrimas su lecho.»

(1) *Des devoirs littéraires des chrétiens.*

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Resumen y conclusión

1. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos.—2. Triste situación de la ciencia desligada de la fe.—3. Utilidad de los estudios religiosos.—4. Necesidad de cumplir la misión señalada por Dios á cada uno.—5. Misión del joven cristiano en el mundo.—6. Fin que Dios se propone al distribuir desigualmente las dotes naturales: vocación del genio y del talento.—7. Un modelo de joven ilustrado y creyente.—8. Excelencia del carácter y del trabajo, que fué utilizado por la Iglesia en la conversión de los bárbaros.—9. O educación cristiana ó impla — 10. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.

1. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos.—Con el presente capítulo doy término á esta obra, en la que he procurado manifestar la vital importancia de la educación y la manera de darla debidamente. Convencido como estoy de que la llaga principal de la sociedad moderna es la formación mala, ó por lo menos incompleta de la juventud, y de que la cultura, de que nos gloriamos, es el resultado de la educación que el cristianismo da á los pueblos, he acudido de preferencia, en esta delicada materia, á la doctrina católica, que es la única que, sin descuidar los intereses de la presente vida, guía al hombre á la consecución de su inmortal destino.

Que el cristianismo es el único que, desde sus

comienzos, trabajó por la instrucción popular, lo manifiesta la orden dada por Jesucristo á sus apóstoles de *enseñar á todos los pueblos*, en obediencia de la cual los obispos y el clero fundaron escuelas, en todos los lugares en que anunciaban el Evangelio, á fin de instruir á las masas, no sólo en lo tocante á la salud eterna, sino también en los conocimientos profanos. A diferencia de la antigüedad, que hizo de la ciencia el patrimonio de unos pocos y la ocultó á las miradas de la multitud, como si fuese un misterio, la Iglesia difundió sus enseñanzas entre todas las clases sociales, atendiendo especialmente á los niños, á los pobres, á los atribulados, para quienes tiene peculiar cariño.

Convencida de que la ignorancia causa graves daños en el orden temporal y eterno, ha procurado en todo tiempo la Iglesia derramar la luz de la ciencia cristiana, como medio de ilustrar y, sobre todo, de moralizar á los pueblos. Por modesto lugar que ocupe un hombre en la esfera social, si recibe educación cristiana, se eleva y adquiere, junto con la conciencia de su dignidad de ser racional y de hijo de Dios, reglas seguras de bien obrar y nociones utilísimas para satisfacer debidamente las exigencias de la vida. Entonces comprende el mérito del sufrimiento y de la obediencia, la necesidad de reprimir las malas inclinaciones y de fomentar las buenas; el mérito del trabajo y de las acciones virtuosas que hacen al hombre merecedor de eterna dicha.

Séame ahora permitido recordar y resumir brevemente algunas de las principales verdades consignadas en este libro.

Todos los conocimientos que pueden enriquecer al hombre, se apoyan en ciertos principios ó verdades primordiales, y exigen, además, para su desarrollo, recto criterio y asiduo esfuerzo de quienes se dedican á su cultivo. Dios ha concedido á la criatura racional el poder de conocer y descubrir la verdad; pero, por la limitación de sus facultades y el menoscabo que éstas recibieron por la culpa original, no siempre obtiene, al término de sus labores, el oro puro de la verdad, sino que á veces se deja engañar por el brillo falso del error y del sofisma, y los acepta. Necesita, pues, el hombre, para no extraviarse, de un guía diestro y seguro que le conduzca por la difícil senda del saber y le descorra el velo que oculta la ciencia.

Ahora bien, sin desconocer el poderoso auxilio de la razón humana, fuente de los conocimientos del orden natural, ni el apoyo que prestan la experiencia y la paciente labor de los hombres doctos que conducen á los ignorantes á la *tierra prometida* del saber, es indudable que la religión es guía firmísimo del hombre en sus faenas intelectuales. Sabido es que, sólo por medio de la revelación, conocemos la verdades sobrenaturales y que aun nos sirve ella mucho para adquirir no pocas verdades naturales. Con la luz que difunden los dogmas cristianos, con las reglas admirables de moral que la Iglesia prescribe, las ciencias especulativas y prácticas tienen una base firme y un punto de partida seguro para sus investigaciones. ¡Cuántas enseñanzas y afirmaciones científicas contenidas en la Biblia han guiado á los sabios en el estudio de la naturaleza!

Todas las ciencias, en especial la filosofía, la moral y la historia, son deudoras á la Iglesia católica de inmensos servicios; porque ella ha disipado los errores de que estaban plagadas durante el paganismo, y las ha hecho avanzar á pasos de gigante hacia la posesión de la verdad y del bien, que es el término de sus aspiraciones.

Tarea interminable sería la de contar, siquiera someramente, los beneficios hechos por la Iglesia en el mundo científico. El pensador cristiano se siente abismado ante el sinnúmero de verdades conexionadas con la religión, y experimenta una emoción semejante á la que causa la vista del océano, cuyas orillas no se divisan. Cada dogma es un foco de luz que disipa las tinieblas del error y la ignorancia y ofrece al hombre de ciencia horizontes nuevos; cada verdad moral es norma segura para la dirección de las costumbres y el mejoramiento de los pueblos. «Los dogmas», ha dicho Mgr. Dupanloup, «encierran soluciones para todos los grandes problemas filosóficos y sociales, y nos transportan á un mundo más vasto—el sobrenatural—que acaba y corona al mundo visible, manteniendo con él una armonía maravillosa.»

2. Triste situación de la ciencia desligada de la fe.—La religión es no sólo la santificadora de las almas, la maestra del sacrificio, la inspiradora de las mayores proezas que han presenciado los siglos, sino también el centro y núcleo de las ciencias. Cuando alguna de ellas desoye sus enseñanzas, es como rama arrancada del árbol, que se seca por falta de savia; es como el pródigo del Evangelio que, incitado por el vicio, deja la casa paterna y va en pos de bellotas nauseabundas.

Y ¡cuántas veces la ciencia arrogante, la ciencia incrédula que juzgó neciamente progresar y obtener triunfos, sacudiendo el yugo benéfico de la religión, vuelve sobre sus pasos, reconoce su yerro, y al verse abatida y postrada por el error, busca humilde y confiada el amparo de la Iglesia católica, que le extiende cariñosa sus maternales brazos! *Vanos son los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios*, dice el sabio; *y que por los bienes visibles no llegaron a entender el Ser Supremo, ni considerando las obras, reconocieron el artífice de ellas* (1).

Preciso es repetir una vez más: La verdadera ciencia conduce á Dios, y la falsa lo aleja: la primera es un rayo de luz desprendido de lo alto, y una escala que acerca al hombre á la cumbre inaccesible en que habita la Divinidad; la segunda es como los fuegos fatuos que iluminan por un momento y luego dejan al espectador en tinieblas. Oigamos las hermosas frases de un orador del congreso católico de Malinas: «Las ciencias prueban la existencia de Dios. Los sabios suelen alejarse de Dios; pero las ciencias, jamás. Éstas se asemejan á esas flotillas que abandonan cada año la costa, para ir á explorar las heladas regiones del Norte. ¡Qué momento tan triste! El puerto está vacío, los barcos partieron, todo augura desgracia! Mas, nó; tranquilizaos, porque ellos volverán! Acaso haya que deplorar algún naufragio; pero la mayor parte volverá. Nada llevaron que no recibieran del puerto; nada encontrarán que no destinen al puerto. Así también las ciencias, arrastradas

(1) Sab. XIII, 1.

por los que las dirigen, parecen dejar á la Iglesia, de quien tanto han recibido; pero esperad y tened paciencia, pues sólo se alejan para volver. Durante este tiempo, los que quedamos en tierra sepamos trabajar y trabajemos para hacer el puerto más amplio y más hospitalaria la playa.»

Un escritor católico decía últimamente:

«La ciencia sin religión es un caos en que se pierde sin remisión el investigador. Díganlo si no las teorías materialistas de Büchner, Moleschott y Strauss, y las doctrinas evolucionistas de Darwin, en las que sus autores, perdida la fe, despojan al hombre de su naturaleza racional, no atribuyéndole más origen que una miserable célula, producto de la evolución espontánea de la materia inorgánica, ó un grotesco chimpancé. QUITAN al hombre el sello de la divinidad, y le marcan con el sello de la bestia.

«En cambio, el sabio católico, reconociendo en la naturaleza las huellas de Dios, se eleva al conocimiento de Él, que es la suprema sabiduría, y dignificando á Dios, dignifica al hombre, exclamando con Linneo: «He visto pasar al Dios Eterno y Todopoderoso, y me he quedado estupefacto».

«A esta clase de verdaderos sabios pertenece el gran Pasteur y Röntgen, ambos católicos prácticos y descubridor el último de los rayos X».

3. Utilidad de los estudios religiosos.—Los estudios religiosos deben ser esmeradamente cultivados por la juventud, tanto porque nutren el alma, le enseñan á practicar el bien y le infunden carácter, como porque le hacen conocer la admirable constitución, de la Iglesia, «obra in-

mortal de Dios misericordioso», como la llama León XIII, «la cual, aun cuando de por sí y por su propia naturaleza, atiende á la salvación de las almas y á que alcancen la felicidad en los cielos, todavía aun dentro del dominio de las cosas caducas y terrenales, procura tantos y tan señalados bienes, que ni más en número ni mejores en calidad proporcionaría, si el primero y principal objeto de su institución fuese asegurar la prosperidad de la presente vida... Por esto en los pueblos que no han visto brillar la luz del Evangelio, se han podido notar á veces falsas apariencias de civilización; mas ninguno de los verdaderos y sólidos bienes que aquél proporciona ha podido arraigarse y florecer en su suelo». (1)

Pero los estudios religiosos no sólo nos hacen conocer y admirar á la Iglesia, sino que suministran, además, reglas seguras de conducta á los individuos y á los pueblos. «¡Oh gloria, oh fuerza incomparable de la religión!», exclama Montalembert. «Al mismo tiempo que resuelve todos los problemas sociales y nos da la clave de todas las revoluciones históricas, tiene, sobre todo y siempre, la llave de nuestros corazones. La religión posee un bálsamo para todas nuestras heridas y un fin noble para todos nuestros afectos; disciplina las pasiones sin debilitarlas, y, en vez de enjugar nuestras lágrimas, las hace correr por un objeto eterno y de una fuente purificada para siempre. Reemplaza los albores de nuestros sueños fugaces con la radiante y serena luz que no se apaga jamás; abraza nuestros corazones con

(1) Enciclica. *Immortale Dei*.

las mas cuyos destellos iluminan lo infinito; inventa y consagra el supremo triunfo del amor, y nos hace superiores á los afectos más intensos y más fuertes, por medio de algo más grande y apasionado: por la gloria y la felicidad de sacrificarlo todo á Dios». (1)

4. Necesidad de cumplir la misión señalada por Dios, á cada uno. — En el corto plazo de la vida ha de procurar cada uno trabajar en el puesto que Dios le asigna en el mundo, á fin de cumplir su misión especial en la tierra, y hacerse digno de la eterna recompensa en el cielo. Federico Ozanam, que, á una vasta erudición y notable ingenio, juntó firmeza de carácter, se sincera y profunda piedad, exclamaba á la edad de veinte años: «No estamos en el mundo sino para cumplir la voluntad de la Providencia: esta voluntad se cumple día á día; y por esto el que muere dejando su labor inconclusa, tiene tanto mérito á los ojos de la divina justicia, como el que dispone de tiempo para terminarla por completo». (2)

Una vida corta, pero consagrada al apostolado del bien, es fecunda en buenas obras, según dice el Sabio: «*consummatus in brevi, explevit tempora multa*». (3) «Quien sabe aprovechar el breve tiempo de la vida y lo emplea en adquirir una eternidad feliz, vive vida larga,» dice Bossuet; «pues no puede ser corta una existencia que se liga con una eternidad gloriosa. La muerte no perjudica al que vive honradamente; porque ella tiene sólo

(1) *Los Monjes de Occidente*.

(2) *Vie de Fred. Ozanam*, par CHARLES OZANAM.

(3) Sab. IV, 13.

dominio sobre el tiempo, y el que emplea, como se debe, los días que Dios le otorga, los hace, en cierto modo, pasar á la eternidad».

5. Misión del joven cristiano en el mundo.—La juventud cristiana tiene una noble misión que cumplir: la de formarse debidamente, por medio de la educación, para ponerse en condiciones de desempeñar el cargo que le corresponda aquí en la tierra, y después salvarse. Para esto necesita desarrollar todas las fuerzas de que está dotada y acostumbrarse al propio vencimiento; de modo que el deber sea el móvil de su actividad, con lo que, por otra parte, se dignificará y elevará muy por encima de los otros seres.

«El deber (lo dice un escritor contemporáneo) es la honra de las voluntades libres. Los seres ocupan un lugar más ó menos alto en la escala de la vida, según obedecen á móviles más ó menos elevados. La materia grosera está sujeta á leyes groseras y necesarias; los animales obedecen á instintos ciegos é irresistibles, y sólo el hombre obedece al deber, es decir, á la idea. Este móvil es de un orden tan superior, que su acción no perjudica en nada á la espontaneidad de nuestras energías interiores.—Á diferencia de los demás seres, las cadenas que llevamos no son de hierro y acero sino de luz y de amor, y la necesidad que soportamos es tan sutil y espiritual, que nos conduce sin violentarnos, y nos ilumina sin deslumbrar nuestra vista.

«El deber manda á los apetitos y á las pasiones, é inmediatamente la voluntad se doblega, cada energía se modera, y en el mundo moral hay un sinnúmero de fuerzas y de libertades

que se funden armoniosamente en un concierto universal de amor. . . . El deber sostiene y hace caminar al mundo, regulariza y equilibra todas las cosas y es, para los seres racionales, la condición indispensable de la paz y de la felicidad.

«Pero no basta admitir el deber, sino que conviene pasar de la idea á la acción. Hay que realizar lo que el espíritu concibe como bueno, so pena de carecer de reposo y de trabarse la lucha entre la cabeza y el corazón, entre el pensamiento que tiende á lo alto, y el cuerpo que se arrastra por la tierra. Cuando las facultades están de acuerdo; cuando la idea se traduce en acción; cuando la ley del espíritu viene á ser ley del cuerpo y se realiza el bien que se concibe, entonces el hombre es dueño de sí mismo y procede rectamente.

«Mas, conviene recordar que Dios es la fuente de todos los deberes, como es la causa y origen de todos los seres, y que quiere, con voluntad indefectible, el fiel cumplimiento del deber que nos intima por la voz, de la conciencia ó por una revelación exterior. Su verdad infinita cuenta desde lo alto del cielo las acciones humanas y las pesa, y al fin de la vida asigna á cada uno la suerte que le corresponde. ¡Feliz el que, al presentarse ante Él, puede asegurar que ha obedecido siempre al deber!» (1)

El joven que aspira á cumplir su misión procede siempre guiado por el deber que Dios le impone de obrar el bien y de perfeccionarse en el orden intelectual y moral. Para conseguir lo últi-

(1) BRUZAT. *Souvenirs oratoires*.

mo ilustra su inteligencia con las verdades naturales y reveladas; adquiere hábitos de trabajo; se esfuerza en poseer la rara dote del carácter, y cuida, en una palabra, de ser instrumento apto en manos de la Providencia.

¡Cuán hermosa es la misión del joven cristiano en el mundo! Intactas y vigorosas las fuerzas del cuerpo y del alma, y estimulado por la noble pasión del amor á Dios y al prójimo, despliega energía inusitada en pro de los intereses de la familia, de la patria y de la Iglesia, y obtiene en servicio de ellas gloriosos triunfos. Las obras más grandes se ejecutan, de ordinario, en la edad juvenil; porque ésta es como la primavera en que brotan las flores y se sazonan los frutos. El hombre, como la naturaleza, experimenta cambios: hay tiempo de sembrar y tiempo de cosechar; tiempo de trabajar y tiempo de descansar; tiempo de hablar y tiempo de callar. Excusado es decir que la juventud es la época de la vida en que se siembra, se trabaja y se lucha.

Sea cual fuere el puesto que Dios señale al joven cristiano, puede hacer mucho bien en el mundo. Si le llama á la milicia del santuario, procurará atraer á los demás á la virtud, con la palabra y el ejemplo, derramando por todas partes el bálsamo del consuelo y la luz de celestial doctrina; si su vocación es la de formar un hogar cristiano, comprenderá los arduos deberes de la paternidad, y cuidará de que en su familia reinen la concordia y la piedad; si es llamado á desempeñar cargos públicos, ó á ocuparse en la prensa ó en el profesorado, los considerará como un difícil ministerio que exige instrucción competente.



rectitud de criterio y honradez acrisolada; si se dedica á la carrera de las armas, la mirará como el sostén de las libertades públicas, de la integridad y honra de la patria.

La superioridad del joven cristiano sobre el incrédulo, nace de que el primero procede estimulado por el deber, dirigido por la conciencia y, la ley divina, alentado, en fin, por la esperanza de conseguir un premio eterno; mientras que el segundo obra al acaso, movido por el interés personal y arrastrado por las pasiones. La creencia en la vida futura fortalece al joven en las luchas interiores y le hace soportable el padecimiento; y cuando la llama de la caridad prende en su alma, no hay dificultad que le detenga, ni sacrificio que le intimide. Entonces las fuerzas se centuplican y la actividad para el bien es prodigiosa.

La juventud es edad de nobles resoluciones y de hechos heroicos; es el tiempo más fecundo de la vida humana; por lo que, quien la pasa inútilmente, no se forma como es debido y aun es difícil que haga algo de provecho cuando declinan las fuerzas y se acerca al término de la jornada. *Los días de tu vejez, serán como los de tu juventud*, dicen los Libros Santos. (1)

6. Fin que Dios se ha propuesto al distribuir desigualmente las dotes naturales: vocación del genio y del talento.—Dios ha distribuido desigualmente sus dones entre los hombres, á fin que los que han recibido mayor abundancia de ellos, los empleen en favor de los que poseen

(1) *Sicut dies juventutis tuae, ita et senectus tua.* (Deut. XXXIII, 25).

menos. Así lo exige la gran ley de la solidaridad humana, ó mejor dicho, de la caridad fraterna, que nos obliga á auxiliarnos mutuamente, y que constituye una de las principales obligaciones de la vida cristiana.

Grave responsabilidad pesa sobre los que sobresalen por sus dotes de cabeza ó de corazón. ¡Oh vosotros, sobre todo, jóvenes, que poseéis la llama del genio, sabed que no en vano ha depositado Dios en vuestra alma esa lumbré; porque tenéis que emplearla en servicio de la humanidad y de los intereses mismos de Dios! «No ha creado Dios el talento y el genio, dos hermosas luces del espíritu», dice Bossuet, «para el recreo egoísta y soberbio de aquellos á quienes adornan, así como no ha concedido á algunos la opulencia para deslumbrar é insultar al vulgo. En el orden intelectual, como en el de la fortuna, Dios ha puesto al rico para el servicio del pobre, y especialmente en el orden de la inteligencia, no es debidamente rico el que no sabe dar. Un genio como S. Agustín, ha hecho esta profunda observación: «hay bienes que no se agotan comunicándolos, á saber: los del espíritu; y cuando se los conserva sin difundirlos, no se los tiene como se debería tenerlos» (1).

7. Un modelo de joven ilustrado y creyente en el mundo.—Federico Ozanam, cuya corta vida merece ser propuesta como modelo á los jóvenes cristianos de nuestros días, tuvo una sola aspiración, al decir de su biógrafo, hasta los últimos instantes de su vida: la de hacer brillar con un

(1) Cita del P. Longhaye.

nuevo lustre la verdad y divinidad de la religión católica, y la de hacerla amar por la práctica de la caridad fraterna. *Verdad y caridad*, dos hermanas inseparables, de las que la una hace conocer el deber y la otra templa sus rigores. Dos nobles pasiones existieron en el pecho de Ozanam: la pasión de las letras y la pasión de la caridad. En su débil cuerpo, dice Van Tricht, poseyó dos fuerzas invencibles: el genio y la ternura, y para dirigir las, dos resplandores divinos: la fe y la caridad.

Ojalá que la verdad y la caridad fuesen siempre los móviles de la juventud en sus actos, con lo que se asegurarían los intereses vitales de la sociedad y se regeneraría el mundo. Ahora bien, la doctrina católica se funda en la verdad, y mira á la caridad como á la reina de las virtudes, á tal punto que en su observancia se resume toda la enseñanza evangélica. "Cuando la piedad y la caridad se dan la mano, producen la luz; y cuando la fe brota del corazón inspira el amor á la ciencia, porque la ciencia sirve para demostrar y defender la fe," ha dicho Mœhler. (1)

8. Excelencia del carácter y utilidad del trabajo, que ha sido empleado por la Iglesia como auxiliar poderoso en la conversión de los bárbaros. — Nunca encareceré lo bastante la excelencia del carácter y los males que causa la falta de esta rara cualidad, en la sociedad moderna; por esto insisto una vez más en la necesidad de infundir carácter en la juventud. La civilización de hoy, afirma Montalembert, se muestra muy escasa

(1) *Historia de la Iglesia.*

de grandes caracteres, y un ilustre prelado francés asegura: "que lo que la memoria es á la inteligencia, es el carácter á la voluntad. La memoria produce la estabilidad del pensamiento, y el carácter la de la voluntad; y la memoria y el carácter son el rasgo que en el hombre recuerda la inmutabilidad divina. Se ha hecho una observación justificada muchas veces, á saber: que los hombres yerran más por falta de carácter que por falta de entendimiento... Un gran carácter no existe tampoco sin un gran entendimiento; pero lo completa y acaba. Uno de los mejores elogios que se puede hacer de un hombre, será siempre poder decir de él que es un *gran carácter*; porque el carácter, aún más que el entendimiento, produce grandes bienes, y si nos quejamos hoy de que haya tan pocos hombres, consiste en que hay pocos caracteres." (1)

De igual modo, permítaseme inculcar á la juventud el amor al trabajo, aun como medio de moralizarla y hacerla adelantar, con tal que esté guiado por las prescripciones del Evangelio. Recuérdese que la Iglesia católica ha debido su establecimiento y asombrosa difusión á la enseñanza de las verdades de la fe y á la práctica saludable del trabajo, sin el que no puede el hombre desarrollar sus facultades ni cumplir su misión.

Por medio de la palabra evangélica y de los hábitos de trabajo que la religión infunde en los pueblos, consiguió la Iglesia convertir y civilizar á las hordas de barbaros que devastaron el Impe-

(3) MGR. DUPANLOUP. *Cartas sobre educación intelectual.*

rio romano. Oigamos, por ejemplo, lo que dice Ozanam acerca del sistema empleado por aquella en la conquista y civilización de los Germanos, y de su incorporación en el seno de la sociedad cristiana.

«El trabajo no ahoga la inspiración, antes bien la fecunda, pudiéndose decir que no puede haber siglos laboriosos sin un soplo inspirador que los sostenga... Cuando se penetra en los valles de los Vosges y el Jura, en el corazón de esas ásperas regiones en que se asilaron largo tiempo las antiguas costumbres germánicas, el viajero queda admirado de la salvaje majestad de aquellos lugares; pero, al mirarlos de cerca, se observa que una fuerza más poderosa que la naturaleza, la del trabajo los subyuga y pone á su servicio, sin perdonar nada de lo que parecía creado para la libertad y el reposo. ¡Qué calma la que se nota en esos árboles gigantescos, que parecen nacidos para no hacer nada, como los antiguos reyes! Es preciso que descendan de sus rocas para servir al campesino que le hará soportar el peso de su cabaña, ó al navegante que construirá con ellos los costados de sus naves. ¿Qué cosa hay más libre que el torrente? Y, sin embargo, se le busca en su lecho; se le aprisiona y sujeta al molino, como un esclavo. No digáis que esas fábricas deshonran la belleza salvaje del desierto: el ruido de los martillos y el humo de las fraguas manifiestan que la creación obedece al hombre, y el hombre á Dios.

«La historia nos ha dado un espectáculo semejante. La barbarie dominaba en la antigüedad, con toda la grandeza que le comunican los rela-

tos de Tácito y los cantos de Edda. Conocemos á esos Germanos, creados para la ruina del Imperio y la conquista del Occidente, capaces de todo, excepto de la obediencia y del trabajo... Viene el cristianismo: si él teme, como se asegura, el despertar de la razón humana, habría dejado dormir á esos pueblos en la ignorancia. El cristianismo los encuentra ignorantes en la lectura y la escritura; de modo que, si él deseara, le ayudarían á destruir lo que queda de la antigüedad pagana. Pero el cristianismo procede de otro modo: con el Evangelio les da leyes; y en vez de plantar una cruz en la soledad y de quedar satisfecho con que las tribus convertidas vengán á orar en torno de ella, les hace edificar ciudades, y congrega dentro de murallas, bajo el lazo de la vida común, á esos bárbaros que no toleraban á sus vecinos; los lanza, en fin, á las escuelas para hacerlos palidecer durante siete años sobre los nueve libros de Marciano Capella y las diez categorías de Aristóteles...

"Se ha reprochado á la Iglesia el haber abastido estas generaciones nuevas sujetándolas al régimen de una civilización añeja; se ha echado de menos para los Germanos la libertad de sus bosques, donde las encinas habrían concluido por dar oráculos como en Dodona, y donde las musas habrían descendido como sobre las montañas, de la Grecia, si no hubiesen tenido miedo de los monjes y de los pedagogos.

"Nosotros juzgamos, por el contrario, que el trabajo, lejos de perjudicar á los pueblos modernos, les dió ese temperamento robusto que ha resistido á tantas revoluciones. Nosotros

arrepentimos de esta laboriosa educación de nuestros abuelos ni de los siglos que emplearon en leer latín, en versificar en latín, en hablar latín. El sello latino era el sello del imperio del mundo, y las naciones que fueron más vivamente marcadas con él, como Francia, Inglaterra, España, eran las únicas destinadas á ver su espada, su política y sus lenguas salir de Europa y remover toda la tierra.» (1)

9. O educación cristiana ó impía.—Así como no hay medio entre la verdad y el error, tampoco lo hay entre la buena ó mala educación. Proponiéndose ésta formar al hombre por completo, es decir, no sólo por el lado intelectual sino también por el lado moral, tiene que apoyarse en reglas y principios; por lo que, así como no se inventa la ciencia, que es el alimento del espíritu, mucho menos se inventa la moral, que es la que forma el corazón del hombre.

La educación ha de darse, por lo mismo, según un plan ó sistema permanente; pero la experiencia manifiesta que no todos los que se dedican á la ardua labor de educar á la juventud, siguen el mismo plan y sistema; por este motivo, no es igual la instrucción científica y moral que reciben los jóvenes. ¡Cuántas veces, en lugar del agua pura de la verdad, bebe el joven en las cisternas envenenadas del error; y, con cuánta mayor frecuencia, en vez de la admirable moral del Evangelio, que es la única que santifica á las almas, se le inculca la moral independiente, la mo-

(1) *Les écoles.*

ral sin Dios, y aún se prescinde de ella por completo!

Varias veces he hablado del vivo interés que despliega la Iglesia en la formación científica y literaria del hombre; pero, en lo tocante á su formación moral, es necesario recordar que, por la misión que Dios le confiara, la Iglesia es la única maestra y la sola autoridad llamada á enseñar á los hombres y á los pueblos las reglas y principios invariables acerca de la moralidad ó inmoralidad de los actos humanos.

No debiéndose prescindir de la Iglesia en la educación, ésta tiene que ser cristiana ó anticristiana, religiosa ó impía. Terrible dilema, por uno de cuyos términos tienen que optar los padres de familia, los maestros y los encargados del poder público. Por esto, al concluir este libro me permito llamar su atención acerca de la gravísima responsabilidad que sobre ellos pesa, en este asunto, ya que de la buena ó mala formación del hombre depende no sólo la felicidad temporal y eterna de éste, sí que también la prosperidad ó decadencia de los pueblos. Si cuantos intervienen en la educación del niño, cuidasen de que fuese cristiana, la humanidad cosecharía frutos sazonados, en todo sentido, florecerían las ciencias y las letras, la industria y el comercio, las virtudes públicas y privadas, muchísimo más de lo que florecen al presente; y *la paz de Dios, que sobrepuja á todo encarecimiento* (1), unificaría los entendimientos y voluntades de todos; de modo que, como miembros de una sola familia, cuyo principio

(1) S. PABLO. *Epist. á los Filip.* IV, 7.

y fin es Dios, trabajarían de consuno en la gran obra del progreso material, intelectual y moral del hombre.

Mas, por una aberración, sólo explicable por la triste situación en que la culpa primera dejara á la humanidad, muchos padres de familia y casi todos los gobiernos, ó prescinden de la religión, (que es la base de la educación), ó la miran como cosa de poca importancia, ó, lo que es peor, la eliminan y combaten en la enseñanza.

Los gobiernos sectarios llevan su odio á la Iglesia católica hasta el extremo de impedir su benéfico influjo, en las escuelas y colegios, no sólo prohibiendo la instrucción religiosa sino aun presentando á la Iglesia como á enemiga de la cultura intelectual.

Adueñados por la fuerza del derecho de educar á las nuevas generaciones, las imbuyen, desde la primera edad, en las máximas del naturalismo y racionalismo moderno, á fin de que se preocupen sólo en conseguir bienes para la vida presente y miren con desdén y como *invenciones del fanatismo* la vida futura, con sus premios y castigos eternos.

Desde hace más de veinte años el gobierno de Francia *laicizó* la enseñanza, ó, lo que es lo mismo, arrojó á Dios y á su Iglesia del recinto de la escuela, mediante leyes que constituyen al Estado "en única autoridad docente, en doctor y en cierta manera pontífice, con doctrinas y dogmas relativos á la enseñanza," como lo nota un escritor de nuestros días. Y esta total exclusión del elemento religioso en los establecimientos fiscales, se ha

hecho á nombre de la *libertad, del patriotismo y de la unidad nacional!*

Como Francia está á la vanguardia de la cultura moderna, y en las repúblicas de la América latina se la considera como á maestra de la democracia, conviene manifestar el espíritu anticristiano que anima á los reformadores de la educación nacional francesa. Paul Bert y Goblet, ministros de Instrucción Pública y corifeos de la enseñanza laica nos indicarán lo que ésta significa.

Decía el primero en 1881: "La célebre fórmula de la *enseñanza laica* comprende dos órdenes de ideas distintas: la secularización de los programas y la del personal docente. Hemos ya realizado la primera parte de nuestra tarea, al separar á la Iglesia de la enseñanza y despejar el camino al maestro de escuela, que ya no tiene nada que ver con el párroco. Nos queda la segunda parte, que es urgente, necesaria, indispensable. ¿Cómo es posible que la orden expresa de separar la enseñanza laica de la religiosa pueda ser cumplida por los que, como principalísimo voto, han jurado ante todo dar la enseñanza religiosa?... La enseñanza religiosa es la escuela de la estupidez, del fanatismo, del antipatriotismo y de la inmoralidad."...

Estas terribles expresiones fueron puestas en práctica, en la ley de 1882, que excluyó en absoluto la moral religiosa de la enseñanza oficial y suprimió la enseñanza libre.

En Mayo de 1886, Goblet se expresaba en estos términos, acerca de la ley antes dada. "Los

principios consagrados por esta ley han parecido, desde hace mucho tiempo, inseparables de la noción del Estado moderno, y el carácter esencial de ella consiste en convertir la enseñanza pública en *enseñanza del Estado*. Nada más justo... Si la independencia de las ideas y la diversidad de los métodos constituyen una condición de vida para la enseñanza superior, la *unidad* nos parece, por el contrario, como la regla natural, si no necesaria de esta primera instrucción común á todos los ciudadanos. La enseñanza elemental pública, accesible á todos..., ¿no tiene también que ser igual para todos, animada por el mismo espíritu, regida por los mismos programas y dada por los mismos maestros, tanto más cuanto que el Estado es el *único capaz* de cargar sobre sí la responsabilidad de este servicio?»

Como lo observa el P. Antonino Tonna-Barthet, «la teoría de Paul Bert es idéntica á la de Goblet, si bien éste emplea un lenguaje menos injurioso que aquél; pero ambos se sirven de los mismos sofismas para defender las leyes sobre la enseñanza; ambos han atribuído al Estado el derecho de violentar las conciencias en virtud de un mismo sofisma que confunde la enseñanza pública con la enseñanza del Estado... En resumen, la ley Ferry-Bert, del 28 de Marzo de 1882, excluyó la religión de las escuelas primarias y obligó á los padres á dar á sus hijos la instrucción primaria, lo que la mayoría de las familias sólo podían cumplir en las escuelas públicas, de las que se desterró toda noción de cristianismo. Esta ley secularizó los programas de enseñanza. La ley Goblet, de 30 de Octubre de 1886, fué el dig-

no complemento de la primera; pues secularizó el personal docente, desterrando de las escuelas á los Hermanos y Hermanas, que han sido en Francia, en toda época, los verdaderos propagadores de la enseñanza popular.» (1)

Sabido es que, por leyes posteriores, la enseñanza secundaria oficial y la superior han corrido igual suerte, y que aún se trata de desvirtuar y destruir la enseñanza llamada *congreganista*, obligando á la juventud francesa á permanecer un tiempo largo en los colegios del Estado, so pena de incurrir en graves penas.

Ahora, como siempre, los hombres y los pueblos buscan el bienestar y el progreso; pero, según observa un célebre escritor, «la prosperidad de una nación depende de la unión íntima de las almas. Cuando un pueblo carece de unidad de pensamiento y de miras, se convierte en un conjunto de mercaderes y de cuerpos dominados por la codicia y por deseos contrapuestos. ¿Dónde encontrar el principio de unidad? No se encuentra ni en la cultura científica, que no tiene por sí misma virtud alguna educadora; ni en el estudio de las letras, que no bastan á satisfacer las exigencias de la vida práctica; ni en la enseñanza *neutra*, que es una enseñanza disolvente; ni en la filosofía racionalista, condenada á ser una filosofía dividida y divisora. La conclusión se impone: para conciliar la libertad con la unidad, para animar y regular el movimiento moderno de las ideas, para satisfacer las exigencias de la conciencia como las necesidades crecientes de la ci-

(1) *La situación religiosa en Francia.*

vilización, es indispensable que la educación sea cristiana. Abolir el elemento religioso en la educación, equivale á suprimir la única enseñanza capaz de gobernar las inteligencias y disciplinar las voluntades. » (1)

10. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.—Al terminar este modesto trabajo, que emprendí con el fin principal de promover en alguna manera el bien entre la juventud estudiosa, tan querida de mi alma, no debo ocultarle la amargura de que está lleno mi corazón sacerdotal al considerar los peligros que la rodean y la dificultad de que se liberte de ellos.

El error, como polvo sutil, se cierne por el hogar doméstico, por las escuelas y colegios, por las asambleas públicas y privadas, y, sobre todo, por el vasto campo de las ciencias sociales, que tanto influyen en la suerte de los pueblos; y pocos, muy pocos no se inficionan con el aire envenenado que se respira. — Por otra parte, todo tiende en nuestros días á debilitar el carácter, á infundir costumbres nada cristianas, á entregarse á la vida muelle, con la que desaparecen la virilidad del ánimo y el espíritu de vencimiento, cosas indispensables para la buena formación del hombre.

Si la juventud respira esta atmósfera; si su educación es nociva ó deficiente, tiene que malearse y pervertirse; tiene que marchitarse cuando empieza á vivir, y dejarse arrastrar por el ímpetu de las inclinaciones viciosas. El mismo joven cristiano, el que en el hogar y en la escuela sólo encuentra estímulos para el bien, necesita sumo

(1) H. PRÉLOT. *L' école autoritaire.*

cuidado para preservarse de los lazos que tienden á su inocencia y á la integridad de su fe, los secuaces del error y del vicio, que púlan por todas partes.

Cuando medito en el movimiento actual, profundamente anticristiano, me pregunto si hemos llegado á la apostasía universal, y hasta temo que se apaguen las lámparas del tabernáculo y desaparezca de en medio el grande sacrificio, para ceder su lugar á la desolación abominable! . . ¡Hoy se tiene vergüenza de Cristo! Esclavizadas las gentes por el imperio de la iniquidad, reniegan cobardes de aquello que aprendieron en los primeros años . . ¿Dónde están la unidad y la entereza de los siglos cristianos? ¿Dónde el heroísmo caballeresco de los creyentes? ¿No es hoy título de escarnio la fe, y honra la deserción de las banderas cristianas?

Si éste es el carácter del movimiento contemporáneo, es preciso que la juventud no caiga en flaqueza, ni compre con el miedo y la deserción la alabanza miserable de los iníquos. ¿Cómo ha de seguir á los traidores que le ofrecen una gloria menguada, cuando el sacrificio la solicita con su hermosura? El sacrificio es el arma de combate del joven cristiano; el ultraje, alabanza; el martirio, victoria. Nada más bello que una juventud creyente é ilustrada: subyuga con el ejemplo y vence con la virtud; combate con generosidad, como el insigne Aparissi, ó es de raza de *profetas inmaculados*, como lo fué Federico Ozanam, según la frase de Lamartine.

"Todo el mundo conviene en que estamos en un tiempo de revolución profunda," dice el abate

Bruzat. "La sociedad, como un enfermo que da vueltas en el lecho, busca con agitación febril un nuevo cambio. . . ¿Qué porvenir nos aguarda? ¿En qué terminarán tantas transformaciones sociales? ¿En la paz ó en la guerra? ¿En una libertad absoluta ó en una servidumbre absoluta? Lo ignoro. Lo que sé es que el mundo vale lo que vale su ideal moral, y que los hombres del porvenir, como los del pasado, no serán verdaderamente grandes y felices sino cuando sean hombres cumplidores del deber." (1)

Una vez por todas encarezco á los padres de familia, á quienes especialmente incumbe la educación de sus hijos, que cumplan con esmero tan sagrado deber, en el que se resumen las arduas obligaciones de la paternidad, y del cual depende, en gran parte, el bienestar temporal y eterno del hombre. A ellos corresponde depositar la primera semilla en el alma pura y dócil del niño; por lo que no han de ahorrar esfuerzo ni sacrificio, con tal de infundirle hábitos de moralidad y de virtud, desde la más tierna edad. Mediten en las siguientes preciosas advertencias, que les dirige León XIII, y cuiden de ponerlas en práctica: "La familia es la base de la sociedad civil, y en el hogar doméstico se prepara principalmente la suerte de los Estados. Por eso los que desean divorciar la sociedad del cristianismo, poniendo la segur en la raíz, se apresuran á corromper la sociedad doméstica. Ni los arredra en tan malvado intento el pensar que no lo podrán llevar á cabo sin grave injuria de los padres, á quienes la

(1) *Souvenirs oratoires*.

misma naturaleza da derecho para educar á sus hijos, imponiéndoles al mismo tiempo el deber de que la educación y enseñanza de la niñez correspondan y digan bien con el fin para el cual el cielo les dió los hijos. A los padres toca, por tanto, empeñarse con todas sus fuerzas en repeler toda injusticia en este particular, y conseguir á toda costa el que se respete su derecho de educar cristianamente á sus hijos, y de apartarlos cuanto más lejos puedan de las escuelas donde corren peligro de que se les propine el veneno de la impiedad. Cuando se trata de amoldar al bien el corazón del joven, cualquier trabajo y cuidado que se tome será poco para lo que la cosa se merece.» (1) Los padres que descuidan en el hogar la educación de sus hijos, ó que la confían á maestros impíos, los asesinan moralmente y causan grave daño á la sociedad civil; ya que, como dice el mismo Pontífice, no hay asunto que interese hoy tanto á ésta y á la Iglesia como la formación cristiana de la niñez.

En cuanto á los jóvenes, á cuyo servicio deseaba consagrar en todo tiempo mis escasas fuerzas, les dirijo las siguientes frases pronunciadas por el abate Bruzat ante la juventud francesa: "Cuando los caballeros de los tiempos pasados iban á combatir los buenos combates del honor y la virtud, su fuerza consistía sin duda en las armas que manejaban y en la coraza que defendía su pecho; pero ella consistía ante todo en la noble divisa que tenían sobre su corazón. Esta divisa, la que doy también á vosotros, jóvenes,

(1) Encic. *Sapientie christiane*.

para fuerza y gloria vuestra, es la siguiente: *Haced lo que debéis, venga lo que viniere*. Permaneced fieles á ella hasta la muerte; y si, en los rudos combates que os reserva el porvenir, esta fidelidad os exigiere la pérdida de los bienes y de la vida misma, al contemplar tantas ruinas acumuladas, no deberíais decir ¡Todo está perdido! sino, al contrario: ¡Todo se ha salvado! porque hemos cumplido nuestro deber!»

Que mis postreras palabras á los jóvenes, en especial compatriotas míos, sean las siguientes de la Sagrada Escritura que, una de las lumbreras del episcopado francés, el Cardenal Pie, pronunció en una de las sesiones del círculo de la juventud católica de Poitiers: *Etsi omnes gentes regi Antiocho obediunt..., et consentiant mandatis ejus, ego et fratres mei, obediemus legi patrum nostrorum*. (1) Aun cuando todos se sometan al error, yo y mis hermanos obedeceremos á la religión de nuestros padres.

(1) Lib. I, Mach. II, 19-20.

FIN



ERRATAS PRINCIPALES

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dijo</u>	<u>Debe</u>
6	19	voga	boga
13	28	<i>adulescentia</i> (Prov, XXX, 18)	<i>adolescentia</i> (Prov. XXX, 18-19)
36	20	feliz	feliz
47	20	enchid	henchid
49	28	Dlos	Dios
53	7	digno	digno,
67	24	sino	si no
81	9	degradan	degradan,
100	7	acción	acción,
108	7	corresponden	competen
132	9	no es lícito	no le es lícito
163	33	Fustes	Tustes
210	4	su lógica	lógica
255	5	conducir	conducir á
258	19	causó	produjo
272	1	corta	evita
288	3	causado	causado la oratoria

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
304	19	pero	poco
341	32	Gudo	Guido
394	11	del espíritu	de espíritu
404	29	provienen	proviene
416	16	pasean	pasan
440	13	Cexlest.	Celest.
464	10	Bonal	Bonald
529	11	fue utilizado	fueron utili- zados
536	1	la mas	llamas
540	29	á fin	á fin de

A más de estas erratas, hay otras de puntuación y acentuación, como también cambios de letras que fácilmente notará y corregirá el lector ilustrado. En los sumarios de los capítulos 8.º, 11.º y 16.º hay incorrecciones que han sido enmendadas en el índice general y en la obra misma. Por haberse impreso una parte de este libro en el año de 1700, se habla de ciertos sucesos como si aun estuviésemos en el siglo XIX.

